PÍO MOA

LOS MITOS DEL FRANQUISMO



Pío Moa

LOS MITOS DEL FRANQUISMO

Una revisión en profundidad de una época crucial

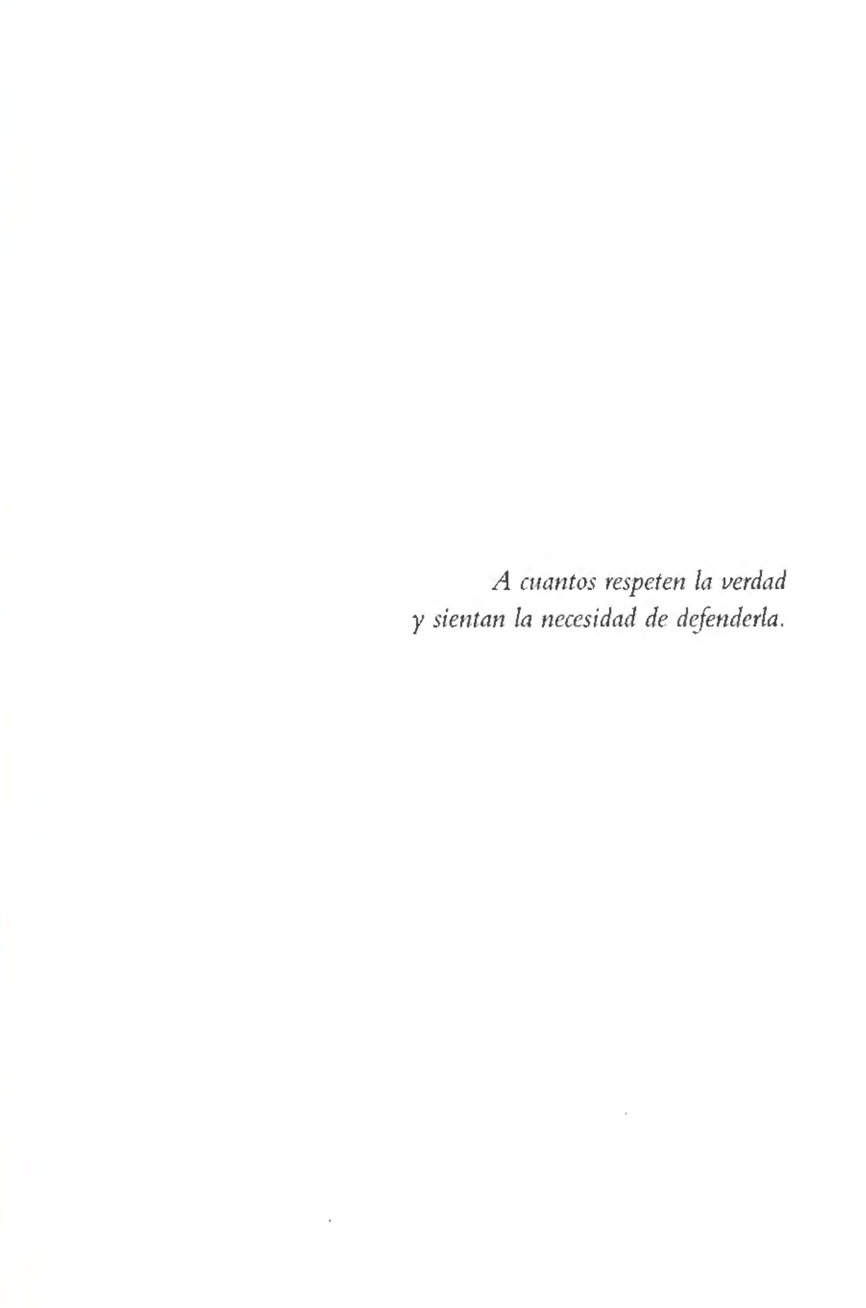
la esfera de los libros

Primera edición: junio de 2016
Quinta edición: septiembre de 2022

Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9060-729-9
Depósito legal: M. 17.850-2016
Impresión: Liber Digital, S.L.
Encuadernación: Liber Digital, S.L.
Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice



A cuantos respeten la verdad
y sientan la necesidad de defenderla.



Prólogo

Los mitos, empleada aquí la palabra en el sentido negativo de falsificaciones o distorsiones, son difíciles de erradicar, porque contienen una carga emocional muy fuerte. Pero erradicarlos es también una necesidad de higiene intelectual y política. Este libro continúa *Los mitos de la guerra civil*, y por la misma razón: si, según el historiador inglés Paul Johnson, aquella guerra dio pie a mil mentiras, el franquismo no le va a la zaga. Salvo en los primeros capítulos, abordaré, por tanto, la etapa posterior a 1939.

Franco y su régimen han sido objeto de numerosos estudios, en particular biografías como las escritas por Joaquín Arrarás, Manuel Aznar, Claude Martin, Brian Crozier, Luis Ramírez, George Hills, J. W. D. Trythall, H. G. Dahms, Ricardo de la Cierva, Ángel Palomino y otras. Todas quedaron casi eclipsadas en 1994 por el impacto mediático de la de Paul Preston, hostil en extremo al biografiado, la cual marcó época por haberla promocionado potentes medios de la derecha, como el monárquico *ABC*. De la Cierva le dedicó una crítica demole-

dora y publicó una nueva biografía en 2000. Sin el menor afán de exhaustividad, pues los autores que han dedicado su atención a la figura del Caudillo son ya más que numerosos, cabe citar al general Rafael Casas de la Vega y el coronel Carlos Blanco Escolá, con sendos libros, de enfoques opuestos, sobre la capacidad militar de Franco, o a Carlos de Meer con un ensayo reivindicativo de su figura. En la línea de Preston tenemos a Javier Tusell, Santos Juliá o Enrique Moradiellos (este último subtitula su libro «Crónica de un caudillo casi olvidado», indicador de cierto despiste). Algo más objetivos, y muy desiguales, han sido Bartolomé Bennasar, Andrée Bachoud, Francisco Torres, José Antouio Vaca de Osma, Juan Pablo Fusi, Luis de Llera o José Javier Esparza. Y en 2014 la nueva biografía, en varios aspectos más completa, de Stanley Payne y Jesús Palacios. Los testimonios personales de Vicente Gil o de Francisco Franco Salgado-Araujo, o las opiniones de sus ministros tienen interés. Y deben destacarse los gruesos tomos de Luis Suárez sobre Franco y su tiempo, obra esencialísima y fundamental, por su extraordinaria documentación.

Entre los estudios sobre su régimen pueden citarse los de Juan Beneyto Pérez, Fernando Díaz Plaja, L. de Llera, S. Payne, Pablo Hispán, Alfonso Lazo, Juan José Linz, Heleno Saña, F. Sevillano, J. Tusell, las memorias de Laureano López Rodó, Dionisio Ridruejo, etc. Es ya enorme y crece con rapidez, en español y algunas lenguas más, la bibliografía sobre aspectos, episodios o etapas particulares del franquismo, seau la División Azul, el asesinato de Carrero, la ETA, la guerra civil, el desarrollismo, la represión, la literatura, el cine, el maquis, el aislamiento, la política social, la oposición, el exilio, políticos diversos...

La actitud académica hoy prevalente oscila entre la aversión sin fisuras al viejo Caudillo y su minoración como peque-

ño dictador con logros interesantes, pero en esencia cruel, vulgar y mediocre. A mi juicio el hecho de haber vencido durante cuarenta años, militar y políticamente, a todos sus enemigos, sorteando peligros realmente letales, y el propio odio que le ha sido tributado, excluye el calificativo de mediocre y demanda una aproximación más ponderada.

Por todo ello creo necesario aplicar el bisturí de la crítica a los temas fundamentales del franquismo y el antifranquismo. He rehuido cierta tendencia anecdotista, un tanto inane pero frecuente en la historiografía española, y he atendido más bien a las cuestiones, rasgos y datos de más amplia significación, evitando la proliferación de temas y personajes menores, inconveniente en una obra de síntesis, ya que al final «los árboles impiden ver el bosque». Asimismo he procurado relacionar los sucesos de España con los condicionantes del entorno europeo y mundial, que ayudan a entenderlos y a establecer comparaciones. Muchos libros de historia, al prescindir de estos elementos externos o reducirlos en demasía, generan una idea distorsionada, a menudo calamitosamente distorsionada, de la historia nacional.

También he procurado rehuir la retórica seudomoralista o emotiva, a base de adjetivos denigratorios o laudatorios, que por lo común solo responden a la emotividad con que han abordado estos temas muy diversos autores, tratando de convencernos de sus altas cualidades morales o democráticas o simplemente de sus buenos sentimientos.

Para hacer el libro más legible al gran público, he reducido las notas a lo indispensable, habida cuenta, además, de que la mayoría de las referencias puede encontrarse hoy fácilmente en Internet.

Empleo, como he explicado otras veces, los términos Usa y useño en lugar de los habituales Estados Unidos, América,

Norteamérica, etc.[1] También Inglaterra más que Gran Bretaña o Reino Unido, por considerar que la base nacional-cultural de dicho reino es precisamente Inglaterra.

En fin, quizá deba decir algo sobre mí, puesto que muchos se sorprenden de que haya pasado de atacar radicalmente al franquismo en mi juventud a adoptar una postura más favorable actualmente. Esto no debiera extrañar demasiado, pues son muchísimas las personas que en estos decenios han cambiado de posición política, a menudo de forma asombrosa. Esos cambios pueden ser muy naturales, pero opino que una persona de alguna relevancia pública tiene la obligación de explicar los suyos... lo que muy pocas veces hemos tenido ocasión de ver: ocurre que la reflexión y el examen de los hechos son dos costumbres excelentes, pero no muy practicadas. Por mi parte he expuesto mi evolución en mis memorias de entonces *De un tiempo y de un país*, y en varios artículos largos en *Libertad Digital*. Quien sienta curiosidad, puede acceder fácilmente a ellos.

Expreso aquí mi agradecimiento por su ayuda u observaciones para este libro a Carlos Caballero Jurado, Salvador Fontenla, Luis Linde, Ramón Pi, Carlos Pla, Miguel y Fernando Platón, cuyas opiniones no coinciden necesariamente con las aquí expuestas.

[1] Artículo «Conveniencia de un rebautismo», en *Libertad Digital*, 23-II-2001.

Introducción

UNO DE LOS PERSONAJES MÁS ODIADOS DEL SIGLO XX

En el treinta aniversario de la muerte del viejo Caudillo, me encargó la editorial Planeta un trabajo breve sobre él. Lo titulé *Franco, un balance histórico*, libro de factura muy distinta del presente. Su introducción aludía a «dos poemas de Neruda», que ahora reproduzco con nuevo título.

No todo el mundo detestaba o detesta a Franco, claro está. De hecho, millones de españoles le amaban, basta comprobar en YouTube las multitudinarias acogidas populares que recibía en todas partes, fuera Barcelona, Sevilla, Bilbao, Vigo, Valencia... las concentraciones en la Plaza de Oriente, en Madrid, o las enormes colas formadas para darle el último adiós cuando falleció. Pero quienes lo han detestado lo han hecho con una intensidad nada común, y en ese sentido puede considerársele uno de los personajes más odiados del siglo XX.

Cuando murió, el 20 de noviembre de 1975, el Partido Comunista de España (reconstituido), que pronto crearía el GRAPO, difundió por Madrid, Barcelona, Cádiz, Sevilla, Vigo, Córdoba y Bilbao decenas de miles de hojas con el célebre poema de Pablo Neruda «El general Franco en los infiernos». Recuerdo

haberlo tirado en el metro de Madrid, regando los andenes desde la última puerta del convoy en marcha, mantenida entreabierta. Uno o dos camaradas se situaban de modo que la gente dentro del vagón no se percatara de la maniobra, y quienes volvían a llenar los andenes recogían los papeles. Los dirigentes no debíamos hacer aquellas cosas, pero a algunos nos proporcionaba una peculiar satisfacción, también por su cuota de riesgo.

Las maldiciones de Neruda a Franco eran tan retumbantes que causaban perplejidad y mucha gente se llevaba la hoja, seguramente para enseñarla a otros. Ningún panfleto agitativo de los muchísimos que tiramos en años tuvo tanta difusión, si bien, sospecho, más por curiosidad que por aquiescencia de la mayoría de sus lectores. Empieza así:

Desventurado, ni el fuego ni el vinagre caliente
en un nido de brujas volcánicas, ni el hielo devorante,
ni la tortuga pútrida que ladrando y llorando con voz
de mujer muerta te escarbe la barriga...

Le llama «estiércol de siniestras gallinas de sepulcro, pesado esputo, cifra de traición que la sangre no borra»; evoca «la santa leche de las madres de España» pisoteada, con sus senos, por los aullantes legionarios; alude a «los niños descuartizados», a la «paz de herrerías» destrozada por el general; y tras densos improperios, concluye:

... solo y maldito seas,
solo y despierto seas entre todos los muertos,
y que la sangre caiga en ti como la lluvia,
y que un agonizante río de ojos cortados
te resbale y recorra mirándote sin término.

Los versos de Neruda quieren despertar en el lector un odio absoluto, telúrico, mediante figuras a veces extravagantes. Odio cultivado también por muchos intelectuales durante decenios, en expresiones literarias y políticas. Muy conocido y recitado ha sido el poema de León Felipe sobre las dos Españas, que empieza:

Franco, tuya es la hacienda,
la casa,
el caballo
y la pistola...

El general habría dejado a su adversario «desnudo y errante por el mundo». Pero los derrotados se llevaban consigo la canción, «la voz antigua de la tierra», y dejaban a Franco impotente para «recoger el trigo o alimentar el fuego». El tirano, productor de tristeza y miseria, impuesto por la pura violencia, es maldecido en versos de belleza poética infrecuentes en la poesía política. Su veracidad ya es harina de otro costal.

Mencionaré, entre muchos otros ejemplos, el soneto de Antonio Machado, donde, sin nombrarlo, pide para él la horca, quizá por suicidio:

Que trepe a un pino en la alta cima
y en él ahorcado, que su crimen vea,
y el horror de su crimen le redima.

En su misma muerte le acompañaron los denuestos. Creo que los resumen bien los versos que su óbito inspiró al psiquiatra comunista o excomunista Castilla del Pino:

Pene no tuvo, ¿te cabe alguna duda?
Pellejo vano entre sus ingles cuelga
que usó para mear certeramente
encima de sus muertos y sus tumbas
millonario en muertes...

Y termina:

Nunca fue muerte por tantos tan deseada.
Nunca fue muerte por tantos bendecida.

Castilla del Pino declaró poco antes de su muerte: «Gracias al odio, la humanidad ha progresado»; «Yo odio a Pinochet y a Franco lo he odiado durante cuarenta años». Significativamente, no mencionó entre sus odiados a Stalin, Pol Pot o Fidel Castro.

En fin, las imprecaciones más hirientes y cargadas de aborrecimiento han acompañado toda la carrera del Caudillo desde la guerra civil.Y le siguen acompañando, con sorprendente vitalidad, cuarenta años después de su muerte, en forma de biografías, ensayos o alusiones de intención ultrajante; o de numerosos libros sobre la represión franquista, represión de crueldad solo comparable con el terror nazi, si hemos de dar crédito a esos escritos: se le aplica incluso el término Holocausto.

Su victoria militar está en el origen de todo ello y las diatribas contra él transmiten la impresión de que esa victoria constituye un crimen gigantesco, inexpiable, contra el pueblo español, contra la libertad, la paz y el progreso, contra la Historia y la humanidad entera. Ahora bien, ¿a quién venció Franco, realmente, a la democracia o a una revolución multiforme, aunque principalmente comunista? De esto trataremos más adelante, pero desde luego fue, en parte importante al menos, una

victoria sobre los comunistas, defendieran estos la democracia o su revolución peculiar, como muchos discuten. Por ello no extraña que entre los imprecadores contra Franco destaquen tanto las izquierdas marxistas y los políticos o intelectuales próximos a ellas. A este respecto los versos de Neruda impresionan sobre los de cualquier otro, pero entenderlos bien exige leerlos al lado de otro poema suyo, no menos célebre, la «Oda a Stalin»:

Stalinianos. Llevamos este nombre con orgullo.
Stalinianos. Es esta la jerarquía de nuestro tiempo.

Stalin, predicaba Neruda, encarnaba la esperanza de los oprimidos, los ideales de paz y progreso. Por ello, al leer los dos poemas juntos, constatamos la insensibilidad del vate hacia las víctimas, en especial los niños, cuyas imágenes usa para elevar al paroxismo la indignación contra el general. Pues si realmente le indignaran tanto como sugiere, más le habrían indignado las víctimas de toda edad causadas por el stalinismo en cantidad incomparablemente superior a las atribuibles a Franco. Pero las de Stalin no merecían a Neruda una mera alusión compasiva. Y no porque ignorase su existencia. Cuando, tres años después de la oda, Jruschof, sucesor de Stalin, admitió en su célebre informe una parte de los crímenes del déspota, no pillaba a nadie de nuevas, y menos a los comunistas, que tanto habían imitado, donde habían podido, los métodos del «padre de los pueblos». Jruschof solo reconocía algo de lo archisabido, y la trascendencia de su informe radica solo en el carácter oficial del reconocimiento.

No. Para Neruda las muertes causadas por franquistas eran crímenes inexpiables, porque afectaban a gente de ideas «avan-

zadas», comunistas a menudo, anhelosas de una sociedad sin explotación, sin injusticia, sin opresión. Por el contrario Stalin mataba precisamente a delincuentes como Franco, irrecuperable escoria de la humanidad, defensores de los horrores del capitalismo tanto en su forma de democracias burguesas como de regímenes autoritarios o bien fascistas; destinados todos ellos al «basurero de la historia». Stalin hizo fusilar, entre otros, a muchos más comunistas que el Caudillo; pero cualquier orgulloso *staliniano* como Neruda sabía que se trataba de falsos comunistas, agentes del imperialismo, fascistas disfrazados.

De ahí el valor simbólico, al margen de su relación con los hechos, de la recurrente imagen de los niños destrozados. No solo busca exaltar la indignación, sino también identificar a los comunistas y progresistas en general, sobre todo a los primeros, personas de ideales puros, luchadores por un porvenir resplandeciente para la humanidad bajo regímenes como el del preclaro Stalin: a ellos, como a los niños, estaba reservado el futuro. Franco asesinaba a los niños y pisoteaba a las parturientas, es decir, trataba de asesinar el porvenir en un intento criminalmente enloquecido y vano —apenas precisa decirlo— de frenar la marcha ineluctable de la historia. Neruda, el «staliniano que lleva este nombre con orgullo», lo expresaba con destreza poética.

La historia ha circulado por otras vías y quienes se atribuían la posesión del futuro han fracasado desastrosamente, pero nadie debería caer en una euforia precipitada y forzosamente banal. Poco adelantaríamos sin una comprensión de los esquemas mentales que llevan al stalinismo o al nazismo, y ya saldrán otros poseedores del futuro, porque está en la naturaleza humana la tentación de pensar y actuar de ese modo.

En todo caso encontramos una primera evidencia, Stalin y Franco representaban formas mentales, morales y políticas

opuestas: el primero, el porvenir radiante, el segundo, el pasado oprobioso. En conjunto, Stalin tuvo una carrera triunfal. A la hora de su muerte dirigía un inmenso imperio extendido por más de media Europa y cerca de la mitad de Asia y era el venerado líder moral de un tercio de la humanidad, donde existían regímenes socialistas, y de millones de otras personas que luchaban por ese ideal en el seno de sociedades *burguesas*. Y de tantos otros que sin luchar lo apoyaban o respetaban, aun si en su fuero interno sintieran poco entusiasmo por vivir en un sistema soviético y prefirieran hacer sus carreras bajo los horrores del capitalismo.

Pero no todo habían sido éxitos, y Franco encarnaba, precisamente, uno de los pocos fracasos graves de Stalin. Fracaso en un país quizá poco importante en los órdenes demográfico o económico, aunque bastante más en el orden estratégico, el cultural y el histórico; y, sobre todo, en el simbólico. Por algo la bibliografía de la guerra civil española —una derrota de Stalin, entre otras cosas— ha sido tan enorme y sigue hoy en pleno auge. Reflejo a su vez de las pasiones que la acompañaron, más fuertes que las asociadas a otros sucesos del siglo XX de mayores efectos materiales.

Stalin no tomó a la ligera la guerra de España, pese a las dificultades para intervenir en ella. Mandó bastantes de sus mejores armas y él mismo procuró orientar la política de las izquierdas españolas; e hizo cumplir sus instrucciones a través del Partido Comunista español, cuyos jefes sentían orgullo en obrar como agentes del Kremlin. Por ello no debió de encajar con buen ánimo su derrota después de tanto esfuerzo: varios de los asesores enviados por él a España fueron fusilados o desaparecieron en el terror de la época, como chivos expiatorios. Los supervivientes (Malinofski, Vóronof, etc.), demostrarían pronto,

luchando contra la Alemania nazi, que Stalin no había mandado a España personal de segunda fila, sino a muchos de sus mejores elementos militares y policíacos. Inútil decir que los fusilados, en su mayoría, no lo fueron por baja calidad profesional, sino por «desviaciones ideológicas», reales o inventadas.

Sería exagerado imaginar un Stalin obsesionado por la victoria de Franco, pues los inmensos triunfos de su carrera le compensaban ampliamente de aquel revés. Con todo, seguía siendo una mancha en su expediente y el aplastamiento final de Alemania le ofreció una segunda oportunidad para destruir a un adversario detestado. Fuera de España casi nadie dudó entonces de la pronta liquidación de Franco y no pocos le deseaban la horrible suerte de Mussolini; dentro del país, la amenaza agrietó un tanto al régimen. Aunque España no entraba en la esfera de influencia soviética acordada con Churchill y Roosevelt, mantenía un gran interés para Stalin, quien hizo cuanto pudo por aislar al franquismo, declarándolo apestado internacionalmente como primer paso para su derrocamiento. El segundo paso consistió en el maqnis, guerrilla organizada por los comunistas para reavivar la guerra civil, provocar una intervención de las democracias e implantar un régimen si no socialista, por lo menos muy *avanzado*.Y sin embargo, asombrosamente, también fracasó en esta intentona, segunda humillación que no pudo hacerle una gracia excesiva, aun contando con sus éxitos arrolladores en otros ámbitos.

Pasada la dura prueba, Franco, dictador a quien habían auxiliado Hitler y Mussolini, iba a mantenerse en el poder, a contracorriente no solo de los comunistas, sino de las democracias anglosajonas y europeas. Las cuales, si bien renuentes a intervenir en España, rara vez le obsequiaron con sentimientos mínimamente cordiales y ampararon diversas oposiciones a él.Y así

continuaría hasta 1975, año de su muerte por causas naturales tras una larga agonía, similar a la de otro dictador característico de la época, Tito, el comunista yugoslavo disidente de Moscú.

Las diatribas tienen un toque peculiar viniendo, por lo común, de ateos. Neruda sitúa a Franco en un infierno de eternos e indecibles tormentos en el cual, como buen stalinista, no podía creer: Franco, el propio Stalin, Hitler, Churchill o él mismo, como todo el mundo, estaba destinado a convertirse en igualadora carroña, sin posible reparación o justicia ulteriores, y por tanto sin ningún significado. Aun si deseaban que las generaciones venideras compartieran el odio de Neruda, nada de ese odio podría afectar ya al Caudillo, vencedor hasta el fin, por mucho que le deseasen imposibles suplicios. A su vez, Franco, creyente católico, señaló alguna vez que la vida sería absurda si no hubiera un más allá. Pero en general no cultivó ni alentó expresiones de odio tan furiosas como las despertadas por él en sus contrarios y su testamento político se expresa en términos ponderados, acaso por encontrarse ya a las puertas de la muerte.

Sería irreal pretender que toda la literatura antifranquista tiene sello marxista. La encontramos también de corte socialdemócrata, monárquico, liberal o democristiano, a veces dura en extremo. Pero sí cabe afirmar que la más persistente, implacable y apasionada ha provenido del comunismo y aledaños, e influido profundamente sobre el resto en la elección y valoración de temas. Como fue comunista la oposición realmente sostenida contra Franco. No hubo demócratas en las cárceles por la sencilla razón de que no hubo oposición democrática seria, como debiera ser bien sabido.

En fin, la condena al franquismo se ha vuelto casi unánime en los últimos decenios, y ello hace pensar que la condena

es justa. Pero si reparamos en que ese antifranquismo une a etarras como Bolinaga, De Juana Chaos, etc.; a colaboradores de la ETA como Arzallus o Zapatero, que ha premiado sus crímenes con legalidad, dinero público y otras prebendas; a personajes tan corruptos como Pujol, los socialistas de los ERE falsos, los derechistas de la trama Gürtel; a periodistas como Cebrián o Ansón, que medraron y ocuparon cargos en el propio aparato del régimen de Franco; a Santiago Carrillo... cualquier persona con dos dedos de frente se pregunta por fuerza si no habrá algo, digamos, extraño en tal unanimidad. Este libro trata de responder a esa lógica pregunta.

1

EL DÍA EN QUE SE HUNDIÓ LA II REPÚBLICA

El 1 de abril de 1939, Franco hizo emitir por radio su célebre parte: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado». Suele llamarse republicanos a los vencidos, por lo que muchos historiadores y comentaristas han fechado en ese día el final de la república, casi exactamente ocho años después de su instauración el 14 de abril de 1931. Sin embargo, ¿era la república de la guerra civil la misma que la de 1931? Franco no habla de ejército republicano, sino rojo, y ello impone una aclaración.

Llamar republicano a uno de los bandos suena extraño, pues la alternativa no era monárquica. Cuando, hacia el fin de la II Guerra Mundial, el heredero de la corona, Don Juan, pretendió desplazar a Franco, este le recordó que la guerra no se había librado por la monarquía, sino por una concepción general de España. El derecho de Don Juan a reinar tampoco partía de la continuidad dinástica, porque su padre, Alfonso XIII, y sus cortesanos habían cedido el poder a la república en circunstancias poco respetables. En realidad, la aspiración de Don

Juan no tenía más base que las presiones y amenazas de los vencedores de Alemania, en particular Inglaterra, deseosa de restaurar el trono en España.

En cuanto a la república, lo que la caracteriza es su legalidad. Hay repúblicas democráticas, tiránicas, totalitarias o mezcla de ellas. La española fue demoliberal, en parte: su Constitución, aun si impuesta por la izquierda sin consenso y sin referéndum popular, proclamaba elecciones libres y libertades políticas. No funcionó bien y la previa Ley de Defensa de la república cercenaba muchas libertades y permitía al gobierno obrar con despotismo: la censura de prensa y suspensión de periódicos fueron casi constantes. Incluso peor: la fuerte victoria electoral de la derecha en las elecciones de noviembre de 1933 fue rechazada por las izquierdas, que terminaron sublevándose contra su propia legalidad al año siguiente. Pero aun con sus defectos y epilepsias, cabe hablar de una república relativamente democrática.

Ahora bien, el régimen inaugurado en 1931 tenía muy poco que ver con el vencido ocho años después. En este no regía en absoluto la Constitución republicana, sus fuerzas determinantes eran unas izquierdas revolucionarias y entre ellas mismas menudearon sangrientas persecuciones sin apoyo en ninguna legalidad, mientras que la población de derecha estaba radicalmente excluida y perseguida. Basta leer los diarios de guerra de Azaña, el líder más representativo de la izquierda republicana, para entender hasta qué punto la guerra había originado un régimen distinto del de 1931. Algunos autores como Stanley Payne lo han llamado III República, pero el término no llegó a consolidarse. En realidad fue una alianza inestable entre las izquierdas y los separatistas catalanes y vascos, y evolucionó hacia un nuevo estado comunista o comunistizante, sin

llegar a asentar una legalidad propia, debido a la derrota de todos sus componentes.

Salta a la vista que el 1 de abril del 39 cayó un régimen distinto de la II República, y por ello la mayoría de los autores fecha la defunción de esta en el 18 de julio de 1936. Así lo explica Juan Benet, en quien se apoya Pedro J. Ramírez: «La república y el Estado democrático quedaron pulverizados el 18 de julio por la acción conjunta y simultánea de dos revoluciones extremistas». Se refiere a la conjunción del golpe militar y la revolución izquierdista. Benet, prestigiado novelista de izquierda (lamentaba que Solzhenitsin hubiera salido del GULAG), y Ramírez, periodista, ambos escritores de libros de historia, expresan una tesis que el autor de este libro compartía hace tiempo.

Algo, empero, desentona: la revolución izquierdista se debió a las armas entregadas a los sindicatos y los repartidores fueron precisamente los dueños del poder que Benet cree republicano-democrático. Prescindir de ese dato impide entender la historia. Fue Giral, amigo de Azaña y jefe del Gobierno, quien ordenó armar a las masas. Fue, pues, el gobierno el impulsor decisivo de la revolución, fruto de una alianza previa entre republicanos de izquierda y revolucionarios. El nombre con que ha pasado a la historia esa alianza es el de Frente Popular.

Por tanto, no cabe hablar de golpe revolucionario contra un gobierno democrático. De hecho, el reparto de armas solo culminaba una política definida cinco meses antes, cuando el Frente Popular se había adjudicado la victoria en las elecciones de febrero. Desde entonces gobernó la izquierda republicana con apoyo externo de sindicatos e izquierdas obreristas, desta-

cadamente el PSOE y su UGT, mucho más potentes que los partidos del gobierno. Apenas pasado un mes de las elecciones, consigna en sus diarios Azaña, jefe del Gobierno:

> Hoy nos han quemado Yecla: 7 iglesias, 6 casas, todos los centros políticos de derecha, y el Registro de la Propiedad. A media tarde, incendios en Albacete, en Almansa. Ayer, motín y asesinatos en Jumilla. El sábado, Logroño, el viernes Madrid: tres iglesias. El jueves y el miércoles, Vallecas... Han apaleado, en la calle del Caballero de Gracia, a un comandante, vestido de uniforme, que no hacía nada. En Ferrol, a dos oficiales de artillería; en Logroño, acorralaron y encerraron a un general y cuatro oficiales... Creo que van más de doscientos muertos y heridos desde que se formó el Gobierno [el 19 de febrero], y he perdido la cuenta de las poblaciones en que han quemado iglesias y conventos.

Y era solo el comienzo. Milicias socialistas y comunistas y sindicatos anarquistas imponían su ley en la calle, traducida en asesinatos y disturbios, invasión de fincas, quema de iglesias y registros de la propiedad, asaltos a periódicos y sedes de la derecha, desfiles intimidatorios, humillaciones y ultrajes al clero... Lo han descrito muchos testigos imparciales, como Salvador de Madariaga, y está perfectamente documentado. El estado de alarma y una estricta censura de prensa ocultaban las noticias, en especial de asesinatos, aunque las mismas se difundían de un modo u otro.

La derecha, desesperada, pedía al gobierno que frenase el desorden. El 3 de abril, Azaña condenaba en las Cortes «el desmán, la violencia, el terrorismo, dondequiera que se manifiesten y hágalos quien los haga». Ello alegró a los conservadores, pero acto seguido se desdijo: «Dejemos llegar a nuestro ánimo

el sentimiento de la misericordia y de la piedad. ¿Es que se puede pedir a las muchedumbres irritadas y maltratadas, a las muchedumbres hambreadas durante dos años, a las muchedumbres saliendo del penal, que tengan la virtud que otros tenemos de que no trasparezcan en nuestra conducta los agravios de que guardamos exquisita memoria?». Sugería así que las violencias estaban justificadas y no debían reprimirse, en virtud de una peculiar piedad y misericordia. Por lo demás, sus acusaciones eran falsas, pues los dos años anteriores, con gobiernos de derecha, habían sido económicamente mejores y con menos hambre que el primer bienio, cuando habían gobernado Azaña y el PSOE.

A mediados de abril, el líder monárquico Calvo-Sotelo leyó en las Cortes una relación de violencias: 74 muertos y 345 heridos, 73 asaltos e incendios de centros políticos conservadores, de 142 iglesias y de muchas decenas de domicilios y locales públicos y privados. Le respondieron con amenazas: «Muy poco, cuando no os han arrastrado todavía». Exhortó a poner coto a un desorden que duraba demasiado y la diputada socialista Margarita Nelken le gritó: «¡Y lo que durará!». Denunció la quema de «esculturas de Salzillo, magníficos retablos de Juan de Juanes, lienzos de Tiziano, tallas policromadas, obras declaradas monumentos nacionales, como la iglesia de Santa María de Elche». Un diputado se chanceó: «¡Para la falta que hacían...!».

Otro jefe de la derecha, Gil-Robles, protestó y el jefe del Partido Comunista, José Díaz, le amenazó de muerte: «Esta es una cámara de cuellos flojos y de puños fuertes, que tiene que decir al pueblo la verdad tal como la siente (...). El señor Gil-Robles decía de una manera patética que ante la situación que se pueda crear en España era preferible morir en la calle de no sé qué manera. Yo no sé cómo va a morir Gil-Robles (un di-

putado: "¡En la horca!"), pero sí puedo afirmar que si se cumple la justicia del pueblo, morirá con los zapatos puestos». En medio de la consiguiente algarabía, gritó la Pasionaria: «Si os molesta, le quitaremos los zapatos y le pondremos las botas». Jiménez de Asúa, presidente de la Cámara, se limitó a advertir que tales frases no constarían en el diario de sesiones, pero el órgano del PCE, *Mundo Obrero*, las reprodujo.

Los tumultos eran tales que el socialista Indalecio Prieto, corresponsable del caos y jefe de un grupo terrorista llamado La Motorizada, clamaba el 1 de mayo: «¡Basta ya! ¡Basta, basta! La convulsión de una revolución (...) la puede soportar un país; lo que no puede soportar es la sangría constante de desorden público sin finalidad revolucionaria inmediata; lo que no soporta una nación es el desgaste de su poder público y de su propia vitalidad económica (...). Podrán decir espíritus simples que el desasosiego, la zozobra, la intranquilidad, la padecen solo las clases dominantes. Eso, a mi juicio, constituye un error». Estas frases desnudan la realidad bajo la retórica de «provocaciones fascistas». Las izquierdas habían comenzado los asesinatos y desmanes, que en gran mayoría tenían su sello. Solo la Falange replicaba a la violencia con la violencia, pero sus atentados eran pocos, porque se trataba de un partido pequeño y medio desvertebrado por la policía. Entre tanto, el desorden, las huelgas salvajes y las medidas arbitrarias devastaban el tejido económico y el desempleo crecía en vertical. Prieto temía que aquellas violencias fortaleciesen una reacción de tipo fascista.

El amparo del gobierno a los desmanes revolucionarios fue reiterado en las Cortes, el 19 de mayo, por el nuevo jefe del Gobierno, Casares Quiroga (Azaña había pasado a presidente de la república o jefe del Estado). Casares animó al Frente Popular a «un ataque a fondo, allí donde el enemigo se presente,

iremos a aplastarlo». Y acusó a la derecha de «fascismo». Gil-Robles negó la acusación, denunció a «esas fuerzas que claramente preparan la revolución» y refrendó a Prieto culpando al gobierno de provocar con su postura un auge del fascismo. El líder monárquico Calvo-Sotelo, de gran protagonismo en las Cortes, advirtió que un militar «debía servir lealmente cuando se manda con legalidad y en servicio de la Patria, y reaccionar furiosamente cuando se manda sin legalidad y en detrimento de la Patria». Por entonces, el general Mola conspiraba para acabar con aquel estado de cosas mediante un rápido golpe militar. El gobierno vigilaba la conspiración, que avanzaba a trancas y barrancas.

El mismo día, el líder comunista Antonio Mije peroraba: «El corazón de la burguesía de Badajoz no palpitará normalmente desde esta mañana al ver cómo desfilan por las calles con el puño en alto las milicias uniformadas; al ver cómo desfilaban esta mañana millares y millares de jóvenes obreros y campesinos, que son los hombres del futuro Ejército Rojo (...). Este acto es una demostración de fuerza, es una demostración de energía, es una demostración de disciplina de las masas obreras y campesinas encuadradas en los partidos marxistas, que se preparan para terminar muy pronto con esa gente que todavía sigue en España dominando de forma cruel y explotadora». Y ciertamente, en las derechas cundía un miedo y una impotencia que reventaría en furia más tarde. El PCE y el PSOE instruían milicias y menudeaban las provocaciones callejeras a militares con gritos de «¡asesinos!», «¡viva Rusia!» o «¡abajo el Ejército!».

A su vez, el PSOE se agrietaba entre los seguidores de Largo Caballero y los de Prieto, marginando a los moderados de Besteiro. Los de Largo aspiraban a un golpe revolucionario cuanto antes y entendían la agitación permanente como pre-

paración para el mismo, mientras que los prietistas, minoritarios, deseaban colaborar más tiempo con el gobierno y temían que aquel hervor sirviera finalmente a sus enemigos. En cierto modo ambos tenían razón, pues la subversión rampante e impune provocó las dos cosas el 18 de julio: el estallido revolucionario y el golpe militar. Lo cual no habría ocurrido sin las acciones y omisiones de un gobierno no ya débil, sino favorecedor del proceso. Las tensiones entre los dos grupos socialistas llegaron al extremo de que Prieto tuvo que salvarse a tiros de una encerrona tendida por los de Largo en un mitin en Écija.

Con ser graves los desmanes callejeros, lo era más la actitud del gobierno. Las izquierdas presionaban a los tribunales a fin de «que hagan justicia en beneficio del pueblo, que es el único que tiene derecho», en frase del comunista Uribe, entendiendo por «pueblo» a sus correligionarios. El 9 de junio se aprobó un tribunal especial para vigilar a los magistrados, formado por presidentes de asociaciones sociales de izquierda. Otra ley encomendaba la elección del Tribunal Supremo a una asamblea de setenta y cinco miembros con predominio izquierdista absoluto. En el Ejército, la diplomacia y otros organismos estatales, las depuraciones iban expulsando a los conservadores.

El 16 de junio, un mes antes de la guerra, tuvo lugar otra reveladora sesión de Cortes. Las derechas presentaron una proposición de ley: «Las Cortes esperan del gobierno la rápida adopción de las medidas necesarias para poner fin al estado de subversión en que vive España». Pero ni la mayoría de las Cortes ni el gobierno pensaban en tal cosa. Gil-Robles aportó nuevos datos sobre incendios y destrozos de iglesias, periódicos y centros derechistas, huelgas, bombas y atentados. El balance de sangre había subido a 269 muertos y 1.287 heridos en cuatro

meses. Solo en las dos jornadas anteriores habían ocurrido incidentes graves en 14 localidades, con 8 muertos y 12 heridos, varios cortijos calcinados, tiroteos contra supuestos fascistas y en un polvorín, cuatro bombas en Madrid, vejaciones a religiosas de un hospicio, etc. Calvo-Sotelo incitó a la rebelión «contra la anarquía, si esta se produjese». Los anarquistas competían con los socialistas en promover huelgas salvajes e incidentes, y a veces se mataban entre ellos.

Casares amenazó a Calvo: «Si algo pudiera ocurrir, su señoría sería el responsable de toda responsabilidad». Y dibujó un grato panorama de calma social y afluencia turística. «La inquietud, que no tendría justificación por los escasos actos de violencia que se han producido, no existe». Culpó a los patronos del desorden, por no dar trabajo y practicar el pistolerismo. «Ateneos a las consecuencias», concluyó. Las consecuencias eran que los desmanes quedaban sin castigo y la policía perseguía al entorno de las víctimas de derechas, mientras la justicia se sometía a la tutela de los sindicatos. La Pasionaria calificó de «tempestades» las agitaciones, contradiciendo a Casares, pero siguió a este en sus ataques y exigió el encarcelamiento de los patronos que no acataban los laudos y de los políticos derechistas, empezando por Gil-Robles.

Calvo, sin atender a la Pasionaria, contestó a Casares, premonitoriamente: «Yo acepto con gusto y no desdeño ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de actos que yo realice (...). Yo digo lo que Santo Domingo de Silos contestó a un rey castellano: "Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis". Y es preferible morir con honra a vivir con vilipendio». Sugirió que Casares imitaba a Kerenski y a Karoli, que habían abierto la puerta al comunismo en Rusia y en Hungría. Al día siguiente, *Mundo Obrero* certificaba la amenaza de muer-

te: «La destrucción de todo esto es tarea inmediata del Frente Popular. Con el miserable Calvo-Sotelo a la cabeza».

Prieto quería encarcelamientos preventivos para descabezar la conspiración militar, pero el gobierno aguardaba vigilante para aplastar el golpe tan pronto saliera a la luz, como había hecho en 1932 con el del general Sanjurjo. La conspiración no acababa de cuajar y Franco vacilaba. El 23 de junio escribía a Casares advirtiéndole de la división en el Ejército e instándole a cortar aquel estado de cosas. La carta reflejaba poca fe en las medidas de Mola e interés por la unidad del Ejército, que el gobierno debía garantizar frente al proceso revolucionario. Casares hizo caso omiso de la advertencia.

La crispación llegó al súmmum el 12 de julio, cuando unos guardias de asalto y milicianos socialistas mandados por un oficial de la Guardia Civil asesinaron a Calvo-Sotelo (Gil-Robles se salvó por no estar en Madrid). La izquierda justificó el crimen como represalia por el previo asesinato de un teniente instructor de milicias del PSOE, pero este carecía de relevancia política comparable, ni de lejos, al de un jefe de la oposición. El pretexto exponía involuntariamente la situación de ilegalidad general, con policías y revolucionarios mezclados obrando como terroristas. Prieto estuvo muy probablemente detrás del asesinato, pues el jefe de la operación y el asesino directo eran hombres suyos. Aquel crimen decidió a Franco y otros a rebelarse.

Casi todo el mundo entendió el asesinato como preludio de la guerra. Sería un error creer que las izquierdas lo lamentaron. El futuro ministro de Gobernación Ángel Galarza, del PSOE, diría: «El asesinato de Calvo-Sotelo me produjo un sentimiento. El sentimiento de no haber participado en la ejecución». Prieto concluyó en *El Liberal*: «Será una batalla a muerte, porque cada uno de los bandos sabe que el adversario,

si triunfa, no le dará cuartel (...). Sería preferible un combate decisivo a esta continua sangría». Y el diario *Claridad*, de Largo, analizaba: «La lógica histórica aconseja soluciones más drásticas (...). Si el estado de alarma no puede someter a la derecha, venga cuanto antes la dictadura del Frente Popular (...). ¿No quiere (la derecha) la paz civil? Pues sea la guerra civil a fondo». En realidad el muy amplio grueso de la violencia había tenido marca izquierdista y la derecha había pedido al gobierno que garantizase la paz civil cumpliendo la ley. Las izquierdas estaban seguras de ganar, pero, como observa S. Payne, «iban a tener pronto más *guerra civil a fondo* de la que pensaban».

Así pues, tampoco el 18 de julio cayó la II República, ya que su legalidad había sido arrasada en los meses anteriores, desde la calle y desde el gobierno. En rigor, el 18 de julio no destruyó una democracia, sino que la previa destrucción de la democracia causó el 18 de julio. La pregunta permanece: ¿cuándo se vino abajo la legalidad? Debemos remontarnos a las elecciones del 16 de febrero de aquel fatídico 1936.

La cuestión de aquellas elecciones tiene máxima relevancia, pues sus efectos políticos moldean en buena medida el hoy. El argumento básico de las izquierdas, cimiento de la *ley de memoria histórica*, habla de unos comicios democráticos ganados por el Frente Popular, lo cual legitimaría a este y deslegitimaría a los rebeldes contra él.

Pero los comicios no fueron tan normales. A principios de 1936, el presidente Alcalá-Zamora y su jefe de Gobierno Portela Valladares, nombrado por aquel sin respaldo parlamentario, estaban acusados en la Diputación Permanente de las

Cortes por haber prorrogado ilegalmente los presupuestos. Para eludir el peligro disolvieron las Cortes y convocaron elecciones en un ambiente de odios exacerbados. La lucha electoral se libró con varios muertos y una propaganda salvaje. La izquierda clamaba: «Acusamos de verdugos, saqueadores e incendiarios a Lerroux-Gil-Robles. ¡A la cárcel!»; «El pueblo unido arrollará a las pandillas del crimen», «por la España antifascista, contra la España del hambre, el terror y la muerte»; «La CEDA y los monárquicos saben que el Bloque Popular es su muerte definitiva»; «Las derechas quieren una España hitleriana, ignorante y con hambre, sin libertad, sometida a la reacción y el fascismo»; «Votad contra los ladrones, votad contra los torturadores». Y así sistemáticamente. La derecha replicaba: «Ruge la horda revolucionaria vencida por la CEDA en una pugna feroz»; «Los judas emboscados del separatismo, en criminal maridaje con los asesinos de Octubre, quieren rasgar la unidad de España»; «Por el honor de nuestro Ejército, el que nos libró del Octubre rojo»; «por el mantenimiento de la civilización cristiana, luchan de un lado, los defensores de la religión, de la propiedad y de la familia; del otro, los representantes de la impiedad, del marxismo y del amor libre»; «Contra la revolución y sus cómplices», etc.

La furia agitativa tomaba por eje la insurrección de octubre de 1934, organizada por el PSOE y la Esquerra catalana y apoyada por casi todo el resto de la izquierda. Un año antes el pueblo había votado muy mayoritariamente a la derecha, después de un convulso bienio izquierdista. Rechazando la decisión de las urnas, izquierdas y separatistas habían intentado golpes de Estado y desestabilización de la república, culminados en dicha insurrección. El PSOE la concibió abiertamente como guerra civil.

He documentado ampliamente en *Los orígenes de la guerra civil* el alcance, objetivos e instrucciones secretas del levantamiento. Durante dos semanas hubo en Asturias auténtica guerra y en el conjunto del país, mil trescientos muertos y enormes destrucciones materiales y culturales (bibliotecas, obras de arte, etc.). El movimiento fracasó ante todo porque las masas permanecieron al lado de la legalidad. Tras su derrota, las izquierdas desataron una magna campaña nacional e internacional acusando al gobierno, presidido por Lerroux e inspirado en parte por Gil-Robles, de haber torturado y asesinado a cinco mil obreros en Asturias. He examinado las acusaciones en *El derrumbe de la república*, y está claro hoy que casi todas son exageraciones o meras invenciones. La promesa de investigar las atrocidades fue un punto básico del programa izquierdista en 1936, pero, desde luego, quedó olvidado al llegar el Frente Popular al poder, haciendo caso omiso de las exhortaciones derechistas a cumplir lo prometido. En todo caso, las acusaciones tuvieron repercusión histórica, pues levantaron entre izquierdas y derechas rencores implacables, ya antes existentes pero menos crispados. «Asturias» fue el eje de las agitaciones electorales. G. Brenan definió la insurrección de octubre como «la primera batalla de la guerra civil». Y eso fue exactamente, ya que las izquierdas no cambiaron en lo esencial sus posiciones políticas.

Durante la campaña electoral de 1936, Largo Caballero, *el Lenin español* y líder más fuerte de la izquierda, llamó a la «clase obrera» a «adueñarse del poder político, convencida de que la democracia es incompatible con el socialismo». No reconocía una posible derrota electoral: «Si triunfan las derechas, tendremos que ir forzosamente a la guerra civil declarada (...). Llevamos dentro del corazón y del cerebro el propósito de hacerlo». Azaña tampoco aceptaba urnas adversas: «Si se vuelve a someter

al país a una tutela aún más degradante que la monárquica, habrá que pensar en organizar de otro modo la democracia». Gil-Robles, desconfiado del gobierno Portela, organizador de los comicios, advertía contra la inhibición de la autoridad ante las violencias: «Quien desata vientos de arbitrariedad recoge tempestades de sangre». Y Calvo-Sotelo argüía: «Desgraciadamente una grandísima parte del pueblo español piensa en la fuerza para implantar el imperio de la barbarie. Para que la sociedad realice una defensa eficaz necesita también apelar a la fuerza». Los llamamientos de algunos partidos a la calma cayeron en el vacío y los más moderados fueron también los menos votados.

Si aquella campaña tuvo muy poco de normal, el recuento de votos la empeoró: ante los primeros datos favorables al Frente Popular, enardecidas masas de izquierda salieron a las calles y atacaron sedes de la derecha, exigiendo liberar a los presos de octubre del 34 y reponer a los ediles suspendidos por rebelión. Según el consternado Gil-Robles, «los gobernadores civiles manifestaban su parcialidad en muchas provincias y toleraban los desmanes y coacciones de las turbas, cuando no colaboraban descaradamente con ellas». Franco advirtió al general Pozas, jefe de la Guardia Civil: «Se están sacando de las elecciones unas consecuencias revolucionarias que no estaban implícitas en los resultados». Pozas calificó los disturbios de «alegría republicana». Franco y Gil-Robles pedían el estado de guerra para asegurar la normalidad, por lo que las izquierdas les han acusado de propiciar un golpe de Estado, una acusación falsa. En realidad las elecciones mismas, en tales condiciones, podían calificarse a su vez de golpe de Estado. Portela pidió a Alcalá-Zamora autorización para imponer los estados de alarma y de guerra. Declaró solo el de alarma, que continuaría los meses siguientes.

Azaña resume: «Los gobernadores de Portela habían huido casi todos. Nadie mandaba en ninguna parte y empezaron los motines». Y Alcalá-Zamora, en sus memorias, robadas por el Frente Popular y recuperadas hace unos años, señala el día 24: «Manuel Becerra (...), conocedor como último ministro de Justicia y Trabajo de los datos que debían escrutarse, calculó un 50 por ciento menos las actas cuya adjudicación se ha variado bajo la acción combinada del miedo y la crisis». Ante los asaltos a alcaldías, disturbios e incendios en las cárceles, Portela, presa del pánico, entregó el poder al Frente Popular el día 19 y dimitió. Conducta ilegal, porque faltaba una segunda vuelta electoral que debía presidir él y no los supuestos vencedores de la primera vuelta.

Por lo demás, las votaciones reales no fueron publicadas, lo que vuelve a descalificar aquellas elecciones como democráticas. Por esta razón, los historiadores han hecho estimaciones muy varias, discrepando hasta en un millón de votos: el Frente Popular habría obtenido 3,8 millones (H. Thomas), 4,8 (Rama y Bécarud) o 4,6 (Tusell). Las derechas, 4 millones (Jackson, Brenan, Bécarud o Rama) o 4,5 (Tusell). Las cifras de Tusell parecen las más rigurosas y vienen a igualar prácticamente los votos de izquierdas y derechas; pero no pondera los fraudes. Aquella jornada fue solamente el comienzo de un proceso electoral que no terminaría hasta casi dos meses después.

El 20 de febrero Azaña habló aplacadoramente: «El gobierno se dirige con palabras de paz (...). No conocemos más enemigos que los enemigos de la república y de España (...). Unámonos todos bajo esa bandera en la que caben republicanos y no republicanos». La derecha, deprimida y asustada, respiró. Gil-Robles prometió «una oposición serena, razonada y firme, sin obstrucciones estériles». Azaña mismo se jactaba con ironía de

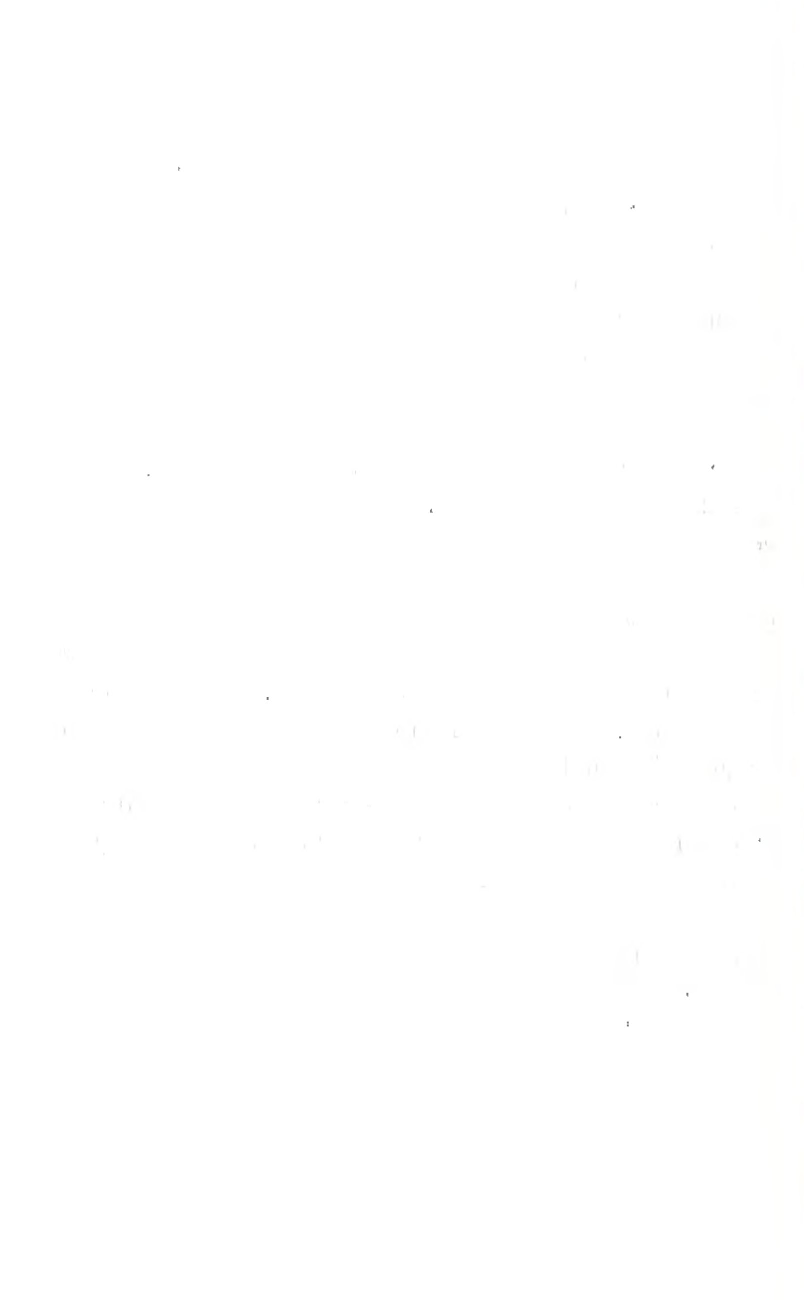
haberse convertido en *ídolo de las derechas* y disfrutaba con su pavor: «Tienen un miedo horrible (...). A Gil-Robles la Pasionaria le ha cubierto de insultos. No sabe dónde meterse, del miedo que tiene», explica en cartas a su cuñado Rivas Cherif. Soltaba *atrocidades* a Alcalá-Zamora y multiplicaba los desplantes a personajes como el presidente del Tribunal Supremo o el general Batet, vencedor de la insurrección de 1934 en Barcelona. Y pronto disipó la ilusión conciliadora: el 1 de marzo declaraba que el programa del Frente Popular «se realizará para que la república no salga nunca más de nuestras manos». Esto no sonaba muy democrático. La Pasionaria, encumbrada agitadora, clamaba: «Vivimos en una situación revolucionaria», y exigía la ejecución de los que llamaba «asesinos de octubre». Quienes habían asaltado la república en octubre del 34 eran amnistiados y perseguidos los que habían defendido su legalidad.

Tras la segunda vuelta, el curso electoral continuó: las Cortes, dominadas por la izquierda (263 diputados, frente a 168 y un centro pequeño), emprendieron entre griterío y amenazas una arbitraria revisión de actas, despojando a la derecha de 37 escaños. La CEDA, despechada, se retiró de las Cortes, para volver al poco con las orejas gachas. Y el 7 de abril concluía el proceso electoral con la destitución del presidente de la república, Alcalá-Zamora, a quien sustituiría poco después el propio Azaña, pasando Casares a la cabeza del gobierno. El pretexto para la destitución fue reveladoramente grotesco. El presidente podía disolver constitucionalmente las Cortes por dos veces, pero si la segunda se juzgaba injustificada, sería depuesto. La segunda habría sido la anterior, la que había llevado al poder al Frente Popular, y ahora este acusaba a Alcalá-Zamora de disolución ilegítima, con lo que de hecho ilegitimaba su propia victoria.

Ello aparte, la primera disolución, en 1933, había afectado a las Cortes Constituyentes y no estaba claro si debía computarse entre las dos a tratar. El 4 de diciembre de 1931, Azaña calificaba de «desatinado» y «peligroso» incluir aquella disolución entre las dos del derecho presidencial; pero en 1936 la incluyó. El conflicto debía dirimirlo el Tribunal de Garantías, pero las Cortes, convertidas en juez y parte, destituyeron sin más a Alcalá-Zamora. Otro republicano de izquierda, Martínez Barrio, juzgará el suceso en sus memorias: «Nos habíamos lanzado por uno de esos despeñaderos históricos que carecen de toda posibilidad de vuelta». Azaña, en cambio, disfrutaba del *placer estético* de la maniobra. Y había cierta estética en que el promotor de unas elecciones innecesarias fuera destituido por sus beneficiarios, coronando un rosario de ilegalidades.

Calificar de democrático y normal aquel proceso electoral solo puede hacerse desde un criterio harto peculiar y en ningún caso democrático. Los hechos permiten afirmar que el día en que se hundió la república fue exactamente el 16 de febrero de 1936, cuando su legalidad, impuesta por las izquierdas en 1931, sin consenso ni refrendo popular, fue arrollada por aquellas mismas izquierdas en unas elecciones tumultuosas y antidemocráticas. Las cuales iniciaron un proceso revolucionario que desembocaría en la guerra civil o, más propiamente, en la reanudación de la misma después de la intentona izquierdista de octubre de 1934.

Nota. Las citas están resumidas de mi libro *El derrumbe de la república y la guerra civil*, III parte, y proceden de la prensa, las actas de las sesiones de Cortes de la época, los diarios de Azaña y las memorias mencionadas. Ver también *Los documentos de la primavera trágica*, de Ricardo de la Cierva. No existen versiones contrarias medianamente bien documentadas.



2

LA GUERRA DE ESPAÑA ENTRE LAS DEL SIGLO XX

La guerra de España duró dos años y ocho meses, y todavía hoy se la percibe como un hecho especialmente mortífero del siglo XX, con una crueldad excepcional que abonaría el tópico del «cainismo» español. Apenas terminada, autores de izquierdas llegaron a atribuirle tres millones de muertos, y la cifra se redondeó en un millón en la célebre novela de J. M. Gironella: aún hace dos años la oí a una profesora de universidad. Sin embargo, ya en 1942 el demógrafo J. Villar Salinas demostró en un cuidadoso estudio —premiado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas— que el aumento real de defunciones causadas por la guerra no podía haber superado mucho el cuarto de millón. Prescindo de las estimaciones sobre pérdida de natalidad y otras cuestiones, pues obviamente no son víctimas. Ramón Salas Larrazábal, en su estudio clásico *Pérdidas de la guerra,* solo en parte superado hasta hoy, somete a crítica las estimaciones un tanto míticas de historiadores como R. Tamames, G. Jackson, H. Thomas o P. Vilar, que suelen calcularlas en torno a medio millón entre caídos en combate y víctimas de represión, aumentados por entre

100.000 y 200.000 fusilados en la posguerra. Jesús Salas, valiéndose de las estadísticas de población, calcula una pérdida de 250.000 hombres aproximadamente y J. M. Gárate Córdoba los acerca a los 300.000. La población total era de 25 millones.

Los historiadores de izquierda han solido incluir en sus cálculos las impresiones, recuerdos personales y rumores, y solo fue posible acercarse a la realidad de modo razonable cuando, como quedó dicho, Villar Salinas y más tarde los hermanos Salas y otros recurrieron a los censos y estadísticas demográficas. Las cifras totales pueden hoy estimarse, con bastante aproximación, en unos 145.000-150.000 caídos en combate (120.000 españoles, con una proporción ligeramente mayor del Frente Popular, y unos 25.500 extranjeros), más entre 110.000 y 140.000 por el terror de retaguardia, sin contar las ejecuciones de posguerra, que trataremos en otro capítulo.

¿Cómo sitúan estas cifras a la guerra de España en el siglo XX? ¿Fue excepcional por su mortandad, como a menudo leemos? El siglo pasado se señaló por las dos contiendas mundiales, la segunda de las cuales se dobló en choques civiles en Italia, Francia o Yugoslavia. Desde luego, su letalidad supera enormemente a la española: solo los bombardeos sobre Alemania duplicaron ampliamente el total de muertes en España; o el sitio de Leningrado, de duración semejante a nuestra guerra, lo triplicó probablemente. Es preferible estimar las víctimas en proporción a la población de cada país. En la URSS se eleva al 13,5-14,2 por ciento, y en Alemania al 8-10, verdaderas hecatombes. Mucho mejor paradas salieron Francia, con 1,35; Italia, 1,03; Reino Unido, 0,94 y sobre todo Usa, con 0,32. España está también en las proporciones más bajas: entre 1,09 y 1,2 por ciento de la población, a pesar de que los dos bandos eran españoles.

Otra comparación pueden darla contiendas como la ruso-finesa, de 1939-1940: en los tres meses que duró, igualó los 150.000 caídos en combate en España. La guerra de Argelia, sostenida durante ocho años con intensidad desigual, pudo causar medio millón de muertes en una población que era la mitad que la española del 36. La de Corea superó en tres años el medio millón de muertos militares, una cifra enorme de desaparecidos y 2,5 millones de civiles muertos o heridos, para una población de unos 30 millones entre las dos Coreas; en la de Vietnam, desde la implicación useña en 1964 hasta 1975, pudieron morir entre 2,5 y 4 millones de personas (las estimaciones varían mucho), para unos 45 millones de habitantes. Más recientemente, la primera Guerra del Golfo, que en la práctica solo duró un mes, pudo causar 100.000 muertos, casi todos iraquíes.[2]

Entre las contiendas civiles del siglo XX, muchas se han debido al comunismo: insurrecciones, guerrillas y golpes en Alemania, Hungría, Austria, etc., y las abiertas guerras civiles finlandesa, rusa, china, griega, coreana, vietnamita, cubana, angoleña, etíope, etc.; y entre ellas la española, organizada por los socialistas. Este fenómeno deriva de modo natural del ideario marxista, como explicó Lenin: «Reconocemos plenamente la legitimidad, el carácter progresista y la necesidad de las guerras civiles».[3] Dado que la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado conduce al choque frontal, a menos que el capitalismo claudique pacíficamente, cosa poco esperable, la gue-

[2] Los datos, a veces con cálculos muy diversos, pueden consultarse fácilmente en Internet.

[3] *https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/1915sogu.htm*, comienzo de *El socialismo y la guerra*. La apología de la guerra civil revolucionaria es constante en Lenin y sus seguidores.

rra civil, defensiva u ofensiva, adquiere carácter progresista. Así lo consideraba el PSOE, como he expuesto en *Los orígenes de la guerra civil* y en *El derrumbe de la república.* Araquistáin, teórico marxista, calificaba elogiosamente de «técnico en la guerra civil» a González Peña, un líder de la insurrección de 1934.

Comparando diversas guerras civiles, tampoco hallamos en la de España una mortandad excepcional. La finlandesa de 1918, en apenas cuatro meses, mató a unas 35.000 personas, cadencia similar a la española para tiempo igual, pero con intensidad ocho veces mayor, pues Finlandia solo contaba con 3 millones de habitantes. En cuanto a la guerra civil rusa, comenzada en 1917 y terminada en lo esencial en cuatro años, las cifras se disparan: los muertos militares pudieron llegar a 1,5 millones (diez veces más que en España; quizá la mitad por enfermedades, debido a la pésima sanidad) más tal vez otro millón causado por el terror, y de cinco a ocho por hambre, tifus... para unos 130 millones de habitantes. Los investigadores difieren grandemente en las cifras, en todo caso gigantescas. La guerra civil griega de 1946 a 1949 ocasionó 120.000-150.000 muertos en un período similar al de España, lo que supone una intensidad 3,5 por ciento superior a esta, al tener Grecia apenas 7 millones de habitantes; y antes había sufrido pérdidas mucho mayores durante la guerra mundial, sobre todo por hambre.[4]

La conclusión evidente es que la guerra española dista mucho de hallarse entre las más cruentas del siglo XX. Proporcionalmente ha sido más bien de intensidad menor, si juzgamos por sus bajas mortales, y más aún atendiendo a las grandes hambrunas y epidemias en otros países, así como las víctimas civiles

---

[4] S. Payne, *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo* XX, Temas de Hoy, Madrid, 2011.

directamente achacables a bombardeos o acciones bélicas, que en España fueron relativamente escasas.

Otro rasgo de estas guerras es el terror o represión de retaguardia. Desde bastantes años atrás asistimos a una vehemente campaña sobre las «víctimas del franquismo», «las fosas» y las «cunetas», generosamente subvencionada por el poder e impulsada últimamente por la llamada *ley de memoria histórica*. Sus propagandistas emplean el concepto «holocausto» para transmitir la imagen de incontables defensores de la democracia asesinados por el bando nacional. Se habla de más de 2.000 fosas con más de 100.000 víctimas, pero solo se han descubierto ¡en doce años! (2000-2012) unas 200 fosas con un total de 1.328 exhumaciones. Ello ya apunta a la intención fraudulenta de mantener indefinidamente las correspondientes subvenciones. Los exhumados mezclan personas fusiladas y enterramientos de urgencia en los combates. Últimamente pedían ayuda para localizar «desaparecidos en la batalla del Ebro». Si las fosas corresponden a derechistas asesinados, vuelven a cubrirse o se presentan como izquierdistas. Por no extenderme, señalaré cinco muestras lo bastante indicativas.

El barranco de Órgiva. A finales del verano de 2003 corrió por las redes sociales un sensacional hallazgo de huesos cerca de Granada. *El País* citaba, a toda plana, «fusilamientos masivos», «exterminio de compatriotas por motivos ideológicos» en una fosa «perfectamente documentada»; «lugar de crímenes y de muertes» por donde «había corrido un río de sangre», según un catedrático de la Universidad de Granada. Un testigo *recordaba* camiones cargados de «hombres, mujeres y niños», a quienes

mataban a tiros y empujaban a la zanja, echándoles encima cal viva, «y así un día y otro»: entre 2.500 y 5.000 víctimas, un Paracuellos derechista. El ayuntamiento planeó un vistoso monumento en un parque conmemorativo, exigiendo subvención al Ministerio de Fomento, al que acusaba de «tapar» los hechos. Comenzaba una vasta ofensiva mediática. Pero el 2 de septiembre *El País* informaba en el lugar menos visible de una página interior: «Los restos óseos hallados el pasado sábado son, según los forenses, de origen animal» (cabras y perros). Ni la menor excusa por la estafa a la opinión pública.

La sima de Jinámar, en Gran Canaria, un pozo volcánico de 80 metros, llamado por algunos «el Guernica canario», fue objeto de despliegue mediático en su momento. A él habrían arrojado los nacionales a cientos y hasta a miles de «demócratas». Explorado el lugar, se dijo haber hallado restos de entre trece y veinte personas, sin especificar causas de sus caídas. Posteriormente se insinuó que los «fachas» habían retirado huesos de la sima: el fraude siempre encuentra recursos. El decepcionante «Guernica»[5] perdió publicidad, pero diversos «investigadores» han insistido, sugiriendo vagamente gran número de víctimas y dramatizando el asunto con un supuesto miedo y un «muro de silencio» en torno al caso, cuando hasta la muy leída revista pornopolítica *Interviú* le había dedicado reportajes sensacionalistas. También en la campaña sobre el barranco de Órgiva se decía que los obreros descubridores de los huesos «tenían miedo a hablar».

[5] Sobre el bombardeo de Guernica, ver capítulo correspondiente en *Los mitos de la guerra civil.*

El pozo Funeres o Fortuna se ha convertido en una joya de la «memoria histórica» en Asturias. El PSOE ha desplegado formidables actos de propaganda y peregrinaciones para conmemorar el crimen, con expresiones piadosas como «no se puede olvidar la historia porque entonces habría que repetirla». Al pozo habrían sido tirados entre 20 y 300 *demócratas*, vivos según unos, torturados y asesinados previamente, según otros. Han erigido un monumento y un «museo de la memoria» sobre la represión franquista. Pedro Fandos,[6] minucioso historiador de la minería asturiana, procedente de la izquierda, me ha explicado: «¿Sabes cuántos rojos fueron arrojados al pozo? Probablemente ninguno. Es todo un camelo». Debiera ser fácil disipar las dudas explorándolo, como en Jinámar, pero no se ha hecho. «Por respeto a los muertos».

El caso Zarrías. Según la versión del PSOE, «el 28 de mayo de 1940, en la cárcel de Andújar caía acribillado Gaspar Zarrías Moya. Su *delito*: ser alcalde elegido democráticamente, durante la II República, de Cazalilla, aldea a unos 30 kilómetros de Jaén». Este Zarrías era abuelo de otro Gaspar, dirigente actual del PSOE andaluz, que ha llegado a secretario de Estado del gobierno español y está investigado, como tantos, por corrupción (caso ERE falsos). Otra vez la realidad difiere del mito. El Zarrías abuelo fue fusilado no por ser alcalde democrático, sino por su implicación en varios asesinatos durante la guerra. Según una testigo, Ana Troyano, Zarrías «designó a sus familiares para que fuesen asesinados, en lugar del novio de su hija». El novio era «fascista» y su padre no quiso «hacerla desgraciada para toda

[6] P. Fandos, *Dejaron hu(e)lla*, Oviedo, 2004.

la vida». El propio alcalde «democrático» admitió los hechos en el juicio. En Cazalilla fueron asesinadas dieciséis personas de derecha y luego fusilados dos izquierdistas, previo juicio.[7]

La matanza de Badajoz. Desde los años treinta, la acusación estrella al franquismo ha sido la matanza de la plaza de toros de Badajoz, donde habrían sido exterminados 1.200 o 4.000 prisioneros, según versiones, en un dantesco espectáculo entre el jolgorio de la «buena sociedad». Los relatos parten de un reportaje del periodista useño Jay Allen en el *Chicago Tribune*, de repercusión internacional. Allen afirmó haber visitado Badajoz pocos días después del crimen, del cual le habrían informado en detalle los propios militares franquistas. Otro periodista useño, J. Whitaker, habría oído a Juan Yagüe, el conquistador de la ciudad, reconocer que había fusilado a 4.000 enemigos. Traté el asunto en *Los mitos de la guerra civil.* Siguiendo en parte a Ricardo de la Cierva, mostré las contradicciones de testigos presenciales como el periodista portugués Mario Neves, lo inverosímil de la presencia de Allen en Badajoz y lo dudoso del testimonio de Whitaker. Posteriormente, F. Pilo, M. Domínguez y F. de la Iglesia han demostrado en su concienzuda investigación *La matanza de Badajoz ante los muros de la propaganda* que Allen, en efecto, no estuvo en el lugar, por lo que no pudo recibir las confidencias que cita; y Whitaker no habría publicado entonces la pretendida confesión de Yagüe, sino que la «recordaría» seis años después en la revista *Foreign Affairs.* Allen y Whitaker no obraban como periodistas, sino como agentes de propaganda del Frente Popnlar, cosa frecuente en guerras de este

[7] De los diarios de Arcadi Espada: *https://www.facebook.com/pio.moa.92/posts/1866700248286698.*

género; y sus indignaciones humanitarias resultan poco creíbles, pues conocieron el terror rojo en Madrid, que no les provocó lamentación alguna. La celebérrima matanza de la plaza de toros es una completa invención, desde luego, pero lo relevante de ella consiste en su influencia sobre la opinión pública, al repetirla acríticamente mil historiadores y periodistas sin molestarse en investigar o aplicar una elemental lógica.

Estos casos, espigados entre tantos, abonan la acusación hecha por el socialista Besteiro a sus correligionarios de haber alzado un «Himalaya de falsedades». «Himalaya» que apuntala la *ley de memoria histórica*, cuyos mitos ejercen tal influencia sobre la política, la literatura, el cine y los medios de masas actuales. Quizá no sea casualidad que en los organismos financiadores de estas versiones exista una amplia y reconocida corrupción. Con ello fomentan odios y rencores que parecían olvidados, cuya utilidad política actual consiste en desacreditar a los partidos de derecha y justificar políticas dudosas.

¿Cuál es la realidad? La mortandad bélica en España puede dividirse grosso modo mitad por mitad entre caídos en combate (unos 150.000) y víctimas del terror: (110.000-140.000). De nuevo hallamos unas cifras no inhabituales en los conflictos ideológicos del siglo XX. En la Finlandia de 1918, los *rojos* empezaron practicando al menos 1.700 asesinatos políticos, sin tiempo para más porque muy pronto perdieron terreno (la lncha apenas duraría cuatro meses). La victoria de los *blancos* daría pie a una venganza tremenda. Aparte de unos 8.000 fusilamientos de prisioneros en los dos bandos, fueron ejecutados después de juicio 265 insurrectos rojos y unos 12.000 más perecieron por hambre y enfermedades en atroces campos de prisioneros. Así, las víctimas de diversas represiones

duplicaron ampliamente los escasos 10.000 caídos en lucha. Cabe decir que las represiones blancas fueron aplicadas por un estado democrático, como lo habían sido las de la Comuna de París, casi medio siglo antes.[8]

Con la guerra civil rusa entramos en otra dimensión. S. Payne considera probables unos 400.000 asesinados por el terror rojo y un número muy grande, pero menor, por el terror blanco. A ellos se añadirían 100.000 judíos y más de medio millón de campesinos durante las revueltas de los mismos. Habrían perecido casi la mitad de los 4,5 millones de cosacos y entre 8 y 10 millones más por hambre. Años después, la hambruna desatada por la colectivización en Ucrania (*Holodomor*) y otras regiones, definida a menudo como una guerra civil contra una población desarmada, pudo haber causado entre 1,5 y 6 millones de muertos (nuevamente con grandes discrepancias entre los cálculos). Cualquier comparación con lo ocurrido en España queda fuera de lugar.

Del terror en las guerras civiles internacionalizadas de Corea y Vietnam dan idea las enormes cifras de desaparecidos. Los rojos coreanos pudieron masacrar a medio millón de civiles desafectos y los coreanos del sur, a no menos de cien mil. En Vietnam todos los implicados practicaron el asesinato masivo de civiles: las cifras, como en el caso de Rusia, difieren, dentro de una gran magnitud. En la guerra y la posguerra de Camboya el terror rojo llegó al paroxismo: hasta 2 millones de víctimas para una población de 7.

España registró pocos crímenes de guerra y los muertos por bombardeo en las dos zonas se han estimado en unos

---

[8] En S. Payne. *La Europa revolucionaria, op. cit.*, pp. 58 y ss.

12.000 en casi tres años. El hambre apenas existió en el bando nacional, mientras que en el contrario fue la mayor del siglo, pero lejos de las cifras escalofriantes de otros países: 1.100 muertos, aunque miles más fallecerían por enfermedades derivadas de la inanición. La proporción entre víctimas del terror y caídos en campaña, con ser alta, casi del 50 por ciento, es menor que la de otros muchos conflictos, como hemos visto. Pero la izquierda y los separatismos, por lo común comprensivos u olvidadizos con los terrores rojos, han hecho hincapié obsesivo en la represión franquista, convirtiéndola en tema central, muy subsidiado desde el poder socialista.

Sobre el reparto de víctimas de represión, de nuevo abundan las discrepancias. R. Salas calcula 36.000 debidas a los nacionales y 72.500 a los rojos. La obra colectiva dirigida por Santos Juliá *Víctimas de la guerra* sube las primeras a unas muy improbables 150.000 y reduce a 50.000 las del Frente Popular. A. D. Martín Rubio, criticando esos métodos de investigación por desiguales y arbitrarios (los 150.000 incluirían a los caídos en combate y a muchos asesinados por las izquierdas, pero atribuidos a las derechas), cuenta 80.000 a los nacionales y 60.000 a las izquierdas, suponiendo una intensidad mayor para estas últimas, por haberse realizado sobre una población en descenso, mientras que las de los nacionales afectarían a más población según avanzaba la contienda.[9] Fuente imprescindible es, con algunas correcciones, la *Causa general*, rechazada por la izquierda con el curioso argumento de su origen «fascista». Pero se trata de un trabajo bien documentado.

---

[9] A. D. Martín Rubio, *Paz, piedad, perdón… y verdad*, Ed. Fénix, Madrid, 1997. O *http://tradiciondigital.es/2014/06/26/victimas-de-la-guerra-civil-la-iz quierda-historiografica-y-la-necesidad-de-un-genocidio.*

Si la cantidad de víctimas de la represión y el terror se asemeja en ambos campos, las diferencias cualitativas cobran mayor relevancia. Una teoría muy divulgada, sustentada aún recientemente en libros como el de P. Preston *El holocausto español* —título de evidente sensacionalismo—, sostiene que el terror de izquierda fue una respuesta al contrario, tuvo carácter popular y espontáneo, y los dirigentes lo encauzaron legalmente en cuanto pudieron. Con lo cual los asesinatos rojos tendrían toda clase de excusas. El terror de los nacionales, por el contrario, habría sido sistemático, ordenado desde el poder y por ello doblemente culpable. En *Los crímenes de la guerra civil* critiqué tales versiones, crítica retomada por estudiosos como Julius Ruiz que examinan las numerosas contradicciones y falsos datos de Preston.

Ante todo, Mola no planeó una guerra civil, como había hecho el PSOE, sino un golpe rápido, uno de cuyos aspectos sería una inicial represión drástica para bloquear la reacción enemiga. Igual criterio exponen los socialistas en sus instrucciones para la insurrección del 34: «El triunfo del movimiento descansará en la extensión que alcance y en la violencia con que se produzca»,[10] decisión lógica en este tipo de acciones, para evitar la prolongación de la lucha y el consiguiente aumento de víctimas.

Por supuesto, el terror rojo no tuvo nada de espontáneo o de popular: lo organizaron el gobierno, partidos y sindicatos, por medio de chekas, allanamientos domiciliarios, incendios y expolios masivos, y lo practicaron gentes fanatizadas. Llamarlo «popular» expresa la voluntad de diluir en «el pueblo» respon-

---

[10] P. Moa, *Los orígenes de la guerra civil*, Encuentro, Madrid, 1999, p. 406.

sabilidades concretas, justificándolas de paso. Y menos aún respondió a un terror previo, pues lo iniciaron las izquierdas mucho antes del 18 de julio. Comenzó, apenas instalada la república, con la gran quema de iglesias, centros de enseñanza y bibliotecas; y la siembra del odio y la amenaza contra la derecha y la Iglesia fue permanente.[11] En las elecciones de 1933, al menos seis derechistas fueron asesinados y otros heridos, sin contrapartida; y el PSOE emprendió el terrorismo contra la Falange, como veremos. Los planes socialistas para la insurrección en 1934 incluían vigilancias a enemigos políticos para, en su momento, *neutralizarlos*: en torno a un centenar de ellos y de clérigos fueron asesinados en las dos semanas de lucha en Asturias.[12] Las agresiones se multiplicaron entre febrero y julio de 1936.

La diferencia mayor entre ambas represiones puede seguirse por la propaganda y prensa de izquierdas, cultivadoras de un odio fundado en promesas utópicas, que exigían destruir a las derechas y la Iglesia. La derecha no cultivó una propaganda de tono semejante, pero sufrió cinco años de violencias, exacerbadas por el Frente Popular. La brutal represión realizada por los nacionales se explica mejor como una explosión del miedo, la indignación y la frustración largo tiempo contenidos ante una incesante agresión física y moral. El terror derechista lo fue de respuesta, contra lo afirmado por apologistas del Frente Popular. En los dos lados el mayor número de crímenes se produjo en los primeros seis meses, siendo después sometidos, más o menos, a procedimientos judiciales. La persecución más siste-

---

[11] Ver, por ejemplo, «El cultivo del odio», artículo en *Libertad Digital* que critica a A. Beevor: *http://www.libertaddigital.com/opinion/pio-moa/el-cultivo-del-odio-27133*.

[12] *Los orígenes...*, *op. cit.*, p. 144.

mática, propiamente genocida, fue la religiosa y la mayor matanza de prisioneros, con gran diferencia, la de Paracuellos del Jarama. «No va a quedar un fascista ni para un remedio», se jactaba el ideólogo Araquistáin. «Fascista» podía ser literalmente cualquiera, hasta los propios republicanos de izquierdas.

Hay más diferencias relevantes: el sadismo del terror rojo (quema de familias enteras, con niños, torturas refinadas, propias o de inspiración soviética, crucifixiones, etc.) nunca fue alcanzado en el lado contrario, aun sin faltar atrocidades también en este. Otra diferencia es que el terror izqnierdista no se aplicó solo a los llamados *fascistas*, sino también entre las propias izquierdas, sobre lo cual abundan los testimonios. Ese terror nacía de la propia heterogeneidad de sus proyectos revolucionarios. Lo he expuesto en *Los crímenes de la guerra civil* y resumido en *Los mitos de la guerra civil*, y no me extenderé ahora. Se trata de un capítulo descuidado en la historiografía de izquierda, y no por azar, y apenas tratado por la de derecha.[13]

En resumen, y contra leyendas persistentes, la intensidad de la guerra o la represión «fascista» en España no fueron muy altas comparadas con otras muchas del siglo XX. ¿Por qué, entonces, desató en medio mundo pasiones y fervores fuera de lo común y generó una literatura ingente en varios idiomas? Una causa obvia se encuentra en las tensiones europeas que abocarían a la II Guerra Mundial: los polarizados espíritus contemplaban el conflicto español como preludio de la próxima catástrofe. En parte así sería, porque la guerra europea estalló solo cinco meses después de terminar la española, aunque, paradójicamente, con los bandos invertidos. Además, España atraía una

---

[13] Un resumen en *Libertad Digital*. Ver en Internet: «Pío Moa. Los auténticos olvidados».

atención romántica, por sus peculiaridades y antigua influencia en los destinos del mundo, mientras que su posición geoestratégica interesaba a las grandes potencias. La guerra experimentó una relativa internacionalización: intervinieron Alemania, Italia y la URSS, mientras que Inglaterra y en menor medida Francia trataban de impedir que desbordase los Pirineos. Así, la intensísima lucha propagandística produjo infinidad de versiones, réplicas y contrarréplicas. Que continúan con plena vitalidad hasta hoy, un caso sorprendente.



3

¿A QUIÉNES DERROTÓ FRANCO?

Para enfocar las cuestiones planteadas en el presente estudio es esencial definir con claridad el carácter de los vencidos en la guerra. De la interpretación de ese carácter surgen dos orientaciones historiográficas opuestas, que afectan al modo de concebir no solo el franquismo, sino todo el pasado más reciente de España e incluso la actualidad. En concreto, ¿venció Franco a una democracia o a otro tipo de Estado?

Según una versión común, los perdedores, unidos de derecho o de hecho en el Frente Popular, defendían la libertad y la cultura. Sus vencedores, por lógica, representaban la opresión y el oscurantismo, debiendo su victoria a la ayuda de la Alemania nazi y la Italia fascista, motejadas como las fuerzas más oscuras de la época. El problema de que el Frente Popular fuera ayudado por la URSS y no por las democracias suele solventarse acusando a estas de traición o desentendimiento doloso y suponiendo a Stalin intención democrática, aunque solo fuera para frenar a Hitler. En versiones tales han coincidido Preston, Viñas, Juliá, Moradiellos,

Reig Tapia, Tuñón de Lara, Southworth y muchos más, españoles y extranjeros.

La pregunta es: ¿debemos aceptar esta interpretación por el hecho de haber sido tan difundida? No, en todo caso, sin someterla a crítica, pues la experiencia muestra cuán a menudo circulan historias insostenibles. Para aclararlo bastará con examinar los componentes del bando vencido: socialistas, anarquistas, comunistas, republicanos de izquierda y separatistas vascos y catalanes. Partidos heterogéneos pero unidos, se dice, por su común amor a la libertad.

Partido Socialista (PSOE-UGT)

Cuando llegó la república, en 1931, el Partido Socialista o PSOE era el más fuerte y organizado del nuevo régimen, con un poderoso sindicato de masas, la Unión General de Trabajadores (UGT). Esa ventaja se la debía, curiosamente, a su colaboración con la dictadura derechista de Primo de Rivera, en la que había obtenido cargos importantes. Podría esperarse que en un régimen republicano, más afín a su ideología, los socialistas mostrasen mayor moderación aún, pero sucedió lo contrario. Esto debe explicarse.

El PSOE era un partido marxista, y el marxismo es la ideología más totalitaria del siglo XX, como ha demostrado sin lugar a dudas allí donde se ha aplicado. No obstante, algunos partidos declarados marxistas han respetado la democracia liberal, por no haber llegado al poder o por otras causas; como algunos de los agrupados en la II Internacional, a la que pertenecía el PSOE... y en la que este constituía una excepción radicalizada, junto con los socialistas austríacos. El marxismo

pretende la destrucción del sistema *burgués* para construir el comunismo, con una etapa previa de dictadura del proletariado, es decir, del partido marxista. A ese fin deben aprovecharse las circunstancias propicias, y el PSOE valoró la república como un régimen de *progreso* destinado a cumplir la misión histórica de allanar la vía al socialismo. Hubo discusión en el partido sobre el momento en que debía darse por cumplida la misión republicana y comenzar la revolución. Solo una minoría pensaba en una etapa larga de «democracia burguesa».

Al principio, el PSOE aceptó gobernar con los republicanos de izquierda, pero dos años después, en 1933, la crisis de la coalición dio lugar a nuevas elecciones generales, ganadas por la derecha. Entonces la mayoría socialista, liderada por Francisco Largo Caballero, *el Lenin español,* y por Indalecio Prieto, decidió que había llegado la ocasión histórica de romper con la democracia burguesa y asaltar el poder en nombre del socialismo, cuyo modelo era entonces la Unión Soviética de Stalin. Entre Largo y Prieto marginaron al sector legalista de Julián Besteiro y, como ya indicamos, organizaron una insurrección armada, concebida como guerra civil, que estalló en octubre de 1934.

La derrota de esta revolución debió haber fortalecido la moderación de Besteiro, pero este volvió a ser laminado por Largo y Prieto, aunque entre estos últimos surgieron diferencias. Según la lección extraída del fracaso por Largo y los suyos, procedía perfeccionar la técnica insurreccional con vistas a un nuevo asalto cuanto antes, mientras que Prieto propugnaba rehacer por tiempo indefinido la alianza con los republicanos de izquierda, dándole un contenido más extremista que en el primer bienio. La aversión entre ambos líderes se escenificó en el mencionado mitin de Écija, donde Prieto hubo de huir a tiros

de los partidarios de Largo. En apariencia, Prieto ganó la batalla política, formando con Azaña el después llamado Frente Popular, que incluía al PCE, al POUM, también marxista, y a grupos menores.

A su vez, las intrigas y querellas entre las derechas disgregaron a estas, pese a haber ganado la batalla a la revolución del 34, y abocaron a las elecciones de febrero de 1936, ya examinadas. El PSOE no entró en el nuevo gobierno, confiado a republicanos de izquierda; pero estos se componían de partidos muy débiles, por lo que el sustento real del gobierno eran los socialistas, los cuales se radicalizaron de nuevo promoviendo huelgas, ajustes de cuentas, incendio de iglesias y de sedes derechistas, a veces de acuerdo, a veces a la greña con anarquistas y comunistas. Tomando en cuenta esta trayectoria, hoy bien estudiada, está bien claro que la política del PSOE no democratizó ni estabilizó la república, sino que la condujo a un callejón sin otra salida que la revolución... o la guerra, si las derechas no se plegaban a tal designio. Que suela presentarse al PSOE como «republicano» suena un tanto a sarcasmo.[14]

Esquerra catalana

Atendemos en segundo lugar a la Esquerra Republicana de Caralunya por haber participado muy destacadamente al lado

[14] Existen bastantes estudios sobre la evolución del PSOE. Son muy recientes los bien documentados de E. Domínguez Martínez-Campos *El PSOE, ¿un problema para España?*, CSED, Madrid, 2013, y *El PSOE, de problema a pesadilla*, CSED, Madrid, 2013. Como ejemplo de un enfoque opuesto, S. Juliá, *Los socialistas en la política española*, Taurus, Madrid, 1997, en la que democracia y marxismo se armonizan de modo improbable.

del PSOE en la insurrección guerracivilista de 1934. Se trataba de un partido separatista-izquierdista, fundado al llegar la república y que gobernaba la *Generalitat* o gobierno autónomo catalán. El separatismo catalán, en su origen derechista y católico, oscilaba entre la secesión abierta, denigrando sin tasa al resto de España, y la aspiración a dirigir al conjunto peninsular desde una posición hegemónica. Durante siglos, los catalanes se habían sentido españoles y los separatistas se aplicaron a eliminar tal sentimiento, motejado de «monstruosa bifurcación de la conciencia catalana». La izquierda había roto con la derecha catalanista cuando esta, en los años veinte y bajo la dirección de Cambó, se había suavizado por temor a la revolución anarquista. Otro elemento del separatismo era un racismo pintoresco, aunque fuera imposible distinguir físicamente a un catalán corriente de otro español corriente: los catalanes serían «arios» o similar y «africanos», los habitantes de las demás regiones, excluyendo a Valencia y Baleares, definidas como *països catalans*, con cierto énfasis imperial. En 1934 un «Manifiesto para la preservación de la raza catalana» alertaba de los peligros de degeneración genética por la mezcla con otras «razas» peninsulares y propugnaba crear una *Societat Catalana d'Eugenesia* para defender *la nostra rassa*. Firmaban el documento notables prohombres e intelectuales próximos a la Esquerra, como Pompeu Fabra, Vandellós, Pi i Sunyer o Batista i Roca, este último un antropólogo mezclado en asesinatos terroristas en el inmediato posfranquismo.

La república había otorgado a Cataluña un estatuto de autonomía, pensando resolver así el problema creado por el separatismo desde principios de siglo. Pero la Esquerra entendía el estatuto como avance hacia la secesión, a la que conducía la dinámica nacionalista. Aprovechando los confusos inicios repu-

blicanos, el líder de la Esquerra, Macià, había proclamado la «república catalana», obligando a los ministros de Madrid a hacerle volver atrás. A Macià le sucedió Companys, protagonista con el PSOE de la insurrección contra la república en octubre de 1934.

Pues de modo similar al PSOE, la Esquerra encontró en la victoria electoral de las derechas, en noviembre de 1933, el pretexto para arrasar la legalidad republicana. La *Generalitat* preparó el golpe clandestinamente, organizó milicias armadas y conspiró con Azaña y con militares destacados en Cataluña. El 6 de octubre de 1934, dos días después de comenzada la revuelta socialista, Companys proclamó un estado catalán dentro de una imaginaria república federal española. Pero los catalanes permanecieron fieles a la legalidad, desoyendo los inflamados llamamientos a las armas de Companys y los suyos; y casi todas las milicias prefirieron quedarse en casa tras unas poco lucidas acciones bélicas. Dos o tres compañías del Ejército y la Guardia Civil bastaron para desbaratar en pocas horas el golpe, que aun así dejó ciento siete muertos en el Principado. Companys y los suyos, condenados a treinta años de prisión, salieron un año y medio después, tras las elecciones de 1936, volviendo al poder en Barcelona, convertidos en unos héroes peculiares. En los meses siguientes, Cataluña participó de la convulsión casi generalizada de la sociedad española.

Así, la Esquerra contribuyó de modo muy principal a destruir la legalidad de una república considerada democrática. Como el PSOE, aunque por otros motivos.

Los anarquistas: la CNT-FAI

España fue la nación europea donde el anarquismo cobró mayor impulso y violencia. Arraigó profundamente en Cataluña y Andalucía, con presencia no desdeñable en el resto. A principios de siglo, bajo la Restauración, nació la CNT (Confederación Nacional del Trabajo) anarcosindicalista, que empleó a fondo las huelgas violentas y el pistolerismo. Los anarquistas asesinaron a varios de los políticos más capaces de la época, como Cánovas, Canalejas y Dato, casi lográndolo con Antonio Maura y con el rey Alfonso XIII. Finalmente, su terrorismo ayudó a torpedear el régimen liberal y a provocar en 1923 la dictadura —muy poco dura— de Primo de Rivera. En este último período nació la FAI (Federación Anarquista Ibérica), sociedad secreta para salvaguardar en la CNT las esencias revolucionarias ácratas. Instaurada la república, los anarquistas la atacaron con huelgas salvajes y revueltas («gimnasia revolucionaria»), desgastando al gobierno republicano-socialista. También se enfrentaron a la Esquerra, por lo que se abstuvieron en la insurrección del 34 en Cataluña —no así en Asturias y otros puntos—. Companys había defendido antaño, como abogado, a varios pistoleros y guardaba con algunos buena relación, que daría lugar a sangrientos ajustes de cuentas entre los propios separatistas en vísperas y durante la guerra civil.[15]

Al revés que el PSOE, la CNT fue prohibida durante la dictadura de Primo de Rivera (no así su propaganda, ni la comunista, que circulaban profusamente). Pero con la llegada de

[15] Ver artículo de J. García Domínguez, «El lado oscuro de Lluís Companys», en *La ilustración liberal*, n.º 23, digitalizada, basado en un estudio del historiador E. Ucelay da Cal sobre dichos ajustes de cuentas.

la república retomó ímpetu. A menudo se lee que alcanzó el millón y medio de afiliados, superando a la UGT socialista, a la que suele adjudicarse un millón. Pero las cifras reales, a juzgar por sus congresos y documentos internos, no sobrepasan la mitad. Con todo, puede considerarse a la CNT-FAI la fuerza política (pese a declararse antipolítica) más nutrida e influyente al comenzar la guerra, después del PSOE-UGT.

Como los marxistas, los ácratas aspiraban a una sociedad comunista sin Estado, poder, clases sociales o religión, y gobernada por la ciencia y la solidaridad. Pero así como los marxistas pensaban que tal supuesto paraíso solo podría alcanzarse tras un período de dictadura proletaria o socialismo, los ácratas pensaban lograrlo mediante un golpe decisivo y definitivo, que barrería toda forma de poder. Los marxistas los acusaban de utópicos y acientíficos y estos replicaban tildando a la dictadura del proletariado de nuevo poder aún más absoluto que los anteriores. En Rusia los bolcheviques habían masacrado a los ácratas, considerándolos antirrevolucionarios de hecho.

La CNT, pues, aspiraba a abolir todo poder (que no fuera el suyo) y tampoco tiene cabida en un catálogo de fuerzas democráticas. Por ello fue uno de los mayores causantes de la ruina de la Restauración y de la II República, regímenes de libertades políticas, en principio. No obstante, y al igual que el PSOE, la Esquerra y otros, la CNT-FAI entraría en el bando del Frente Popular, llamado republicano sin más base que la propaganda. Al reanudarse la guerra en julio del 36, los ácratas y los socialistas impusieron una revolución que expropió masivamente propiedades agrarias, industriales y comerciales, creando un enorme desorden. Además, en Cataluña la CNT tomó literalmente el poder, para comprobar cómo sus hábitos les impedían articularlo con eficacia.

El Partido Comunista de España (PCE)

El PCE contó poco en la república, pero durante la guerra se convirtió en el partido de más peso en el Frente Popular, tanto por tamaño como por disciplina y organización; y porque mantuvo una coherente estrategia político-militar, mientras que a sus aliados les movía poco más que un instinto elemental de supervivencia. Su estrategia tenía cuatro puntos básicos: reforzar la unidad y disciplina del Frente Popular, absorber al PSOE en un «partido único de la clase obrera», crear un ejército regular moderno y muy politizado y rebajar la acción revolucionaria impuesta en el primer momento por anarquistas y socialistas. Con este último punto perseguía un doble fin: atraerse a las capas sociales llamadas pequeño-burguesas, expropiadas y maltratadas por los exaltados de primera hora; y convencer a Francia e Inglaterra del carácter no revolucionario, sino democrático, del Frente Popular, a fin de involucrarlas en la contienda. Esta orientación partía de Stalin, quien, seguro de la proximidad de la guerra europea, trataba de que estallase entre las democracias y Alemania, y no entre esta y la URSS.

De modo muy literal, el PCE obraba como un partido agente de Moscú y orgulloso de ello. Ponía los intereses de la URSS como «patria del proletariado», donde se construía el socialismo, muy por encima de cualesquiera intereses nacionales españoles. Formaba parte de la Internacional Comunista o Komintern, cuyos enviados expertos, como Codovilla, Stepánof o Togliatti en el caso español, ejercían la dirección real en los partidos nacionales. Por otra parte, el PSOE envió a la URSS el grueso de las reservas financieras, poniendo al bando izquierdista-separatista en radical dependencia de la ayuda soviética, cuyo receptor privilegiado sería el PCE.

No hará falta remarcar que el carácter democrático del PCE nunca pasó de fantasía; pero como su propaganda insistía en la democracia, debe aclararse el sentido de esa palabra en su boca. Para los marxistas, la democracia que solían apellidar burguesa consistía en un simple disfraz de la explotación y opresión del capital, y por tanto debía ser aniquilada por las «fuerzas populares». Como en el caso del PSOE, estas impondrían la «dictadura del proletariado» para eliminar los residuos del poder e ideología burgueses, bajo la dirección exclusiva del Partido Comunista. Ahora bien, tal dictadura sería al mismo tiempo una democracia *auténtica*, no como la *burguesa*, ya que representaba, decían, el interés real de la gran mayoría de la población. Causa perplejidad la insistencia de algunos historiadores en presentar a Stalin y a sus seguidores como defensores sinceros de la democracia.

Que la coalición de izquierdas en las elecciones del 36 terminara llamándose Frente Popular no es casual, refleja la hegemonía política adquirida por el PCE. El nombre fue dado por la Komintern en su VII Congreso, de 1935, a una nueva política internacional. Antes, la estrategia había sido la lucha frontal contra la burguesía, de «clase contra clase»; a partir de entonces el blanco principal no sería la burguesía en general, sino el fascismo, definido como el sector más agresivo y opresor de ella. Los comunistas debían agrupar contra el fascismo a todos los elementos posibles, sin excluir muchos burgueses y pequeño-burgueses, aplazando para ello medidas más revolucionarias. En ese proceso de unidad antifascista, los comunistas llevarían la batuta, por su mayor consecuencia y visión histórica. De este modo arrastrarían inconscientemente a sus aliados hacia la dictadura marxista, llamada «democracia popular». Este designio queda perfectamente explicado en los documentos de la Komintern y en los discursos y decisiones de los líderes del PCE

español, en particular su secretario general José Díaz.[16] La Pasionaria expondría en sus memorias cómo la mayor contribución «del pueblo español» durante la guerra había sido «la democracia popular, que después de la II Guerra Mundial ha sido en algunos países una de las formas de transición al socialismo». En el curso de la guerra el PCE centró su esfuerzo, con notable éxito, en donunar el Ejército y la policía, que debían ser los factores decisivos a la hora de implantar su «democracia» una vez vencidos los nacionales.

En la prosecución de su objetivo, el PCE no vaciló en aplastar a la oposición en el propio Frente Popular, masacrando a muchos anarquistas, al POUM, comunista no staliniano, provocando la caída de Largo Caballero tras un choque armado entre las izquierdas en Barcelona e intimidando a socialistas y republicanos de izquierda. Pnede aducirse a favor del PCE, desde el punto de vista de su bando, que sin su política y la ayuda soviética, sin su perseverancia y dureza, el Frente Popular no habría resistido más de cinco o seis meses a los nacionales, pese a la inferioridad material de estos. Pero sostener que ese partido luchaba por la democracia solo vale convencer a los muy ilusos.

Los republicanos de izquierda

¿Eran demócratas Azaña y los demás republicanos de izquierda? Mucha gente lo afirmaría, o los describiría como los únicos demócratas. Azaña, más que ninguno, ha gozado de una extensa hi-

[16] Por ejemplo en los discursos y artículos de J. Díaz reunidos en *Tres años de lucha*, París, 1970, o en el folleto «Las enseñanzas de Stalin, guía luminoso para los comunistas españoles».

teratura que lo presenta como un estadista lúcido y moderado. Sin embargo, sus hechos y escritos no lo corroboran,[17] empezando por su querencia por fuerzas como las vistas más arriba. Poco antes de llegar la república, babía elaborado un gran diseño para modernizar España, según él lo entendía, mediante una vasta «empresa de demolición» de las tradiciones católicas y en general españolas. Esta idea había cuajado ampliamente en sectores regeneracionistas después de la derrota de 1898 frente a Usa y se resumía en la idea de Ortega y Gasset de que la historia de España había sido «anormal», «enferma». Azaña y las izquierdas querían curarla de aqnella «enfermedad» y «europeizarla». Estas concepciones simples, sin estudios en profundidad de Europa ni del pasado hispano, son absolutamente clave para entender los procesos que llevaron a la guerra y los aún hoy predominantes en amplios círculos políticos. Y combinaban no mal con los utopismos de la izquierda obrerista, así como con los separatismos empeñados en huir de aquel país «anormal»: en definitiva, el Frente Popular los aliaría a todos y el intento de exterminar a la Iglesia católica, un genocidio técnicamente, sería una de las consecuencias.

Las previstas «demoliciones» serían realizadas por «la inteligencia republicana» dirigiendo a «los gruesos batallones populares», es decir, los sindicatos y partidos obreristas. Por desgracia Azaña, el político más destacado intelectualmente de la izquierda, constata de continuo en sus diarios que la pretendida inteligencia republicana se componía de «botarates» y «loquinarios», solo capaces de una política «tabernaria, incompe-

---

[17] Azaña ha sido extremadamente loado por escritores como Juan Marichal y muchos de tendencia socialista o incluso comunista. En *Los personajes de la república vistos por ellos mismos*, Encuentro, Madrid, 2000, expongo, con ayuda de los escritos del propio Azaña, una visión muy diferente.

tente, de amigachos, de codicia y botín sin ninguna idea alta». Y el mismo Azaña revelaba un grado de ingenuidad o simpleza al creer a los «batallones populares» dispuestos a aceptar la dirección de otras inteligencias, aun si fueran más solventes que la republicana. La historia de la república viene a ser la materialización de aquellas pretensiones poco asentadas en un estudio serio de la realidad.

Para las izquierdas en general, el enemigo absoluto era la Iglesia y a la derecha nunca le reconocerían «títulos» para gobernar, por mucho que ganara en las urnas. Azaña y los suyos concebían la democracia como su propio gobierno, opinara lo que opinase el pueblo. Y así, cuando el pueblo votó mayoritariamente a las derechas en 1933, después de haber experimentado los efectos de dos años de mando izquierdista, Azaña respondió, como el resto de las izquierdas, con intentos golpistas y maniobras de desestabilización culminadas en la insurrección de octubre de 1934, que el partido azañista también apoyó declarativamente. La derrota de octubre indujo a Azaña a colaborar en la campaña de radicalización de masas sobre las supuestas atrocidades de la derecha en Asturias, que llevarían al Frente Popular. Ante los comicios de 1936 volvió a rechazar un eventual veredicto desfavorable de las urnas, ocupó el gobierno en unas elecciones sin garantías y expuso su concepción del Frente Popular como un régimen nuevo donde la derecha quedaría excluida definitivamente del poder. De allí siguió un violento proceso revolucionario, que Azaña y los suyos no quisieron ni pudieron frenar. Fueron los republicanos de izquierda en el gobierno los que armaron a las masas: la presunta inteligencia republicana, muy lejos de dirigir a los «batallones populares», fue dirigida, o más bien arrastrada, por estos; y los diarios de Azaña durante la guerra suenan como un interminable sollozo.

Ante estos hechos resulta un despropósito etiquetar de demócratas a Azaña y a los republicanos de izquierda. A menos que se dé a la palabra democracia un significado semejante al que le daban los marxistas.

El PNV

El católico y derechista PNV parecía un aliado muy improbable del Frente Popular. Parte de él colaboró con el bando nacional, pero su mayoría prefirió a las izquierdas, uno de cuyos objetivos era aniquilar la cultura cristiana en España. El PNV justificó su postura en el respeto a la legalidad republicana, la cual nunca había reconocido y a la que había tratado de desestabilizar en el verano del 34. La razón real fue doble: por un lado la impresión de que los sublevados serían derrotados, dada la desproporción inicial de recursos; y por otro lado el estatuto de autonomía que inmediatamente le ofrecieron las izquierdas, después de habérselo negado durante años por temor a crear en Vascongadas «un Gibraltar vaticanista», en palabras de Prieto. Un estatuto que el PNV pensaba desbordar aprovechando la confusión. Como decía Aranzadi, ideólogo del PNV, en el órgano del PNV *Euzkadi*, el 9 de junio del 36, poco antes de reanudarse la contienda, «nos alcanza en todas partes la descomposición del Estado español, estrago inmenso de su organización social, batida por la inmoralidad y la anarquía». Un caos alentador para el PNV, pues ya había señalado su fundador Sabino Arana: «Si a esa nación latina (España) la viésemos despedazada por una conflagración intestina o una guerra internacional, lo celebraríamos con fruición y verdadero júbilo».

La ideología peneuvista se condensaba en un racismo aún más radical y agresivo que el del separatismo catalán. Como sostenía Sabino Arana y repetían incansables sus seguidores, los vascos constituían «la raza más noble y más libre del mundo», «singular por sus bellas cualidades, pero más singular aún por no tener ningún punto de contacto o fraternidad ni con la raza española, ni con la francesa (...) ni con raza alguna del mundo», mientras que los demás españoles «más que hombres semejan simios poco menos bestias que el gorila: no busquéis en sus rostros la expresión de la inteligencia humana ni de virtud alguna; su mirada solo revela idiotismo y brutalidad». Claro que los vascos, como los catalanes, se sentían españoles, y deploraba Arana: «Euskerianos y maketos, ¿forman dos bandos contrarios? ¡Ca! Amigos son, se aman como hermanos, sin que haya quien pueda explicar esta unión de dos caracteres tan opuestos, de dos razas tan antagónicas». De modo que, al igual que en el caso catalán, urgía convencer a los vascos de su superioridad y diferencia: «Aborrecemos a España no solamente por liberal, sino por cualquier lado que la miremos». La obsesión racista gobernaba al PNV, que se disfrazó con otras formas después de la derrota nazi en la II Guerra Mundial. Pues privado de su racismo, abierto o inconfesado, su separatismo se diluye en apelaciones difusas.[18]

Al igual que la Esquerra, el PNV rebasó inmediatamente la autonomía en marcha a la secesión, vulnerando todos los acuerdos. En Vizcaya, única provincia donde funcionó el gobierno autónomo, los separatistas mitigaron, sin anularla ni mucho

[18] Las citas se encuentran fácilmente en Internet. Aquí las he reproducido de mi obra *Los nacionalismos vasco y catalán en la guerra civil, el franquismo y la democracia*, Encuentro, Madrid, 2014.

menos, la persecución religiosa; y en el plano internacional hicieron propaganda a favor de sus aliados disimulando la sanguinaria persecución de las izquierdas a la Iglesia.

Tanto por su ideología como por su conducta en la guerra, es imposible considerar al PNV un partido más demócrata que a sus aliados.

Los vencidos y quienes se identifican con ellos han unido a la pretensión democrática la de que representaban la cultura. Los hechos, una vez más, desmienten la idea o consigna. La república se estrenó, en 1931, con el incendio de más de cien templos, bibliotecas, centros de enseñanza y obras de arte. La insurrección de octubre de 1934 causó graves daños en la catedral y la biblioteca de la Universidad de Oviedo, en joyas del románico, y en una gran biblioteca-museo en Portugalete. Las elecciones del Frente Popular desataron la quema de cientos de iglesias, muchas de ellas valiosas obras histórico-artísticas. Y la reanudación de la guerra en julio del 36 originó una verdadera hecatombe de bibliotecas —religiosas y particulares—, de iglesias y monasterios históricos, expolio de museos y de obras de gran valor artístico. España ha sufrido en los dos últimos siglos tres grandes episodios de devastación cultural: la invasión napoleónica, las desamortizaciones y el Frente Popular. Sería un buen tema de investigación compararlos.

En cuanto al progreso económico, los desórdenes revolucionarios inmediatos a las elecciones de 1936 crearon un verdadero caos; y durante la guerra, la desarticulación de la economía hizo de 1938 el año de más hambre en el siglo XX español, casi toda ella en el bando izquierdista o revolucionario o rojo.

Por tanto, a los partidos agrupados en el Frente Popular o en torno a él no les unía en modo alguno el espíritu de la libertad por encima de sus discrepancias. Ello es tan evidente, tan estridente una vez expuestos sus ideales y programas, que la pretensión opuesta solo cabe juzgarla como uno de los más resonantes fraudes propagandísticos del siglo XX. No menos distorsionadora ha sido su aceptación casi universal como republicanos, cuando destruyeron la legalidad de la II República. En suma, Franco no destruyó una democracia. Más bien la previa destrucción de la democracia por las izquierdas y los separatismos trajo a Franco.

El factor que unió realmente a aquellos partidos tan diversos y aun opuestos en ideas y objetivos fue el odio o aversión a la Iglesia y el temor al bando nacional. Esta cohesión negativa no bastó para impedir persecuciones y asesinatos entre ellos y hasta dos pequeñas guerras civiles dentro de la general: una, en mayo de 1937, en Barcelona, trajo consigo el triunfo de los comunistas; la segunda, en marzo de 1939 en Madrid, fue perdida por los comunistas frente a sus exaliados, terminando la contienda de un modo revelador. Besteiro, único líder que no huyó, explicó: «Estamos derrotados por habernos dejado arrastrar a la línea bolchevique, que es la aberración política más grande que han conocido quizá los siglos (...). La reacción contra ese error (...) la representan genuinamente, sean los que quieran sus defectos, los nacionalistas (se refiere a los nacionales) que se han batido en la gran cruzada anti-Komintern».

Nota. *Los mitos de la guerra civil* y mi trilogía sobre la república y la guerra analizan en profundidad estas cuestiones, muy a menudo ocultadas o no valoradas en otra bibliografía. Stanley Payne ha expuesto también los hechos en varias de sus obras, como *40 preguntas fundamentales sobre la guerra civil*. Varios autores contrarios han sido mencionados al comienzo del capítulo.



4

FALANGISTAS, POTENTADOS, GENERALES Y OBISPOS

El autor inglés George Orwell trazó en su *Homenaje a Cataluña* un negro panorama del bando mal llamado republicano, pero, con todo, lo prefirió al nacional. Una victoria izquierdista, adujo, traería una dictadura, pero al menos modernizaría el país con carreteras, mejor enseñanza y salud pública. Franco, en cambio, títere de Italia y Alemania e instrumento de una rancia reacción clérigo-militar y de los terratenientes *feudales*, haría lo contrario: «El Frente Popular podía ser una estafa, pero Franco era un anacronismo. Solo los millonarios o los románticos podían desear su trinnfo».[19] Los nacionales, caterva de fascistas, ricachos, generales y obispos, encarnaban el atraso, la explotación, el oscurantismo, la defensa de privilegios de una oligarquía de grandes propietarios de las finanzas, el campo y alguna industria. Este enfoque constituye la base de una interpretación histórica muy extendida.

[19] G. Orwell, *Homenaje a Cataluña*, Debolsillo, Barcelona, 2013, pp. 153-154.

Ciertamente el bando nacional incluía a las fuerzas enumeradas (falangistas, etc.) y en ese sentido algo de verdad hay en la descripción de la propaganda izquierdista. A esas fuerzas solía llamárseles «familias», pero tenían mucho de partidos, por sus diferentes ideas y por disponer de organizaciones y órganos de expresión particulares.

Los partidos de derecha habían disputado entre sí hasta extremos suicidas, por lo que Franco hubo de asegurar la cohesión y la disciplina en su bando. El Frente Popular debió afrontar el mismo obstáculo y se adelantó a su enemigo formando los gobiernos de concentración de Largo Caballero en septiembre y noviembre de 1936; pero su unidad solo pudieron apuntalarla los comunistas, a veces con persecuciones a sus aliados. Franco abordó el problema más tarde, en abril de 1937, y lo hizo con mayor eficacia y sin apenas sangre: decretó la unión de Falange y Tradicionalismo en un solo partido, llamado FET y de las JONS (Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas), conocido luego como Movimiento Nacional: amalgama extraña, porque la Falange tenía poco de tradicionalista y las JONS no existían prácticamente. En el Movimiento predominaría netamente la Falange con sus sindicatos y semiausencia de las demás *familias*. La unificación fue esencial en la guerra, porque falangistas y tradicionalistas o carlistas suministraron la mayor masa de voluntarios al Ejército, y por ello sus disputas podían causar el mayor daño. Con razón valoró Franco este éxito como una clave de su victoria.

Con frecuencia se califica a este conjunto de fuerzas como «fascismo», equiparable a los clásicos de Hitler y Mussolini. El término ha llegado a significar casi cualquier cosa: los comunistas podían tachar de fascista hasta al mismo PSOE («socialfascista»); y el radicalizado PSOE de 1934 encontraba fascismo

en los republicanos de izquierda. En rigor, «fascismo» es la palabra con que se presentaban los partidarios de Mussolini, en referencia a los *fasces* romanos como símbolos de unión y fuerza, y ha pasado a ideologías afines. Pero incluso los fascismos alemán e italiano diferían mucho entre sí. Los intentos de definir el concepto con precisión teórica no han acabado de ser aceptados por todos los especialistas.[20] Puede definirse el fascismo en relación con un estilo paramilitar, jerárquico, disciplinado, patriótico-populista, antimarxista, antiburgués y antiliberal. En el breve período entre la I y la II Guerras Mundiales, los fascismos surgieron como alternativas al comunismo y al demoliberalismo. En buena medida, la historia de aquella época se explica por la rivalidad entre las tres ideologías. También la Iglesia condenaba al comunismo y censuraba duramente al liberalismo, sin por ello identificarse con los fascismos, como explicó el papa Pío XI en su carta encíclica *Mit brennender Sorge*, crítica severa a la moral y al colectivismo hitlerianos. Los fascismos, ideologías de carácter modernista y laico, a menudo paganoides o ateoides, no podían agradar a la Iglesia, aunque conviviera con ellos, como con los estados liberales. Veamos cómo obraron esas tendencias en el caso español.

La Falange

La *familia* más afín al fascismo era, sin discusión, la Falange, que adoptó gestos, retórica y símbolos semejantes a los mussolinianos o hitlerianos, y mantuvo buena relación con la Italia fascis-

[20] Ver, en particular, el cuidadoso estudio de S. Payne *El fascismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

ta, de la que recibió ayuda, y con Alemania. No obstante, su fundador José Antonio negó a veces carácter fascista a su partido, el cual se declaró siempre católico, diferencia no banal. Por otra parte, no se relacionaba cómodamente con las otras *familias*, a las que solía acusar de insensibilidad social, espíritu romo y acomodaticio y disposición explotadora. Por ello, sería la inspiradora de una legislación intervencionista que también otorgaba numerosos derechos a los trabajadores.

Genuinamente fascistas en España solo estaban las JONS. Su jefe, Ledesma Ramos, había propiciado en 1934 la fusión con la Falange (FE de las JONS), pero José Antonio lo expulsó pronto en una pequeña lucha por el poder. La Falange preconizaba una «revolución nacionalsindicalista» para hacer del país un «gigantesco sindicato de trabajadores». Sus medidas sociales, nacionalización de la banca, redistribución de la tierra, etc., debían fundar una economía próspera, base para una política de imperio espiritual y eventualmente político. Rechazaba el capitalismo y se decía totalitaria, entendiendo por tal una estrecha intervención del Estado en la economía, sin abolir el derecho de empresa ni la propiedad privada. Venía a constituir una ideología ecléctica y de urgencia ante el auge revolucionario marxista y los separatismos.

Nacida en octubre de 1933, la Falange fue acogida literalmente a tiros por las izquierdas. El PSOE mató a varios militantes y hasta a algún joven por haber comprado en un kiosco su órgano de expresión, *FE*. José Antonio, víctima también de atentados, reprimió una respuesta equivalente por temor a caer en el gansterismo político; pero viéndose desasistido por el gobierno, terminó por autorizar las represalias. La bibliografía corriente suele presentar los hechos al revés de como fueron, o insisten en una apelación de José Antonio «a los puños y las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la patria». Pero socialistas, comunistas y

anarquistas exhibían retóricas aún más agresivas y las practicaban, cosa que solo hizo la Falange ante un acoso extremo.

Bajo la república, la Falange fue un grupo menor: no sacó ni un diputado en febrero del 36. El Frente Popular completó los asesinatos de falangistas con la detención —ilegal— de sus líderes y la clausura de sus locales. Casi desarticulada, la Falange resistió en la clandestinidad y replicó con varios atentados. Entonces ingresaron en ella jóvenes de la CEDA de Gil-Robles, desencantados de un legalismo que juzgaban excesivo. Al reanudarse la guerra, la CEDA se autodisolvió y la afluencia a la Falange se hizo un alud, convirtiéndola en un pilar del nuevo régimen. Sin embargo, nunca llegaría a hegemonizarlo, pues se lo impedirían la Iglesia, los monárquicos y tradicionalistas; y nunca contó con muchos partidarios en el Ejército.

Franco encargó a la Falange los sindicatos y la labor social, parte del aparato educativo y la formación patriótica de la juventud. Pero solo aplicó muy parcialmente su programa, para disgusto de los más puristas, anhelantes de una *revolución* siempre *pendiente.* La Falange, en fin, fue un componente del franquismo, pero no lo moldeó nunca. La participación del Movimiento en los presupuestos estatales entre 1940 y 1945 solo pasó del 0,16 al 1,9 por ciento.[21]

El carlismo o tradicionalismo

El tradicionalismo procedía de la Primera Guerra Carlista, de 1833 a 1840, empeñada contra los liberales para afirmar una

[21] R. de la Cierva, *Historia del franquismo*, Planeta, Barcelona, 1976, I, p. 340.

dinastía al estilo del antiguo régimen. El tercer elemento de su lema «por Dios, por la patria y el rey» aludía a Carlos María Isidro (de ahí que se llamaran «carlistas»), cuya legitimidad y la de sus herederos vindicaban frente a Isabel II y los suyos. Habían perdido otras dos guerras menores en el siglo XIX y, ante el que parecía definitivo triunfo liberal, algunos carlistas habían oscilado hacia el separatismo en Cataluña, Vizcaya y Guipúzcoa, suponiendo a sus provincias más auténticamente católicas y tradicionales. No obstante, el carlismo defendía la unidad española, si bien con un tinte más religioso que la Falange y rasgos medievalizantes. Durante el siglo XX había decaído, pero conservaba mncha fuerza en Navarra y Vascongadas. Después de la «quema de conventos» con que prácticamente comenzó la república, los carlistas pasaron a conspirar y armarse, de modo limitado. Habían gestionado apoyo de Mussolini, que había quedado en casi nada.

Durante la guerra, los carlistas movilizaron a decenas de miles de voluntarios (requetés), sobre todo en Navarra y Guipúzcoa, destacados por su combatividad. Aun así, el carlismo, un tanto eclipsado por la Falange, influiría poco. Personaje típico, hombre de acción fue Antonio de Lizarza, uno de los conspiradores contra el Frente Popular. En sus palabras: «Llegó el fin de la guerra, a la que tan generosamente había contribuido el carlismo (...), España se había salvado, la religión imperaba en la patria, esta había vuelto a ser católica. Todos los sacrificios, pues, no habían sido en vano (...). Como los requetés a nada aspiraban, volvieron, como Cincinato, al campo de sus habituales labores y ocupaciones. El carlismo volvía a su condición de estado latente, a constituir de nuevo la gran reserva de la patria. Nada habíamos pedido para marchar a la guerra, nada reclamamos (...). ¡Todo había sido por Dios y por España!». Él mismo renunció a la política:

«Me quedaba una tranquila y lenta vida de capital de provincia (Pamplona), la familia, los amigos, el café en el Círculo con los correligionarios de los tiempos difíciles, con quienes siempre surgía añorante la charla sobre el pasado».[22]

Una minoría carlista, como otra falangista, rechazaba a Franco, pero en general sus líderes no le pusieron obstáculos, manteniéndose en segundo plano, siempre con alguna presencia en los gobiernos. Sabían que su pretendiente al trono tenía malas cartas en el juego y debían de sentir vagamente que sus ideas no eran muy realizables en los nuevos tiempos. Bastantes de ellos detestaban a la Falange por encontrarla modernista en exceso, y no dejarían de surgir rencillas entre unos y otros. Franco quiso acabar con ellas y en lo esencial lo consiguió mediante la unificación. El carlismo quedaría casi limitado posteriormente a Navarra, y en menor medida a Vascongadas, a Cataluña y Andalucía. Mantenía órganos de expresión y de pensamiento de ámbito reducido.

El monarquismo alfonsino

Las capas más adineradas solían identificarse con la *familia* monárquica alfonsina (por Alfonso XIII), de tradición liberal, enemiga del carlismo desde el siglo XIX. Alfonso XIII había caído en abril de 1931, al entregar el poder a los republicanos tras unas elecciones municipales... ganadas por los monárquicos. Los cuales habían quedado desacreditados, pero conservaban cargos en la jerarquía militar, las finanzas, la diplomacia y en

[22] A. de Lizarza, *Memorias de la conspiración*, DYRSA, Madrid, 1986, pp. 119 y ss.

medios intelectuales. Las convulsiones republicanas les permitieron recobrarse parcialmente. El asesinato de su líder principal, Calvo-Sotelo, había precipitado justamente la guerra.

El extremismo de la república empujó a los alfonsinos a sustituir su anterior liberalismo por posturas autoritarias y antidemocráticas en boga en Europa. Alfonso XIII se había exiliado en la Roma fascista y su hijo Don Juan aspiraba al trono. Don Juan había querido combatir en el Ejército Nacional, pero Mola lo había rechazado con brusquedad, y Franco, alegando que un rey, si volvía, debía llegar como pacificador y no como vencedor. Quizá Franco salvó la vida a Don Juan, el cual, formado en la marina inglesa, había querido enrolarse en el crucero *Baleares*, que fue hundido con pérdida de ochocientos hombres. Alfonso, reacio a abdicar, creía a su hijo algo infantil.[23]

Los monárquicos se acercaban más que otros a la imagen de gente opulenta y clasista, poco sensible a las necesidades de los obreros, que se atribuían un privilegio para gobernar no justificado en sus méritos. Recelosos de la Falange, la acusaban de asilo de rojos (en ella ingresaría cierto número de socialistas y anarquistas después de la guerra) y de emplear una propaganda próxima a las de izquierda. Los alfonsinos interpretaban que la guerra se había librado para recuperar el trono, lo que, desde luego, no estaba en el ánimo de la mayoría de los combatientes nacionales, y menos aún de los falangistas.

Durante la república, los monárquicos habían fundado un órgano intelectual, *Acción Española*, por imitación de la *Action Française*, de Maurras, si bien con diferencias de orientación. En la revista colaboró un núcleo intelectual de notable altura

[23] J. M. Zavala y A. Duque, *Juan de Borbón*, Ediciones B, Barcelona, 2003, p. 213.

—Maeztu, Víctor Pradera, García-Villada, Muñoz Seca y otros— masacrado literalmente por el Frente Popular. Disponían además de un órgano de expresión de gran calibre, el diario *ABC*. Para ellos, el franquismo era provisional. Los más impacientes querían restaurar cuanto antes la monarquía (autoritaria) y tachaban a Franco de gobernante ilegítimo por no plegarse a sus deseos. Aunque muy beneficiados por el régimen, bastantes de ellos conspiraban contra él, sobre todo durante la guerra mundial, sirviendo a británicos y useños: entre ellos Sainz Rodríguez, Vegas Latapie, el general Aranda y otros. Pero la mayoría monárquica adoptaba una actitud más moderada y respaldaba al Caudillo.

La jerarquía eclesiástica

La Iglesia admite casi cualquier régimen, siempre que no hostigue la religión y evite el totalitarismo. Bajo la república respetó la legalidad y apoyó a la «posibilista» CEDA, pese a que la izquierda en el primer bienio no respetó a la Iglesia y con su política, no laica sino anticatólica, trató de reducir al clero a una ciudadanía de segunda y a la miseria. El anticristianismo del Frente Popular se tradujo en constantes ultrajes, agresiones e incendios y, desde julio del 36, en persecución exterminadora, buscando erradicar la cultura cristiana y aniquilar a sus representantes, a menudo entre torturas sádicas. Para los católicos, la conmoción había sido terrible y provocado una reacción de fervor a veces extremado.[24]

[24] Es la persecución mayor o una de las mayores sufridas por la Iglesia en toda su historia. Los datos, bien conocidos, han sido ocultados o desvirtuados —no negados, por ser imposible— por una bibliografía acorde con la *ley de memoria histórica*. La obra

En los primeros meses de la guerra, la jerarquía evitó comprometerse abiertamente con los nacionales, pero conforme la persecución hacía estragos, la identificación con ellos se hizo casi unánime. En agosto de 1937 el Episcopado difundió por todo el mundo una carta pastoral denunciando la matanza. La firmaron los obispos con las excepciones significativas del de Vitoria, Múgica —el cual se había adelantado a exaltar la guerra como cruzada— y el de Tarragona, cardenal Vidal y Barraquer, quien elogió la carta, pero dijo temer que se le diera interpretación política y enconara aún más la persecución. Vidal, consciente de que los nacionales estaban salvando a la Iglesia, quiso distanciarse de ellos, pues políticamente sentía afinidad con el separatismo catalán. Companys, conocedor de sus simpatías, le había librado de la muerte cuando le detuvieron los anarquistas y le había arreglado el viaje a Roma. En cambio nadie parece haberse ocupado de su obispo auxiliar, Manuel Borrás, detenido en la misma operación y asesinado. A Vidal y a Múgica se les impidió la vuelta a España.

Con la victoria, el régimen se declaró confesional[25] y otorgó a la jerarquía eclesiástica abultados privilegios en la enseñanza, los medios de comunicación, organizaciones particulares tipo Acción Católica, grupos juveniles y obreros, etc.; lo cual no evitó serias dificultades para llegar a un nuevo Concordato con

---

clásica al respecto es *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*, de A. Montero. Entre otras de interés, V. Cárcel Ortí, *La gran persecución*. En *Los mitos de la guerra civil* he expuesto un resumen.

[25] En un principio, Franco y los jefes militares no tenían la menor intención de hacer confesional el Estado, pero la presión de los carlistas y de la jerarquía eclesiástica, así como la impresión del exterminio anticatólico, le hicieron cambiar de intención. La semioculta y permanente querella entre el Episcopado y la Falange en los años cuarenta ha sido estudiada cuidadosamente por J. M. Cuenca Toribio, *Nacionalismo, Franquismo y Nacionalcatolicismo*, Actas, Madrid 2008, y J. Andrés-Gallego, *¿Fascismo o Estado católico?*, Encuentro, Madrid, 1997.

el Vaticano, que solo se firmaría en 1953 concediendo al jefe del Estado la facultad de proponer a Roma el nombramiento de obispos. La Iglesia dispuso de medios intelectuales y de propaganda poderosos y en precaria armonía con los de Falange, que no deseaba un Estado confesional, ni la prohibición del divorcio, la pudibundez preconizada por los obispos (el obispo Pildain llegó a prohibir los bailes públicos y a hacer un desplante a Franco por permitirlos) u otras prerrogativas eclesiásticas. A su vez, los obispos desconfiaban de la Falange, de sus aspiraciones llamadas totalitarias o estatalistas y sus relaciones con el fascismo italiano y, sobre todo, con el nazismo. El alto clero ganaría casi siempre en su pulso soterrado por el control de la enseñanza y la prensa y por la definición ideológica del nuevo Estado.[26]

Casi todo el Episcopado se identificó, a menudo fervorosamente, con Franco, por haber salvado a la Iglesia. Una excepción fue el integrista cardenal Segura, a quien la república había obligado a exiliarse y que había perdido su condición de primado a favor de Gomá. Segura provocaba incidentes con los falangistas, exigía la inmediata restauración monárquica y calificaba a Franco de usurpador.

La Iglesia iba a ser, mucho más que la Falange o cualquier otro sector, el sostén espiritual e ideológico del régimen. Este, al terminar la guerra mundial, se definió como católico por cuanto se identificaba con las exigencias de la Iglesia en relación con la confesionalidad, la familia, la moral, la justicia social, etc. Por esta compenetración se le ha llamado «nacionalcatolicismo», término denigratorio que intenta asociarlo con el «nacionalsocialismo»,

---

[26] Ver, por ejemplo, J. Andrés Gallego, *¿Fascismo o Estado católico?*, *op. cit.*

con el cual no guardaba la menor relación. A la larga, la confesionalidad católica resultaría suicida para el franquismo, cuando el Concilio Vaticano II cambiara la orientación de la Iglesia en relación con los estados.

La compenetración entre Iglesia y Estado nacía de una concepción de fondo entre los vencedores, que atribuían los desastres pasados a la sustitución de las virtudes cristianas por ideologías antirreligiosas. La recuperación moral debía estimular un vigoroso impulso espiritual, cultural y político, que volviera a situar a España al nivel de su Siglo de Oro, cuyo vigor esencial se atribuía al catolicismo. Aunque la identificación, un tanto mística, entre España y el catolicismo resultaba difícil de concretar políticamente y de justificar históricamente, pues España no había dejado de ser católica en su larga decadencia y no siempre ni mucho menos había favorecido Roma los intereses hispanos.

El Ejército

Suele describirse al Ejército como la base de aquel Estado, idea predicable de cualquiera, por cuanto ninguno sobreviviría a un ejército desafecto. Pero aquí se trata de algo más concreto: en una sociedad semidesarticulada por la división ideológica y bélica, las Fuerzas Armadas debían desempeñar un papel eminente, por estar más sólidamente organizadas y menos inmersas en querellas políticas. En una posguerra marcada por la proximidad de una Europa en llamas y por el maquis, los militares hegemonizaron el gobierno: 45, 6 por ciento de ministros y 36,8 en otros altos puestos. La Falange, la *familia* más combativa entonces, tendría respectivamente un 37,9 y un 30,3 por ciento. Los

presupuestos militares y policiales en esos cinco años oscilarían entre el 50 y el 40 por ciento del total, proporciones que bajarían al consolidarse la paz.[27]

La guerra había dejado una élite militar de probada competencia, lealtad al Caudillo y con una concepción tradicional y católica de la patria, sin demasiados matices. Varios generales eran monárquicos, aunque el monarquismo descendía mucho entre los jefes y oficiales. También había algunos carlistas y falangistas, pero en conjunto la politización era escasa. Varios generales monárquicos conspirarían contra Franco, a veces de modo peligroso o rondando lo que suele entenderse por alta traición, y se acusaría a Muñoz Grandes, con razón o sin ella, de maniobras progermanas. Con todo, aparte de intrigas peligrosas durante la II Guerra Mundial y posteriormente, el grueso del Ejército no orientó la política práctica, ni lo quiso, manteniéndose como garantía última de estabilidad por encima o por debajo de las discordias entre *familias*.

Así pues, el franquismo distaba de la imagen monolítica con que a veces lo pintan. En él bregaban e intrigaban en sordina *familias* inamistosas entre sí e internamente poco homogéneas, todas con un sector opuesto a Franco.[28] Si, pese a ello, mantuvieron una unidad bastante funcional durante decenios, se debió al recuerdo del peligro común y a la personalidad del Generalísimo, el jefe indiscutido para la mayoría, el árbitro flexible que daba mayor relevancia a unos u otros grupos se-

[27] S. Payne, *El régimen de Franco*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p. 249.

[28] En *Años de hierro* he examinado más extensamente estas divergencias y sus efectos.

gún exigencia de los tiempos, sin prescindir de ninguno. Franco dispuso de poderes prácticamente absolutos, que sin embargo utilizaría siempre con circunspección. Ello, más que cualquier otra cosa, explica una cohesión interna en principio difícilmente duradera.

Puede definirse al franquismo como un régimen doctrinalmente ecléctico y pragmático sobre unos principios de patriotismo y catolicismo. Estos rasgos, que le dieron su fuerza, le impedirían mantenerse a la larga, dada su escasa elaboración teórica, como veremos.

Volviendo a Orwell, este ignoraba la historia de España y juzgaba según el modelo marxista de lucha de clases, que adjudicaba al país un carácter semifeudal. Pero si España no era el país más rico e ilustrado de Europa, tampoco el más atrasado. Europa podría describirse como una amplia región centro-occidental desarrollada (Alemania-Francia-Gran Bretaña y países menores), medio rodeada de una franja más pobre, de Irlanda a Finlandia pasando por el sur y el este del continente. En esa franja, España ocupaba uno de los puestos mejores, después de Italia, y evolucionaba desde el siglo XIX al modo capitalista con gobiernos liberales. Capitalismo débil pero robusteciendo desde principios del siglo XX y más bajo la dictadura de Primo de Rivera. En cuanto a la enseñanza, la liberal Restauración la había atendido poco, y en 1930 el analfabetismo se acercaba al 30 por ciento. La república hizo hincapié en el asunto, pero sus datos de construcción de escuelas fueron muy inflados por la propaganda; y los mayores presupuestos de enseñanza, nunca generosos, se dieron en el bienio de gobierno derechista.[29]

[29] Ver datos en S. Payne, *La primera democracia española*, Paidós Ibérica, Barcelona 1995, pp. 111-112.

Esa evolución, lenta pero de creciente firmeza, había quebrado precisamente con la república, en la cual el hambre había vuelto a los niveles de treinta años atrás.[30] La llegada de la república había coincidido con la Gran Depresión mundial iniciada en 1929, que le restó posibilidades de crecimiento; pero los retrocesos tuvieron aún más el sello de las medidas demagógicas tomadas por los políticos, pocos de los cuales entendían de economía (la izquierda cerró la universidad jesuita de Deusto, donde existía el único centro superior de estudios económicos). Por otra parte, el Frente Popular había desarticulado el tejido productivo desde las elecciones, con sus huelgas constantes, exacciones, inseguridad jurídica e imposiciones sindicales.

¿Qué iba a pasar tras la victoria? Aplastado el marxismo, el liberalismo quedaba también descartado. Los liberales habían gobernado el país desde el primer tercio del siglo XIX, pero, por su inestabilidad y por haber desembocado en el Frente Popular, los nacionales les achacaban desorden y revolución. Franco, formado en un Ejército liberal, señalaría que en noventa años el liberalismo había tenido ciento un gobiernos, tres guerras civiles, innumerables disturbios, terrorismo, revueltas republicanas, pronunciamientos, varios jefes de Gobierno asesinados, pérdida de las colonias, etc. Los liberales habían auspiciado la epiléptica I República y la II, que él describe así: «En poco más de cinco años hubo dos presidentes, doce gobiernos, una Constitución constantemente suspendida, repetidos incendios de conventos, iglesias y persecuciones religiosas; siete intensos movimientos de perturbación del orden público, una revolución

[30] Estadística de muertos por hambre (de doscientos cincuenta a trescientos anuales en la república), según *Movimiento natural de la población de España*, publicación anual de la DGE, posteriormente el INE.

comunista (la del 34), el intento de separación de dos regiones y el asesinato, por orden del gobierno, del jefe de la oposición. El balance no puede ser más desdichado». La experiencia del liberalismo, afirmaba, había demostrado su inadecuación para España.[31]

No solo a Franco y los suyos defraudó el experimento republicano. Los tres escritores liberales más prestigiosos de su tiempo, Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala, llamados «padres espirituales de la república» por haber contribuido a traerla con un célebre manifiesto, se opondrían radicalmente al Frente Popular y a la república misma durante la guerra. Su actitud la concretaba Marañón en sus cartas: «Mi respeto y mi amor por la verdad me obligan a reconocer que la república ha sido un fracaso trágico». «Tendremos que estar varios años maldiciendo la estupidez y canallería de estos cretinos criminales (los republicanos y frentepopulistas) y aún no habremos acabado. ¿Cómo poner peros, aunque los haya, a los del otro lado?». Juicio similar al del socialista moderado Besteiro, que señalaba el mérito de los nacionales, «sean los que quieran sus defectos», por romper la dinámica comunista.[32]

De modo que a la hora de la victoria el bando nacional coincidía al menos en dar por fracasada la experiencia liberal y democrática en España. En realidad el liberalismo se hallaba en crisis en toda Europa. Según la crítica franquista, la democracia liberal aislaba a los individuos, desgajándolos de sus asociaciones naturales como la familia, el municipio o el sindicato y dejándolos a merced de las demagogias partidistas,

---

[31] *El pensamiento político de Franco*, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1975, pp. 313, 390 y 400-401.

[32] *El Cultural*, supl. literario de *El Mundo*, Madrid, 4-VII-2001.

corrosivas para los principios morales e insensibles al interés común. Por tanto, el nuevo Estado debía ser capaz de derrotar al comnnismo y de superar a la democracia liberal. Tal snperación consistiría en una democracia orgánica, donde el pueblo participaría en la política a través de las citadas asociaciones naturales. La idea procedía de la Alemania del siglo XIX, y llegó a España a través de la Institución Libre de Enseñanza, siendo teorizada por socialistas como Fernando de los Ríos o liberales como Salvador de Madariaga. El nuevo régimen veía en los sindicatos no orgánicos factores de descomposición social, y para asegurar la colaboración entre el capital y el trabajo instituyó el sindicato único, llamado vertical por incluir a patronos y obreros. Los partidos, acusados de los mismos vicios, fueron también rechazados, aunque subsistieran a su manera como *familias.*

La democracia orgánica nunca se aplicó a fondo; quizá era inaplicable. En la práctica originó regímenes autoritarios, no totalitarios como los comunistas o el nazismo o en menor medida el fascismo italiano. La diferencia importa, porque en el totalitarismo el partido único ocupa el Estado, que a su vez tiende a absorber a la sociedad, mientras que sobre el franquismo de los años cuarenta expone el filósofo Julián Marías: «Esto es lo que me hizo sentir el valor del liberalismo económico (...). En la España posterior a la guerra descubrí el inmenso valor de la economía privada: poder comprar la carne, las verduras o los trajes en un comercio particular, no en un mercado estatal; poder publicar en una editorial privada o en una revista del mismo carácter, aunque fuese con censura; cobrar algún dinero de una empresa también privada, no del omnipotente Estado. Todas las libertades dependían de esta. En España no había libertad política y la economía estaba intervenida y me-

diatizada; pero eran cortapisas a una realidad que seguía siendo privada, múltiple, con la cual se podía contar y tratar. Había un coeficiente muy apreciable de libertad personal y social, porque subsistía un sistema económico que, en sus líneas generales, era liberal».[33]

El franquismo solo impuso una privación de libertades relativa y siempre mantuvo un aparato estatal reducido, mucho menor que el actual y por ello más liberal en ese sentido concreto. En 1945 disponía de 280.000 empleados públicos para una población de 26 millones de habitantes, mantenía una baja presión fiscal, y el gasto público en relación al PIB permaneció en torno al 10-15 por ciento durante toda la vida del régimen. Después de este, el gasto público llegaría hasta el 40 por ciento (y hasta el 50 por ciento del PIB en gran parte de Europa Occidental). Paradójicamente serían las democracias las que más expandiesen el Estado, contrariando clásicas tesis liberales.

[33] J. Marías, *Una vida presente,* I, Alianza, Madrid, 1988, p. 347.

5

PAN NEGRO, TRISTEZA Y FUSILAMIENTOS

Los años cuarenta han sido retratados como tiempo de hambre, miedo, racionamiento, *estraperlo* y estancamiento general. También sostienen diversos expertos que la renta per cápita no recobró los niveles de la república hasta 1952, o incluso 1956, cuando muchos países más devastados por la guerra europea lo habrían logrado antes. Implícita o explícitamente se achacan los males al propio régimen, bien sea por enemigo del «pueblo», bien por una economía autárquica «absurda». Esa estampa ha cundido a izquierda y derecha, con unos u otros matices, suponiendo que solo a finales de los años cincuenta, al abandonarse la autarquía, España empezó a prosperar: dos décadas «perdidas».

¿Hasta qné punto fue así? Ante todo deben tomarse en cuenta las circunstancias. Los nacionales habían comenzado la guerra en posición material sumamente difícil e iban a empezar la paz en condiciones parecidas. La guerra había destruido 250.000 casas, casi la mitad del parque automovilístico y ferroviario, cientos de fábricas, puentes, un cuarto de millón de toneladas de barcos hundidos o retenidos en puertos soviéticos u

hostiles, etc. La mitad del país bajo el Frente Popular había perdido extensos cultivos por abandono, la mayor parte de su ganadería, sacrificada sin control, y amplias áreas de bosque consumido para leña. La fuerza humana había descendido por las bajas bélicas, en su mayoría jóvenes, más unos 50.000 mutilados, 270.000 prisioneros en espera de ser depurados y medio millón de exiliados del primer momento. El Ejército alistaba a un millón largo de soldados y, aunque se desmovilizaron tres cuartas partes, la guerra europea obligaría a mantener una plantilla excesiva. Fue preciso asumir las deudas del Frente Popular, con lo cual Francia ascendía a principal acreedor de España, seguida de Italia y Alemania. Todo ello con mínimas reservas financieras.[34]

Así, la reconstrucción se presentaba muy ardua, máxime por los nubarrones europeos. La zona izquierdista ofrecía la mayor dificultad. El Frente Popular había empezado la guerra con absoluta ventaja financiera e industrial, e igualdad agrícola, pero había malgastado sus bazas en colectivizaciones, ensayos utópicos, rivalidades entre regiones y provincias y desorientación económica. En el norte minero e industrial de Vizcaya, Santander y Asturias, la producción se había hundido a un tercio de la normal, y la sobremortalidad por enfermedad había subido a un 138, 156 y 120 por ciento respectivamente, sobre una base 100 de preguerra. Al ocupar la zona los nacionales, la producción se recuperó y la mortalidad cayó a 92, 110,9 y 107,7 por ciento respectivamente. Pero a principios de 1939 los

[34] S. Payne, *El régimen..., op. cit.*, pp. 257-258; G. Fernández de la Mora y Varela, en *Razón española*, n.° 111, «Recesión de la economía española en los años 40»; L. Suárez, *España, Franco y la II Guerra Mundial*, *Actas*, Madrid, 1997, pp. 37 y ss., y 656. P. Moa, *Años de hierro*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007, pp. 79 y ss.

vencedores ocuparon de pronto más de un tercio del país con la agricultura y la industria en total desorden y la moneda hundida por una inflación galopante. Asimilar esa poblada zona no era empresa menor: recuerda a la de Alemania Oriental tras la caída del muro de Berlín, pero en condiciones incomparablemente más duras. Con todo, la euforia inicial del triunfo dio pie a planes desmesurados de construcción naval y aérea para situar a España entre las grandes potencias; aunque el realismo se impuso pronto.[35]

Ya en 1937 el Frente Popular había impuesto el racionamiento, con el mercado negro (*estraperlo*) correspondiente. Los nacionales prometieron quitar «esa señal infamante del período rojo», pero a los pocos meses tuvieron que adoptarlo para paliar el hambre. Franco anunció el 5 de junio que España se reharía por vías autárquicas y recurriendo poco al extranjero. En parte pensaba imitar al entonces exitoso modelo alemán y en parte seguía la tradición que el profesor Velarde Fuertes ha denominado «castiza», con un mercado interno semicerrado al exterior por altos aranceles. Orientación impuesta por la presión de los industriales de Barcelona y Bilbao. El proteccionismo había dado buen resultado en Usa o Alemania, pero nunca habían funcionado bien en España, por haberse aplicado con exceso. Por lo demás, la política autárquica y «totalitaria» entrañaba una intervención general del Estado, y Franco, en contradicción con ella, procuraba bajos impuestos y presupuestos equilibrados.

En todo caso, se necesitaban préstamos. Italia y Alemania no podían concederlos; los de Inglaterra o Usa comportaban

[35] R. Salas, *Pérdidas de la guerra*, Planeta, Barcelona, 1977, pp. 399-400 y 414-415.

dependencia política; y Alemania planeaba hacer de la deuda una palanca para dominar la economía española. Las deudas eran realmente impagables. Aun así el gobierno obtuvo varios éxitos: negociando duramente a la baja, obtuvo de Italia condiciones y plazos generosos, concesiones de Alemania y recobro de activos retenidos en Francia.[36] Asimismo logró el retorno de la flota de guerra llevada por el mando izquierdista a Túnez: tres cruceros, ocho destructores y un submarino; así como de cincuenta y nueve mercantes amarrados en puertos extranjeros. Volvieron parte de los valores sacados al exterior por los jefes izquierdistas, principalmente joyas; y en julio de aquel 1939, Francia devolvió 40 toneladas de oro no consumidas por el Frente Popular. Las colectas de oro entre particulares supusieron un alivio, muy insuficiente desde luego. Seis meses después de la victoria, un ambicioso «Plan de Reconstrucción Nacional» proyectaba liquidar en diez años el déficit comercial y construir una vasta red de embalses que generase energía hidroeléctrica para la industria y aumentase la productividad agraria mediante regadíos. Nuevas leyes protegían las industrias básicas y el Instituto Nacional de Colonización buscaba una alternativa racional a la fallida reforma agraria republicana. También fue abordada en grande la repoblación forestal.[37] Simultáneamente comenzaron los indultos para liberar presos y más de dos tercios de los exiliados retornaron en el mismo 1939, disminuyendo la escasez de personal.

---

[36] S. Payne, *Suárez, op. cit.*, pp. 69-70.

[37] F. Moreno y S. Moreno, *La guerra silenciosa y silenciada*, Alborán, Madrid, 1999, p. 289; F. Vizcaíno, *La España de la posguerra, 1939/1953*, Planeta, Barcelona, 1975, p. 21; R. Abella, *Por el imperio hacia Dios*, Planeta, Barcelona, 1978, p. 25; M. Ros, *La guerra secreta de Franco*, Crítica, Barcelona 2002, pp. 65 y ss.

Según el Fuero del Trabajo, en la nueva economía «el Estado asume la tarea de garantizar a los españoles la Patria, el Pan y la Justicia», de acuerdo con «la tradición católica de justicia social y alto sentido humano», poniendo «la riqueza al servicio del pueblo español». El trabajo constituía un derecho universal, «personal y humano, que no puede reducirse a un concepto material de mercancía, ni ser objeto de transacción incompatible con la dignidad personal de quien lo preste». En consecuencia, «la satisfacción de este derecho es misión primordial del Estado». Estas grandes frases tropezaban con los menguados recursos y el estrangulamiento en los suministros. En 1940 la inquietud europea obligó a gastar en las Fuerzas Armadas el 40 por ciento del presupuesto, limitando la enseñanza a un 6,4 por ciento. Este último porcentaje mantenía el de la república, que había oscilado entre un 5,8 y un 6,6 por ciento, aunque lo mejoraba permitiendo la enseñanza religiosa y privada. También la Falange y su Sección Femenina y el Ejército desarrollaron una labor de enseñanza.[38]

El paisaje se oscureció aún en septiembre de 1939, al declarar Inglaterra y Francia la guerra a Alemania tras el reparto de Polonia entre Hitler y Stalin... ambos tan enfrentados en España. Y creció la amenaza en 1940, cuando Churchill, temiendo que Franco se aliase con Hitler, combinó promesas y concesiones con un semiboicot económico, valiéndose de su dominio del mar. Por ello el petróleo, el caucho, los fertilizantes y otros productos básicos llegaban en cantidad insuficiente, entorpeciendo la reconstrucción y aumentando el hambre, sobre todo en el invierno de 1940-1941.

---

[38] S. Payne en sus detallados estudios *La primera democracia española*, *op. cit.*, p. 111, y *El régimen...*, *op. cit.*, p. 260.

Puede medirse el hambre por los muertos registrados por tal causa en el *Movimiento natural de la población*, publicación de la Dirección General de Estadística (Instituto Nacional de Estadística desde 1946): en 1940 sumaron 490, y en 1941 subieron a 1.093, bajando en los años siguientes a 842, 315, 267 y 236. Estas últimas eran ya cifras normales en la república. Obviamente, por cada muerto de hambre habría hasta mil o diez mil mal nutridos. Y cabría esperar sobremortalidad por enfermedades derivadas, pero, sorprendentemente, ello solo ocurrió en 1941, cuando las defunciones ascendieron a cien mil más que en 1935. Al año siguiente volvieron a ser las de 1935, para bajar aún más en años sucesivos, con solo nn repunte ligero en 1946. Los datos indican que el hambre nunca alcanzó el nivel de 1938 en el Frente Popular, y menos aún el de países como Holanda o Grecia en la contienda europea (16.000 y ¡hasta 300.000! respectivamente). Las peores crisis (1941 y 1946) fueron pronto superadas; y la sanidad mejoró notablemente con respecto a la de la república: a ella cabe atribuir la escasa o nula sobremortalidad relacionada con el hambre.[39]

El fin de la guerra mundial debió traer una mejora, pero Stalin, Truman y Attlee impusieron a España un aislamiento doblemente delictivo, porque España no había participado en la guerra mundial y porque perseguía hambrear a los españoles para que se rebelasen contra Franco, mientras estaba en marcha el maquis comunista. Y así, los muertos por bambre remontaron a 1.120 en 1946. No obstante, la crisis pasó, y al año siguiente bajaron a 232, algo menos que en la república.

[39] *Movimiento natural de la población*, y A. Carreras y X. Tafunell (coords.), *Estadísticas históricas de España*, tomo I, Bilbao, 2005, p. 126.

Otros datos indican dinamismo económico: a finales de aquella década el número de teléfonos se había duplicado (de 329.000 a 651.000); el tráfico aéreo había pasado de 1,2 millones de kilómetros volados por compañías españolas a 8 millones; los turistas, de 171.000 a 457.000; el consumo de energía subió en casi un 50 por ciento. No menos ilustrativos son la disminución de la mortalidad infantil, de 34,7 por mil en 1935, al 12,5, y la esperanza de vida al nacer saltó de cincuenta años en la república a sesenta y dos en 1950). Es probable que, contra muchas estimaciones, la renta per cápita del mejor año republicano se recobrase ya en los años cuarenta y no en los cincuenta.

Los economistas han estimado el índice de crecimiento del PIB durante la primera década del franquismo entre el 1,1 por ciento anual (Prados de la Escosura), 1,4 (P. Schwartz), 1,7 (Carreras), 2,0 (Alcaide Inchausti) y 3,8 (Naredo). Ann el índice menor dista de ser despreciable para unas circunstancias tan duras. Baste decir que no fue mayor el de los diez años posteriores a Franco, en condiciones absolutamente más favorables.[40]

En conclusión, puede hoy afirmarse que el hambre de los años cuarenta fue, salvo en tres o cuatro años, similar a la de la república; y menor que en otros países europeos durante la guerra, o que en Alemania, Italia o Francia en la posguerra, no digamos en los países del Este. Durante esa década, España experimentó un desarrollo bastante satisfactorio, dados los tremendos obstáculos del momento, prolongados desde 1945 por el aislamiento internacional y por la ausencia de los créditos del Plan Marshall que permitieron rehacerse al resto de Europa Occidental. Cuando se denigra la época como «los años del

---

[40] Todas las cifras están extraídas de *Estadísticas históricas de España*.

hambre» casi siempre se olvidan tanto las condiciones europeas como los datos reales, cayendo en impresionismos de pura propaganda. Y es hora sobrada de sustituir las leyendas propagandísticas por una visión sobriamente histórica.

En cuanto a la represión, se ha dado cierta excusa a la de guerra, por haber afectado a los dos bandos, para hacer hincapié en la de posguerra, ejercida solo por los vencedores. Verdad de Perogrullo, porque en todos los casos son los vencedores quienes aplican la ley. Al respecto han proliferado títulos truculentos como *Las fosas de Franco, La columna de la muerte, Los esclavos de Franco, Toda España era una cárcel, Esclavos por la patria,* etc. En el panfleto *Víctimas de la Guerra Civil,* coordinado por Santos Juliá, pueden leerse frases de este jaez: «A las personas de izquierda, a los vencidos, que anhelaban reconstruir sus vidas, se les negó por completo tal derecho, se las condenó a la humillación y la marginación (social, económica, laboral)»; «Se puede afirmar que Franco convirtió a Madrid en un gran presidio»; «El fenómeno de la tortura fue masivo y generalizado»; los vencidos «solo gozaban de un destino seguro: el exilio o la muerte», el régimen practicaba un «exterminio de clase», o contra «el pueblo»...

Así cuentan cien mil y hasta doscientos mil «republicanos» o «demócratas» fusilados en la posguerra; campos de concentración de tipo nazi; trabajo esclavo y, recientemente, niños robados para darlos en adopción. El último cargo, nunca empleado por el antifranquismo en más de sesenta años, debió de ocurrírsele a alguien por analogía con Argentina. El exjuez Garzón, delincuente condenado por prevaricador, ha abanderado con especial terquedad el evidente mito de los niños robados.[41]

---

[41] Garzón fue expulsado de la carrera por emplear en sus investigaciones métodos típicos de estados totalitarios, vulnerando los derechos más elementales de los

Obsérvese que las demás imputaciones corresponden a conductas de totalitarismos marxistas, lo cual equipararía al franquismo con ellos en ese aspecto; sin embargo, tal semejanza nunca aflora en la literatura acusatoria, que prefiere asimilar el franquismo al nazismo. En esa línea descuellan tratadistas ingleses: Preston en su libro más famoso *El Holocausto español*, título que ya lo dice todo; Helen Graham «informa» de que Franco trató a los trabajadores como los nazis a los judíos... Y en España los estudiosos J. Casanova, J. M. Solé, J. Villarroya o F. Moreno, coautores de *Víctimas de la guerra civil*, coordinados por Santos Juliá, son expertos en frases «imparciales» como estas de Moreno: «La violencia fue un elemento estructural del franquismo. La represión y el terror (...) (eran) el pilar central del nuevo Estado». La violencia es un elemento estructural de todos los estados, y definir la represión y el terror como pilar central del franquismo es otra versión del genocidio, tan invocado como imaginario.

El investigador A. D. Martín Rubio ha criticado severamente la metodología de esos estudios, mezcla de testimonios dudosos con datos fehacientes, de muertos en acción con fusilados, nombres repetidos o atribución a la derecha de víctimas causadas por la izquierda. En *Los crímenes de la guerra civil* señalé algunas evidencias: «Aunque hubo una dura represión (...) en la que debieron de caer responsables de crímenes junto con inocentes, ni de lejos existió tal exterminio de clase o de no clase. La inmensa mayoría de quienes lucharon a favor del Frente Popular (1.500.000 hombres), de quienes lo votaron (acaso 4.600.000) o vivieron en su zona (unos 14 millones) ni

acusados.

fueron fusilados ni se exiliaron: se reintegraron pronto a la sociedad y rehicieron sus vidas dentro de las penurias de aquellos años, comunes a casi todos los españoles. Esto es tan obvio que resulta increíble leer a estas alturas semejantes diatribas energuménicas». No obstante, la tosca falacia sigue divulgándose por todos los medios.

Otro historiador inglés, Julius Ruiz, ha expuesto la insolvencia de los métodos de Preston y ha probado:

A. Que no hubo tal genocidio ni holocausto.
B. Que el terror del Frente Popular distó mucho de ser espontáneo.
C. Que el número de víctimas en la posguerra fue menor que el pretendido por Preston y demás.

Todos esos puntos estaban demostrados hace tiempo, pero Ruiz tiene el mérito de contradecir a una «corrección política» inglesa no menos absorbente y excluyente que la española: quien la desafíe arriesga marginarse del mundo académico. Quizá por eso, Ruiz ha hecho concesiones como evitar citarnos a Martín Rubio o a mí —sea por temor o por ignorancia, nada convenientes para un trabajo serio—; o pretendiendo que las tesis tildables de «franquistas» de R. Salas y otros habían sido hechas «añicos» por libros como *Víctimas de la guerra civil*, cuyas cifras da más o menos por buenas; o afirmando que hasta los años noventa no se había investigado «en serio» la «violencia anticlerical», cuando la clásica obra de Antonio Montero, de 1961, solo ha sido superada en detalles menores...[42]

[42] J. Ruiz, «Las metanarraciones del exterminio», en *Revista de Libros*, digital, 2.ª época, julio de 2014.

La cuestión de los fusilados en la posguerra tiene dos aspectos, el cuantitativo y el cualitativo. Sobre el primero, utilizando una vez más el *Movimiento natural de la población,* R. Salas ha demolido las cifras disparatadas, de cien y doscientos mil y más ejecutados, basadas en testimonios o cálculos parciales ponderados de forma arbitraria. La fuente estadística cuantifica en 173.594 los muertos por violencias entre 1939 y 1944, lo que las aproxima a los míticos 200.000; pero en un 80 por ciento son inscripciones diferidas de fallecidos durante la guerra, y las demás incluyen suicidios, accidentes, hambre o violencias ajenas a la ejecución. El número real de ejecutados hasta 1959 lo cuantifica Salas en exactamente 22.716. Martín Rubio aumenta esa cifra en unos pocos miles.[43]

Sin embargo, y por extraño que suene en un tema tratado con tal crispación, nadie ha investigado a fondo los archivos judiciales, donde consta cada sentencia. En este campo ha surgido una novedad: en 2013 se abrió en Ávila el archivo de las condenas a muerte remitidas a Franco, como era obligatorio, para que diera el enterado o las conmutase (Franco, contra la leyenda, no firmó penas de muerte, solo las conmutaciones). A las sentencias se adjuntaban testimonios a favor y en contra del reo. El historiador y periodista Miguel Platón ha empezado a investigar el archivo, tarea de años; y ya ha ofrecido un dato global: las condenas hasta 1959 ascienden a unas 22.000, en torno a la mitad de ellas conmutadas. Parece probable que estas sean las cifras reales, con lo que se cerraría definitivamente una polémica tan apasionada como estéril.

---

[43] R. Salas, *Pérdidas..., op. cit.*, pp. 384 y ss. A. D. Martín Rubio, *Salvar la memoria*, Fondo de Estudios Sociales, Badajoz, 1999, p. 95.

Puesto que ninguna persona ni régimen es perfecto, cuestiones como esta deben ser enfocadas mediante comparaciones. Así, el final de la contienda mundial en Francia e Italia incluyó pequeñas guerras civiles y las correspondientes represalias de los vencedores. En las venganzas perecieron entre 10.000 y 40.000 personas en cada caso, posiblemente más, difíciles de calcular porque, a diferencia de España, casi todas las víctimas lo fueron por asesinato, sin juicio. Dejamos aparte la enorme cifra de alemanes muertos en desplazamientos forzados, campos de prisioneros y asesinatos al terminar aquella guerra, o de las venganzas en Yugoslavia y los países del Este.

Habiendo apartado de la propaganda los datos cuantitativos, podemos entrar en el aspecto cualitativo, más clarificador. Si cotejamos la literatura izquierdista y la tachada de *franquista* sobre la represión, percibimos en la segunda un tono calmado, atento a datos y estadísticas; por el contrario, los textos de izquierda y separatistas suelen rezumar rencor, con abundancia de testimonios atroces que estimulen la indignación del lector contra los nacionales. Desde luego, el tono es asunto mínimo, pues se puede mentir con frialdad y decir la verdad con exaltación. Pero asombra tal pasión en torno a sucesos ya viejos de muchos decenios. Investigadores subvencionados encomian la furia de algunos testigos por injusticias que dicen haber sufrido sesenta años atrás, un resentimiento claramente excesivo, envuelto además en la falsa presunción de que hasta hace poco no se había podido hablar de tales cosas... cuando llevamos cuatro décadas de machaqueo constante sobre ello. El exceso, pues, se envuelve en una falsedad. Quizá ayuden a entenderlo las reparaciones, de 6.000 a 9.600 euros, otorgadas por la *ley de memoria histórica* a antiguos presos o cónyuges supervivientes: ex-

presar un espíritu reconciliado no parece lo más oportuno para justificar las indemnizaciones.[44]

Pero la base profunda de tal resentimiento consiste en la perspectiva ideológica. Para estos historiadores, como para Neruda, hay una diferencia esencial entre las víctimas de un lado y las del otro. La guerra habría enfrentado al *pueblo* con una oligarquía aborrecible, de modo que las víctimas de izquierda y separatistas reunirían todas las virtudes del progreso y la democracia, y nunca se les haría justicia suficiente; mientras que las contrarias merecerían en el fondo su destino, por «fascistas» o «reaccionarios». Las exageraciones e invenciones en pro de las primeras serían así justificadas o excusables. Actitud explícita en *Víctimas de la guerra civil,* donde leemos: «La represión ejercida por jornaleros y campesinos, por trabajadores y obreros y también por la aplicación de la ley entonces vigente era para defender los avances sociales y políticos de uno de los países con más injusticia social de Europa. Los muchos errores que indudablemente se cometían pretendían defender una nueva sociedad. Más libre y más justa. La represión de los sublevados y sus seguidores era para defender una sociedad de privilegios» (J. Villarroya y J. M. Solé).

Dediqué a ese libro un capítulo de *Los crímenes de la guerra civil.* Lo cierto es que ninguna represión fue aplicada por «obreros y campesinos», sino por una minoría de sádicos y ladrones (asesinatos y robos solían coincidir) fanatizados por una retórica aún hoy viva, según vemos. Esa minoría militaba en partidos

---

[44] Las indemnizaciones suben a 135.000 euros a «los beneficiarios de quienes fallecieron durante el período comprendido entre el 1 de enero de 1968 y el 6 de octubre de 1977, en defensa y reivindicación de las libertades y derechos democráticos». Pero el franquismo no tuvo oposición democrática ni nadie murió por tales motivos. Y 1968 fue el año en que la ETA empezó a asesinar.

y sindicatos, y endilgar sus crímenes «al pueblo» (la mitad del cual, por lo menos, estaba con los nacionales), es un insulto a este y un modo cínico de sacudirse responsabilidades. La realidad de una «sociedad más libre y más justa» con sus «avances sociales y políticos» había quedado clara en el Frente Popular; y existe hoy amplia experiencia histórica de la «libertad» y el «progreso» en estados afines. Que España fuera «uno de los países con más injusticia social de Europa» es aserto muy discutible, pero lo que no ofrece dudas es que el remedio propuesto por los revolucionarios empeoraba la enfermedad, si de libertad, justicia y riqueza hablamos. Solé y Villarroya tienen derecho a preferir tales remedios, pero no tanto a invocar en su beneficio la libertad, la justicia y al pueblo.[45]

La perspectiva cambia si interpretamos la contienda, de modo más realista, como una lucha entre quienes aspiraban a erradicar la cultura cristiana y disgregar a España, y quienes se oponían. E importa hacer notar un dato casi siempre oscurecido: muchos miles de participantes en el terror de izquierda cayeron en manos de los nacionales por la sencilla razón de que fueron abandonados por sus jefes, ocupados en reunir cuantiosos tesoros para disfrutarlos en el exilio. La *ley de memoria histórica* ha declarado ilegítimos los tribunales franquistas que juzgaban a los *rojos*, intentando convertir implícitamente a los chekistas en víctimas inocentes y «defensores de la libertad». Por supuesto, en la emocionalidad del momento no cayeron solo criminales, también inocentes en número indeterminado. Lo revelador es que, al igualar a todos como «víctimas», los autores de la ley se iden-

[45] El texto de mi crítica puede consultarse también en Internet: *http://www.ilustracionliberal.com/32/represion-y-memoria-historica-pio-moa.html*.

tifican con los chekistas, a quienes alzan al nivel de los inocentes mientras degradan a estos al de los asesinos.

Dejaremos aquí otras acusaciones como las de los campos de concentración o el exilio, que siguen la misma tónica de los fusilamientos: no es posible que los mitificadores ignoren sus exageraciones o invenciones, pero insisten en ellas porque creen o dicen creer que sirven a la buena causa «antifascista» o «antifranquista», justificadora de cualquier distorsión. Trataré brevemente la cuestión del Valle de los Caídos, objetivo predilecto de numerosas campañas, avivadas por el gobierno de Zapatero, llegado al poder tras el mayor atentado terrorista de la historia de España, de intencionalidad aún desconocida y autoría dudosa. Preston calificó al monumento de «maravilla», pero, adujo, lo habían construido «presos republicanos». Antifranquistas como I. Gibson o I. Anasagasti querían dinamitarlo, en plan talibanesco. Dado el esperable escándalo internacional, la izquierda habla de convertirlo en parque temático de la «represión franquista», en memoria de los «20.000 presos *republicanos* que lo habían construido en trabajos esclavos». Al resultar poco viable, por los acuerdos con la Santa Sede, el gobierno socialista optó por cerrarlo al público y dejar que se deteriorase, facilitándolo con pequeños sabotajes. Conducta delictiva dentro de la peor tradición de la izquierda. Al respecto publiqué un manifiesto en el que destacaba:

1. El Valle de los Caídos, justamente famoso en el mundo y uno de los lugares españoles más visitados, constituye uno de los monumentos más grandiosos, armónicos e

integrados en el medio que se hayan construido en el siglo XX en cualquier país.

2. Es completa y documentadamente falsa la leyenda promovida por asociaciones ligadas al gobierno y a la llamada «memoria histórica» de que el monumento fue construido por 20.000 presos políticos en trabajos forzados esclavistas. Solo durante seis de los dieciocho años de su construcción trabajaron allí unos centenares de presos condenados por delitos durante la guerra, junto con otros comunes. La mayoría de los obreros eran libres, y está documentado que los presos eran pagados y voluntarios, redimiendo hasta seis días de condena por cada uno trabajado.
3. El monumento conmemoró la victoria de los nacionales. Tiempo después se trasladaron allí restos de soldados del bando contrario, convirtiéndolo en símbolo de reconciliación y advertencia contra quienes Zugazagoitia definió como «jugadores de la política», que juegan a fomentar odios en la sociedad por medio de lo que Julián Besteiro llamó «Himalayas de falsedades», como las citadas anteriormente.

Inútil decir que los grandes medios, de izquierda y derecha, que habían dado pábulo a la invención de los 20.000 «republicanos» esclavizados, concedieron nula publicidad al manifiesto, un indicio de la precariedad de la democracia actual. No obstante, quien quiera informarse puede hacerlo, incluso en Internet.[46]

[46] Trato con más amplitud y pormenor la represión de posguerra en *Años de hierro*, *op. cit.*

Finalmente, sobre el ambiente de tristeza achacado a los años cuarenta, vale la pena el testimonio de Julián Marías, indudablemente más fiable que el de los activistas de la «memoria histórica»: «No es verdad, en absoluto, la imagen lacrimógena que suele pintarse de esa época. Había una tremenda gana de vivir, en parte por el contraste de la paz —incluso de aquella paz— con el horror sin mitigación de la guerra. Los españoles (...) gozaban de la vida con una intensidad que acaso no se ha dado después. La escasez, la dificultad de conseguir las cosas, les daba más valor».[47] Una alegría bien comprensible cuando el resto de Europa sufría feroces bombardeos, deportaciones y crímenes de todo género. El historiador José Manuel Cuenca Toribio ha apuntado una comprensión un poco tímida pero más real de los años cuarenta: «El Estado —gran parte de sus instituciones y hombres—, reequilibrando fuerzas y reconstruyendo funciones, logró asegurar el porvenir de la Nación».[48] Y no le falta razón a Fernando Vizcaíno Casas cuando observa: «Mucho se lleva últimamente invectivar los años de posguerra, tachándolos de funestos, miserables y siniestros (...). Por el contrario (...) sin la capacidad de sacrificio de que dimos muestra los españoles, sin aquella colectiva esperanza, qne a todos nos unió en el esfuerzo, difícilmente se hubiese conseguido el actual bienestar».[49]

---

[47] J. Marías, *op. cit.*, pp. 256 y ss.

[48] En José Manuel Cuenca Toribio, *Ocho claves de la historia de España contemporánea*, Encuentros, Madrid, 2003, capítulo «El primer franquismo, esbozo a contracorriente».

[49] F. Vizcaíno Casas, *Los pasos contados. Memorias II*, Planeta, Barcelona, 2001, p. 61.



6

«ESPOSA ABNEGADA, MADRE AMANTÍSIMA Y CATÓLICA EJEMPLAR»

Hace años, con motivo de una conferencia en la Universidad de Cracovia sobre los separatismos vasco y catalán, la guía polaca me mostró una hoja que le había pasado su novio, español de Barcelona, una especie de guía para la buena esposa: «Planea con tiempo una deliciosa cena para su llegada». «Luce hermosa». «Sé dulce e interesante». «Tu casa debe lucir impecable». «Escúchalo, recuerda que sus temas son más importantes que los tuyos». «No te quejes si llega tarde, si va a divertirse sin ti, o si no llega en toda la noche. Trata de entender su mundo de compromisos». «No te quejes: cualquier problema tuyo es un detalle insignificante comparado con lo que él tuvo que pasar». «Si tu marido te pide prácticas sexuales inusuales, sé obediente y no te quejes». «Si él siente la necesidad de dormir, no le presiones o estimules la intimidad». «Si sugiere la unión, accede humildemente, teniendo siempre en cuenta que su satisfacción es más importante que la de una mujer. Cuando alcance el momento culminante, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que hayas podido experimentar», etc. La esposa aparece casi como criada,

contra la orientación tradicional cristiana: «Compañera y no sierva».

El novio de la chica le había dicho que se trataba de instrucciones de la Sección Femenina de Falange, y la misma historia he oído o leído posteriormente, hasta datándola en 1953: la mujer en el franquismo carecía de derechos, estaba sumida deliberadamente en la ignorancia, supeditada al marido, no podía trabajar por su cuenta ni dar casi ningún paso sin permiso del cónyuge. Perplejo, dije a la chica que jamás había leído nada parecido, ni conocido a mujeres que se condujesen así. Por el contrario, parte de la enseñanza de mi hermana mayor consistía en un libro de mujeres destacadas, que incluía a Isabel la Católica, la Pardo Bazán, Madame Curie, Lise Meitner y hasta menos ejemplares, como la monja alférez. Y cualquier lector atento se percata de que la expresión del panfletillo no es española, sino semejante a la de las series de televisión de Usa traducidas en Méjico, y tiene aire useño (el marido ideal parece ser un hombre de negocios con muchos compromisos). El feminismo ha creado una especial sensibilidad sobre estos asuntos y sospecho que se trata de una broma feminista useña.

En algunas publicaciones femeninas de la Falange podían leerse frases muy aireadas por los críticos, como «la mujer carece de talento creador reservado por Dios para las inteligencias varoniles», o «la vida de toda mujer, a pesar de cuanto ella quiera simular —o disimular— no es más que un eterno deseo de encontrar a quien someterse». Eran opiniones y no marcaban la orientación política, más clara en libros de enseñanza como el antes citado o en consignas como esta: «Las mujeres serán más limpias, los niños más sanos, los pueblos más alegres y las casas más claras». Su concreción fueron labores asistenciales, sobre todo en las duras condiciones de posguerra, el servicio so-

cial (por el que pasaron más de tres millones de mujeres mientras duró el franquismo) y las misiones educativas por pueblos y barrios, que alfabetizaban y difundían nociones de higiene y puericultura, contribuyendo al rápido descenso de la mortalidad infantil y a una mayor salubridad manifiesta en el descenso de la mortalidad general. Los *Círculos Medina* para mujeres de cierto nivel cultural disponían de biblioteca e impartían conferencias, cursos, conciertos, etc. Meritoria labor suya fueron también los Coros y Danzas, para recuperar el folclore popular de todas las regiones, en trance de perderse.

La Falange propugnaba compatibilizar las funciones de madre y ama de casa con la incorporación al deporte, a la universidad y a las profesiones. Como siempre, conviene atender a los hechos más que a las retóricas. Dato claro es la progresión femenina en las tasas brutas de escolarización que en 1950 casi se habían duplicado con respecto al republicano 1934. En enseñanza media, las 34.000 chicas escolarizadas en 1934 en la república pasaron a 57.000 ya en 1941, y a 75.000 en 1950; y la proporción subió del 27 por ciento en la república al 35 por ciento ya en los años cuarenta, y una práctica igualdad con la masculina hacia el final del franquismo. En 1934 había 53.000 maestros, mayoría hombres, y 78.000 en 1950, mayoría mujeres. Igual tendencia, algo atenuada, observamos en la enseñanza universitaria, siendo entonces, y nunca antes, cuando la mujer se incorpora a ella con cierta masividad. Ayudó a la tendencia la Sección Femenina, que llegó a sumar más de medio millón de afiliadas, equiparables a los de cada uno de los mayores sindicatos de la república.[50]

[50] Datos de Carreras y Tafunell, *op. cit.*, I, pp. 214 y ss.

Rasgo de la época es también el nutrido número de escritoras: Elena Quiroga, Ana María Matute, Mercedes Salisachs, Carmen Laforet, Carmen Conde, Gloria Fuertes, Carmen Martín Gaite, Dolores Medio, Julia Maura, Ana Diosdado, Dora Sedano, María Martínez Sierra, Mercedes Ballesteros, Carmen Troitiño, Concepción Llorca, Luisa María Linares, Ernestina de Champourcín, Mercedes Fórmica y muchas más. Bastantes ganaron premios literarios y seis de ellas, el prestigioso Nadal. En el cine, el teatro y la canción, la presencia femenina fue en todo momento muy importante. La imagen de la mujer «ignorante, oprimida y recluida en casa» responde escasamente a la realidad, aparte de que muchas mujeres amas de casa no se sentían «recluidas» en el hogar, sino cumpliendo una función primordial.

La Sección Femenina también tenía representantes en las Cortes, dos designadas por Franco y diez más por elecciones según la «democracia orgánica». En el mundo sindical, en 1970 llegó a haber 100.000 cargos femeninos electos. En la mayoría de los países occidentales la representación femenina en la política era muy débil, en general por falta de interés.[51]

Todo ello no supone que la Sección Femenina o el régimen fueran feministas, muy al contrario. Entendían la relación hombre-mujer como básicamente complementaria y no hostil, y al feminismo como un movimiento destructivo para la familia, por su pretensión de abolir las diferencias naturales entre hombre y mujer y, de modo contradictorio, fomentar la rivalidad entre ambos. Oficialmente, el franquismo seguía pautas no feministas y valoraba la educación familiar de los hijos y las

[51] M. Plaza, «Los derechos de la mujer y la Sección Femenina», *Boletín Fundación Nacional Francisco Franco*, 7-IX-2002.

tareas del hogar. Mujeres destacadas, mises, etc., declaraban su aspiración a formar una familia, algo casi inimaginable en nuestros días. Para la mentalidad de entonces, el trabajo fuera del hogar perturbaba el papel fundamental atribuido a la mujer, e incluso al final del franquismo, en 1975, tres cuartas partes de la población de ambos sexos, según encuestas, opinaban que el trabajo externo perjudicaba la educación de los hijos (hoy confiada más bien a abuelos o cuidadoras y sobre todo a la televisión).

El feminismo se había desarrollado mucho en Europa desde principios de siglo. Su reivindicación del derecho a votar adquirió pronto una teorización doctrinal más amplia, especialmente desde la gran crisis del liberalismo marcada por la I Guerra Mundial. La igualdad de voto y ante la ley se amplió a una exigencia de igualdad en todos los ámbitos, a la denigración del papel tradicional de la mujer en el hogar, calificado de «prisión» o «esclavitud», y de la propia familia tradicional o cristiana, tildada de «burguesa», «opresiva» o «patriarcal». En los años veinte ganaron fuerza varias doctrinas concomitantes con el feminismo: socialismo, anarquismo, comunismo, versiones liberales y psicoanálisis freudiano (este podía considerarse también contrario).

Freud fue casi inmediatamente traducido al español. Al modo como Marx había encontrado la explicación de la historia en la economía (o en cierto concepto de ella), Freud llegó a explicar la evolución humana por la sexualidad (o una interpretación de ella) a partir de sus estudios sobre las neurosis. Al revés que Marx, Freud no aspiraba a derribar la civilización «burguesa», sino que conceptuaba la represión sexual y las consiguientes neurosis como un coste necesario para el mantenimiento y desarrollo de las culturas. Sin embargo, no era difícil extraer de sus análisis la conclusión opuesta, es decir, la conve-

niencia de destrnir la sociedad «burguesa» mediante una revolución sexual que liberase al individuo de toda constricción al respecto. Los conservadores solían achacar a tales novedades el auge de la prostitución, la promiscuidad, el fracaso familiar, las drogas, muy extendidas desde los años veinte y nuevamente desde los sesenta, el alcoholismo y la violencia. En la actualidad, el feminismo, junto a otros movimientos, ha evolucionado hacia la reivindicación de toda forma de sexualidad, en especial la homófila, negando incluso la realidad biológica de los sexos y suponiendo la diferencia «de género» como una arbitraria imposición «cultural» de carácter «reaccionario» y «machista». Discurso hoy dominante y de implicaciones evidentes contra la estabilidad familiar, que el franquismo estimaba, por el contrario, como el núcleo de su política social.

Durante la república, estos movimientos habían adquirido un auge muy fuerte, con reivindicaciones de «amor libre», consignas como «hijos sí, maridos no», expansión de la pornografía y ataques empeñados a la religión católica, vista como una barrera a las doctrinas liberadoras (no obstante, muchos izquierdistas, y feministas como Margarita Nelken o Victoria Kent, rechazaron el voto femenino, por entender que este iba a orientarse hacia la derecha). El franquismo condenó todo ello como un desorden amenazador para el equilibrio social, reaccionando de forma drástica.

Así, el nuevo Estado alentaba la función del ama de casa, por creerla más adecuada para la educación de los hijos. El Fuero del Trabajo prohibió el trabajo nocturno de mujeres y niños e intentó regular el trabajo a domicilio y «liberar a la mujer casada del taller y de la fábrica». Claro que ello se cumplía muy medianamente, sobre todo en los años «de hierro», cuando también aumentaron la prostitución y el aborto, por la pobreza y

los malos hábitos heredados de la guerra. Pero la situación iría mejorando. En aras de la estabilidad familiar, la mujer casada no podía aceptar trabajos exteriores sin permiso del marido, al menos teóricamente; en los años sesenta se eliminó el permiso, aunque el marido podía oponerse a la decisión de su cónyuge. En la vida real, las cosas funcionaban de otro modo. La proporción de mujeres, solteras o casadas, empleadas fuera del hogar nunca debió de bajar del 20 por ciento del total, sin contar las tareas del campo, y creció hasta el 25-30 por ciento hacia el final del régimen. Tasas más bajas, pero no mucho más, que en la mayoría de Europa Occidental. La incorporación masiva de la mujer al trabajo fuera del hogar se produjo por efecto de las guerras mundiales, que habían obligado a introducir masivamente personal femenino en las fábricas y demás empleos, para sustituir a los varones alistados en el Ejército; y en la posguerra la tendencia persistió.

En 1961 se estableció la igualdad laboral a todos los efectos entre hombres y mujeres, prohibiendo la discriminación salarial —que seguía existiendo en Inglaterra, por ejemplo—, y desapareció el despido en caso de matrimonio (podían acogerse a una excedencia de entre uno y cinco años por cuidado de los niños). Hasta 1966 no se admitía a mujeres como jueces o fiscales, empleos, se argüía, contrarios a la «ternura, delicadeza y sensibilidad» femeninas. Tampoco podían ingresar en el Ejército, como ocurría, por lo demás, en la mayoría de los países, excepto en los comunistas.

La lentitud con que la mujer se ha incorporado al mundo laboral o a la política en todo el mundo se interpreta, según el feminismo, como una injusticia radical causada por un «mundo masculino», «machista», «patriarcal» y demás. Se trata, naturalmente, de una interpretación ideológica, que supone la historia

como una equivocación o injusticia básicas, hasta que algunos han dado con la clave para su transformación drástica. En la realidad histórica, la casi totalidad de los oficios y labores externas a la casa, y los estudios relacionados con ellos, han sido creaciones masculinas, nacidas de la más primaria división del trabajo y sin ningún designio «machista» especial.

Por reacción a la semianarquía del Frente Popular, la España de posguerra cultivó un acusado culto a la jerarquía —nunca muy cumplido, dada la idiosincrasia nacional—, concepto que extendió al ámbito familiar. El esposo era el «cabeza de familia», único autorizado para administrar los bienes conyugales; aunque en la práctica, en la mayoría de los hogares eran las mujeres quienes administraban el sueldo de sus cónyuges. Y el domicilio pertenecía al marido, de modo que en caso de separación, la mujer quedaba desposeída de casa e hijos, prácticamente de todo. La escritora Mercedes Fórmica, falangista de primera hora, denunció la injusticia en la prensa en 1953, recurrió a Franco y al Tribunal Supremo y consiguió modificar la legislación, de modo que en 1958 el «hogar del marido» pasó a ser «conyugal», la autoridad de aquel para administrar los bienes comunes fue limitada y la mujer podía retener a sus hijos, casa y bienes, así como la patria potestad sobre sus hijos si volvía a casarse después de enviudar; igualmente se anuló o menguó el trato desigual del adulterio en la mujer y el hombre.

La mentalidad ha cambiado mucho, pero quizá haya algo de forzado e injusto en las actuales diatribas contra las amas de casa y la crianza de los hijos. Doris Lessing decía en una entrevista al semanario español *Blanco y Negro*: «Es una de las cosas que recriminé al movimiento feminista. Ellas trataban a las mujeres que decidían tener hijos como si fueran ciudadanas de segunda». Ante la objeción del «progre» periodista, replica: «Pue-

de que se le haya escapado un detalle: que las mujeres no parecen tener gran prisa por meterse en política o en la gran empresa. Me pregunto por qué (...). El banco Natwest tenía un proyecto para promocionar a las mujeres dentro del propio banco y descubrió que solo les interesaba a una parte muy pequeña de empleadas. Les brindaron cursillos especiales y cosas por el estilo, pero en general las mujeres no querían competir. En cambio sí deseaban casarse y tener familia (...) a excepción de una minoría. Y aquello me resultó muy interesante porque, a pesar de tanto movimiento feminista, esto es lo que parece que quiere la mayoría de las mujeres. Y no veo por qué no. Me parece que no es justo que reciban críticas por pensar así». Se explaya luego sobre la incomodidad feminista con la condición femenina: «Que yo sepa, a Simone de Beauvoir nunca le gustó ser mujer. No le gustaba serlo y siempre se estaba quejando de ello. A mí no me parece nada terrible. Tiene sus ventajas. Y de todas maneras, ¿qué puedes hacer? Lo que me asombra es que noto cierto tono de queja en lo que dice. ¿A quién dirigía sus quejas? ¿A la naturaleza?».

El escritor Ricardo Senabre escribía en *ABC*, el 23 de agosto de 1997, un artículo titulado «Marujas»:

> La palabra maruja (...) ha pasado a designar —con evidente carga desdeñosa— a la mujer que se queda en casa, que no hace nada, que no trabaja. Pocas veces se ha producido con mayor rapidez la difusión de una idea más falsa e injusta (...). Esta sociedad nuestra, cada vez más insensible, más ajena al raciocinio y más adicta a consignas y tópicos, descubre con frecuencia grotescas contradicciones. He discutido con personas que, invocando una libertad cuyo significado parecía serles un tanto nebuloso, defendían que la prostitución, por ejemplo, es un oficio tan respetable

como cualquier otro; pero luego hablaban con desdeñosa condescendencia de las marujas, sin duda —hay que suponerlo así— porque estas no salen a trabajar por las esquinas y bares de alterne. ¿Cabe mayor aberración? (...) Pero las marujas limpian, cosen, planchan, administran y distribuyen los ingresos de la familia, organizan su alimentación, su vestimenta, su ocio e incluso mantienen la pervivencia del grupo como tal entidad familiar. Cuando se afirma, rozando las cimas de la irracionalidad, que estas mujeres no aportan dinero a casa, habría que sugerir a quienes así se retratan que intenten calcular —si son capaces— cuánto aportan en esfuerzo, en horas de trabajo y dedicación, en desinterés —no hablemos de otras donaciones, como el amor o la generosidad, que empiezan a no llevarse—, y que los traduzcan en dinero contante y sonante. En muchos casos, el sueldo de esa maruja que, según la traducción común «no trabaja», es superior al de cualquier miembro de la familia, y con frecuencia gracias a su contribución salen los demás adelante con dignidad.

La escritora alemana Birgit Kelle, autora del libro *Chica, abróchate la blusa*, protestaba:

> Me enfado porque como amas de casa debemos justificarnos continuamente y explicar por qué elegimos esta vida. Nos definen como no emancipadas, como «gallinas en la cocina». Y sin embargo criamos a nuestros hijos, que con sus trabajos, pagarán las pensiones de otros, mientras nosotras no recibimos pensión. Así no se puede seguir. Para la mujer deben existir distintas oportunidades (...). Pero el sistema económico, la política, los medios de comunicación y sobre todo las feministas nos explican continuamente cómo debemos cambiar nuestra vida. Todos quieren liberarnos, pero yo no quiero ser liberada. A mí me gusta mi vida.

> Y nadie hace política para un modelo de vida como nosotras queremos. La política para los jardines de infancia ha sido vendida como apoyo a la «libertad de elección», como libertad para la mujer para poder ejercer una profesión, como libertad de poder aparcar a nuestros hijos. En realidad se trata de una política que desprecia la libertad de educar y acompañar el crecimiento de los propios hijos. Por tanto, se trata de una gran mentira, porque a menudo las mujeres no tienen posibilidad real de elección: así, una familia que no puede vivir con un solo sueldo y recibe un subsidio para el jardín de infancia y no un apoyo económico genérico no tiene, efectivamente, ninguna libertad de elección.[52]

Existen, por tanto, otras opiniones aparte de las «políticamente correctas» hoy dominantes. El muy feminista *The Economist* exponía el 9 de octubre de 1999 una curiosa encuesta. En los países ricos occidentales solo una mínima parte de las mujeres encuestadas creía tener los mismos derechos que los hombres: el 8 por ciento en Usa, el 14 en Suiza, el 20 en Holanda, el 7 en Alemania y el 9 en Gran Bretaña... pese a estar la igualdad reconocida y muy ampliamente aplicada, incluso con «discriminación positiva». La casi totalidad (más de un 90 por ciento) se consideraba en «mejor posición» (económica, obviamente) que las mujeres de antaño; paradójicamente, solo una minoría se creía más feliz que sus abuelas: el 28 por ciento en Usa, el 27 en Suiza, el 25 en Holanda y el 29 en Alemania. Gran Bretaña era una relativa excepción: el 42 por ciento.[53]

---

[52] *http://www.religionenlibertad.com/articulo.asp?idarticulo=33592 &utm_source=twitterfeed&utm_medium=twitter.*

[53] Ver mi ensayo *La sociedad homosexual* (referida al feminismo, pese a su título), Criterio Libros, Madrid, 2001.

No fueron la Falange y su Sección Femenina los únicos en establecer criterios —más o menos seguidos— en este campo: la Iglesia, a través de la Acción Católica y otras instituciones, retuvo su preeminencia, acentuada después de los años de penuria. En reacción a las tendencias izquierdistas del «amor libre», condenó la sexualidad extramatrimonial, la pornografía como factor de vicio y degradación de la mujer a mero objeto de placer, preconizó una estricta fidelidad conyugal... Defendió en suma una moral sexual nunca demasiado cumplida, pero tradicional en Europa y Usa, si bien en rápida corrosión desde los años veinte y nuevamente desde los años sesenta. Curiosamente, una reacción pareja había ocurrido en la URSS tras un primer período de promiscuidad general, en que el sexo se valoraba como «beberse un vaso de agua», en expresión de Alexandra Kollontai. Se había querido sustituir a la familia «burguesa» por instituciones colectivas, pero el desorden resultante, más en tiempos de guerra civil, con cientos de miles de niños «salvajes» y sin hogar, y mujeres prostituidas, había revalorizado los viejos vínculos, la lealtad matrimonial y un notable puritanismo. El «amor libre» fue calificado de desviación «pequeño-burguesa», y la nueva o no tan nueva moral, ensalzada como «proletaria», pretendiendo que difería de la de los países capitalistas, donde tales normas no pasaban de pura apariencia hipócrita. A su vez, feministas y otros radicales criticarían esa moral «proletaria» como «opresiva» y un paso atrás.[54]

La jerarquía eclesiástica dirigió la censura cinematográfica y literaria, dándoles suma importancia por su influjo en las cos-

[54] Sobre estas cuestiones hay bibliografía, identificable en Internet. En torno a las ideas anarquistas, puede verse mi ensayo *Federica Montseny o las dificultades del anarquismo*, Ediciones B, Barcelona, 2004.

tumbres, tratando de frenar lo que tachaba de inmoralidad sexual. Definida la familia como célula básica de la sociedad, se persiguió cuanto se estimaba perjudicial para ella. La sexualidad, cimiento de la familia y también el mayor peligro para esta, debía concebirse como parte de una intimidad personal más amplia y encauzarse por el matrimonio. El sexo no matrimonial era fornicación y la homosexualidad, pecado contra natura. Se recomendaban noviazgos prolongados, pero castos, a fin de permitir a los novios conocerse antes del paso definitivo. El aborto, muy frecuente en los primeros años, fue condenado como crimen que segaba vidas humanas. La masturbación y la prostitución se desaconsejaban con severidad, aunque, desde luego, sin éxito especial. En su puritanismo sexual, la Iglesia impuso normas obsesivas como la acotación de espacios de playa para cada sexo y el uso del albornoz al pasear por ellas, o la denuncia de los bailes. Normas poco cumplidas y pronto descartadas muchas de ellas. Ya a finales de 1939 deploraba indignado el cardenal Gomá hechos como este: «El pasado domingo se inauguró en esta ciudad (Toledo) una piscina, con promiscuación espantosa, con cruces gamadas en abundancia, con fotos escandalosas y con la correspondiente misa».[55]

Se admitía la separación matrimonial, pero para divorciarse había que apostatar del catolicismo, lo que muy pocos hicieron. Fueron invalidadas las bodas celebradas bajo el Frente Popular, y los padres obligados a bautizar a sus hijos, salvo si se declaraban de otra religión. Estas medidas fueron acogidas con mejor o peor voluntad, pero sin resistencia, en parte por la depresión moral de los vencidos, en parte porque las posturas an-

[55] En J. Andrés-Gallego, *¿Fascismo o Estado católico?*, *op. cit.*, p. 205. Reproducido en *Años de hierro*, *op. cit.*, p. 74.

ticristianas de muchos de estos se debían más a la presión del medio que a decisiones meditadas, máxime teniendo en cuenta la baja calidad intelectual de la propaganda antirreligiosa en España. La opinión popular mayoritaria aceptaba fácilmente la tesis de que la raíz de las terribles pruebas sufridas por la sociedad española se hallaba en la inmoralidad, en buena medida sexual, achacada a los rojos.

El antifranquismo atribuyó a esas normas una profunda infelicidad social y una vida familiar falsa. Cinco años después de muerto Franco, y ante la ley del divorcio, se aducía que medio millón de matrimonios esperaban ansiosamente la posibilidad de divorciarse. No obstante, solo 9.500 matrimonios se disolvieron el primer año, subiendo a 18.000 en 1987. Fue a partir de ese año cuando el divorcio empezó a masificarse, lo cual indica que la estabilidad familiar bajo el franquismo, con excepciones más o menos numerosas, distó de ser pura apariencia. Con la nueva moral sexual, ensalzada como liberadora, España ha llegado a ser uno de los países europeos con más fracaso familiar y matrimonial, unido a otros fenómenos como el aborto masivo o los hijos habidos sin matrimonio. También ha aumentado la violencia doméstica, llamada «de género», con agresiones, a veces mortales, entre las parejas y de adolescentes a sus padres o madres. Algunos creen ver una relación entre estos fenómenos y la expansión de la droga, el fracaso escolar, la mayor delincuencia, etc. Trataremos esta cuestión en el capítulo 23. Es evidente que el franquismo se excedió en muchos aspectos en su reacción contra la moral republicana o revolucionaria, pero la reacción actual, a su vez, merece más atención crítica de la que suele otorgársele.

7

¿POR QUÉ NO ENTRÓ ESPAÑA EN LA GUERRA MUNDIAL?

Una de las cuestiones más mitificadas del franquismo, y quizá la más importante en el plano histórico europeo, fue la neutralidad o no beligerancia de España en la II Guerra Mundial. Valorar lo que habría supuesto la intervención española es asunto harto especulativo, pero no lo es el examen de lo realmente ocurrido. España evitó el gran conflicto europeo, y ello tuvo un efecto doble: favoreció a los Aliados anglosajones mucho más que a Alemania, y en ese sentido contribuyó a la victoria de aquellos, evitando a Inglaterra un desastre que quizá en algún momento pudo haber sido decisivo; y a España le ahorró torrentes de sangre y lágrimas. La neutralidad española tuvo una incidencia nacional e internacional realmente importante, hoy juzgada muy positivamente por casi todo el mundo.

Ahora bien, la gran trascendencia del hecho obliga a saber a quiénes cabe atribuir el mérito. La respuesta obvia debiera ser a Franco, por ostentar la máxima responsabilidad política, pero desde hace años se han alzado corrientes interpretativas en contra. La extremada aversión a Franco hace que el mérito de la neutralidad española se endose al mismo Hitler, idea ya

de entrada harto chocante. Según algunos autores, Franco deseaba realmente, incluso ardientemente, entrar en la guerra europea, y si ello no llegó a ocurrir se debería más bien a que el jefe nazi había prestado poca atención al designio del Caudillo, bien por considerarlo innecesario, por creer desmesuradas sus exigencias, o por desconfiar de la capacidad de su ejército. Luego, cuando Hitler invadió la URSS, la intervención hispana habría perdido cualquier interés. También suele atribuirse la neutralidad al supuesto soborno inglés a varios generales franquistas para que impidieran la beligerancia de España. Asimismo se amerita la neutralidad al político y empresario useño Myron Taylor. Abanderados de este tipo de versiones han sido Preston y, en España, A. Marquina, L. Mees, A. Reig y otros que, disponiendo de amplio eco mediático, han difundido sus versiones, no siempre coincidentes entre sí y a veces contradictorias. Y que prescinden de la situación estratégica y política de la época y de sus bruscos cambios, así como de documentos esenciales que disipan cualquier duda, como vamos a comprobar.

Para situar en su lugar los hechos y su evolución, es preciso retrotraerse a la guerra civil. Mientras esta tenía lugar, las tensiones en el resto de Europa se agravaban, y en septiembre de 1938 (durante la batalla del Ebro) la exigencia de Hitler de absorber la región checoslovaca de los Sudetes, poblada mayoritariamente por alemanes, estuvo a punto de desatar las hostilidades. Al final, Francia e Inglaterra habían cedido en los acuerdos de Múnich y la guerra europea se retrasaría un año. Pues bien, la actitud de Franco fue diametralmente opuesta a la de Negrín y el Frente Popular. El Caudillo sentía la guerra europea como una maldición, por sí misma y por sus repercusiones en España, mientras que Negrín la deseaba como una bendi-

ción: Francia se vería obligada a invadir España, alterando a favor de las izquierdas el curso de la guerra civil —cosa menos probable de lo que pensaba Negrín—. Por tanto, cuando la crisis de Múnich, Franco se apresuró a anunciar su neutralidad en caso de conflicto armado en Europa. Su postura indignó a Hitler y más a Mussolini, que le ayudaban. Hitler lo calificó de «cerdada», aunque no le dio mayor relevancia porque estaba muy satisfecho de su éxito diplomático: por el Pacto de Múnich, los Sudetes pasaron a Alemania, la cual procedió de inmediato a ocupar y desarticular Checoslovaquia entera.

Los motivos de Franco ofrecen poco secreto, aunque él escribiera muy poco al respecto. Temía una invasión francesa, y también una repetición de la devastadora I Guerra Mundial, que había alumbrado la Revolución rusa. Una nueva contienda europea solo beneficiaría al expansionismo soviético. No por ello dejaba de pensar realistamente que, de todas formas, pronto estallaría una conflagración «más terrible de lo que la imaginación alcanza», como advirtió en Medina del Campo, ante un grupo de la Sección Femenina.[56]

Y la guerra comenzó en septiembre de 1939, con alianza —inimaginable hasta poco antes— entre Hitler y Stalin para repartirse Polonia, mientras Francia e Inglaterra declaraban la guerra a Alemania. Tanto por la intervención soviética como por ser la víctima un país católico, Franco reaccionó con repugnancia. Decretó una estricta neutralidad y llamó a parar una previsible «catástrofe sin antecedentes en la historia» y a ahorrar «a los pueblos los dolores y tragedias que a los españoles alcanzaron». Le preocupaba además su efecto sobre la difi-

[56] L. Suárez, *España, Franco y la II Guerra Mundial*, *op. cit.*, p. 84.

cil reconstrucción de España. Sin estos precedentes, tan olvidados por muchos tratadistas, no se entiende la historia posterior.

Pero a continuación, la guerra dio un giro inesperado. Tras un período de ocho meses apenas activos (la guerra-farsa), en abril de 1940 Alemania ocupó Dinamarca y Noruega. En Inglaterra el primer ministro Chamberlain, que había cedido ante Hitler en la cuestión de los Sudetes, fue sustituido el 10 de mayo por el mucho más beligerante Churchill. Y el mismo día, Alemania desencadenaba otra gran ofensiva sobre Holanda, Bélgica y Francia, derrotando en pocas semanas, con movimientos rápidos, no solo a los pequeños ejércitos holandés y belga, sino al francés, considerado el mejor del mundo y reforzado por un cuarto de millón de soldados británicos. La campaña no tuvo parecido con el matadero estático de 1914-1918 y, lo más importante, las pérdidas materiales y humanas habían sido relativamente escasas, sin peligro de provocar alzamientos comunistas. Al contrario, los comunistas franceses habían saboteado a su gobierno, y los soviéticos felicitaron efusivamente a Hitler, a quien suministraban todo tipo de materias primas. Un nuevo orden se había establecido en Europa Occidental con increíble facilidad, indicio de superioridad del nacionalsocialismo.

El 3 de junio, Franco escribió a Hitler expresándole «su deseo de no permanecer ajeno a sus preocupaciones y su satisfacción de prestarle en cada momento los servicios que Vd. considere más valiosos». Sugería, falsamente, que alemanes y españoles habían luchado juntos contra los recién derrotados, y excusaba su neutralidad en la necesidad de proteger las Canarias y las Baleares, y de reconstruir el país.

Casi todos los autores han juzgado esa carta como prueba de disposición a luchar al lado de Alemania, y también yo la

juzgué en *Años de hierro* como el instante de la gran tentación. Quizá fuera así, pero la fecha indica otra cosa. Para el 3 de junio el ejército francés estaba virtualmente derrotado, los británicos habían huido de Francia y cabía esperar que aceptasen la paz. Lo último no ocurrió, pero estuvo cerca de ocurrir entre el 24 y el 28 de mayo, mientras el grueso del ejército inglés reembarcaba en Dunquerque con inesperada inhibición de Hitler. En esos días Churchill logró imponer su decisión de seguir luchando,[57] pero, vista desde fuera, la aceptación de la paz por Londres seguía sonando lógica. Por tanto, la guerra debía de estar a punto de terminar y la oferta de Franco cobra más sentido en relación con el naciente Nuevo Orden europeo. Marginarse de él sería inconveniente y peligroso para el Caudillo, y más aún malquistarse con el amo del continente, cuyas tropas se asomarían pronto a los Pirineos.

La política española durante la campaña de Francia apoya esa interpretación. Mussolini aprovechó el desastre francés para atacar a su vez, pero Franco no le imitó. En los primeros días, Francia adoptó una actitud intimidatoria hacia España, que cedería pronto a una desmoralizada petición a Madrid para que mediase con Berlín y Roma. La actuación española en aquellas semanas la describía en 1947 Georges Bonnet, antiguo ministro francés de Asuntos Exteriores: durante la lucha, España había suministrado a Francia materias primas, «y el Marruecos francés pudo dejarse indefenso —al enviar tropas a la metrópoli— sin el menor peligro». Un telegrama del embajador español en Francia, José Félix de Lequerica, al ministro de Asuntos Exteriores, Beigbeder, el 24 de junio, daba cuenta de la gran satis-

[57] J. Lukacs, *Cinco días en Londres, mayo de 1940. Churchill solo frente a Hitler*, Turner, Madrid, 2001.

facción del gobierno galo ante la renuncia de Italia a ocupar los puertos franceses en el Mediterráneo, gestión en la que había mediado España a favor de Francia. Otros telegramas de los días 24 y 25 atañen a la desmovilización francesa en el norte de África, sugiriendo que se mantuvieran allí las tropas necesarias para garantizar el orden, aunque de ser preciso España podría cumplir ese papel.[58] Meses después, el 23 de septiembre, el Caudillo escribía a Serrano Suñer: «Una cosa es que los españoles sean entusiastas de Alemania (...) y otra el tomar posturas de mal gusto con los vencidos».[59]

Por parte alemana, Johannes Bernhardt, creador de la empresa Hisma-Rowak que había cubierto la ayuda a Franco durante la guerra civil, se quejaba en junio: «No hemos recibido del Estado español pago alguno que pudiera ser utilizado para la adquisición de materias primas (...) no obstante la enorme escasez de materias primas que sufre Alemania (...). Alemania durante su gran lucha no ha obtenido nada de los créditos emanados del apoyo prestado en su tiempo a España, sino al contrario». En vez de ayudar, Madrid pedía más ayuda a Berlín, a cambio de casi nada.[60]

El único movimiento español interpretable como hostil fue la declaración de no beligerancia, el 12 de junio, y la ocupación de la ciudad internacionalizada de Tánger el 14. La ocupación se adelantaba a la rumoreada de fuerzas francobritánicas y tenía base legal por quedar España como única no beligerante entre las potencias administradoras (con Inglaterra y Francia).

---

[58] R. de la Cierva, *Franco, la historia*, Fénix, Madrid, 2000, pp. 403 y 425. Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco.

[59] J. Palacios, *Las cartas de Franco*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005, p. 135.

[60] En J. Palacios, *La España totalitaria*, Planeta, Barcelona, 1999, p. 264.

Londres, temiendo una eventual hostilidad de Franco, aceptó su acción, garantizó que no violaría la soberanía española y hasta ofreció disposición a negociar, al final de la guerra «todos los problemas y aspiraciones españolas, incluido Gibraltar». Aunque sin la menor intención de cumplirlo.[61] El 18 de julio, aniversario del alzamiento, Franco reivindicó Gibraltar y habló de movilizar a dos millones de soldados; pero tampoco hizo nada práctico contra los intereses ingleses.

Como puede observarse, Franco hacía movimientos en apariencia contradictorios, bajo los cuales podía apreciarse una línea fundamental: no entrar en la guerra. Esto lo entendió muy rápidamente el embajador inglés Samuel Hoare: «Vi lo suficiente en él (Franco) y en quienes le rodeaban para comprender que lo único que nos unía era nuestro común deseo de mantener a España fuera de la guerra».[62]

Para Hitler, la intervención española tampoco tenía interés mientras especulaba con hacer la paz con Londres. En su desmesurada estrategia, la Europa recién conquistada tenía valor secundario, como cobertura de su retaguardia a fin de evitar la lucha en dos frentes cuando atacase a la URSS —momentáneamente amiga—. Su objetivo bélico esencial era Rusia, que debía ser ocupada y colonizada como «espacio vital» por los alemanes. Por ello ofreció la paz a Inglaterra y concedió a Francia un armisticio bastante generoso: un tercio del país (la Francia de Vichy, dirigida por el mariscal Pétain) seguiría independiente hasta que cesara la resistencia inglesa. Entonces Francia entera —excepto las regiones de Alsacia y Lorena, en perma-

---

[61] P. Preston, *Franco, Caudillo de España*, Mondadori, Barcelona, 1994, pp. 456 y ss.
[62] S. Hoare, *Embajador ante Franco en misión oficial*, Sedmay, Madrid, 1977, pp. 31 y 50.

nente discusión de siglos—, recobraría su independencia. En esa estrategia, España no cumplía ningún papel.

Pero la opción de Churchill por la guerra cambió el panorama. Hitler pensó invadir la isla, sin mucho empeño, y luego doblegarla mediante una ofensiva aérea, la «batalla de Inglaterra». Los ingleses la ganaron, y este giro solo podía aumentar la desgana de Franco para intervenir. Pero a Hitler le pasaba lo contrario: renunciando a invadir Gran Bretaña y previendo un futuro choque con Usa, diseñó un ambicioso plan para tomar Gibraltar (Operación Félix) y establecer bases en la costa atlántica de Marruecos y en las Canarias, a fin de impedir cualquier desembarco anglosajón por allí (se produciría a finales de 1942).[63] Aquel designio implicaba entenderse con España, Francia e Italia, difícil problema porque cada una de ellas tenía sus propias y contrarias aspiraciones sobre el Magreb. En todo caso, Gibraltar era la clave, la postura de España adquirió un valor crucial, y Berlín le presionó de firme a fin de arrastrarla al conflicto. En pocos meses, los intereses de Hitler habían dado un vuelco.

Para Londres, la posesión de Gibraltar tenía valor difícil de exagerar. En palabras de Hoare, «durante siglos el dominio del Mediterráneo había sido uno de los principios fundamentales de la política británica, (sin él) habría sido imposible mantener el Imperio británico». Churchill sabía bien cuán desastrosa le sería una alineación de Madrid con Berlín y no escatimó esfuerzos por evitarla. Parte de esos esfuerzos fue, al parecer, el

---

[63] Esa estrategia ha sido estudiada por N. J. W. Goda en *Y mañana... el mundo.* Aunque, a mi juicio, exagera el alcance de los planes hitlerianos, cuyo objetivo central siempre fue la URSS. Y apenas describe los documentos esenciales del problema, las cartas cruzadas entre Franco y Hitler en febrero y marzo, donde, como veremos, cada uno expone claramente su postura.

soborno a generales españoles, a través del banquero Juan March. En teoría habrían recibido gruesas sumas muchos militares, incluido Yagüe, siempre germanófilo, y la cuantía mayor (dos millones de dólares, enorme en la época) habría ido al bolsillo de Aranda. No hay pruebas de la recepción de tales sobornos, y Aranda, que se habría convertido en multimillonario, vivió siempre al nivel de clase media. En Londres había recelos de estar tirando el dinero: «Esa gente con la que tratamos, o parte de ella, es venal, y por tanto capaz de vendernos (a los alemanes)». Anthony Eden, ministro de Asuntos Exteriores, también mostraba escepticismo sobre el rendimiento de aquellas costosas operaciones. Por otra parte cabe la presunción de que March cobrara su intermediación con mucha más generosidad de lo estipulado.[64] En realidad, la decisión pertenecía al Caudillo y quien más pudo influirle fue su insobornable consejero Luis Carrero Blanco. Parece, pues, que se trató de un dispendio inútil. Franco recibía además confidencias del almirante Canaris, jefe del Abwehr, principal servicio de espionaje alemán, desaconsejándole participar en el conflicto.

A partir de septiembre, Hitler indicó a Ribbentrop que instruyese a su embajador en Madrid: «Ahora queremos la pronta entrada de España en guerra». Franco aceptó, pero pidió ingentes ayudas en víveres y armas, y vastas compensaciones coloniales a costa de Francia. Se ha debatido mucho sobre si esas exigencias eran o no o un artificio para seguir neutral. La discusión resulta algo ociosa. Franco no ignoraba el interés de Hitler en no perjudicar a Francia, cuyo ejército podía ser decisivo en Marruecos. Y sabía que Alemania no podía aten-

---

[64] Nas fo/¡800/323. FO.98 (Halifax a Hoare, 11-6-1940, marcado como *muy personal y secreto*). *Ibíd.* Fo/105 (Halifax a Hoare, 19-6-1940).

der sus demandas de alimentos y materias diversas. Como era consciente de que Inglaterra y Usa tenían en sus manos el abastecimiento de petróleo, trigo, algodón, fertilizantes, caucho y otros productos esenciales. De hecho, Londres perjudicaba adrede el comercio español, provocando un aumento del hambre. Franco hablaba de guerrear, pero solo cuando estuviera en marcha la invasión de Inglaterra, la cual no podría así dañar a España. Y buscaba créditos y acuerdos económicos con Washington y Londres, rechazaba la entrega de empresas inglesas o francesas al Reich y la exigencia de una base alemana en las Canarias. Es obvio que atendía a todas las contingencias, sin decidirse mientras la situación internacional no se aclarase.

Y el mismo septiembre de aquel cambiante 1940, Serrano Suñer, pronto ministro de Exteriores, viajó a Berlín para definir la situación. Las instrucciones de Franco reflejan con perfecta nitidez su política: «Hay que considerar dos casos: guerra corta y guerra larga. Si nos pudieran garantizar lo primero (...), solo se necesitaría completar los preparativos militares (...). Pero se abre camino el supuesto de la guerra larga. Esto nos obliga a tomar garantías para que no nos puedan arrastrar a la intervención sin tener resueltos los problemas en forma soportable a nuestro pueblo».[65] Para entonces Alemania iba perdiendo la batalla de Inglaterra y no quedaba duda de que la guerra se alargaba. Sorprende la escasa atención de tantos historiadores, de una u otra tendencia, a este documento, que anula por sí solo mil especulaciones. Mussolini interpretó —correctamente— que Franco pensaba entrar en guerra en el último momento y al me-

---

[65] En J. Palacios, *Las cartas de Franco, op. cit.*, p 137.

nor coste, y le advirtió que si no participaba en la lucha, tampoco lo haría en el reparto.[66]

Creo inútil buscar en Franco cinismo o deseos de engañar a Hitler: sentía gratitud hacia este y ninguna hacia Inglaterra, que retenía Gibraltar, no le había ayudado contra los rojos y apretaba el dogal sobre la economía española; pero la gratitud y cierta identificación general no le hacían supeditarse a Berlín. Por ello la misión de Serrano no abocó a nada concreto, pese a intimidaciones de Ribbentrop.

Hitler persistió y el 23 de octubre viajó a Hendaya para comprometer definitivamente a Franco y, de vuelta, a Pétain. Terminó tan fastidiado con el español que confesaría preferir que le sacaran varias muelas antes que volver a sufrir la prueba. Aun así, con amenazas implícitas, consiguió la firma de un protocolo de beligerancia, pero sin fecha de aplicación. Mussolini había dicho antaño: «Haré como Bertoldo (un personaje cómico italiano): aceptó la condena a muerte con la condición de escoger el árbol apropiado para ser ahorcado. Es inútil decir que no encontró nunca ese árbol. Yo aceptaré entrar en guerra, reservándome la elección del momento oportuno».[67] Pero ya había elegido el árbol. Franco nunca lo hizo. El caso de Hendaya ha sido tratado mil veces, pero, se mire como se mire, resultó un fracaso para Hitler.

Y aún esperaba al Führer un nuevo revés en aquel octubre, para él desastroso después de un año de increíbles victorias: su amigo Mussolini estaba a punto de invadir Grecia, una «loca aventura». Hitler lo supo en el último momento y viajó a toda

---

[66] L. Suárez, *España...*, *op. cit.*, p. 232; J. Palacios, *La España totalitaria*, *op. cit.*, p. 269.

[67] G. Ciano, *Diarios*, p. 430.

velocidad a Italia para disuadir al Duce; pero cuando llegó, el 28, el ataque estaba en marcha. Aquella acción de Mussolini tendría graves consecuencias bélicas para Alemania. Franco, también irritado, escribió a Hitler el 3 de noviembre contra el ataque a un país no hostil y que podía alterar la situación en el Mediterráneo. Hitler comunicó al general Guderian que el suceso alejó a Franco del Eje Roma-Berlín, «pues no quería unirse a tan veleidosos compañeros».[68]

La entrevista de Hendaya ha recibido atención desmedida, sea para ensalzar o denigrar al Caudillo, pero en realidad no fue determinante en ningún sentido. Marquina, Preston y otros lo explican como prueba de qne el Führer tenía interés en la colaboración francesa, pero apenas en la española.[69] Marquina llega a calificar la reunión, un tanto grotescamente, de «trata de ganado de segunda categoría», atribuyendo por las buenas esa apreciación a Hitler. Según este peculiar historiador, Franco estaba empeñado en entrar en la guerra y el alemán no se lo pidió siquiera, más bien lo contuvo... ¡Y para eso el Führer había viajado hasta Hendaya y sostenido una conversación interminable, de la que salió furioso! Por lo demás, tampoco sacó nada de su entrevista con Pétain en Montoire. Estos dos fracasos provocarían en Hitler accesos de furia y le darían pie, en los años siguientes, a amargos reproches contra amigos tan ingratos.

En realidad fueron dos fracasos nacidos de otro inmediatamente anterior: el de la batalla de Inglaterra. De haber ganado Alemania la batalla, y segura ya su retaguardia para su gran proyecto en Rusia, Hitler no habría tenido la menor necesidad

---

[68] R. de la Cierva, *Franco...*, *op. cit.*, p. 463; H. Guderian, *Recuerdos de un soldado*, Inédita, Madrid, 2007, pp. 153-154.

[69] He tratado este asunto en *Años de hierro* y diversos artículos.

de España o de Francia. Pero aunque no fue derrotado, sí fracasó, y entonces su interés por España se volvió acuciante. Y por la misma razón —una guerra previsiblemente larga—, Franco resolvió moverse con pies de plomo.

Hacia enero de 1941, la situación se ponía fea para el Eje. Los italianos habían sido repelidos por los griegos y aplastados por los ingleses en Libia. Hitler, que planeaba el ataque a la URSS, hubo de aplazarlo para preparar una ofensiva por los Balcanes y enviar a Libia el Afrika Korps. Pese a su frustración de Hendaya, reforzó su presión sobre Madrid, mientras Franco daba largas y pretextos, alguno tan absurdo como que el invierno español impediría el paso de tropas alemanas contra Gibraltar. Por fin, el 6 de febrero escribió una larga misiva al Caudillo. Esta y la respuesta de Franco clarifican definitivamente la cuestión de la neutralidad, suscitada tan artificiosamente.

En su carta, el alemán reprochaba al español no haber resuelto ya la toma de Gibraltar, que «Habría dado un vuelco inmediato a la situación en el Mediterráneo» y «ayudado a definir la historia del mundo». Y no exageraba mucho: habría vedado el Mediterráneo occidental a los ingleses, respaldado la prevista ofensiva por Libia y permitido la ocupación de la costa atlántica del Magreb. En el plan del almirante Raeder, habría ayudado a la Wehrmacht a llegar al Oriente Próximo, privando de su petróleo a Inglaterra y amenazando desde el sur a la URSS, cuya invasión estaba prevista para meses después (Hitler seguiría otro rumbo, más acorde con su mentalidad continental).

La carta rebosa amargura: «¡Lamento profundamente, Caudillo, su parecer y actitud! (...). Si el 10 de enero hubiésemos podido cruzar la frontera española, hoy estaría Gibraltar en nuestras manos (...). Se han perdido dos meses, y en la guerra, el tiempo es uno de los más importantes factores. ¡Meses de-

saprovechados muy a menudo no se pueden recuperar!». Realmente, Franco estaba causando graves daños estratégicos a Hitler. Este sospechaba connivencias con Londres a cambio de víveres y le advertía de que Inglaterra quería «retrasar la entrada de España en guerra, paralizarla y con ello incrementar sus dificultades permanentemente y así poder finalmente derrocar al actual régimen español (…). Nunca le perdonarán su victoria, Caudillo». Y aun si Londres, «en un arrebato sentimental nunca visto hasta ahora en su historia, quisiera pensar de otro modo, no le sería posible ayudar realmente a España (...) en una época en que ella misma está forzada a rigurosas reducciones en su nivel de vida». También le reprochaba sus excesivas ambiciones en África: «La mayor parte del inmenso coste en sangre en esta lucha lo soporta hasta ahora Alemania en primer lugar, y luego Italia, y ambos, a pesar de ello, solamente han presentado modestas reivindicaciones». En fin, estando «comprometidos en una lucha a vida o muerte (...), debemos atender a la suprema lección de que en tiempos tan difíciles más puede salvar a los pueblos un corazón valeroso que una al parecer inteligente precaución».

El Führer se molestó en rebatir las excusas de Franco: «Alemania ya se declaró presta a suministrar cereales en las máximas cantidades posibles tan pronto España se comprometiera a entrar en la guerra (...). ¡Por ello sería una falsedad afirmar que España no pudo entrar en la guerra porque no recibió prestaciones anticipadas!» (subrayado en el original). «Cuando volví a hacer constar que Alemania enviaría cereales, el almirante Canaris recibió la respuesta definitiva de que tal suministro no era lo decisivo, pues no podía alcanzar un efecto práctico su transporte por ferrocarril. Luego, tras haber dispuesto nosotros baterías y aviones de bombardeo en picado para las

islas Canarias, se nos dijo que tampoco esto era decisivo, ya que las islas no podrían sostenerse más de seis meses, por la escasez de provisiones». Con evidente exasperación, concluía: «Que no se trata de asuntos económicos sino de otros intereses queda patente en la última declaración, pretendiendo que por causas meteorológicas no podría realizarse un despliegue (en España) en esta época del año (...). No puedo entender cómo sería imposible por razones meteorológicas lo que antes se quiso considerar imposible por razones económicas (...). No creo que el ejército alemán se vea dificultado en enero por el clima, que para nosotros no tiene nada de extraño».

La carta explicita además la realidad de Hendaya: «Cuando nos reunimos, mi prioridad era convencerle a Vd., Caudillo, de la necesidad de una acción conjunta de aquellos Estados cuyos intereses, al fin y al cabo, están indisolublemente asociados». Su prioridad. Aunque al parecer Preston, Marquina, Mees y tantos otros conocen las aspiraciones y designios de Hitler mejor que el propio Hitler.

No menos interés tiene el tono del documento, persuasivo y casi implorante tras haber fracasado, diez días antes, un ultimátum de Ribbentrop. Ante los perjuicios que Madrid le causaba, Hitler tenía poder sobrado para imponerse por la fuerza y estuvo tentado de hacerlo. Pero no lo hizo. Sabemos aproximadamente por qué: temía enfangarse en una reedición del laberinto napoleónico mientras preparaba el ataque a Rusia. Por ello trató de obtener el acuerdo español, alternando la conminación y la persuasión.

Franco envió a Berlín un memorando con peticiones aún más desorbitadas de armas, cereales y vehículos, interpretado por los alemanes como un subterfugio. Y dice Preston: «El 26 de febrero Franco respondió por fin a la carta de Hitler de hacía tres

semanas. Con la caída de Yugoslavia y Grecia ante el general Rundstedt y con Rommel reforzando las fuerzas del Eje en el norte de África, Franco estaba de humor para volver a la subasta, pero su precio se había elevado».[70] La situación era la contraria: el Eje seguía en mala posición en los Balcanes y África, y List (no Rundstedt) y Rommel solo comenzarían sus campañas semanas más tarde.

Con extraña insolencia, desde luego involuntaria, ante quien tanto le había subrayado la importancia del factor tiempo, Franco empezaba así: «Su carta del 6 de febrero me induce a contestarle de inmediato». ¡Había demorado veinte días la respuesta a Hitler, y ordenado aplazar aún diez días más su entrega! El resto, pese a las protestas de lealtad y fe en la victoria germana, solo podía decepcionar a Berlín. El Caudillo pasaba por alto los argumentos hitlerianos, reiterando que la economía «es la única responsable de que hasta la fecha no se haya podido fijar el momento de la intervención de España (...). Seguro que Vd. puede comprender que en una época en que el pueblo español padece hambruna y conoce todo tipo de privaciones y sacrificios, es poco apropiado pedirle nuevos sacrificios». E interpretaba de forma casi ofensiva las frases del Führer sobre la pérdida de tiempo y ocasiones estratégicas: «El tiempo transcurrido hasta ahora no es tiempo totalmente perdido. Desde luego que no hemos recibido tanta cantidad de cereales como la que Vd. nos ofrece (...), pero sí una parte de las necesidades diarias del pueblo para el pan cotidiano». Exponía el deseo de que «las negociaciones se aceleren todo lo posible. Para este fin le he enviado hace unos días algunos datos sobre nuestras necesidades» (las

[70] P. Preston, *Franco...*, *op. cit.*, p. 527.

exageradas peticiones recientes), y añadía, para mayor injuria: «Estos datos se pueden revisar de nuevo, ordenar, justificar y volver a tratar sobre ellos», con el fin de «llegar a una decisión rápida (!)». Con descaro explicaba su observación sobre la meteorología como «solamente una respuesta a su indicación, pero en ningún caso un pretexto para aplazar indefinidamente lo que en el momento adecuado será nuestro deber». Mostraba su acuerdo con el cierre de Gibraltar, pero exigía el simultáneo de Suez. Negaba que sus reivindicaciones coloniales fueran abusivas, «mucho menos cuando se tienen en cuenta los enormes sacrificios del pueblo español en una guerra que fue precursora de la guerra actual». En fin, «el acta de Hendaya, permítame que se lo diga (...), debe considerarse hoy como obsoleta».

Estas cartas son, evidentemente, definitorias y definitivas. No extrañará que pasen de puntillas sobre ellas quienes sostienen el absurdo de que Franco quería guerrear y Hitler, más o menos, evitarlo. Según la peculiar versión de Preston, Franco «revela entusiasmo por la causa del Eje». Hitler, desde luego, la entendió de otro modo. Probablemente fue entonces cuando tiró la toalla en sus planes sobre Gibraltar y la costa magrebí. Resume el historiador N. Goda: durante ocho meses Hitler había perseguido la intervención española, «con energía y coherencia, con numerosos cambios y alteraciones». Entonces dejó de lado provisionalmente la Operación Félix para concentrarse en la Operación Barbarroja, contra la URSS. El abandono provisional se convertiría en definitivo.[71]

[71] N. Goda, *Y mañana...*, *op. cit.*, p. 263. Goda lo interpreta de forma algo diferente, como si el abandono de la Operación Félix se hubiera producido antes de la carta de Franco. En cualquier caso fue por entonces, y la carta de Franco es definitiva.

La asombrosa carta de Franco obliga a explicar sus verdaderos motivos. Él tenía que estar de acuerdo con Hitler en que sus intereses caían del lado del Eje y en que la derrota germana significaría con casi seguridad su propio fin. Sabía que el Reich podía abastecerle solo en parte, pero también que una Inglaterra acosada estaba en la misma situación, y además interesada en reducir a España a la penuria, como realmente hacía. Y no solo contaban los intereses particulares, sino también la probabilidad, por entonces, de la victoria alemana. Hitler había fracasado de momento en la invasión de Inglaterra, pero Churchill no podía ni soñar con invadir el continente, solo con ganar tiempo hasta provocar la intervención de Usa; pero antes de conseguirla podía haber recibido tales golpes que se viera forzado a pedir la paz. Y uno de esos golpes sería sin duda la intervención española. La guerra, claro, traería a España más destrucciones y la posible pérdida de las Canarias; pero, en la perspectiva de un triunfo final del Eje, serían males pasajeros que no angustiarían a un dictador sanguinario e insensible a los sufrimientos del pueblo, como gustan retratar a Franco sus enemigos. Por lo demás, la invocación churchilliana de sangre, sudor y lágrimas valía también para España en situación extrema. La beligerancia permitiría a Franco participar en el Nuevo Orden europeo, mientras que abstenerse le colocaría ante un Führer defraudado y hostil, que lo derrocaría sin mucho trabajo.

Algunos franquistas hablan de un Caudillo burlador de Hitler para preservar la neutralidad, pero ello no resulta probable. Todas las razones aparentes militaban a favor de la guerra y Franco debió de ser sincero cuando la prometía. Entonces, ¿por qué no cumplió? Suena menos sincera su afirmación de que no pensaba dejar al Eje correr con la sangre y los gastos para sacar

tajada en el último momento. En realidad era eso lo que quería, suponiendo una victoria del Eje; y no por cinismo, sino porque de una guerra larga España saldría quizá vencedora al lado de Alemania, pero exhausta, y por ello supeditada al auténtico vencedor. Como implicaba a Serrano Suñer: guerra corta, sí, porque resultaría poco costosa; guerra larga, solo cuando estuviera prácticamente resuelta. Aunque dispuesto a hacer concesiones, desconfiaba de la hegemonía nazi, quería llegar al Nuevo Orden con la mayor fortaleza posible, y sus exigencias coloniales en África formaban parte de ese designio. Sin atender a esta lógica elemental, sus decisiones se vuelven incomprensibles. Y como la guerra se prolongaba, debía esperar el momento oportuno... si llegaba, pues su política hacia Inglaterra revela dudas sobre la victoria final del Reich.

Por supuesto, Franco no podía ignorar los peligrosos contratiempos que ocasionaba a sus amigos germanos y no cabe pensar que quisiera sabotearlos. Pero obraba en la confianza de que los perjuicios no serían irreversibles. Le interesaba la victoria hitleriana... pero no tan abrumadora que redujese al resto de Europa a la impotencia. Así, pese a desear, realmente o por táctica, varias colonias francesas, le convenía una Francia potente; y una Italia fuerte, aunque sus planes sobre el Magreb chocasen con los españoles. Y procuraba no romper con Inglaterra. De ahí que su política parezca tan contradictoria: hacía promesas a Berlín, pero buscaba acuerdos y créditos en Usa e Inglaterra; proclamaba su amistad con Mussolini, pero tomaba medidas en Tánger y Marruecos contra intereses italianos; exigía parte del Imperio francés, pero mantenía buenas relaciones con la Francia de Vichy; se acercaba a Portugal, presentándolo como forma de alejarlo de la órbita inglesa, cuando también podía entenderse lo contrario...

Solo teniendo en cuenta unas circunstancias tan peligrosamente embrolladas e inestables cobran sentido esas aparentes incoherencias. Pues bajo ellas se aprecia una línea perseguida sin desmayo: la reconstrucción del país, al cual aspiraba Franco a convertir en una potencia económica, política y militar. Mientras pareció posible la victoria germana, trató de aplazar la beligerancia hasta el momento oportuno —el menos costoso para España—. Entre tanto, procuró ganar tiempo y no perder bazas, asumiendo riesgos como una posible invasión de la Wehrmacht o un asfixiante bloqueo inglés. Con ese horizonte pudo bandearse con concesiones aquí y allá y movimientos en diversos sentidos, sin ser engullido por el remolino bélico. Su cálculo demostró ser, finalmente, el más prudente y beneficioso para todos... menos para sus amigos del Eje.

Esta es la única conclusión posible habida cuenta de las condiciones e intereses en juego. Preston, Marquina y otros no piensan así, y conviene entender por qué: etiquetan al Caudillo como un dictador torpe, cruel e intelectualmente romo, aunque le concedan una astucia cazurra. Con tan robusto prejuicio fijan su atención en mil datos secundarios (las grandes decisiones suelen forjarse entre dudas y contradicciones) y no se dejan impresionar por el hecho global de que aquel cazurro simplón venciera a todos sus enemigos internos y externos y superase las más arduas pruebas. Lo cual obliga a preguntarse en quiénes radica la simpleza.

En fin, la política franquista durante la guerra europea pasó de un claro y bien fundado neutralismo entre 1938 y 1940, a una disposición a entrar en el Nuevo Orden europeo tras el derrumbe de Francia, y a una neutralidad algo turbia al principio pero cada vez más firme según la guerra se prolongaba. Todo ello entre lógicas vacilaciones e incertidumbres. Berlín solo

obtuvo ventajas tácticas secundarias: aprovisionamiento de submarinos, facilidades de espionaje (concedidas también a los Aliados) o una propaganda interna favorable, mientras que Londres se libró de un desastre realmente serio. La beligerancia española habría asestado un golpe quizá no determinante pero en todo caso muy fuerte a Inglaterra; y la no beligerancia frustró uno de los grandes designios estratégicos de Hitler. Pero Franco no obró en ningún momento por perjudicar a Hitler o ayudar a Churchill, sino por el firme propósito de reconstruir un país con la economía medio desarticulada.

Había un factor de fondo, poco explícito y quizá no del todo consciente, pero que también había pesado en la neutralidad española en la I Guerra Mundial: la impresión de que España no tenía ningún interés ni nada que ganar en los conflictos al norte de los Pirineos. Una lección de siglos pasados, un tanto errónea, pero que había dejado poso en la mentalidad hispana, asumía que la decadencia nacional desde el siglo XVII obedecía a su imbricación en las querellas europeas. La I Guerra Mundial había provocado en el país corrientes apasionadas germanófilas y aliadófilas, pero había predominado la idea, muy correcta entonces, de que, en definitiva, a España no se le perdía nada en aquella lucha, librada entre potencias básicamente liberales y más o menos democráticas como la propia España. Por lo que respecta a la segunda conflagración europea, producida entre naciones ideológicamente muy diversas, tampoco tenía el país razones de enjundia para identificarse con unos u otros. Ninguna, como hemos indicado, para alinearse con Inglaterra, pero tampoco con los fascismos, por mucho que tantos historiadores y políticos insistan en calificar de fascista al régimen español. Franco se orientaba ideológicamente más bien por una concepción católica de la vida y la política (ya veremos

sus problemas y contradicciones), y tenía conciencia de la divergencia de sus intereses con todos los beligerantes, aunque sintiera alguna mayor afinidad con Alemania y sobre todo con Italia, y la necesidad o conveniencia de integrarse en un nuevo orden europeo, siempre que no fuera marxista. Para él, debe insistirse, lo esencial era reconstruir una España fuerte y derrotar al comunismo en todo el mundo, y esa orientación dominó su política, con las maniobras, rodeos y vacilaciones inevitables.

8

FRANCO, HITLER Y MUSSOLINI

Según advertían Hitler y Mussolini al Caudillo, el destino de este quedaba ineluctablemente ligado al de ellos y los Aliados «nunca le perdonarían su victoria». La literatura antifranquista, por su parte, suele juntar los tres nombres como los más significativos del fascismo europeo. Sus lazos se habían forjado durante la guerra de España, e incluían políticas anticomunistas y antiliberales, por lo que parecía natural una estrecha alianza entre ellos. No sabemos qué pensaba Franco al respecto, pero desde luego no podía albergar por entonces muchas esperanzas de sobrevivir a un triunfo de Inglaterra y Usa, máxime cuando, a finales de 1941, ambas entraron en alianza con Stalin. Si el Eje Berlín-Roma perdía, él también estaría perdido.

No obstante, bajo la común superficie *fascista*, Franco difería mucho de Hitler y Mussolini, empezando por el carácter y la biografía. El alemán y el italiano eran real y precisamente revolucionarios, líderes de masas surgidos de las capas populares, rebeldes no solo contra el comunismo, sino contra los gobiernos, burguesías y convenciones sociales de su tiempo. Fran-

co, militar de carrera, de ideas conservadoras, había servido con la misma profesionalidad al régimen liberal de la Restauración, a la dictadura de Primo de Rivera y a la república. Muchos autores le han tildado de desleal a esta última, pero lo cierto es que no se rebeló contra ella, como sí lo hicieron casi todos los políticos, incluido Azaña, y algunos militares como Sanjurjo. Franco acató con disciplina a los gobiernos, defendió la ley en octubre de 1934 y solo se sublevó cuando ya la legalidad republicana estaba arrasada. Si ese arrasamiento no hubiera ocurrido, quizá hoy solo supieran de Franco los especialistas en la campaña de Marruecos. Fueron circunstancias ajenas a él las que le empujaron a sublevarse y convertirse en Caudillo, mientras que el Duce y el Führer, subversivos desde muy pronto, trabajaron sin tregua por crear las circunstancias que les llevaran al poder.

Mussolini empleaba un estilo teatral, grandilocuente, incluso en el trato directo; Hitler, más violento y agresivo; muy alejados, ambos, del de Franco. El carácter de este lo describen dos embajadores, el británico Samuel Hoare y el useño Carlton Hayes. El primero le cobró inmediata antipatía (probablemente recíproca): «Su voz era muy distinta de los incontrolados y desapacibles gritos de Hitler o de los modulados y teatrales bajos de Mussolini. Era la voz de un médico de cabecera, con buenos modales (...). Me llevó a pensar cómo pudo llegar a ser el joven y brillante oficial en Marruecos y luego el comandante en jefe de una salvaje guerra civil». A Hoare le exasperaban la voz y la calma de un Caudillo de «personalidad nada impresionante» y «de origen judío» (no se han hallado antecedentes judíos o conversos en su árbol genealógico); si bien admitía en él algún don difícil de percibir, que explicase su extraordinaria carrera. En agosto de 1943, cuando la guerra giraba contra Ale-

mania, Hoare creyó oportuno conminar al Caudillo. Sin éxito: «Este hombre (...) era el dictador de España, a seiscientos kilómetros de su capital en plena crisis europea; sentado en la calma de su confortable salón, tan dispuesto a hablar de la próxima cosecha, del tiempo que hacía o de las perspectivas de la estación para los cazadores, como de los tremendos sucesos que tenían lugar en el mundo cada día (...). Y las duras verdades que yo a propósito le dirigí, lejos de provocarle reacción alguna, morían entre algodones». Hayes lo retrata con más simpatía: «Físicamente no era tan gordo ni tan bajo como querían presentarlo y tampoco hacía nada por pavonearse. Desde el punto de vista espiritual me pareció no tener nada de torpe ni de vanidoso, antes se me reveló como dotado de una inteligencia clara y despierta y de un notable poder de decisión y cautela, así como de un vivo y espontáneo sentido del humor. Rio fácil y naturalmente, como no puedo imaginarme que lo hiciesen Hitler o Mussolini más que en la intimidad».

Los tres se consideraban «hombres del destino». Casi todas las conductas de Hitler mostraban una voluntad inflexible, una energía casi feroz y una fe sin fisuras en la imagen del pueblo alemán que él mismo se había forjado. Al servicio de esa imagen dedicó su vida, al extremo de prescindir casi de relaciones femeninas; no tuvo descendencia y solo se casó con su amante Eva Braun al final de la vida de ambos. En Mussolini se percibe acaso una inseguridad de fondo bajo sus gestos aparatosos, aunque compartiese con el alemán su convicción de estar predestinado a la gloria propia y de su país. Al revés que Hitler, a veces opinaba con ironía sobre los italianos y con acritud sobre el nazismo. Su devoción ideológica no le llevó a prescindir de compañía femenina, ni a limitarla: tuvo numerosas aventuras extraconyugales y dejó hijos de distintas mujeres. En Franco

hallamos de nuevo diferencias de fondo. No tan obsesionado como Hitler ni promiscuo como Mussolini, se casó, tuvo una hija y no se le conocen infidelidades. Su actuación política parece dominada por un férreo sentido del deber, que le hacía referirse a los tiempos anteriores a la guerra con la significativa expresión «cuando yo era persona», es decir, cuando podía obrar a su aire, según relata su nieto Francisco Franco.

Aunque los dictadores alemán e italiano no eran propiamente militares, amaban el estilo militar y podían llamarse adecuadamente militaristas (Mussolini en un plano más bien retórico). El adjetivo no cuadra bien al Caudillo, cuya brillante carrera le llevó a ser el general más joven de Europa en el siglo XX (con la excepción, se dice, del soviético Tujachevski), demostrando, además, «el grado supremo del valor, la serenidad en la lucha», según su enemigo el socialista Prieto. Pero nunca pretendió militarizar al Estado y, salvo momentos especiales, no dedicó al Ejército grandes presupuestos ni sueldos.

Los tres llegaron al poder bajo la presión de amenazas marxistas, pero hay gran distancia en el modo. Mussolini y Hitler sostuvieron unos años de lucha política subrayada por una dosis de violencia y finalmente accedieron al gobierno de forma pacífica y conforme a las normas demoliberales, aunque después las trastocasen por completo. Franco nunca participó en agitaciones políticas y alcanzó el poder tras una dura y azarosa guerra civil. El italiano y el alemán crearon sus propios partidos e ideologías, con los que procuraron monopolizar el Estado, mientras que el español unificó partidos preexistentes en el Movimiento Nacional, al cual solo otorgó parcelas del poder. Aquellos necesitaban y estimulaban la agitación de masas y los grandes espectáculos políticos, métodos que el Caudillo utilizó poco.

Disfrutaron los tres personajes de una popularidad dirigida, pero indudable. El fascismo proporcionó a Italia estabilidad y bastante prosperidad después de los tumultos anteriores, y sus mayores enemigos fueron los comunistas; por ello Mussolini pudo recibir elogios de personas tan diferentes como Churchill o Gandhi. Los éxitos económicos hitlerianos, apoyados en una política autárquica, fueron aún más espectaculares en solo seis años, mientras la depresión hacía estragos en el mundo. Aparte de la economía, la popularidad de ambos dictadores descansó en dos pilares: haber acabado con la inestabilidad social y las luchas de partidos, y haber devuelto el orgullo —hasta una extrema arrogancia en el caso alemán— a unos pueblos antes desmoralizados. El propio Churchill deseó alguna vez para Inglaterra, en caso de derrota, un líder tan indomable como Hitler que la sacara del abatimiento. El Caudillo, en los años cuarenta, no podía exhibir otra baza que haber vencido a la revolución, pero esperaba aplicar —en parte haciendo de necesidad virtud— la economía autárquica que tan bien había funcionado en Alemania.

Elemento diferenciador muy relevante fue el religioso. Hitler y Mussolini aceptaban las iglesias, católica o protestantes, como algo con lo era inevitable contar, pero no se identificaban con ellas. Los fascismos, con su fondo panteísta o paganoide, incluso ateo, armonizaban mal con el cristianismo. Franco, en cambio, era católico devoto, al punto de que en sus escasas notas sobre la guerra civil atribuye el mérito más a la providencia que a sus medidas. Aunque se sintiera unido políticamente a los fascismos que le habían ayudado, le alejaban de ellos las facetas o implicaciones anticristianas.

Los dirigentes italiano y alemán se tenían por pensadores originales. Sus doctrinas han sido tildadas de incoherentes, pe-

ro todos los pensamientos políticos lo son en mayor o menor grado. Los dos se regían por principios generales que permitían cierta flexibilidad y contradicción: concedían máximo valor a la personalidad del líder y a las élites, teorizadas por Pareto en el caso italiano: la desigualdad en las sociedades es natural, por lo que debe establecerse una jerarquía que impida a las masas menos cultas y preparadas imponer sus criterios. Franco nunca se tuvo por intelectual y, como queda dicho, su orientación podía definirse como patriótica-católica aspirante a devolver a España las virtudes que habían engendrado su Siglo de Oro.

El hitlerismo se fundaba en el racismo, interpretando la teoría de Darwin y la filosofía de Nietzsche. El racismo influía mucho en Occidente como explicación presuntamente científica de la superioridad cultural, económica y militar adquirida por la raza blanca en los últimos siglos. La evolución humana derivaba de la lucha racial, un imperativo biológico al cual debían servir los valores intelectuales y morales para asegurar el triunfo de los pueblos *superiores*, arios o germánicos. Esa pugna esencial exigía un ánimo heroico ajeno a valores «falsos» como una compasión que favoreciese a los *inferiores*, destinados por ley natural a sucumbir o a la servidumbre: el heroísmo nazi recordaba más al implacable de Aquiles que al más humanitario de Héctor, por poner una referencia clásica. Hitler soñaba con conquistar para Alemania un magno «espacio vital» (*lebensraum*) a costa de Rusia y otros países poblados por «infrahombres». Los hebreos constituían el enemigo más artero y peligroso, corruptor de las virtudes arias y minador de su fuerza. Los nazis los hostigaron para obligarles a emigrar (a Palestina, a veces de acuerdo con los sionistas; o a otros lugares como Madagascar). A partir de 1942-1943, Hitler decidió su exterminio, achacando a sus intrigas la actitud beligerante de Inglaterra y posterior

de Usa. Desde luego, ni Mussolini ni Franco, dirigentes de países culturalmente latinos y racialmente poco «arios», compartían tales ideas.

Si las diferencias entre los dictadores alemán e italiano por un lado y el español por otro son definitorias, también las hay de peso entre los dos primeros. Hitler admiraba a Mussolini, teniéndolo por su gran amigo y maestro, pero este, hasta entrados los años treinta, negó la afinidad del fascismo con el hitlerismo, aunque luego procuraría cierta identificación entre ambos. Llegado al poder en 1922, Mussolini respetó las formas parlamentarias, debilitadas en 1924 tras el asesinato del socialista Matteotti por sicarios fascistas, pero no destruidas del todo hasta 1931. Hitler, gobernando desde 1933, fue mucho más rápido y tajante en eliminar la democracia liberal, combinando una despiadada voluntad con un oportunismo sin miramientos.

Aún más significativa es la diferencia ante el derramamiento de sangre. Mussolini fue, en general, poco sanguinario, y el asesinato de Matteotti constituyó más la excepción que la regla, mientras que Hitler, similar en eso a los comunistas, demostró disposición a pasar por encima de cuantos muertos fuera preciso para hacer triunfar sus ideas, aunque ello no fuera claramente visible hasta la propia guerra mundial. Como ya vimos, sus principales víctimas cuando ayudó a Franco las había hecho en la depuración de sus propias milicias, mientras que Stalin ya acumulaba millones de cadáveres.

Tampoco compartía el Duce el racismo y el antisemitismo nazi: en las filas fascistas militaba un número de judíos proporcionalmente mayor que en la población, y hasta 1938 no se promulgaron en Italia leyes antijudías, por influjo de su aliado y poco cumplidas. Para entonces Mussolini, cada vez más inseguro, sentía una especie de fascinación por su socio, y ello, jun-

to con el deseo contradictorio de crearse un área de influencia en el Mediterráneo que le evitara la total supeditación al III Reich, le empujó probablemente a la fatal decisión de entrar en la guerra.[72]

Por otra parte, los primeros reveses demostrarían lo quebradizo del ímpetu heroico y revolucionario fascista, poco más que una fachada, al revés que el nazi. Para Alemania la colaboración italiana fue una rémora a la que debió parte considerable de su derrota final, por el retraso impuesto a la invasión de la URSS y otros errores. Tampoco funcionó el Eje Berlín-Roma-Tokio con su tercer socio, pues Alemania y Japón lucharon cada uno por su lado, en contraste con la alianza soviético-anglosajona, cuya coordinación actuó con gran eficiencia, pese a los densos recelos entre sus socios.

De Hitler y Mussolini, como de Lenin, puede decirse que fueron hijos de la I Guerra Mundial. El primero participó en ella con entusiasmo, como soldado y cabo; fue herido dos veces y ganó las cruces de hierro de segunda y primera clase. El italiano, de ideas socialistas, rechazó el abstencionismo de su partido y peleó también como soldado y cabo en el bando antialemán, siendo herido y condecorado. Por su belicismo, el servicio secreto británico subvencionó su periódico *Il popolo d'Italia*, a través, precisamente, de Hoare, contribuyendo así al nacimiento del fascismo. Las ideas de ambos líderes recibieron mayor concreción en el espíritu de camaradería, jerarquía y sacrificio de las trincheras, así como en la posguerra, un tanto desastrosa para ambos países. Esas experiencias cruciales fueron ajenas a Franco, dado que España permaneció neutral.

[72] Las diferencias entre el fascismo propiamente dicho y el nacionalsocialismo están explicadas con detalle en S. Payne, *El fascismo*, Alianza, Madrid, 1992.

Mussolini y Hitler salieron de la mediocridad social y económica, incluso de la pobreza, para alcanzar la dirección del Estado, lo que nunca habrían logrado sin poseer una personalidad muy destacada. Pero, por fuertes que fueran sus personalidades, probablemente no habrían pasado de agitadores locales sin las transformaciones traídas por la gran contienda europea, que desintegró cuatro imperios —otomano, ruso, alemán y austrohúngaro— e hizo surgir naciones y rivalidades nuevas y, ante todo, el primer estado socialista de la historia. El liberalismo europeo entró en una crisis intelectual, moral y política, pues los dos bandos beligerantes habían sido más o menos liberales y parlamentarios (menos el otomano, aliado de Alemania y Austria-Hungría, y el ruso, aliado de Francia e Inglaterra). Crisis profundizada desde 1929 por la Gran Depresión. Corrientes ideológicas como el psicoanálisis, de fondo nihilista como los fascismos, y un marxismo expansivo, alteraron el ambiente moral, político y artístico europeo.

La cuestión comunista se presentó como el mayor reto de civilización. Lenin había condenado por traidoras a las socialdemocracias que babían apoyado a sus respectivos gobiernos en la guerra y había llamado a convertir la «guerra imperialista» en guerras civiles para derrocar a los regímenes capitalistas. Lo había logrado en Rusia, con fundamental ayuda del Estado Mayor alemán, interesado en descomponer al ejército ruso. Millones de personas en todo el mundo, incluidos intelectuales, liberales y algunos grandes capitalistas, percibieron la revolución de Lenin como un grandioso e ilusionante experimento social, valorando la terrible guerra civil subsiguiente como el coste inevitable para crear una sociedad nueva atea, científica, sin explotación, más progresista, libre y productiva que cualquiera anterior en la historia. Lenin justificó su revolución en un país mayormente

agrario como espoleta de la revolución en la industrial Alemania; y esta, en la posguerra, sufrió varias intentonas comunistas, aplastadas sin contemplaciones por el gobierno socialdemócrata. En toda Europa mucha gente juzgó el comunismo como una amenaza letal para la civilización de Occidente, y el fascismo fue una de sus respuestas.

La historia de Europa entre las dos guerras mundiales puede definirse parcialmente como una pugna entre comunismo, fascismo y demoliberalismo. Los tres hunden sus raíces en la Ilustración y, de un modo u otro, en la Revolución francesa. Todos se proclamaban modernos, acristianos o anticristianos y hacían del hombre —es decir, de diversas concepciones del hombre— la medida de todas las cosas, idea radicalizada por el nazismo, verdadera vanguardia en «la preocupación por la ecología, la reforma ambiental y la contaminación»;[73] además de extremar la eugenesia, la eutanasia y el racismo, ya presentes en regímenes socialdemócratas o liberales. Se ha tildado a los fascismos de «irracionalistas», de romper con la Ilustración y las tradiciones europeas, por el peso dado a la voluntad y los sentimientos sobre la razón. Pero sería harto irrazonable una razón que despreciase la voluntad y los sentimientos y bastante ajena a la experiencia histórica. Por lo demás, el ser humano necesita en todos los casos justificarse racionalmente, y los fascismos, como cualquier otra ideología, lo hicieron, con mejor o peor fortuna. Parece acertada la conclusión de S. Payne al respecto.

Revelan bastante las críticas intercambiadas entre los tres grandes movimientos. Fascistas y comunistas coincidían parcialmente en sus ataques al liberalismo, tachado por ambos de

---

[73] S. Payne, *El fascismo*, *op. cit.*, pp. 108-109.

explotador y creador de injustas e injuriosas desigualdades sociales. Para el marxismo, la democracia liberal («burguesa») constituía un simple disfraz de la explotación capitalista, cuya lógica interna conducía a la concentración del poder económico y político en una oligarquía industrial-financiera (el «imperialismo»), a la opresión creciente del proletariado y de las colonias, y a guerras imperialistas por el reparto de mercados. Según los fascismos, la democracia liberal, una plutocracia o poder de los ricos, se regía por el engaño y la demagogia, dando a unas masas inevitablemente ignaras capacidad para decidir sobre las élites gobernantes y allanando así el camino al comunismo: el demoliberalismo sería un régimen decadente, útil acaso para el imperialismo anglosajón, pero que a Alemania e Italia (y a España) les habría traído la convulsión política y el peligro bolchevique.

A este doble ataque ha respondido el contraataque liberal. Hayek y otros han igualado a fascistas y comunistas sobre la base de un común socialismo (el partido de Hitler se llamó Nacional Socialista Obrero Alemán, nombre afín al Partido Socialista Obrero Español; y Mussolini derivó su ideario de su previa militancia socialista). El socialismo compartido por fascistas y comunistas consistiría en la regulación y planificación estatal de la economía y, a partir de ella, de toda la sociedad, aboliendo las libertades políticas y la herencia cultural europea. Intento abocado al fracaso, por la imposibilidad de prever y planificar las necesidades y deseos de los individuos, las invenciones y empresas que solo pueden surgir espontáneamente de la iniciativa individual en una sociedad libre. Y, en efecto, hay semejanzas significativas entre el comunismo y los fascismos, con la salvedad de que ni en la Alemania nazi ni mucho menos en la Italia fascista fue abolida la propiedad pri-

vada, sino solo regulada (de ahí la crítica marxista al fascismo como una falsa revolución para salvar al gran capital); y de que el Estado policial fue más completo en los regímenes de tipo soviético (el fascismo italiano apenas tuvo ese carácter). El totalitarismo también caracterizó mucho más a los sistemas leninistas —donde el partido ocupó el Estado y el Estado la sociedad entera— que al hitleriano, cuyo partido tendió a ocupar el Estado, pero este no llegó a absorber a la sociedad (en Italia, y aún más en España, sería más bien el Estado quien controlase al partido). Por lo demás, la prosperidad lograda con Hitler y la menor, pero real, con Mussolini indican que la inviabilidad económica achacada al socialismo no era total; y también la socialdemócrata Suecia prosperó mientras se estancaban las economías liberales.

Los liberales catalogaban a los fascismos como una nueva barbarie con rasgos nihilistas. Estos, por contra, se tenían por salvadores de la cultura occidental, o de lo que merecía salvarse de ella, realizando las transformaciones sociales oportunas frente al expansionismo comunista y la *decadencia* liberal. Contra el internacionalismo marxista cultivaban un intenso patriotismo, pero algunos de ellos estaban dispuestos a acatar la hegemonía de otra nación, la Alemania nazi; aparte de que el fascismo italiano tenía pretensiones universalistas y el alemán, europeístas. Y, paradójicamente, el internacionalismo soviético fomentaba el absorbente nacionalismo ruso de «la revolución en un solo país», a la que todos los comunistas del mundo debían supeditar los intereses de sus respectivas patrias. Los fascistas insistían en las élites, la jerarquía y la disciplina, frente a la constante apelación comunista a las masas, a las que atribuían la decisiva fuerza creativa y decisoria en la historia. Por nueva paradoja, el diseño de los partidos comunistas de «revoluciona-

rios profesionales» extremaba aún más que los fascistas el elitismo, la jerarquía y la disciplina; y el culto a los líderes Lenin y Stalin superaría al del Duce y el Führer. Por supuesto, también los partidos liberales tenían sus propias jerarquías, disciplina y patriotismos. Parecen exigencias connaturales, con unas u otras formas, a las sociedades humanas.

Para los fascistas, el comunismo suponía miseria, barbarie y destrucción de unas culturas seculares. También lo explicaban como subproducto de los intereses del gran capital (la plutocracia) y de la banca judía, aduciendo intervención del capital useño y otros en la industrialización de la URSS y la nutrida presencia judía en la dirección del Partido Bolchevique y de la Cheka. A su vez, los leninistas presentaban a los fascistas como perros de presa del gran capital, el cual, renunciando al artificio *democrático*, los usaba para salvarse in extremis de la revolución *proletaria*. Por entonces, la oposición entre fascistas y comunistas parecía radical e insalvable, lo que permitía a los liberales una posición intermedia más favorable a unos u otros, según ocasiones y conveniencias.

El juego entre las tres corrientes originó combinaciones y pactos sorprendentes. En España intervinieron alemanes a italianos por una parte, y soviéticos por otra, mientras Francia e Inglaterra se abstenían relativamente, procurando evitar que la hoguera se extendiese al resto del continente, donde había sobrada leña seca; no obstante, Inglaterra y Usa favorecieron ligeramente al bando nacional, y Francia bastante más al Frente Popular. Luego, el conflicto bélico mundial tuvo dos fases: comenzó por una imprevisible y pasmosa alianza entre soviéticos y nazis, dirigida contra las democracias, de forma directa por Berlín e indirectamente por Moscú. Al cabo de dos años largos, las alianzas se trastocaron radicalmente, uniéndose las democra-

cias anglosajonas y el totalitarismo soviético para aplastar a Hitler, tarea que requirió tres años y medio.

Entre los que por comodidad llamamos fascismos, identificando algo arbitrariamente al alemán y al italiano, el primero despierta interés especial: destruirlo exigió los esfuerzos combinados del Imperio británico, la URSS y Usa, y aun así, contra todo y contra todos, llegó desde el canal de la Mancha al Volga y desde el cabo Norte hasta las puertas de Alejandría. Hechos más impresionantes por cuanto sus códigos más secretos habían sido descifrados por sus enemigos, quienes podían prever y contrarrestar muchos de sus ataques y ofensivas; y que hubo de luchar en un frente interior, el de los movimientos de resistencia que desde 1943 minaban su retaguardia. Al mismo tiempo, sus crímenes masivos en el este y contra los judíos y otras minorías apenas encuentran parangón histórico, demostrando que sus conceptos racistas-biologistas distaban de ser mera agitación verbal: otra diferencia esencial con el fascismo italiano y, desde luego, con el franquismo, cuya retórica antisemita no le impidió salvar a miles de judíos. En el oeste, la conducta general de Alemania fue bastante civilizada, por lo que apenas encontró allí resistencia hasta 1943-1944, cuando su derrota se acercaba.

Obviamente, todas estas ideologías y experiencias históricas no concordaban con las de Franco, pese a su gratitud a Hitler y a Mussolini, y su probable impresión, por aquellos años, de que le sería mny difícil sobrevivir a la derrota de ambos. El embajador useño Hayes relata en sus memorias de España: «Pregunté al Caudillo si podía contemplar con serenidad la preponderancia que había adquirido la Alemania nazi sobre el continente con su fanático racismo y su paganismo anticristiano. Admitió que era una perspectiva que no tenía nada de agra-

dable para España ni para él, pero confiaba en que no se materializaría. Juzgaba que Alemania haría concesiones, en el caso de hacerlas también los Aliados, restableciéndose así una especie de equilibrio en Europa. Insistió en que el peligro para España y para Europa era menor por parte de Alemania que de la Rusia comunista. No deseaba una victoria del Eje, aunque ansiaba una derrota de Rusia».[74] Creo que expresa perfectamente la actitud real del dictador español. Como católico, las exaltaciones de «la raza», «el pueblo», «el proletariado», etc., y las éticas correspondientes solo podían sonarle a algo similar a idolatrías con sustitutos de la idea tradicional de Dios y de la moral cristiana. Y desde siempre había definido como enemigo fundamental al comunismo, contra el que aceptaría diversas alianzas en calidad de líder de un país secundario en el orden europeo.

En cuanto al nacionalsocialismo, nunca había sido bien entendido en España ni su estudio despertaba especial interés. Durante la república, *El Debate*, órgano oficioso de la CEDA, había advertido contra su racismo, su belicismo y su absorción de la actividad social, pero luego predominó la gratitud por su ayuda durante la guerra civil y la valoración de sus logros económicos, sociales y bélicos, y su oposición al comunismo.

Como sabemos, la unidad de destino entre Mussolini, Hitler y Franco no llegó a consumarse. El 26 de abril de 1945, pocos meses antes de cumplir sesenta y dos años, Mussolini escribió a su esposa: «He llegado a la última página de mi libro». Aún intentaría salvarse huyendo en un camión alemán con su amante Clara Petacci, pero unos partisanos comunistas

---

[74] C. Hayes, *Misión de guerra en España*, Madrid, 1946, p. 296. Franco se equivocaba: Hitler no pensaba hacer concesiones reales, ni siquiera cuando la derrota total se le venía encima.

y socialistas lo identificaron y asesinaron a los dos. Después llevaron los cadáveres, más los de otros cinco jerarcas fascistas, y los colgaron por los pies del techo de una gasolinera, dejándolos luego en tierra, donde la gente los pateó, escupió y orinó durante tres días. Muchos de los que ultrajaban los cuerpos habían aplaudido seguramente al Duce en sus días de gloria y popularidad.

Casi al mismo tiempo que moría Mussolini, su amigo y admirador Hitler reiteraba en su testamento político su odio sin atenuantes al «judaísmo y sus secuaces», encargaba a sus sucesores «la observación escrupulosa de las leyes de la raza» y se mostraba orgullo por no haber flaqueado en su política de aniquilación del «judaísmo internacional», culpable a su juicio de la guerra en el oeste. En otro testamento resolvía casarse con Eva Braun, que había rehusado huir de Berlín. «Mi esposa y yo optamos por la muerte para escapar al oprobio de la destitución o de la capitulación. Es nuestra voluntad que se nos incinere inmediatamente». Se celebró la boda en el búnker desde donde el jefe alemán dirigía la guerra. Los nazis presentes brindaron con champán y vino húngaro, y siguió una fiesta ruidosa mientras a pocos pasos la defensa de Berlín se desmoronaba en un apocalipsis de llamas y explosiones. Al día siguiente, 30 de abril, Hitler y Eva se despidieron de sus seguidores, negándose a intentar la huida. «Uno debe tener el valor de encarar las consecuencias (...). Sé que mañana millones de personas me maldecirán. Así lo quiso el destino». Los recién casados entraron en su habitación, donde Hitler se suicidó de un disparo en la boca y Eva con veneno.[75] El jefe nazi tenía cincuenta y seis años.

[75] Básicamente sigo el relato de J. Toland en su biografía de Hitler.

Hubo otros muchos suicidios de líderes alemanes, al revés que entre los italianos, más renuentes a tal salida, quizá por influencia del ambiente católico.

Franco fallecería treinta años más tarde, de muerte natural. Pero en aquellos días no había la menor seguridad de que él y su régimen continuasen muchas semanas. Más bien estaba seguro casi todo el mundo de que las muertes del Führer y el Duce preludiaban la del Caudillo.



9

¿LA UNIDAD MILITAR MÁS HUMANITARIA DE LA II GUERRA MUNDIAL?

La División Azul es quizá la más famosa de las innumerables divisiones que lucharon en la II Guerra Mundial, hecho singular, dado su origen nacional. Así, cuenta con una copiosa bibliografía (historias, diarios, memorias, artículos de prensa...), con películas, documentales, tebeos... Baste citar autores como F. Vadillo, C. Caballero Jurado, G. Kleinfeld y L. Tambs, J. Scurr, B. N. Kovaliof, X. Moreno Juliá, S. Alegre, F. Torres, P. Sagarra, J. Dolado, E. Esteban Infantes, S. Fontenla, J. Fernández-Coppel, W. J. Muszynski, J. M. Reverte, R. Proctor, M. Augier, T. Luca de Tena (redactor de la divulgadísima memoria del capitán Palacios, preso en el GULAG), y bastantes más. También ha dado pie a abundante novela, como las de T. Salvador, C. M. Ydígoras, Adro Xavier, L. Romero, o las recientes de J. M. Blanco Corredoira, I. del Valle, J. M. de Prada o del autor de este libro. Ese interés ya la destaca como una unidad militar especial, con actuación atípica en aquella guerra.

Lógicamente, los antifranquistas han explicado la DA de varios modos: servilismo de Franco hacia Hitler, maniobra para

deshacerse de los falangistas más radicales... los «voluntarios» habrían sido forzados, o se habrían alistado por hambre, o para «lavar» conductas de izquierda, o por euforia después de «unas copas», o para pasarse a los soviéticos, o por el sueldo (7 pesetas, bastante menos que los milicianos del Frente Popular)... Se les ha tachado de criminales e indeseables, de no hacer prisioneros, de haber luchado mal y sufrir solo derrotas... La BBC, solidaria con Moscú, le montó campañas de descrédito: se compondría de presidiarios, despreciada y usada como carne de cañón por los alemanes, aplastada por los rusos... En versiones así han destacado últimamente J. Martínez Reverte —comunista o ex, y curiosamente hijo de un divisionario—, Núñez Seixas —próximo al separatismo gallego—, Rodríguez Jiménez, etc.

El 22 de junio de 1941, Hitler rompió el pacto con Stalin y lo atacó (Operación Barbarroja). Todo el mundo esperó una reedición de la *blitzkrieg* y la derrota soviética en pocas semanas. Por la euforia del momento, también Italia, Rumanía, Finlandia, Hungría y Eslovaquia declararon la guerra a Moscú; aprestaron voluntarios Noruega, Croacia, Bélgica, Dinamarca y Holanda; y gobiernos como los de Suecia, Portugal, Bulgaria o Francia mostraron satisfacción. Para Churchill fue un inmenso alivio, pues le proporcionaba un aliado, aunque fuera totalitario, y desviaba de Inglaterra la principal atención de Hitler. Además, quizá el Reich y la URSS se agotasen en una lucha colosal, dejándole como beneficiario mayor de ella. Claro que si Barbarroja se cumplía, Inglaterra quedaría en posición insostenible en el norte de África y Oriente Próximo, y Usa se volvería muy renuente a intervenir. Y así pareció ocurrir en los primeros meses.

En España Barbarroja entusiasmó por razones contrarias a las inglesas: por fin se rompía la alianza contra natura entre Ber-

lín y Moscú. Miles de felicitaciones colapsaron la embajada alemana y una multitud vitoreó a Alemania y a Hitler en la barcelonesa Plaza de Cataluña, iniciativa seguida en muchas otras ciudades. Franco elaboró la teoría de las dos guerras: la del este, justa contra el enemigo jurado de la civilización cristiana; la del oeste, dudosa aun si las democracias iban a luchar absurdamente a favor del comunismo. No obstante, había advertido, la guerra europea sería «más terrible de lo que la imaginación alcanza», y lo sería de modo realmente atroz en el frente ruso.

Serrano Suñer, ministro de Asuntos Exteriores, vio la ocasión de pagar la ayuda prestada por Alemania y más aún de reforzar a la Falange uniendo al pueblo en torno a ella y a una empresa exterior. Propuso enviar voluntarios con el nombre de División Azul, por el color de la camisa falangista. El general Varela, acérrimo enemigo de la Falange, quiso quitarle el protagonismo abogando por una división del Ejército. Serrano se indignó: «¡Como no puede llamarse, como no puede ser, es una de las divisiones del Ejército español! Porque si tal fuera, estaríamos en guerra con Rusia. Se necesita ser muy ignorante y muy irresponsable». Al final se llegó a un compromiso: se llamaría oficialmente División Española de Voluntarios, con mandos profesionales. Pero en todo el mundo se la conocería como División Azul (*Blaue Division, Galubaia Divisia, Blue Division, Division Bleue*). Por tanto, España participaría de forma limitada y no oficial en la guerra, formando la División 250 de la Wehrmacht. La mandaría Muñoz Grandes, de los pocos generales afectos a la Falange, aunque no a Serrano.

El día 24 Serrano clamó ante una muchedumbre desde un balcón de la sede del Movimiento, en la calle Alcalá de Madrid: «¡Rusia es culpable! Culpable de nuestra guerra civil. Culpable

de la muerte de José Antonio y de tantos camaradas y soldados caídos en aquella guerra contra la agresión del comunismo ruso». Acusación falsa en parte: la intervención soviética había alargado la contienda más de dos años, pero el causante mayor había sido un PSOE resuelto a imponer su revolución desde 1933.[76]

. Los voluntarios en toda España triplicaron en pocos días los dieciocho mil previstos, con mayoría falangista, incluidos catorce jerarcas, pero también carlistas y otros, más algunos rusos emigrados y españoles de familia total o parcialmente alemana, que harían de intérpretes. Los aviadores formarían la Escuadrilla Azul. La motivación básica era «devolver la visita» soviética. Se esperaba una campaña rápida como las de Francia o los Balcanes, lo que excluye el pretendido maquiavelismo de Franco para liquidar a los radicales de la Falange. Los seleccionados partieron por tren, agasajados por multitudes. En Francia recibieron acogida fría u hostil, trocada en entusiasmo en las ciudades alemanas, hasta llegar al centro de instrucción en Grafenwöhr, Baviera. La instrucción debía durar tres meses, para desaliento de los divisionarios, creídos de que la URSS estaría vencida para entonces. Muñoz Grandes hizo abreviar la instrucción a un mes, aduciendo experiencia militar en la guerra de España, que en realidad faltaba a la mitad.

El 21 de agosto comenzó la marcha hacia el frente, en tren hasta la frontera soviética y a pie desde ella. Nueva desilusión, pues los voluntarios creían al ejército alemán muy mecanizado, pero la gran mayoría de sus divisiones se movía a pie, con los bagajes en carros de caballos, ahorrando el siempre escaso com-

---

[76] Sobre esta cuestión, creo que mi libro *Los orígenes de la guerra civil* no deja mucho lugar a dudas.

bustible. La DA iba a recorrer 900 kilómetros, temiendo no llegar ni para desfilar por Moscú, mientras el mando alemán criticaba su escasa disciplina formal. El 26 de septiembre, ya cerca del frente, recibió orden de retroceder y dirigirse a Leningrado. El cambio disgustó, pero se debió a la concentración de fuerzas rusas en torno a la cuna de la revolución, que amenazaba al Grupo de Ejércitos Norte. En Vitebsk abordaron malos vagones rusos para un viaje muy lento y con frío intenso. En una estación, algunos grupos medio se amotinaron devastando las casas próximas para obtener madera y calentarse. La disciplina prusiana no acababa de cuajar y no era la mejor carta de presentación para la Wehrmacht. No obstante, en Alemania prestaban a la División una atención desusada con las unidades extranjeras y le concedían privilegios como aplicar su propio código de justicia. El 3 de octubre, la radio retransmitió el anuncio de Hitler de la entrada en línea de los españoles, entre ovaciones de una multitud congregada en el Sportpalast de Berlín. Estas preferencias sugieren la esperanza de que España terminase por entrar en guerra.

El 12 de octubre, Día de la Hispanidad, la DA, integrada en el Grupo de Ejércitos Norte, se desplegaba en Nóvgorod, situada en la orilla norte del lago Ilmen, y hacia el norte a lo largo de treinta kilómetros de la margen izquierda del río Vóljof, que unía dicho lago con el Ladoga. Nóvgorod, cuna de Rusia, no era menos simbólica que Leningrado. A la zona, insalubre entre bosques espesos y pantanos, la llamaban los germanos «el culo del mundo». Algunas historias presentan aquel frente como «tranquilo», pero fue tan movido y sangriento como el que más.

Batalla de la cabeza de puente

El 19 de octubre un regimiento español cruzó el Vóljof y marchó hacia el sur por la margen derecha, venciendo las resistencias hasta detenerse ante una formidable posición en Muraviévskaia. La batalla iba a durar cuarenta y nueve días. El ataque debía apoyar por el sur una ofensiva para completar el sitio de Leningrado, parte de la cual consistía en cortar por Tijvin la vía férrea hasta el Ladoga, por donde se suministraba la asediada ciudad. Logrado esto, las fuerzas derivarían hacia el sureste para proteger el flanco izquierdo del Grupo de Ejércitos Centro, encargado de tomar Moscú. Los españoles debían atacar desde Nóvgorod y desde el citado cruce del río, 25 kilómetros más al norte. Enseguida comprobaron serias carencias de la Wehrmacht: no estaba preparada para el frío, que aquel año sería excepcional. La DA se defendía mejor que sus vecinas, por haber recibido prendas de abrigo de España, pero no bastaban para tales temperaturas. Los soviéticos, mejor equipados, prevalecían en el aire y empleaban a fondo su legendario poder artillero. Por ello la Luftwaffe y la artillería pesada se concentraron sobre el objetivo principal de Tijvin, desprotegiendo otras unidades, entre ellas la española: por falta de apoyo aéreo y artillero fracasaron los asaltos en Muraviévskaia. Desde ese momento fue preciso aguantar los contraataques rusos, que en Nóvgorod fallaron ante la defensa hispana, pero obligaron al mando alemán a cancelar el avance desde allí.

Para fortalecer la marcha hacia Tijvin, los teutones abandonaron las posiciones de Otenski y Posad, que fueron cubiertas con españoles el 8 de noviembre. En todos los puntos la División resistía a fuerzas muy superiores, causándoles serias bajas y sufriéndolas. La cabeza de puente, junto al río, tenía fácil su-

ministro, pero Posad, doce kilómetros al este, quedó casi aislada, volviendo una odisea peligrosísima avituallarla o retirar a los heridos. La lucha tomó tintes dantescos, día y noche sin apenas descanso, comida ni recursos médicos, bajo un frío espantoso. El entorno estaba cubierto de cuerpos de asaltantes rusos helados, semicubiertos de nieve, en el gesto con que los había sorprendido la muerte. Situaciones parejas vivieron otras posiciones, como Nitlikino. Algo al noreste, los rojos reconquistaron Malaia Vishera, tras acosarla como a Posad, lo que ponía en peligro de cerco a toda la cabeza de puente hispana. Posad y demás pueblos de la zona eran míseros villorrios y muchos no entendían su defensa a tan alto coste, como tampoco el derroche de fuego y vidas por parte soviética. Pero tomando tales puntos, los rojos habrían copado a numerosas tropas contrarias.

A principios de diciembre la ofensiva fracasaba y la cabeza de puente perdía su sentido. Muñoz Grandes ordenó el retorno a la orilla izquierda, como, por lo demás, hacían sus aliados. Se hizo creer a los soviéticos lo contrario, y la retirada, maniobra siempre difícil, se realizó sin bajas los días 7 y 8. La DA había perdido, entre muertos y heridos, hasta un 30 por ciento de sus fuerzas de primera línea. Unidades germanas próximas habían sufrido aún más, y, a partir de ese año, las divisiones alemanas se formarían con un tercio menos de tropas. Más bajas aún padecieron los soviéticos, pero estos parecían disponer de reservas humanas inagotables. El 10 de diciembre los rojos recobraron Tijvin, al mes de haberla perdido. Nóvgorod permaneció en manos hispanas, mientras la BBC la daba por ganada por los soviéticos. El prejuicioso comandante del sector, Von Chappuis, hombre timorato que se suicidaría al año siguiente, criticó absurdamente a la División Azul, calificándola de agujero en su dispositivo. Pero, como apreciaron otros generales, los españoles

habían demostrado extraordinaria eficacia combativa, pese a su bisoñez y escaso espíritu prusiano. Chappuis pidió el relevo de la División, también deseado en Madrid al conocer sus peligros y elevadas pérdidas. Pero la Wehrmacht no estaba en condiciones de prescindir de ninguna fuerza disponible.

El fracaso en el norte era solo parte de un fracaso general. El 5 de diciembre, los soviéticos contraatacaban por el inmenso frente de Leningrado al mar Negro, poniendo a la Wehrmacht al borde del colapso. La lucha ha pasado a la historia como «batalla de Moscú», por el simbolismo de la ciudad, y fue en varios modos la más decisiva de la guerra mundial, pues trastocó la estrategia hitleriana: todavía al año siguiente el ejército alemán llevaría al soviético muy cerca de la catástrofe, pero la URSS ya no sería conquistada. El éxito salvó de paso a Inglaterra, y se debió en gran medida a la seguridad de que Tokio no se coordinaría con Berlín, lo que permitió a Stalin retirar tropas frescas de la frontera de Manchuria y llevarlas ante Moscú. Más aún: el 7 de aquel diciembre Japón provocó la beligerancia de Usa al atacar a la flota useña en Pearl Harbor, limitando aún más las posibilidades de victoria alemana.

Batalla de la bolsa del Vóljof

Los rusos explotaron su éxito tratando de envolver a grandes fuerzas enemigas por el sur y el norte del lago Ilmen. Un ataque de tanteo dio lugar, el 27 de diciembre, al episodio de «la Posición Intermedia»: los rojos mutilaron y clavaron con picos en el hielo los cuerpos de los españoles. La furia de los divisionarios al descubrirlo se concretó cuando sorprendieron a una columna soviética cruzando el Vóljof helado, y la exterminaron

con fuego cruzado, contándose hasta mil cadáveres. La experiencia incitó al mando ruso a elegir para su ofensiva una zona más al norte de la española.

Al sur del helado Ilmen, que podía cruzarse incluso con carros de combate, el ataque ruso, a partir del 7 de enero del nuevo año, perforó las defensas alemanas hasta cerca del nudo ferroviario de Staraia Rusa, cuya pérdida habría sido desastrosa para el Grupo de Ejércitos. Una guarnición alemana resistió en Vsvad, y la compañía de esquiadores de la División fue la encargada de socorrerla. La marcha de auxilio constituyó otro episodio legendario de la DA. Solo debían andar 30 kilómetros sobre el lago, cosa factible en la noche en que empezó la marcha, pero el frío llegó a más de 50 grados bajo cero con un vendaval que traspasaba las ropas y las grietas del hielo forzaban largos rodeos. Tras casi veinticuatro horas infernales, con la mitad de la compañía sufriendo congelaciones, alcanzaron la orilla opuesta, lejos de la posición a socorrer y en medio de fuerzas enemigas. Encontraron grupos de alemanes y letones y entre todos se abrieron paso hasta Vsvad, cuya guarnición avanzaba a su encuentro. Solo quedaban indemnes doce hombres de la compañía. Por su parte, los alemanes retuvieron Staraia Rusa.

Otro ataque soviético, el 13 de enero, al norte de las posiciones hispanas, formó una pequeña cabeza de puente en la orilla izquierda del Vóljof. El propósito era atenazar a la División Azul, que seguía defendiendo Nóvgorod, parte del Vóljof y de la orilla oeste del Ilmen. Los alemanes pidieron ayuda a la División, y entre todos, con graves pérdidas, contuvieron a los soviéticos, sin lograr expulsarlos. Después de tan feroces combates los españoles tuvieron unas semanas relativamente calmadas.

En Madrid, entretanto, Varela trataba de relevar a la División con otra reclutada principalmente en los cuarteles. Con mejor criterio, Muñoz Grandes solo admitió relevos parciales, integrándolos en la ya fogueada unidad para cubrir bajas y retornos a España. La recluta se hizo con escasa publicidad y hubo menos voluntarios y menor proporción de falangistas. Los relevos en «batallones de marcha» permitieron mantener la DA al completo, lo que ya no ocurriría con las divisiones alemanas.

Los soviéticos proyectaron cercar a parte del Grupo de Ejércitos atacándolo en tenaza desde el Vóljof en dirección oeste, y desde Leningrado en dirección sur. En febrero el 2.° Ejército de Choque ruso rompió el frente alemán, penetró 75 kilómetros en su retaguardia a través del Vóljof y se acercó hasta 34 kilómetros al otro brazo de la tenaza, que intentaba avanzar desde Leningrado, amenazando con embolsar a ocho divisiones. Parte de la fuerza debía dirigirse más al sur para cercar a su vez Nóvgorod y aplastar a los españoles allí desplegados. Aún más al sur del Ilmen, los soviéticos aislaban a cerca de 100.000 enemigos en la bolsa de Demiansk y amenazaban nuevamente a Staraia Rusa. En esta situación crítica, la Wehrmacht abasteció por aire a la bolsa e impidió a los soviéticos ampliar el boquete que estos habían abierto a través del Vóljof. Y en marzo con la Operación Predador los alemanes cerraron el boquete y cercaron a quienes pretendían cercarlos. Seis batallones de la División participaron en la lucha, en un escenario muy distinto del pasado invierno, pero no mejor: un suelo convertido por el deshielo en lodazales y pantanos con miríadas de mosquitos. La lucha continuó penosamente hasta junio, y la ofensiva rusa quedó aniquilada, dejando 100.000 muertos o heridos, 32.000 prisioneros (varios miles tomados por la DA)

y un cuantioso botín de guerra. Fue la primera victoria alemana después de las derrotas y retiradas del invierno y otra vez pareció posible vencer a la URSS. En 1942 la Wehrmacht cambiaría el objetivo de Moscú por Stalingrado y el Cáucaso y redoblaría los esfuerzos por tomar Leningrado. A donde fue destinada la División Azul.

Batalla de Krasni Bor

Los alemanes no habían logrado completar el cerco de Leningrado, pero sí reducir drásticamente sus suministros. Estos iban ante todo a los miembros del partido y al ejército, para asegurar la lucha, y en torno a un millón de civiles morirían por hambre, frío y bombardeos en los casi tres años del asedio más mortífero de la historia. La heroica resistencia indujo al mando alemán a intentar el asalto, aceptando el elevado coste de la lucha de calles. Uno de sus mejores generales, Von Manstein, dirigiría la operación, llamada Luz del Norte, que debía acometerse en septiembre.

La División llegó frente a Leningrado en agosto, para recibir instrucción de asalto «a posiciones muy fuertemente fortificadas», pues la ciudad contaba con impresionantes defensas, artillería pesada, aviación y tanques. Tras los incesantes combates anteriores, la DA gozó de relativo descanso, solo roto por golpes de mano e incursiones menores.

Entretanto, a mediados de agosto chocaron en Bilbao falangistas y carlistas, con algunos heridos, a la salida de una misa en Begoña. Varela, asistente al acto, pretextó un dudoso atentado contra él y exigió escarmentar a la Falange. Como resultado, Franco destituyó salomónicamente a él y a Serrano Suñer, a

quien sucedió en Exteriores el general Jordana, resuelto neutralista y poco amigo de la División Azul.

Y a finales del mismo mes, en el frente de Leningrado, los soviéticos se adelantaron al asalto germano con una ofensiva al sur del Ladoga. Manstein la destrozó, pero las pérdidas propias obligaron a cancelar Luz del Norte, y el frente seguiría estacionario.

En noviembre el panorama bélico general cambió profundamente. En los primeros días del mes el Afrika Korps se retiraba vencido desde El Alamein, punto máximo de su avance. El día 8 un potentísimo ejército anglouseño desembarcaba en el Magreb, con lo que las tropas alemanas en el norte de África iban a verse entre dos fuegos. Y el 19 los soviéticos emprendían la Operación Urano para cercar a sus enemigos en Stalingrado. Esta batalla culminaría el 2 de febrero en una magna (y costosísima) victoria rusa.

A mediados de diciembre, Muñoz Grandes era relevado por Esteban Infantes, más monárquico y también excelente jefe. Muñoz volvía a España con una de las máximas condecoraciones alemanas: la de caballero de la Cruz de Hierro con hojas de roble.

En enero del nuevo año, mientras duraba la batalla de Stalingrado, los soviéticos desencadenaron en torno a Leningrado la Operación Iskra (Chispa) para expulsar a sus enemigos del pasillo por el que llegaban al Ladoga. En durísimos combates lograron cortar el pasillo, lo que mejoraría mucho el suministro a la ciudad. Luego atacaron los altos de Siniávino, que dominaban la zona y aún permitían a la artillería germana hostigar el tráfico. Un batallón español fue allí a taponar una brecha: durante cuarenta y ocho horas, sus quinientos cincuenta soldados combatieron sin descanso en un bosque espeso, con nieve has-

ta los muslos y frío infernal. Al relevarlos, solo quedaban indemnes veintisiete hombres. Los alemanes no quedaron menos destrozados, pero retuvieron los altos de Siniávino.

Aquella parcial victoria rusa resultaba insuficiente, por lo que Zhúkof, autor del plan de Stalingrado, trató de repetirlo en el norte mediante la Operación Estrella Polar, que recordaba a la que en la primavera del año anterior había concluido en el desastre de la bolsa del Vóljof. Ahora atacarían desde la zona de Leningrado y desde el mismo Vóljof para cercar numerosas divisiones enemigas, mientras más al sur, desde Demiansk, otro ejército crearía un anillo de cerco más amplio, avanzando hacia los Países Bálticos. La ciudad de Lenin debía quedar liberada y el Grupo de Ejércitos Norte aplastado.

Un punto clave de Estrella Polar consistía en una embestida desde Kólpino, arrabal de Leningrado, hacia un pueblo llamado Krasni Bor, desde donde alcanzaría el nudo ferroviario de Sáblino y la vía férrea a Mga, copando a cuantiosas tropas contrarias. La acción se produciría en un pasillo de 5-6 kilómetros de ancho, cruzado por el río Ishora, entre la carretera y el ferrocarril que en tiempos de paz unían Leningrado y Moscú. El pasillo entraba en un sector cubierto por la División Azul con casi 6.000 soldados.

El 10 de febrero los rusos realizaron desde Kólpino una preparación artillera nunca vista. Durante dos horas, al amanecer, un millar de bocas de fuego y decenas de aviones machacaron el sector español. Teóricamente no debía quedar nadie vivo. La intensidad del bombardeo había derretido la nieve y convertido el suelo en un fangal por donde avanzaban lentamente unos 33.000 soldados soviéticos, protegidos por tanques y aviones. Las bajas españolas en primera línea oscilaban entre un 50 y un 80 por ciento, pero los supervivientes diezmaron

con fusiles y ametralladoras a los atacantes y destruyeron tanques con medios de fortuna. Al terminar el día, la División contaba algo más de 1.000 muertos, 1.500 heridos y 200 prisioneros, capturados al agotárseles las balas, pero los rusos solo habían adelantado tres o cuatro kilómetros, al precio de tal número de bajas, unas 11.000, que debieron cancelar el ataque. Insistirían otros días, sin alcanzar sus objetivos. Los alemanes tardaron en enviar refuerzos y apoyo artillero, acaso por la inseguridad de si aquel era el ataque principal o de diversión. Y lograron contener la ofensiva desde el Vóljof y el sur del Ilmen. La BBC «informó» de que la División había sido aniquilada, pero Estrella Polar fracasó en medida muy importante gracias a ella.

Después de Stalingrado, los soviéticos sufrieron graves reveses en Ucrania y el frente central, pero la Wehrmacht estaba al límite de sus fuerzas. En julio de aquel año, 1943, los rusos ganaron la gran batalla de Kursk, mientras los anglosajones invadían Sicilia. Desde entonces, Alemania ya no pudo tomar la iniciativa frente al Ejército Rojo.

Estos cambios bélicos repercutieron en Madrid, donde la División se hacía más incómoda conforme los anglosajones presionaban para su vuelta. En septiembre Alemania aceptó la retirada, con todos los honores y el 12 de octubre, dos años justos después de haber entrado en fuego, la DA iniciaba su vuelta a casa. Quedó por poco tiempo una Legión Española reducida, y luego, contra las órdenes del gobierno español, un puñado de voluntarios siguió luchando hasta la misma caída del III Reich.

Habían participado en la durísima campaña entre 45.000 y 47.000 divisionarios. Los caídos sumaron entre 4.700 y 5.000, más 9.000 heridos y bastantes congelados. Cifras frecuentes y

aún más elevadas en unidades alemanas, y sobre todo rusas, indicativas del extremado rigor de los combates. 750 comunistas españoles combatieron en el lado soviético, con la tremenda proporción de muertos de un 28 por ciento.[77] La Escuadrilla Azul (84 pilotos y 550 auxiliares) perdió 19 pilotos y 5 ayudantes, y derribó 164 aviones soviéticos, aparte de otras numerosas misiones.

Además de otras condecoraciones, recibieron la preciada Cruz de Hierro unos 2.600 combatientes, 150 de ellos de primera clase, más 2.200 Cruces del Mérito Militar con Espadas. La mayoría de los pilotos de la Escuadrilla Azul ganó la Cruz de Hierro y bastantes la de primera clase. El general Esteban Infantes la obtuvo en el grado de caballero, otorgada a pocos no alemanes, y Muñoz Grandes, la misma con hojas de roble, mucho más escasa todavía. Además, Hitler creó una medalla específica para la División, caso único. España concedió 8 Laureadas y 54 Militares individuales.

El mero relato de los hechos descarta todas las interpretaciones vistas al principio. Una unidad compuesta de desharrapados, indeseables o movidos por ideas ajenas a las reconocidas de ningún modo habría resistido unas campañas tan extremadamente duras. En total se devolvió a España un millar de no aptos por causas médicas, delitos, homosexualidad o dudas políticas. La historia de una feroz y exterminadora unidad de legionarios no pasa de fantasía periodística. Solo 70 divisionarios se pasaron al enemigo y acaso otros tantos fueron abatidos al desertar o descubiertos a tiempo, un número bajísimo, y ello pese a las penalidades, muy explotadas por la propaganda contra-

[77] La cifra de los comunistas españoles la da Gregorio Morán en *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España*, Planeta, Barcelona, 1986.

ria para prometer mil ventajas a quienes desertaran. Los rusos solo consiguieron hacer a la DA unos 470 prisioneros, prueba de que nunca fue derrotada. Otra invención habla de la ausencia de carros y artillería antiaérea como muestra de desprecio por parte alemana: las divisiones de infantería de la Wehrmacht carecían de tales medios. La División permaneció en el frente todo el tiempo y los alemanes no estaban tan locos como para tener en primera línea unidades poco fiables.

De hecho, el prestigio de la División en Alemania fue notable y al parecer permanece. La Confederación de Excombatientes Alemanes admite en su seno a la Hermandad de Excombatientes de la DA. Hace años, en un curso de oficiales de la OTAN en Alemania, el comandante alemán brindó por la División Azul al estar presente el hijo de Muñoz Grandes (y para embarazo de otros militares españoles algo mojigatos). Y el canciller Helmut Kohl, al visitar el Alcázar de Toledo, calificó de heroica a la División. De su popularidad en España da idea la formidable manifestación de bienvenida con que recibió Barcelona en 1954 a los 220 prisioneros supervivientes del GULAG.

Queda el espinoso capítulo de los crímenes cometidos por todos los bandos, en Rusia y en el oeste. Los soviéticos calificaron de criminal de guerra a Muñoz Grandes, pero su propia comisión investigadora solo encontró quejas de tal o cual campesina a la que algún español había robado gallinas, o unas botas, o le habían comido un gato. Como excepción, el alcalde de Nóvgorod fue asesinado por un divisionario, y un teniente, Antonio Vasco, habría matado por capricho a civiles.[78]

[78] Según la investigación del historiador ruso Boris Nikolaievich Kovaliof sobre la División Azul, cuyo capítulo al respecto me ha resumido amablemente C. Caballero Jurado.

Sin embargo, no se ha encontrado en los registros de la División ningún oficial llamado Antonio Vasco, o Basco, o Blasco, Velasco o similar, de primero o segundo apellido, por lo que podría ser una invención como las actuales motivadas por la *ley de memoria histórica.*

La agencia RIA-Novosti se refirió el 8 de febrero de 2013 a un estudio sobre el trato de los ocupantes a las mujeres rusas. «Según el historiador Boris Kovaliov, los soldados más crueles eran los de los llamados destacamentos punitivos de Letonia y Estonia. Los finlandeses también habrían destacado por su brutalidad en las relaciones con las mujeres soviéticas. En el otro extremo se situaban los españoles de la División Azul. Fueron los mejores en el trato que tuvieron con la población local». Los diarios de Lidia Ósipova, rusa anticomunista que trabajó en la lavandería de la DA en Pávlovsk, frente a Leningrado, son expresivos dentro de su subjetivismo. Los españoles defraudaron un poco por su presencia física poco apuesta, pero los encontraron «más buenos, humanos y justos» que los alemanes, con lo que «las bellezas que convivían con los alemanes» pasaron a los divisionarios. Según ella, la rivalidad por las mujeres causaría frecuentes peleas entre alemanes y españoles (no debieron de ser tan frecuentes).

Es interesante cómo compara a las dos nacionalidades: «Los alemanes son tranquilos y silenciosos; los españoles, ruidosos e inquietos». «Es mucho mejor trabajar con los alemanes: con ellos sabes siempre lo que quieren. Estos inspirados españoles siempre te juegan una mala pasada (con sus contraórdenes). No tengo fuerzas para trabajar con ellos». «Los españoles reciben dos raciones: una del ejército alemán y otra de su gobierno y reparten lo que les sobra entre la población. La población ha valorado la generosidad española y rápidamente se en-

cariñó con los españoles como nunca pudo haberse encariñado con los alemanes, especialmente los niños. Si va en un carro un alemán, nunca veréis en él a los niños; si va un español, a él no se le ve detrás de los niños. Todos estos "José" y "Pepe" van por la calle con niños a cuestas». «Los alemanes obedecen sin rechistar cualquier orden. Los españoles siempre se esfuerzan para que no se ejecuten. El *verboten* (prohibido) de los alemanes les ofende». En contraste con los hispanos, «los alemanes son en extremo ahorrativos con el equipo y víveres». «Los alemanes, pese a su sentimentalismo, son muy groseros con las mujeres. No les cuesta nada golpearlas. Los españoles son apasionados, impetuosos y sinceramente respetuosos con las mujeres». «Los alemanes son valientes si así lo manda el Führer. Los españoles carecen de instinto de conservación. En un ataque pueden perder el 50 por ciento de los hombres, mientras que el otro 50 por ciento continúa combatiendo y cantando. Esto lo hemos visto». Sobre Krasni Bor: «Los rojos no *liberaron* a nadie y no tomaron prisioneros. Conducían los tanques a las casas y batían las casas y sótanos donde se escondían los rusos. Los españoles se portaron por encima de cualquier elogio; a los rojos los pararon. Incluso los alemanes los admiran...».

En 2005 una delegación de la DA fue invitada a los actos conmemorativos del final de la II Guerra Mundial, en San Petersburgo, antes Leningrado. Veteranos de los dos lados en Krasni Bor se fotografiaron juntos.

Los divisionarios fueron testigos nada complacidos de las humillaciones a los judíos, el maltrato a prisioneros y el ahorcamiento de supuestos colaboradores de partisanos. Con el terror, los alemanes trataban de convencer a la población de que toda resistencia era inútil, convicción que nunca lograron imponer. Los españoles siempre estuvieron en el frente y sus he-

tidos en ciudades de retaguardia, y nunca presenciaron matanzas de civiles o lo que ocurría en los *lager*. Por ello, su actitud hacia los alemanes, reyertas y críticas aparte, fue en general de camaradería, admirando su eficacia militar o hechos como la igualdad en el rancho entre oficiales y soldados, la disciplina tranquila, etc.

La División Azul integró a voluntarios de toda España y de todas las capas sociales, predominando la clase media urbana, con hasta un 25 por ciento de universitarios, proporción superior a la de las Brigadas Internacionales, tan elogiadas por ello. Allí lucharon, entre otros personajes destacados, dos de los directores de cine español más conocidos: García Berlanga (que luego inventaría explicaciones peregrinas para justificar su estancia en la División) y Pedro Lazaga; el director de *La Codorniz*, la revista de humor más acreditada hasta hoy, Álvaro de la Iglesia; el mejor historiador militar de la guerra civil, R. Salas Larrazábal; el ministro de Exteriores, Fernando María Castiella; Carlos Pinilla, promotor de las universidades laborales; el psicólogo José Luis Pinillos; escritores, ensayistas e historiadores como Luis Romero, Dionisio Ridruejo, C. Alonso del Real, y bastantes más. Unos trescientos alcanzarían el generalato durante el franquismo y la transición.



10

LOS ALIADOS FRENTE A ESPAÑA

Aparte de su despego por la democracia liberal, Franco sentía antipatía por así decir histórica hacia Inglaterra y Usa. Tradicionalmente, Inglaterra había sido más enemiga que amiga, y la pérdida de la América Hispana se debió en gran medida a intrigas y apoyo militar inglés. Mientras construía su imperio, Inglaterra se había afanado en destruir el español, valiéndose además de la masonería en ambos casos, un motivo más de aversión. Por otra parte permanecía Gibraltar como recordatorio ominoso de la arrogancia inglesa y la decadencia española. Y aún no había pasado medio siglo desde la guerra de 1898, agresión useña so pretexto de la voladura del acorazado *Maine*, atribuida falsamente a España, con la que Usa se adueñaría de Filipinas y Puerto Rico e indirectamente Cuba, fomentando una activa propaganda hispanófoba en toda América. Con Alemania o Italia nunca había habido conflictos semejantes.

Estas diferencias ideológicas y nacionales pesaban en pro del Eje, pero, como hemos visto, el Caudillo era renuente a la guerra en Europa Occidental. Renuencia debida al temor de

que España saliera destrozada apenas iniciada su reconstrucción, de que el beneficiario fuera Stalin, y de que Alemania adquiriese una hegemonía excesiva. Ya en plena contienda elaboró la teoría de las dos guerras, más tarde tres incluyendo la del Pacífico, en la que se inclinaba por Usa como defensora de la civilización cristiana. Tokio presionaba a Berlín en pro de un armisticio con la URSS para volcarse contra el común enemigo anglouseño, mientras que Madrid se esforzaba por una paz entre Alemania y los anglosajones, dejando a Alemania libre para dedicar todos sus esfuerzos contra la Unión Soviética. Sus propuestas fueron rechazadas con irritación por Hitler y respondidas con injurias y burlas en la prensa británica y useña.

Solo cinco países europeos lograron permanecer neutrales: Suecia, Irlanda, Suiza, Portugal y España. Menos Portugal, que hubo de soportar la ocupación de las Azores por los Aliados, e Irlanda, demasiado expuesta a un ataque directo inglés, los otros tres colaboraron con el III Reich. Se ha dicho qne España más que ninguna, pero esa afirmación es difícil de sostener. Suiza prestó a Alemania importantes servicios financieros y de otros órdenes, y la producción bélica alemana dependía en alta medida del hierro, los rodamientos de bolas, etc., suministrados por Suecia, que también permitió el paso de tropas germanas hacia Noruega y Finlandia.

La ayuda española nunca tuvo el carácter necesario que las de Suecia y Suiza, ni incluyó el paso de tropas ni la devolución de refugiados judíos... Lo más esencial fue la División Azul, y solo en el frente del Este, según la teoría de las dos guerras. La DA debió de resultar harto embarazosa para Churchill, pues suponía un riesgo de que Moscú declarase la guerra a España, forzando a Londres a secundarla, con probable pérdida de Gibraltar. Además, le intranquilizaba la perspectiva de una división española

instruida y armada a la alemana, utilizable contra el Peñón. De ahí su interés en la retirada de la DA. Dados los retrocesos alemanes, también a España dejó de convenirle la presencia de aquellos voluntarios en Rusia, y los retiró en 1943-1944.

Como ya indicamos, la esencial neutralidad española no tuvo igual efecto para unos y otros beligerantes: sus máximos beneficiarios, en el plano estratégico, fueron Inglaterra, por el peligro de perder Gibraltar y el Mediterráneo occidental; y después Usa, ya que su desembarco en el Magreb —Operación Torch (Antorcha)— , en noviembre de 1942, no habría sido realizable si España se sentía amenazada y decidía unirse a Alemania. Churchill y Roosevelt, bien conscientes de las inestimables ventajas de un Madrid neutral, hicieron todo género de promesas, llegando a la obsequiosidad en vísperas de Antorcha. En octubre, el embajador inglés, Hoare, se esmeró en convencer al gobierno español, a través del ministro de Exteriores Jordana, de que: «1. No tenemos ninguna intención de interferir en los asuntos internos de España. 2. Nuestros propósitos no son de violar el territorio español, ni en la península ni en sus posesiones de ultramar». Y tampoco en la posguerra pensaban «imponer algún sistema de gobierno a los países de Europa continental. Nuestro deseo era que cada país fuera libre de elegir su propio estilo de gobierno y que lo que era apropiado para uno no era necesariamente apropiado para otro». Creían buena una monarquía para España, pero «de ningún modo queríamos intervenir en asuntos españoles».[79] Casi cada frase se demostraría falsa.

Por su parte, el presidente useño Roosevelt escribió su célebre carta: «Querido general Franco: por tratarse de dos nacio-

[79] En E. Sáenz-Francés, *Entre la Antorcha y la Esvástica*, Actas, Madrid, 2009, p. 285.

nes amigas, en el mejor sentido de la palabra, y por desear sinceramente tanto usted como yo la continuación de tal amistad para nuestro bienestar mutuo, quiero manifestarle sencillamente las razones que nos han forzado a enviar una poderosa fuerza militar americana en ayuda de las posesiones francesas en el norte de África (...). Espero que Vd. confíe plenamente en la seguridad que le doy de que en modo alguno va dirigido este movimiento contra el gobierno o el pueblo español ni contra Marruecos u otros territorios españoles (...). España no tiene nada que temer de las Naciones Unidas». Tampoco a estas palabras responderían los hechos.

Con el éxito de Torch, Churchill y Roosevelt se despreocuparon de cualquier reacción española y su lenguaje cambió. En febrero de 1943 se rendían los alemanes en Stalingrado, y en mayo en el norte de Túnez, abriendo paso a la invasión de Sicilia. Entonces las cortesías con Madrid se convirtieron en presiones, amenazas e injerencias. La prensa anglosajona producía falsas informaciones sobre la España «fascista», presentándola como un peligro. En mayo el embajador español en Washington, Cárdenas, notificaba a Gil-Robles, vuelto antifranquista y juanista acérrimo: «El ambiente contra España es terrible, hasta el punto de que en varias ocasiones ha tenido el mismo Roosevelt que transmitir las órdenes de que se cargaran los buques petroleros españoles». Ello recordaba a las campañas de prensa de Randolph Hearst para calentar a la opinión con vistas a la guerra en 1898. Carrero señalaba a Franco que un ataque aliado vendría precedido por una campaña de desprestigio.[80]

---

[80] J. M. Gil-Robles, *La monarquía por la que yo luché*, Taurus, Madrid, 1976, p. 39. M. Platón, *Hablan los militares*, Planeta, Barcelona, 2001, p. 78.

Como quedó dicho, Alemania solo obtuvo algunas ventajas tácticas de la neutralidad española, como aprovisionamiento de algunos submarinos o facilidades de espionaje. Estas últimas también las disfrutaban los Aliados. Según Hayes: «El gobierno español estaba perfectamente enterado de lo que llevábamos a cabo, por medio de su magnífico servicio secreto (...). Podía haberlo impedido fácilmente o al menos dificultado, y sin duda lo habría hecho de haber decidido servir a los intereses del Eje (...). Lo único sobre lo que nos vigilaban estrechamente y estaban dispuestos a impedírnoslo en todo momento era el contacto con elementos subversivos del interior de España o que nos dedicásemos a actividades hostiles hacia el régimen».[81]

Pues, olvidando las promesas de no injerencia, menudearon los intentos aliados de subversión en España. Poco antes del desembarco en Normandía, Jordana protestó a Hayes por los manejos de Bill Donovan, jefe de la OSS, precursora de la CIA, que habían costado la vida a un inspector de policía español. Detenidos varios agentes de Donovan, se supo que este entrenaba en Marruecos a grupos de saboteadores para actuar en España, que el consulado useño en Barcelona financiaba la entrada de agitadores y saboteadores por los Pirineos y que un agente inglés había intentado montar una base guerrillera en la zona astur-leonesa. Claro que los Aliados anglosajones estaban por entonces demasiado ocupados en otros frentes para prestar mucha atención a España, aunque hubo tentaciones de invadirla ante la dificultad de avanzar por Italia, según expone M. Platón en su libro *Hablan los militares*.[82]

---

[81] C. Hayes, *Misión...*, *op. cit.*, p. 163.
[82] p. 78.

Otro momento crítico surgió en octubre de 1943, por un telegrama remitido por Jordana al hispanófobo José Laurel, jefe del Gobierno títere impuesto por Japón en Filipinas. Laurel había informado a Madrid de la constitución de su gobierno y Jordana le respondió deseando mantener buenas relaciones, sin ofrecer reconocimiento oficial. Por lo demás, Madrid prefería allí a Usa, como dijimos, y venía protestando por el maltrato japonés a los intereses culturales y económicos hispanos en Filipinas. Pero Washington hizo del telegrama un pretexto para una campaña de intimidación, a partir del *New York Times*. Propalaban que España aprovisionaba a la mussoliniana república de Saló, que la División Azul tenía orden de continuar en Rusia o que los barcos españoles llevaban contrabando al Eje. Corrieron rumores de represalias y posible agresión armada a España. El curso de la guerra fue disolviendo el escándalo por sí solo.

No mejores augurios ofrecían los tratos ingleses con monárquicos juanistas, deseosos de sustituir a Franco por Don Juan. En diciembre del 43, Franco había conocido una carta del pretendiente al conde de Fontanar, hombre de su confianza. Don Juan le informaba de que, según lord Mountbatten, personaje próximo a Churchill, este había resuelto expulsar a Franco, con probable invasión, e instalar al rey. Por otra parte aumentaba la agitación comunista que llevaría a crear el maquis.

Londres y Washington montaron otro escándalo por la venta de volframio español a Alemania. El volframio, como aleación del acero, servía a la industria bélica, pero su venta entraba en los derechos de neutralidad, como el cromo turco o el hierro sueco. Portugal vendía más volframio al Reich y no sufrió tal acoso. A España le reportaba abundantes divisas, pues los Aliados lo compraban sin necesitarlo, a fin de restringir los en-

víos al Reich, lo cual elevaba los precios. Pero a finales de 1943 los Aliados exigían imperiosamente el cese total de las ventas, así como el cierre del consulado alemán en Tánger, activo centro de espionaje —como los consulados anglosajones—, y la retirada de voluntarios de Rusia, presentada como conveniente para Madrid a fin de resistir las presumibles presiones soviéticas cuando terminase la guerra. El punto flaco del servicio secreto español era que los ingleses habían descifrado los códigos españoles y alemanes, por lo que conocían actuaciones ocultas hispanogermanas.

A principios de 1944, con Alemania a la defensiva en todos los frentes, las amenazas aliadas arreciaron. El 20 de enero, Usa cortó unilateralmente el vital suministro de petróleo, amenazando de colapso a parte de la economía española y de dejar sin reservas al Ejército ante una posible y temida invasión. Pero la invasión no ocurrió. Autores como Luis Suárez, De la Cierva o Ansón lo atribuyen a Stalin, molesto y sospechoso por el estancamiento de sus aliados en Italia y su tardanza en abrir un segundo frente por Francia, objetivo para el que un ataque a España sería un embrollo más. Habría sido una de las muchas paradojas de la guerra que Stalin hubiera librado a España de tal prueba. Como fuere, no se han descubierto documentos ingleses o useños que demuestren decisión invasora.

Sí es claro que Hayes, en representación de Roosevelt, deseaba llevar el boicot petrolífero hasta poner a Madrid de rodillas. Churchill, por contra, temía empujar a España a un caos de salida imprevisible cuando ya preparaban la invasión de Francia. El 27 Hoare expuso perentoriamente a Franco las exigencias aliadas: cese del negocio del volframio y del espionaje alemán, y retorno de la Legión Azul. A cambio, le tentó con esperanzas de halagüeñas relaciones hispano-inglesas en la

posguerra. Franco volvió a irritarle al mostrarse poco impresionado y hablarle «con la voz suave y tranquila de un médico de familia que desea tranquilizar a un paciente excitado». Pensaba que los Aliados intentaban forzarle a volverse contra Alemania, como hacían con Turquía, Argentina o Finlandia, a lo cual no estaba dispuesto. Sin embargo tenía plena conciencia de hallarse en posición crítica y debió hacer concesiones. El petróleo volvió a llegar tras un acuerdo del 2 de mayo, por el que se hizo firme el retorno de la Legión Azul —continuó un puñado de voluntarios en Rusia—, fueron cerrados el consulado alemán en Tánger y la agregaduría militar japonesa en Madrid, y restringida, sin anularse, la venta de volframio. Berlín protestó por el incumplimiento del tratado comercial, pero se le respondió que tampoco España había recibido las armas alemanas previstas. Bajo cuerda, las medidas fueron aplicadas de forma lenta y parcial.

Algunos sectores del régimen, en particular falangistas, consideraron aquellas concesiones una humillación intolerable e innecesaria, porque los Aliados, olvidando las promesas hechas en situaciones apuradas, se declaraban incompatibles con la continuidad del estado franquista. En tales circunstancias aumentaron las maniobras de Don Juan y su grupo, confiados en que los vencedores les llevasen al poder.

También el gobierno useño se resintió por el acuerdo, pues deseaba una rendición completa del gobierno español, cosa que había impedido Churchill, temeroso de complicaciones innecesarias, advirtiendo que en último extremo Inglaterra vendería petróleo a España. Con ello forzó la «capitulación del Departamento de Estado», en frase de Hayes. La disputa produjo descontento y frialdad entre Londres y Washington. Para el Caudillo se trataba de ganar tiempo hasta que la amenaza so-

viética cobrara tal inminencia que obligase a Churchill y Roosevelt a cambiar de estrategia. En todo caso salió del trance muy reforzado en España y poco después visitaba Bilbao, donde recibió una acogida popular aún más calurosa de lo habitual.

Pese a los actos hostiles por parte de España, Churchill entendía bien lo que debía a su no beligerancia en momentos en que la suerte de su país pendía de un hilo, y el 24 de mayo de aquel 1944 defendió la no injerencia y fue más allá: «No simpatizo con quienes creen inteligente, incluso gracioso, insultar y ofender al gobierno español en cualquier ocasión». Esas frases levantaron ampollas en la prensa y el Parlamento ingleses, muy antifranquistas, e irritaron a Roosevelt, deseoso de hostigar sin contemplaciones a España. Churchill tuvo que explicarle: «No me importa Franco, pero no quiero una Península Ibérica hostil a los británicos después de la guerra».

El 6 de junio comenzaba el desembarco en Normandía y, según progresaba, crecía el acoso a España. La BBC anunciaba una escalada de exigencias, entre ellas el cese de todo comercio con Alemania —imposición ilegal, aunque el caos creado por los bombardeos en el transporte por Francia ya casi impedía ese comercio—. La prensa sembraba bulos sobre unidades secretas nazis en España y porfiaba con el volframio. En el Congreso useño se oían propuestas de ruptura con Madrid y apoyo a las guerrillas.

El 30 de junio, Hoare indicaba a Jordana que Londres miraba a España como «uno de los pilares para garantizar la paz futura en Europa», y no quería inmiscuirse en sus asuntos, pero... el franquismo debía dejar paso a un sistema que los anglosajones pudieran defender ¡ante los soviéticos!; pues estos, de otro modo, impondrían en España un gobierno de izquierda. Pensaba en una monarquía. Jordana le replicó que el gobierno

nacional era la mejor garantía de estabilidad para Europa. El Caudillo entendió que Londres trataba de intimidar al régimen para que se disolviera por su cuenta y España se convirtiese en satélite inglés por evitar, supuestamente, serlo soviético. Por tanto, instruyó a Jordana para que comunicase a Hoare que sus palabras constituían una injerencia inadmisible y que las daba por no dichas. La reprimenda irritó aún más al embajador, y a los pocos días la prensa anglosajona «descubría» que la Gestapo reclutaba exmiembros de la División Azul para operar en el sur de Francia. Entre tales intimidaciones y provocaciones, el Vaticano defendió al franquismo ante los Aliados definiéndolo como «sinceramente católico». El gobierno provisional italiano, inquieto por el creciente poder comunista, agradeció las gestiones a Madrid, que le transfirió la deuda contraída por España con Mussolini (la deuda sería pagada a precio de saldo con una lira muy devaluada). Franco, por su parte, insistía en aconsejar negociaciones entre Berlín y los anglosajones para limitar las tremendas destrucciones en curso.

El 19 de septiembre de 1944, Carrero entregaba a Franco unas «Consideraciones sobre el mundo próximo». La segura victoria aliada supondría una catástrofe para Europa, vaticinando acertadamente que Usa y URSS saldrían como los poderes dominantes, pero no Inglaterra. Después especulaba vanamente sobre un importante papel internacional posiblemente reservado a España por la divina providencia.

Al mes siguiente, los soviéticos estaban ante Varsovia, atacaban Prusia oriental y avanzaban desde el sureste hacia Budapest. Franco pensaba que la alianza de Churchill y Roosevelt con Stalin quebraría pronto. El día 18 escribió a Churchill: «Puesto que no podemos creer en la buena fe de la Rusia comunista (...), debemos tener muy en cuenta el hecho de que

el debilitamiento o la destrucción de sus vecinos aumentará (...) la ambición y el poder de Rusia, haciendo cada vez más necesario, por parte de los países occidentales, una toma de posición inteligente y comprensiva (...). Al consolidar Rusia su posición preponderante en Europa y en Asia, cuando los Estados Unidos hayan reforzado, por su parte, su supremacía en el Atlántico y el Pacífico (...), los intereses europeos sufrirán la más grave y peligrosa crisis (...). Una vez que Alemania esté destruida, a Inglaterra le quedará en Europa únicamente un país hacia el cual poder volver los ojos: España. Las derrotas de Italia y de Francia y la descomposición interior que roe a esos países no permitirán, probablemente, construir nada sólido (...). La amistad recíproca entre Inglaterra y España es deseable». Las relaciones presentes entre los dos países, admitía, «no nos llevan a un gran optimismo». Su gobierno conocía las acciones secretas inglesas contra él, pero «con una visión clara del futuro y de las necesidades históricas, ha evitado siempre el escándalo que podría resultar de su publicidad». También advertía que no pensaba sacar ventaja de la desgraciada situación de Alemania y recomendaba fortalecer la solidaridad continental. En fin, «España cree que sus intereses y los de Inglaterra descansan sobre un mutuo entendimiento».

La carta sonó en Londres y Washington como una insolencia intolerable, máxime sabiendo que enfurecería a Stalin. El jefe laborista Attlee, que momentáneamente sustituía a Churchill, escribió encrespado al gabinete de guerra: «Deberíamos usar todos los métodos disponibles para ayudar a provocar su caída (de Franco)». El conservador Eden, ministro de Exteriores, propuso una tajante declaración anglouseña que negaba a la España franquista todo papel en el mundo de la posguerra y embargaba de nuevo el petróleo. Churchill, más realista, advir-

tió: «Usted empieza con el petróleo, pero pronto acabará en sangre. Si los comunistas se adueñan de España, debemos esperar que la infección se expandirá rápidamente a Italia y a Francia». Juiciosamente, la propuesta de Eden se anuló. De todas formas, el gobierno acordó responder a Franco en tono insultante. Hoare se entrevistó el 12 de diciembre, por última vez, con el Caudillo, y reseña: «No dio muestras de estar preocupado por el futuro».

Churchill respondió mordazmente a Franco, el 20 de diciembre. Negaba actos subversivos ingleses y contraatacaba con los favores hechos por Franco al Reich, para concluir: «Creo que no existe la menor posibilidad de que España sea invitada a formar parte de la futura organización mundial». Rechazaba también la posibilidad de que Londres formase «un bloque de poder basado en la hostilidad a nuestros aliados rusos, o por cualquier supuesta necesidad de defensa contra sus actividades. La política del gobierno de Su Majestad (...) considera la colaboración permanente anglo-rusa, dentro del sistema de la organización mundial, como imprescindible para sus propios intereses y esencial para la paz futura y la prosperidad de Europa en su conjunto».

Churchill expresaba los puntos de vista de su gobierno, los creyera o no. Él y Hoare pensaban también que Inglaterra seguiría siendo una potencia decisiva en Europa y el mundo. Franco y sus más allegados estaban seguros de que todo ello era pura ilusión, aunque mientras durase les resultaría peligrosa. Su horizonte iba a oscurecerse aún más en la Conferencia de Yalta, donde Roosevelt, Churchill y Stalin diseñarían un mundo de posguerra del que la España de Franco estaría excluida.

Cuestión importante por entonces fue la persecución nazi a los judíos. En junio de 1944 unos huidos de Auschwitz

informaron que los campos no eran de trabajo, sino de exterminio. El informe llegó a Churchill, quien, a sugerencia de los líderes sionistas C. Weizmann y M. Shertok, ordenó bombardear las vías férreas que conducían a los *lager*; pero el Ministerio de Aviación rehusó «arriesgar la vida de aviadores británicos para nada». El subsecretario de guerra useño, J. J. McCloy, rechazó cuatro veces peticiones semejantes. Hecho sorprendente, porque el bombardeo de ferrocarriles, estaciones, depósitos y comunicaciones era constante, perturbando, a veces hasta el caos, los transportes alemanes.[83] En 2005, en su visita a Auschwitz, Ariel Sharon denunciaría amargamente: «Los Aliados conocían la aniquilación de los judíos. La conocían y no hicieron nada... Todas las sugerencias de operaciones de rescate presentadas por organizaciones judías fueron rechazadas. Simplemente no quisieron enfrentarse a eso». Menájem Beguin lamentará: «No puede decirse que los forjadores de la política británica en Oriente Medio no quisieran salvar a los judíos. Sería más correcto decir que ansiaban que los judíos no se salvaran». Otro caso extraño fue la oferta de Adolf Eichmann, responsable del transporte de judíos a los campos, de liberar a un millón de ellos a cambio de diez mil camiones para el frente ruso. La propuesta, que podría haber salvado a tantas personas, fue desoída. Los Aliados se limitaron a presionar a países neutrales para que admitiesen y facilitasen el tránsito a los hebreos.

La política española siguió dos líneas: permitir la entrada clandestina de perseguidos, sin devolverlos a Alemania (Suiza y Suecia sí devolvieron a algunos) y facilitándoles el viaje a Amé-

[83] En M. Gilbert, *La Segunda Guerra Mundial, II*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006, pp. 228-229.

rica; y ofrecer la nacionalidad española a los sefardíes, siguiendo una ley ya caducada de la dictadura de Primo de Rivera y a la que apenas se había acogido nadie. Pero los alemanes ignoraban la caducidad de la ley y numerosos sefardíes se salvaron de este modo. Además, en varias ocasiones los cónsules españoles protegieron a los perseguidos, siendo el caso más conocido, pero no el único, el de Sanz Briz en Budapest. Los judíos así salvados podrían estar entre 20.000 y 40.000 o más.

Con este hecho ocurre lo mismo que con la neutralidad: es obvio que en ambos casos el responsable máximo solo podía ser Franco, pero la evidencia resulta inaceptable para sus enemigos, por lo que se han lucubrado diversas falacias, desde que los cónsules obraban por su cuenta, sin autorización o incluso contra las instrucciones del gobierno (al terrible dictador no le hacían caso, al parecer, sus funcionarios), hasta reconocer que se había hecho algo, pero poco. ¿Podía haber salvado a más? Quizá. Pero también a menos, o a ninguno, porque no tenía más obligación hacia ellos que el sentimiento humanitario, máxime cuando salvo los judíos de Marruecos, que le apoyaron en la guerra civil, casi todos los demás le habían mostrado hostilidad; y si los Aliados conocieron tardíamente el Holocausto, Franco seguramente oyó de él más tarde, y probablemente lo interpretó como una de tantas exageraciones o mentiras de guerra. Por cierto que los Aliados obraron como si tampoco lo creyeran, puesto que no hicieron casi nada práctico para remediarlo. El 2 de octubre el Congreso Mundial Judío agradeció lo hecho por España, pidiéndole que intentara frenar a Hitler. Madrid aceptó ayudar también a judíos asquenazíes, sin mucha esperanza, dado que los alemanes concedían a España autoridad solo sobre los sefardíes, y con restricciones serias.

Al llegar a la seguridad de Usa, algunos judíos así librados de la muerte hacían declaraciones antifranquistas y otros muchos allí residentes creaban opinión en el mismo sentido. Lequerica, que había sustituido a Jordana en Exteriores, protestó: «Desde hace tres años, España viene accediendo reiteradamente y con la mejor voluntad a cuantas peticiones presentan comunidades judías (...), habiendo dado lugar a enérgicas intervenciones no solo en Berlín, sino en Bucarest, Sofía, Atenas, Budapest, etc. Con desgaste evidente de nuestras representaciones diplomáticas (...). Gracias a nuestras gestiones, numerosos israelitas de Francia han podido pasar nuestra frontera (...). Otros se han visto eficazmente protegidos (...). Pero siendo esta la situación, no puede menos de causar profundo sentimiento al gobierno español el advertir que por empresas periodísticas, de radio o de difusión de noticias controladas por elementos israelitas, especialmente en Estados Unidos, se hacen intensas y reiteradas campañas calumniosas contra España». Las intervenciones españolas ante los nazis habrían sido quizá menos enérgicas de lo dicho por Lequerica, pero realmente causaron roces con los alemanes y, con más o menos altibajos, esa fue la línea general.

Desde luego, en España había constancia de las humillaciones y persecución hacia los hebreos, interpretables como tantas otras crueldades de la época, y la actitud oficial obedeció a ese conocimiento, no al hecho de que los nazis los estuvieran exterminando. Por otra parte, la simpatía del Caudillo hacia los israelitas era muy escasa, tanto porque la mayoría de estos militaban contra él como porque creía en una «conspiración judeo-masónica» contra España. La masonería, sociedad iniciática secreta (o «discreta»), anticatólica por su propia concepción, había desempeñado un papel crucial en las guerras que llevaron

a la destrucción del Imperio español y en los pronunciamientos militares del siglo XIX. Franco detestaba especialmente su actuación dentro del Ejército, donde actuaba dando consignas al margen de la cadena de mando y promoviendo encubiertamente a los suyos para dominar la institución. A su juicio, se trataba de maquinaciones diabólicas por su carácter anticatólico o, más ampliamente, anticristiano (la Iglesia siempre había rechazado las sectas iniciáticas y ocultistas). Tales creencias nunca impedirían a Franco una relación pragmática con gobiernos que consideraba muy influidos por la masonería y el judaísmo, como el inglés o el useño.

Es difícil, por tanto, encontrar en su acción hacia los perseguidos por los nazis otra motivación que la puramente humanitaria (no sacó el menor beneficio de ella). La misma actitud volvería a manifestarse cuando, con motivo de la independencia de Marruecos, en 1956, facilitó la salida de judíos a través de Melilla, en colaboración con el Mosad, y tomó otras medidas de protección en países como Egipto; y ello sin que Madrid reconociese oficialmente a Israel, cuyo gobierno había «agradecido» el salvamento de los suyos votando contra la entrada de España en la ONU en 1950.[84]

---

[84] Trato estas cuestiones más por extenso en *Años de hierro*. Hace unos años algún historiador comunistoide ha pretendido que los franquistas planeaban enviar a los seis mil judíos residentes en España a los campos de exterminio. Tal estupidez encontró eco en *El País* y otros medios.

II

FRANCO, CHURCHILL Y ROOSEVELT

Por lo que respecta a Churchill y Roosevelt, eran políticos profesionales dentro de las tradiciones imperantes en sus países, más estables que los de la Europa continental. Diferían radicalmente, por tanto, de revolucionarios como Mussolini y Hitler, y, desde luego, de Stalin. También distaban de Franco, el cual no se habría dedicado a la política de no ser por los dramáticos avatares de su patria. Churchill y Roosevelt provenían de un tronco cultural común, que convencionalmente llamamos anglosajón, por mucha diferencia que hubiera entre las dos naciones. Entre otras cosas, Churchill representaba el espíritu aristocrático e imperialista inglés, más liberal que demócrata, mientras que Roosevelt, más demócrata que liberal, no apreciaba el colonialismo de su socio y estaba dispuesto a sustituirlo por zonas de influencia propias.

El líder useño, de familia opulenta, representaba un estilo protestante y filantrópico; también viajero y deportista, hasta que la poliomielitis le redujo a la silla de ruedas en 1921, cuando contaba treinta y nueve años. Con su esposa. Eleanor tuvo

seis hijos y le fue infiel con varias amantes. Eleanor detestaba el trato sexual, pero tuvo a su vez algún amante y relaciones lesbianas. Retraída de la política al principio, llegó luego a influir sobre su marido en sentido izquierdista e influyó también en la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU, que ella llamaba, algo ampulosamente, «Carta Magna de la Humanidad». Sintió gran simpatía por el Frente Popular, la consiguiente fobia hacia Franco, y protegió a exiliados españoles.

Pese a su semiparálisis, Roosevelt persistió en su plena dedicación política, de tono «liberal», que en Usa significa más bien socialdemócrata, con rasgos populistas. Estuvo a punto de perder la vida en un atentado, en el que murió el alcalde de Chicago, pero en su carrera dentro del Partido Demócrata cosechó los mayores éxitos, ganando cuatro veces la presidencia del país. Prometió combatir la Gran Depresión mediante la reducción del gasto público, pero una vez en el poder hizo lo contrario: fuerte expansión del gasto e intervencionismo económico, programa bautizado como New Deal (Nuevo Trato), que Roosevelt llegó a valorar como una especie de nuevos derechos ciudadanos. Esta orientación, luego apoyada por el economista inglés Keynes, tenía semejanzas con la practicada por el fascismo y el nazismo, si bien con éxito distinto en cada caso. En Usa, la mejora fue débil y la economía continuó semiestancada a lo largo de los años treinta, hasta la guerra. Llegada esta, Roosevelt prometió no mandar jóvenes useños a combatir fuera, pero sobrepasó la neutralidad tratando de provocar a Alemania a algún acto que le justificase entrar en el conflicto. Sin embargo, el primer paso lo dio Japón, con cuyo motivo Berlín también declaró la guerra a Usa, cuando Tokio no la declaró nunca a la URSS. El presidente mostró cordialidad hacia Stalin, tanto porque la URSS corría con el grueso del sacrificio béli-

co, como por simpatías que, aun con reticencias, solían sentir los «liberales» hacia el experimento soviético. El influyente Harry Hopkins, eminencia gris del gobierno, destacaba en su afabilidad hacia Stalin, y se ha sospechado de él directamente como agente soviético. Roosevelt murió relativamente joven, con sesenta y tres años, pocas semanas antes de la rendición del III Reich.

Churchill viviría noventa años. Nacido en 1874, había entrado en el ejército y llevado una juventud aventurera y belicosa en la India, Sudán y Suráfrica. En 1895 estuvo en Cuba, al lado de España contra los rebeldes. No obstante, en su afición militar se parecía poco a Franco, héroe de guerra pero no muy dado a la aventura. A principios de siglo entró en política por el Partido Conservador, luego con el Liberal y de nuevo con el Conservador. Lejos de la sucesión de éxitos de Roosevelt, sufrió fuertes altibajos entre la popularidad y la crítica, y hasta el desprecio. Durante la I Guerra Mundial se le culpó de la derrota anglo-australiana en los Dardanelos a manos de los turcos, motejándosele de Carnicero de Galípoli. Al revés que el monovocacional y algo anodino Roosevelt, combinaba al intelectual y al hombre de acción, y era ingenioso, un tanto derrochador, alcohólico, bienhumorado aunque con episodios depresivos; y escritor talentoso —Premio Nobel de literatura—. A los treinta y cuatro años se casó con Clementine Hozier, con quien tuvo cinco hijos, y no parece haber tenido amantes (en eso recuerda a Franco, así como en su afición a la pintura). En 1945 era el estadista más viejo de los cinco, con setenta y un años (Stalin, cuatro menos).

Su actitud hacia España era bastante positiva, y dentro de su hostilidad al franquismo había mostrado un grado mayor de comprensión y gratitud que su socio useño. Durante la guerra

civil defendió la no intervención, más inclinado a los nacionales, pues detestaba acérrimamente a los comunistas. Pese a su anticomunismo advirtió pronto el peligro de Hitler para Inglaterra y lo valoró como el principal enemigo, en parte por ideología, en parte por nacionalismo: «Desde hace cuatrocientos años, la política de Inglaterra ha consistido en oponerse a la más fuerte de las potencias continentales», señaló, con decisión de mantener la línea. Y ello hasta el punto de que «no mentiré diciendo que, si tuviera que elegir entre el comunismo y el nazismo, elegiría el comunismo». Como primer ministro se declaró dispuesto a llevar la lucha a todos los extremos, y el bombardeo masivo de la población civil es en gran medida responsabilidad suya (la aviación inglesa había practicado el bombardeo indiscriminado contra revueltas indígenas en África y Asia). También se le ha achacado la terrible hambruna de Bengala, en 1943 —se le calculan hasta tres millones de muertos—, por su política de tierra quemada ante el avance japonés por Birmania; y —a él y a Roosevelt— la entrega a Stalin y a Tito de prisioneros anticomunistas, que serían fusilados o exterminados lentamente en el GULAG. No obstante, sus grandes éxitos han opacado los considerables puntos negros de su carrera.

Tópico archirrepetido en estos años ha sido el de la crueldad de Franco, igualándosele incluso a Hitler o Stalin. En mi opinión, su crueldad no es comparable siquiera a la manifestada por Churchill o Roosevelt, y creo que en realidad se trata de una leyenda, divulgada con especial insistencia —y ya es significativo— por comunistas, sobre todo a partir de Tuñón de Lara. Así, Franco desechó el bombardeo de ciudades o pueblos tras una débil experiencia en Madrid, en noviembre del 36 (unos trescientos muertos a lo largo de tres semanas). Y prohi-

bió expresamente los ataques a la población, siendo desobedecido en dos o tres ocasiones por la Legión Cóndor (Guernica) y por la aviación italiana (Durango, Barcelona y otros puntos). Desobediencias pronto corregidas.[85]

Parte de la leyenda la inventó el monárquico Sainz Rodríguez, intrigante vocacional y poco veraz, que atribuye al Caudillo la revisión de las penas de muerte mientras tomaba chocolate con picatostes. Preston ha sustituido el chocolate —Franco nunca lo tomaba, según sus allegados— por el café. También se dice que al firmar las sentencias añadía instrucciones como «garrote» o «prensa», para indicar la clase de muerte y publicidad a dar. De ser así, debían existir cientos de papeles con firma y comentarios, pero no se ha presentado ninguno. Las sentencias las firmaban los jueces, firmando él solo las conmutaciones, muy numerosas. Desde que accedió al mando efectivo, orientó la represión por vías legales para dificultar venganzas y asesinatos, y lo mismo hizo al terminar la guerra, en contraste con lo ocurrido en otros países europeos. La acusación de crueldad sugiere, también lo hemos visto, que los condenados eran inocentes «republicanos» o «demócratas», como si el Frente Popular no hubiera perpetrado un cúmulo de atrocidades, hasta entre sus miembros.

El poder nazi duró solo doce años, cruzando por la historia del siglo XX como un meteoro. Los seis primeros devolvieron a Alemania su potencia, prosperidad y orgullo, luego se enfrentó a medio mundo y dejó al país convertido en un mar de escombros. Su apocalíptica derrota demostró la megalomanía de sus planes, pero también exigió el esfuerzo conjunto de

[85] Ver *Los mitos de la guerra civil*, capítulo sobre Guernica, basado en el estudio exhaustivo de J. Salas, *Guernica, el bombardeo*, Galland Books, Madrid, 2012.

«los Tres Grandes». Churchill y Roosevelt sabían lo mucho que debían al titánico empeño de la Unión Soviética, la cual, sin ayuda, había vencido en la batalla de Moscú en 1941 había vuelto a vencer al año siguiente en Stalingrado, con ayuda más significativa de los anglosajones, y luego en Kursk había reducido definitivamente a la Wehrmacht a la defensiva. Como había dicho Churchill, la ayuda a la URSS era la mejor inversión, porque libraba a Usa e Inglaterra del principal esfuerzo alemán. De otro modo, los desembarcos en el Magreb o en Francia habrían sido impensables. Al terminar la guerra en Europa, el Ejército Rojo era imbatible, salvo con armas atómicas, aún no disponibles (la derrota de Japón fue decidida por el lanzamiento de bombas atómicas, meses más tarde); y ello contribuye a explicar las cesiones hechas a Stalin por Roosevelt y Chuchill, este más a regañadientes que su compañero useño.

El «modo americano de hacer la guerra» consistía en explicar una superioridad material aplastante que hiciera inútiles la destreza táctica, el valor o el heroísmo del adversario. En general, los useños y los ingleses solo conseguían derrotar a los ale-manes acumulando una ven muy grande en hombres y máquinas; con ventaja menor solían sufrir reveses. Las victorias teutonas debieron más a la destreza de sus mandos, la motivación de sus soldados y su excelente organización. Usa supo aplicar con eficiencia una imbatible producción de armas y pertrechos, y la lucha en tres frentes acabó por agotar a su enmigo. El modo soviético difería del useño en que no escatimaba la sangre de sus propios soldados, sin que ello excluyera notable habilidad en vastas maniobras y producción de armas no inleriores en calidad a las alemanas, a veces superiores.

Finalmente, Europa quedó dividida en dos grandes zonas, la centro-oriental dominada por los soviéticos y la centro-oc-

cidental, por Usa. Franco había tratado de impedirlo insistiendo en negociaciones entre Alemania y los anglosajones. Es fútil especular sobre lo que habría pasado en tal caso, pues nunca fue posible: Berlín rechazó la propuesta y los Aliados exigían la rendición incondicional. Para Franco, el enemigo máximo era el comunismo staliniano; para Churchill y Roosevelt, el nazismo hitleriano; y conforme a esa concepción estratégica actuaron unos y otros. En cambio, Franco acertó al estimar el declive inglés y la imposibilidad de mantener la alianza entre las democracias y la URSS. En ello basó su confianza para superar las presiones y agresiones de los Aliados.

Contra las esperanzas de Churchill, Inglaterra, un tanto malparada, pasó a potencia de segunda fila, endeudada hasta las orejas con su socio useño. Y a pesar de que este condonó las deudas y luego le obsequió con la parte del león de Plan Marshall, vería al cabo cómo la vencida Alemania la superaba económicamente. Fue asimismo el principio del fin de su vastísimo imperio. Roosevelt detestaba los imperios y zonas de influencia europeos, aunque mostrase más comprensión con los soviéticos. También Francia y Holanda irían perdiendo sus mayores colonias, a veces con guerras brutales.

Sorprendentemente las metrópolis no se arruinarían al perder sus imperios, sino que prosperarían como nunca, contra el supuesto de que debían su riqueza a la explotación colonial (teoría reelaborada, de forma poco convincente, con la tesis de los «países proletarios»). De todas maneras, los primeros años de posguerra fueron realmente lúgubres en Europa Occidental hasta la llegada de los incentivos del Plan Marshall, ofrecido por Usa ante el riesgo de que la miseria fecundase revoluciones. A la intervención militar y económica useña debió la Europa Occidental la democracia o el recobro de ella, contra el

nazismo primero y contra el comunismo luego. Lo que no se recuperó fue la extraordinaria creatividad cultural europea de preguerra, tan variada según las naciones. En ese terreno, la hegemonía pasó casi por completo a Usa.

Como habían pronosticado Carrero y Franco, España tendría que desenvolverse en un escenario internacional completamente nuevo, en el que los fascismos habían sido barridos, las potencias europeas pasaban a segundo plano y los máximos protagonistas, a su vez pronto enfrentados, serían la URSS y Usa. Pero la primera había sufrido, con gran diferencia, el mayor coste en sangre y destrucciones, mientras que la segunda había experimentado comparativamente pocas bajas y ninguna destrucción en su tierra: al contrario, la guerra había roto la prolongada depresión de los años treinta y propulsado un florecimiento económico sin precedentes. Luego la posesión de bombas nucleares le daría años de ventaja estratégica decisiva, hasta que la URSS dispuso de la suya, en 1949.

El modo como lucharon países muy civilizados cuestionó el valor de la vida humana. El homicidio deliberado suele tasarse como el delito máximo, tal vez por el sentimiento de que la vida es un don divino, o al menos misterioso, que ningún hombre tiene derecho a destruir; y de que la conservación de la vida es el cimiento de los demás derechos y valores morales. Se admite el derecho a matar en casos que se suponen excepcionales, como entre ejércitos durante una guerra, pero en esta menudearon las matanzas de civiles y prisioneros, los campos de exterminio, los bombardeos, etc. Las ideologías estipulan implícita o explícitamente el derecho a matar en masa si ello acerca unos objetivos entendidos como superiores: una sociedad «libre», de «realización humana», etc.; o por la imposición de la ley del más fuerte, imperativo biológico que aseguraría la preserva-

ción de los mejores, reconocibles como mejores, en círculo vicioso, por ser los más fuertes. El problema moral de los fines y los medios atañe a si la vida humana tiene por sí misma valor, o lo recibe de valores considerados superiores.

Después de la guerra, los vencedores juzgaron a los vencidos empleando criterios morales-legales como «crímenes contra la humanidad», concepto extraño porque los criminales son también humanos, no una suerte de extraterrestres. Más apropiado era el concepto de crímenes de guerra, dirigidos contra civiles y prisioneros. Los nazis destacaron en este género de actos particularmente con el Holocausto, pero los soviéticos, que oficiaban de jueces, no les fueron a la zaga, incluyendo violaciones en masa alentadas por la propaganda. Y las democracias liberales los perpetraron también de forma masiva: los ataques aéreos a las ciudades alemanas y japonesas, cuya población se componía mayormente de mujeres, niños y ancianos, al estar movilizados los hombres en edad de luchar. La pretensión de erigirse en jueces morales por parte de quienes habían practicado tales actos no deja de plantear, como en el caso anterior, un difícil problema moral. Baste señalarlo aquí.

De las tres grandes ideologías que contendieron en Europa por aquellos años, las ganadoras fueron el demoliberalismo y el marxismo, que entrarían pronto en una inevitable pugna, llamada «guerra fría». Churchill y Roosevelt defendieron la democracia liberal, aunque democracia y liberalismo no equivalgan: en líneas generales, el siglo XIX europeo fue mayormente liberal, pero no democrático. Churchill definió agudamente la cuestión en dos frases famosas: «El mejor argumento contra la democracia es una conversación de cinco minutos con el votante medio», es decir, el gobierno en una democracia dependería de la decisión de gente común poco o nada ducha en los problemas

políticos y económicos. Pese a lo cual, «la democracia es la peor forma de gobierno, excepto todas las demás formas probadas hasta hoy». En otras palabras, los demoliberales podían responder a las críticas, muchas de ellas incisivas y razonables, con el lenguaje de la experiencia: a pesar de todo, la democracia ha funcionado bien, al menos en algunos países, ha permitido libertades políticas, estabilidad con cambios no violentos en el poder y una prosperidad mayor que otros sistemas. Pero ello no ha ocurrido siempre ni en todos los casos. Así, la Gran Guerra del 14 y la Gran Depresión del 29 habían sumido al liberalismo en una profunda crisis, como hemos venido viendo.

Al usar la palabra democracia conviene no engañarse con su etimología: «Poder del pueblo». El poder nunca es ejercido por el pueblo, sino por alguna oligarquía o partido, por la doble razón de que si se ejerce sobre algo es forzosamente sobre el pueblo; y de que este no existe como un todo homogéneo, sino que en él pululan mil intereses, opiniones y sentimientos diversos y a menudo contrapuestos. Por ello, las democracias a menudo sufren demagogias y abusos de unas minorías sobre otras, males a los que también están sujetos las demás formas de gobierno. En democracia, cada tendencia popular vota al partido —oligarquía— de su preferencia. Los partidos tienden a interpretar a su favor las leyes y normas, corrompiéndolas más o menos. Y siempre existen grupos contrarios a la propia democracia. Está claro que si estos alcanzan suficiente poder, por la violencia o siguiendo las normas legales, el sistema se viene abajo. Como las libertades políticas amparan también a los enemigos del liberalismo, este podría considerarse un sistema suicida, si no impusiera límites a la tolerancia.

En todo caso, la democracia salió profundamente transformada de la guerra. Para el liberalismo, el Estado debe ser míni-

mo, limitado a poco más que un auxiliar del comercio o de los comerciantes. Pero las traumáticas experiencias desde 1914 hicieron modificar esa concepción. Desde 1945, el peso del Estado en la sociedad creció vertiginosamente, con intervención en todos los órdenes de la vida, algo que muchos autores entienden como una amenaza seria a las propias libertades, o una desvirtuación de los principios liberales.

Otra faceta del demoliberalismo ha sido su lazo con los nacionalismos imperiales inglés y useño, en menor medida francés. La expansión de estos países en el siglo XIX se realizó con ideas no muy lejanas de las nazis: superioridad racial, derecho a conquistar otras tierras y en ocasiones exterminar a sus atrasados habitantes. Estos hechos no respondían, sin embargo, a una ideología sistemática como en el nazismo, y venían atemperados por tradiciones cristianas, debilitadas en el siglo XX. Alemania, Italia y Japón llegaban con empuje a un mundo ya repartido, y su expansión agrietaba inevitablemente el sistema. Su adopción de formas militaristas y de disciplina social reflejaba la necesidad de abrirse paso frente a lo ya establecido. La relación entre demoliberalismo y nacional-imperialismo anglosajón parece históricamente clara, aunque no sea este el lugar de examinarla.

¿Por qué en algunos tiempos y lugares ha funcionado bien el demoliberalismo y mal en otros? Probablemente ha funcionado donde las diferencias de intereses, sentimientos e ideas han sido amortiguadas por unos valores básicos mayoritariamente compartidos: patriotismo, identificación con la propia historia, fe en la bondad del sistema pese a sus fallos y un fondo de cultura cristiana. Donde algunos de esos valores fallaban, crecieron los impulsos antidemocráticos apoyándose en las críticas circunstancias de entreguerras y de la depresión. Como ya

observamos, puede entenderse el éxito del comunismo, hasta cierto punto, como una reacción contra las desigualdades, penalidades y guerras achacadas al liberalismo-imperialismo; y los avances de los fascismos como reacciones a la amenaza comunista y la ineficacia liberal para contenerla. De este modo, fascismos y comunismo se reforzaban mutuamente al oponerse, mientras los liberales quedaban en segundo término, pues sus remedios resultaban poco estimulantes para las masas.

En España las diferencias de ideas, aspiraciones y sentimientos sociales fueron acentuándose desde el «desastre» del 98 hasta que, en vísperas de la guerra civil, nada en España parecía unir a los españoles, como presagiaba lúcidamente el diario *El Sol*. Para muchos, el patriotismo se había transformado en hispanofobia impulsada por revolucionarios, republicanos, separatistas y algunos sectores liberales, casi siempre también anticristianos. Marxistas y anarquistas despreciaban la democracia liberal, como, en buena medida, también los separatistas. La democracia solo habría funcionado si tales fuerzas no hubieran cobrado tal capacidad desestabilizadora. La democracia liberal exige, además de valores básicos compartidos, una amplia clase media, cierto nivel de renta y de educación.Y esto sería lo que lograse el franquismo en un largo esfuerzo. Que en la actualidad esos logros estén puestos en peligro por el resurgimiento de viejas querencias, revela la fuerza de ideas y mitos por encima de los hechos reales, pues el hombre se mueve menos por la realidad que por lo que piensa de ella.

Los sucesores de Churchill y Roosevelt, juzgando a Franco un socio menor de Hitler y Mussolini, iban a adoptar políticas hostiles contra él; vencerlas hubo de requerir del régimen español una mezcla de firmeza y flexibilidad como las que le permitieron mantenerse neutral anteriormente.

12

EL MUNDO CONTRA FRANCO

Franco se desengañó pronto de una eventual colaboración con Inglaterra, convencido, además, de que esta iba a desempeñar un papel secundario en el futuro. Por tanto se orientó hacia Usa, pese a que por entonces le era todavía más hostil. Las perspectivas eran muy poco halagüeñas cuando Roosevelt, Stalin y Churchill se reunieron en Yalta, Crimea, a principios de febrero de 1945, para diseñar un nuevo mundo pacífico y democrático y, en cierto modo, para repartirse Europa. Se ha acusado a los Tres Grandes de practicar «el arte de disponer de los demás» (André Fontaine) y a los líderes anglosajones, de traicionar a los pueblos europeos al conceder a Stalin una amplia zona de dominación en el continente. Pero en realidad allí solo se refrendaron los hechos consumados, envolviéndolos en lenguaje bienintencionado. La URSS había conquistado aquellos territorios, disponía de un ejército colosal y muy fogueado, y habría sido ilusorio querer privarla de lo que tantos sacrificios le había costado —y ahorrado a sus aliados—. Roosevelt, recién elegido presiden-

te por cuarta vez, había dicho, algo pomposamente, que los useños se habían convertido en ciudadanos del mundo y que «el modo de tener un amigo es comportarse como un amigo». Su amigo Stalin fue el gran triunfador de la conferencia, pero difícilmente podría haber sido de otro modo, cuando faltaban menos de tres meses para la caída de Berlín en su poder.

Una de las resoluciones de Yalta se comprometía a asegurar elecciones e instituciones democráticas a los pueblos liberados y a los que habían actuado en la órbita del Eje. Lo cual, según como se interpretase, podría servir de pretexto para atacar por una vía u otra a España. Sin duda Stalin la interpretaba así y algo parecido pensaban sus socios. Una amenaza muy real, dado el poder inconmensurable de los Tres Grandes.

Unas semanas después de Yalta, el nuevo embajador useño en Madrid, Armour, sustituto de Hayes, recibía la instrucción de Roosevelt: «Nuestra victoria supondrá el exterminio de la ideología nazi y de otras semejantes. No hay lugar en las Naciones Unidas para un gobierno fundado en principios fascistas». Las Naciones Unidas reunirían a todos los países admisibles del mundo, entre los que no debía figurar la España de Franco, donde debía instalarse «un régimen con principios democráticos, moderado, estable y que no deba su existencia a influencias externas». La última frase negaba las anteriores, pues solo la influencia de los Aliados, armada o no, podría establecer tal régimen. Cuya estabilidad, moderación y democratismo serían por otra parte cuestionables. Armour exigió a Franco la supresión de la Falange, como principal fuerza partidaria del Eje. Franco rehusó y negó también que las cárceles estuvieran llenas de políticos: había cuarenta y tres mil, presos, la mitad comunes y el resto

por delitos del Frente Popular, no todos calificables de políticos.[86]

Entretanto, la prensa mundial publicaba fotos de los recién liberados campos de concentración nazis, con miles de esqueletos ambulantes o cadáveres consumidos. Algunos en España atribuyeron la realidad expuesta al desabastecimiento causado por los bombardeos aliados, que habrían destrozado la red de transportes alemana.

El fallecimiento de Roosevelt, en abril, pudo ser una buena noticia para Franco, porque él, y más aún su esposa Eleanor, le detestaban y se alineaban más cerca de Stalin que de Churchill en su deseo de derrocarlo. Le relevó Harry Truman, nada proclive al franquismo, pues entre otras cosas era masón más ferviente y activo que Roosevelt, y había ascendido recientemente al máximo grado de la orden, el treinta y tres. No obstante, Truman iba a tratar con menos complacencia a Stalin, y ello podría abrir una vía de entendimiento con España. En cuanto a Churchill, bajo la fachada de pacifismo y unidad con los soviéticos, ordenó diseñar la Operación Impensable (Unthinkable), para atacar a la URSS e «imponerle la voluntad» de Londres y Washington. Un plan inviable, dada la superioridad militar soviética, y que no fue conocido en Madrid.

Mientras se reñía la batalla de Berlín, el 25 de abril comenzaba en San Francisco la conferencia fundacional de la ONU (Organización de las Naciones Unidas). Duraría dos meses y debía asegurar en adelante la paz del mundo, según los algo mesiánicos enunciados de los Tres Grandes... los cuales te-

[86] Según algunos autores, la cifra no incluiría los batallones de trabajo ni las obras del Valle de los Caídos, con cifras disparatadas según la propaganda de la «memoria histórica». Debía de ser la cifra total.

nían un historial bélico poco alentador y pronto iban a verse envueltos en una «guerra fría» entre sí. La Carta Programática aprobada a finales de junio, en medio de una ovación de delegados, periodistas y espectadores puestos en pie, afirmaba la decisión de «librar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra (...); reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas (...); promover el progreso social y elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad». El privilegio del veto reservado a los Tres Grandes y ampliado a Francia y China —esta última dividida y a punto de reiniciar una feroz guerra civil— podaba la igualdad y democracia ya en las mismas Naciones Unidas. Participaron cincuenta gobiernos, previa exigencia de haber declarado la guerra a Alemania; y muchos de aquellos países eran tan democráticos como la URSS y los sometidos a ella, o dictaduras como varias latinoamericanas, musulmanas o africanas.

Y ya con Alemania vencida, las críticas y amenazas al franquismo arreciaron por doquier. Los políticos españoles exiliados, convencidos del inminente fin del «siniestro pelele de Hitler», maniobraron intensamente en torno a la Conferencia de San Francisco. El socialista Prieto quería que la ONU condenase oficialmente a Franco, lo aislase diplomáticamente y reconociese al gobierno republicano exiliado. Plan difícil, porque los «republicanos» ya disputaban entre ellos las legitimidades y las esperadas ayudas de los vencedores. Aun así, el 19 de junio alcanzaron un éxito a través del gobierno de Méjico, dictadura de hecho y famosa por su corrupción. El delegado mejicano propuso negar la admisión en la ONU a países que hubieran recibido ayuda de países «que han luchado contra las Naciones

Unidas». Esos países se limitaban a España, y la moción fue apoyada por todos. Por entonces en Chambéry, Francia, las turbas asaltaron un tren que repatriaba a trabajadores españoles desde Alemania y asesinaron a catorce obreros. En julio De Gaulle, máximo dirigente por el momento de la Francia liberada, calificaba al régimen español de «un anacronismo que nosotros, junto con los rusos, nos encargaremos de que dure pocos meses»; aunque luego mostraría temor a provocar una guerra civil en España que se contagiase a la destrozada Francia.[87]

El 17 de julio volvieron a reunirse los Tres Grandes, esta vez en Potsdam, al lado de Berlín. La víspera, Usa había detonado con éxito una bomba atómica en el desierto de Nuevo Méjico. Los acuerdos de Potsdam refrendaron o concretaron los de Yalta. El castigo a Alemania fue aplastante: entre otras cosas, la dividieron en cuatro zonas de ocupación y recortaron su territorio en un 25 por ciento, deportando a él, en condiciones dramáticas, a unos 13 millones de personas que vivían fuera de los nuevos límites: los muertos en ese proceso se han calculado en dos millones, aunque otros los reducen a la mitad o menos. La URSS deportó asimismo a poblaciones acusadas de colaborar con los nazis. Los soldados alemanes prisioneros en los campos useños y franceses murieron por decenas de miles (quizá por cientos de miles), y la URSS casi los exterminó: de los 90.000 capturados en Stalingrado solo sobrevivirían 6.000. Los alemanes habían hecho algo parecido con los prisioneros soviéticos, no así con los occidentales.

En Potsdam Stalin presionó contra España: «Consideramos que el régimen de Franco fue impuesto por Alemania e Italia y

[87] J. M. Gil-Robles, *La monarquía…*, *op. cit.*, p. 124.

que entraña grave peligro para las naciones unidas amantes de la libertad. Opinamos que será bueno crear condiciones tales que el pueblo español pueda establecer el régimen que elija». Como primer paso para crear esas condiciones se debería aislar política y comercialmente al país. Churchill respondió que detestaba al franquismo y deseaba verlo liquidado, pero, después de todo, Inglaterra no había recibido perjuicios de él, y no quería privarse del valioso comercio español (Inglaterra atravesaba serias escaseces). Por tanto, debía dejarse que el propio pueblo español resolviese la cuestión; además, inmiscuirse en los asuntos internos de otro país vulneraba la Carta de las Naciones Unidas, que de este modo empezaba muy mal. Truman apoyó a Churchill, por temor al expansionismo soviético.

Stalin reculó. Si romper las relaciones sonaba excesivo, podían buscarse otras vías: bastaría que los Tres Grandes condenasen abiertamente al franquismo «y no quedará nada de él». De modo semejante, mucha gente en Usa e Inglaterra pensaba, como anotaba el embajador Hayes, que «si se retirara el apoyo diplomático y económico a Franco por las Naciones Unidas, su gobierno se derrumbaría por la acción espontánea de las masas del pueblo español a las que ha explotado y torturado durante una década». Claro que millones de españoles no se sentían explotados ni torturados, sino agradecidos por la paz de aquellos años. En Usa ya habían esperado un espontáneo derrumbe del franquismo tras la Operación Torch, luego al caer Mussolini y después con el desembarco en Normandía; pero, señala Hayes, aquellos sucesos «sirvieron para fortalecer a Franco. Después de todo, el régimen representa a aquella parte del pueblo español que ganó la guerra, y sería inédito en la historia del mundo que los vencedores en una lucha así dijesen a los vencidos a los cinco o seis años: "Lo sentimos; no debíamos haber ganado; hemos

ocasionado un desorden considerable; queremos devolveros el poder y dar la bienvenida a vuestros jefes, dejándoles que hagan lo que quieran con nosotros". ¡Imaginémonos al general Grant diciendo algo parecido a los jefes de la Confederación del Sur en plena reconstrucción después de nuestra guerra civil!». Las observaciones de Hayes demostrarían mayor realismo que las contrarias.

No cabe dudar de la aversión de Churchill, y sobre todo de Truman, a Franco, pero temían ocasionar una guerra civil contagiable, como había dicho De Gaulle, a un continente arruinado y con potentes partidos comunistas en Francia e Italia. Y tenían otro temor no expresado: que los soviéticos cosecharan el fruto. Stalin deseaba reanudar la guerra civil en España, y ya había puesto en marcha, a través del PCE, la guerra de guerrillas llamada «maquis», por analogía con la resistencia francesa.

Antes de terminar la conferencia, Churchill perdió las elecciones en Inglaterra por 8,7 millones de votos contra 12 del laborista Attlee, y este le sustituyó en Potsdam. Señal desfavorable para el franquismo, pues Attlee era conocido por sus simpatías hacia el Frente Popular. Con respecto a España, el acuerdo final fue una nota negándole la ONU, un primer paso para acciones más contundentes. El ideólogo laborista Harold Laski proclamó una vez más: «No creemos que la democracia y el totalitarismo puedan vivir juntos». Se refería al régimen español, no al soviético.

A falta, por el momento, de resoluciones más firmes, las tres potencias apoyaron a los antifranquistas españoles para derrocar al régimen. Los jefes exiliados, los monárquicos de Don Juan y los comunistas del maquis se aprestaban a cumplir la tarea, y así el franquismo sufría una triple cacería auspiciada por

la ONU. Londres y Washington optaron por los monárquicos, relegando a los «republicanos», poco fiables por sus confusas ideologías y querellas y porque no demostraban tener apoyo en España.

Los nuevos embajadores inglés (Mallet) y useño (Armour) apremiaban a Franco, inmiscuyéndose en los asuntos españoles, a eliminar la Falange y adoptar políticas acordes con sus exigencias. El ministro inglés Bevin había advertido al embajador español en Londres, Domingo de las Bárcenas, que lamentaba la permanencia del régimen español y que «la paciencia británica se está agotando». El 3 de octubre anotaba Gil-Robles: «El embajador interino de Rusia, Novikov (...) dijo: "El general Franco será procesado como criminal de guerra"».

Tintes aún más oscuros cobró el panorama en 1946. El gobierno polaco, manejado por Moscú, «reveló» la presencia de numerosos exagentes de la Gestapo en la policía española. Y pese a que, como reconocía Churchill, los máximos beneficiarios de la neutralidad española habían sido los Aliados, ahora se denunciaban constantemente, como cargo sin atenuantes, las colaboraciones del régimen con el Reich.

El 28 de febrero la ONU condenaba al gobierno de Madrid, excluyéndolo del derecho a existir en el nuevo orden mundial, e incitaba al pueblo español a derrocar al Caudillo, si quería participar en la vida del mundo. En Francia, tras la dimisión de De Gaulle a principios de 1946, la izquierda exigía acciones contundentes. Un ruidoso alboroto feminista clamaba por el «caso de las tres mujeres» condenadas a muerte: se trataba de colaboradoras del maquis y comunistas, solo una fue condenada a muerte y conmutada, otra a veinte años que distaría mucho de cumplir, y la tercera a dos años. El escándalo alcanzó su ápice cuando, el 21 de febrero, fue fusilado en Madrid Cris-

tino García, héroe de la resistencia francesa, cuya partida había asesinado a un policía, un guardia civil y a varios comunistas disidentes. La ejecución fue vista como un desafío a la ONU y el día 26 París rompió las relaciones económicas, cerró la frontera y propuso a Londres y Washington seguir su ejemplo. Si estos no lo hicieron se debió, una vez más, a sus temores citados. El 4 de marzo Francia, Usa e Inglaterra declararon que «los dirigentes españoles patriotas y de espíritu liberal encontrarán pronto los medios de conseguir una pacífica retirada de Franco y la disolución de la Falange». Pero tales liberales patriotas no existían o carecían de arraigo. La declaración repetía: «No tenemos intención de intervenir en los asuntos internos de España»: llevaban más de un año haciéndolo.

Algo mejoró las expectativas de Madrid cuando, el 5 de marzo, Churchill denunció que del Báltico al Adriático había caído sobre Europa un telón de acero: insinuaba el fin de la alianza con Stalin, esperado por los nacionales. Pero en abril el gobierno polaco volvió a la carga asegurando que España amenazaba la paz mundial porque los nazis allí refugiados estaban fabricando armas nucleares (hasta detallaba los lugares). La ONU creó una comisión para «investigar» el dislate. No halló nada, pero reiteró que el «régimen fascista» formado con apoyo del Eje perseguía a sus contrarios políticos (el maquis), encubría a criminales de guerra, etc.; y llamaba a romper las relaciones. Estas calumnias sonaban a prólogo de una invasión, que probablemente se habría intentado de haber persistido la alianza soviético-democrática sin peligro revolucionario en Europa.

París siguió insistiendo en las sanciones económicas ante Londres y Washington, y en noviembre el Consejo de Seguridad de la ONU trasladó a la Asamblea General la «cuestión española». Las amenazas arreciaron: la ONU debía forzar a Fran-

co a irse y Moscú exigía el bloqueo. El 12 de diciembre la ONU llamaba a retirar los embajadores de Madrid y a estudiar nuevas medidas si los franquistas persistían en su inconcebible reto. En definitiva, ya que el *pueblo* y los *demócratas* españoles no se decidían a echar a Franco, los obligarían desde fuera por medio del hambre. Habida cuenta de que España no había agredido a ningún país, la medida tenía mucho de criminal, pago perverso del beneficio reportado a los Aliados por la neutralidad hispana.

Franco reaccionó a la persecución dejando claro que lucharía. Tenía buenas razones para creer que aquellas campañas preparaban el terreno para una agresión armada, como tantas veces; pero también pensaba que antes de ponerse a la obra se tentarían la ropa. Pues aunque el Ejército español estaba materialmente en total inferioridad frente a sus potentísimos enemigos, todos conocían la resistencia de los nacionales en las condiciones más adversas durante la guerra civil, y la más reciente de la División Azul, de modo que el ataque podría complicarse para una Europa en penosa reconstrucción. Y, sobre todo, tal como habían previsto él y los suyos, iban derrumbándose las ilusiones de un nuevo orden europeo afirmado sobre la concordia entre los Tres Grandes. Con esa certeza, Franco se mostraba paciente y tranquilo, exasperando con su aparente calma a los embajadores anglosajones y a los gobiernos hostiles.

En su discurso del 17 de julio de 1945, recién terminada la lucha en Europa, había explicado su posición. En un continente «atormentado», España vivía en «orden, paz y alegría», libre de «exiguas y despreciables minorías que pudieran abrir al extranjero el camino de la traición». Subrayó que «nuestro anticomunismo no ha sido un capricho, sino una necesidad», y achacó la crisis del liberalismo al divorcio entre lo social y lo

nacional. La guerra, alterando todo, obligaría a las democracias a imitar la revolución social que realizaba el Movimiento acorde con la tradición hispana, que definió como católica. Denunció el «desastre moral en que algunos pueblos se debaten», la «confusión y pasiones políticas desatadas», causantes de una hostilidad furiosa contra la pacífica España. Pero desdeñó esa hostilidad: el régimen gozaba de una «firme y sólida» posición, aunque criticó a quienes, dentro del país, creían que, superada la guerra civil, «podía volverse tranquilamente a la despreocupación y a la inconsciencia». Destacó el éxito de haber sorteado los remolinos del conflicto mundial y encomió el «resurgimiento industrial y agrícola, sanatorios, casas baratas, subsidios familiares, salarios los domingos, retiro obrero, regadíos y obras de colonización». Tras asentar a las Cortes y al Consejo de Estado como «las dos ruedas fundamentales» para el ejercicio del poder, este seguía institucionalizándose con el recién aprobado Fuero de los Españoles y la Ley de Administración Local. Explicó el Fuero como garante de «las máximas libertades compatibles con el orden», de libertad con responsabilidad; y la Ley como cauce de participación popular a través del municipio y no de los partidos. La sucesión, dijo, llegaría en el momento oportuno como monarquía católica, según la tradición del país.

El discurso transmitía seguridad y confianza. No obstante concluyó: «Como el buen capitán, hemos de mantener firme la ruta de la nave, ajustando la maniobra a los temporales que puedan azotarla». Los temporales se sentían con fuerza, y ante ellos exhibiría firmeza en lo que consideraba principios y cedería en asuntos secundarios. Así, su gobierno desafió la declaración de Potsdam: «España no mendiga un lugar dentro de ninguna organización internacional y solo aceptaría una posición acorde

con su importancia por historia, población y contribuciones a la paz y la cultura».

La situación no era nueva en realidad: en 1943, invadida Italia y derrocado Mussolini, varios militares y monárquicos habían conspirado para echar a la Falange e imponer a Don Juan, y doce generales había pedido el retiro de Franco. Como decía Gil-Robles, repitiendo inconscientemente la frase de Hitler, los Aliados «no le perdonarán su régimen». Franco había convencido entonces a los militares de que la hora de la monarquía no había llegado; y en enero del 44, ante un rebrote de la inquietud, les había recordado la Guerra de Independencia frente al poder aplastante de Napoleón, y a los guerrilleros yugoslavos (comunistas) «que después de tres años de difícil lucha son respetados». Y había observado: «Ni una sola unidad (nacional) se había rendido en nuestra cruzada», mientras en la guerra europea había rendiciones masivas en los dos bandos: «Un pueblo es invencible cuando tiene corazón y decidida voluntad de lucha».

Pero en 1945 y 1946, ¿quién en sus cabales creería posible resistir a los vencedores de Alemania y Japón? El asedio exterior causaba miedo y hasta pánico en medios del régimen, y grupos monárquicos seguían conspirando activamente. Una pastoral del arzobispo de Toledo, Pla y Deniel, pedía «una patriótica convivencia de todos los españoles», interpretable a favor de unos vencidos que casi habían exterminado a la Iglesia y que, al parecer, no habían aprendido ni olvidado nada, en frase de Talleyrand sobre otros emigrados. Lequerica, embajador de facto en Washington, proponía sacrificar el Movimiento, asustado por los odios que despertaba en Usa. Hasta un aterrado Serrano Suñer, antiguo jefe del partido, escribió a Franco el 3 de septiembre del 45: «Cuando ya teníamos cerrados todos

los caminos, sin el más pequeño resquicio para maniobrar, al borde mismo del abismo, se nos ofrece la posibilidad de hacer algo» para «salvarse de la revolución o de la invasión». Ese algo consistiría en jubilar a la Falange y formar un gobierno, presidido por Franco, «que empezará en la extrema derecha para acabar en la zona templada de la izquierda», compuesto por «hombres eminentes, empezando por los monárquicos de mayor respetabilidad, pasando por políticos de excepcional valía como Cambó, para terminar en otros del tipo político intelectual como Ortega o Marañón». Era grande la tentación de sacrificar a la Falange como chivo expiatorio para congraciarse con la ONU, pero Franco rechazó la idea con sarcasmo. Se limitó a acentuar la presencia católica en el gobierno y mermar la falangista. En su opinión, propuestas como las de Serrano repetirían la experiencia republicana.

Para el Caudillo, el mayor problema consistía en hacer cerrar filas a los suyos, y lo consiguió una vez más, hablando con unos y otros. Como segundo punto de su estrategia, viajó por el país para transformar el miedo al asedio exterior en indignación popular por sus injerencias. Cuando en diciembre del 46 la ONU preparaba el inminente castigo a España, el aislamiento, una vasta concentración de repudio y reto llenó la Plaza de Oriente de Madrid, el día 9. Entre la multitud estaban escritores de trayectoria liberal, como Gregorio Marañón o el premio Nobel Jacinto Benavente.

También respaldaban al franquismo la fresca memoria de las atrocidades de la guerra civil y haber evitado las aún mayores de la mundial. Y la economía mejoraba. Abundan las lúgubres estampas de miseria y hambre de la época, pero también otras, como la de Hayes: «Después de 1942, las condiciones económicas y de vida en España mejoraron de modo visible.

Había más y mejor comida (...). Notable y casi milagrosa recuperación de las carreteras, rehabilitación de los ferrocarriles, reconstrucción de iglesias, pueblos y edificios públicos (incluso la Ciudad Universitaria de Madrid) y construcción de nuevas casas de alquiler y viviendas baratas». Los datos ofrecen una visión más clara que las impresiones subjetivas. En 1945 el hambre había remitido mucho: 236 muertos frente a 239 en 1935, el año mejor de la república; la mortalidad infantil había caído de 115 por mil a 90. Por comparación con 1935 (no digamos con los anárquicos meses prebélicos del Frente Popular), y pese a las duras restricciones impuestas por Usa e Inglaterra, aumentaron, a veces notablemente, el número de teléfonos, el tráfico aéreo, los kilómetros de carretera, la producción de cemento, acero y lingotes de hierro. El carbón saltó de 7,2 a 12 millones de toneladas y la energía eléctrica subió en un 30 por ciento (la importación de petróleo cayó, por la razón dicha). Aumentaron los alumnos y aún más las alumnas de enseñanza media y superior, y los obreros, aun si con sueldos bajos e inflación, tenían mucha mayor cobertura social que en la república...[88]

Por contra, 1946 registró un brusco empeoramiento, visible en el índice del hambre, señalado en otro capítulo: 1.120 muertos. La brutal recaída solo cabe achacarla a las sanciones francesas y al clima de hostigamiento exterior al régimen, y presagiaba una verdadera miseria con la ruptura de relaciones diplomáticas. Sin embargo, poco antes del aislamiento, Madrid ya había neutralizado la previsible hambruna al negociar con Buenos Aires la compra de 400.000 toneladas de trigo y canti-

[88] Los datos se han obtenido, como siempre, del ya citado *Estadísticas históricas de España siglos XIX y XX*.

dades de otros alimentos. Ello fue un motivo de profunda gratitud hacia el gobierno argentino de Perón, que ya había rechazado las acusaciones de que España atentaba contra la paz y fabricaba la bomba atómica. Así, el aislamiento tendría un efecto dañino, pero sobrellevable. Otro dato importante: el hambre de 1946 no aumentó la mortalidad general —inferior en 40.000 defunciones a la de 1935—, indicio de una mejor salud pública. Y en 1947 los muertos por hambre bajaron de nuevo a 232.

Algunos autores entienden la represión como la clave del sostenimiento del régimen. Este, por cierto, no vacilaba en castigar drásticamente la subversión, y varios autores escriben como Preston: «La izquierda se enfrentó a la represión más implacable y brutal. El encarcelamiento, la tortura y el exilio se cobraron un exagerado número de víctimas e hicieron del miedo el estilo de vida de aquellos que se oponían al dictador».[89] La descripción es sobrecogedora, pero muy exagerada. La «izquierda» reprimida eran los comunistas y su maquis, causantes de muchas víctimas. Y no fue una represión tan salvaje como se sugiere: si en 1945 la población penal ascendía a 43.800 (entre comunes y por delitos de guerra), en 1946 bajó a 36.300. En los años siguientes, subió ligeramente, por el maquis, sin superar los 38.100, para descender hasta los 30.600 de 1950. Y el exilio siguió bajando, por la vuelta de muchos emigrados de primera hora.

Con todo, el régimen hubo de hacer concesiones. Entendía la admisión de refugiados fascistas o nazis como la misma política anterior hacia los judíos y otros huidos del nazismo, pero

[89] Preston, *op. cit.*, pp. 682-683.

ahora la presión fue tan intensa, acompañada de calumnias amenazantes, que Madrid hubo de ceder en parte. Su mayor concesión fue la entrega de Pierre Laval, jefe del Gobierno colaboracionista francés y activo deportador de judíos: en apariencia creía la palabra de los nazis de que los deportados iban solo a realizar trabajos en el Este. Ante las perentorias exigencias francesas, y a sugerencia del mismo Laval, España lo entregó a las autoridades useñas en Austria, las cuales lo remitieron a Francia, donde tras un simulacro de proceso fue condenado a muerte y fusilado en condiciones penosas. También fueron repatriados cientos de alemanes que habían permanecido en España y por ello no podían ser acusados de crímenes, pero Johannes Bernhardt, organizador de los suministros alemanes durante la guerra civil, obtuvo la nacionalidad española, y jefes militares de las SS como Leon Degrelle u Otto Skorzeny, liberador de Mussolini, recibieron protección o tránsito hacia América.[90] Fueron entregados también los bienes alemanes en España. En 1940 Franco había rechazado la presión alemana para transferir al Reich las empresas y bienes ingleses.

Asimismo fue eliminada del Consejo de Ministros la Secretaría General del Movimiento, pero permaneció como un organismo importante, para volver a figurar como ministerio en 1951. Y se borró de la retórica oficial el adjetivo «totalitario», que había adquirido connotaciones muy negativas.

Por más que todo el mundo parecía hostigar a Franco, había excepciones: varios países hispanoamericanos, como Argentina; y sobre todo la Iglesia, en España y fuera. Pío XII calificó

[90] Las Waffen SS o SS Armadas eran un cuerpo militar de élite, distinto de las SS que guardaban los campos de exterminio. Cometieron crímenes de guerra, como por lo demás también los ejércitos soviético, inglés y useño.

al régimen español de «sinceramente católico» y los potentes medios del Vaticano procuraron atenuar la inquina exterior a él. El franquismo había salvado a la Iglesia de un verdadero genocidio y habría sido extraño que ella le negase apoyo en tan arduas circunstancias. En su discurso citado, Franco había «ajustado la maniobra a los temporales», definiendo al régimen como católico. La Falange, que nunca había sido hegemónica, perdió presencia, sin desaparecer ni mucho menos, en beneficio de los sectores más próximos a la jerarquía eclesiástica. A la cual estaba ligado el nuevo ministro de Exteriores, Martín Artajo, a fin de aprovechar mejor el apoyo exterior de la Santa Sede, casi el único por aquellos días. Otra ventaja para el gobierno fue el fracaso de los exiliados en convencer a los Aliados de contar con ellos.

No obstante, prevalecían la enemistad en la ONU, el aislamiento político y otras dos amenazas: una externa al régimen, el maquis, y otra interna en militares y políticos ansiosos de elevar al trono al pretendiente Don Juan, alternativa apoyada por Londres y Washington, e incluso hasta cierto punto por Moscú.

El discurso mencionado de Franco tiene máxima importancia para entender su designio. Él no pensaba en una dictadura de urgencia que resolviera la crisis histórica de los años treinta para retornar a una situación semejante a la anterior, que a su juicio haría recaer al país en las viejas convulsiones. Su propósito era establecer un régimen nuevo, opuesto radicalmente al comunismo —que volvía a levantar cabeza con el maquis—, y superador de la crisis liberal mediante una combinación de doctrina social de la Iglesia con rasgos falangistas, y tradición monárquica y «democracia orgánica». Habló de institucionalizarlo de modo que sobreviviera a los posibles errores y defectos de sus gobernantes, pero es muy probable que sin su firmeza

personal en aquellos dos años, el régimen se hubiera derrumbado por la presión exterior, con efectos imprevisibles.

Como es sabido, el franquismo sobrevivió a todas las amenazas. Muchos historiadores lo achacan a la abstención o ayuda de Usa ante la guerra fría, como si Franco hubiera sido un mero sujeto pasivo agraciado por la suerte. Recuerda a la atribución de la neutralidad española a Hitler. Pero ciertamente, las cosas fueron más complicadas.

13

POR QUÉ FUERON VENCIDOS EL MAQUIS Y EL JUANISMO

Desde hace diez o quince años ha aparecido una copiosa bibliografía sobre la guerrilla antifranquista de los años cuarenta —el maquis— y también algunas películas. Han abordado el tema J. R. Gómez Fouz, S. Serrano, A. Domingo, J. Marco, M. Yusta, A. Sánchez Gascón y otros. Obras casi todas encomiásticas bajo el supuesto de que luchar contra el franquismo equivalía a luchar por el progreso, la libertad, la democracia... Más antiguos, pero en general mejor documentados, por basarse en archivos de la Guardia Civil, son los libros de F. Aguado Sánchez. Dentro de un análisis no muy agudo, la mayoría olvida el contexto internacional y desdibuja su dirección comunista, aunque aglutinara a algunas personas de diversa ideología. Hubo también alguna guerrilla socialista, despreciada por los comunistas como «robagallinas», y atentados ácratas en Cataluña.

El maquis empezó a organizarse cuando los alemanes iban de retirada en Francia. La resistencia allí comenzó realmente, y aún a pequeña escala, cuando Hitler atacó a la URSS, pues antes los comunistas franceses habían colaborado con los nazis.

Para los marxistas, la resistencia, alimentada con armas y consejeros desde Inglaterra, formaba parte de la guerra general a favor de la URSS. En Francia, Italia y Grecia, destacaron los partidos comunistas, y dentro de Francia los españoles. Estos disponían de abundante armamento ligero y experiencia en la acción guerrillera. A finales de 1943 se planteaban operar en España, y en octubre de 1944, con Francia ya totalmente liberada, intentaron una invasión a la fuerza por el Valle de Arán, en los Pirineos.

Luego, tras los repartos de Yalta y Potsdam, España quedó en la zona de influencia anglosajona, lo mismo que Grecia, con la que tiene alguna semejanza. Stalin estaba decidido a retener los países ocupados por el Ejército Rojo y no pensaba involucrarse a fondo en otros porque, entre otras cosas, precisaba atender a la reconstrucción de la URSS. Pero no por ello iba a desdeñar la posibilidad de que en los países fuera de su órbita se impusieran los marxistas locales, si no creaban un riesgo excesivo de encontronazo directo con Usa. En Italia y Francia existían nutridos partidos comunistas, obedientes a Moscú, pero allí el peligro de confrontación les obligó a abandonar la vía armada y a orientarse por la legal, en la que esperaban ganar terreno. En España y Grecia, por el contrario —y no cabe imaginar que sin permiso de Stalin—, optaron por la lucha armada, pensando que las circunstancias la favorecían. Moscú les ayudaría e inspiraría, por si salía bien, pero, como quedó indicado, sin comprometerse del todo. El mesianismo universalista de los soviéticos es muy evidente, aunque el realismo les hiciera retroceder a veces y cambiar de táctica. Algunos han querido interpretar por ello, un tanto arbitrariamente, que el georgiano Stalin era en realidad un nacionalista ruso y no uu auténtico revolucionario marxista.

¿Qué circunstancias se daban en España? Ante todo, había sido la primera gran derrota de Stalin —y casi la única—; y al tratarse de un país calificado de «fascista», la acción armada podía justificarse muy bien como continuación y conclusión de la guerra europea. Además, la lucha debía permitir agrupar en torno al PCE a muchos *demócratas* con que difuminar el carácter realmente comunista del proyecto. La táctica era la misma que en el Frente Popular durante la guerra civil: dominando el aparato armado —lo que implicaba también pechar con los mayores sacrificios—, los demás *demócratas* quedaría finalmente reducidos al papel de comparsas.

En general, el plan contaba con excelentes «condiciones objetivas»: en España seguía habiendo hambre y pobreza, que previsiblemente aumentarían con el aislamiento exterior y excitarían el descontento popular. Además, la represión de posguerra debía haber suscitado miedo y resentimiento, pero la derrota germana, la presencia de tropas aliadas en los Pirineos y en Marruecos y las condenas de la ONU tenían que estar trocando el miedo en ardiente anhelo de aplastar al régimen, cuyo pronto final ofrecía pocas dudas. El maquis disponía en Francia de abundantes armas y dinero, y por las sierras españolas vivían huidos dedicados a un bandolerismo de subsistencia, pero conocedores del terreno y con práctica de armas, susceptibles de reorganizarse como guerrilla política. No sonaba descabellado, pues, emprender una guerra de partidas que acorralase al régimen, crease héroes populares y eventualmente justificase una invasión por Francia o Usa so pretexto de que la inquietud en España ponía en riesgo la paz en Europa. Lejos de ser un plan absurdo, como después se lo ha presentado, ofrecía perspectivas muy halagüeñas. En definitiva, el maquis debía ser la chispa que volviese a encender las llamas de la guerra civil;

esto tampoco se expresa así en la mayoría de las historias, pero mucha gente lo percibió entonces de modo inequívoco.

No debe olvidarse que en el siglo XX las guerrillas han sido un tipo de acción bélica singularmente difícil de vencer, a la que han recurrido con frecuencia los comunistas. En Rusia, Yugoslavia y en menor medida en Francia o Italia causó pérdidas sensibles a los alemanes, que no habían conseguido erradicarlas pese a emplear contra ellas numerosas tropas y los métodos más expeditivos. Otro tanto habían experimentado los japoneses en China. Y la posguerra ratificó la lección: Holanda, Francia, Inglaterra y Usa sufrirían derrotas decisivas y tendrían que abandonar vastos territorios ante movimientos insurgentes en gran medida guerrilleros o terroristas. Sin embargo, en algunos lugares fracasaron, y uno de ellos fue España, donde, precisamente, se había acuñado el término «guerrilla» en la lucha contra Napoleón. En cualquier caso, el peligro era muy serio, y el gobierno le dedicó la mayor atención, tanto por sus posibilidades de desarrollo como por sus repercusiones internacionales.

En otoño de 1943 una «Junta Suprema de Unión Nacional», fachada del PCE, difundió un manifiesto:

> ¡Españoles! En criminal contubernio con el amo extranjero (Hitler), un gobierno lacayo está matando a España (...). El hambre atenaza las entrañas del pueblo (...). Los partidos nacionales —los monárquicos como los republicanos, el Socialista y el Comunista como la CEDA y los nacionalistas catalanes y vascos— reducidos a la ilegalidad (...). Medio millón de patriotas viven la tortura y la angustia en las mazmorras falangistas (...). Un millón de españoles, siguiendo las huellas de muerte y ludibrio de la infame División Azul, corren el peligro de ser precipitados en la

hecatombe por la voluntad criminal de Franco (...). Ya no es solo el pueblo, nunca domeñado, el que pide el cese del terror, que los hombres tengan pan, que la justicia reine y la fraternidad entre los españoles (...). Aunque todavía faltos de energía y decisión, destacados elementos de derecha van uniendo su voz a la del pueblo. Frente a la carroña falangista, tarada con todas las lacras de la corrupción hitleriana (...), presentamos nuestro historial inmaculado de patriotismo indómito (...). Vamos a derribar a Franco y Falange (...). Se acerca la hora de las batallas decisivas.

El llamamiento desembocaría, un año después, en el ataque por los Pirineos y se debía a Jesús Monzón, que sería depurado por su rival Santiago Carrillo después de la completa derrota de la ofensiva del Valle de Arán. Pero expresa de lleno la estrategia comunista: rehacer la alianza izquierdista-separatista del Frente Popular, extendiéndola hasta los monárquicos y la misma CEDA —ya inexistente—, para aislar al máximo a «Franco y Falange». De paso cultivaba una exaltación patriótica, a la que ya había recurrido el PCE durante la guerra civil. Como en esta, serían los comunistas, poseedores de las armas, quienes al final dictarían la ley a sus socios «demócratas».

Un informe interno del gobierno describe una acción típica en Charches, Granada: «Asaltado por elementos rojos que previamente tomaron las alturas (...) así como las entradas y salidas. Penetraron en la población llevándose de los domicilios el dinero y los víveres (...). Permanecieron varias horas dueños del pueblo, organizando una manifestación (...) entonándose *La Internacional* (...). Entre los adictos a la causa nacional cunde el desaliento y la desconfianza al verse inermes e insuficientemente protegidos (...) y por el hecho de que en ciertos casos en que han podido hacer frente a los rojos, han sido luego san-

cionados por tenencia de armas (...). Además, las armas de que disponía la Falange de Guadix (...) han sido recogidas por la Guardia Civil...». Las acciones del Ejército Nacional Guerrillero se extendieron por amplias zonas del país, con hasta nueve «agrupaciones». El gobierno mostró voluntad resuelta de aniquilarlos, utilizando tácticas originales como las «contrapartidas», que actuaban como el maquis, persiguiéndole e impidiéndole asentarse. Lo hizo sin apenas recurrir al Ejército, sino casi exclusivamente a la Guardia Civil. Para finales de 1947 el maquis estaba virtualmente derrotado, aunque siguiese actuando unos años más, ya a la defensiva y reducido cada vez más a simple bandolerismo. Quizá ninguna otra guerra de guerrillas resultó vencida de modo tan completo y con tanta economía de fuerzas. Por contraste, en Grecia fue precisa no solo la intervención del ejército griego, sino también la del inglés y, cuando este tiró la toalla, del useño.

En 1948 Carrillo, a cargo de la dirección del maquis, comprobó su estancamiento y el fracaso del intento de congregar en torno al PCE a los exiliados y «republicanos», pues la memoria de las persecuciones entre ellas estaba muy viva y pocos se fiaban de los comunistas. Pensando en incrementar el maquis, Carrillo fue a Yugoslavia en busca de consejo y ayuda, pero Tito le remitió a Stalin, que era quien realmente decidía. Y el jefe soviético, para su sorpresa, le recomendó abandonar las guerrillas y dedicar su esfuerzo a penetrar los sindicatos *fascistas* y otras instituciones.[91] Dado que el maquis no podía haberse emprendido sin permiso del Kremlin, el cambio de postura llama la atención. Quizá estaba demasiado clara la inutilidad de la vía

[91] S. Carrillo, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 2006.

armada ante una evolución internacional desfavorable: ese año la guerra fría ganaba calor. Stalin trataba de consolidar el «golpe de Praga», que en febrero había convertido definitivamente a Checoslovaquia en satélite de Moscú; y en junio había impuesto el bloqueo de Berlín por tierra, subiendo la tensión al máximo. Los partidos comunistas eran expulsados de los gobiernos de Francia, Bélgica e Italia, y también en Grecia estaba próxima la derrota de la guerrilla. Al año siguiente se fundó la OTAN y Yugoslavia rompió con Moscú. En 1950 comenzaba la guerra de Corea y el PCE era prohibido en Francia.

Parte de los maquis reorientaron su actividad en el sentido ordenado por Stalin, otros, abandonados o aislados, continuaron por su cuenta, retrocediendo al nivel de los «huidos» del primer momento; y un tercer grupo, bastante numeroso, fue retirado a Francia, entre sospechas y acusaciones de desviacionismo político motivadoras de asesinatos de militantes, al estar en pleno furor la «crítica al *titismo*».

En total, y según cifras de la Guardia Civil, se produjeron en aquellos años 1.826 encuentros armados, la mayoría entre 1944 y 1948. En ellos murieron 2.173 guerrilleros, siendo detenidos 2.374 y entregándose 546. Los maquis realizaron 834 secuestros, 538 sabotajes, 5.963 atracos y 953 homicidios, además de matar a 257 guardias civiles, 27 soldados u oficiales y 23 policías, y herir a 448, la gran mayoría (370) también guardias civiles.[92]

La causa efectiva de la derrota del maquis fue la resuelta acción gubernamental. No obstante, por dura y hábil que la represión hubiera sido, no habría tenido éxito si una masa impor-

[92] En A. Ruiz Ayúcar, *El Partido Comunista, 37 años de clandestinidad*, San Martín, Madrid, 1977, p. 269.

tante de población hubiera apoyado a los guerrilleros, lo que además habría tenido repercusión internacional. Para sorpresa de los maquis, ese apoyo solo se produjo muy limitadamente, lo que aumentaba las penalidades de una lucha de por sí ardua y sacrificada. Franco dijo en su discurso del 17 de julio de 1945: «Se equivocan lamentablemente los que en el extranjero (...) especulan contra el régimen español intentando hacerle aparecer como desasistido de la opinión pública y a España en un proceso interior de inseguridad». La experiencia demostraría su acierto. Y no solo por la aversión popular a repetir una guerra fratricida, también por el descrédito de los *republicanos*: la población recordaba la conducta de izquierdas y separatistas, su desbarajuste económico y el hambre correspondiente, sus persecuciones y crímenes, la huida de sus jefes abandonando a sus seguidores y llevándose bienes expoliados... Todo esto era reciente y sabido, y no podía suscitar mucho afán de repetirlo. El franquismo contaba con masas entusiastas, como demostraba la acogida a Franco allí donde iba, y con la apatía de muchos de los vencidos, ya perdido el fervor por las viejas ideas.

Como indicamos en el capítulo anterior, las exigencias de Don Juan y los suyos traían peligro para el franquismo, porque implicaban a varios generales e intelectuales de prestigio. El 8 de marzo de 1943, tras la derrota alemana en Stalingrado, Don Juan exigió al Caudillo restaurar el trono «sin recurrir a fórmulas intermedias», y le injurió al compararle implícitamente con Alfonso XIII, que «pasó a la historia limpio de sangre» y opuesto a «una guerra fratricida».

Franco le replicó indirectamente en un discurso denunciando a quienes creían que «el bien de nuestra patria pudiera

ser importado o fuesen ajenas cancillerías las que hubiesen de tutelarnos» y especulaban con los resultados de la contienda europea para volver a las andadas de los años treinta. Y dos meses largos después, el 27 de mayo, contestó directamente al conde: el ejemplo de Alfonso XIII «no puede constituir escuela para seguir por nuestros príncipes» porque «sus nobles palabras y su desinterés, apreciables como hombre, no lo elevan en cambio como rey. Mucha fue la sangre que se vertió luego como consecuencia de aquel acto». Le recordó la traición de Alfonso XIII a Primo de Rivera, con la que había sentenciado su propio reinado; y cómo «los que habían empujado al rey a tomar aquella decisión se apresuraban a subirse a la carroza del vencedor titulándose ¡republicanos de toda la vida! Esta es la historia que interesa no se repita. Ninguno de los que pretenden aleccionaros arrastra más que sus propias ambiciones: el puesto perdido, la embajada malograda, el condado frustrado, el bufete perdido o los intereses afectados».

Por tanto aconsejó al conde de Barcelona identificarse con el Estado «salido de la cruzada», cuyos logros exaltaba; y le recordó cómo él mismo (Don Juan) se había presentado a combatir «vistiendo camisa azul y tocándose con la boina roja». Sobre la guerra de Europa, «la posición (...) de España ha sido muy clara: de simple neutralidad ante los problemas que enfrentaron a las naciones civilizadas del centro o del norte europeo; mas cuando la guerra llegó al Mediterráneo occidental amenazando nuestras fronteras y costas, la neutralidad de España se matizó con una situación tensa y vigilante. España no podrá ser jamás indiferente a lo que ocurra en ese espacio». En cuanto a la URSS, su política «no puede ser indiferente ante la posible bolchevización de Europa. La insensibilidad en este caso sería un síntoma claro de la propia agonía». Además, «las na-

ciones se guían por su propio interés y no por sentimentalismos, pesan las realidades y no las ficciones. La alianza de S. M. británica con Stalin es un ejemplo (...). Las naciones son hoy amigas y mañana enemigas, según les dicte su propio interés. La mejor defensa de España descansa en su unión y en su fortaleza, traducidas por el valor de sus hombres, el vigor de su política y su voluntad firme ante el peligro». Por supuesto, nada de esto convenció al conde.

La destitución de Mussolini por el rey Víctor Manuel después del desembarco aliado en Sicilia, en julio de 1943, agudizó aún más el nerviosismo. Se hablaba hasta de sublevaciones de generales como Orgaz. Otro de los levantiscos, Aranda, conspiraba con la embajada inglesa. Kindelán creía a Franco al borde del naufragio. Pero Franco superó hábilmente el trance, sin represión. Y el 6 de enero de 1944 volvía a advertir a Don Juan que la monarquía llegaría a su tiempo, pero que sus actitudes podrían impedirlo: «Mi deber leal es el de preveniros, que no podáis decir jamás que no os lo haya anunciado de la forma más clara (...). No hagáis caso de lo que del extranjero puedan insinuaros; las promesas a Polonia, al rey Pedro de Yugoslavia, al de Grecia, a Víctor Manuel, a Giraud y a tantos otros se esfumaron ante las realidades». Y, en efecto, Polonia, por cuya independencia Francia e Inglaterra habían declarado la guerra, estaba cayendo en manos de Stalin, que se había repartido el país con Hitler; los monarcas yugoslavo e italiano y Giraud habían sido utilizados y relegados por los Aliados.

Pero el 27 de enero Don Juan volvía a la carga: «V. E. —escribió a Franco— es uno de los contados españoles que creen en la estabilidad del régimen nacionalsindicalista, en la identificación del pueblo con tal régimen, en que nuestra nación, aún no reconciliada, tendrá fuerzas sobradas para resistir los embates extre-

mistas al término de la guerra mundial (...); estoy convencido de que V. E. y el régimen que encarna no podrá subsistir al término de la guerra, y que de no restaurarse antes la monarquía serán derribados por los vencidos en la guerra civil». Y proponía la solución de una «monarquía católica tradicionalista»... que desde luego no admitirían los vencidos de la guerra. Según los juanistas, la rebelión de 1936 había tenido carácter monárquico, y en ello radicaba su legitimidad, idea totalmente irreal, como Franco había resaltado. En fin, el conde se veía obligado a «dar a conocer a España y al mundo la total insolidaridad de la monarquía» con el régimen. Al día siguiente sugería en el diario *La Prensa* de Buenos Aires la conveniencia de una invasión de España para deponer al testarudo Caudillo, cosa que enojó a muchos monárquicos. Franco le telegrafió: «España no está dispuesta a consentir que con motivo de la general contienda puedan desvirtuarse los frutos de la victoriosa cruzada y defenderá por todos los medios, sin contar los días ni los años, nuestra soberanía hasta el último hombre». Y en carta más cortante: «Si el 18 de julio, sin apenas medios, preferimos tantos españoles la loca aventura de lanzarse a la muerte para defender a España, aun a costa de sensible sangre española, imaginaos lo que haríamos hoy para impedir que por ambiciones personales o por imposiciones o intrigas extranjeras se intentara poner en peligro lo que tanto ha costado».

En 1945 ocurrió una curiosa conjunción del maquis y el juanismo, expuesta por el periodista L. M. Ansón, y antes vislumbrada por Ricardo de la Cierva al examinar la correspondencia entre Sainz Rodríguez, Gil-Robles y Kindelán, consejeros del pretendiente los dos primeros.[93] Es sabido que Londres

[93] L. M. Ansón, *Don Juan*, Plaza & Janés, Barcelona, 1994, pp. 218 y ss.; R. de la Cierva, *Franco y Don Juan*, Fénix, Madrid, 1997, pp. 305 y ss.

trataba de imponer la monarquía en España, y Washington también, dada la escasa fiabilidad del exilio izquierdista y separatista. Así, durante la Conferencia de Yalta, Allen Dulles, el jefe un tanto zascandil del servicio secreto useño, habló con Don Juan, y explica Ansón: «Empieza felicitándole. Todo ha quedado resuelto. Stalin no se ha opuesto a la solución monárquica». Desde luego, Stalin entendía esa solución, previsiblemente endeble y transitoria, como un mero jalón hacia un estado más acorde con su ideología.

Don Juan, conde de Barcelona, creía oportuna una intervención bélica contra Franco, ya que las presiones diplomáticas contra él venían dando poco fruto. Claro que un ataque militar a un país neutral y no agresor debía encontrar justificación, por rebuscada que fuera, y el problema ya estaba estudiado y resuelto: «Dulles le informa de que los Aliados no piensan declarar la guerra a España (...) y le expone el proyecto (...). Los milicianos exiliados, con la autorización del gobierno francés, exigida por Estados Unidos, hostigarán el norte de España. Habrá lucha. Ante el peligro de que se extiendan los choques armados, los Aliados, para no comprometer la paz europea, derrocarán a Franco, llamarán a Don Juan y convocarán elecciones libres».

A este episodio se le ha dado poca relevancia, pero tiene carácter definitorio. Como se ve, stalinistas y demócratas compartían la argucia de que el franquismo amenazaba la paz en Europa. «Hay, sin embargo, una exigencia para el rey. Don Juan debe hacer pública una declaración condenando al régimen totalitario de Franco». Al consejero de Don Juan, Ramón Padilla, le parecía que Dulles «no estaba dando consejos, sino instrucciones». Los anglosajones trataban a Don Juan con algo de condescendencia, y Hoare lo mentaba como «nuestro muchacho»

(*our boy*). No obstante, el aspirante al trono de España se entendió con el jefe de la OSS «a las mil maravillas», según Ansón.

Sainz Rodríguez, maquinador compulsivo con ascendiente sobre Don Juan, aprobó el proyecto. «La pesadilla de Franco está a punto de terminar (...). López Oliván empieza a trabajar en un manifiesto en contacto con Allen Dulles», que marcaba la pauta al grupo monárquico. Don Juan explicará a Ansón: «Quiero que te quede completamente claro que yo no acepté el plan y, claro, mucho menos lo estimulé (...). Debo decir que no me opuse. Escuché lo que me decían y sanseacabó. Pero nadie podía hablar del asunto. Al principio, claro, porque se habría estropeado. Después porque nadie habría entendido que yo estuviera de acuerdo en que los milicianos entraran en España para que fuera el pretexto de los Aliados para derribar a Franco». Si algo aclaran estas nebulosas frases es que sí aceptó el plan, con plena conciencia de lo que ocurriría si llegara a trascender. Y lo justificó así: «Porque lo mejor que podía pasar a España en ese momento era la desaparición de Franco a cualquier precio, no me opuse con declaraciones públicas a la operación (...). Me la plantearon como un hecho consumado». Una de sus consecuencias sería el famoso *Manifiesto de Lausana*.

Sobre este suceso caben al menos tres observaciones:

A. Conspirar con una potencia extranjera para invadir el propio país y dar un golpe de Estado es técnicamente alta traición.

B. Con vistas a la restauración monárquica, no era la primera maniobra de los cortesanos de Don Juan, que en 1941 se habían acercado al triunfante Berlín nazi y en 1942 a Londres, planeando una ocupación inglesa

de las Canarias, donde se implantaría un gobierno monárquico.[94]

C. El proyecto de Dulles era descabellado: los *milicianos* a utilizar solo podían ser los comunistas del maquis, pues los demás exiliados tenían muy pocas ganas de jugarse la piel. El PCE seguía introduciendo en el país cuadros probados en el maquis francés y hasta en la lucha partisana soviética, coordinaba políticamente a los huidos dispersos y fundaba nuevas partidas, y coincidía en utilizar las guerrillas para provocar una intervención exterior... al paso que creaba su propia fuerza armada, de la que sería más que difícil deshacerse después de haberla utilizado como pensaban frívolamente Dulles y el entorno juanista. Desde luego aquellos monárquicos, más propensos a la intriga que a la acción sacrificada, jamás habrían desplegado contra el maquis la misma energía que el franquismo y se habrían visto desbordados, como en Grecia, con peligro para Francia o forzando una larga ocupación militar anglosajona.

Con la euforia de un próximo acceso a la corona, el 10 de febrero de aquel decisivo 1945 Don Juan escribía al general Kindelán, uno de sus más fervientes partidarios en España: «Los intereses del Imperio británico y de los Estados Unidos están en pugna con el establecimiento en la Península Ibérica

[94] El acercamiento a Alemania, en L. Suárez, *España, Franco y la Segunda Guerra Mundial*, Actas, Madrid, 1996, pp. 302-303. La cuestión de las Canarias, en el juanista Víctor Salmador, *Don Juan de Borbón, Grandeza y servidumbre del deber*, Planeta, Barcelona, 1976. Otro plan consistía en que Kindelán se sublevase en Cataluña, provocase la entrada de los alemanes y el desembarco aliado en la bahía de Rosas. Según Salmador, ello habría adelantado un año el fin de la guerra mundial (!).

de un régimen extremista obediente a las consignas de Moscú. Esta hostilidad anglosajona no es capaz, sin embargo, de salvar al régimen de Franco, por estar decididos (...) a que desaparezca el régimen fascista que Franco creó a imagen y semejanza de los regímenes italiano y alemán. El dictador español que se entrevistaba con Hitler en Hendaya y con Mussolini en Bordighera, que enviaba una división a combatir contra Rusia, que ofrecía a Alemania en discurso público un millón de hombres si los rusos amenazasen Berlín, que por medio de su prensa estatal insultaba durante cuatro años a los ingleses, norteamericanos y a sus regímenes políticos, así como a los franceses de la Résistance que hoy son dueños del mando en la gran república vecina; ese dictador, ese régimen, querámoslo o no, está inexorablemente abocado —de cegarse en su voluntad de persistir a todo trance— a ser derribado entre convulsiones gravísimas en beneficio de los elementos de desorden. Para que la monarquía pueda merecer el respeto de las potencias vencedoras no puede presentarse como la continuación del régimen actual sino, por el contrario, lo más desligada e incluso enemiga».

De acuerdo con Dulles, el 19 de marzo el conde lanzaba el *Manifiesto de Lausana* (por la ciudad suiza donde residía):

> Españoles, conozco vuestra dolorosa desilusión y comparto vuestros temores (...). El régimen implantado por el general Franco, inspirado desde el principio en los sistemas totalitarios de las potencias del Eje, tan contrarios al carácter y a la tradición de nuestro pueblo, es fundamentalmente incompatible con las circunstancias que la guerra presente está creando en el mundo (...). Desde que asumí los deberes y derechos de la Corona de España, mostré mi disconformidad con la política exterior e interior

seguida por el General Franco (...). El régimen actual provoca este doble peligro (...) una guerra fratricida y encontrarse totalmente aislado en el mundo (...). Solo la Monarquía tradicional puede ser instrumento de paz y de concordia para reconciliar a los españoles. Solo ella puede obtener respeto en el exterior (...). Millones de españoles de las más variadas ideologías (...) ven en la monarquía la única institución salvadora (...). Me resuelvo a levantar mi voz y requerir (a Franco) solemnemente para que, reconociendo el fracaso de la concepción totalitaria del Estado, abandone el poder y dé paso libre a la Restauración (...). Quiero recordar aquí a quienes apoyan al actual régimen la inmensa responsabilidad en que incurren contribuyendo (...) a llevar al país a una irreparable catástrofe.

El documento, muy difundido en la prensa internacional, hizo creer a muchos que el régimen se autoliquidaría. Los exiliados del fenecido Frente Popular, viéndose burlados en las preferencias de los Aliados, reaccionaron airadamente, tachando al conde de peón de Inglaterra y de extranjero por su educación, por haberse formado en la marina inglesa y apenas conocer España. Dentro del país, el manifiesto suscitó agrias disputas entre los propios monárquicos, pues la mayoría de ellos temía repetir la experiencia de los años treinta y apoyaba a Franco.

Aunque los propósitos de Don Juan quedaban deliberadamente ambiguos, relucía su intento de congraciarse con los políticos vencidos y exiliados. Sus asesores pensaban en el socialista Indalecio Prieto, a quien harían jefe del Gobierno provisional, relegando al candidato derechista Gil-Robles. El cual aceptó sacrificarse por el bien de la causa, si así se quiere ver. Según él explicaba en su diario el 17 de mayo, el preten-

diente debía «atraerse a toda costa a la izquierda moderada. A la monarquía no le interesa tener demasiado lastre derechista. Con los elementos de esa significación contará siempre, por la cuenta que les trae». El PSOE, debe recordarse, había procurado y sido el mayor causante de la guerra civil, y Prieto había hecho su carrera contra la monarquía, había participado en el golpe militar de 1930 para traer la república, codirigido el golpe de octubre del 34 contra la república *burguesa*, muy probablemente había estado detrás del asesinato de Calvo-Sotelo y había robado a Negrín el inmenso tesoro del *Vita*, a su vez expoliado en media España durante la guerra civil.[95] No era hombre de muchos escrúpulos como tampoco Sainz Rodríguez y los del entorno de Don Juan; y a ninguno cabría calificarlo de águila política. Prieto odiaba a los comunistas, pero, al igual que estos, solo jugaría con la monarquía como un régimen que sabía débil y revocable.

Ante las sospechas, los juanistas hubieron de dar explicaciones, afirmando que el conde no había criticado las esencias del Movimiento, sino su falsificación; que no postulaba la democracia liberal ni amnistía para los delitos comunes, sino solo para los políticos; y que «ha salvado a España al romper la disyuntiva Franco o comunismo». Los juanistas más fervientes, como Kindelán y Alfonso de Orleans, hablaban de «entrar en acción, nuestra fuerza debe ser cada día más agresiva. Nuestra hostilidad contra Franco, sin miramientos (...). Hay que buscar contacto con las izquierdas moderadas».[96]

---

[95] Sobre el caso del *Vita* hay bastante bibliografía. Véase el capítulo 27 de *Los mitos de la guerra civil*, «El salvamento de las obras del Museo del Prado y otros salvamentos», con referencia a la disputa por carta entre Prieto y Negrín.

[96] J. M. Toquero, *Franco y Don Juan. La oposición monárquica al franquismo*, Plaza & Janés, Barcelona, 1989, pp. 110-113.

Franco y Carrero, más ecuánimes, valoraron el manifiesto como un error, aunque «patrióticamente explicable» por la presión internacional; y no rompieron las relaciones con el pretendiente. Quizá lo habrían visto de otro modo si hubieran conocido la trama con la OSS.[97] Por supuesto, no pensaban hacerle el menor caso, y el peligro de conjura militar fue neutralizado mediante cambios de destino. Don Juan se había sentido a punto de reinar, pero probablemente perdió entonces todas sus posibilidades.

Las esperanzas de aquellos monárquicos descansaban en cuatro puntos: la omnipotencia de los Aliados; la firmeza de sus promesas, más o menos explícitas; el mayoritario descontento popular con el régimen, acompañado de vastas simpatías monárquicas; y la existencia de un sector monárquico fuerte entre los militares. Todo ello demostró ser ilusorio. La *omnipotencia* de los Aliados perdía mucho por el creciente enfrentamiento entre ellos y la necesidad de atender a una Europa hambrienta con riesgos revolucionarios. Por ello sus promesas de derrocar al desafiante franquismo no podían ser muy firmes. El descontento popular era mucho menor que el supuesto por las propagandas, como había comprobado el maquis a su costa. Y el sentimiento monárquico, después del modo poco edificante como había caído la corona en 1931, tenía muy poco arraigo en la población y en el mismo Ejército, excepto en la cúpula de este; finalmente, tampoco los generales monárquicos demostrarían mucha eficacia.

A pesar de todo ello, Franco no rompió las relaciones con el pretendiente en 1943, ni en 1944, ni en 1945. Y la realidad

---

[97] *El franquismo año a año, 1945*, Biblioteca El Mundo, Madrid, 2006, p. 52.

es que los Aliados no lograron derrocar a su régimen; que no resurgió la guerra civil; que el maquis fue vencido y que no hubo revolución. Algo que muy difícilmente habría logrado el grupo juanista, cuyos manejos reflejan bien un carácter que el mismo Azaña habría motejado como propio de botarates.



14

LA POLÉMICA SOBRE ORTEGA Y UNAMUNO Y EL «PÁRAMO CULTURAL»

El 4 de mayo de 1946, mientras se recrudecían las amenazas sobre el franquismo, José Ortega y Gasset, el filósofo español más prestigiado dentro y fuera de España, reabría el histórico centro cultural Ateneo de Madrid con la conferencia «Idea del teatro». Asistían a ella Azorín, Pemán, Marañón, D'Ors, Serrano Suñer, Sánchez Mazas, el embajador de Italia, el encargado de negocios de Usa y otras personalidades, más una multitud que llenaba la sala, la planta baja y las aceras de la calle. Ortega invitó a los jóvenes con inquietudes intelectuales a hablar «larga y enérgicamente», y describió la situación de España y Europa en sus frases más recordadas: «Por primera vez, tras enormes angustias y tártagos, España tiene suerte. Pese a ciertas menudas apariencias, a breves nubarrones que no pasan de ser meteorológicamente anécdotas, el horizonte de España está despejado (...). Mientras los demás pueblos se hallan enfermos, casi todos, el pueblo español, lleno sin duda de defectos y de pésimos hábitos, da la casualidad de que ha salido de esta turbia y turbulenta época con una sorprendente, casi indecente salud». El discurso, radiado a todo el país, fue desde luego un éxito de

primer orden para el régimen, por lo que tenía de implícito refrendo intelectual de este.

Ortega ya había vuelto a España el año anterior, aún no definitivamente, después de un largo exilio en Argentina y Portugal —el Portugal de Salazar, también tachado de «fascista»—, y había constatado un ambieute muy distinto del que había conocido. Su caso merece atención por su repercusión política. Lo significativo es que nadie podía decir que Ortega se identificase con el franquismo, y este tampoco le exigió tal identificación. Seguiría cobrando su sueldo de catedrático —de cuyo cargo le había desposeído el Frente Popular— sin obligación de dar clases,[98] lo que fue un acierto, deliberado o no, ya que permitió al filósofo dedicarse con mayor libertad a sus tareas, publicando entre otras *La idea de principio en Leibniz*, una de sus obras mayores, aunque incompleta, o fundando el Instituto de Humanidades, en 1948.

De todos modos, el agnóstico y liberal Ortega no se asimilaba a un régimen que se proclamaba católico. El desajuste originó un interesante debate centrado en él y en menor medida en Unamuno, que ha estudiado Antonio Martín Puerta, y en el que entraron en liza los rectores universitarios falangistas Laín Entralgo y Antonio Tovar, también Dionisio Ridruejo y Julián Marías, este marginado de la universidad; opusdeístas ligados al CSIC y su revista *Arbor*, como Calvo Serer, Pérez Embid o Antonio Fontán; los miembros de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) Pemán o García Escudero, jesuitas como J. Iriarte o Roig Gironella, el dominico S. Ramírez, y otros. La discusión empezó ya en 1942 con críticas de

[98] Según versión de G. Morán en *El maestro en el erial*, Tusquets, Barcelona, 2002. Otras versiones afirman que su último sueldo data de 1936.

algunos estudiosos católicos a las ideas de Ortega y a las de Unamuno, y persistió casi dos decenios, llegando a iutervenir el Episcopado.[99]

La cuestión era primariamente si las filosofías de Ortega y de Unamuno podían admitirse como orientadoras o magisteriales en una España confesionalmente católica. Los escritores próximos a la jerarquía eclesiástica —no todos— denunciaban, con buenos argumentos, el tono agnóstico de Ortega y sus puntos de vista generales, a duras penas o nada compatibles con la doctrina cristiana. También criticaban la afición de Ortega a hacer frases vacías o arbitrarias y lo incompleto o asistemático de su pensamiento, que reducían finalmente a puro subjetivismo. Esto último lo destacaban también en Unamuno, que nunca apreció la razón o el sistema (dos de sus libros, *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo*, fueron inscritos en 1957 eu el *Índice de libros prohibidos por la Iglesia*, aunque siguieron vendiéndose).

Los falangistas, ya desde 1940, trataron de reunir en la revista *Escorial* a escritores no falangistas como Azorín, Menéndez Pidal, Baroja, Zubiri... —y tendieron la mano a los del exilio, que, con notable rencor, la desdeñaron—, por lo que mostraron en torno a Ortega un espíritu mucho más abierto que los eclesiásticos. A decir verdad, Ortega era valorado en la Falange como un maestro, apreciando en él una fertilidad de ideas y estilo a imitar, y una afinidad de pensamiento; incluso podía encontrársele alguna compatibilidad con el fascismo, por

---

[99] A. Martín Puerta, *Ortega y Unamuno en la España de Franco. El debate intelectual durante los años cuarenta y cincuenta*, Encuentro, Madrid, 2009. Puede verse también mi reseña: «Gran debate intelectual de los años 40-50», *http://www.piomoa.es/?p=1899*.

su insistencia en las élites[100] o «minorías selectas» y autoexigentes, en contraposición al «hombre masa», al «señorito satisfecho» que cree tener todos los derechos y ninguna obligación, como expresa en *La rebelión de las masas*. Su *España invertebrada*, un análisis histórico cuestionable y hasta disparatado, muy apreciada en círculos de la Falange,[101] venía a sostener que España fallaba por falta de tales minorías selectas que la vertebrasen, habiéndolo hecho todo «el pueblo». Y debe entenderse que si bien los falangistas se declaraban católicos, su identificación con la jerarquía eclesiástica y la confesionalidad del Estado resultaba un tanto forzada. Aparte de ellos, Julián Marías, católico nada falangista y discípulo de Ortega, debatiría ardorosamente contra sus críticos eclesiales, tildándolos de ignorantes y tergiversadores.

Paradójicamente, aquellos falangistas pro Ortega eran o habían sido los más próximos al nazismo y partidarios de la entrada de España en la guerra mundial, lo que explica bastante su evolución posterior en dirección contraria (liberal, socialdemócrata), nunca bien aclarada por ellos.

La polémica cobró en 1949 un contenido más amplio que la discusión entre posiciones más o menos integristas y aperturistas. Ese año, Laín Entralgo publicó su *España como problema*, donde plantea la causa de que entre liberalismo y tradicionalismo no haya predominado la integración intelectual, sino un enfrentamiento de efectos esterilizantes, entre ellos la escasez de ciencia. Para Laín, Ortega representaría el pensamiento liberal, la *europeización*, y Ángel Herrera, fundador de la ACNP,

[100] Me gusta más élite, como se transcribía la palabra francesa, que elite.
[101] He hecho una crítica de las ideas de Ortega sobre España en *Los personajes de la república vistos por ellos mismos* y en *Una historia chocante*.

un nuevo catolicismo bien formado e informado, moderno, *europeo*.[102] Los dos debían permitir el acercamiento de las posturas antes irreconciliables —tradicionalistas y progresistas— que habían hecho árido el siglo XIX español. Laín propugnaba «vivir instalados en la historia universal» (una de las ocurrencias extravagantes de la *España invertebrada* era la de la «tibetanización» o aislamiento de España). Quizá instalarse en la «historia universal» habría incluido participar en las sañudas guerras mundiales.

España como problema derivaba de la conocida frase de Ortega «España es el problema y Europa la solución», apoyada en la tesis orteguiana de que la historia hispana había sido «anormal», «enferma», y debía curarse en una «Europa» idealizada y mal conocida, que poco después se despeñaba en la Gran Guerra. En septiembre de 1949, Ortega pronunció en Berlín una conferencia, *De Europa meditatio quaedam*, a la que acudieron miles de oyentes en tropel, ocasionándose incluso heridos. En ella criticó la democracia como sistema inclinado al despotismo, distinto e incluso opuesto al liberalismo. Expresó su teoría sobre las naciones y su aparición histórica y señaló que Europa había vivido en forma dual, la propiamente europea y la nacional, siendo esta una densificación de la primera en algunas zonas. El origen de Europa estaría en el Imperio romano, pero, llamativamente, dejó de lado el carácter cristiano de su cultura. Con optimismo afirmó que el continente vivía una hora crepuscular, pero no vespertina, sino matutina, pues había llegado

---

[102] J. M. Cuenca Toribio ha estudiado las dificultades de la Iglesia en relación con la cultura moderna en *Estudios sobre el catolicismo español contemporáneo* (varios volúmenes), y otros. También A. Maestre, *El fracaso de un cristiano: el otro Herrera Oria*, Tecnos, Madrid, 2009.

el momento de avanzar hacia unos Estados Unidos de Europa, una nueva nación o supernación. Implícitamente, la nación española se diluiría en esa nación nueva, que generaría su correspondiente nacionalismo.

Laín habla con entusiasmo del «proyecto de Ortega», «la futura España, magnífica de virtudes, la alegría española», pues «Patria es lo que no hemos sido y tenemos que ser». Ahí hay poco más que retórica bienintencionada y vacua, apta para ayudar, entre otras cosas, a los separatismos, a su vez deseosos de sus «patrias» particulares. Pues estos también condenaban implícitamente el pasado de sus respectivas regiones por haberse identificado con una España «enferma» y «anormal», separarse de la cual no dejaba de ser una postura lógica. La parte positiva de Laín consistía en su oposición al sectario encierro en las viejas hostilidades entre el pensamiento liberal y el tradicionalista.

Replicó Calvo Serer, del Opus Dei, con otro libro, *España sin problema*, observando razonablemente que «la primera actitud al enfrentarnos con los problemas españoles es que dejemos de considerar problemático el destino nacional». El mal habría partido del siglo XVIII, desnaturalizador de la cultura española, intrínsecamente católica. Achaca a los católicos liberales y democristianos ineptitud frente a las revoluciones que han marcado el siglo XX, y en cualquier caso, el problema de España se habría resuelto definitivamente con el Estado confesional surgido de la victoria de 1939, que auguraba un nuevo esplendor: «El catolicismo cultural es condición sine qua non para la vida española. Por ello hay que apartar inflexiblemente cuanto intente atacarlo». La guerra mundial habría reducido las alternativas a dos: sovietización o americanización, ambas contrarias a la civilización cristiaua europea; pero España debía seguir su propia ruta, marcada por Donoso Cortés, Menéndez Pelayo y

Maeztu. Para Calvo y afines, el recurso a los filósofos de la Iglesia como Santo Tomás y a los intelectuales citados resolvía todo problema. Esa militancia, que excluía a gran parte del pensamiento europeo y español, empezando por Ortega y Unamuno, podría explicarse por el reciente trauma de la bestial persecución religiosa, y justificarse si prologaba un nuevo Siglo de Oro... lo que no era el caso: la cultura católica de la época tenía un nivel estimable, pero lejano del áureo ideal.

La identificación entre España y catolicismo tropezaba con serios obstáculos. Ante todo, apartaba al país de los regímenes tradicionales (cristianos) europeos y lo asimilaba a los orientales y musulmanes, al identificar política, cultura y religión. Es cierto que en sus mejores siglos España fue la gran defensora del catolicismo frente a protestantes, turcos y anglicanos, pero incluso entonces sus intereses nacionales y los de Roma colisionaron no pocas veces. La defensa intelectual, culminada en el Concilio de Trento y la Escuela de Salamanca, bajó mucho de nivel posteriormente y si España fue católica en su gran época, lo siguió siendo en su decadencia. Por lo demás, el catolicismo no se identifica con ninguna nación o régimen, y el franquista, al declararse confesional, se estaba suicidando, como demostraría a su debido tiempo el Concilio Vaticano II.

Como ya dijimos, se ha llamado despectivamente «nacionalcatolicismo» a las tesis defendidas por Calvo Serer y muchos otros en aquellos años (luego cambiarían), sugiriendo una analogía con el nacionalsocialismo hitleriano. Ello es falso, por cuanto el primero nunca se impuso realmente en España, limitándose a ser una corriente cultural más. La cultura española de los años cuarenta y cincuenta distaba de seguir las directrices eclesiásticas, y la pretensión de algunos obispos de dictar lo que convenía o no convenía leer, por mucho que utilizara argumentos enjundiosos, solo cau-

saba en las gentes cultas una sensación de asfixia y rechazo. Y un anticlericalismo creciente entre los universitarios: llegó a haber incidentes y quema pública de un libro antiorteguiano en la Universidad de Madrid.

La larga polémica produjo libros, ensayos y artículos. Como puede verse, afectaba a la propia concepción del régimen, por lo que podría haber ocasionado medidas administrativas (en grado menor, Calvo Serer y algunos de los suyos perdieron sus puestos en la revista *Arbor*, del CSIC, más por sus excesos político-censores que por las mismas ideas en pugna). La discusión se mantuvo en un plano intelectual de considerable altura y en términos básicamente liberales; es decir, los autores se expresaron con libertad y las críticas no afectaron al propio Ortega y su trabajo, aunque probablemente le enojaran. El debate es casi siempre un signo de vitalidad intelectual, y aquel tiempo la tuvo. Compárese con la escasez y mediocridad de los debates actuales, pese a los graves problemas de nuestra época.[103]

En los años cincuenta tuvo lugar otra célebre controversia sobre el «ser» de España, entre los exiliados Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz. El primero explicó las dichas de España por la confluencia de las «tres culturas», musulmana, judía y cristiana, en la Edad Media. Y las desdichas por la expulsión de las dos primeras y prevalencia de la tercera, la más «bruta» y desdeñable, origen de un imaginario guerracivilismo

[103] De todas formas un historiador tan minucioso como J. M. Cuenca Toribio estima que la actividad intelectual católica «incluso cuando esta —años cuarenta y parte de los cincuenta— fue notoria e incluso espectacular en términos cuantitativos en ciertos terrenos, jamás logró salvar el desnivel que lo separaba de la cultura canónica y hegemónica en la edad contemporánea, cuya axiología y, sobre todo, cuya sensibilidad lo distanciaban anchamente de la confesional», porque «la clave del tema no residía en la cantidad, sino en la calidad y trascendencia de su aportación». *Iglesia y cultura en la España del siglo* XX, Actas, Madrid, 2012, p. 295.

español. La idea, realmente pintoresca, fue rebatida por Sánchez Albornoz, el mejor medievalista español del siglo XX, si bien este hacía de una supuesta «herencia temperamental» hispana anterior a Roma una —harto discutible— clave explicativa de la historia.

Los debates de aquellos años han sido descartados después, con desprecio trivial, por intelectuales de menor fuste: «La metafísica nacionalista sobre la unidad, el destino, la psicología peculiar y los orígenes absolutos se había traducido en problemas terrenales de crecimiento económico, democracia y salvaguardia de los derechos individuales».[104] La realidad es que la talla de los historiadores e intelectuales involucrados en aquellas polémicas supera con mucho la de sus detractores, y la democracia, el crecimiento económico y los derechos individuales no han dado lugar en España a un pensamiento ni a un debate de algún interés; y por otra parte esos temas no se oponen a los de la supuesta «metafísica nacionalista». En rigor, el problema de España nace del contraste entre sus extraordinarios logros culturales, políticos y militares de los siglos XVI y parte del XVII y su mediocridad posterior, tan empeorada después de la invasión napoleónica. Un descenso tan profundo no es fácil de explicar, ciertamente.

[104] J. Varela, *La novela de España*, Taurus, Madrid, 1999, p. 20. Pero véase la extremada sandez de tiradas como esta, de J. L Yuste, que cree tener muchas «cuentas pendientes» con la historia de los años cuarenta: «Período que si fue oscuro en lo material, aún lo fue más en los aspectos culturales (...). Fue una larga noche de piedra, un interminable tiempo de silencio (...). Una época, en suma, que cubre de tinieblas varios lustros de la historia de nuestra cultura», etc. Tiradas semejantes pueden leerse con gran abundancia en la actualidad, y uno no sabe si asombrarse más de su desafiante falsedad o de la pura necedad envuelta en retórica de sentimentalidad indignada. Pero estas cosas retratan muy bien una miseria intelectual, que no es, desde luego, la de los años cuarenta.

Contra Ortega no solo militaba el sector integrista del franquismo, sino también, y de forma más implacable, el antifranquista, que intentó condenarlo, como a otros, al ostracismo intelectual. Con Ortega fracasaron, porque la notoriedad del filósofo era demasiado grande, pero no en otros casos. Esa pretensión inquisitorial arraiga en el mito de que los intelectuales se habrían exiliado masivamente por aversión al franquismo, y que los pocos que habían quedado o vuelto se habrían refugiado en un «exilio interior» o demostrado bajeza moral al colaborar con «el fascismo». El exilio interior es otro mito, pues sus componentes, al igual que Ortega, trabajaron, publicaron y ganaron premios y distinciones, véase a Blas de Otero, Fernández Gómez, Gabriel Celaya, Buero Vallejo y tantos más. La realidad es que el franquismo fue notablemente permisivo en la cultura.

Por consiguiente, quedaba la acusación de bajeza moral, recogida en 2002 por Gregorio Morán en su libro *El maestro en el erial*. El maestro Ortega había entrado en el «erial» de la cultura en la España franquista y había realizado vilezas como ofrecerse a escribir discursos al Caudillo, cobrar su sueldo de catedrático sin dar clases en la universidad, etc. Pero la brillante labor de Ortega en un ambiente que se lo permitía con pocas o ninguna traba, no puede tacharse de bajeza, y el «erial» no pasa de ser pura fantasía. Baste un repaso de colaboradores en la revista de la Falange *Escorial* para comprobarlo: Vicente Aleixandre (futuro Premio Nobel), Azorín, Cela, Pío Baroja, Dámaso Alonso, Eugenio d'Ors, Julián Marías, Menéndez Pidal, Ramón Carande, Gerardo Diego, Álvaro Cunqueiro, J. M. Cossío, Julio Caro Baroja, Melchor Fernández Almagro, Emilio García Gómez, Ramón Gómez de la Serna, Paul Claudel, Romano Guardini, Manuel Machado, José Antonio Maravall, Blas de Otero, Luis Rosales, Julio Palacios, Joaquín Rodrigo, Sán-

chez Mazas, Federico Sopeña, Gonzalo Torrente Ballester, Fr. Justo Pérez de Urbel, Luis Felipe Vivanco, Xavier Zubiri, Calvo Serer... Cabe preguntarse qué publicación actual lograría un elenco intelectual de escritores, nuevos y viejos, de tan variada ocupación y tal fuste.

Ortega no fue el único ni mucho menos que volvió del exilio o la emigración. Volvieron y trabajaron, la mayoría en los años cuarenta y cincuenta, Menéndez Pidal, una figura cumbre de la historiografía y la filología, Josep Pla, el escritor catalán más destacado del siglo XX, Gregorio Marañón, Pérez de Ayala, Azorín, D'Ors, Miró, Juan Gil Albert, Sebastián Miranda, Rosa Chacel, Arturo Duperier, Dalí, José María Sert, Américo Castro (al final de sus días), entre tantos. Más ocasionalmente retornaron Severo Ochoa, Jorge Guillén, Rey Pastor, Francisco Ayala, etc. Algunos podrían haber vuelto sin problema, como Sánchez Albornoz, Madariaga o Juan Ramón Jiménez, pero por razones ideológicas, u otras, prefirieron quedarse en los países donde se habían afincado. La mitología menciona, además, un solo exilio intelectual, cuando hubo dos: el primero, probablemente el de mayor calidad, afectó a quienes huían de las izquierdas, también a republicanos izquierdistas que, por temor a ser asesinados por los «suyos», se pusieron a salvo de la revolución, sirviéndola al mismo tiempo con cargos en el extranjero, como lamentaba Azaña en sus diarios (fue también el caso de Juan Ramón Jiménez).[105] El segundo exilio incluyó a los más comprometi-

[105] Azaña, *Memorias de guerra*, Crítica, Barcelona, 1978, pp. 81-82. «Del Gobierno que yo presidí en febrero del año pasado, ¿sabe cuántos ministros quedaron en España? Dos (...). De los embajadores «políticos» que yo nombré solo uno (...). Los demás, se quedaron en Francia (...). En París hay doce exconsejeros de la Generalidad (...). Gassol se fue después porque temía ser asesinado (...). Domingo está en Méjico, Zulueta en Bogotá...».

dos con el Frente Popular, y su creatividad fue seguramente inferior a la de quienes permanecieron o regresaron a España.

Especial relevancia tiene el caso de Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, pues se les consideraba «los padres espirituales de la república», por haber firmado el influyente manifiesto en su favor, en 1931. El desengaño de los tres, primero con la república y después con el Frente Popular, fue definitivo. Pérez de Ayala describirá así a sus líderes: «Cuanto se diga de los desalmados mentecatos que engendraron y luego nutrieron a los pechos nuestra gran tragedia, todo me parecerá poco. Lo que nunca pude concebir es que hubiesen sido capaces de tanto crimen, cobardía y bajeza». Ortega fustigaba a los intelectuales extranjeros que, sin tener apenas conocimientos sobre España, apoyaban alegremente al Frente Popular. Marañón es todavía más tajante: «¡Qué gentes! Todo es en ellos latrocinio, locura, estupidez (...). Tendremos que estar varios años maldiciendo la estupidez y la canallería de estos cretinos criminales, y aún no habremos acabado. ¿Cómo poner peros, aunque los haya, a los del otro lado? (...). Y aun es mayor mi dolor por haber sido amigo de tales escarabajos». Hay en él una amarga autocrítica: «No tenemos derecho a quejarnos de la dictadura, pues la hemos hecho necesaria por nuestra ayuda estúpida a la barbarie roja».

No hubo páramo cultural, muy al contrario. Ya Julián Marías se indignó en 1977 ante la patraña en su conocido artículo «La vegetación del páramo», donde cita las numerosas e importantes obras de posguerra, tanto de los grandes autores de la Generación del 98 y de las dos siguientes como de los valores jóvenes surgidos entonces: Menéndez Pidal, Azorín, Baroja, Ortega, Zubiri, Morente, Dámaso Alonso, Aleixandre, Mihura, Marañón, Cela, Celaya, Rosales, Ridruejo, Leopoldo Panero, Buero, Laín, Maravall, Carmen Laforet, Aldecoa, Blas de Otero,

Gironella, Torrente Ballester, Díez del Corral, Rof Carballo, Aranguren, Tovar y tantos más.[106]

Veinte años más tarde, al constatar la lozanía de la falsedad, Marías insistirá en otro artículo, «¿Por qué mienten?»: «Baroja decía con humor que los españoles discuten sobre cuestiones de hecho. Muchos hacen ahora algo mejor: ni siquiera discuten, sino que hacen caso omiso de los hechos (...). Cada vez que se habla de lo que ha sido la realidad cultural de España después de la guerra civil, se acumulan las mentiras más evidentes, más contrarias a la irrefragable realidad (...). Los jóvenes (...) mienten, diríamos, en nombre de otros. Su motivo principal es la ignorancia: no saben nada, aceptan pasivamente lo que les han dicho y lo repiten. Hay un curioso grupo, formado por los que empezaron a actuar hacia 1956 —fecha muy significativa—. Tuvieron, ya desde entonces, la voluntad de dar por nulo todo lo que se había hecho antes (...) para dar la impresión de que con ellos, y solo con ellos, se iniciaba una resistencia a las presiones oficiales y un intento de independencia. Finalmente, los decididamente mayores, los que vivieron y escribieron en ese ya lejano período, con frecuencia se pliegan a las presiones dominantes». Hay que decir que la independencia frente a las presiones oficiales u oficiosas fue a menudo más fácil en el franquismo que en la actualidad, cuando el disidente puede sufrir una verdadera muerte civil.

Laín también negó el famoso páramo, señalando figuras importantes en filosofía, literatura, filología, poesía, historia del arte y cultura, psicología... Podía haber mencionado varios científicos, arquitectos, pintores o cineastas relevantes. Pero,

---

[106] En *Años de hierro* he tratado la evolución cultural española año tras año entre 1939 y 1945. Mucho más notable de lo que la caricatura posterior ha pretendido.

queriendo hacerse perdonar su pasado tan próximo a las ideologías del Eje, cayó en la trampa de *justificar* a aquellos autores afirmando que repudiaban el franquismo.[107] Y algunos lo hicieron, pero otros no, y en la medida en que es cierto solo testimonia la conducta liberal del régimen en el campo cultural. Los hubo franquistas, antifranquistas, comunistas reconocidos, y una gran mayoría sin apenas significación política: todos ellos se expresaron en libros, cine u otras artes. La censura durante parte del franquismo ha sido enormemente censurada a su vez, pero desde luego no pasó de causar molestias, a menudo pintorescas, y no sepultó en la oscuridad ninguna obra maestra.

Sin duda los años cuarenta, los de mayor censura y más censurados después de Franco, protagonizaron un florecimiento cultural más que notable. Entonces produjeron muchas de sus mejores obras Cela, el maestro Rodrigo, Carmen Laforet, D'Ors, Juan de Ávalos, Ignacio Agustí, Vajda, Ramón Carande, Zubiri, García Morente, Zunzunegui, García Gómez, Diego Méndez, Pedro Muguruza, Zuloaga, Gutiérrez Solana, Vázquez Díaz, Torrente Ballester, Fernández Flórez, Sánchez Mazas, Mercedes Salisachs, Pemán, Ridruejo, Rey Pastor , Ortega, Menéndez Pidal, Julio Palacios, Miguel Delibes, Martín de Riquer, Marañón, García Serrano, Sorozábal, Buero Vallejo... La lista de nombres y obras se haría interminable, baste remitirse al citado artículo de Julián Marías. El CSIC hizo una labor muy digna, y fue una época excelente para la poesía: premio Adonais, revistas *Garcilaso* o *Espadaña*, poetas como Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Aleixandre, Blas de Otero, Manuel Machado... Para la historia, con Díez del Corral, Carande, Vicens Vives, Jesús Pabón,

[107] P. Laín Entralgo, «No todo fue erial», *El País*, 16-IV-1998.

José Antonio Maravall, por supuesto Menéndez Pidal... El humorismo gozó de auge como nunca antes o después: revista *La Codorniz*, Jardiel Poncela, Edgar Neville, Noel Clarasó, Mihura, Tono, Álvaro de la Iglesia... Empezó a desarrollarse la industria del tebeo *(El guerrero del antifaz...)* y la literatura «de kiosco» (*El Coyote*, de Mallorquí, novelas de ciencia ficción, las del Oeste de Lafuente Estefanía...). Es posible que los años cuarenta no fueran solo un tiempo de creatividad cultural destacada, sino los mejores del franquismo... y de la democracia.

Es instructiva la evolución política de bastantes de aquellos autores. Celaya, Blas de Otero, Haro Tecglen, Sastre, Sacristán... pasaron de la Falange al comunismo; otros a la socialdemocracia, como Ridruejo, o se hicieron más o menos liberales, como Torrente Ballester, Tovar, Laín, Aranguren, Cela... El llamativo fenómeno lo estudió César Alonso de los Ríos.[108] Algo similar pasó con Calvo Serer y otros integristas católicos. Muchos prosperaron como funcionarios del régimen hasta descubrir en sí mismos a incorruptibles antifranquistas... después de Franco.

Un dato en esta evolución fue el apego de tantos de ellos, sin ser comunistas, al sistema soviético. Así se puso de relieve en 1976, cuando Solzhenitsyn explicó en Madrid las diferencias, realmente abismales, entre el totalitarismo de la URSS y el régimen español: la réplica casi general hacia el gran escritor ruso fue una andanada de insultos que llegaban a lamentar su salida del GULAG. Y no eran solo comunistas o comunistoides los que así hablaban, sino intelectuales que pasaban por liberales, como Juan Benet, Cela, Jiménez de Parga y otros. Diríase, y no es ironía, que los injuriantes encontraban la dictadura de

[108] C. Alonso de los Ríos, *Yo tenía un camarada, El pasado franquista de los maestros de la izquierda*, Altera, Madrid, 2007.

Franco poco «seria» y aspiraban a otra más real, más férrea. La Cuba de Castro, por cierto, gozaba de predicamento entre ellos.

Aun cuando las evoluciones en política son habituales, casi nadie explicó la razón de las suyas. Por el contrario, a partir de la transición o ya antes, numerosos políticos y personajes de la cultura dieron en maquillar o tergiversar su biografía de forma descarada. Fenómeno sociológica y psicológicamente significativo, y no demasiado edificante desde el punto de vista moral o intelectual cuando ya no había peligro, como en la guerra, de ser perseguido o fusilado por discrepar de la «verdad» oficial.

Describir como un páramo o un erial la «era de Franco» exige una dosis muy alta de ignorancia, ruindad u osadía. Fueron los exiliados quienes inventaron ese mito, dando a entender que ellos eran los únicos intelectuales de valía, quedando en España solo curas y militares supuestamente ignaros y brutos. Y en la transición recobró fuerza el tópico, de la mano de la izquierda y separatistas, a cuya vanguardia se situó el diario *El País* y más tarde toda la empresa correspondiente, PRISA. El diario monárquico *ABC* se sumó, inventando su director, el juanista Ansón, la frase «generación del silencio» para la de los años cuarenta y cincuenta. Con todo desparpajo. Tanto Ansón como Cebrián, director de *El País*, habían hecho bajo el franquismo una carrera muy provechosa y recompensada políticamente, pero se habían descubierto a tiempo enemigos de la dictadura. Decía Marías que «mentir descalifica a quien lo hace», pero los descalificados, en este caso, han gozado de una influencia y salud económica excepcionales.

Como veremos, ambos directores quisieron hacer de sus periódicos sendos «intelectuales colectivos», rivales pero siempre antifranquistas, núcleos y focos de la esplendorosa eclosión

cultural que, se daba por hecho, acompañaría a la democracia. Su postura recuerda a la de los integristas contrarios a Ortega, y con el mismo problema: actitud tan injusta o absurda podría hallar alguna justificación si ellos estuviesen alumbrando a su vez una cultura de tal brillo que eclipsara a la anterior. Pues bien, ¿es superior la cultura del posfranquismo a la del franquismo? Depende mucho del punto de vista. Para quien valore muy alto la pornografía, la chabacanería y la producción demasiado ligada a la droga y al negocio, desde luego que sí. Pero pocos osarán sostener seriamente que el pensamiento, la literatura o el arte actuales, en España y también en Europa, alcancen una calidad deslumbrante, mientras que no resulta demasiado difícil describirla como trivial, estridente o mediocre, siempre con las excepciones de rigor. Algo de ello estamos viendo aquí en lo referente a la historiografía. En este caso, la arrogancia cae en lo grotesco, máxime al ir asociada a un cosmopolitismo provinciano y un sectarismo de tierra quemada hacia los discrepantes.

Es realmente difícil crear algo sólido y fructífero sobre la falsedad hacia los demás y hacia sí mismo, «la constante mentira» lamentada por Marañón. Sospecho que hoy, cuando la cultura española va convirtiéndose en un remedo de la anglosajona en medio de una auténtica colonización idiomática, podría hablarse de páramo con bastante más justificación que antaño.



15

LA DERROTA DEL AISLAMIENTO

El 14 de diciembre de 1955 España ingresaba en la ONU. Habían pasado nueve años justos desde que el mismo organismo decidiera aislar a España. Finalmente las Naciones Unidas claudicaban y hasta Moscú apoyaba la admisión. Franco comentaba al día siguiente: «No tengo demasiada fe en la labor de la ONU, pero de todas formas es un bien que las naciones se reúnan para discutir los asuntos en que discrepan (...). Ayer, Rusia votó a España (...) ante la amenaza de que las naciones americanas y árabes no votasen la admisión de naciones que son satélites suyos».[109]

A decir verdad, las Naciones Unidas no habían cumplido con mucha eficacia sus propósitos de asegurar la paz en el mundo. La alianza soviético-democrática que había permitido aplastar a la Alemania nazi había derivado pronto a rivalidad encarnizada, con peligro de nueva guerra mundial. No llegó a tanto

---

[109] F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976, p. 153.

porque las armas nucleares aseguraban una mutua e incalculable destrucción, pero la guerra fría, desenvuelta en los planos ideológico, propagandístico, político, armamentista y económico, generó o interfirió en numerosos y mortíferos conflictos «calientes», como los multitudinarios desplazamientos en la partición de la India, el nacimiento de Israel, las guerras civiles griega o china, la de independencia de Indonesia, la de Corea y otras menores en Kenia, Malasia, etc. Un año antes de la entrada de España en la ONU había terminado la guerra de Indochina con victoria comunista sobre Francia y comenzaba la de Argelia, que se prolongaría hasta 1962. Los muertos en varias de ellas podían contarse por cientos de miles, millones en China. Globalmente, la pugna iba decantándose a favor del comunismo, que en solo cinco años desde 1945 se imponía sobre un tercio de la humanidad y presionaba en casi todas partes. En Europa Occidental, Italia y Francia contaban con potentes partidos comunistas, y el bloqueo de Berlín por los soviéticos en 1948-1949, ganado esta vez por Usa, había arriesgado una confrontación a gran escala.

Para el régimen, el triunfo de la entrada en la ONU coronaba años de pacientes esfuerzos y maniobras, mientras las victorias sobre el maquis y el juanismo garantizaban la estabilidad interior. Por todo ello, Usa tendría que volver progresivamente a la no injerencia en los asuntos hispanos, cumpliendo las promesas hechas por Roosevelt en momentos de apuro. Y así, los imperativos de la realidad obligaban a suavizar la hostilidad y la amenaza contra España, más en Usa que en Europa Occidental. En 1953 el franquismo ya había cosechado dos victorias diplomáticas clave: el concordato con el Vaticano y amplios acuerdos con Washington. Ese año tuvo para Franco un especial simbolismo, pues en marzo falleció Stalin, sin duda su más peligroso enemigo.

A partir de los acuerdos de 1953 quedaba despejado el camino hacia la admisión en la ONU y el pleno reconocimiento internacional, rubricado por la visita de Eisenhower a Franco en 1959. La marcha hacia esa conclusión había empezado a los pocos meses de la retirada de embajadores, y fue un proceso muy complejo, en el que intervinieron muchas cambiantes relaciones internacionales, como la fundación de Israel (Madrid no reconoció al nuevo estado, para ganarse el necesitado apoyo de los países árabes); o las maniobras del «gobierno» en el exilio y sus tratos en las cancillerías europeas, de los monárquicos con él, etc. Aquí nos limitaremos a exponer solo sus hitos principales.

Lejos de debilitarse internamente, en 1947 Franco decidió institucionalizar la sucesión declarando a España reino, aunque el monarca no le sustituiría, como querían los juanistas, sino que le sucedería: la magistratura del Caudillo sería en principio vitalicia. Él no pensaba en una reedición o continuación de la monarquía fracasada de Alfonso XIII, sino en otra fórmula que esperaba más sólida, asentada en los resultados de la guerra civil. Y no permitiría que un rey, que, por querer serlo «de todos los españoles», buscaba congraciarse con las izquierdas, le despidiese como a un criado cuyos servicios habían dejado de ser útiles una vez vencida la revolución, dejándole a los pies de los caballos, con peligro incluso de muerte, como había ocurrido con Mussolini. Pues no otra cosa cabría esperar a medio plazo de los proyectos juanistas.

Don Juan y su círculo, convencidos aún de que la ONU precipitaría la pronta caída del franquismo, reaccionaron indignados. Un nuevo manifiesto, en abril de 1947, rompía por ter-

cera vez con Franco, al que exigía prácticamente una rendición incondicional. Pretensión quimérica, en sí misma y por sus efectos previsibles. En España no abundaban los monárquicos fuera de las clases altas, por lo que la corona tenía pocas posibilidades de consolidarse. Y el referéndum para aprobar la Ley de Sucesión, el 6 de julio, lo ganó por 12.629.000 votos contra 644.000, con participación del 78 por ciento del censo.[110] Según sus adversarios, la votación había sido fruto de la «presión, iutimidación y falsificación» (Preston), pero nadie dudaba del apoyo popular al Caudillo. Pues era a él a quien se votaba realmente.

En discursos de entonces, Franco reconoció que «nuestras vidas son pobres, nuestras exportaciones han bajado enormemente y hemos de buscar nuevos veneros». No obstante, advirtió, de ningún modo volvería la situación anterior, y las dificultades se afrontarían con una política basada en tres puntos: moral católica frente al comunismo, interés de la patria y bien social. Denunció el triste estado de Europa y el drama de los miles de huidos de los países comunistas, fríamente acogidos en el Oeste.

Las circunstancias en Europa Occidental, Francia, Italia, no digamos Alemania, eran peores que en España, mientras Inglaterra, casi en quiebra y con racionamiento, se empeñaba en el papel de gran potencia manteniendo unas fuerzas armadas excesivas. El estancamiento económico favorecía la agitación comunista, por lo que Usa concedió los créditos del Plan Marshall. España los pidió, pues los necesitaba con urgencia, pero ni siquiera recibió respuesta. El embajador extraoficial en Washing-

---

[110] En L. Suárez, *op. cit.*, p. 193.

ton, Lequerica, había creado un *lobby* o grupo de presión proespañol, que contribuía a suavizar el ambiente antifranquista, y tendría efectos en los años siguientes.

Por su parte el inquieto líder socialista Prieto, muy anticomunista, en la onda de la guerra fría, fue a Francia en julio de ese año, 1947, a un congreso del PSOE. Proponía colaborar con Don Juan aparcando para más tarde un referéndum sobre monarquía o república, y jugó también la carta inglesa, entrevistándose con Ernest Bevin, secretario de Exteriores. Según informe policial español, Prieto había sugerido al inglés un bloqueo económico total de España para derribar a un Franco necesitado urgentemente de 200 o 250 millones de dólares con el que evitar la hambruna. Bevin le indicó que ni Argentina ni Portugal lo aceptarían. Madrid protestó por aquellas injerencias, y Londres vacilaba, pues encontraba al franquismo muy asentado y temía provocar un desastre; además no quería prescindir del comercio español en tiempos tan duros para los ingleses. En octubre Prieto se entrevistó con Gil-Robles, quien maniobraba con grupos de presión democristianos en el Vaticano.

En noviembre, los polacos, sirviendo a Stalin, denunciaron la desobediencia de España a las exigencias de la ONU, pidiendo acciones más duras, como el bloqueo económico. El ministro español Martín Artajo contraargumentó:

A. La ONU no tenía jurisdicción sobre España, la cual ni siquiera pertenecía a aquella ni estaba obligada por sus decisiones.
B. España no amenazaba en absoluto la paz, y en cambio sufría la agresión de la URSS y sus aliados y sometidos, mientras que sus amigos no la defendían.

C. Algún día los españoles reclamarían reparación pública de los daños sufridos por acusaciones falsas.

La activa diplomacia de Madrid iba creando en la ONU un ambiente más favorable a España y la propuesta polaca, incluso suavizada, quedó en naderías. Fue la primera victoria, aún muy incompleta, sobre el aislamiento.

Fruto de la acción de Lequerica, el 30 de marzo de 1948 la Cámara de Representantes de Washington aceptó, por 159 votos contra 52, la propuesta de incluir a España en el Plan Marshall. Sin embargo, Truman la vetó arguyendo que en España no había libertad religiosa (los protestantes españoles, menos de 7.000, disponían de tolerancia, pero sin culto público). El hombre de Hiroshima y Nagasaki se sentía moralmente superior al «fascista» Franco y le perjudicaba; como activo masón, le irritaba el antimasonismo franquista, y en Madrid se entendió que pretendía reintroducir en España a «los hijos de la viuda». España, por tanto, debería contar solo con sus propias fuerzas. Como consolación parcial, la banca privada useña recibió autorización para negociar préstamos a España. Aquel año también hubo acuerdos comerciales con Inglaterra y Francia, y esta abrió la frontera, que había cerrado en 1946.

El 25 de agosto, los juanistas recibían un tremendo jarro de agua fría: sin consultarles ni informarles, Don Juan se reunía con Franco en el modesto yate de este, el *Azor*, frente a San Sebastián. Gil-Robles, en sus diarios, no podía expresar mejor la sorpresa de los consejeros del Conde. El día 27, al saber la noticia, la declaró imposible, y al tener que admitirla quedó anonadado: «En el transcurso de la noche, Vegas y Bravo me telefonean (...) desorientados y alarmados (...). Primero: el rey ha dado un paso de esta gravedad sin contar con sus habituales

consejeros. Segundo, ha asistido a la entrevista no un elemento cualquiera de su consejo privado, sino el jefe de su Casa (...). Tercero, ha habido un especial empeño en que yo ignorase lo ocurrido».

Para más embrollo, el 6 de agosto le había informado Sainz Rodríguez de que Prieto aceptaba la monarquía esperando desempeñar un papel clave en su instauración. El 30 de agosto, cinco días después del encuentro Franco-Don Juan, Gil-Robles consigna una noticia de prensa: «La comisión ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, reunida en San Juan de Luz, (...) dice haber llegado a un acuerdo con determinadas fuerzas políticas —no dice cuáles, pero se deduce que son las monárquicas— para la sustitución pacífica del actual régimen español. Es fácil imaginarse la confusión creada (...). ¡Y entre tanto, el rey sin decir una palabra (...) dando la sensación de que no percibe la trascendencia del momento!». Pues Prieto negociaba con varios monárquicos, con el liberal (y promotor de la «democracia orgánica») Salvador de Madariaga, residente en Inglaterra, el citado Bevin y Georges Bidault, ministro francés de Exteriores y católico.

No sería hasta el 1 de septiembre, consigna el atribulado Gil-Robles, cuando el conde le diera como explicación una serie de anécdotas autocomplacientes. Poniendo al mal tiempo buena cara, el consejero escribe: «La experiencia me libra de preocupaciones e incluso de responsabilidad»; y forzando el ánimo: «El pueblo español habrá visto con gusto la entrevista, adivinando un paso hacia la normalización de la vida de España. Cuando la decepción llegue, al verse que todo continúa igual, quien perderá será Franco». Prieto, burlado a su vez, resumirá pintorescamente: «Quedo como un perfecto cabrón. Tengo tales cuernos que no sé cómo voy a poder salir por esa

puerta». En Madrid los juanistas hablaban decepcionados de «borboneo» y los monárquicos partidarios del Generalísimo estaban encantados.

No se entienden bien las razones de Don Juan para aceptar la entrevista después de sus repetidas rupturas y ultimátums. Quizá se percató de que las maniobras emprendidas por sus cortesanos y por los socialistas tenían el grave defecto de contar con apoyo popular prácticamente nulo en España. El acuerdo consistió en que el príncipe Juan Carlos, entonces de diez años, estudiase el bachillerato en España. La entrevista fue organizada por Julio Danvila, hombre próximo a Don Juan y también a Franco, quien había acogido la propuesta con escepticismo. Conocía los tratos monárquico-socialistas a través de sus servicios secretos y contestó: «No hay nada que hacer, pues lo de Estoril está perdido» (en Estoril se hallaba la residencia de Don Juan, cerca de Lisboa). Pero después de una larga conversación accedió a tratar «como un primer paso», la educación de Juan Carlos. El conde de Barcelona salió muy contento del encuentro, y también el Caudillo, con mejores razones. Pues aquella simple maniobra había desarticulado la alianza monárquico-socialista y multiplicado las divisiones entre los propios juanistas, que en adelante pasarían de amenaza a simple incordio.[111]

De 1948 a 1950 la posición internacional española continuó mejorando, pese a contratiempos serios como el enfriamiento de relaciones con Argentina, al exigir esta por su cereal compensaciones difíciles de pagar, debido a que la economía peronista iba mal. El conflicto se agravaría hasta cesar práctica-

---

[111] Las referencias de los párrafos anteriores pueden encontrarse en la documentadísima obra de L. Suárez *Franco, crónica de un tiempo. Victoria frente al bloqueo*, Actas, Madrid, 2001, pp. 202 y ss.

mente las exportaciones de grano, mientras Perón lanzaba campañas de prensa antiespañolas y cambiaba el concepto de Hispanidad por el de Latinidad, reforzando sus lazos con Italia, hasta llegar a una práctica ruptura con Madrid. Mas para entonces la economía española mejoraba, mientras que la argentina se deterioraba, y el efecto en España pudo ser absorbido.

Ante el agravamiento de la guerra fría en Europa, con el golpe de Praga y el bloqueo de Berlín, surgió la OTAN en 1949. En ella, los países europeos que habían ofrecido bastante colaboración y muy poca resistencia al nazismo mostraban, quizá por eso mismo, una enconada aversión a la España franquista. Pero los militares useños comprendían que una eventual ofensiva soviética por el centro del continente solo encontraría dos barreras efectivas para organizar la contraofensiva: los Pirineos y el canal de la Mancha; y este decisivo valor geoestratégico aumentaba mucho más por la posición de España como cierre del Mediterráneo. Por esas razones convenía a Washington una España amistosa y estable, y no hostil o despechada, y de ahí que fuera debilitándose su antifranquismo. Aun así persistían en él la mayoría de los políticos como Truman, por convicción o por temor a pasar por indulgentes ante el «fascismo», un tópico que la propaganda soviética explotaba a fondo. Por ello las conversaciones y tenaces maniobras hispanas avanzaban con lentitud. De otra parte, Madrid iba consiguiendo en la ONU el apoyo de países hispanoamericanos y árabes. Y cuando, en 1950, Corea del Norte invadió la del Sur, comenzando una muy sangrienta guerra que terminaría en tablas, la realidad de las cosas fue imponiéndose a los más reacios.

El 4 de noviembre de ese año, la Asamblea General de la ONU se echaba atrás de sus decisiones de cuatro años antes

contra España: los embajadores retornaban a Madrid y el régimen podía participar en los organismos técnicos de la ONU. Era un descalabro para quienes en 1946 habían creído poder derrocar a los vencedores de la guerra civil mediante presiones escalonadas. En poco tiempo España entraría a formar parte de agencias técnicas (FAO, OACI, OMS, etc.).

Aún mejoró la posición hispana cuando, en octubre de 1951, las elecciones inglesas devolvieron a Churchill al poder. En mayo del año siguiente, los servicios españoles conocieron unas instrucciones secretas del Foreign Office a su embajador en Madrid John Balfour, recomendándole afabilidad hacia España, dada la poca confianza en el ejército francés y la inseguridad de Alemania (en 1949 se había fundado la República Federal Alemana, todavía muy débil). El Foreign Office reconocía el doble error de haber hostigado a un país que había sido neutral en la guerra europea y de haber despreciado las advertencias de Franco en la carta de este al gobierno inglés en 1944.[112]

Muestra de los avances españoles, el 18 de noviembre de 1952, España ingresaba en la Unesco. Indicó el nuevo clima el que solo cuatro países votasen en contra (Méjico, Uruguay, Birmania y Yugoslavia) y cuarenta y cuatro a favor, con diez abstenciones, entre ellas Israel. Éxito más notable por cuanto comunistas, socialistas y exiliados en general, influyentes en la organización, habían realizado grandes esfuerzos para impedir la admisión de España. Uno de los más despechados, el célebre músico Pablo Casals, anunció que no volvería a colaborar con la Unesco. Pablo, o Pau, se había proclamado a veces catalán y no español.

---

[112] Según Luis Suárez, *Franco, crónica de un tiempo, op. cit.*, p. 515. La carta, mencionada aquí en el capítulo 10.

Y unas semanas antes, en octubre, había ganado las elecciones useñas el general Eisenhower, hombre con menos prejuicios ideológicos que Truman y más dispuesto a asumir los imperativos estratégicos en la lucha global contra el comunismo. Por ello, su victoria lo fue también para Madrid, y de ese modo las conversaciones que venían de atrás sobre la concesión de bases a Usa en España y la contrapartida de préstamos en buenas condiciones recibieron un acelerón, que al año siguiente culminaría en la liquidación de la política de aislamiento, prólogo a la admisión en la ONU. No debe olvidarse que el aislamiento había sido impulsado especialmente por Moscú y sus satélites con ayuda de la izquierda europea y useña. Carrero opinaba, acertadamente, que Washington negociaba por necesitarlo, por temor a los soviets, pero que no dejaría de maquinar contra el régimen.[113]

Así, 1953 fue el año de los acuerdos con Usa sobre las bases, firmados el 26 de septiembre; consecuencia casi forzosa del valor geoestratégico español y de la línea anticomunista sostenida inalterablemente por Madrid desde la guerra civil. Implicaba, no obstante, la renuncia a la tradición de neutralidad, tan beneficiosa para España en el siglo XX. Ya en la II Guerra Mundial la neutralidad había sido muy difícil de mantener, pero ante una eventual tercera conflagración en Europa habría sido imposible, dada la posición de la península y los nuevos armamentos. Usa era, evidentemente, la salvaguardia de Europa Occidental, la mayoría de cuyas naciones aceptaron su tutela. Dentro de esas circunstancias, Madrid procuró no perder soberanía y obtener a cambio los mayores préstamos posibles para dina-

[113] *Ibid.*, p. 513.

mizar una economía que, en medio de mil trabas y la ausencia del Plan Marshall, crecía lentamente.

Las bases concedidas como de utilización conjunta eran las de Rota, Morón, Torrejón y Zaragoza. Los acuerdos no alcanzaron el rango de tratado, deseado por España, pues probablemente no lo habría aceptado el Senado useño ni, con seguridad, los aliados europeos de la OTAN. Quedaron, por tanto, en convenios de gobierno a gobierno. En 1959, Eisenhower visitaría España y se abrazaría con Franco, consolidando definitivamente la victoria internacional de este.

Con todo ello, había un desnivel entre la ayuda prestada a España y el valor de la colaboración española, que solo por la posición estratégica del país superaba en mucho a la ayuda. Washington, aprovechando la difícil posición internacional de España, trataba de rebajar el precio por la colaboración hispana, aumentado no obstante en las negociaciones. El 24 de septiembre de 1960, comentando un discurso de Lequerica en la ONU en réplica a acusaciones de Jruschof, expresaría Franco su insatisfacción por no haber dado el embajador español una respuesta más contundente al líder soviético, y «tampoco me gustó el que en cambio hubiera recordado la ayuda americana, dando cifras de los dólares que nos han prestado. La ayuda fue bastante modesta (...). Hubiese estado bien hacer alguna alusión y agradecérselo, pero no con tanto lujo de detalles, como si eso hubiese sido exclusivamente la causa del resurgir de nuestra Patria».[114]

Los exiliados, frustrados nuevamente, acusaron al gobierno español de haber vendido el país a Usa, tema repetido, con

---

[114] F. Franco Salgado-Araujo, *op. cit.*, Planeta, Barcelona, 1976, p. 298.

otros matices, por autores como el exaltado A. Viñas. La imputación sorprende en quienes habían entregado en manos de Stalin el destino del Frente Popular, o se identificaban a posteriori con ellos. Al igual que tantas denuncias del mismo tenor, carecía de sentido, como se demostraría en los años siguientes. Daba cierto fundamento aparente a la acusación de Viñas el dato de que, ante una grave emergencia por ataque soviético, el mando useño actuaría informando con urgencia, pero después de actuar, al mando español. De hecho lo mismo ocurría con las bases useñas en los países de la OTAN, algo lógico en la necesidad de una respuesta inmediata. Incluso Florentino Portero, más ecuánime, entiende como «permanente humillación» para España la cláusula dicha. También se ha criticado que España quedara convertida en objetivo de los misiles soviéticos porque desde las bases se podía lanzar un ataque a la URSS... como si los autores de prácticamente todas las agresiones desde 1945 no hubieran sido los comunistas y España estuviera a salvo de ellas. Medios derechistas repiten también a menudo estas argucias un tanto retorcidas.

A cambio de las bases, España recibió 226 millones de dólares, bastante más de lo ofertado inicialmente, a invertir en la modernización de las ya vetustas fuerzas armadas y en diversos proyectos económicos. A lo largo de diez años la ayuda, en préstamos y donaciones, sobrepasaría ampliamente los mil millones,[115] un incentivo apreciable para la economía española. Los convenios, firmados en septiembre de 1953, representaron para el franquismo una victoria decisiva frente a una hostilidad que había parecido universal e irresistible, alimentada con es-

[115] Según cálculos de R. Tamames, *La república. La era de Franco*, Alianza Universidad, Madrid, 1973, p. 463.

pecial tenacidad por la URSS, países sovietizados y una Francia izquierdista.

Otro éxito diplomático mayor consistió en la firma del concordato con la Santa Sede, un mes antes de los convenios con Usa. A menudo se ha transmitido la imagen de una identificación prácticamente total entre la Iglesia y el franquismo por entonces, pero el asunto tiene más complejidad. Dentro de la Iglesia española había antifranquistas entre los democristianos y Acción Católica, y el obispo Pildain, de Canarias, denostaba al régimen por promover bailes y costumbres «libres», mientras Segura, ultramonárquico arzobispo de Sevilla, trataba a Franco de usurpador. Pero los obispos y los fieles se sentían muy mayoritariamente apegados al régimen que había salvado a la Iglesia y se había declarado católico. Por otra parte, algunos sectores del propio franquismo, sobre todo falangistas, se resentían de los excesivos privilegios concedidos al Episcopado. En cuanto al Vaticano, la persecución religiosa durante la guerra civil lo había inclinado a favor de los nacionales, y desde luego le satisfacía la declaración posterior de Estado católico. No obstante, en Roma predominaba la influencia francesa de Maritain y la democristiana, y existían núcleos clericales separatistas catalanes y vascos, que habían colaborado —al menos pasivamente— con el Frente Popular.

Todo ello alargó las pesadas negociaciones con el Vaticano, el cual aprovechaba la debilidad internacional de Madrid para imponerle exigencias como la casi completa definición eclesial de la moral y las costumbres ciudadanas, el matrimonio, la familia, la educación, etc. A cambio, Franco recibía la concesión de la «presentación de obispos», por la que seleccionaba una terna de ellos entre la que decidía el papa. Era una prerrogativa tradicional de los monarcas católicos, dictada por el temor a autorida-

des eclesiales que creasen tensiones políticas. De todas formas, el Papado podía burlar fácilmente el privilegio mediante el nombramiento de obispos auxiliares, detalle en el que entonces no se reparó mucho y recurso del que haría amplio uso años después.

Este concordato fue el primero firmado desde 1945 con cualquier país. Tiempo después se lo ha presentado como una intromisión del régimen en la Iglesia, cuando resultó harto más ventajoso para el Episcopado y el Vaticano que para el franquismo, como había de demostrarse ya en los años sesenta. Pero de momento el régimen recogió otro laurel diplomático. Su reconocimiento exterior salió robustecido y se reafirmó la colaboración de la Santa Sede para suavizar el antifranquismo en los países de influencia católica.

Siguiendo una costumbre que ha llegado a asentarse entre muchos analistas de izquierda y derecha, la mayoría de las historias corrientes desvalorizan la trascendental victoria lograda por el franquismo frente a casi todo el mundo, y exponen conclusiones romas como que «si no fuera por la guerra fría, el régimen habría perecido», dando a entender que fue un régimen pasivo que simplemente se beneficiaba de una buena fortuna internacional en la que no tenía arte ni parte. En realidad, Franco ya había previsto en 1944 la quiebra de la alianza soviético-democrática y la había explotado magistralmente, evitando el pánico y deshaciendo, sin sangre, las intrigas golpistas de quienes, dentro del propio régimen, lo creían perdido. Pero había otro factor, y era que solo una invasión en toda regla habría podido derrocarlo. De hecho el maquis fue una invasión diseñada para provocar otra invasión mayor, y perdió la batalla. Franco no se dejó impresionar en nin-

gún momento —o al menos no lo exteriorizó— por la amenaza de la colosal fuerza internacional. Se consideraba asistido de la razón, al no haber entrado en la guerra europea ni agredido a ningún otro país, y sobre todo sabía que una ofensiva de ese estilo habría sido muy arriesgada para quienes lo intentasen, en un primer momento debido a las desastrosas condiciones de la Europa de posguerra y a continuación por el temor de los anglosajones a hacer el caldo gordo a Stalin en España. En sus propias palabras, supo mantener el rumbo ajustando la maniobra a los temporales, y no por casualidad salió triunfador. Otra manía de los análisis corrientes presenta al Caudillo como un personaje iluso, ignorante e inepto, asistido solo por una «astucia campesina» (Preston). Cabe pensar que los tres primeros calificativos corresponden más bien a quienes así analizan la historia. En aquellas aguas turbulentas, en que hubo de afrontar innumerables tensiones internas y agresiones del exterior, demostró la misma maestría que le había permitido mantenerse fuera de la guerra mundial, hechos absurdamente negados por sus historiadores enemigos y a menudo minimizados o poco entendidos por los que le son favorables.

16

EL PARTIDO COMUNISTA, DEL MAQUIS A LA «RECONCILIACIÓN NACIONAL»

Como vimos en el capítulo 12, el costoso fracaso del maquis hizo que Stalin *aconsejara* adoptar una nueva táctica en España, disolviendo los inoperantes sindicatos comunistas para proceder a la infiltración en los sindicatos verticales y promover desde ellos huelgas y actos subversivos. Este cambio daría lugar al mito de un PCE defensor de las libertades y la paz.

Comprender la nueva situación exige atender a tres datos. Ante todo, el PCE era la única oposición real y organizada al franquismo, y así sería hasta finales de los años sesenta, cuando otros grupos se incorporaron, preconizando o practicando el terrorismo, pero siempre con menor incidencia que el PCE. La oposición de los socialistas fue insignificante, la de los anarquistas esporádica y la de los republicanos de izquierda inexistente. Algunos han querido explicar esa débil respuesta por el fusilamiento o exilio de los dirigentes y hasta de los simples militantes. Ese argumento olvida la deprimente experiencia directa de millones de españoles bajo el Frente Popular, muy explicativa del escaso arraigo del maquis. Y exagera sin tasa la represión, que además se cebó sobre todo en

los comunistas... que fueron precisamente los únicos en mantener la llama de la lucha. La excepción del PCE se explica por la densidad ideológica de su doctrina, por la disciplina en sus filas y más aún por la existencia de la URSS que, aunque medio arrasada por la guerra, figuraba como gran vencedora del fascismo y se presentaba por ello como adalid... de la democracia. Por muy brutal que fuera su dictadura, incluso contra los propios comunistas acusados de desviacionismo en un clima de auténtica paranoia. Ya en la guerra de España los comunistas habían demostrado una destreza operativa, capacidad de sacrificio y consecuencia con sus ideas muy superiores a las de sus aliados del Frente Popular. Sin el PCE y la ayuda de Stalin, vale la pena insistir en ello, Franco habría ganado la guerra en pocos meses.

En segundo lugar, es preciso conocer las líneas generales de la estrategia soviética, marcadas ya en el célebre *Manifiesto del Partido Comunista*, de Marx y Engels: «Los comunistas apoyarán todos los movimientos revolucionarios (...). Buscarán la unión y acuerdo con los partidos democráticos de todos los países». Claro está que el marxismo, la doctrina más totalitaria elaborada en los últimos siglos, entendía por democracia lo que, paradójicamente, llamaba «dictadura del proletariado», es decir, del propio Partido Comunista. Alcanzar su objetivo exigía acumular el máximo de fuerzas contra el «enemigo principal», que en el siglo XX serían los regímenes «imperialistas» (tanto fascistas como democráticos). Las fuerzas aliadas o auxiliares serían cualesquiera que colaborasen en el ataque o socavamiento de los fascismos y democracias «burguesas» (liberales e imperialistas). Tales posibles aliados, llamados «pequeño-burgueses», sufrían perjuicios y opresión de la gran burguesía y el fascismo, lo cual los hacía manejables para los comunistas, ya que carecían de una doctrina

«científica» como la de Marx y Lenin que les permitiese calcular a largo plazo. Durante la lucha común, los marxistas irían tomando la dirección del movimiento, de modo que, una vez derrocado el enemigo principal, sería fácil someter a sus «compañeros de viaje» reacios al comunismo por su «clase»: seguían siendo *burgueses*, aunque pequeños.

La estrategia cambió parcialmente durante la crisis del sistema *burgués* posterior a la I Guerra Mundial, cuando la Komintern creyó posible tomar el poder mediante golpes armados, sin mucha atención a los pequeño-burgueses. Sus intentonas fallaron y ello y el temor a que la prevista nueva contienda mundial empezara entre Alemania y la URSS, produjo un nuevo giro estratégico: ahora se trataba de disimular el objetivo final y conseguir el mayor número de aliados «contra el fascismo»: no solo los consabidos pequeño-burgueses, sino incluso grandes burgueses y gobiernos *imperialistas* no fascistas, a los que provisionalmente aceptaban como «democráticos». Tal fue el fondo de la línea de los frentes populares.

Durante la guerra civil española, el PCE había alcanzado la hegemonía en el Frente Popular, y tras la derrota persistió en buscar la unidad con los republicanos de izquierda, separatistas, socialistas y anarquistas exiliados. Estos últimos esfuerzos resultaron baldíos porque el recuerdo del Frente Popular había dejado en los demás partidos profundas cicatrices y una acerba aversión al PCE, acentuada por la guerra fría. Los políticos exiliados, nada dispuestos a afrontar los sacrificios de la lucha dentro de España, cimentaban sus expectativas en agradar a los gobiernos anglosajones para que estos les retornaran al poder sin mayor riesgo.

Un tercer factor daría esperanzas al PCE, pese a la derrota del maquis: el descontento difuso por las estrecheces de la vida,

incluso en los años cincuenta; y más aún el aumento de los sectores antifranquistas en las propias *familias* políticas. Bastantes monárquicos seguían empeñados en desplazar de un modo u otro al Caudillo, aun si con menos bríos que antes; en la Falange no faltaban quienes se sentían traicionados por el gobierno; a los carlistas no les gustaba la solución monárquica en la línea de Don Juan-Juan Carlos; y dentro de la Iglesia molestaban al régimen círculos democristianos, separatistas e integristas. Todos ellos muy minoritarios, pero no desdeñables, porque disponían de publicaciones y actividad solapada. El PCE iría olvidándose de «las momias» del exilio para buscar colaboración en los elementos contrarios o contrariados salidos del régimen o próximos a él, a fin de encauzarlos en la dirección deseada. Lo que iba a exigir nuevas tácticas y consignas.

Por lo pronto, en la nueva situación los marxistas españoles fueron cosechando frutos, precarios y lentos, en fábricas de Madrid, Asturias, Bilbao y otros puntos; pero tuvieron mayor interés los avances en el campo intelectual y universitario. En sus memorias, Carrillo indica que desde 1953, su enviado Jorge Semprún había contactado con escritores, artistas y universitarios como Eugenio de Nora, Gabriel Celaya, los hermanos Millares, Juan Antonio Bardem, Muñoz Suay, Julio Diamante, Eduardo Ducay, Paco Rabal, Enrique Múgica, Ramón Tamames, Javier Pradera, Joaquín Marco, Sánchez Dragó y otros. Varios de esos contactos iban a dar pronto mucho juego.

El mismo año, la muerte de Stalin en marzo de 1953 originó una tempestad de ditirambos al gran líder entre los comunistas y compañeros de viaje del mundo entero. El Comité Central del PCE declaraba: «Hemos conocido con profunda pena y dolor que el corazón del jefe, maestro y guía de la humanidad laboriosa y progresista, camarada Stalin, ha dejado de

latir (...). Con su labor de gigante el camarada Stalin ha contribuido como nadie a hacer realidad en un próximo futuro el sueño de la humanidad (...). La obra y la acción del camarada Stalin son fuente inagotable de enseñanza para todos nosotros (...). Armados con sus enseñanzas seremos invencibles (...). Seremos dignos discípulos del maestro Stalin y abriremos para nuestro pueblo la senda luminosa del comunismo». O: «Con él desaparece el padre y el defensor de los pobres, de los oprimidos, de los explotados. En el camarada Stalin los españoles perdemos a nuestro mejor amigo». Quizá no pensaban igual los obreros de la Alemania sovietizada que tres meses después, en Berlín, iniciaron una revuelta contra el gobierno, aplastada por los tanques soviéticos y saldada con decenas de muertos.

Por el contrario, en España el PCE progresaría en la Universidad de Madrid explotando la antipatía de muchos estudiantes, monárquicos, católicos y otros, hacia la Falange y su sindicato universitario, el SEU, único admitido oficialmente. Durante los años cuarenta había predominado en la universidad un espíritu falangista, pero hacia el final de la década iba decayendo. La ideología de Falange, un tanto ecléctica, tenía carácter de urgencia ante una gran crisis histórica, pero nunca había logrado elaborar una doctrina realmente sólida, máxime cuando su referencia exterior, el fascismo mussoliniano, y en menor medida el hitleriano, había sido destrozada. Y así como en los años anteriores la Falange había sido un instrumento político eficaz contra el comunismo y el aislamiento internacional, quedaba un tanto desplazada al ser superado el aislamiento y pasar a Usa y su ideología demoliberal la defensa contra el comunismo. No pocos falangistas actuaban en la universidad también al margen del aparato del Movimiento. El exfalangista Dionisio Ridruejo vivía de sus colaboraciones pe-

riodísticas, en las que atacaba al régimen de forma poco disimulada.

En diciembre de 1955 el PCE sufrió un nuevo revés con la entrada de España en la ONU, que provocó un pequeño terremoto en la dirección. Algunos quisieron verla como «un hecho positivo para la paz y la coexistencia, que va a obligar a abrir España hacia el exterior, lo que no será favorable al franquismo». Con ese optimismo dice Carrillo haber entendido el suceso —probablemente desvirtuando la realidad, como era frecuente en él—, quizá porque la URSS había votado a favor. Pero otros dirigentes habían reaccionado con indignación «en el espíritu de la defensa de la legitimidad republicana». Lo de la legitimidad republicana en boca de un comunista se presta al sarcasmo, pero finalmente se impuso la línea optimista.

En desquite por el desengaño, el PCE conseguía su primera movilización importante dos meses después, en febrero del 56, en la Universidad de Madrid. Un mes antes, Ridruejo, Enrique Múgica y otros propusieron allí un Congreso de Escritores Jóvenes. Autorizado al principio, fue luego denegado porque sus intenciones «no eran precisamente las puramente literarias», como resaltó Ruiz-Giménez, ministro de Educación. Al poco, el grupo comunista clandestino en que militaban Enrique Múgica, Ramón Tamames, Javier Pradera, Julio Diamante, Sánchez Dragó y otros, dirigidos por Jorge Semprún, promovió un Congreso Nacional de Estudiantes con intención de hundir al SEU. Se redactó un manifiesto, distribuido a los corresponsales de prensa extranjeros, acusando al SEU de intentar monopolizar «el pensamiento, la expresión y la vida corporativa» en la universidad.

Las elecciones a delegados en la Facultad de Derecho ocasionaron enfrentamientos entre estudiantes de Falange y

afines al congreso anti-SEU. Las peleas culminaron en un choque callejero, con un herido de bala, cuando los antifalangistas se encontraron con adversarios que venían de homenajear a Matías Montero, un líder universitario asesinado por los socialistas en 1934. El suceso afectaba con cierta intimidad al régimen, porque la mayoría de los estudiantes anti-SEU no era comunista. Así serían detenidas personas de origen franquista como Ridruejo, pasado a socialdemócrata; José María Ruiz-Gallardón, juanista; Miguel Sánchez-Mazas, que colaboraría en un Congreso por la Libertad de la Cultura, patrocinado por la CIA; Gabriel Elorriaga, falangista que seguiría ostentando cargos en el régimen, y algunos otros. El PCE explotó los incidentes, presentándolos como «la unión de los hijos de los vencedores y los vencidos». Lo cierto es que varios hijos de los vencedores se llevaron una sorpresa al constatar que detrás de su agitación actuaba una célula comunista, a la cual habrían rechazado con toda probabilidad. La táctica consistía en buscar reivindicaciones generales para movilizar a otra gente, quedando la célula en la oscuridad.

El episodio tuvo repercusiones políticas, con cambios ministeriales y dimisión del rector, Laín Entralgo, mientras que el SEU inició su declive, consumado diez años más tarde. Los hechos se han magnificado propagandísticamente con afirmaciones como que la universidad estaba contra Franco o que el régimen perdió el control de la misma. En realidad los agitadores y descontentos serían hasta el final pequeñas minorías, casi siempre comunistas o asimilables. Por lo demás, el fenómeno de la rebeldía estudiantil emergía en muchos países de Europa Occidental y América, hasta convertirse en masivo durante los años sesenta, con reflejos menores en España.

El año 1956 fue crucial para el comunismo: Nikita Jruschof se alzó con el poder en Moscú, después de una larga lucha interna, y leyó ante el XX Congreso de su partido (PCUS) un informe secreto sobre los crímenes de Stalin. Es decir, los achacados a Stalin, pero en los que habían colaborado todos los dirigentes soviéticos, incluido quien denunciaba. Las atrocidades, en líneas generales, eran sabidas en todo el mundo, pero los comunistas, conocedores aún más íntimos de ellas, siempre habían desechado las acusaciones como «propaganda imperialista». De todas formas, la denuncia se centraba en los crímenes de Stalin contra los propios comunistas (hizo fusilar ciertamente a muchos más que Franco), y dejó en discreta penumbra aquellos de que habían sido víctimas hasta millones de otras personas, por hambrunas, trabajo esclavo en el GULAG o deportaciones. Jruschof explicó los delitos por una desviación de la buena línea marxista, el «culto a la personalidad» que endiosaba a Stalin. Un culto común en todos los partidos comunistas, hacia Stalin y hacia el máximo líder de cada uno. En el PCE, esa dignidad correspondía entonces a Dolores Ibárruri, La Pasionaria, destinataria de encendidas loas y poemas.

La denuncia de los crímenes de Stalin inició una revisión considerable en la línea del movimiento comunista internacional. El *Manifiesto Comunista* rezaba: «El objetivo solo podrá alcanzarse derrocando violentamente todo el orden social existente», cosa lógica pues no cabía esperar que las clases «opresoras y explotadoras», poseedoras del Estado, cediesen el poder por las buenas. Sin embargo, razonaban Jruschof y sus seguidores, en la nueva época coincidían dos hechos decisivos: las armas atómicas podían dar lugar a una devastación total de unos y de otros, por lo que las revoluciones violentas debían desecharse, al menos en los países desarrollados; y por otra par-

te el socialismo en la URSS, una vez superada la reconstrucción posbélica, solo podía dar pasos de gigante y dejar pronto muy atrás la capacidad productiva de los países capitalistas. De este modo, la lucha revolucionaria podía tomar la forma de una competencia pacífica entre Usa y la URSS, con la seguridad de que la demostración palpable de un nunca visto bienestar de las masas asegurado por el socialismo atraería con fuerza irresistible a los pueblos del mundo, incluso a mnchos burgueses que quedarían sin argumentos. Por tanto, la orientación general insistía en la «coexistencia y competencia pacífica», exceptuando las «luchas de liberación» de las colonias, necesariamente violentas.

Había lógica en la nueva estrategia: la economía planificada según las necesidades de la gente tenía que superar por fuerza la anarquía productiva del capitalismo, con sus crisis y desigualdades; y la ciencia, una vez liberada la sociedad de las «supersticiones religiosas», contribuiría poderosamente a ello. Un hito en esa vía fue, en 1957, el lanzamiento del primer satélite artificial, el *Spútnik*. Sucesivas hazañas en la conquista del cosmos, con el primer hombre en el espacio, darían indicio seguro de una superioridad soviética que no haría sino acentuarse en todos los campos.

Sin embargo, la realidad marcharía por otras vías. Los intentos de mejorar la agricultura, poco productiva debido a la colectivización y a la aplicación de la seudociencia de Lisenko, fracasaron lamentablemente, y el Kremlin tuvo que subir los precios e importar grandes cantidades de grano canadiense. La ventaja económica de Usa, lejos de reducirse, iba ampliándose, y a pesar de ciertos éxitos científicos e industriales, los soviéticos vivían más dura y pobremente que en España, no digamos que en Usa. Para colmo, en la carrera del espacio sería Usa

quien terminase por tomar la delantera. Además, el «deshielo» posterior a Stalin no había traído un grado de libertad política o personal significativamente mayor, de modo que el partido seguía controlando totalmente al Estado, y este a la sociedad. Un soviético no podía viajar al exterior, e incluso dentro del país necesitaba un salvoconducto. El GULAG siguió funcionando, aun si con menos brutalidad, y las huelgas, consideradas sabotaje, eran reprimidas *manu militari*. En octubre de 1956, la denuncia de los crímenes de Stalin animó una exigencia de liberalización en Hungría, que dio lugar a una revuelta laminada por los tanques soviéticos. Hubo al menos 2.500 muertos y 200.000 huidos del país. Por otra parte, la «coexistencia pacífica» no impediría, en 1962, la más peligrosa confrontación de la guerra fría entre Moscú y Washington, la «crisis de los misiles» instalados por la URSS en Cuba y saldada con una derrota moral y política soviética.

En un plano más amplio, la denuncia de Stalin planteaba un problema teórico esencial: si el socialismo se había construido en medio de tales crímenes y tiranía, con un líder prácticamente divinizado, ¿podía considerarse un modelo de sociedad emancipadora que solo requiriese correcciones menores? Los comunistas chinos y albaneses captaron la dificultad y acusaron a Jruschof de «revisionista». Condenar a Stalin era, en efecto, condenar el socialismo, algo inadmisible: los llamados crímenes serían tan solo efecto natural de una feroz lucha de clases entre el partido proletario y los residuos burgueses que se resistían a morir y contaminaban el sistema, apoyados desde el exterior por las potencias imperialistas. Para eso, precisamente, se hacía necesaria la dictadura del proletariado. En aquella lucha a vida o muerte, Stalin tenía razón al obrar de forma consecuente. Chinos y albaneses acusaban también a Jruschof por poner en

segundo plano la lucha revolucionaria y en primero la coexistencia pacífica, cuando debía ser al revés en la ortodoxia marxista. Además descubrían en la nueva política de Moscú el intento de supeditar a todos los partidos comunistas del mundo a sus decisiones. Realmente eso era lo que había ocurrido con Stalin, pero Mao Tse-tung, amo de la inmensa China, no iba a aceptar tal sumisión, comprensible cuando la URSS se encontraba aislada, pero no en las nuevas circunstancias históricas. La ruptura se consumaría en los años sesenta, con acusaciones a la URSS de haber degenerado en un país «socialfascista» y «socialimperialista». Y numerosos partidos comunistas sufrieron escisiones autocalificadas de «marxistas-leninistas» o maoístas.

Naturalmente, las novedades en la «patria del proletariado» repercutieron en el PCE, que siguió fielmente la doctrina de Jruschof, pues estaba entrenado desde siempre para aceptar con disciplina cualquier política y giro emanante de Moscú. Debe tenerse en cuenta que el marxismo español era más bien de tópico y consigna, con pobre sustancia teórica. Por lo demás, si bien bastantes comunistas hispanos conocían de primera mano la gran diferencia entre las condiciones de vida de la URSS y de España, a favor de la última, la fe en la doctrina les impedía admitir cualquier realidad de ese tipo y enfocaba todo su esfuerzo mental a justificar de un modo u otro la política del Kremlin y a intentar aplicarla en España.

En un pleno del Comité Central del PCE, meses después de la denuncia de Jruschof y bajo la presidencia de Carrillo, se estableció el lema «reconciliación nacional» como clave de la política a seguir en adelante. Se trataba de «una propuesta a todas las fuerzas político-sociales españolas, incluso a las más opuestas al Partido Comunista: la propuesta de aceptar un cuadro cívico común, un marco legal nuevo, democrático donde todos poda-

mos desenvolvernos. La propuesta de sacar las contiendas político-sociales (...) del ámbito de la intolerancia y el fanatismo (...). Superar un período de violencias y salir al mismo tiempo de la crisis económica por una vía pacífica». En definitiva, deseaban «borrar la línea divisoria entre los españoles trazada por la guerra civil y asumir la nueva realidad que dividía a los españoles entre una minoría que, se había aprovechado del resultado de la guerra y la gran mayoría que, independientemente de su colocación en uno u otro campo, había sido la perdedora».[116] Vencida la acción armada y en vista de la nueva línea moscovita, el PCE se tornaba ferviente apóstol de la paz, el civismo y las libertades, con vistas a agrupar a la gran mayoría de «perdedores» contra la «pequeña minoría» de aprovechados *fascistas*.

La reconciliación nacional, explicaba el documento, «es la continuación, el desarrollo consecuente de la línea general seguida por el partido a lo largo de estos años; pero (...) a la vez que la continuación de lo anterior es algo nuevo en la política española». En el fondo era un nuevo nombre para la estrategia habitual tipo Frente Popular, buscando una consigna en torno a la que congregar al máximo las fuerzas contra el enemigo mayor. Pero había una novedad: la reconciliación prescindía de la vieja «legalidad republicana» por la doble razón de que los republicanos ya no existían en España, y los del exilio, precisamente, repudiaban las peligrosas alianzas con los comunistas. La nueva política trataba de explotar el descontento de los desgajados del propio régimen, como en los sucesos de 1956. Carrillo señala un precedente en la línea del Partido Comunista Italiano de reconciliación con los fascistas, en 1935 y 1936.

[116] Carrillo, *op. cit.*, pp. 449-450.

No hay duda de la desenvoltura del PCE, el partido más totalitario y guerracivilista, para enarbolar las banderas de la paz y las libertades. Sorprende que el principal responsable del terrorismo socialista en 1934, de la mayor matanza de prisioneros de la guerra en 1936 y de la extremada violencia del maquis se erigiera en adalid de la civilidad contra el fanatismo (atribuido a los pocos «aprovechados»). Pero sorprende aún más que cierto número de intelectuales y a menudo exfalangistas aceptasen esa retórica y hasta se afiliasen al PCE. Quizá influía el hecho de que la Falange tuviera un contenido potencialmente revolucionario. Carrillo expone en sus memorias su agrado al descubrir la evolución de poetas como Blas de Otero o Gabriel Celaya y otros autores como Alfonso Sastre.[117] El economista Tamames, preguntado muchos años después al respecto, contestó: «Para mí, dentro del PCE, las ideas básicas eran la democracia y la Constitución, y por ellas luchamos». Pretensión repetida por otros comunistas de entonces. Si realmente lo creen, solo ellos lo saben, pero no deja de ser tan disparatado como decir que se entra en un partido liberal para luchar por la planificación de la economía, o en un partido nazi para defender a los judíos. Este mito convertiría a los comunistas en los más grandes demócratas, pues eran prácticamente los únicos que luchaban contra el «fascismo». Pero hasta el militante más torpe sabía muy bien que el PCE aspiraba a implantar un Estado de estilo soviético, explotando una retórica *democrática* como táctica para alcanzarlo.

El otro frente del PCE, menos productivo, fue el obrero. En 1947 se habían registrado huelgas de cierta importancia en

[117] *Ibid.*, pp. 426-428.

Bilbao, en otros años huelgas esporádicas en Asturias o Madrid, y en 1951 un amplio boicot a los transportes en Barcelona. Pero tenían casi siempre carácter espontáneo y sin intención política, aunque el hecho de estar prohibidas las politizase relativamente. El PCE pudo influir en alguna de ellas, y en 1957 se produjo en Madrid un amplio boicot a los transportes, similar al de Barcelona seis años antes y por la misma causa, la subida de las tarifas. Los comunistas, sin exponerse con su nombre, tuvieron algún protagonismo, como en las protestas estudiantiles del año anterior, y sacaron del éxito la engañosa impresión de que las condiciones habían madurado para una acción de gran envergadura. Según sus análisis, el régimen se hallaba «en descomposición».

Para calentar el ambiente, el partido programó para el 5 de mayo de 1958 una *Jornada de Reconciliación Nacional*, consistente en huelgas y manifestaciones en diversos puntos del país. Resultó un nuevo fiasco, demostrando que la mayoría de la gente no deseaba reconciliarse con el comunismo. Pero el voluntarismo partidista no lo tomó en cuenta, sino que proyectó para el 18 de junio de 1959 una Huelga Nacional Política (HNP). Como aperitivo se convocó, en febrero, un homenaje al poeta Antonio Machado en Collioure, lugar de su sepultura, en colaboración con los comunistas franceses. Un comité de honor integraba a Louis Aragon, Jean Paul Sartre, Marguerite Duras, Simone de Beauvoir, Raymond Queneau y Pablo Picasso. Tomándolo por un acto puramente cultural, se adhirieron intelectuales españoles como Menéndez Pidal, Marañón, Aleixandre, Dámaso Alonso, acaso Cela, etc. Otros, como Ridruejo, Laín, Fernández Santos, León Felipe, Aub, Berlanga, Lafora, quizá Julián Marías, lo hicieron por expresar oposición al franquismo; y otros más con plena consciencia de su trasfondo comunista: Celaya, Blas de

Otero, Nora, Sastre, Buero, Alberti, Bardem, Tuñón de Lara, etc. Acudieron a la cita Jorge Semprún, Manuel Millares, Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral, José Manuel Caballero Bonald, Blas de Otero, José Agustín y Juan Goytisolo, Ángel González, José María Castellet y varios más.

La figura de Antonio Machado se prestaba a la operación, no tanto por su poesía —publicada en España salvo algunos poemas demasiado izquierdistas como su soneto a Líster («Si mi pluma valiera tu pistola/ de capitán, contento moriría»)— como por su conducta política: de ideología muy simple o ingenua, se había identificado con el Frente Popular y permanecido en Madrid hasta noviembre de 1936, poco impresionado, al parecer, por la orgía de sangre que no pudo ignorar. Para el PCE fue un notable logro de su reconciliación nacional y una gran esperanza de cara a la HNP: «En la práctica, un frente nacional de los intelectuales españoles que se oponen a la corrupción, a la incuria y a la estrechez del régimen actual».[118]

El punto clave de la HNP residía, no obstante, en la movilización popular dentro de España. Con vistas a ella, y según su historia oficial, el PCE difundió en las semanas previas ingentes cantidades de octavillas: un millón en Madrid, seiscientas mil en Barcelona y decenas o cientos de miles en Asturias, Vascongadas, Canarias, Andalucía, Galicia y otros lugares. Un descomunal esfuerzo agitativo, y no menor el de atraer a aliados o auxiliares, que se consiguió de Acción Democrática, Frente de Liberación Popular, organizaciones socialistas, Agrupación Socialista Universitaria, Comités de Coordinación Universitaria de Madrid y Barcelona, Movimiento Socialista Cata-

[118] Interesante y detallada descripción en el blog de Iván Vélez, *http://ivanvelez.blogspot.com.es/2014_04_01_archive.html*.

lán, Partido Demócrata Cristiano de Cataluña, Movimiento Obrero Católico Catalán, Comité Regional de la CNT de Cataluña en el Exilio, Nueva República, Esquerra de Cataluña, Front Nacional Catalá, Unión Democrática Montañesa (democristianos, comunistas y FLP) y Frente Revolucionario Canario y PSUC, filial del PCE para Cataluña. Comunistas, socialistas, democristianos, separatistas, republicanos, obreros católicos, etc., unidos por la «libertad» de España. El propio PCE califica de «impresionante» la actividad desplegada... Lo cual solo hizo más abrumador su completo fracaso. Los numerosos «compañeros de viaje» resultaron ser poco más que siglas tan pretenciosas como fantasmales, y el PCE podía explotar reivindicaciones salariales o descontentos puntuales, pero si se presentaba abiertamente con sus objetivos casi nadie le seguía.

La década de los cincuenta terminaba así para el PCE con una nueva frustración después de la del maquis en los cuarenta. En el seno del partido la decepción motivó malestar y críticas, que desembocarían pocos años después en la salida o expulsión de varios dirigentes del partido. Uno de ellos, Jorge Semprún, se burlará sarcásticamente en su *Autobiografía de Federico Sánchez* de la capacidad directiva y teórica de Carrillo, manifestada en sus huelgas nacionales pacíficas. Carrillo pasa discretamente por alto, en sus memorias, el episodio de la HNP, el cual, por lo demás, no frenó su carrera política, pues al año siguiente ascendería al máximo poder efectivo como secretario general del partido, sustituyendo a la Pasionaria.

No obstante, la imagen de un PCE luchador por la paz, la libertad y la reconciliación sería realzada y reivindicada... en la transición. Conociendo la teoría y práctica marxistas, semejaba a la imagen de la zorra luchando por los intereses de las gallinas.

17

LOS AÑOS CINCUENTA, ¿UNA DÉCADA PERDIDA?

Según impresiones muy extendidas, los años cincuenta fueron, como los cuarenta, una «década perdida», la «generación del silencio», marcada por la represión y la pobreza. En cuanto a la represión, ya vimos en el capítulo 5 que en los años cuarenta distó mucho de ser general, pues afectó a los revolucionarios y separatistas culpables de crímenes durante la guerra, y después a los miembros del maquis empeñados en reanimar la confrontación civil; y que las cifras reales se alejan mucho de las propaladas por el mito propagandístico. Asimismo, y pese a las arduas circunstancias, el país se reconstruyó y la economía y la enseñanza mejoraron notablemente. De paso, el país se libraba de las calamidades mucho peores que padecía la mayor parte de Europa.

Sin embargo, persiste una imagen lúgubre de la época, debida no solo a la propaganda contraria a la nueva situación, sino a la literatura. Durante los años cuarenta, la reciente guerra produjo poca literatura épica o la produjo de poco fuste y convencional, con alguna importante excepción como *Madrid de corte a cheka*, de Agustín de Foxá, o *La fiel infantería*, de Gar-

cía Serrano. La abundante generación de escritores falangistas o próximos a la Falange cultivó poco el tema bélico; en cambio proliferó la literatura de humor, a menudo con un toque de absurdo. Pero lo que ha quedado en el imaginario popular es más bien la visión sórdida, iniciada por Camilo José Cela con *La familia de Pascual Duarte* y luego con *La colmena*, visión que han querido hacer canónica numerosos periodistas e intelectuales en el posfranquismo.

Probablemente las dos obras citadas de Cela son también las mejores suyas. Y como quizá se trate del novelista español más importante del siglo XX, después de Baroja, merecen atención. *La familia de Pascual Duarte* describe un mundo extremadamente mísero, pero sin pretensión de generalizar. Otra novela apreciable, menos dura y sin intención política, sería *Nada*, de Carmen Laforet, en el contexto de Barcelona. En cambio *La colmena* sí aspira a retratar una sociedad entera, la de los años cuarenta, y así ha sido valorada después con gran frecuencia. Describe la vida tristona y gris de un tipo de personajes por los que Cela sentirá gran afición: individuos vulgares y toscos, de escaso ánimo e inteligencia, obsesionados por el sexo y gobernados por el afán de comer en tiempos de hambre extendida. Los malos son repulsivos y los buenos, pobres diablos, todos ajenos a cualquier preocupación elevada y sin conciencia moral de responsabilidad por sus actos, que el autor achaca a las circunstancias. El escritor los pinta magistralmente, pero ciertamente no reflejan una época, pues ese tipo de personas y situaciones existen en todo tiempo y sociedad. En novelas posteriores, los caracteres celanos decaerán en caricaturas.

Cela empezó *La colmena* en 1945, año de la derrota del Eje, cuando pocos apostaban por la continuidad del franquismo y los enterados encontraban insalubre identificarse con él. Por

tanto, dedicarle una crítica acerba ofrecía cierta salvaguardia a un autor de sus antecedentes: exfalangista que se había ofrecido como delator a la policía nacional y había trabajado para la censura. Terminada la obra en 1948, cuando Franco seguía firme en el poder, Cela «echó agua a su tinta», para suavizarla. En política, el autor no puede catalogarse como antifranquista, más bien como oportunista sin ideología precisa.[119]

La colmena inició un movimiento literario considerable que se desarrollaría en los años cincuenta: el «realismo social» en novela y poesía, inspirado en modelos franceses y useños, también en el «realismo socialista» soviético. Esa corriente, tomada con criterio amplio, integra obras de Juan Goytisolo, Luis Romero, J. Fernández Santos, A. López Salinas, Juan Marsé, Ignacio Aldecoa, R. Sánchez Ferlosio, Delibes y otros, inferiores a Cela. En poesía, a Celaya y Blas de Otero especialmente. Sus temas inciden en la pobreza, la desesperanza, la abulia, la inmoralidad burguesa, y ofrecen un tétrico paisaje, a menudo teñido de «lucha de clases» con un mensaje simple, implícito o explícito, de resistencia a tan negras condiciones de vida. Un escritor exprogresista, Aquilino Duque, los ha motejado de «literatura de la berza». La mayoría de esos escritores se sentían antifranquistas, y algunos comunistas, aunque, pese al ambiente opresivo que describían, todos publicaban sin dificultades realmente serias.

En el mismo movimiento entra parte del cine de aquellos años, empezado con la película *Surcos* (1951) del falangista J. A. Nieves Conde, inspirada en una obra del también falangista Eugenio Montes y valorada por la crítica como una de las mejores del cine español: narra con crudeza la emigración del campo a

---

[119] Una interpretación: *http://blogs.libertaddigital.com/presente-y-pasado/cela-y-la-colmena-2828.*

la ciudad y el choque de valores que conlleva. J. A. Bardem dará a la tendencia social un carácter marxista (*Calle Mayor*, 1956). Miembro del PCE, le desagradaba el escaso contenido «de clase» del cine español, al que descalificó en 1955 como «políticamente ineficaz, socialmente falso, intelectualmente ínfimo, estéticamente nulo e industrialmente raquítico». Berlanga, exfalangista voluntario en la División Azul, entra a medias en la tendencia social, con películas más bien irónicas y antiheroicas, de costumbrismo benévolo y convencional, como *Bienvenido, míster Marshall* o *El verdugo*.[120]

El interés por la guerra quedó demostrado con la enorme difusión de *Los cipreses creen en Dios*, de J. M. Gironella (1953), primera novela, y con mucho la mejor, de una tetralogía que abarca hasta el posfranquismo. Otra obra reseñable, *La paz empieza nunca* (1957), de Emilio Romero, enfoca la guerra y el maquis desde una perspectiva falangista. Pero no se trata aquí de estudiar la literatura de la época, sino de observar cómo la visión prevaleciente de esta tiene mucha relación con la propaganda de partidos de izquierda y con una determinada literatura y cine. Cabe decir que el nivel literario de los cincuenta desciende, posiblemente, con respecto al de los cuarenta. En todo caso, la vida literaria y cinematográfica no se limitaba al realismo social. Tendencias semejantes, y más pesimistas, se aprecian en las literaturas europeas y americanas.

A construir la deprimente imagen de los años cincuenta han contribuido no solo la izquierda, sino también el anti-

[120] V. M. Pérez Velasco ha escrito un interesante estudio sobre la politización del cine y la tendenciosidad de las descalificaciones de Bardem y otros, no obstante tan influyentes y popularizadas en pleno franquismo y después: *Cine español y adoctrinamiento político en democracia*, Sepha, Madrid, 2011.

franquismo juanista (véanse los diarios de Gil-Robles o las audaces afirmaciones de Ansón) y el falangista o exfalangista. Todos diagnosticaban, año tras año, la «descomposición del régimen» en medio de una sociedad paupérrima, reprimida y disgustada, plagada de inmoralidad y corrupción... El prestigiado historiador marxista inglés E. Hobsbawm «suelta» en sus memorias este dislate: «A comienzos de los años cincuenta España era un país pobre y hambriento, quizá más hambriento de lo que ningún ser viviente pudiera recordar».[121] Las citas podrían multiplicarse.

Los años cincuenta son también descritos por muchos periodistas, historiadores y hasta economistas como período de estancamiento y pobreza, del que solo se saldría en los años sesenta gracias a un cambio profundo en la política económica, con abandono de la autarquía. El historiador debe tener siempre mucho cuidado con tales impresiones y opiniones, por muy difundidas que estén, ya que su proliferación no garantiza en modo alguno su veracidad; y en este caso, los datos reales ofrecen, ¡una vez más!, un panorama harto distinto. Entre otras cosas, aquella década fue la del fin del racionamiento (1952) y del hambre, cuyas estadísticas desaparecen por primera vez en la his-

[121] «Cualquier historiador medianamente serio sabe de las hambrunas en la URSS o, durante la guerra mundial, entonces tan cercana, las de Bengala, Irán, Holanda, Grecia, causantes de decenas de miles, cientos de miles y hasta millones de muertos. O las de la Alemania de posguerra, de la India, de lugares de África, etc. Los muertos por hambre en España se computaban en las estadísticas, y estaban en unos trescientos anuales a principios del siglo XX, en continua baja hasta que con la república volvieron a las del año 1900. Como ya indicamos, el año de mayor hambre en el siglo XX español fue 1938 en la zona roja. Después de la guerra, el hambre aumentó, en gran medida por efecto del semiboicot inglés durante la contienda mundial. Y en los años cincuenta bajó con rapidez hasta desaparecer», *http://www.piomoa.es/?p=1559*.

toria; la esperanza de vida al nacer, que había saltado de los cincuenta años de la república a sesenta y dos en la década de los cuarenta, siguió aumentando hasta casi setenta al final de los cincuenta, prácticamente al nivel de Alemania Occidental, Francia, Inglaterra o Usa. Ello tuvo relación evidente con el asentamiento de una Seguridad Social de amplitud sin precedentes en España, debida sobre todo a la iniciativa del Movimiento, impulsada ya desde los años cuarenta por el ministro falangista José Antonio Girón. Superados los graves obstáculos de los años cuarenta, el PIB creció a un fuerte ritmo anual, estimado por los economistas de forma diversa pero siempre alta: 4,4 por ciento según Prados Arrarte; 5,6 según P. Schwartz; 7,16 según el Consejo de Economía Nacional (CEN); 4,26 según Fernández de la Mora.[122]

Otro dato de interés económico y político fue el aumento del turismo: los en torno a doscientos mil visitantes anuales en la república se habían triplicado a finales de los años cuarenta, para multiplicarse espectacularmente, por más de veinte, hasta cuatro millones largos en 1960. El turismo sería bien aprovechado por la iniciativa privada y favorecido por el Estado. Políticamente, el Estado no mostraba especial preocupación por recibir a tantos turistas provenientes casi todos de democracias liberales.

En la producción de cemento, el millón y medio de toneladas de 1935 había subido a 2,5 millones de 1950 y a casi 6 millones en 1960, cifras que remiten a una rápida urbanización, con el trasvase de población rural a las ciudades. Un problema

---

[122] Desde 1954, la unificación de criterios del CEN y los estudios del Banco de Bilbao, casi coincidentes, reducen las diferencias de cálculo. Los datos, como siempre, están tomados de *Estadísticas históricas de España*.

tradicional había sido la excesiva población agraria, condenada a una vida difícil y con estrecha salida debido a la escasa industrialización del país, situación en vías de remediarse por entonces. Todos los países europeos habían resuelto la dificultad mediante los puestos de trabajo proporcionados por la industria (Inglaterra, durante la Revolución industrial, lo hizo de forma un tanto bárbara, expulsando de la tierra a masas de campesinos que servirían de mano de obra muy explotada en las fábricas). Durante la república, el retroceso económico había impedido esa salida, y por ello la vida en el campo había empeorado, pese a una reforma agraria practicada de forma chapucera, como lamentaba Azaña. Esa emigración creaba cambios sociales y de costumbres y otros problemas que daban pie a lamentos literarios o políticos, pero supuso un progreso para la mayoría.

Los datos de la enseñanza son también demostrativos. Los alumnos de enseñanza media, 126.000 en 1934, llegaban a finales de los cuarenta a 215.000, y a finales de los cincuenta a 448.000, más del triple que en la república; y las chicas habían pasado de 34.000 a 164.000, multiplicándose casi por cinco. En las facultades universitarias los 34.000 estudiantes de la república habían pasado a 64.000 en 1960. Más significativo fue el salto en las ingenierías, que en 1960 contaban con casi siete veces más alumnos que en la república, indicio claro del auge industrial del país.

Y, en efecto, la producción industrial aumentó de modo casi espectacular. El consumo bruto de energía primaria no había cesado de crecer en los años cuarenta en relación con la república; a finales de los cincuenta casi triplicaba el de 1935, y dentro de él, el de electricidad casi lo sextuplicaba (por la construcción de embalses y centrales térmicas). La producción de lingotes de hierro se había sextuplicado y la de

acero, casi triplicado. Por primera vez España empezó a fabricar automóviles utilitarios (antes se producían algunos de lujo), camiones, autobuses, motos, etc. Debido a la debilidad del sector empresarial privado —salvo, hasta cierto punto, en Barcelona y Bilbao—, ya en 1941 se había creado el INI (Instituto Nacional de Industria), orientado a aplicar una política de autarquía económica y a satisfacer las necesidades defensivas del país. El INI no debía sustituir a la iniciativa privada, sino actuar donde esta fuera insuficiente. Así se formaron empresas como los astilleros militares Bazán, la fábrica de camiones Pegaso, fábricas militares, industria siderúrgica, de aluminio, prospecciones mineras, automóviles de turismo (SEAT, con patentes FIAT), etc.

La cuestión del INI enlaza con la de la autarquía y la sustitución de importaciones, a menudo descartada como absurda y retrógrada. Pero no lo fue tanto, a juzgar por los índices señalados; y debe notarse que en tiempos de boicot y aislamiento internacional difícilmente podía aplicarse otra línea. Se trataba de crear una amplia base industrial protegida por altos aranceles, hasta que la experiencia y el progreso permitieran fabricar productos competitivos en el exterior. Otros muchos países, como Usa o Alemania, se habían industrializado de modo similar. Por otra parte, el proteccionismo excesivo y sostenido desde el siglo XIX, materializado en el XX por el «arancel Cambó», había creado en España un círculo vicioso: las industrias catalana y vasca no podían competir en calidad ni en precio con los productos exteriores, pero disponiendo de un mercado seguro, tenían poco aliciente para mejorar. Y al vender sus mercancías a precios excesivos, en alguna medida empobrecían a otras regiones. El peligro volvía a presentarse en un plano más extenso con la autarquía.

De todas formas no debe creerse que el comercio exterior permaneció cerrado. Por el contrario, a principios de los cincuenta las exportaciones habían duplicado ampliamente las habituales en la república, y a finales del decenio casi las triplicaban, mientras que las importaciones habían aumentado en proporción aún mayor, porque la industrialización requería la compra de más y más bienes del exterior, solo compensables por exportaciones agrarias y de materias primas, mientras los productos industriales no se hicieran competitivos. Precisamente el creciente desequilibrio de la balanza de pagos y la escasez de divisas obligaría a un cambio importante en la política económica al terminar el decenio en cuestión. Entonces la economía española iba a crecer con un vigor y rapidez sorprendentes; pero ese crecimiento habría sido mucho más débil y desequilibrado sin la base creada en los años cincuenta.

El agudo contraste entre la literatura pesimista o de denuncia y el dinamismo económico y social de los años cincuenta tiene interés para el método historiográfico. Es claro que la literatura ayuda a entender el clima social de un tiempo, pero deben adoptarse al respecto dos cautelas: al lado de la novela, poesía, cine o teatro «social», existían fórmulas literarias muy distintas y a menudo de mayor difusión o más influyentes: literatura intimista, de aventuras, amorosa, frívola, optimista, abiertamente franquista, etc. Es decir, caeríamos en un error si pretendiéramos entender la sociedad a partir de uno de sus movimientos literarios, que no pocas veces han quedado en simples modas superficiales (el «tremendismo», por ejemplo). Este error es frecuente en la historiografía, y más en la que se siente comprometida políticamente. Comprometida, por lo común, con posturas utópicas o marxistas. Comunistas, anarquistas y otros entienden la literatura como un arma de combate por

una sociedad que ellos suelen estimar más justa y más humana, pero que consigue por norma lo contrario. Y vituperan otras clases de obras como «escapistas» o «de evasión», por tanto falsas de raíz o «reaccionarias».

Rasgo típico de la literatura *comprometida* es la reducción de los personajes a clichés políticos de buenos y malos, siendo estos últimos casi siempre los considerados *fascistas*, *burgueses* o *reaccionarios*, dotados de abundantes taras morales. El mismo arte universal pasa a valorarse según el criterio de su carácter presuntamente *reaccionario* o *progresista*. Esta es una de las razones de que ese tipo de literatura y crítica literaria suela resultar artificioso y pesado. Una obra literaria de verdadera calidad salta por encima de tiempos y lugares, permanece viva, válida y comprensible en cualquier cultura, porque afecta a la condición humana al margen de circunstancias concretas. Pero si el valor de las novelas o películas derivase de su capacidad de reflejar o describir un clima social determinado de un país determinado, resultarían poco estimables o comprensibles fuera de ellos. *La Ilíada* conserva plenamente su valor a través de los siglos, mientras que una herramienta de época micénica solo vale como material de museo para especialistas; y algo así ocurre con las obras políticamente *comprometidas*: nos llaman la atención más por su valor sociológico o historiográfico que artístico, como expresión de ciertas (pero no «las») ideas y actitudes en un período pasado. El contraste que acabamos de observar entre la visión pesimista o de denuncia y los datos socioeconómicos de los años cincuenta interesan al historiador precisamente como tal contraste; como le interesan la simpatía o militancia en causas totalitarias en nombre del progreso y la libertad, prueba del poder sugestivo de las ideologías.

Una segunda cautela que impide considerar la literatura como buen indicador de la realidad social deriva de la propensión de los relatos a centrar su atención en sucesos y personajes extremos o atípicos más que en los casos «normales» o vulgares, más próximos a la sociología. Porque en aquellos sucesos y personajes suele resaltar con más nitidez la condición humana en sus alegrías, angustias, incertidumbres y abismos.

Obviamente, en los años cincuenta existían insatisfacción y conductas brutales y abusivas, y esos son temas literarios tradicionales. En rigor, en todo tiempo y lugar son el descontento y la angustia una manifestación —no exclusiva— de lo humano. La diferencia radica en que la literatura *comprometida* o *social* lo trata como un hecho remediable, causado por unos culpables cuya eliminación traería la sociedad más deseable, o implicando otro tipo de sociedad, la comunista, pretendidamente más feliz. No solo en la España de los ciucuenta, desde luego, también eu la Europa más rica y en Usa reptaban, por así decir, profundas insatisfacciones que se abrirían paso, sobre todo entre los jóvenes, con formas chocantes e inesperadas.



18

EL PAPEL DE ESPAÑA EN LA GUERRA FRÍA

En el plano internacional, la que se ha llamado era de Franco se desenvolvió en dos grandes etapas muy distintas: la marcada por la crisis de la democracia liberal, el auge de los fascismos y la guerra mundial (nueve-diez años); y la de la guerra fría (treinta años hasta 1977 o treinta y uno hasta la Constitución del 78). Esta incluye como un período especial el del aislamiento (siete años).

La ruptura de la alianza soviético-democrática en 1947 abrió, como es sabido, la confrontación entre los dos grandes triunfadores de la contienda mundial, Usa y URSS (para Inglaterra la victoria había sido un tanto pírrica, pues de ella había salido como potencia de segundo orden y en vísperas de perder su magno imperio). La pugna, que nunca llegó al choque directo, duraría 42-44 años, hasta la implosión del imperio soviético entre 1989 y 1991, por completo inesperada para la casi totalidad de los analistas. El enfrentamiento «frío», desarrollado en los terrenos político, económico y cultural, causó guerras «calientes», golpes de Estado y revoluciones. El franquismo participó a su modo en ese largo conflicto, cuyo final no llegó a ver.

Los intereses políticos y económicos concretos en cada ocasión venían subtendidos por concepciones mesiánicas cuya raíz puede encontrarse en la Ilustración. La URSS se consideraba a sí misma vanguardia de un movimiento universal, de una gigantesca experiencia histórica basada en la ciencia, que emanciparía a la humanidad de toda opresión y superstición religiosa o de cualquier tipo. Así construía el socialismo, en permanente batalla con poderes exteriores «imperialistas» y resistencias interiores que trataban de restaurar el poder *burgués*. El socialismo, una vez asentado bajo la dictadura «proletaria», daría paso al comunismo, sociedad pacífica y creativa, de plena igualdad y libertad para los seres humanos, algo nunca antes conocido. Su victoria sobre los nazis demostraba la fortaleza y justificación histórica de su proyecto, en función del cual valdría la pena arrostrar los mayores sacrificios y proclamar la guerra, con unos u otros medios, contra los *reaccionarios*, necesariamente explotadores y opresores.

El marxismo ponía el acento en la colectividad, de cuyo progreso dependería el de los individuos y sin la cual el individuo no podría siquiera sobrevivir. El impulso de la ideología marxista-leninista era tan intenso y expansivo que durante la mayor parte de la guerra fría se mantuvo a la ofensiva, ganando un país tras otro. Llegó a imponerse sobre un tercio de la humanidad en un lapso de tiempo increíblemente corto, condicionando además la política y el mundo intelectual en las propias democracias «burguesas». Durante varios decenios pareció predestinado a ganar la llamada guerra fría e imponerse sobre la humanidad entera: se extendió por la Europa Centro-Oriental, por la inmensa China, partes de Corea y Vietnam y otros países; construyó partidos sólidos y agresivos en naciones como Francia e Italia, en colonias en vías de independizarse y

en América, y como doctrina o enfoque de la historia y la sociedad influía vigorosamente en las universidades y juventudes de Europa y Usa. No obstante, su colapso en la URSS y su transformación en China prueban que, pese a la coherencia aparente de sus dogmas, no puede funcionar a la larga, ni siquiera con estados totalitarios-policíacos.

Usa tenía de sí misma una visión semejante: su sistema democrático debía servir de modelo al resto del mundo, ser «la ciudad sobre la colina», distinguida por Dios de modo especial, faro hacia el que se volvería el resto del mundo en busca de inspiración: «La nación indispensable», «la locomotora a la cabeza de la humanidad» en palabras de Dean Acheson, secretario de Estado useño en la época Truman. Un tanto a la inversa de la URSS, daba especial relevancia a la iniciativa y la libertad individual como palanca para hacer progresar a la sociedad. Mientras superaba una guerra civil, arrebataba un inmenso territorio a los indios, a España y a Méjico, y diseñaba su hegemonía sobre todo el continente americano (Doctrina de Monroe), Usa mantuvo un siglo largo de relativo aislamiento, en el que forjó su impresionante potencia. Luego, con la guerra contra España en 1898 y después en la I Guerra Mundial, aplicó un intervencionismo creciente de alcance planetario. Su superioridad habría quedado probada por sus extraordinarios logros, en particular económicos, pero también culturales: por su ciencia, técnica o literatura, por haber alcanzado un alto grado de libertad individual sin que ella disgregase a la sociedad, o por sus victorias sobre los indios, Méjico, España, los filipinos y Alemania en las dos guerras mundiales, y sobre Japón en la segunda.

Entre las dos superpotencias, la España franquista optaba necesariamente por Usa, ya que definía a la URSS como el enemigo máximo, radicalmente incompatible por su ateísmo y

totalitarismo. Pero ello no suponía la plena aceptación de la ideología useña, y sí cierta repugnancia por su «materialismo» y su hostilidad a la cultura hispánica: según una crítica difusa, pero muy presente, Usa sentiría obsesión por el dinero y reduciría a él todos los valores en una especie de culto al becerro de oro; y al mismo tiempo actuaba de forma imperialista con respecto a Hispanoamérica y pretendía determinar los asuntos internos españoles. Esta última idea la expresaría a su modo el liberal antifranquista Salvador de Madariaga en su libro *Dios y los españoles*: «Para nadie más que para España es el peligro yanqui tan mortal como el ruso. El soviético aspira a degollar nuestra libertad, el yanqui aspira a degollar nuestra cultura. Para el yanqui, todo el continente le pertenece. Basta con leer el nombre que ha dado a su país, y lo hispano es lo que hay que destruir como se pueda». De hecho, y aun si con excepciones, la política de Usa hacia Hispanoamérica había consistido en socavar y desprestigiar la herencia católica y española, valiéndose del poder económico y de las clases dirigentes hispanoamericanas masonizadas y afectas al modelo useño.

En otras palabras, el franquismo entendía que España heredaba una tradición y un ámbito cultural muy extenso, construido a partir del siglo XVI, con sus propios intereses y aspiraciones, en la que podría volver a convertirse en un imperio de orden espiritual. Pero ese legado planteaba cuestiones difíciles: ¿qué posibilidad de desarrollo tenía en la segunda mitad del siglo XX? ¿Y qué podía hacer España al respecto? ¿Sería factible una idea de Hispanidad capaz de rivalizar con las propuestas marxistas y demoliberales? Los pensadores Ramiro de Maeztu y Manuel García Morente, entre otros, habían intentado elaborar una ideología panhispánica cimentada en la doctrina católica y los logros del Siglo de Oro. Para Maeztu, la idea de His-

panidad radicaría en la convicción de la igualdad esencial de todos los pueblos de la Tierra y el programa de hacer efectiva esa igualdad mediante el catolicismo. Morente intentó definir los rasgos éticos y psicológicos propios de lo hispánico, personificándolos en la figura ideal del «caballero cristiano».[123] Ambos enfoques tropezaban un tanto con diversas realidades. El mundo hispanohablante no vivía tiempos felices desde hacía mucho tiempo, y la nueva España, aunque se estuviera reponiendo de numerosos achaques, carecía de la potencia material y espiritual adecuada para desempeñar un papel de líder o al menos de inspirador, máxime cuando fuerzas muy poderosas en el mundo vilipendiaban al régimen del momento, así como al pasado nacional.

Sin duda existe una cultura de fondo, basada en la lengua, la religión y las tradiciones compartidas en todo el ámbito definible como hispánico. Pero ese ámbito, si bien creativo en arte y literatura, padecía un gran déficit en ciencia y técnica, y menor, pero considerable, en pensamiento. En este último orden, elaboraciones algo etéreas como las de Maeztu o Morente difícilmente podían competir con las marxistas o demoliberales, mucho más audaces y precisas. Además, las glorias que habían creado aquel extenso ámbito cultural pertenecían a un pasado ya lejano, y para colmo eran sistemáticamente difamadas como crímenes y motivos de vergüenza no solo en Usa y los países europeos tradicionalmente rivales de España, sino con mayor encarnizamiento en los propios países hispanos, que preferían definirse como «latinos»; y en la misma España antes del franquismo y hasta durante él, más atenuadamente. ¿Podría in-

[123] G. Fernández de la Mora hace una breve y aguda crítica a estos conceptos en *Filósofos españoles del siglo XX*, Planeta, Barcelona, 1987, pp. 117 y ss.

vertirse aquella tendencia mediante una doctrina regeneradora, o bien convenía aceptar un ocaso irremediable e imitar las fórmulas políticas e ideológicas de quienes demostraban tener más éxito?

Aquí el problema se complicaba, porque todos esos países, incluida España, llevaban un siglo y medio intentando imitar otros modelos. Hispanoamérica se había independizado tratando de eliminar la herencia hispana y de emular el ejemplo, las instituciones e ideas de Usa o de Francia, y de ello había resultado una historia de violentas convulsiones y corrupción casi permanentes, en contraste con los pacíficos y ordenados tres siglos anteriores. La decepción podría achacarse a la persistencia del catolicismo, pues la idea de la «ciudad en la colina» tenía impronta calvinista, muy fuerte en la formación intelectual-política de Usa como país especialmente bendecido por Dios. Según la teología protestante, Dios ha reservado la salvación, desde la eternidad, solo a unos elegidos, muchos o pocos, lo cual en el mundo terreno se manifestaría de alguna forma (en la prosperidad, por ejemplo), sin que pesaran en la elección divina las obras buenas o malas de ellos; y los católicos, desde luego, no figuraban entre los elegidos, aunque fuera forzoso admitirlos en la sociedad civil de la propia Usa. Por otra parte, si bien la Revolución francesa se había inspirado en la useña, había dado lugar a un tipo de democracia distinta, también con sustancia mesiánica, y había abonado el terror, ideas comunistas y las guerras napoleónicas, quizá las más sangrientas de Europa hasta entonces.

Las imitaciones, en todo caso, no habían dado frutos demasiado jugosos, y ese era uno de los argumentos favoritos del franquismo. Pero la aspiración de este a servir de alternativa más genuina y fructífera y sentar un ideal hispánico en-

contraba obstáculos teóricos y prácticos que la volvían irrealizable, al menos por un largo período. El Instituto de Cultura Hispánica y la acción diplomática de Madrid tuvieron influencia muy apreciable, pero desde luego insuficiente para cambiar el panorama de la época.

Aunque el éxito espectacular de la democracia liberal useña saltaba a la vista, Franco no la creía extensible a todos los países. Precisamente en el definitorio discurso de junio de 1945, había recordado las incumplidas promesas de Roosevelt de no inmiscuirse en los asuntos internos de España; y había insistido en el valor de la idiosincrasia y tradición propias de cada país, a las que no debían imponerse fórmulas externas. En sus palabras, ya citadas, el siglo largo de experiencia liberal y demoliberal en España lo habría demostrado con su extrema inestabilidad... A su entender, España precisaba un tipo de gobierno original, acorde con su mejor tradición, que enlazase idealmente con el Siglo de Oro. Esperaba alcanzar ese objetivo combinando el catolicismo con el sentido social y patriótico de la Falange en una democracia «orgánica» bajo una monarquía más parecida a la de los Reyes Católicos que a la liberal.

El reconocido realismo del Caudillo excluía pretensiones mesiánicas como las de Usa y la URSS, al menos a plazo previsible: se limitaba a España y, en lo posible, al ámbito cultural hispánico de América y Filipinas. El país no dejaba de ser pequeño, de escaso poder militar y económico, con peso cultural de segundo orden —ya desde mediados del siglo XVII— y proyección política exterior escasa, mermada aún por la enemistad que le profesaban tanto los soviéticos como las democracias. Dentro de esas coordenadas, modificándolas progresivamente, actuaría el régimen. De todas formas, Franco había afirmado que otros países imitarían a su sistema, y en parte (involuntaria)

así fue: el liberalismo salido de la guerra mundial difería considerablemente del anterior, al menos en el sentido de que el Estado iba a expandirse e interferir en la vida social mucho más que antaño. Ello permitió que, al revés que en España, las izquierdas revolucionarias no fueran prohibidas en el oeste europeo, excepto en la Alemania Federal, aceptando serios riesgos en países como Italia o Francia, dotadas de partidos comunistas de masas.

Ante la guerra fría el franquismo optó por Usa, debido a que se sentía especialmente comprometido contra Moscú y a que la propia posición geoestratégica del país lo imponía. Se le ha acusado de subordinarse totalmente a la política de Washington, pero ello, una vez más, no es cierto. En rigor estaban más supeditados los países de la OTAN, ya que sin protección useña, Europa Occidental habría cedido al empuje soviético, favorecido además por las quintas columnas comunistas. España tenía de entrada la baza de carecer de esa quinta columna, salvo a un nivel muy reducido, y la relativa lejanía del Telón de Acero. La colaboración con Usa se convirtió en un eje —no el único— de la política exterior de Franco.

Aunque ya hemos aludido a los procesos de posguerra en el mundo, vale la pena insistir aquí en ellos. El centro de la guerra fría fue una Europa dividida entre la tutela useña, que daría lugar a la OTAN, y el dominio soviético del Pacto de Varsovia. La partición del continente en las dos áreas de influencia decididas por los Tres Grandes continuaría, no sin alteraciones. Checoslovaquia cayó definitivamente en la órbita de Moscú después del golpe de Praga en 1948. En Grecia los comunistas no estuvieron demasiado lejos del triunfo. España era otro pun-

to peligroso, por cuanto, de haber triunfado el maquis o simplemente logrado una amplitud comparable a la griega, el país se habría convertido en un avispero en la retaguardia misma del dispositivo occidental. La resuelta acción contra el maquis no solo benefició al gobierno español, sino a las democracias europeas, algo que estas, desde luego, nunca apreciaron con claridad ni agradecieron. El bloqueo soviético de Berlín, en 1948-1949, pudo haber derivado en un nuevo cambio de fronteras, incluso en guerra abierta, pero terminó con victoria política ueña, sin llegar más lejos. A cambio, la URSS pudo aplastar con los tanques y sin oposición occidental las revueltas que estallaban aquí y allá contra su poder, como en Berlín o Budapest y más tarde en Praga. Por fin, desde finales de los años cuarenta, la frontera entre el este y el oeste de Europa permaneció estable: una frontera tendida con alambre de espino y puestos de ametralladoras por parte soviética.

Pero si en Europa perduró una paz tensa y relativa, en el resto del mundo la guerra fría generó golpes de Estado y revoluciones. Sin ánimo de exhaustividad cabe citar varias de las más relevantes. La guerra civil china concluyó en 1949 con victoria marxista, suceso de la mayor trascendencia histórica por cuanto se trataba del país más poblado de la Tierra, con un potencial invalorable. La guerra de Corea, comenzada en 1950, finalizó en tablas tres años después (contribuiría indirectamente, junto con el bloqueo de Berlín, a romper el aislamiento español). En Indochina los comunistas volvían a ganar en 1954, con derrota de Francia y división de Vietnam en dos estados. Fidel Castro se imponía en Cuba en 1959, en las mismas barbas del Tío Sam. Por Cuba se produjo también, tres años después, la crisis de los misiles, el momento de mayor peligro de choque directo entre las dos superpotencias: la URSS reculó, pero el

régimen cubano continuó como un foco de agitación en toda América y en África, donde prohijaría movimientos guerrilleros y otras formas de subversión. Todo ello aparte de guerras coloniales, golpes prosoviéticos o de la CIA (dos de estos últimos, bien conocidos, fueron el que en 1953 derrocó a Jacobo Árbenz en Guatemala y el que expulsó al año siguiente a Mosadeq en Persia para instalar al *shah* Reza Pahlevi). En 1970 el marxista Allende ganó el poder en Chile por las urnas, sin mayoría absoluta, y pronto llevó al país al desbarajuste. Usa, temerosa de una nueva Cuba en el Cono Sur, apoyó el golpe militar de Pinochet que en 1973 liquidó el experimento.

Los años sesenta vieron una escalada de armamento nuclear entre las dos superpotencias, y Usa se vio atrapada en el cepo de Vietnam, que concentró la atención del mundo durante la segunda mitad de los años sesenta y hasta 1975. Esa guerra en principio civil, provocada por el empeño del comunista Vietnam del Norte en unificar el país bajo su dominio, marcó toda una época. A finales de los sesenta estaba claro que Usa, con todo su ingente poderío militar y técnico, utilizado a fondo salvo las armas atómicas, y contando con un nutrido ejército aliado vietnamita, no lograba someter en un país pequeño y atrasado, a unas fuerzas comunistas respaldadas por la URSS y por China, pero mucho más débiles materialmente. La resistencia del Vietcong y de Vietnam del Norte provocó un enorme desgaste y descrédito de Usa en la opinión mundial, animó protestas masivas contra el «imperialismo yanqui» y dividió y desmoralizó a la sociedad useña. La victoria final de los comunistas, siete meses antes de la muerte de Franco, sugería la superioridad esencial, que marcaba el rumbo de la historia, de una ideología capaz de derrotar a un poder material y técnico aplastante. Sonaba a triunfo del espíritu sobre la

materia. Paradójicamente, porque el marxismo se proclama materialista.

Junto a la guerra fría y condicionado por ella, cundió el vasto movimiento de la descolonización, que subrayó la decadencia política de Europa; y el intento contrario de promover una supernación o superpotencia europea partiendo de la unión económica. La descolonización, ayudada por la URSS y por Usa, rivales en su aspiración de ampliar sus áreas de influencia, dio lugar a disturbios, terrorismo y guerras. Los europeos perdieron, así Holanda en Indonesia, Francia en Indochina y Argelia, Bélgica en el Congo, Portugal en Angola y Mozambique, e Inglaterra en diversos países, empezando por India. Usa frenó en seco a Francia e Inglaterra cuando, en 1956, atacaron Egipto para echar atrás la nacionalización del canal de Suez. Israel, cuya independencia también votó la URSS en la ONU, se convertiría en nuevo foco de la guerra fría según Moscú viró sus simpatías hacia los países árabes. La descolonización creó numerosos países nuevos, que en su mayoría adoptaron la forma de repúblicas laicas y, sintiéndose incómodas con las dos superpotencias, adoptaron la «no alineación», buscando la equidistancia entre Washington y Moscú. Hubo entre ellas una amplia tendencia socializante (socialismo árabe, socialismo africano, populismos latinoamericanos...) y dictaduras con abundante corrupción, escasas libertades y arbitrariedad económica.

Para 1975, año final de Franco aunque no del franquismo, el balance de la guerra fría, con sus muchos altibajos, se decantaba a favor del comunismo incluso en el vecino Portugal, donde el golpe militar que acabó con la dictadura salazarista en 1974 alumbró una inquietud próxima a la guerra civil. Pero bajo sus éxitos, el marxismo ofrecía signos de fragilidad, como la erección del muro de Berlín en 1961, la agria división chino-

soviética, la intervención de los tanques en 1968 para aplastar las reformas en Praga, los fallos agrícolas en la URSS o las hambrunas en China. Cada avance iba marcado además por matanzas brutales. Pese a todo ello, su empuje impresionaba los espíritus, provocando cambios en la misma Iglesia y gravitando sobre la rebeldía juvenil en los países occidentales, cuyo culmen sería la «revolución de mayo del 68» en Francia.

El franquismo apoyó a Usa en la guerra fría, por encima de la relación con los países euroccidentales, secundarios en la pugna global y más hostiles a España; y por encima también de la OTAN, en la cual nunca solicitó entrar. Dentro de esa inclinación, evitó supeditarse a Washington. Una línea esencial de su acción política y cultural exterior se orientó a Hispanoamérica y desde pronto resultó muy eficaz para romper el aislamiento y evitar la hambruna que podría haber resultado de este. Solo Méjico negaría reconocimiento a Madrid, probablemente por el destino del tesoro del *Vita* y las posibles reclamaciones españolas. No obstante, chocó con resistencias y reticencias muy fuertes. Desde los tiempos de la Doctrina de Monroe («América para los americanos»), Usa veía en aquellos países algo así como su «patio trasero», su zona privilegiada de influencia, donde desplegaba una propaganda antihispánica basada en la leyenda negra; y no veía con buenos ojos la «intromisión» española. Por otra parte, la prepotencia e injerencia useñas suscitaban resentimiento en países de Hispanoamérica, que acusaban a Usa de unos males causados por ellos mismos en mayor medida. Madrid, desde luego, simpatizaba con quienes buscaban debilitar la dependencia hacia el «coloso del norte», incluso si procedían de un régimen mar-

xista como Cuba. Por ello mantuvo las relaciones políticas y económicas con Castro, sin sumarse al embargo decretado por Washington en represalia por las expropiaciones de empresas useñas en la isla. Y a pesar de que muchos españoles habían sido también expropiados, España vendió a Cuba camiones, barcos de pesca modernos y bienes de equipo. A la muerte del Caudillo, Fidel Castro decretó, en sordina, tres días de luto en Cuba.[124]

Otra oposición cerrada a la política de Madrid venía de los españoles exiliados. A pesar de verse frustrados una y otra vez en su deseo de volver triunfantes a España, se movían en las cancillerías, mantenían no desdeñable influencia política en varios países y organizaban escándalos contra diplomáticos o intelectuales franquistas. También Francia (creadora del término «Latinoamérica» para difuminar la herencia española) procuraba corroer el concepto de «hispanidad». No obstante, el estado español lograba aceptación creciente, y sus avances económicos y sociales, y su desafío a las presiones internacionales, no dejaban de suscitar respeto en círculos diversos.

Al mismo tiempo, Madrid sostenía una política cultural exterior trayendo a las universidades españolas a numerosos estudiantes hispanoamericanos y árabes. A tal efecto creó el Instituto de Cultura Hispánica, orientado a la defensa y promoción de dicha cultura, primariamente en América y Filipinas, e inspirado en la idea de Hispanidad preconizada por el pensador Ramiro de Maeztu (asesinado por el Frente Popular en 1936) y otros intelectuales. El Instituto nació en 1946, en pleno auge de las amenazas externas, con un nombre muy adecuado a su

---

[124] Ver *http://www.libertaddigital.com/cultura/2015-01-09/pedro-fernandez-barbadillo-el-luto-de-fidel-castro-por-la-muerte-de-franco-74475.*

objetivo, desfigurado desde la transición.[125] La acción cultural apoyaba de paso a una activa diplomacia.

Asimismo, Madrid procuró intensificar sus tratos con los países árabes y Marruecos, una vez perdida la esperanza —si alguna vez fue real o dio lugar a planes concretos— de crear un vasto imperio en el Magreb y el centro de África. Los países árabes, en los que latía un fuerte sentimiento antioccidental y poca simpatía hacia la Unión Soviética, por motivos religiosos, podían ser atraídos en contra del aislamiento, y de hecho lo fueron: se demostraría en el debate de 1950 en la ONU sobre si debía revocarse la condena de 1946 a Franco. En la votación, aplastantemente mayoritaria a favor de España (39 contra 10, y 11 abstenciones), destacaron los países hispanos y musulmanes, más Usa y varios europeos. La agitación internacional socialista y comunista tuvo poco efecto. Prieto la consideró «un fracaso completo» y dimitió de sus cargos en el PSOE.

En aquella ocasión, Israel votó contra España, al lado de los países comunistas y tres latinoamericanos. Su voto fue juzgado en Madrid como una muestra de la más crasa ingratitud, lo que acentuó las distancias. No solo por ingratitud, claro: a la diplomacia hispana le convenían mucho más, política y económicamente, las relaciones con los numerosos países árabes que con el pequeño y poco amistoso Israel, que nunca sería reconocido por el franquismo. Madrid, no obstante, continuó con su política humanitaria facilitando, operaciones de salvamento de judíos con motivo de los conflictos árabe-israelíes.

---

[125] Como manifestación de una hispanofobia larvada, en 1977 el ICH se transformó en «Centro Iberoamericano de Cooperación», desvirtuando su carácter; en tiempos de Zapatero pasó a llamarse «Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo».

Otra prueba de la independencia de Franco fue, en 1965, su negativa a la petición del presidente useño Johnson de enviar soldados a Vietnam. Al lado de Usa llegarían a entrar, además del numeroso ejército survietnamita, tropas neozelandesas, australianas, coreanas y otras. Franco solo envió un pequeño equipo médico, advirtiendo que Usa no vencería: «Mi experiencia militar y política me permite apreciar las grandes dificultades de la empresa en que os veis empeñado (...). Con las armas convencionales se hace muy difícil acabar con la subversión (...). La subversión en el Vietnam, aunque a primera vista se presente como un problema militar, constituye, a mi juicio, un hondo problema político (...). Su lucha por la independencia ha estimulado sus sentimientos nacionalistas; la falta de intereses que conservar y su estado de pobreza les empuja hacia el social-comunismo que les ofrece mayores posibilidades y esperanzas que el sistema liberal patrocinado por Occidente, que les recuerda la gran humillación del colonialismo (...). Las cosas son como son y no como nosotros quisiéramos que fueran. Se necesita trabajar con las realidades del mundo, y no con quimeras».[126]

España tuvo sus propios problemas de descolonización. Francia había intentado retener su protectorado en Marruecos, pero la intensificación de los disturbios y atentados le obligaron a reconocer su independencia en marzo de 1956. Como el pequeño protectorado español dependía en realidad de la permanencia del francés, Madrid lo integró al resto de Marruecos al mes siguiente. El pequeño enclave de Ifni y el norte del Sahara sufrieron en 1958-1959 una pequeña guerra impulsada de forma

[126] J. Palacios, *Las cartas de Franco*, *op. cit.*, pp. 455 y ss.

clandestina por Rabat, muy mal dirigida por España al principio, luego resuelta con apoyo francés. En ella perdieron la vida 300 españoles y 8.000 marroquíes. No obstante la victoria, se cedió a Marruecos una pequeña franja septentrional del Sahara y, diez años más tarde, el propio enclave de Ifni. Madrid trató de mantener las colonias restantes, Guinea Ecuatorial y el Sahara Occidental, dándoles el título de provincias, pero la asimilación no cuajó. En 1968, presionada por la ONU, España aceptó la independencia de Guinea, por entonces uno de los países africanos más prósperos, el cual cayó bajo la sanguinaria opresión del psicópata Macías. El Sahara sería cedido de forma turbia a Marruecos y Mauritania en 1975, cuando Franco agonizaba.

Cuestión destacada en la política española fue Gibraltar. Tras su ocupación ilegal, España había cedido el peñón a Inglaterra en el leonino Tratado de Utrecht, con ciertas condiciones. Inglaterra había vulnerado reiteradamente el tratado, aplicando la ley del más fuerte. La población autóctona había sido sustituida por otras traídas de diversos puntos del Impero británico, y el peñón se había convertido en una base de contrabando y de tráficos dudosos que deprimían económicamente el entorno español. Sus logias masónicas habían fraguado pronunciamientos militares y acciones perjudiciales para España en el siglo XIX. Los ingleses erigieron también una verja en territorio no cedido en Utrecht, para controlar el paso (los españoles podían trabajar en Gibraltar, sin derechos, y hasta hace poco se les prohibía pernoctar allí). Aprovechando la guerra civil, Londres había cometido un nuevo y muy grave abuso construyendo un aeropuerto sobre tierras y aguas que no le correspondían y vulnerando sistemáticamente el espacio aéreo español. Debido a su temor de que España se alinease con Alemania en la guerra mundial, Churchill había llegado a prometer la negociación so-

bre Gibraltar, a sabiendas de que no lo cumpliría. Como había señalado a Hoare, «los españoles saben que si ganamos la guerra, la negociación no tendrá resultado, y si perdemos, no será necesaria»; pero permitió sugerir a Madrid un acuerdo al respecto si permanecía neutral.

Al término de aquella contienda, Londres hizo lo contrario de lo prometido o sugerido. Desde su posición privilegiada en la ONU, con derecho a veto y explotando el aislamiento de España, declaró a Gibraltar «colonia» sujeta a descolonización. Así eludía totalmente el tratado de Utrecht y se garantizaba la base militar, ya que la población del peñón (los «llanitos») siempre dependería de Inglaterra. En 1954 comenzaron las medidas españolas para frenar los excesos, restringiendo la entrada al peñón; en 1956, después de la humillación anglofrancesa por su ataque a Egipto, la posición española mejoró. Finalmente, en 1963 comenzó en la ONU la «batalla por Gibraltar», que duraría hasta 1966, cuando la diplomacia hispana derrotó a la inglesa: la «descolonización» de Gibraltar debía consistir en su retorno a España según el principio de la integridad territorial y «teniendo en cuenta los intereses de la población», pero no sus deseos. Londres hizo caso omiso de la resolución de la ONU y España terminó por disponer el cierre de la verja. De este modo, el antes floreciente negocio se convirtió en una gravosa carga para Inglaterra, además de un factor de desprestigio. Paralelamente se procedió a industrializar el Campo de Gibraltar, donde se instalaron industrias como la exitosa Acerinox, o se potenció el puerto de Algeciras, que llegaría a convertirse en uno de los más importantes de Europa en contenedores.

No obstante, Londres resistió, confiando en que la tradicionalmente errática política exterior española volvería a imponerse si cambiaba el régimen. Y así sucedería: el gobierno

socialista de Felipe González reabrió la verja en 1982 sin la menor contraprestación, volviendo a convertir Gibraltar en un espléndido negocio, centro de todo tipo de contrabandos y tráficos oscuros para Inglaterra y los «llanitos». Mientras el entorno del peñón se deprimía, hasta ser habitualmente la zona de mayor paro de España, entre otras plagas.[127]

En conclusión:

A. El valor geopolítico de España fue un factor importante de la guerra fría. Una España hostil a Usa o puramente neutral habría perjudicado el dispositivo estratégico useño en Europa. También una España inestable o convulsa habría traído graves riesgos a la OTAN. Franco sintetizaba la relación en una frase: «Nos necesitan más que nosotros a ellos».

B. Dentro de su apoyo a Usa, Madrid mantuvo una independencia esencial, con políticas internacionales divergentes de los intereses useños en Hispanoamérica o en relación con Cuba, Israel o Vietnam. También mantuvo con los países árabes una relación independiente y en general beneficiosa.

C. La descolonización, aunque bajo presión exterior, se hizo con bastante orden, sin graves conflictos como los que hubieron de soportar las demás potencias coloniales europeas. En Marruecos se dio el caso de que, ante el despotismo de Rabat, muchos marroquíes pidieron la vuelta de España. En Guinea Ecuatorial el resultado fue desastroso, pero difícilmente puede

[127] Un detallado estudio reciente del problema, en J. M. Carrascal, *La batalla de Gibraltar. Cómo se ganó, cómo se perdió*, Actas, Madrid, 2012.

achacarse a la política española; y el del Sahara, lamentable en muchos aspectos, ocurrió contra la decisión de la ONU y de Franco, burlada por sus sucesores.

D. Con respecto a Europa Occidental, toda ella hubo de cambiar sus actitudes iniciales, si bien manteniendo un fondo de animadversión contra el franquismo. En relación con Gibraltar, la victoria diplomática de Madrid habría terminado probablemente con la colonia, de haber persistido la misma política.

19

LOS AÑOS DORADOS DEL FRANQUISMO

La posguerra española podría definirse como «años de hierro», por la carga de la reconstrucción, la guerra europea, el maquis y el aislamiento. En la década de los cincuenta, mucho menos dura, el régimen cosechó sucesivos éxitos políticos y económicos. Y no es exagerado calificar de «dorados» sus últimos quince años a partir de 1960.

Contra lo que suelen afirmar los críticos, las dos primeras décadas del franquismo distaron mucho de ser años perdidos en la economía, pero a finales de los años cincuenta el modelo de crecimiento estaba agotándose. Lo resumí en *Franco, un balance histórico*: «La política autárquica, que buscaba sustituir importaciones y desarrollar la industria sobre la base del reducido mercado español, hacía agua al final de la década. La inflación alcanzaba cotas peligrosas, la peseta estaba sobrevalorada y dificultaba las exportaciones, las industrias sobreprotegidas exigían la importación creciente de materias primas y apenas producían bienes competitivos en el extranjero, y

las reservas de divisas cayeron a mínimos históricos».[128] Estos hechos han sustentado una descalificación total de la época, olvidando el acoso externo y cómo, pese a él, el país había sentado las bases de una industrialización que facilitaría la evolución posterior.

Por lo demás, todos los modelos económicos acaban agotándose. Así, la Gran Depresión de los años treinta exigió reformas profundas en la economía liberal. Por lo común las industrias no nacen competitivas, llegando a serlo solo después de un tiempo. Tampoco era España el único país que sufría inflación, pues esta afectó a todos los países occidentales (más elevada en Francia); una inflación no galopante se interpretaba como estímulo económico hasta que, en los años setenta, se produjo la unión inesperada de inflación y estancamiento («estanflación»), obligando a nuevas reformas. Hoy, la crisis comenzada en 2007 impone buscar nuevos modelos. La economía ha avanzado a través de crisis y reformas.

Para España, las reformas a finales de los cincuenta fueron posibles y bastante fáciles porque el aislamiento internacional estaba ya superado (hubo asesoramiento del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial) y el país disponía de buenos expertos. La primera Facultad de Ciencias Económicas en España data de 1944, y debe tenerse en cuenta que los políticos republicanos habían sido mayoritariamente ignaros en tales materias, lo que ayuda a entender algunos de sus errores (la república cerró el único centro superior de estudios económicos, en Deusto, por deberse a los jesuitas como quedó dicho).

128 p. 145.

Desde el final del racionamiento venían ensayándose liberalizaciones económicas con resultados inciertos, porque los precios subían rápidamente. La conclusión de la mayoría de los economistas era que el proceso liberalizador, lejos de paralizarse, debía acelerarse, porque ello neutralizaría sus malos efectos momentáneos. Ya en 1957 se produjo un cambio de gobierno de carácter «tecnócrata», como se le calificaría, con fuerte representación de ministros económicos ligados al Opus Dei (Alberto Ullastres y Mariano Navarro Rubio, con el influyente, aunque no ministro, Laureano López Rodó), en detrimento de la Falange. El nuevo gobierno, auspiciado por Carrero Blanco, poco simpatizante del Movimiento, debía preparar reformas económicas y administrativas juzgadas inaplazables. En 1958 diversos países europeos afectados por la inflación devaluaron sus monedas, lo que perjudicaba a las exportaciones españolas, y hubo que pensar en devaluar también la peseta. A Franco le disgustaba, pero Ullastres y Navarro le convencieron de su necesidad. Finalmente el gobierno acordó en 1959 un Plan de Estabilización: la peseta se devaluó de 42 a 60 por dólar, se redujo el gasto público y se reformó la fiscalidad para aumentar los ingresos, fueron congelados los salarios, se subió el tipo de interés y recibió facilidades la inversión extranjera.

El Plan de Estabilización frenó pronto la inflación y amparó las exportaciones y la inversión externa. Sus críticos señalan sus efectos negativos, como aumento del paro, reducción del consumo o mantenimiento de un intervencionismo estatal juzgado excesivo. Sin embargo, tales efectos fueron pasajeros. La intervención estatal en la economía permaneció a un nivel alto, pero difícilmente puede aceptarse como un grave defecto cuando, con ella, el país iba a crecer con mayor rapidez y equilibrio que nunca antes; y también que nunca después: el desa-

rrollo posterior a 1975, con abolición de leyes económicas, sindicales y obreristas del franquismo, se hizo un tanto a trompicones, con fuertes crisis y una tasa de paro que antes se consideraba inasumible. Y aspectos de la intervención, como la planificación indicativa —no obligatoria para el capital privado, aunque sí para las empresas estatales (el INI)— imitaban la economía francesa de aquella época, muy exitosa, como también lo fue en España. En realidad, todas las economías están intervenidas, directa o indirectamente, por los estados, y es difícil imaginar otra cosa, por más que corrientes anarco-liberales afirmen la viabilidad de lo contrario. El problema parece residir en los modos y proporciones de esa intervención.

La nueva política llegaba en un momento internacional favorable, pues la Europa Occidental había superado los desajustes de posguerra y gozaba de una prosperidad material nunca antes vista. La reconstrucción posbélica había sido en ellos mucho más fácil que en España, ya que no solo dispusieron de créditos del Plan Marshall, sino también de una previa base empresarial y tecnológica superior. Un efecto de la prosperidad fue el turismo de masas, que España iba a aprovechar con eficiencia, instalando infraestructuras hoteleras y comunicaciones hasta convertir su turismo en el de mejor relación calidad-precio de Europa. Así, los 4,3 millones de turistas de 1960 rozaban los 30 millones en el año final del régimen, convirtiéndose en «el petróleo de España». La aportación de divisas permitió muchas otras operaciones económicas.

Una manifestación de la prosperidad de varios países europeos fue la demanda de trabajo extranjero, por lo que afluyeron a Alemania, Suiza, Francia e Inglaterra cientos de miles de obreros italianos, yugoslavos, turcos, portugueses y, desde luego, españoles. Una emigración muy distinta de la tradicional hacia

América, que solía durar toda la vida: la de los años sesenta-setenta fue de ida y vuelta, y por lo común duraba poco. A menudo se lee la cifra de tres millones de emigrantes, estimándose como la cifra real del paro en España, pero, una vez más, se trata de una ficción: nunca hubo tres millones de emigrantes al mismo tiempo. La cifra real fue bastante inferior, y una gran proporción de ella temporal (tres meses o menos, para la vendimia y otras labores). Seguramente no hubo en ningún momento más de seiscientos cincuenta mil emigrantes. El número de los permanentes es difícil de estimar, por los constantes retornos, de modo que solo una pequeña minoría permaneció fuera ocho o más años. Al principio, la emigración permitió atenuar el desempleo causado por el Plan de Estabilización, pero conforme el país prosperaba, se debió a los más altos salarios en el exterior, no a falta de trabajo dentro, pues en aquellos años se multiplicaron el pluriempleo y las horas extra. Había realmente sobreabundancia de trabajo en España, como nunca después se alcanzaría.

J. Tusell y otros comentaristas han desvalorizado el impulso económico de la época atribuyéndolo a factores externos y poco productivos como los dos citados, en detrimento de un «verdadero» crecimiento. La objeción revela cierta torpeza de análisis. Todos los países tratan de aprovechar los recursos a su alcance, y el aprovechamiento del turismo fue difícilmente mejorable. Otra desvalorización «explica» que el avance económico español no era más que un reflejo, pasivo al parecer, del bienestar material del Occidente europeo. Pero no hay tal reflejo, sino, de nuevo, una activa y en general acertada, incluso brillante, actividad e iniciativa para aprovechar la coyuntura. Los países del sur de Europa, más pobres que los del centro-oeste y norte del continente, mejoraron sus rentas de modo

considerable, y España más que ninguno. De hecho se convirtió en una de las naciones de más rápido crecimiento, no solo de Europa sino del mundo, después de Japón y Corea. De este modo fue cerrándose la brecha que le separaba de los países de la CEE, los más ricos de Europa después de Suecia y Suiza. España entró en el restringido club de países con más de 2.000 dólares de la época per cápita, un 80 por ciento de la media de la CEE al morir Franco. Crisis sucesivas en el posfranquismo volverían a ampliar la brecha, en detrimento de España.

Por lo demás, y lejos de apreciaciones como las citadas, la economía del país no se limitó a explotar el turismo y la emigración exterior, sino que la industrialización emprendida en los años cuarenta cobró máximo impulso. Con respecto a 1959, el consumo bruto de energía se duplicó ampliamente, se cuadriplicó de sobra la producción de electricidad, la de acero se multiplicó por seis, la construcción naval se decuplicó (España llegó a ser el tercer o cuarto constructor de barcos del mundo), la de cemento casi se quintuplicó, la de ácido sulfúrico se triplicó, la de automóviles se multiplicó por más de diecisiete (de 40.000 a 700.000). Algo similar ocurrió con la mayoría de las industrias. Ello aparte, el agua embalsada multiplicó por diez la de anteguerra, la repoblación forestal fue de las más ambiciosas del mundo, y la agricultura aumentó su productividad al paso que disminuía su peso relativo en el PIB en favor de la industria y los servicios, como en los países desarrollados.

En cuanto al comercio exterior, se multiplicó por cinco. En 1961 fue suprimido el célebre «arancel Cambó» que imponía un proteccionismo excesivo a la industria española, dificultando de paso su expansión fuera de Vizcaya y Barcelona. Esta era además una industria poco creativa, que funcionaba con patentes y métodos extranjeros, a los cuales no aportaba casi na-

da. Persistió de todos modos un proteccionismo más alto que el común en otros países ricos, pero no ralentizó el crecimiento. El auge de los sesenta se tradujo en expansión fabril por toda España mediante los planes de desarrollo, con importantes centros en lugares como Huelva, Sevilla, Córdoba, Valencia, Valladolid, Vigo, Avilés, Coruña, Burgos y otros.

Como siempre, los índices de crecimiento son estimados de forma varia por distintos autores, pero oscilan entre un promedio anual del 5,5 (Alcaide) y casi el 7 por ciento (Prados de la Escosura), con años próximos al 10 por ciento. Naturalmente, no faltaron efectos negativos como contaminación, destrucción del paisaje por el turismo o las fábricas, estropicios urbanísticos, agresiones a los magníficos cascos antiguos de diversas ciudades, las incomodidades y desarraigos ligados a las migraciones, desequilibrios entre sectores económicos y regiones, etc. Costes difíciles de evitar, como revela la experiencia de todos los países. Dato conexo fue el aumento de la esperanza de vida al nacer, que en 1975 figuraba entre las más altas del mundo, con 73 años, por encima de Usa y de la mayoría de los países de Europa Occidental, y superada solo por Japón, Suecia y alguno más. Este indudable éxito guarda relación, sin duda, con una Seguridad Social que en líneas generales funcionaba con eficacia.[129]

Los datos en la enseñanza concuerdan con el despliegue económico. El número de alumnos de enseñanza media se du-

[129] Asombrosamente, tuve que lidiar en un debate televisivo con un ignorante profesor de universidad, asiduo de las tertulias, según el cual la Seguridad Social del franquismo solo había sido un método para robar a los trabajadores y darse la gran vida los oligarcas. El profesor en cuestión es «profesor titular en ciencia política, doctor europeo en Derecho, máster en gestión pública, comentarista y analista en el grupo PRISA y otros...». Personajes así son los que «explican» la historia y crean opinión pública desde los medios de comunicación más potentes. Deprime constatar la decadencia de la universidad española.

plicó con respecto a 1960 y el de universitarios se cuadruplicó ampliamente, con presencia femenina en rápido aumento, triplicándose el alumnado de ingenierías, que ya había dado un salto espectacular en la década anterior. La universidad se iba masificando, con sus ventajas e inconvenientes, pues la calidad no siempre corría pareja con la cantidad. El analfabetismo, problema secular, bajó a porcentajes residuales. La venta de periódicos se quintuplicó con respecto a los años cuarenta, y aún más la de libros, llegando España al quinto puesto del mundo en número de títulos (diecienueve mil en 1970).[130]

La abundancia de trabajo urbano aceleró el trasvase de población del campo a la ciudad, ya notable desde los años cuarenta. Así quedó resuelto el problema agrario causado por un exceso de población rural y baja productividad, que en vano había querido solucionar la república. La producción agraria subió y la clase media creció con fuerza, incluyendo a capas de obreros que se convirtieron en dueños de sus casas, tendencia alentada por el gobierno: España era el país europeo con más propietarios de sus propias viviendas. El electrodoméstico y el televisor se generalizaron. Las mujeres que trabajaban fuera de casa llegaron a un 23 por ciento de la población activa. Un gran esfuerzo mediante la Formación Profesional Acelerada (FPA) y la Promoción Profesional Obrera (PPO) convirtió en obreros especializados a cientos de miles de peones.

Estos datos daban sustancia a lo que se llamó internacionalmente «milagro español», por analogía con «el milagro alemán» de los años cincuenta, cuando el país derrotado había aventajado económicamente a su vencedora Inglaterra. Se va-

---

130 F. Cendán Pazos, *Edición y comercio del libro español (1900-1971)*, Editora Nacional, Madrid, 1972.

ticinaba que en algunos años más la renta per cápita española superaría a la italiana e inglesa. Esto no llegaría a ocurrir, debido al modo no especialmente brillante como se abordaron las crisis posteriores, empezando por la del petróleo hacia el final del régimen.

Franco lo explicó a su manera: «Cuando abrimos el período de estabilización se dijo por algunos que cambiábamos violentamente el signo de nuestra política económica, pasando de la autarquía a la concurrencia (...). Lo milagroso es haber hecho lo que nosotros hicimos en la década de 1940 a 1950, donde sentamos las bases de nuestra revolución industrial, iniciamos los programas de regadío y de repoblación y promulgamos una legislación social básica, cnando ni la ayuda americana ni el turismo habían comenzado».[131]

La sociedad formada en aquellos años distaba mucho de la que había vivido la guerra y superado los difíciles retos de la posguerra. En líneas generales era mucho más rica y más culta, aunque no necesariamente más creativa: la producción cultural, más abundante, bajó probablemente en calidad y originalidad con respecto a la época anterior; el temor al comunismo o a alguna revolución totalitaria se había debilitado mucho, a pesar de la realidad exterior; las preocupaciones mayoritarias habían dejado muy atrás la supervivencia y se centraban, como en el resto de los países occidentales, en un consumismo algo pedestre; la retórica del régimen abandonó el tono de arenga y la invocación al sacrificio de la guerra, sustituyéndola por otra de

[131] Como otras citas de Franco, de *El pensamiento político de Franco*, *op. cit.*, p. 643.

tipo economicista y tecnocrático; las generaciones jóvenes, en su mayoría, contemplaban las contiendas civil y mundial como sucesos lejanos, de los que tenían información escasa, fragmentaria y no muy comprensible.

También descendió la animosidad hacia los países eurooccidentales conforme estos desistían de procurar el aislamiento y la miseria de los españoles. Por otra parte, el éxito material de la CEE (Comunidad Económica Europea o Mercado Común) y de sus instituciones, en las que, excepto en Alemania Occidental, cabían partidos comunistas que no parecían representar un peligro serio, hacían que muchos viesen en «Europa», es decir, en las democracias de Europa Occidental, el mejor futuro para España.

El propio régimen empujaba en esa dirección, haciendo propaganda *europeísta*, tanto por las relaciones comerciales y de todo tipo cada vez más estrechas como por el inicial carácter cristiano (democristiano) del europeísmo y por un resto confuso del europeísmo del «nuevo orden» hitleriano. Hasta 1973 la CEE integraba a Francia, Italia, Alemania Occidental y el Benelux, en torno a un eje francoalemán, con Francia en el mayor protagonismo político y Alemania en el económico, no traducido en político debido a la división del país y al recuerdo del nazismo. El plan consistía en una creciente interdependencia económica como cimiento de una posterior unidad política que convirtiese a Europa (Occidental, en principio) en superpotencia capaz de sacudirse la protección de Usa y desempeñar un papel propio en el mundo. Esa «Europa» se presentaba como un poder «equilibrador» entre las otras dos superpotencias, y garantía de la paz en Europa, cuando en realidad la garantía de

paz y contra el totalitarismo se debía a Usa, mientras varias potencias europeas protagonizaban empeñadas y a veces salvajes guerras coloniales. No obstante, estas consideraciones no se hacían en España, donde el análisis político no ha solido ser muy agudo.

El proyecto *europeísta* revivía intentos ancestrales de unificar políticamente al continente, en su origen sobre la base de la común herencia cristiana. Pero en el siglo XX, el cristianismo había retrocedido a manos de ideologías ateístas, paganas o socialdemócratas y, con el tiempo, la CEE evolucionaría a Unión Europea o UE (1993), adoptando un carácter socialdemócrata y en muchos casos anticristiano. La UE busca homogeneizar cultural y políticamente a Europa en pugna con la historia y las culturas nacionales, y con el inglés como lengua superior. Tal designio rompe de hecho con las raíces culturales y políticas europeas, en pro de una nueva civilización de cimientos dudosos. Desde la Alta Edad Media, el continente se dividió entre la Europa de las naciones en su arco occidental de la Península Ibérica a Escandinavia, y la Europa de los imperios, en el centro y este. España, desde luego, permaneció al margen de la última, como Inglaterra o Francia. Inglaterra siempre miró con recelo la CEE, a la que no se unió hasta 1973, siempre con un pie fuera, pese a ser culturalmente la potencia ganadora. Y Francia cedería gradualmente a Alemania el papel rector.

Pero por los años sesenta y setenta, el *europeísmo* cundía en amplios círculos políticos e intelectuales, de izquierda y derecha, por lo común mal conocedores de la historia europea y sin mayor examen que algunos tópicos simples. Había en él un fondo de negación de España, tradicional desde el *desastre* del 98 y formulada por Ortega con el dicho «España es el problema y Europa la solución», pues la primera habría tenido una

historia «anormal», «enferma», vergonzosa, y solo remediable «entrando en Europa», como si antes hubiera estado en algún otro lugar. Estas cosas se afirmaban sin rastro de análisis serio, limitado a un conocimiento superficial y provincianamente admirativo de Francia, menos de Inglaterra y menos aún de Alemania... Tópicos semejantes, inmunes a la experiencia, constituyen aún hoy el trasfondo de muchas políticas, de los separatismos, etc.

Tanto el franquismo como la oposición se sentían muy *europeístas*. El primero porque deseaba coronar el éxito económico con la integración en la CEE (en «Europa»), y el segundo porque lo entendía como un modo de socavar al franquismo. En 1962 Madrid solicitó la adhesión a la CEE. La petición dividió a los solicitados entre los partidarios de aceptar, por su concepción más economicista y tecnocrática (Francia y Alemania) y los que insistían en una exigencia demoliberal no recogida con claridad en los documentos fundacionales. Se impusieron por mayoría los últimos, cerrando la puerta de modo humillante a España, pero posibilitando un arreglo. Y en 1970 Madrid firmó un «acuerdo preferencial» muy ventajoso. España venía creciendo a gran ritmo sin necesidad de entrar en la CEE, como ocurría con Suiza o Suecia, pero en el país cundió cierta manía al respecto, como si de la integración en dicha comunidad dependiera el futuro. Cuando, por fin, España firmase el tratado de adhesión, en 1985 y en malas condiciones, no siguió la espléndida prosperidad esperada, sino un desarrollo con pronunciados altibajos, alto desempleo y corrupción creciente.

Para los antifranquistas, el desarrollo español, cuyo fracaso auguraban año tras año, fue otro motivo de frustración. Cuando

el turismo se masificó, intentaron cortarlo con atentados a oficinas turísticas y difusión de octavillas a los viajeros con lemas como «no hay sol en las cárceles de Franco». El sugestivo y emotivo eslogan chocaba con el dato de que las cárceles españolas eran acaso las menos pobladas de Europa. En 1960 había solo 15.200 presos, casi todos comunes, y en 1966 menos aún; 10.700. Con el aumento de la delincuencia común, el número creció, sin pasar de los 14.700 en vísperas de la muerte de Franco. Por comparación, en el año 2010 la población reclusa en España se había multiplicado por cinco o seis, hasta más de 70.000, pese a la queja común por la laxitud con que hoy se aplica la ley. La proporción de presos entre la población total, en los años 70-75, era en España muy inferior a la de casi cualquier país europeo actual o de la época.[132] Entre aquellos presos, los políticos componían una muy pequeña minoría. A partir de 1968 creció su número debido a una mayor subversión y a la entrada en juego del terrorismo de la ETA; pero el aumento fue escaso, y al comenzar la transición no pasaban de algunos centenares. Este dato, bastante definitorio, nunca aflora en la mayoría de los estudios.

La cuestión de los presos entra en un apartado más amplio, que he llamado «salud social» que trataré más tarde,[133] mensurable por los índices de suicidio, la droga y el alcoholismo, la delincuencia en general, la corrupción, el fracaso escolar, matrimonial y familiar, el aborto, la violencia doméstica, el embarazo de adolescentes, las enfermedades de transmisión sexual, la adicción a la televisión, la prostitución, etc., que trazan un cuadro revelador del estado psíquico y moral de una sociedad. No

---

[132] Ver Eurostat.
[133] Teclear en Internet «Pío Moa» más «salud social».

vamos a entrar aquí en un estudio detallado de estos aspectos, aunque puede afirmarse sin vacilación que en todos ellos la España de entonces exhibía una salud social netamente superior a la de casi todo el resto de Europa o de la España posterior.

A menudo se oye que por entonces la mujer estaba muy oprimida y sufría constantes malos tratos, los cuales antes no se denunciaban y ahora sí; pero la realidad puede observarse a través de los casos extremos de maltrato, que dan lugar a muertes; y las estadísticas de homicidios en general y de mujeres en particular, prueban que los mismos han aumentado muy considerablemente con posterioridad.

También se pretendía que, debido a la prohibición del divorcio, había cientos de miles de matrimonios anhelosos de separarse, y así se decía para justificar la ley del divorcio en el posfranquismo. Pero cuando en 1981 se aprobó la ley (por otra parte necesaria), los divorcios no fueron el medio millón esperado, sino solo 9.100. Solo en los años noventa aumentaron con rapidez, hasta superar los cien mil anuales a partir de 2006. Dado que los divorcios son un mal inevitable, con sus consecuencias sobre los hijos, los desgarrones afectivos, etc., su masividad testimonia una crisis asimismo masiva del matrimonio y la vida en familia. No cabe duda de que el fracaso matrimonial y familiar tiene mucha relación con la rápida expansión de la droga, existente solo en muy pequeña medida durante el franquismo, por contagio de las modas juveniles europeas (España parece ser boy el mayor consumidor europeo de cocaína y de porros, y el de mayor alcoholismo juvenil). La misma relación puede encontrarse en el aborto, que ha alcanzado cifras desmesuradas, sobre todo entre jóvenes. O en la violencia doméstica (uno de cuyos rasgos, antes casi desconocido, son las agresiones crecientes de hijos contra padres y de hijas contra madres). O

en el desinterés juvenil por la educación, manifestado en uno de los índices de fracaso escolar más altos de Europa. O en los suicidios, que se han convertido en primera causa de muerte entre los jóvenes. Todos estos fenómenos eran muy minoritarios en el franquismo, y más minoritarios que en el resto de Europa. Al terminar la guerra civil hubo unos años de considerable degradación moral, gran número de abortos, etc., causada por la pobreza y por las atrocidades sufridas; pero el bache se superó pronto, para volver masivamente en la actualidad, cuando la pobreza y el hambre han quedado muy atrás, al menos hasta la crisis actual.

Si bemos de hacer un resumen de aquellos años aquí calificados de dorados, hallamos una serie de fenómenos concomitantes: enriquecimiento de la sociedad con un impulso nunca visto antes o después, estabilidad básica, expansión de la enseñanza, desempleo insignificante, escasa delincuencia y una salud social comparativamente muy buena, mayor grado de soberanía e independencia nacional que antes de 1939 o después de 1976... Naturalmente, no todo era de color de rosa, pero el balance de conjunto es inequívoco y no deja duda sobre la grave distorsión que suponen ciertos sombríos relatos hoy tan difundidos sobre aquellos tiempos.



20

EL OPUS DEI SE IMPONE A LA FALANGE

Pese a los espectaculares logros económicos y sociales durante sus últimos quince años y a una subversión contraria no demasiado peligrosa, los problemas políticos internos en el régimen no cesaron de crecer. Aunque Franco logró casi siempre embridar a las *familias*, las rivalidades entre ellas podían volverse destructivas. Ya vimos cómo las querellas entre el tradicionalista Varela y el falangista Serrano Suñer motivaron una remodelación ministerial en 1942, y cómo, según terminaba la contienda europea, los juanistas llegaban a extremos generalmente catalogados como alta traición. Desde entonces, las pugnas internas discurrieron de forma más apacible, sin llegar a serlo del todo, pero según avanzaban los años sesenta y se hacía evidente el deterioro físico de Franco (afectado por la enfermedad de Parkinson desde 1969), crecían la inquietud, la incertidumbre y los manejos de las distintas *familias* con vistas a la evolución post-Franco. Quizá la más reveladora fuera la sorda porfía entre el Opus Dei y la Falange, junto con maniobras del sector democristiano. Dentro de la Igle-

sia se abrió un nuevo frente cuando personajes ligados al Opus Dei adquirieron posiciones de poder e imprimieron una nueva orientación al régimen a partir de 1957.

El Opus Dei («Obra de Dios») era una institución religiosa fundada por Josemaría Escrivá de Balaguer, quien había publicado en 1939 su famoso libro *Camino*, compuesto de consejos morales expresados en plan paternal con propósito de santificar la vida ordinaria y el trabajo. El libro ha sido calificado de ramplón o manipulador por sus adversarios, y de obra maestra que llega al corazón, por sus adeptos. En todo caso ha sido el texto doctrinal español más difundido del siglo XX, llegando a más de 4,5 millones de ejemplares en muchos países e idiomas. Dirigido a todo el mundo, el Opus buscaba especialmente a personas de influencia intelectual y política, y sus numerosos enemigos lo tildaban de secta similar a la masonería. Aparte de los sacerdotes, un número de adeptos laicos (numerarios) optan por el celibato, siendo gran mayoría los «supernumerarios», libres de ese compromiso. Políticamente, el Opus Dei se definía como neutro, pero era entonces casi totalmente pro régimen, por más que en los años sesenta surgirían en su seno personas críticas o plenamente contrarias a él.

Dentro de la Iglesia, el Opus suscitaba recelos y rivalidades de los jesuitas y otras congregaciones, que llegaban a motejarlo de «una Iglesia dentro de la Iglesia». El Opus competiría con la ACNP, otra sociedad eclesiástica de carácter intelectual con derivaciones políticas. La ACNP, llamada también con ironía «la Santa Casa», fundada por Ángel Herrera Oria, jurista y periodista que llegaría a cardenal, había orientado a la CEDA durante la república y poseía una amplia red de prensa, con personajes relevantes en política. Su fundador se había manifestado contrario al alzamiento de julio de 1936, pero finalmente

lo había asumido. En la asociación, muy elitista, democristiana o próxima, convivía un muy mayoritario apoyo inicial al régimen con una corriente crítica y finalmente adversa, según la Iglesia se distanciaba de él. En la segunda mitad de los sesenta, el franquista Federico Silva Muñoz, llamado *el ministro eficacia* (de Obras Públicas), se sentía cada vez más aislado entre sus compañeros democristianos.

Ya desde los años cuarenta el Opus creció por varios países de Europa y América. En España adquirió una posición en la enseñanza y hegemónica en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El CSIC, impulsado por el bioquímico y sacerdote opusdeísta José María Albareda, trataba de revitalizar la ciencia y crear tradición científica en España. Continuaba la labor de la Junta de Ampliación de Estudios (JAE) de la Institución Libre de Enseñanza, pero con un espíritu católico, contrario al laicista de aquella. La obra del CSIC superó a la de la JAE y fue muy elogiada por científicos como Severo Ochoa o Gregorio Marañón. No obstante, varios miembros del Opus ligados al CSIC, como Calvo Serer, junto con algunos jesuitas, atacarían en los años cuarenta la posición culturalmente aperturista de la Falange en torno a Ortega y Unamuno, polémica mencionada en el capítulo 14. La Universidad de Navarra, obra directa del fundador del Opus e institución prestigiosa, sobre todo en el ámbito de la medicina, ocasionó nuevos roces con la Falange, contraria a las universidades privadas. Pero sería con el cambio de política económica en 1957 cuando las tensiones se enconasen.

La Falange se sentía especialmente ligada a la política autárquica, que fue desde luego un éxito notable, pese a la sombría pintura que suele ofrecerse de ella. Como expresa con amargura el falangista ministro de la Vivienda José Luis Arrese:

«Entonces, sin tanta alusión a la renta per cápita, a la coyuntura sincronizada, la reactivación produccional, las problemáticas funcionales y tantas frases de puro camelo inventadas por el grupo que nos había venido a sustituir, trabajábamos de verdad por elevar el nivel de vida de los españoles y lo buscábamos por el procedimiento único de procurar que ese nivel elevase a los de abajo, aunque trajera a los de arriba un descenso igualitario».[134] Y sin duda a la Falange se debían las políticas sociales del régimen, concretadas en la Seguridad Social y también en una amplia gama de medidas como la construcción de viviendas baratas, subsidios, universidades laborales, leyes contra el despido, etc. Con todo, el mismo éxito de la autarquía había creado una situación nueva, en la que las medidas anteriores ya no servían. Significativamente, en el gobierno de 1957 no entró el falangista exministro de Trabajo José Antonio Girón, uno de los principales impulsores, si no el principal, de las medidas a favor de «los de abajo»: poco antes había promovido una fuerte subida de salarios que, al ocasionar una alta inflación, había mostrado las limitaciones de aquella línea.

La nueva política económica fue identificada popularmente con el Opus y calificada de «tecnocrática», en el sentido de poco comprometida ideológicamente. Valoraciones ciertas en parte, salvo por el hecho de que sus promotores eran abiertamente franquistas. E inmovilistas, a juicio del sector de Falange partidario de cierta democratización. El poder de los pocos pero importantes ministros pertenecientes al Opus Dei aumentaba por cuanto procedía indirectamente del ministro de la Presidencia, Carrero Blanco. Carrero, conservador tradicional sin

---

[134] En A. Martín Puerta, *El franquismo y los intelectuales. La cultura en el nacionalcatolicismo*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2013, p. 170.

la menor simpatía por la Falange y el consejero más estimado por el Caudillo, no pertenecía al Opus, pero se convirtió en protector del opusdeísta numerario López Rodó, a quien había nombrado secretario general técnico de la Presidencia. La amistad entre ambos parece haber nacido del consejo y ayuda del opusdeísta con ocasión de una difícil crisis matrimonial de Carrero. López Rodó era además un brillante catedrático de Derecho Administrativo y excelente administrador él mismo, como demostraría.

El enfrentamiento Opus-Falange iba más allá de la economía. La crisis universitaria de 1956 había provocado la impresión de que la sucesión de Franco, decidida por la Ley de Sucesión de 1947, debía clarificarse más, a fin de instituncionalizar a fondo al régimen. El arquitecto José Luis Arrese, falangista y ministro secretario general del Movimiento, luego de la Vivienda, constataba el nulo aprecio de la Falange por la monarquía: «Mezclando el caudillaje con la república, podía surgir un tipo nuevo popular y firme de república presidencialista en el que nunca hubiera faltado un buen sucesor». Siguiendo a Ortega, los falangistas tachaban a los monarcas posteriores a los Reyes Católicos de extranjeros, y por tanto ajenos a los genuinos intereses hispanos.[135] Arrese criticaba que la Ley de Sucesión garantizaba la sucesión de la persona, pero no del régimen, pues recaería en el príncipe con mejor derecho hereditario y no en el más defensor del Movimiento. Y, peor aún, implicaba la ilegitimidad del Caudillo, porque si existía un príncipe de mejor

[135] El argumento es peregrino. La actual dinastía inglesa tiene origen extranjero (alemán) y su primer rey, Jorge I ni siquiera se molestó en aprender inglés. La dinastía normanda que en cierto modo puede considerarse fundadora de la nación inglesa, tampoco tenía ese origen, y hablaba francés.

derecho, y así lo reconocía la ley, Franco quedaba en el papel de usurpador al impedirle ejercer ese derecho en vida del propio Franco. Arrese proponía hacer hegemónico al Movimiento, iniciativa torpedeada por católicos y monárquicos. Dentro de la Falange crecía el malestar por sentirse marginada y utilizada, pero la mayoría de los falangistas también constataban su incapacidad para imponer su solución, por lo que se resignaron de mala gana a la salida monárquica.[136]

La solución, con la crisis de gobierno de 1957, sería la contraria a la deseada por la Falange. El triunfador de la crisis, López Rodó, lo explica en el capítulo 5 de su libro de 1977 *La larga marcha hacia la monarquía,* bajo el epígrafe «Cambio de rumbo favorable a la monarquía». Franco pensaba nombrar ministro del Movimiento al abogado guipuzcoano José Antonio Elola Olaso, «pero Carrero le disuadió, haciéndole ver que sería muy mal recibido en el sector tradicionalista y monárquico por el ambiente de hostilidad contra la monarquía que se respiraba en el Frente de Juventudes dirigido por Elola (...). En lugar de Elola sugerí a Carrero el nombre de Solís (...), que me parecía hombre abierto, con don de gentes y capaz de integrar a los diversos sectores políticos y de dar una nueva imagen al Movimiento Nacional». Con Solís, falangista más dúctil, el clima monárquico se impuso abrumadoramente en el gobierno de 1957. El cambio tenía mucho calado. El ministro de Información, Arias Salgado, iba a dar la noticia del nuevo gobierno, con «un editorial sobre el relevo de la guardia», pero Carrero le atajó: «No se trata de un simple relevo; se reorganiza la Administración central». López Rodó elaboró la Ley de Régi-

[136] J. L. Arrese, *Una etapa constituyente*, Planeta, Barcelona, 1982, pp. 11 y 13-14.

men Jurídico de la Administración del Estado y la Ley de Procedimiento Administrativo, que garantizaron una legalidad administrativa de alta calidad técnica y se mantendrían en la democracia.

El inconveniente señalado agudamente por Arrese de que la Ley de Sucesión aseguraba a la persona pero no al régimen, pareció solventarse rompiendo la continuidad dinástica, al descartar como sucesor a Don Juan en favor de su hijo Juan Carlos. La formación de Juan Carlos en los Principios del Movimiento se demostraría inútil para la continuidad de este. Nadie especuló sobre la presunta ilegitimidad de Franco.

Gran trascendencia en la hostilidad Falange-Opus tuvo la cuestión del SEU, el sindicato falangista universitario, que se había convertido en una entidad burocratizada y de servicios a los estudiantes, con débil proyección ideológica. Su afiliación era obligatoria y muy jerarquizada, nombrándose los cargos superiores desde el Movimiento por méritos más o menos reales y fiabilidad política. Como vimos en el capítulo 16, el PCE registró en la universidad su primer éxito de relieve en 1956, exigiendo elecciones democráticas y pluralidad asociativa. Desde entonces fueron asentándose en la universidad, sobre todo en Madrid y Barcelona, grupos de oposición, generalmente orientados por los comunistas y apoyados por algunos profesores, como Aranguren, antiguo falangista, Tierno Galván o García Calvo, expulsados de la universidad en 1965 por promover disturbios estudiantiles.

El SEU trató de regenerarse democratizándose con elección de los cargos de abajo arriba y admisión de diversas tendencias, intento cuajado en unos encuentros en Cuenca, según

recuerda quien fuera jefe nacional del sindicato, José Miguel Ortí Bordás. Sin embargo, tal democratización no recibió la bienvenida de Carrero, López Rodó ni del secretario general del Movimiento, Solís, de quien dependía el SEU. Según Ortí: «Los hombres del Opus Dei tenían un objetivo (...), el de alcanzar el dominio y el control de la universidad, como antes habían intentado hacer los falangistas (...). Bajo el impagable paraguas protector del sector más poderoso del gobierno, habían comenzado a copar las cátedras universitarias, con éxito más que notable. Y ahora de lo que se trataba era de apoderarse del SEU o, en su defecto, de destruirlo y reemplazarlo por una o varias organizaciones estudiantiles afectas».[137] Los falangistas universitarios, hostigados por la izquierda clandestina y por los tecnócratas, sufrían división y creciente desprestigio. La oposición de Solís a una eventual revitalización democrática del SEU terminó de hundir a este en 1965, tras una reunión de su segundo con delegados estudiantiles en Villacastín. El SEU fue sustituido por «asociaciones profesionales de estudiantes» y los intentos de rehacerlo al margen del gobierno fallaron.

La disputa Opus-Falange por el control de la universidad reflejaba concepciones opuestas sobre el papel del estudiantado. La Falange quería una universidad politizada en su ideología; pero a lo largo de los años sesenta atraía a cada vez menos universitarios, debido a la burocratización del SEU, a la sensación de obsolescencia doctrinal y al reflejo de la politización izquierdista estudiantil en el resto de Europa. Por su parte, Carrero y los ministros tecnócratas deseaban un estudiantado apolítico, concentrado en el estudio y la preparación para el

[137] J. M. Ortí Bordás, *La transición desde dentro*, Planeta, Barcelona, 2008, p. 51.

trabajo. El nombre de «asociaciones profesionales» ya lo decía todo. Esa era probablemente la actitud mayoritaria en el estudiantado, pero quienes marcan la línea suelen ser minorías activas. Y las minorías izquierdistas, que tanto habían denigrado al SEU, atacaron también sin contemplaciones los acuerdos de Villacastín, en los que casi nadie se interesó, con lo que las asociaciones salidas de aquel encuentro tendrían una vida corta e insustancial.

El beneficio de estas maniobras, nunca decisivo pero sí importante, iban a cosecharlo los círculos comunistas, ante quienes el desmantelamiento del SEU solo dejaba un vacío político e ideológico fácilmente rellenable. Grupos pequeños, pero muy activos, creaban una inquietud casi permanente, dando cierto «aire de época» a los últimos diez años de Franco. En definitiva, el régimen perdió ideológicamente la universidad, el marxismo cundió en bastantes profesores y alumnos de numerosos departamentos de letras, incluso en algunos de ciencias y escuelas técnicas. Las versiones marxistas de la guerra civil y el franquismo, la Iglesia y el capitalismo encontrarían escasa resistencia. La demolición del SEU puede considerarse el primer paso hacia la demolición, culminada tras el fallecimiento de Franco, de un envejecido Movimiento y de todo el régimen.

Los reveses de los «azules» no entrañaban la exclusión de ellos del gobierno, y en los de 1962 y 1967, Solís y Fraga Iribarne tuvieron un notable protagonismo, más el segundo. Su postura enlazaba en cierto modo con la culturalmente aperturista o reformista de la Falange de los años cuarenta, ahora en sentido político: pensaban preparar la evolución posterior del régimen, contra el «inmovilismo» achacado a los tecnócratas y otros. Fraga hizo promulgar en 1966 una Ley de Prensa que eliminaba las consignas y censura previa, establecidas durante la

guerra por Serrano Suñer (debe recordarse que en los años de izquierda en la república, y en el Frente Popular, la censura y la punición arbitraria a la prensa de derecha fueron casi permanentes), prohibía los ataques al régimen y permitía recurrir las sanciones gubernamentales con tal motivo. En la práctica varias publicaciones realizaron enseguida ataques indirectos al gobierno, denunciando aspectos parciales que le afectaban o publicando reportajes favorables a los estados comunistas o a las izquierdas europeas o contra Usa en Vietnam, más tarde informando de manera propicia a la ETA. Revistas destacadas de ese tipo fueron *Triunfo* (desde 1962), *Cuadernos para el Diálogo* (desde 1963) o *Destino* (que rompió por las mismas fechas con su inicial carácter falangista), o más tarde *Cambio 16* (desde 1971).

Por su parte, Solís propició en 1968 una ley sindical que se añadiría a las Leyes Fundamentales y que haría de los sindicatos verticales un verdadero poder muy autónomo, con amplias atribuciones en el manejo de la economía y también en el terreno político. El sistema sería plenamente democrático, con elección de todos los cargos. El proyecto, apoyado por Fraga y el sector azul, dividió al gobierno, pues Carrero, los tecnócratas, el democristiano Silva Muñoz y otros lo entendían como la creación de un estado dentro del Estado, con el sesgo nacionalsindicalista y anticapitalista de la doctrina joseantoniana. Carrero convenció a Franco del peligro de la iniciativa, y salió una ley muy distinta. Después del fracaso de Arrese en falangizar el régimen, el Movimiento encajaba un nuevo revés, del que ya no se repondría.

Lo que se dilucidaba y traía muy preocupadas a todas las *familias* políticas era qué pasaría cuando Franco muriese, es decir, si el régimen continuaría y de qué manera o, si podría realizarse una transición o democratización no traumática. Pues

en 1969 el Caudillo cumplió setenta y siete años y el mal de Parkinson iría mermando sus facultades. El 22 de julio de ese año las Cortes ratificaron el nombramiento de Juan Carlos como sucesor de Franco a título de rey. Juan Carlos juró las Leyes Fundamentales y los Principios del Movimiento, aunque tardaría aún seis años en ejercer de monarca. Las *familias* aprobaron unánimes el nombramiento, los falangistas por disciplina o impotencia. Don Juan, padre del sucesor, recibió la noticia y la aceptación de su hijo con la mayor indignación y las relaciones entre ambos se enfriaron visiblemente.

A las pocas horas de la proclamación de Juan Carlos iba a estallar el caso Matesa, último esfuerzo de la Falange, o de un sector de ella, para desplazar a los tecnócratas. En esencia consistió en un fraude cometido por el empresario Juan Vilá Reyes para beneficiarse de los créditos a la exportación. Vilá vendía en el extranjero, con aparente éxito, unos telares novedosos, cobrando las correspondientes ayudas del Estado. Pero las ventas reales eran pocas y la exportación iba a empresas filiales que las almacenaban en espera de ir vendiéndolas. Descubierto el fraude, acompañado de exportación ilegal de moneda, Vilá Reyes fue procesado (pasaría casi siete años en la cárcel, hasta el indulto por la coronación de Juan Carlos).[138] Podía haber sido un

---

[138] El caso recuerda al modo como la familia Pujol hizo su fortuna en el franquismo, según relata el economista J. García Domínguez: los Pujol, como representantes de otros empresarios, afirmaban exportar muy por encima de la realidad, logrando así licencias de importación de materias que vendían mucho más caras en España. Se sacaban ilegalmente a Tánger (en cajas de zapatos) grandes cantidades de pesetas y se traían a cambio divisas. Estos tráficos enriquecieron a los Pujol hasta permitirles fundar la Banca Catalana, negocio en el que intervino otro político separatista, Josep Andreu Abelló, que había participado en Méjico en la administración del tesoro del *Vita* expoliado por el Frente Popular. Abelló, uno de los fundadores de la Esquerra, que llegaría a senador en la transición, estableció en Tánger un banco y posteriormente volvió a España para entrar como socio en Banca Catalana con Jordi Pujol, futuro presidente de la *Generalitat*. Pujol tuvo suerte, pues sus negocios no fueron descubiertos, y cuando

escándalo económico como otros no infrecuentes en la mayoría de los países, pero Fraga y Solís vieron la ocasión de deslucir el nombramiento de Juan Carlos y, sobre todo, de desacreditar y quizá expulsar a los ministros opusdeístas, ya que la concesión de los créditos había sido realizada con manifiesta negligencia por los ministros de Hacienda y Comercio, Espinosa y García Moncó, hombres del Opus; y afectaba también al Banco de España, dirigido por Navarro Rubio. Inmediatamente las publicaciones ligadas a la Falange dieron al caso la mayor relevancia, de lo cual también la oposición sacó tajada para pintar al régimen como un pozo de corrupciones.

Se trataba, según el dinámico ministro de Obras Públicas, Federico Silva Muñoz, de un hecho desusado: «El régimen no había tenido jamás en su andadura escándalos financieros. Era prácticamente una excepción en la historia contemporánea de la civilización occidental».[139] En todo caso, resultó muy dañino y su desenlace no benefició en absoluto al Movimiento. Franco, irritado por aquellos manejos que desacreditaban a su gobierno, lo remodeló en octubre prescindiendo de los falangistas más conspicuos, Fraga y Solís, así como de los dos ministros implicados por negligencia, y cambió al gobernador del Banco de España. Fue lo que suele llamarse una decisión salomónica, semejante a la que había dado fin a la crisis planteada en 1942 por Varela y Serrano Suñer. El gobierno de 1969 ha sido caracterizado a menudo como «monocolor» o tecnocrático, lo cual no parece cierto, pues en el anterior había cuatro ministros del

---

ya en la democracia se descubrió su desfalco a la propia Banca Catalana, bajo el gobierno de Felipe González, había acumulado tanto poder que el gobierno no se atrevió a encausarlo.

[139] F. Silva Muñoz, *Memorias políticas,* Espejo de España, Planeta, Barcelona, 1993, p. 241.

Opus (los mencionados más López Bravo), y en este quedaron tres, si bien López Rodó salió reforzado. Los ministros procesados serían indultados por Franco junto con unos terroristas de la ETA en 1970, antes de que se pronunciara sentencia. Navarro Rubio se indignó, pues se consideraba inocente por completo.

Para Silva, el nuevo gobierno debía optar entre tres vías: «Continuar sin hacer nada con un gobierno apto para ello, ir de una manera controlada al pluralismo político, o adoptar como fórmula de recambio para el futuro la materialización del poder sindical».[140] Esta última quedó pronto descartada, la segunda no le pareció factible para un gabinete bastante dividido y la primera la creía suicida, por lo que dimitió de su cargo ministerial.

En relación con el Opus, aunque ya no con la tecnocracia, algunos de sus miembros se habían ido alejando del régimen, y se dio así el caso de que hacia finales de los años sesenta personas vinculadas a la «Obra» dirigieran en la capital tres periódicos, *Madrid, Nuevo Diario* y *El Alcázar*, particularmente críticos, si no con el régimen directamente, con todo lo que él significaba. Uno de los opusdeístas más empeñados contra el régimen era el presidente del Consejo de Administración del *Madrid*, Rafael Calvo Serer, próximo a Don Juan, a quien hemos visto en los años cuarenta y cincuenta oponerse resueltamente a Ortega y al aperturismo cultural de la Falange. En 1968, con ocasión de la llamada revolución del mayo francés, Calvo escribió el artículo «Retirarse a tiempo. No al general De Gaulle». Con toda evidencia aludía al general Franco, por lo que el *Madrid*

---

[140] F. Silva, *op. cit.*, p 253.

fue suspendido durante cuatro meses. En 1971 el periódico cerró y el local fue vendido a una inmobiliaria, que procedió a su voladura controlada en 1973, para construir en su lugar un edificio de apartamentos.

Los antifranquistas convirtieron la foto de la voladura en un verdadero icono, símbolo de represión contra la libertad de expresión, que se hizo famoso en todo el mundo, aunque el hecho en sí nada tenía que ver con el gobierno. Uno de los implicados en todo aquel proceso, el abogado Antonio García-Trevijano, lo explicaría a su modo casi cuarenta años después, en febrero de 2012: «Me llama un día Rafael Calvo Serer a su despacho, con el gerente del periódico, y ahí el contable me informa de la situación del periódico porque estaba en quiebra. Yo les di la solución: "Hay que provocar que el régimen cierre el periódico, para que el desprestigio vaya al régimen y para que dé derecho a una indemnización"». La provocación consistió en un artículo del propio Trevijano, «Lucha por el poder en el diario *Madrid*». Trevijano afirma que Calvo se benefició de una indemnización millonaria y que la orden de volar el edificio la había dado él mismo, Trevijano, creando la imagen de que lo había hecho el gobierno. Según eso, se trataría del cierre de un periódico quebrado por las deudas, que una hábil y poco escrupulosa intriga logró convertir en escándalo político, y así sigue siendo narrado por muchos periodistas e historiadores.[141]

Trevijano presumía de republicano, lo cual no le impedía pertenecer, al igual que Calvo, al círculo de asesores del pre-

---

[141] A. García-Trevijano, en entrevista a *Periodista Digital, http://www.periodistadigital.com/periodismo/prensa/2012/02/16/antonio-garcia-trevijano-diario-madrid-voladura-prisa-pedrojota-anson-garzon-radio-libertad.shtml.*

tendiente monárquico Don Juan, cuya legitimidad había reclamado. Poco después, en 1974, los dos políticos colaborarían con el líder del Partido Comunista, Santiago Carrillo, en la «Junta Democrática», que aspiraba a suceder al franquismo y destruir su herencia. La Junta se unió a su rival, la Plataforma Democrática, dirigida por el PSOE, para formar la *Platajunta* un año después de la muerte de Franco, y Trevijano fue nombrado presidente de esta. Sin embargo, la concordia duraría poco y sus propios compañeros, en particnlar los socialistas, difundieron un informe sobre sus actividades en Guinea Ecuatorial, donde había asesorado al tirano demente Macías, autor de incontables crímenes, lucrándose de tal asesoramiento. El acusado negó que su colaboración se hubiera extendido hasta las actividades criminales de Macías, pero quedó desacreditado y fuera de la Platajunta.

En los años setenta había un sector subversivo de la Falange, prácticamente clandestino, empeñado en la «revolución pendiente»; otro aspiraba en vano a sindicalizar el Estado; y otro proponía un aperturismo democratizante, mediante asociaciones políticas conducentes, aunque no se dijera, a partidos. Este último sector tachaba de inmovilistas a los tecnócratas del Opus, que parecían reducir la política a la economía. En la Iglesia la división no era menor, y las distintas corrientes en el Opus y en la ACNP lo indican. El declive físico del Caudillo y su previsiblemente próxima desaparición volvían incierto el futuro y la concordia entre las *familias* se resquebrajaba.



21

«OBREROS Y ESTUDIANTES CONTRA LA DICTADURA»

El gran impulso económico de los años 60-75 vino acompañado de movimientos subversivos, particularmente juveniles, contra el régimen. Nunca llegaron a amenazarlo seriamente, pero contribuyeron a dar un tinte peculiar a la época y pueden encuadrarse, hasta cierto punto, en la oleada de movilizaciones de protesta ocurridas en toda Europa Occidental y en Usa durante el mismo período.

La II Guerra Mundial había significado, entre otras cosas, el fin de la hegemonía europea tanto en la alta cultura como en la cultura popular, cuyos centros pasaron a Usa. Allí ha solido calificarse como «Gran Generación» a la que derrotó a Japón y contribuyó a la victoria sobre Alemania, tutelando después la democracia liberal en el oeste de Europa y protegiéndola del comunismo. Fue una generación con cierto impulso épico y ético, apoyada en los valores tradicionales del esfuerzo, la responsabilidad y la familia. En Europa Occidental, la reconstrucción se hizo también bajo unos valores semejantes, aunque no en el ambiente triunfal de Usa, sino con la sensación algo sombría de decadencia y malestar moral en Alemania

y los países ocupados por ella, donde la colaboración con los nazis había sobrepasado ampliamente a la resistencia, aunque se creasen mitos al respecto. No podía hablarse allí de una Gran Generación, pese a la exitosa reconstrucción material. En España, desde luego, la situación difería. Las gentes que habían vencido a la revolución, evitado el remolino de la guerra mundial, vencido al maquis y al aislamiento internacional y reconstruido el país, bien podían considerarse una generación de mérito destacado; pero no se hacía hincapié en ello, sino más bien en el olvido de una guerra fratricida.

A finales de los años cincuenta y más acentuadamente en los sesenta, el ambiente social en los medios juveniles cambió de forma notable. Parte de la generación que apenas había conocido la guerra y disfrntaba de las ventajas de la paz y de una mayor libertad y holgura económica iba adoptando actitudes despreciadas antaño como enfermizas o viciosas: antiheroicas, antifamiliares, poco o nada esforzadas ni patrióticas, con afición a las drogas y a una promiscuidad que apenas apreciaba diferencias de sexos. Nació en Usa el movimiento *beat* o *beatnik*, promotor de una rebelión contra los valores estimados por la generación anterior y cuyas inclinaciones se expandieron a otra gente, sobre todo en las universidades, y también a Europa. En el último tercio de los sesenta los *hippies* o jipis acentuaron los rasgos de los anteriores. Fueron siempre pequeñas minorías, pero muy activas, exhibicionistas y al mismo tiempo carentes de doctrina precisa, dadas a manifestarse con consignas de paz, amor, libertad y derechos, y que se expresaban de modo privilegiado por medio de nna mnsica popular a veces excelente. Los «ídolos» musicales sustituían a predicadores e ideólogos en la creación de actitudes juveniles. La consigna «sexo, drogas y *rock and roll*» definía gran parte de esas actitudes. Prestaban tam-

bién atención a religiones orientales o se inventaban una figura de Jesucristo a su medida, no eran ni pretendían ser intelectualmente coherentes y más que convencer buscaban seducir.

Un rasgo definitorio de tales movimientos era el pacifismo. A sus seguidores, la historia, en primer lugar la occidental, se les presentaba como un largo relato de desmanes, conflictos sangrientos, opresión sexual y económica y brutalidades absurdas, por lo cual solo merecería desprecio y olvido. En ello recordaban a marxistas y anarquistas, salvo que no predicaban la violencia ni sostenían una teoría de algún tipo al respecto: su menosprecio del pasado coexistía con una valoración desmedida de sí mismos como personas capaces de instaurar la paz y vivir en feliz armonía, sin el espíritu de competencia propia del detestado «sistema capitalista». En plena guerra fría, bajo amenaza nuclear, exigían el desarme, no de los países comunistas, donde no tenían ninguna oportunidad, sino de los occidentales, hacia los cuales orientaban su protesta. Obviamente, los servicios secretos soviéticos explotaron e infiltraron aquellos movimientos, pero sería erróneo reducirlos a una invención o manejo de Moscú: arraigaban claramente en las condiciones de vida occidentales y recordaban la crisis moral de los años veinte. Sus críticos los acusaban de nihilistas, de socavar los valores de la convivencia civilizada con la conciencia alterada por las drogas, de criaturas caprichosas e irresponsables, mimadas por una sociedad opulenta a la que parasitaban.

Algunas de estas corrientes, más politizadas, tomarían ímpetu combinando a Marx y a Freud, orientados por intelectuales como los de la Escuela de Frankfurt —en parte trasladada a Usa— como Erich Fromm o Herbert Marcuse. Promovían, entre otras cosas, una «revolución sexnal», que supuestamente dinamitaría a la alienada sociedad *burguesa* y haría a la gente más

libre y feliz. Criticaban al sovietismo pero mucho más al *capitalismo*, buscando un nuevo «sujeto revolucionario» en las universidades, una vez el proletariado daba la impresión de integrarse en la «sociedad de consumo». De hecho eran proclives a la URSS, con lemas como «antes rojo que muerto». La opinión useña muy mayoritaria detestaba el comunismo, y en Europa Occidental ocurría lo propio, pero en mucha menor medida, pues existían amplias bolsas de opinión prosoviéticas. Esto resulta extraño, porque precisamente los europeos tenían bien a la vista el telón de acero, erizado de puestos de vigilancia, alambradas y guardias armados. Esta realidad, más demostrativa que cualquier discurso, acabó de definirla el muro de Berlín, erigido en 1961 por la Alemania «democrática», esto es, comunista, para impedir la huida de berlineses. Era imposible disimular el carácter carcelario del muro, en el cual perderían la vida muchas personas tratando de escapar y, sin embargo, existían en Europa Occidental partidos comunistas muy activos y numerosos simpatizantes que encontraban todo tipo de justificaciones a aquellos regímenes, por más que estaban poco dispuestos a trasladarse a ellos para disfrutar de sus ventajas.

Entre millones de obreros franceses, italianos y otros, la devoción al sovietismo había arraigado por una larga propaganda no fácilmente erradicable, pero lo propio de los años sesenta fue su expansión al medio estudiantil. Las razones de esta fascinación por el totalitarismo son muy varias: repugnancia por ciertos modos de vida, pues la abundancia de bienes de consumo no produce una satisfacción ilimitada y permanente, y llega a causar sensación de hartazgo y de sinsentido; coherencia aparente de las doctrinas que denunciaban la democracia «burguesa» como una falsedad encubridora de una dictadura de los grandes poderes económicos; creencia en que el gran experimento marxista abría,

a pesar de todo, una vía de liberación humana e ilusión de que sus sangrantes fallos se corregirían; despecho «antiamericano» por la hegemonía useña sobre Europa; resurgir de utopismos anarquistas en las universidades... También pesaba la inercia de la alianza soviético-democrática, cuya quiebra después de haber permitido vencer a Hitler achacaban muchos a Usa. Como fuere, numerosos universitarios —nunca una mayoría— pasaron a admirar sucesos como la revolución castrista, la Revolución cultural de Mao Tse-tung, al Che Guevara, mitificado después de su muerte. La agitación en Usa y Europa contra la Guerra de Vietnam y a favor, implícita o explícitamente, del comunismo, marcó los años sesenta y principios de los setenta.

Y así, en pleno auge económico europeo y useño, minorías juveniles muy activas despreciaban la democracia ganada, por parecerles falsa o insuficiente, y ayudaban a sus peores enemigos. Menudearon las manifestaciones y protestas, a veces con muertos, hasta alcanzar su ápice en el célebre «mayo francés» de 1968, una semirrevolución estudiantil y obrera, con ocupación de edificios y fábricas, multitudinarias marchas y violencias en las calles. Al año siguiente Italia experimentó una oleada de huelgas y ocupaciones junto con la habitual agitación estudiantil. Aquellos años de constantes alteraciones no alcanzarían un propósito revolucionario político, pero dejarían en los decenios siguientes secuelas como la difusión de las drogas, la promiscuidad sexual y un estilo de vida hedonista. Otra secuela fue el surgimiento de grupos terroristas cuyos atentados sacudirían a la sociedad en Italia (Brigadas Rojas y otros), Alemania (grupo Baader-Meinhof), en menor medida en Francia o Usa, y con rasgos especiales y más sangrantes en Reino Unido (IRA) y en España (ETA, FRAP, GRAPO...).

España participó de estos procesos a un nivel menor, con movilizaciones muy inferiores a las de Usa, Francia, Italia o Inglaterra; las drogas y la promiscuidad cundieron solo en círculos restringidos, aunque crecientes. En cambio la agitación tuvo carácter más claramente procomunista, debido a que solía instrumentalizarla el PCE. Una característica especial fue también cierta acción unida entre comunistas y católicos, que por su trascendencia abordaré en capítulo aparte.

Como vimos, en 1956 una hábil maniobra de los comunistas había hecho surgir un movimiento reiviudicativo en la Universidad de Madrid, que en tono menor y con altibajos de unos años a otros proseguiría, extendiéndose a otros centros. El PCE montó en 1961, mismo año del muro de Berlín, la FUDE (Federación Universitaria Democrática de Estudiantes), en la que participaba el FLP (Frente de Liberación Popular), un confuso grupo marxista-católico, fundado por el diplomático Julio Cerón y alguno más. El activismo comunista contribuiría al hundimiento del SEU en 1965. Conforme se enconaba el conflicto chino-soviético surgieron grupos «pro chinos» como el PCE (marxista-leninista), que terminó heredando las siglas FUDE cuando el PCE tradicional, resueltamente prorruso, fundó el Sindicato Democrático de Estudiantes (SDE), más útil a sus propósitos. Había otros grupos, pero sin apenas implantación. Siempre sería el PCE el elemento más fuerte, muy por encima de los demás.

El año 1962 animó considerablemente a los enemigos de Franco, por las huelgas iniciadas en la cuenca minera asturiana y por el llamado «contubernio de Múnich». Gracias a las primeras, el PCE amplió su incidencia en el campo obrero por medio de las Comisiones Obreras (CCOO): los mineros eligieron a algunos representantes (comisiones) al margen del sin-

dicato oficial, y los comunistas, enmascarando su propio protagonismo, utilizaron esa experiencia reorientando a las comisiones para infiltrarse en el sindicato. Durante años, CCOO llevó una existencia paralegal, tolerada, hasta que su agitación huelguística y la evidencia de su orientación marxista alarmaron al gobierno, que las prohibió y reprimió, ya hacia finales de los sesenta. Como en el caso del SDE universitario, CCOO admitió algunas organizaciones diversas, como las católicas, pero la dirección permaneció firmemente en manos del PCE.

Los paros de Asturias, debidos a las restricciones salariales del Plan de Estabilización, comenzaron en abril y duraron más de un mes, extendiéndose a León y a fábricas de Vigo, Vizcaya y Madrid. Se los ha magnificado como un desafío frontal al régimen por parte de cientos de miles de obreros, pero probablemente no llegaron a 50.000. Y algo de desafío tenían, por cuanto las huelgas estaban prohibidas; pero sus demandas eran netamente económicas y terminaron cuando fueron satisfechas en su mayor parte. Aunque espontáneas en origen, el PCE captó enseguida la ocasión para imprimirles su sello y multiplicar su eco fuera de España, presentándolas como una revuelta antifascista ferozmente reprimida y convocando solidaridades en varios países. Otro medio empleado fue la difusión de manifiestos de apoyo a los huelguistas con lenguaje cuidadosamente democrático, invitando a intelectuales y personas conocidas a firmarlos. Este método le daría buenos frutos.

El eco internacional de las huelgas, agrandado por la fobia de la mayoría de los medios franceses, ingleses y useños al franquismo, hizo creer a muchos que por fin el régimen se descomponía ante la rebelión popular tan esperada al terminar la guerra mundial. Así, en junio, diversos políticos, temerosos de

que el PCE se alzara con todo el beneficio, se reunieron en Múnich auspiciados por la CIA, a fin de adelantarse planteando una solución no comunista. Oficialmente integraban el IV Congreso del Movimiento Europeo, unos ciento dieciocho personajes de ideología varia, excluido el PCE: republicanos, socialistas, separatistas vascos y catalanes, socialdemócratas, monárquicos e independientes. Destacaban el líder del PSOE y masón Rodolfo Llopis, Joaquín Satrústegui, Gil-Robles, Dionisio Ridruejo, Íñigo Cavero, Fernando Álvarez de Miranda y Jaime Miralles, presididos por el intelectual autoexiliado Salvador de Madariaga.

Unos meses antes, el régimen había cometido el error de pedir el ingreso en la CEE o Mercado Común, antecesora de la UE. Algunos gobiernos eran favorables a la petición, pero esta finalmente fue rechazada argumentando que España no era una democracia liberal. Mientras se discutía el caso, los de Múnich boicotearon la demanda española porque «la integración, ya en forma de adhesión, ya de asociación de todos los países de Europa (...), exige de cada uno de ellos instituciones democráticas». Reducir Europa al Mercado Común suponía una exageración o distorsión histórica, política y cultural, aunque muy difundida; y no menos exagerado su «firme convencimiento de que la inmensa mayoría de los españoles desean» una evolución lo más rápida posible en el sentido que ellos sí deseaban. Al clausurar el encuentro, Madariaga dictaminó, con grandilocuencia: «Hoy ha terminado la guerra civil», como si los asistentes representasen a la sociedad española y la guerra hubiera continuado después de 1939. Todos ellos solo habían hecho una oposición insignificante al franquismo y carecían de arraigo en el país, cosa que en cambio sí tenía, aunque débil, el PCE.

El congreso trataba de recurrir a los países del Mercado Común para que cerrasen el paso a España y presionasen contra el régimen, otra idea poco realista porque para entonces ya pocos gobiernos estaban por una labor fallida bastantes años antes. España no entraría en la CEE en vida de Franco, pero ello no le impediría gozar de las tasas de crecimiento económico más altas del continente, ni firmar en 1970 un acuerdo preferencial sumamente ventajoso.

La reunión de Múnich, hoy conocida solo por los especialistas, ha sido mitificada como un suceso transcendental, y algunos han querido ver en él «la tercera España que organizó la transición». En realidad habría pasado sin pena ni gloria, si el gobierno no le hubiera dado relevancia calificándola de contubernio y organizando una campaña de prensa y de protestas en la calle. La razón de la respuesta, un tanto exagerada, era, por una parte, el enfado por la interferencia de los congresistas en la petición española a la CEE, pero más aún por la memoria de otro «contubernio», el Pacto de San Sebastián, de 1930, que había traído la república contra una monarquía estragada por una profunda crisis moral. El gobierno mostró el mayor interés en demostrar la ausencia de un estrago semejante, y su firmeza frente a cualquier presión. No obstante, aparte de la campaña de desprestigio, los congresistas apenas sufrieron castigo. Varios fueron confinados en las islas Canarias durante unos meses y otros se quedaron en o volvieron al extranjero para volver una vez amainado el temporal. Don Juan se manifestó ajeno al Congreso, y Gil-Robles, desautorizado, tuvo que abandonar el Consejo Privado del pretendiente. Más tarde volvió a la España franquista, donde dio clases en la Universidad de Oviedo.

Muestra de la decisión del régimen de afrontar las presiones exteriores fue el fusilamiento del dirigente comunista Ju-

lián Grimau, en abril de 1963. Su proceso desencadenó una intensísima campaña en Europa y Latinoamérica por parte de la prensa y de las organizaciones comunistas y antifranquistas en general, con manifestaciones, sabotajes y boicot a intereses españoles. Expresaron o enviaron a Madrid telegramas a favor de Grimau desde el máximo dirigente soviético, Nikita Jruschof, hasta el primer ministro inglés, el conservador Harold MacMillan, pasando por el alcalde de Berlín Occidental Willy Brandt, Harold Wilson, políticos democristianos, el cardenal Montini, que pocos meses después subiría al Papado como Pablo VI, intelectuales como Sartre, Moravia y muchos más. En España se declararon contra la ejecución Dionisio Ridruejo, Laín Entralgo, Menéndez Pidal y otros. A la gestión de la reina de Inglaterra, respondió Franco: «Sin duda han sorprendido su buena fe, puesto que Grimau es autor de crímenes horrendos, y por lo tanto lamento no poder conceder el indulto».

Grimau, detenido en noviembre de 1962, había desempeñado funciones policiales en Barcelona durante la guerra civil y fue acusado de dirigir la cheka de Berenguer el Grande, donde fueron torturados y luego asesinados numerosos derechistas. También había perseguido a anarquistas y marxistas disidentes del POUM. Hay pocas dudas del fundamento de la acusación, pues la policía política comunista practicaba regularmente tales actos, y vivían testigos que declararon en la instrucción. La propaganda en su defensa lo presentaba como simplemente un opositor a la dictadura *fascista*, incluso como un demócrata, torturado y finalmente asesinado sin otra razón que el carácter sanguinario atribuido al régimen. En el curso de los interrogatorios, Grimau saltó por una ventana y sufrió serias lesiones, pero no murió. Acusó a la policía de haberlo tirado, aunque luego dijo no recordar. Realmente sonaba inverosímil que lo

arrojara la policía, pues el objetivo evidente era someterlo a juicio e inmediatamente se le auxilió para que no muriera. El gobierno negó haberle aplicado malos tratos. Posiblemente mentía, pero los comunistas empleaban de modo sistemático la acusación de torturas, fuera real o no, por su efecto político. Grimau declaró haber venido a España a «cumplir con su deber de comunista», y se convertiría en uno de los iconos del antifranquismo, objeto de canciones, poemas y homenajes fuera de España.

La agitación internacional pro Grimau trató de crear la imagen de un mártir y resucitar la hostilidad exterior hacia el régimen. Para este no había mucha opción, pues la conmutación de la condena no habría sido considerada un acto de clemencia y reconciliación, sino una magna derrota política y prueba de su rápido declive. Y había algo singular en aquellas movilizaciones a favor de un líder marxista cuando en los regímenes de ese estilo menudeaban las ejecuciones y asesinatos sin que preocupara gran cosa a políticos e intelectuales tan sensibles en este caso. Jorge Semprún y otros excomunistas levantarían sospechas sobre Carrillo, por haber enviado a España a un personaje expuesto a la pena de muerte por sus actividades en la guerra, sugiriendo incluso la intención de convertirlo en un mártir políticamente explotable. Como fuere, hubo una intensa explotación política del proceso y la ejecución, que no reveló debilidad del gobierno. Seis años más tarde se declararían prescritas las responsabilidades por la guerra civil, de modo que Carrillo ya no podría ser procesado por Paracuellos, aunque sí por actos posteriores.

Pocos meses después, en agosto, serían ejecutados dos anarquistas por haber hecho explotar en Madrid unas bombas que causaron heridas graves a numerosas personas. En este caso

no hubo movilizaciones internacionales comparables a las del caso Grimau. Mucho más tarde se ha dicho que los autores de los atentados habían sido otros, pero debe recordarse que una táctica muy usada por los anarquistas ha sido negar la autoría de sus asesinatos, atribuyéndolos incluso a la policía; como también haría la ETA con una de sus matanzas más sangrientas.

El auge de las huelgas y de las protestas universitarias dio lugar a lemas como «obreros y estudiantes contra la dictadura», atribuyendo a los dos colectivos una predominante opinión antifranquista, nueva exageración. Los grupos políticos eran en su gran mayoría comunistas «pro rusos» o «pro chinos», descollando los primeros sobre los demás. En fecha tan avanzada como 1969, el PCE contaba con unos 120 militantes entre los 40.000 alumnos de la Universidad Complutense de Madrid.[142] La agitación era casi constante, pero solo de vez en cuando arrastraba a masas importantes a alguna huelga o manifestación. Algunos años pasaban sin protestas o alternaban unas universidades y otras. La más inquieta era la de Madrid, a cierta distancia la de Barcelona y bastante más atrás las de Sevilla, Santiago o Bilbao. Rara vez superaban las manifestaciones los dos o tres centenares de estudiantes. Solían comenzar con asambleas reivindicativas, de las que salían grupos a tirar piedras a la policía, contemplados de lejos por más alumnos mientras la gran masa se desentendía.

La mayor concentración se produjo en el «prodigioso» año 1968, en un recital del cantante de protesta Raimon en la Facultad de Ciencias Económicas de Madrid. Asistirían 3.000 o 4.000 estudiantes más una representación de Comisiones

---

[142] El dato proviene de mi conocimiento personal, pues por entonces militaba en el PCE.

Obreras juveniles, y el acto transcurrió entre banderas rojas, pancartas, retratos de Che Guevara, de Ho Chi-Min, etc. Se corearon repetidamente consignas como «obreros y estudiantes contra la dictadura», «Franco asesino», «Franco no, socialismo sí», «la solución, la revolución», «democracia sí, dictadura no», etc. Muchos habían acudido solo por el recital, como se vio a la salida, cuando hasta un millar de asistentes marchó hacia La Moncloa en manifestación, alejándose de ella la mayoría. Solo al cabo de un rato llegó un *jeep* policial y la marcha se dispersó. El gobierno respondía a veces decretando el cierre de la universidad por unos días o semanas, y en algún curso la Universidad Complutense, la más conflictiva, mantuvo presencia policial permanente.

En cuanto a las huelgas, casi todas obedecían a motivos económicos o a solidaridad. El PCE solía estar detrás de ellas, en nombre de CCOO y añadiendo coletillas políticas a las demandas salariales. En algunos casos llegaron casi a generalizarse en algunas ciudades, como en Granada en 1970, con tres muertos en el enfrentamiento con la policía; Ferrol, con dos muertos, en 1972; Vigo, también en 1972, sin víctimas mortales; Pamplona, en 1973, sin víctimas. Pero los datos de huelguistas y jornadas perdidas (nuevamente según *Estadísticas históricas de España*) permiten hacerse una idea más clara. En 1966 se perdieron 184.000 jornadas involucrando a 37.000 trabajadores; en 1970, 1,1 millones de jornadas y casi medio millón de trabajadores; en 1972, 586.00 y 277.000; en 1975, último año de Franco: 1,8 millones y 647.000. Las cifras revelan pronunciados altibajos de unos años a otros, con tendencia general al aumento. ¿Eran cifras muy altas? Seguramente las de Francia, Italia o Inglaterra las superaban ampliamente. Y al llegar la democracia las huelgas se dispararon, multiplicando hasta por diez (en 1979) las cifras máximas ante-

riores, y otros muchos años por cinco y seis, bajando solo a cifras comparables en la década de los noventa. Ocasionalmente se producían también muertos en las manifestaciones derivadas de las huelgas, como en otros países.

La conclusión es que los movimientos huelguísticos y los disturbios estudiantiles distaron mucho de amenazar seriamente al franquismo. En la mayoría de los casos, los huelguistas no se oponían al régimen, sino que simplemente exigían tales o cuales mejoras prácticas, aunque los partidos activistas procurasen politizarlas. Otra muestra de la realidad fue el magro éxito obtenido por los partidos antifranquistas en reclutar adherentes entre la emigración a países europeos, pese a disponer allí de plena libertad para la propaganda y la agitación.

Dentro de esos límites, los datos revelan una subversión creciente, cada vez más radicalizada, en los años sesenta y setenta. Para hacerle frente el gobierno creó en 1963 el Tribunal de Orden Público (TOP), que duraría trece años largos, hasta 1977. El magistrado comunista Juan José del Águila escribió en 2001 un libro impresionista sobre dicho tribunal. Según este, su represión habría afectado «directa o indirectamente» —no sabemos qué significa ese indirectamente: ¿se refiere a las familias?— a 50.000 personas. Pero muchas de ellas fueron absueltas por falta de pruebas, o ni siquiera juzgadas, lo cual relativiza la impresión de arbitrariedad jurídica que intenta transmitir el libro. Los condenados reales no pasaron de 9.000, menos de 700 al año, cantidad muy escasa para un país de 35 millones de habitantes, supuestamente en rebeldía abierta o latente. Hubo en total 11.261 procesados, con 10.146 años de prisión impuestos, es decir, menos de un año por persona. Tampoco esto suena a

dureza despiadada, aunque Del Águila sugiere un «padecimiento colectivo» (?) de las víctimas. Como las penas realmente largas recaían sobre muy pocas personas, si quitamos estas, la media de un año por persona debe rebajarse todavía más. ¿Y cuántos de esos años fueron realmente cumplidos? Pocos, pues las sentencias de hasta un año no solían implicar prisión.

Sobre las condiciones carcelarias, un antifranquista preso durante cinco años, Enrique Pérez Mangual, escribía al diario derechista *ABC*, el 26 de octubre de 2008: «En la información de *ABC* sobre "En aquel lugar de la memoria, la cárcel de Carabanchel, hoy en demolición", hay datos erróneos en relación con los presos políticos de la cárcel. Se dice: "Los revueltos años sesenta llenaron sus celdas y con el nacimiento de Comisiones Obreras la cárcel llegó a su particularísimo y cruel no hay entradas". Más adelante se informa de que en el 77, cuando Marcelino Camacho abandona la cárcel, "la prisión empezó a llenarse entonces de presos comunes". Los hechos fueron bien distintos. Los presos políticos ocupaban solamente la sexta galería, una pequeña galería de unas 50 o 60 celdas. En el año 67, éramos alrededor de 40 presos políticos. Y, ojo al dato, la población reclusa total de la cárcel era en junio de 1972 de 1.519 reclusos, según figura en una pizarra de la prisión, que se reproduce en el artículo. En la sexta galería, además de miembros del Partido Comunista y de Comisiones Obreras, había anarquistas, trotskistas, maoístas, etarras, y la suma total en el año y medio que yo permanecí nunca rebasó la cifra de 60 presos. Por allí no apareció ni un solo socialista. La sexta, como ya he dicho, era una galería de apenas 60 celdas, soleada, limpia y reluciente (limpieza esmeradísima, a cargo de los comunes del reformatorio); las celdas estaban abiertas 14 horas diarias, libertad de movimientos por el patio y la galería, campeonatos de pelota ma-

no, torneos de ajedrez, clases de inglés, el equipo de fútbol de los políticos disputando una liguilla con los equipos de las otras galerías; disponíamos de cocinas y comedores propios; y diariamente las distintas organizaciones celebraban reuniones en las que, junto a charlas sobre materialismo dialéctico o historia del movimiento obrero, se hacían vaticinios (¡año 66!) sobre la inminente caída del franquismo». El monárquico *ABC* había publicado un reportaje siguiendo los tópicos de la propaganda izquierdista. Como muchos otros derechistas, quería mostrarse más antifranquistas que nadie.

Y, por supuesto, Del Águila olvida comparar estos datos con los de los países por los que, como comunista, sentía predilección.

22

LA ETA, EL GENOCIDIO VASCO Y EL ASESINATO DE CARRERO BLANCO

Un fenómeno llamativo de los años sesenta y setenta fue que, mientras los gobiernos de Franco se liberalizaban y el país prosperaba, la oposición adoptaba un tono más radical. Toda ella pintaba al franquismo con tintes tan negros que cualquier violencia contra él sería necesaria o al menos disculpable, con la convicción común de que una dictadura solo caería por la fuerza. A pesar de ello, apenas había violencia práctica. Tras el escarmiento del maquis, el PCE cosechaba éxitos con sus métodos legales e ilegales y sus tácticas de infiltración en medios intelectuales, universitarios y obreros, con los lemas de «reconciliación nacional» o «pacto para la libertad», atrayéndose a simpatizantes «progresistas» entusiasmados confusamente lo mismo con Fidel Castro, con la lucha de Vietnam, con las democracias europeas o con la «Revolución cultural» maoísta o el mayo francés. Los *progres*, así llamados despectivamente por los comunistas, solían mostrarse muy radicales de palabra y poco de obra. El PCE recogía de ellos ayuda económica, firmas para sus protestas y alguna movilización.

Los ácratas, con su tradición terrorista, actuaron muy poco, fuera de algunos asesinatos en los años cincuenta en Barcelona o bombazos ocasionales como los antes citados. Tampoco los socialistas o separatistas catalanes y vascos, antaño tan potentes, hacían resistencia digna de mención, signo de cuánto había cambiado la sociedad desde la república. Pero al calor del conflicto chino-soviético saltaron a la palestra nuevos grupos que se proclamaban marxistas-leninistas ortodoxos contra el «revisionismo», «socialimperialismo» o «degeneración burguesa» achacados a la URSS posterior a Stalin. Estos grupos, conocidos popularmente como «pro chinos» o «maoístas», alguno de ellos procedente de organizaciones católicas, criticaban la táctica de Carrillo y proclamaban la lucha armada como método necesario para derrocar a la burguesía e imponer la «democracia popular» o el socialismo. Sin embargo, año tras año la lucha armada se limitaba a la retórica o a raras acciones chapuceras.

A todo esto, el año 1968 iba a marcar un hito en el mundo. Fue, entre otras cosas, el año del «mayo francés», del ataque general del Vietcong conocido como Ofensiva del Tet y del aplastamiento, por los tanques soviéticos, de la llamada «Primavera de Praga», un experimento reformista dentro del comunismo que Moscú consideró desestabilizador. El primer suceso empujó a Francia al borde de una revolución real y tendría largos efectos ideológicos; el segundo supuso para los comunistas de Vietnam una derrota militar y paradójicamente una victoria política; y el tercero provocó crisis en los partidos comunistas occidentales que jugaban a vestirse de demócratas. Carrillo, viendo en peligro su táctica, censuró suavemente la intervención en Checoslovaqnia y tomó una leve distancia con el Kremlin, aunque siguió dependiendo en parte de sus subsidios y de la mejor relación con Alemania Oriental, Rumanía, Corea del Norte, Cuba, etc.

El año 68 tuvo otro rasgo especial en España: la ETA asesinó por primera vez.[143] Lo contaría treinta años después Ignacio Sarasqueta, acompañante del autor de los disparos, Javier Echevarrieta *Txabi*. Un guardia civil de tráfico, José Antonio Pardines, les hizo parar el coche: «Supongo que se dio cuenta de que la matrícula era falsa (...). Nos pidió la documentación y dio la vuelta al coche para comprobar si coincidía con los números del motor. Txabi me dijo: "Si lo descubre, lo mato". "No hace falta —contesté yo—, lo desarmamos y nos vamos". "No, si lo descubre, lo mato". Salimos del coche. El guardia civil nos daba la espalda, en cuclillas, mirando el motor por la parte de atrás. Sin volverse empezó a hablar: "Esto no coincide...". Txabi sacó la pistola y le disparó. Cayó boca arriba. Txabi volvió a dispararle tres o cuatro tiros más, en el pecho. Había tomado centraminas y quizá eso influyó (...). Era un guardia civil anónimo, un pobre chaval. No había necesidad de que aquel hombre muriera». Y comenta J. Juaristi en *Sacra Némesis*: «Echevarrieta disparó por la espalda a un hombre agachado y lo remató cuando yacía en el suelo, boca arriba. No fue un enfrentamiento, no fue la heroica lucha de un guerrillero contra un enemigo prevenido, sino un asesinato (...). Instituyó el estilo (...) de ETA: tiro por la espalda y, si es posible, con la víctima maniatada».

Los dos etarras se refugiaron en casa de un cura. Echevarrieta, en quien la euforia provocada por las centraminas había cedido al pánico, insistió en marcharse. «Salimos de la casa y nos detuvo una pareja de la Guardia Civil. Los dos llevábamos una pistola en la cintura. Primero me cachearon a mí y no la nota-

---

[143] Resumo de mi estudio *Los nacionalismos vasco y catalán en la guerra, el franquismo y la democracia*. Los hechos y sus efectos han sido mal analizados casi siempre.

ron. Recuerdo que Txabi lanzó un rugido. Y después una escena típica del oeste, de las de a ver quién tira primero... El guardia civil disparó antes que yo, y salí corriendo... No supe en ese momento que Txabi había muerto...». Sarasqueta fue detenido al poco. Condenado a muerte, la sentencia le sería conmutada.

Entre la ETA, el PNV, el clero nacionalista y la oposición antifranquista compusieron un relato, entre heroico y martirial, de lucha por la libertad y crimen represivo: Txabi habría sido «cazado a tiros», sacado del coche, esposado, puesto contra la pared y matado de un tiro en el corazón. Los curas nacionalistas le dedicaron misas y homilías; en su honor se compusieron poemas y canciones, una de las cuales adaptaba otra comunista dedicada a Julián Grimau: «He conocido el crimen una mañana/color tiene mi pena de sangre humana...». El crimen etarra, gratuito y sin asomo de épica, realizado por un estudiante semidrogado, tuvo carácter inaugural. El nombre del grupo terrorista empezó a sonar dentro y fuera de España, despertando solidaridades. Hasta entonces la ETA era un grupo sin mayor importancia, como tantos que llevaban años hablando de lucha armada. En adelante se convertiría, junto con los comunistas —y siendo ella misma próxima al comunismo— en el enemigo principal del régimen.

Dos meses después, en agosto, los jefes etarras se vengaban matando a tiros en Irún al comisario Melitón Manzanas, de la Brigada Político-Social. Este golpe ilumina otras facetas de la época, como vuelve a explicar Sarasqueta: «La primera información sobre sus movimientos (de Manzanas) me la dio Jon Oñatibia, miembro del PNV (...). Supimos qué autobús cogía, a qué hora, incluso dónde solía sentarse... En aquella época media Guipúzcoa estaba aterrorizada por este hombre, con una terrible fama de torturador. Siempre he pensado que se valía

más de esa fama que de la propia tortura». Los antifranquistas solían describir a los policías como torturadores y a veces eran víctimas de su propia propaganda, al fomentar un miedo que, como da a entender Sarasqueta, facilitaba los interrogatorios —sin que ello niegue la existencia de torturas en algunos casos—. El órgano del PCE *Mundo Obrero* justificó el atentado tildando a Manzanas de «torturador de comunistas, católicos, socialistas y otros demócratas». Nótese la inclusión de los católicos como demócratas junto a comunistas y socialistas.

Por su parte el PNV desaprobó el atentado, pero acusó a Manzanas de atrocidades e hizo correr el bulo de que su asesinato obedecía a un asunto de faldas. Intoxicación evidente, pues un peneuvista destacado había estado en el origen del hecho. Oñatibia, miembro del servicio de información y propaganda del PNV en Usa, relacionado con la CIA, había vuelto a España en los años sesenta para promover actividades culturales de matiz separatista. Y, por cierto, la ambigua condena del PNV a la ETA se volvía incondicional al régimen. Un comunicado oficial del «gobierno vasco» del exilio, con asistencia de socialistas y republicanos, rechazaba «con la mayor vehemencia los abusos de poder del gobierno franquista, que se instauró y funciona violentamente, pues esta violencia ha dado lugar a la otra (...). El genocidio sañudo y persistente, la negación y el atropello sistemáticos de los derechos de la persona humana y la práctica repetida e inhumana de la tortura que el régimen franquista viene practicando ininterrumpidamente durante los largos años de su dominación sobre el pueblo vasco ban creado en Euskadi un clima de extrema tensión y violencia». En octubre exageraba hablando de «más de ciento cincuenta presos y cincuenta confinados» como fruto del estado de excepción, aun así una cifra baja para un «masivo terror de Estado».

Si la violencia etarra naciera de la represión del régimen, debía haber habido mucha más violencia en tiempos de mayor represión, pero no había sido así. El PNV se había hecho democristiano, y al tiempo que ofrecía a los terroristas justificaciones y aliento propagandístico, personal y económico, se distanciaba de ellos alegando «el respeto integral a la vida y la dignidad del hombre, base esencial de toda convivencia civil y razón de nuestra propia lucha frente al sistema de opresión imperante hoy en el Estado español». Un etarra algo cínico podría extrañarse de que a tan alta causa correspondiese una lucha tan tibia: el PNV apenas se movía en España.

No parecen muy relevantes estos hechos comparados con otros del mismo año, como la proliferación de huelgas obreras y estudiantiles, violentas con frecuencia, en Francia, Alemania, Italia y otros países, el recrudecimiento de la guerra de Vietnam, las marchas de apoyo al Vietcong, la mitificación del Che Guevara y la lucha guerrillera, el aplastamiento de la Primavera de Praga, la matanza de cientos de estudiantes por el gobierno mejicano en la plaza de Tlatelolco, etc. Pero en el plácido ambiente español, tres muertos en solo dos meses cayeron como una pesada piedra en un estanque: el ataque más grave, directo y sangriento al franquismo desde el maquis.

El gobierno respondió declarando tres meses de estado de excepción en Guipúzcoa. La oposición clamó contra el supuesto terror de Estado, acusándole de las acciones de la ETA, cuando había sido al revés. El nombre ETA cobraba en Europa y América un halo de heroísmo: unos patriotas demócratas en lucha por la liberación de un pueblo oprimido o colonia sometida a «genocidio» por una *dictadura fascista*. Quizá ningún grupo terrorista ha logrado tales ganancias con tan poca inversión. En otro orden de cosas el éxito le salió caro, pues la poli-

cía casi lo desarticuló deteniendo a la mayoría de sus jefes, lo que provocó enfrentamientos entre los que seguían libres. No obstante, la organización pudo rehacerse gracias a tres ventajas: Francia le ofreció un *santuario* seguro al lado de la frontera; parte importante del clero vasco lo encubrió y respaldó; casi toda la oposición a Franco le brindó apoyo político y propagandístico. Estas ventajas, más que los propios atentados, harían grande a la ETA.

Los detenidos por aquellos actos fueron juzgados en 1970, en Burgos, por un tribunal militar. El juicio se convirtió en una movilización internacional mayor aún que la de Julián Grimau, y dentro de España toda la oposición antifranquista, el PCE el primero, tomó partido por los etarras. Los obispos Cirarda y Argaya inauguraron la táctica, luego tan empleada por el PNV en la democracia, de igualar la violencia terrorista con la «estructural» y la represiva. Muchos curas dieron cobertura a los etarras y los ensalzaron en homilías. En la abadía de Montserrat se encerraron trescientos intelectuales y artistas, en su mayoría ateos o agnósticos, y emitieron un manifiesto de fondo pro etarra, como hicieron en Madrid unos cien abogados. En Europa y Suramérica proliferaron las manifestaciones, con algún muerto, los atentados a intereses españoles, campañas de prensa y pronunciamiento de intelectuales tipo Sartre. El papa Pablo VI y los gobiernos francés e inglés pidieron clemencia. Las víctimas, como es natural, quedaban ignoradas por completo. Aun así, las protestas populares dentro de España tuvieron poca enjundia. Los acusados se proclamaron marxistas-leninistas y seis de ellos fueron condenados a muerte, pena conmutada finalmente.

Habían fundado la ETA, en los años cincuenta, unos alumnos católico-marxistas-separatistas de la universidad jesuita de Deusto, a quienes se unieron otros jóvenes del PNV. El éxito de las luchas armadas castrista y argelina les animaron a emularlos en las Vascongadas, pero tardarían diez años, hasta 1968, en realizar su primer asesinato deliberado (una bomba suya había matado antes a un bebé de 22 meses). En 1962 el vascoespañol Federico Krutwig, de padre alemán adinerado, publicó un libro, *Vasconia*, llamado con cierta exageración *La Biblia de ETA*, para remozar la doctrina separatista con ideas marxistas-leninistas. La «raza» de Sabino Arana, fundador del PNV, era sustituida por la «etnia», en la práctica equivalente pero más científica en opinión de Krutwig: cuando supo que Leizaola, el lendacari en el exilio, permitía a sus hijos hablar en español, dijo que merecía ser «fusilado de rodillas y por la espalda». Según él, «el progreso habla en vascuence, la reacción en castellano». Y añadía: «La Iglesia de Roma ha sido el arma empleada para esclavizar el espíritu vasco, el arma de opresión más odiosa», por lo que «debe ser incluida en las asociaciones delictivas que la Humanidad debiera tachar y suprimir con el oprobio que merecen». Para resguardar la *etnia* y distinguirse más a fondo de sus vecinos, los vascos tenían que cultivar un neopaganismo y hasta doctrinas esotéricas.

Al igual que el PNV, Krutwig aspiraba a una Gran Euskadi desde el Ebro al Garona, con partes de Santander, Logroño y Aragón, además de Navarra. A ese fin proponía un plan de guerra tan embrollado y disfuncional como despiadado: «Eliminación de empleados públicos (...), intimidación y terrorismo contra (...) jueces y empleados de los juzgados (...). Voladura de cuarteles, especialmente cuando estén llenos de tropas». «Los policías que hasta hoy han torturado a los detenidos vascos de-

berán ser pasados por las armas o degollados. En estos casos es recomendable, siempre que se pueda, emplear el degüello de estos entes infrahumanos. No se debe tener para ellos otro sentimiento que el que se posee frente a las plagas que hay que exterminar. Cuando ello no represente ningún peligro para el guerrillero, estos torturadores deberán ser eliminados por medio de la tortura. Si las fuerzas de ocupación siguiesen con sus medidas de tortura no se deberá nunca dudar en (...) exterminar a los familiares de los torturadores y a los agentes de la autoridad civil y militar (…). En la Historia todo progreso no pudo jamás llevarse a cabo si no fue a pesar de la moral o contra la moral existente».

Para apreciar estas frases cabe señalar que los separatistas fueron poco perseguidos después de la guerra civil y que la ETA tenía muy poca gente en la cárcel; que casi todos los detenidos lo eran sin resistencia, pese a las terribles torturas que les esperaban —según decían—; que ninguno murió; y que un motivo de ansiedad permanente en los jefes de la organización sería la facilidad con que los detenidos «cantaban».

Durante años, los etarras se indignaban por la indiferencia del pueblo vasco hacia sus prédicas: «Con ocasión del verano, toda Euskadi se engalana para recibir a los turistas; en algunas zonas no solo se engalana, sino que se vuelca materialmente para entretenerles y divertirles. En vez de recibir a pedradas y a tiros a los extranjeros que frivolizan ante un pueblo que agoniza (…). ¡Qué triste espectáculo el que da Euskadi en verano! Por doquier "folklore vasco" (…). ¡¡¡Mientras tanto el país desaparece y se consuma con alegría incomprensible nuestro propio genocidio!!! He aquí a nuestro pueblo: mientras se le asesina, sonríe y agasaja». Un pueblo extraño, de ser así las cosas. Pero lejos de sentirse oprimidos y sometidos a genocidio, los

vascos mostraban una curiosa alegría, y recibían a Franco con el fervor que revelan las tomas de cine. Al morir el Caudillo las Vascongadas eran las provincias de mayor renta per cápita de España.

Cuando hablan de genocidio, esos personajes no se refieren a matanzas físicas, que nunca hubo, sino a un genocidio cultural. Pero nada indica que el pueblo o la cultura vasca agonizaran. El mito del genocidio, usado también para Cataluña y propalado asimismo por las izquierdas, no resiste el menor examen. Ante todo debe evitarse el equívoco de identificar como cultura vasca o catalana (o gallega) solo la expresada en las lenguas regionales. Los separatismos han denunciado el español común o castellano como «lengua no propia» u «opresora», pero lo más y probablemente mejor de la cultura catalana se ha expresado desde hace siglos en español común o castellano, fenómeno más acentuado en Galicia y mucho más en Vascongadas, donde los vascos han preferido desde siempre el castellano como lengua de cultura. El español común, con gran proyección internacional e incomparablemente más útil, ha enriquecido notablemente las culturas regionales, y estas han enriquecido a su vez la lengua y cultura comunes. La lengua materna de la gran mayoría de los vascos es desde hace mucho el castellano, y lo mismo pasa hoy con la mayoría de los catalanes.

Durante todo el franquismo las lenguas regionales se emplearon en la vida corriente y la literatura. Fueron derogados los estatutos de autonomía, antes conculcados sistemáticamente por los separatistas, y al principio hubo hostilidad oficial al vascuence y al catalán debido a su uso como instrumentos de fragmentación e injuria a España. La lengua para la enseñanza pública y la

Administración fue solo el español común (como en Francia el francés o en Reino Unido el inglés), pero pronto volvieron a editarse libros en las lenguas regionales, más que en cualquier época anterior. Antes de la guerra, el vascuence no disponía de cátedras ni de gramática, ortografía y vocabulario normalizados, ni escribían en ese idioma más de una decena de autores, casi todos clérigos. Pero desde 1948 la revista *Egan*, con patrocinio oficial, estimuló su cultivo literario. En 1952 se fundó la primera editorial solo para libros en vascuence (el año anterior lo había sido, en Vigo, la editorial *Galaxia*, primera para libros en gallego). El mismo año se aprobó la primera cátedra de vascuence porque «Es deber inexcusable del Estado español atender (...) al estudio, investigación y cuidado científico de este rico aspecto de nuestro común patrimonio cultural». También se crearon cátedras de gallego. De 1957 fue la primera escuela (*ikastola*) en vascuence, y por entonces la Real Academia de la Lengua Vasca, que como la Gallega, había vuelto a funcionar desde 1945, emprendió la normalización del idioma en lo que se llamó *euskara batua*, no muy del agrado de algunos puristas.

El caso difería en Cataluña. En la Restauración, y sobre todo durante la dictadura de Primo de Rivera, se publicaban bastantes libros y prensa en catalán. En 1918 Pompeu Fabra había escrito en castellano una gramática de ese idioma, y en 1932 un *Diccionari General de la Llengua Catalana*, separando lo más posible el vocabulario catalán del castellano. Bajo la república creció aún la tendencia, si bien los periódicos y libros en castellano se leían mucho más en la región (Barcelona era desde siglos atrás uno de los mayores centros de edición en castellano). Los separatistas han divulgado la leyenda de que el franquismo prohibió hablar catalán bajo severas penas (incluso de muerte), pero no fue así. Tras una leve represión inicial pronto

volvió a escribirse en catalán y en 1944 se hizo obligatorio por ley que los departamentos de filología románica incluyeran una asignatura de literatura catalana. En 1945 el académico soriano Vicente García de Diego escribió la primera gramática histórica catalana, y en 1951 y 1952 se publicaron otras dos. Desde los años cincuenta inclusive se publicaron más libros en catalán que en ninguna etapa anterior y, como pasaba con el gallego o el vascuence, esa literatura fue estimulada oficialmente con premios y declaraciones.

Las desmedidas exageraciones victimistas con que los separatistas y terroristas han justificado sus actos obedecen al carácter poco o nada nacionalista, por entonces, de la cultura en lenguas vernáculas. Ello aparte, los extravagantes racismos originados en los separatismos a finales del siglo XIX persistían como cimiento, disimulado desde el fin de la II Guerra Mundial. Ante sus pretensiones de superioridad, toda concesión les sonaba irrisoria y cualquier ofensa, desmesurada. Por lo demás, la resistencia separatista al franquismo fue insignificante hasta la intervención etarra.[144]

El mayor obstáculo para la ETA era precisamente el pobre espíritu nacionalista entre los vascos, correspondido por una represión también suave, debido a lo cual los etarras se sentían «víctimas de un horrible pecado colectivo de su propio pue-

---

[144] Los datos citados provienen del lúcido estudio de J. R. Lodares, *El paraíso lingüístico políglota*, Taurus, Madrid, 2000. Sobre el racismo catalán, entre otros, Francisco Caja, *La raza catalana, el núcleo doctrinal del catalanismo*, Encuentro, Madrid, 2009. P. Moa, *Los nacionalismos vasco y catalán en la guerra, el franquismo y la democracia*, Encuentro, Madrid, 2013. El dramaturgo Albert Boadella lo ha expresado así: «Esas sonrisitas ahora triunfantes pueden encontrarse hoy al por mayor (...). Acceder al código está al alcance de todos, es algo así como "Je, je, queda claro que no tenemos nada que ver con ellos, je, je, nosotros somos dialogantes, pacifistas y, naturalmente, más cultos, je, je, je, más sensatos, más honrados, más higiénicos, más modernos, je je, je, que esos españoles"».

blo». Solo la violencia haría cambiar tal estado de cosas, como explicaba J. Madariaga, uno de los fundadores: «Cuando una masa de quinientos vascos sea capaz de manifestarse pública y silenciosamente por las calles (...), callaré. Pero mientras solo sean un puñado de patriotas los que tengan que hacer todo lo que se hace...». La táctica fue expuesta así: «Una minoría organizada asesta golpes materiales y psicológicos a la organización del Estado, haciendo que este se vea obligado a responder y reprimir violentamente la agresión (...). La minoría organizada consigue eludir la represión y hacer que esta caiga sobre las masas populares. Finalmente (...) dicha minoría consigue que en lugar de pánico surja la rebeldía de la población».

Se trataba de emplear la provocación y el atentado para fomentar la represión como un medio de «aclarar» la mente a los vascos y forzarlos a «moverse». Pero mientras no mató, la ETA tuvo poco éxito, y fueron las complicidades políticas interiores y exteriores ya indicadas las que potenciaron al grupo. ¿Por qué los antifranquistas auxiliaron a aquel terrorismo con tanto afán? Ya hemos dicho que su propaganda justificaba cualquier acción violenta, aunque no osaran practicarla. Por ello miraban a los etarras como jóvenes valientes e ingenuos, que hacían el trabajo sucio para, cuando por fin cayese el régimen, dejarles libre a ellos el terreno político. Este maquiavelismo trivial no les daría muchas alegrías. En vida de Franco, la ETA asesinó a cuarenta y cinco personas, trece de ellas con una bomba en la cafetería Rolando de Madrid (este atentado lo atribuyó, con plena falsedad, a la policía). En varias ocasiones resultó casi desarticulada, y en todas la salvaron las tres ventajas arriba mencionadas. Aquellas cuarenta y cinco víctimas en siete años serían a menudo superadas anualmente en varios años de la democracia.

El atentado más espectacular fue, el 20 de diciembre de 1973, el que mató al jefe del Gobierno Carrero Blanco: los etarras volaron su coche desde un túnel excavado bajo una calle. Con él eran cinco los magnicidios (aparte intentos fallidos) cometidos por terroristas de izquierda desde el de Cánovas en 1897, una cifra desusada en Europa. Sobre este suceso han circulado variopintas leyendas urbanas, como que «no pudieron hacerlo los etarras solos», que detrás estaría la CIA para empujar la transición o para impedir que España se convirtiera en potencia nuclear...

¿Pudo haberlo hecho la ETA sola? Desde luego. Autores fantasiosos, dándoselas de enterados en artes clandestinas y servicios secretos, se «maravillan» de que la partida etarra —muy torpe, a su juicio— no hubiera sido descubierta a tiempo. Suele olvidarse que la confianza pública era muy grande, y la vigilancia exigua. No había nada de los fuertes controles actuales en edificios públicos, o en periódicos, museos, etc. Carrero seguía una rutina con protección muy débil. Vigilarlo ofrecía poca dificultad a quien se lo propusiera. La historia del misterioso hombre de la gabardina que informa a los etarras sobre los pasos de Carrero tiene aire de invención para despistar. Y no es real la idea de que excavar un túnel desde un sótano tenía que llamar forzosamente la atención. Se atribuyó el explosivo a minas anticarro, o a un tipo solo empleado por el ejército useño, pero se trató de goma-2, según la versión más fiable.

¿Estuvo implicada la CIA? Los indicios que se arguyen, es decir, la proximidad de la embajada useña o el encuentro de Carrero con Kissinger la víspera, indican más bien lo contrario. Los documentos secretos desclasificados o los *wikileaks* no muestran el menor rastro de tal designio. En fin, si algo interesaba a Washington era una evolución con seguridad y sin ries-

gos en España, por su importancia estratégica, y no un golpe capaz de provocar desestabilización política o movimientos incontrolables. Creo que la hipótesis useña revela un análisis político un tanto pueril.

Tampoco tiene sentido hablar de una «venganza» de la CIA por haber impedido Carrero el repostaje de aviones useños en la guerra del Yom Kipur, unos meses antes. Y menos aún por el programa nuclear español, desarrollado por la Junta de Energía Nuclear (JEN), prestigiosa internacionalmente. El Proyecto Islero (nombre del toro que mató a Manolete) trataba de convertir a España en potencia nuclear para disminuir la dependencia de Usa, cuyos intereses no siempre coincidían con los hispanos. Comenzó en 1963 bajo los auspicios de Muñoz Grandes, entonces vicepresidente del Gobierno, y continuó luego con Carrero. Ello causaba preocupación en Washington, aunque Francia lo favorecía. Desde luego, el proyecto continuó después de Carrero y solo sería abandonado por un gobierno del PSOE, debido a su coste en tiempo de crisis económica, y que quizá obstaculizase la entrada en la CEE.

¿Estuvo implicado el PCE? Esto es más posible. Con los etarras colaboraron Eva Forest, Alfonso Sastre y Antonio Durán, miembros de ese partido, supuestamente disidentes. Y la partida etarra tenía conexión con uno de los máximos jefes clandestinos del PCE, Simón Sánchez Montero, que pudo darles información de los movimientos de Carrero: cosa fácil, porque el domicilio de este figuraba en la guía telefónica. El general Armando Marchante dirigía meses antes una sección del servicio secreto (SECED) y, según él, un informador en el Comité Central comunista avisó de una petición de la ETA al PCE para ayudar a un atentado previsto en Madrid contra una alta personalidad. Carrero creyó que el objetivo sería Franco y se au-

mentó su protección, sin dar mucho crédito al aviso.[145] Por entonces el PCE planeaba una de sus campañas nacionales e internacionales por el llamado Proceso 1001 contra Marcelino Camacho y varios jefes más de CCOO. El juicio iba a tener lugar el mismo 20 de diciembre y el atentado arruinó los preparativos. Ello no invalida la muy probable conexión ETA-PCE, pues las dos operaciones no tenían por qué estar coordinadas. Si el PCE colaboró, le interesaba hacerlo por medio de militantes apartados, en apariencia, del partido.

¿Hubo implicaciones en el propio régimen? Carrero tenía enemigos en él, como ocurre en todos los medios políticos del mundo. En sus memorias, J. M. Ortí Bordás cuenta una cena en el restaurante El Púlpito, de Madrid, en fecha indeterminada, cuando «un exministro» propuso al falangista Luis González Vicén asesinar a Carrero, aunque probablemente ello no tuvo nada que ver en el posterior magnicidio. González había dirigido el Servicio de Información de la Falange y había destruido gran parte del maquis asturiano mediante una emboscada en serie.[146] También se ha dicho que los servicios secretos sabían más o menos lo que preparaba la ETA e hicieron la vista gorda. Pero hasta hoy se trata de simples rumores sin base concreta.

¿Aceleró el asesinato la transición a la democracia? Así lo sostiene la llamada comúnmente extrema derecha, para lamentarlo, y la izquierda, para congratularse. En cuanto a la primera, Carrero tanteaba ya una transición, como indican los contactos

---

[145] A. Marchante Gil, «Ante una dura diatriba. Otra vez los espías», *Razón Española*, n.º 182, noviembre-diciembre de 2013.

[146] J. M. Ortí Bordás, *La transición desde dentro*, *op. cit.*, p. 26. El episodio del maquis consistió en una serie de emboscadas en las que fueron aniquiladas de un golpe varias partidas del maquis. Emilio Romero lo noveló en *La paz empieza nunca*, y lo he utilizado también en *Sonaron gritos y golpes a la puerta*, situando el episodio en Galicia.

del SECED incluso con comunistas como Tamames, siempre que no procediesen de la guerra;[147] o su contribución a organizar el Congreso de Suresnes e imponer un PSOE en ruptura con el «socialismo histórico» del exilio. Asimismo, Carrero había sido un valedor principal de Juan Carlos, que ya tenía en mente cambios en profundidad. Por tanto, su muerte no pudo acelerar nada. Interesa la versión izquierdista de una ETA traedora de la democracia, porque, aunque la idea no haya sido expuesta abiertamente, late en el fondo subconsciente de las complacencias y complicidades, culminadas con Zapatero, de que ha disfrutado la ETA después de Franco. En realidad el atentado estuvo cerca de provocar una involución y endurecimiento del régimen. Los procesados del «1001» temieron por sus vidas y la oposición, lejos de brindar con champán como dice la leyenda urbana, se escondió metafóricamente bajo la cama, pasando días de angustia. Tampoco la ETA tenía la menor posibilidad de explotar políticamente su acción, sino que se sumió en la más profunda clandestinidad, a la espera de la reacción franquista. El general de la Guardia Civil, Iniesta Cano, dio la orden de proceder con la máxima energía, pero la anuló Torcuato Fernández Miranda, jefe de Gobierno en funciones. La significación del magnicidio empezó y terminó en sí mismo, revelando, precisamente, que el franquismo retenía plenamente la iniciativa política y que todo iba a depender de su propia evolución interna, como así ocurriría.

---

[147] R. Tamames, *La economía española, 1975-1995*, Temas de Hoy, Madrid, 1995, pp. 69-70.

23

LA IGLESIA SACUDE LOS CIMIENTOS DEL FRANQUISMO

Aun en los momentos de mayor vitalidad de un sistema político (o de una persona), como fueron para el franquismo los años 1960-1975, existen factores debilitantes y junto a los éxitos se acumulan síntomas de crisis, unos internos y otros externos. La ETA se benefició de los auxilios y la cobertura de parte significativa del clero, el cual aprovechaba para tal fin los privilegios otorgados por el gobierno a la Iglesia. Ello no habría tenido demasiada importancia si no formara parte de un fenómeno mucho más amplio, que en conjunto resultaría devastador para el régimen: la desafección de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II. Los estudios sobre esta época rara vez han dado a este fenómeno su trascendental valor político. Lo he tratado con algún detenimiento en *La transición de cristal* y en *Los nacionalismos vasco y catalán*... Y aquí será preciso exponer en síntesis su desarrollo.

El 29 de junio de 1969 el papa Pablo VI expuso su «inquietud» por España, a la que deseó «un ordenado y pacífico progreso» en que «no falte una inteligente valentía en la promoción de la justicia social». La declaración no dejó de inquie-

tar a los gobernantes hispanos, que si de algo se jactaban era de haber asegurado un «ordenado y pacífico progreso» con mayor justicia social que nunca antes, siguiendo las doctrinas católicas al respecto. López Rodó vio clara la intención papal y la comentó con Franco: «En los ambientes vaticanos se considera al régimen en sus postrimerías». Por lo tanto sugirió que se nombrase cuanto antes sucesor a Juan Carlos, porque, según esperaba, «va a garantizar la continuidad, va a darnos otros treinta años de paz (...). La designación del sucesor aseguraría una perfecta soldadura del presente con el futuro».[148] Influyera en ello o no esa apreciación, apenas un mes más tarde Juan Carlos era ratificado en las Cortes como sucesor de Franco a título de rey, tras jurar los Principios del Movimiento y las Leyes Fundamentales.

Las palabras de Pablo VI contenían una carga de profundidad contra la legalidad española, socavada por sectores crecientes del clero. Por el mismo año comenzaron unas asambleas conjuntas de obispos y sacerdotes para culminar en la de Madrid en septiembre de 1971, que supuso una ruptura radical con el franquismo por parte de la porción más activa del clero. Los asamblearios acordaron exigir la abolición del concordato de 1953 —que facultaba al gobierno para influir en el nombramiento de prelados— y la exclusión de obispos en cargos políticos como las Cortes. No renunciaban en cambio a las ventajas de que gozaba la Iglesia para su actividad pastoral y educativa. Aún más relevantes fueron dos puntos de máxima intención política. El primero rezaba: «Pedimos perdón porque nosotros no supimos a su tiempo ser verdaderos ministros de reconciliación en el seno de nuestro pueblo, dividido por una

[148] L. López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*, Noguer y Caralt, Barcelona, 1977, pp. 326-327.

guerra entre hermanos». De entrada, la declaración situaba en el mismo plano a los perseguidores de la Iglesia y a sus salvadores. Y no especificaba a quiénes pedían perdón, que no podía ser, lógicamenre, a quienes habían librado a la Iglesia del exterminio. Por tanto, la petición solo podía dirigirse a los perseguidores: debían ser los verdugos quienes otorgasen el perdón, mientras se despreciaba e injuriaba por no ser «ministros de reconciliación» a las miles de víctimas que habían muerto, a menudo brutalmente torturadas, perdonando a sus asesinos. Al gobierno, lógicamente, tales frases le parecían el colmo de la aberración y la hipocresía, y a decir verdad, la idea, en boca de obispos y sacerdotes deja una impresión de desvarío moral e intelectual.

El segundo punto, no menos revelador, exponía el deseo de «reconciliación de todos los españoles» en una «convivencia cívica en la que no se mantengan el odio, la discordia, el enfrentamiento». Tal aspiración, de aire virtuoso, era demagógica porque ningún régimen puede impedir la existencia de odios, discordias y enfrentamientos, propios de toda sociedad humana. El problema radica en el volumen e intensidad de tales odios, cuya exacerbación puede arruinar una sociedad, como ocurrió en la república. Pero, además de demagógico, el acuerdo era gratuito, porque las discordias y enfrentamientos sociales tenían un nivel muy bajo en la España de la época. Así lo indican los comportamientos sociales, los bajos índices de delincuencia y la influencia escasa de los antifranquistas, en los cuales sí alcanzaban los odios cotas realmente elevadas. Con sus frases, los obispos y sacerdotes allí reunidos daban a entender que aquellas plagas tenían entonces mucha gravedad y exigían otra «convivencia cívica», es decir, otro régimen al que atribuían una utópica reconciliación «de todos los españoles». Tam-

bién resulta significativa la adopción por aquellos clérigos de la consigna comunista de «reconciliación nacional»: obviamente se trataba de reconciliación con los comunistas; y lo contrario con los franquistas. Por algo Carrillo había hablado de llegar al comunismo aliando la cruz a la hoz y el martillo.

No eran declaraciones vacías, pues desde hacía años no pocos clérigos buscaban congraciarse con quienes se decían herederos del Frente Popular. So pretexto de tan singnlar reconciliación, denunciaba el gobierno, «obispos hay que distribuyen entre sus sacerdotes alocuciones en las que la *violencia represiva* —por así decirlo— es situada al mismo nivel de la subversiva (...). Uno u otro obispo que, al amparo de su dignidad y de una situación concordataria (...), protegen acciones de sacerdotes evidentemente contrarias a la ley civil». Citaba el pago por Cáritas de la multa impuesta a un sacerdote por sus homilías durante el estado de excepción. O «manifestaciones de clérigos; incitación, apoyo y hasta participación de sacerdotes en huelgas; cobijos en templos a personas o grupos que actúan al margen de la ley; predicación con sesgo político, ajeno al evangelio; profusión de publicaciones de cariz contestatario (...); intervenciones políticas de obispos (...); abuso del privilegio del Fuero; renuncia a una concordia y colaboración positiva en actos en que interviene la autoridad civil», etc. Gran número de iglesias acogían movilizaciones, huelgas y protestas varias. Comunistas, terroristas y separatistas encontraban protección en locales jesuitas y de otras órdenes. El comunista Sindicato Democrático de Estudiantes de Barcelona se había fundado en el convento de capuchinos de Sarriá, en mayo de 1966. Poco después ciento treinta religiosos protagonizaban una insólita manifestación de sotanas en su apoyo...

Con todo, no podía girar de pronto hacia el antifranquismo una Iglesia con buena memoria todavía de la persecución durante la guerra civil y testigo de las que sufrían los católicos en los países comunistas. El cambio exigió largos esfuerzos, nunca fue completo y forzó maniobras complejas para desplazar a la jerarquía agradecida al régimen. La inquieta corriente conocida como *progresista* alcanzó en febrero de 1972 un éxito crucial con el nombramiento de Vicente Enrique y Tarancón como presidente de la Conferencia Episcopal. Tarancón, orientado por el nuncio Dadaglio, sería el hombre adecuado para el giro político. El gobierno venía afrontando la ofensiva usando su privilegio de presentar al papa los candidatos al Episcopado, o manteniendo sin cubrir sedes vacantes para evitar su ocupación por obispos *progresistas*. Tarancón y el Vaticano replicaban nombrando obispos *auxiliares*, que no requerían la anuencia del gobierno. Franco, desconcertado por aquellas jugadas, era sin embargo un católico demasiado fiel para llegar a la ruptura. Pensaba que el conflicto se resolvería con paciencia y que, de todos modos, la Iglesia era eterna, mientras que los regímenes, incluido el suyo, eran pasajeros, como había señalado una vez a Perón.

En esta línea de ruptura, uno de los más graves incidentes fue protagonizado en febrero de 1974 por el obispo Añoveros, de Bilbao, en una homilía muy divulgada dentro y fuera de España: «El pueblo vasco tiene unas características propias (...) entre las que destaca su lengua milenaria. Esos rasgos dan una identidad específica dentro del conjunto de pueblos que constituyen el Estado español. El pueblo vasco tiene el derecho de conservar su patrimonio espiritual, sin perjuicio de un saludable intercambio con los pueblos vecinos dentro de una organización sociopolítica que reconozca su propia libertad». Con

tono suave recogía el argumentario de ETA y PNV: lo propio del pneblo vasco sería una lengua «milenaria» que con otros rasgos relacionados constituiría su «patrimonio espiritual». Ese patrimonio estaría siendo perseguido, puesto que reclamaba su «derecho a conservarlo» en una «organización sociopolítica» obviamente distinta de la del momento. La palabra España quedaba sustituida por la expresión «Estado español», usada por separatistas y comunistas, y se hablaba de «intercambio con los pueblos vecinos», como entre naciones distintas. Como hemos visto, nunca se había cultivado el vascuence tanto como por entonces; y por lo demás Añoveros no parecía incluir en el «patrimonio espiritual» vasco al español común o castellano, lengua materna de la gran mayoría de los vascos y lengua de cultura de casi todos ellos. Su homilía acercaba también la teoría de la salvación a las doctrinas separatistas.

Añoveros hablaba así solo dos meses después del magnicidio de Carrero Blanco, lo cual hacía más hiriente la injuria, y sin la menor crítica a la complicidad de muchos clérigos con el terrorismo separatista. El gobierno, presidido a la sazón por Arias Navarro, sucesor de Carrero, reaccionó indignado y pensó en romper con Roma y expulsar a Dadaglio, aunque Franco lo frenó. Añoveros rehusó obedecer y Tarancón amenazó con excomulgar al gobierno, medida intimidatoria en un estado confesional, aunque en otro no confesional habría sido irrelevante; y tampoco habría osado la jerarquía desobedecer a un poder laicista, como no lo había hecho cuando la república expulsó al cardenal Segura.[149] Así, las concesiones, prebendas y

---

[149] J. Andrés-Gallego y A. M. Pazos, *La Iglesia en la España contemporánea*, Encuentro, Madrid, 1999. p. 207.

ayudas otorgadas por el franquismo a la Iglesia se volvían contra él. Al final, Añoveros se tomó unas vacaciones.

Nada de ello era del todo nuevo. Hasta entonces había predominado mayoritariamente en la Iglesia la corriente pro franquista, pero nunca habían faltado contrarios. Ya durante la guerra los clérigos separatistas vascos y catalanes refugiados en Roma hacían presión contra el bando nacional, desolidarizándose de las víctimas no nacionalistas de sus propias regiones. Y lo mismo hacían los seguidores del intelectual católico francés Jacques Maritain, muy prestigiado en el Vaticano. Maritain había aceptado la propaganda del Frente Popular y declarado: «Es un sacrilegio horrible masacrar a sacerdotes —aunque fueran fascistas, son ministros de Cristo— por odio a la religión; y es un sacrilegio igualmente horrible masacrar a los pobres —aunque fueran marxistas, son cuerpo de Cristo— en nombre de la religión». La comparación es realmente extravagante y harto insidiosa. Nadie fue asesinado en España por ser pobre, mientras que miles de sacerdotes lo fueron por ser sacerdotes, no por ser «fascistas» como sugiere el filósofo. El cual también identificaba tranquilamente al pueblo vasco con el PNV, partido extremadamente racista. El Vaticano había terminado por tomar postura a favor de los nacionales ante la evidencia de la bárbara persecución, pero siempre mantuvo cierto distanciamiento, muy ahondado con Pablo VI, y más aún en los años setenta.

Después de la guerra se permitió volver a casi todos los sacerdotes secesionistas, que continuaron haciendo una sorda oposición. Ya en 1957 el obispo de Tarragona, Arriba y Castro, había ido a Roma a protestar por «la actuación del clero catalán que procede y actúa en separatista», haciéndole la vida imposible, por lo que pedía ser relevado si desde Roma no se corregía tal situación. Y en 1960 un escrito de trescientos treinta y nue-

ve sacerdotes vascos denunciaba ante el Vaticano, en línea sabiniana, «la persecución de las características étnicas, lingüísticas y sociales que nos dio Dios a los vascos», empleando la palabra «genocidio» para emparentarlo emocionalmente con el Holocausto. En 1963 Escarré, abad de Montserrat, antes muy franquista y condecorado por el gobierno, tachaba al régimen de dictatorial en *Le Monde,* acusándole de mantener presos políticos y de una supuesta persecución al catalán. «Cuando se pierde la lengua tiende a perderse también la religión», afirmaba; observación algo extraña, vista desde hoy.

Simultáneamente, en las asociaciones ligadas a la Acción Católica crecía despacio la simpatía hacia el marxismo. La HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) o la JOC (Juventud Obrera Católica) partían de un apostolado religioso durante los años cincuenta para derivar en embriones sindicales, posibles rivales del sindicato oficial. Al calor de las corrientes posteriores al Concilio Vaticano II, se aceleró su radicalización en sentido *anticapitalista* y *antiburgués*, buscando la cooperación con el PCE en las Comisiones Obreras o las protestas sindicales. No pocos de sus miembros terminarían en grupos revolucionarios o terroristas.

Hasta entonces, Roma había auxiliado a un régimen que había aceptado todas sus exigencias: confesionalidad del Estado, indisolubilidad del matrimonio, hegemonía en la enseñanza, etc.; más cuantiosas subvenciones para reconstruir los destrozos causados por el Frente Popular y facilitar la tarea pastoral. ¿A qué obedecía aquel giro del Vaticano y sus hombres de influencia en España? Una causa inmediata radica en el temor a que el final del régimen arrastrase a la Iglesia, ofreciéndola a la revancha de sus ene-

migos. Pero otra causa más amplia y profunda se encuentra en el Concilio Vaticano II, convocado en 1962 por el papa Juan XXIII. El Concilio tenía por objetivo el *aggiornamento* o puesta al día de la Iglesia, que se sentía en crisis por la ola de materialismo e indiferencia religiosa en Europa Occidental y Usa, por las influencias intelectuales marxistas y por el empuje mundial del comunismo. Juan XXIII falleció a los ocho meses, y el concilio continuó hasta 1965 bajo Pablo VI, un pontífice muy influido por Maritain y mucho menos comprensivo con el franquismo que Pío XII, muerto en 1958.

La indiferencia religiosa en Occidente parece tener mucha relación con el creciente bienestar material y el entusiasmo por el consumo característico de aquellos años, tras las penurias de la posguerra. Las democracias exhibieron conductas entre hostiles y despegadas hacia el catolicismo, y muchos religiosos se preguntaban si su actividad y la propia doctrina no estarían quedando desfasadas. Por su parte, los comunistas habían percibido el problema. Al terminar la guerra mundial, los servicios secretos soviéticos habían creado movimientos como Pax, desde la católica Polonia, para cuartear a la Iglesia fomentando las «contradicciones» entre el clero tradicional, motejado de «integrista», y el idealizado como «progresista», partidario de adaptarse a las nuevas corrientes. La ambiciosa maniobra cobró eficacia ya en la segunda mitad de los cincuenta, explotando descontentos más espontáneos.

Dentro de la Iglesia, el fuerte influjo de Maritain empujaba en dirección similar. Su doctrina democristiana defendía las libertades políticas, la libertad de conciencia y la separación de la Iglesia y el Estado; pero también introducía conceptos paramarxistas sobre «clases dominantes» y «oprimidos», acusando implícita o explícitamente a la Iglesia de haber servido a los

«dominantes» mediante fórmulas como la «alianza del trono y el altar». Estas concepciones abrían un flanco muy vulnerable al ataque de las izquierdas en general y del marxismo-leninismo en particular. Si la Iglesia admitía —tan tardíamente— su culpable connivencia con los explotadores, solo podía deberse a que la presión y los avances de las izquierdas la obligaban, poniéndola entre la espada y la pared. Y si el catolicismo debía *modernizarse*, adaptarse al progreso, estaba claro que el progreso podía continuar sin necesidad del catolicismo. Todo lo cual podía interpretarse como el comienzo de la definitiva bancarrota religiosa.

Según observamos en otro capítulo, la guerra fría entre las democracias liberales y los movimientos marxistas iba decantándose a favor de estos últimos, un panorama preocupante para la Iglesia: el futuro parecía pertenecer a los discípulos de Marx, por lo que quizá conviniera tender lazos hacia ellos y aflojarlos con el capitalismo en general. A pesar de que nadie ignoraba los efectos del totalitarismo, el mero poder fascina, y muchos se rendían moralmente ante su exhibición de fuerza, seguridad argumental, disciplina y fe en un porvenir utópico, justificador de todas las miserias, sacrificios y crímenes del presente. Necesita todavía estudio el fenómeno de la colaboración con regímenes tales por parte de gentes distanciadas y hasta opuestas a ellos.

Así, no faltaban en la Iglesia quienes sentían esa fascinación y proponían un «diálogo» para superar «incomprensiones» mutuas. ¿No había puntos de contacto interesantes? El cristianismo defendía a los humildes y denunciaba las injusticias de los poderosos. También predicaba el despego de las riquezas, frente a la obsesiva avidez capitalista. Además, la opulencia de algunos países contrastaba de modo insultante con la pobreza de

muchos otros. Puntos como estos podían sustanciar al menos cierto entendimiento con los marxistas, cuyos regímenes afirmaban haber eliminado la miseria, la desigualdad social y asegurado el trabajo para todos; y abundaban quienes querían creerlo. Frente a tales logros debían pesar poco las libertades y derechos burgueses, tenidos por un tanto ilusorios. Además, si los comunistas preconizaban un materialismo agresivamente ateo, los occidentales practicaban un materialismo indiferente a Dios. Así enfocada la cuestión, los cristianos podían hallar terrenos de acuerdo y hasta acusarse de haber pecado de soberbia e identificación con «las clases dominantes».

En tales circunstancias, el concilio fue teatro de una porfía larga y solapada, pero de efectos nada nimios, entre los obispos *progresistas* de la Alianza Europea, inspirada por prelados franceses y alemanes, y el conservador Grupo Internacional de Padres. Desde el principio los «progresistas» maniobraron con mayor cohesión y destreza.[150]

Punto esencial en dicha porfía fue precisamente la moción sobre ateísmo y comunismo. En 1963 el brasileño Geraldo Sigaud y otros obispos pidieron «exponer la doctrina social católica con gran claridad y refutar los errores del marxismo, el socialismo y el comunismo con fundamentos filosóficos, sociológicos y económicos». Pero los *progresistas*, dispuestos a tratar el ateísmo con tono dialogante, no deseaban mencionar el comunismo como enemigo radical, y dejaron sin respuesta la demanda. A su vez, Pablo VI propugnó el diálogo en la encíclica

---

[150] El libro quizá más ilustrativo al respecto, que seguimos aquí, es *El Rin desemboca en el Tíber. Historia del Concilio Vaticano II*, Criterio Libros, Madrid, 1999, del sacerdote useño Ralph M. Wiltgen, que, como director de la agencia de prensa Divine Word, conoció directamente los entresijos de las discusiones.

Ecclesiam Suam, sin citar al comunismo. La cuestión no quedó ahí. Un año después varios obispos encabezados por el chino Yu Pin insistieron en definir el comunismo como «uno de los mayores, más evidentes y más desgraciados fenómenos modernos», que forzaba a tanta gente a «soportar injustamente sufrimientos indescriptibles». Los *progresistas* volvieron a dar la callada por respuesta. Un periódico checoslovaco alardeó de la infiltración comunista en todas las comisiones del concilio.

Posteriormente, un esquema propuesto oficialmente al debate eludía nuevamente mencionar al comunismo. Una carta firmada por cuatrocientos cincuenta obispos denunció ese silencio, advirtiendo que así como a Pío XII le habían reprochado injustamente haber callado sobre la persecución a los judíos, podría reprocharse al concilio, y esta vez con justicia, su mutismo ante la opresión marxista, interpretable como «cobardía o connivencia».

Ante la tenacidad conservadora, la comisión arguyó no haber recibido la carta. Cuando se hizo evidente lo contrario, afirmó haberle llegado fuera de plazo, lo cual se demostró igualmente falso. El obispo francés Achille Glorienx resultó el mayor obstructor *progresista*. Tras varios episodios semejantes, los conservadores lograron incluir alguna referencia al comunismo, pero salió de forma vergonzante, sobre lo que observó Sigaud con sarcasmo: «Hay una diferencia entre llevar el sombrero en el bolsillo y llevarlo en la cabeza». El intento de una moción más enérgica fracasó. Estos episodios indican el poder adquirido en la más alta jerarquía por personajes propensos en mayor o menor grado a entenderse con los marxistas y a diluir el viejo antagonismo.

En principio resultaba prácticamente imposible el diálogo entre los defensores de la religión y los que ansiaban extirpar-

la de la sociedad sin excluir entre sus medios la liquidación física, como habían demostrado una y otra vez. Desde luego, los marxistas no pensaban renunciar en nada esencial a sus posturas, por lo que el diálogo suponía de entrada fuertes concesiones de la parte católica. Esta debía difuminar, o incluso renunciar a la doctrina según la cual el marxismo solo podía producir frutos venenosos al negar de raíz la libertad y la dignidad del individuo. Los comunistas, bien advertidos de la situación y avezados a la «lucha ideológica», sacaron partido de los nnevos talantes eclesiales, que nunca o casi nunca lograron atraer a los comunistas a la religión, pero sí a bastantes católicos al marxismo.

Cruda manifestación de la crisis de conciencia eclesial en Iberoamérica y con altos ecos en España fue, ya en los años setenta, la *Teología de la Liberación*, entendida la liberación en términos socioeconómicos no lejanos de los propagados desde Moscú o Pekín. La prosperidad occidental se asentaría sobre la despiadada explotación del «Tercer Mundo», los países y las masas pobres o, más propiamente, empobrecidos por la rapiña *burguesa*. La riqueza europea o useña no guardaría relación con sus sistemas políticos de respeto a la vida, la propiedad y los derechos individuales, que dificultaban la tiranía y amparaban la iniciativa e inventiva privada. Para los «liberacionistas», como para los marxistas, tales libertades no pasaban de ser una fachada irrelevante, tras la cual operaba un capitalismo expoliador que sumía en la miseria a la mayor parte de la humanidad. Con ese criterio, numerosos católicos defendieron o justificaron los despotismos izquierdistas del Tercer Mundo, o la subversión y las guerras revolucionarias para instanrar dictaduras superadoras —decían— de las embaucadoras y declinantes democracias imperialistas. Ideas ampliamente compartidas en España por la

ETA, los partidos marxistas-leninistas y los antifranquistas en general.

Los prelados españoles, conservadores en su mayoría y muy poco influyentes en el Concilio, se vieron sorprendidos por el cambio de rumbo, por la inatención a sus experiencias y por el nulo prestigio que les otorgaban sus mártires y su defensa de la fe durante la guerra civil. Y al gobierno español, uno de cuyos pilares legitimadores era la lucha contra el comunismo, los debates del concilio le obsequiaban con noticias cada vez peores. El Vaticano propició los nuevos vientos en España desde 1967 a través de su nuncio Luigi Dadaglio, el cual se apoyó en los prelados más propensos a las nuevas ideas, como vimos. De acuerdo con las nuevas normas conciliares, el concordato de 1953 y la confesionalidad del Estado debían ser denunciados. El Vaticano quería la retirada de la presentación de obispos, privilegio otorgado al Caudillo y una plena independencia de la Iglesia con respecto a un régimen al que daba por agonizante. Ante las peticiones de Pablo VI, Franco alegó que los cambios debían solemnizarse oficialmente mediante acuerdos con inclusión de la renuncia de la Iglesia, a su vez, a otros privilegios.

Pero los cambios iban mucho más allá. Ya no se trataba de núcleos semiclandestinos de curas antifranquistas, sino de la propia jerarquía, desde la cual fue creciendo en amplias esferas eclesiásticas —no en todas—, un clima, más intenso según se descendía de nivel, de radicalización política, comprensión hacia el marxismo y creciente aversión a cuanto representaba el Generalísimo. Esta Iglesia *progresista* solía agitar la bandera de los derechos humanos para amparar ideológica y materialmente a fuerzas partidarias del totalitarismo, de la disgregación de

España e incluso practicantes del terrorismo. Bastantes católicos y clérigos —destacaban los jesuitas sin ser los únicos ni mucho menos— marchaban hombro a hombro con sus antiguos exterminadores y contra quienes habían salvado a la Iglesia de la aniquilación, valórese como se quiera este hecho indiscutible. Una inversión histórica en verdad sensacional.

La historiografía más difundida ha prestado poca atención al viraje eclesiástico o no ha percibido su trascendencia histórica y política, difícil de exagerar, para España. Suele atribuirse la presión hacia la transición democrática a las huelgas, protestas estudiantiles, atentados terroristas o apremios exteriores, pero todos esos fenómenos distaron mucho de cobrar una amplitud decisiva. Y habrían tenido aún mucha menos sin el inestimable respaldo político, moral y material proporcionado por los nuevos vientos que soplaban del Vaticano.

La calamidad para el franquismo iba aún más allá de las ayudas de tantos clérigos a comunistas, separatistas y terroristas, pues la nueva orientación eclesial dejaba lisa y llanamente vacío de contenido ideológico a un régimen que se proclamaba católico, guiado por la doctrina y las encíclicas emanadas de Roma. Antaño, cuando los soviéticos y las democracias se habían propuesto derrocar al régimen, Pío XII le había prestado un auxilio precioso; y el Episcopado, en España, lo había defendido, con pocas excepciones. Y ahora el Vaticano rechazaba la confesionalidad y le negaba legitimación, haciendo tambalearse a un estado que había resistido victoriosamente tantas y tan duras pruebas. Algo similar había sufrido el régimen liberal de la Restauración cuando los intelectuales más prestigiosos del momento se habían declarado contra él y favorecido a los elementos revolucionarios y separatistas: otra experiencia clave cuyo alcance no ha sido bien calibrado, por lo general, en la

historiografía. No exageramos demasiado al resumir que el franquismo salvó a la Iglesia, y que esta, o gran parte de ella, acabó por torpedearlo. La diferencia con la Restauración es que esta terminó de forma dramática, con un golpe de Estado y luego una república epiléptica, mientras que el franquismo sería capaz de organizar en relativa calma su propia transición a una democracia, como examinaremos luego.

Por supuesto, los partidos antifranquistas beneficiados por actuaciones clericales nunca manifestaron la menor gratitud a la Iglesia, y para esta todo resultó un mal negocio. En 1966 se había creado la Conferencia Episcopal para gobernar a la Iglesia y en ella las tendencias *progresistas* habían ido imponiéndose. La Asamblea de Madrid, que había pedido perdón a sus verdugos, afirmó que la Iglesia debía «renovarse o decaer», pero sus actitudes y medidas no propiciaron una renovación, sino un decaimiento más profundo. Algunos se metían a «curas obreros» o buscaban otras formas de apostolado, con efectos demasiado descriptibles. Las organizaciones laicas de Acción Católica bajaron de casi un millón de adherentes a finales de los cincuenta a solo cien mil, y los seminaristas, de ocho mil a mil ochocientos, disminuyendo aún según pasaban los años. En el clero cundían las dudas y crisis de conciencia, y el «cuelgue de hábitos» se hizo casi una marea. La Conferencia Episcopal, afirmaría Dadaglio en 1978, «ha llevado a cabo una histórica renovación de la Iglesia en España». En cierto sentido tenía razón, pues la Iglesia cambió mucho, si bien no está del todo claro hacia dónde. La crisis venía de atrás, pero da la impresión de que la corriente *progresista* no la superó, sino que más bien la ahondó.[151]

---

[151] J. Andrés-Gallego y Antón M. Pazos, *La Iglesia en la España contemporánea, 2*, Encuentro, Madrid, 1999, p. 210. Ver también el capítulo «La Conferencia Episcopal,

24

MUERTE DE FRANCO Y CARÁCTER DE SU RÉGIMEN

Franco murió el 20 de noviembre de 1975, un año muy accidentado. Ya el anterior había sido hospitalizado por una flebitis, dejando a Juan Carlos como jefe del Estado. Sin embargo, se había recuperado parcialmente y recobrado el cargo, aunque su salud se hallaba seriamente afectada. Seis semanas antes de fallecer sufría un infarto y volvía a ser hospitalizado para no salir ya del trance.

Dos semanas antes de su muerte, estando ya inconsciente, Marruecos llevaba a cabo la «Marcha Verde», una invasión de masas teóricamente pacífica para adueñarse del Sahara español, contra la decisión de la ONU de celebrar allí un referéndum. Madrid había promovido en los últimos años un partido saharaui favorable a una independencia amistosa, pero el intento falló. Los sobornos de Rabat a algunos jefes saharauis y la torpeza de algún gobernador militar, que disolvió a tiros una manifestación, empujaron el movimiento hacia el Frente Polisario,

nuevo Gobierno de la Iglesia».

antiespañol y dependiente de una Argelia izquierdista, próxima a Moscú y protectora de la ETA. Usa no aceptaba que la zona cayera en manos de Argel, que daría a este salida al Atlántico rodeando por tierra al régimen prouseño de Rabat. Por su parte, Marruecos, Argelia, Mauritania y el Polisario exigían la retirada de España cuanto antes. Para Washington era esencial que Argelia no dominase al Sahara, lo garantizase Madrid o Rabat; pero Rabat se mostraba resuelta y Madrid vacilaba de modo ostensible mientras Franco se apagaba. En consecuencia, ganó la baza marroquí, y ello determinó el éxito de la Marcha Verde, que el ejército español podría haber frenado sin mucha dificultad. La cesión del Sahara a Marruecos y Mauritania por Juan Carlos sería sentida como una traición por parte de los militares. Por cierto que el regalo mantendría a Marruecos ocupado en una larga y costosa guerra con las guerrillas polisarias amparadas por Argel.

Y dos meses antes del óbito del Generalísimo había tenido lugar el juicio a varios miembros de los grupos terroristas FRAP y ETA. Desde la primavera ambos habían emprendido una escalada de asesinatos de policías, que había terminado con la desarticulación total de las partidas del FRAP y casi total de la ETA. Ante el juicio, la ola de solidaridad con los terroristas en Europa dejó pequeña las del caso Grimau y el Proceso de Burgos. En numerosas ciudades europeas las turbas hostigaban embajadas, consulados, oficinas de turismo y otras dependencias hispanas, y proliferaban las amenazas telefónicas, avisos de bombas y manifestaciones. El sindicato comunista francés CGT declaró el boicot a los barcos españoles. Tarancón y Pablo VI intervinieron a favor de los acusados. El Colegio de Doctores y Licenciados de Cataluña y Baleares pidió la suspensión de los consejos de guerra y poco después otro policía era asesinado en

Barcelona. El 22 de septiembre acudieron a Madrid los intelectuales y artistas franceses Régis Debray, simpatizante del Che Guevara, Ives Montand, el cineasta griego Costa Gavras y otros, para difundir un manifiesto firmado también por Sartre, Malraux, Aragon, etc.: descubiertos, fueron expulsados inmediatamente del país. Los altos organismos de la CEE, como el Parlamento Europeo, ministros y gobiernos diversos, el secretario general de la ONU Kurt Waldheim, la Internacional Socialista y partidos de izquierda, así como el nuncio Dadaglio y otras autoridades exteriores presionaron con intensidad al gobierno español para impedir la ejecución de penas capitales.

El gobierno entendía el precedente del juicio de Burgos, cuando la conmutación de las sentencias no había mermado la agresividad terrorista ni el respaldo a ella por parte de la oposición, de numerosos clérigos, partidos y varios gobiernos eurooccidentales. La conmutación no había sido interpretada como gesto de clemencia o concordia, sino de flaqueza, y había espoleado la belicosidad contra el régimen. Ahora, en 1975, Franco conmutó seis penas capitales y dio el enterado a otras cinco, tres del FRAP y dos de la ETA. Al ser ejecutadas, el 27 de septiembre, la furia en el exterior subió de grado: los sindicatos franceses e italianos recrudecieron sus boicots y en varias ciudades fueron asaltadas las oficinas de Iberia y centros oficiales. El mismo día 27 una multitud saqueó y quemó la embajada española en Lisboa con la complicidad de las autoridades salidas del golpe militar del año anterior, llamado «Revolución de los claveles». La embajada en Viena también sufrió ataques vandálicos. Bruselas, Londres, Roma, París fueron teatro de exaltadas manifestaciones, encabezadas en Suecia y Holanda por los respectivos jefes de Gobierno. El sueco, Olof Palme, paseó una hucha simbólica pidiendo dinero contra Franco. El

presidente mejicano Echeverría exigió que la ONU rompiera relaciones con España. Diecisiete países, democráticos y totalitarios en compañía, retiraron sus embajadores. Sonaba a una vuelta al boicot de 1946.

Arias retiró a su vez varios embajadores y advirtió: «No deseamos estar solos, pero tampoco nos intimida la posibilidad del aislamiento». Pero nadie creía que la tormenta durase. El exministro Sánchez Bella señaló: «Un país que compra anualmente productos por un valor superior a quince mil millones de dólares no puede ser aislado».

Las reacciones eurooccidentales y la del papa tienen un matiz chocante: nunca se habían indignado en grado remotamente parejo por las ejecuciones de terroristas o de simples disidentes en otros países. El terrorismo se estaba convirtiendo en una plaga en Alemania, Italia, Inglaterra y Francia, con atentados, secuestro de aviones, etc. Solo tres años antes la OLP palestina había perpetrado una matanza de atletas israelíes en la Olimpiada de Múnich; en el mismo 1975 habían sido juzgados en Alemania miembros del grupo Baader-Meinhof, y ese año y el siguiente varios de sus líderes aparecieron muertos en prisión, por sospechoso suicidio: ni de lejos hubo explosiones de ira como en el caso español. No era menos destacable el despectivo silencio europeo hacia las víctimas del FRAP y la ETA. Y algo podía decirse del pasado de muchos de aquellos antifranquistas. El más acerbo y activo, el mejicano Echeverría, había sido, como ministro del Interior, el más directo culpable de la carnicería de cientos de estudiantes en la plaza de Tlatelolco en 1968, así como, siendo ya presidente, de otra matanza llamada el *Halconazo* con no menos de treinta víctimas mortales. Kurt Waldheim, secretario general de la ONU, había pertenecido al partido nazi, y tiempo después le acusarían de crímenes

de guerra en Yugoslavia. Por su parte, Olof Palme moriría diez años más tarde, precisamente en un atentado terrorista semejante a los que creía tan justificados en España. La policía sueca nunca llegaría a aclarar el caso.

Un odio tan apasionado requiere explicación. No obedecía al carácter dictatorial achacado al franquismo, pnes los férreos totalitarismos del Este europeo suscitaban respeto y hasta reverencia. Ni podía deberse al recuerdo de la ya lejana guerra mundial, cuando Franco libró a los Aliados de muy posibles desastres y fue de los pocos que salvaron a numerosos judíos. El odio debía de partir de la solidaridad de mucha gente con la mitificada causa del Frente Popular en la guerra de España y la pretendida identificación de los nacionales con el nazismo. Aversión magnificada por el desafío y victoria del franquismo sobre los ataques violentos y no violentos para derrocarlo. Acaso también pesara oscuramente la mala conciencia por la colaboración, harto más amplia que la resistencia, hallada por los nazis en la Europa Occidental ocupada y en Suecia. Por fin, muchos querían aprovechar el juicio para derribar de un fuerte empujón al detestado régimen. Usa reaccionó con mayor ecuanimidad.

El gobierno español aguantó estoicamente las presiones y agresiones, tan alentadoras para la ETA. Y hubo poca agitación en España, donde la mayoría de los antifranquistas prefirió la discreción, temiendo un coletazo del gobierno cuando esperaban anhelosos la muerte del Caudillo. De todas formas, Arias no tenía pensado aplastarlos: ETA y FRAP parecían vencidos y el alboroto exterior iría calmándose como tantas veces.

Para el 1 de octubre, treinta y nueve aniversario del caudillaje de Franco, estaba convocada en la madrileña Plaza de Oriente una concentración popular de respaldo al régimen. Pe-

ro ese día se produjo un golpe terrorista sin precedentes: cuatro policías caían asesinados simultáneamente en distintos puntos de la capital. Autor de los atentados era el PCE(r) (Partido Comunista de España reconstituido), que no reivindicó la acción para evitar la detección policial, como tampoco había reivindicado uno anterior contra una pareja de la Guardia Civil. Más adelante, este golpe daría nombre al GRAPO (Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre), sección armada de dicho partido.[152] Días más tarde, una bomba de la ETA al paso de un *jeep* de la Guardia Civil en Guipúzcoa causaría tres muertos más.

Ante la multitud que le aclamaba, un Franco enfermo y con voz apagada achacó la agitación europea a una «conspiración masónica-izquierdista en contubernio con la subversión comunista-terrorista (...) que si a nosotros nos honra, a ellos les envilece». Fue su última victoria, esta solo parcial. Poco después sufría amagos de infarto y entraba en una larga y dolorosa agonía, muy celebrada por sus enemigos, mientras Hasán II de Marruecos se apoderaba del Sahara, contra la ONU y con sostén de Usa.

Suele afirmarse como certeza que el franquismo no podía continuar, debido a la transformación de la sociedad española en sus últimos diez años. Cambio indudable, y no solo económico: la televisión, gran difusora de series useñas cargadas de ideología implícita, el turismo y un «europeísmo» intelectualmente gaseoso habían modificado muchas costumbres y actitudes en imitación de Francia e Inglaterra, aún más de Usa, ge-

[152] Sobre el PCE(r)-GRAPO han corrido las versiones más extravagantes. Al respecto, creo que mi testimonio *De un tiempo y de un país* deja la cuestión suficientemente zanjada.

nerando cierta liberalización y también banalización de la vida social. La práctica religiosa bajaba de golpe y la Iglesia entraba en una larga crisis, acentuada por la creciente riqueza y seguridad del país, pues, según el dicho, se piensa más en Dios en tiempos de contrariedad que en los de fortuna. No obstante, nada de ello implicaba necesariamente el fin inmediato del régimen: la inmensa mayoría de la población no le era contraria y sus enemigos tenían poco ascendiente popular, a despecho de su bullicio. El sistema había demostrado notable adaptabilidad y la adhesión al Caudillo quedó certificada en la multitud que en largas colas acudía a darle el último adiós. Según una encuesta, el 80 por ciento de la gente valoraba su muerte como una gran pérdida.[153]

También se ha explicado el final del régimen por el vínculo esencial entre él y la persona de su jefe. De hecho el franquismo solo continuó algo más de un año y medio, hasta las elecciones de 1977 o, si se prefiere, hasta la Constitución de diciembre de 1978. El Caudillo concentraba teóricamente todos los poderes, en mayor medida que Mussolini e incluso, se ha dicho, que Hitler o Stalin. Pero a diferencia de estos nunca obró como un déspota. No prescindió del gobierno como Hitler, ni arrastró al país a aventuras inciertas como Mussolini, ni aterrorizó a sus colaboradores como Stalin. No creó, ni lo pretendió, un Estado absorbente, ni modificó sentencias judiciales (salvo para conmutar penas de muerte), las decisiones en el gobierno solían tomarse por mayoría que él respetaba, y «entre 1942 y 1975 solo ejerció ocho veces su prerrogativa personal para dictar leyes».[154] Existía en la sociedad, debe rei-

[153] S. Payne y J. Palacios, *Franco*, Espasa, Barcelona, 2014, p. 619.
[154] J. J. Esparza, *Juicio a Franco*, Libros Libres, Madrid, 2011, p. 66.

terarse, amplia libertad personal, y los derechos políticos se negaban solo a los partidos vencidos en la guerra (como lo están en muchos países a los vencidos en la II Guerra Mundial). Los no católicos, sin libertad religiosa, gozaban de tolerancia. Y la notable libertad cultural e intelectual queda revelada, a su pesar, por quienes la niegan. En fin, Franco promovió leyes e instituciones limitadoras de su poder, en principio omnímodo y ejercido siempre con cautela. Pero también es cierto que al final no había surgido algún líder capaz de emular su autoridad y destreza política, y ese «detalle» dificultaba mucho la continuidad del sistema. Con todo, el supuesto es en parte falso. Si el franquismo duró tanto y venció tantas dificultades, se debió a algo más que la personalidad de su jefe: disponía de una estructura que funcionaba por sí misma, no rígida sino articulada con flexibilidad: de otro modo no habría podido arrostrar a sus adversarios, evolucionar y adaptarse a las circunstancias sin perder el equilibrio.

El franquismo trató de institucionalizarse de modo perdurable a través de siete leyes sucesivas, llamadas Leyes Fundamentales del Reino o del Estado, que contenían las concepciones políticas generales y las normas de actuación y sucesión. Las tres de mayor contenido ideológico eran el Fuero del Trabajo, el Fuero de los Españoles y la Ley de Principios del Movimiento. El Fuero del Trabajo, promovido en 1938, en plena guerra civil, declaraba que el trabajo no podía reducirse a mercancía, establecía el salario mínimo, jornadas razonables, descanso semanal, vacaciones y los principios de la seguridad social, buscaba «liberar a la mujer casada del taller y de la fábrica», fomentaba la propiedad de la vivienda, dificultaba el despido, afirmaba la

cooperación entre empresarios y asalariados (base del Sindicato Vertical), garantizaba la propiedad privada, la economía «al servicio de la nación» y la posibilidad de que el Estado supliese a la iniciativa privada cuando esta no resultara suficiente, etc. Su puesta en práctica sería siempre relativa, aunque las condiciones de vida de los obreros mejoraron sensiblemente.

El Fuero de los Españoles, de 1945, venía a ser una Constitución con treinta y seis artículos en dos títulos: Deberes y Derechos, y Ejercicio y Garantía de los Derechos. Establecía el derecho al honor personal y familiar, a la educación, a la salud social y moral, la inviolabilidad del domicilio, limitación del período de detención, el derecho y deber del trabajo, etc. Las libertades de asociación y expresión eran reconocidas siempre que no atentasen contra «la unidad espiritual, nacional y social de España» o «la seguridad del Estado». Otorgaba protección oficial a la religión católica, y si bien «nadie será molestado por sus creencias religiosas ni por el ejercicio privado de su culto, no se permitirán otras ceremonias ni manifestaciones externas que las de la Religión Católica». El matrimonio sería «único e indisoluble», y la participación política funcionaría «a través de la Familia, el Municipio y el Sindicato, sin perjuicio de otras representaciones que las leyes establezcan».

La Ley de Principios del Movimiento, aunque tardía (1958), recoge los rasgos ideológicos visibles en las demás Leyes Fundamentales:

1. Unidad nacional y el deber de servirla y defenderla.
2. Carácter católico del Estado como inspirador de las leyes.
3. Promoción de la justicia y la paz internacional.

4. Función del Ejército como garante de la unidad, la integridad y la independencia de España.
5. La persona y la familia como núcleos de la comunidad social, amparados por la ley y subordinando los intereses particulares al interés nacional.
6. La familia, el municipio y el Estado como estructuras sociales básicas y cauces de participación política.

Otros principios declaraban la monarquía «católica, social y representativa», la seguridad jurídica, la independencia judicial y los derechos ya mencionados. Y se reconocían asociaciones familiares, culturales, profesionales, juveniles y políticas dentro del Movimiento. Esto en la práctica nunca se cumplió: las asociaciones políticas, profesionales, juveniles y culturales carlistas, eclesiásticas, monárquicas y otras nunca se consideraron a sí mismas integradas en el Movimiento. La restricción era más bien negativa: todas ellas podían funcionar siempre que no arremetiesen contra el régimen, lo que no impedía variadas actividades indirectas de socavamiento. Por supuesto, los comunistas crearon tapaderas legales como los clubs de amigos de la Unesco o las asociaciones de barrio o culturales, o se infiltraban en otras ya constituidas. Desde los años sesenta, empezó a distinguirse entre «Movimiento organización» y «Movimiento comunión»: este último prácticamente disolvía al primero en un magma ideológicamente difuso.

Al sistema de participación política por los cauces de la familia, el municipio y el sindicato se le ha llamado «democracia orgánica». En plena guerra, Franco la interpretaba así: «Se invoca en las propagandas rojas la democracia, la libertad, la fraternidad humana tachando a la España nacional de enemiga de tales principios. A esta democracia verbalista y formal del Esta-

do liberal, en todas partes fracasada, con sus ficciones de partidos, leyes electorales y votaciones, que olvidan la verdadera sustancia democrática, nosotros (...) oponemos una democracia efectiva, llevando al pueblo lo que le interesa de verdad: verse y sentirse gobernado, en una aspiración de justicia integral, tanto en orden a los factores morales cuanto a los económico-sociales; libertad moral al servicio de un credo patriótico y de un ideal económico sin el cual la libertad política resulta una burla. Y a la explotación liberal de los españoles sucederá la racional participación de todos en la marcha del Estado a través de la función familiar, municipal y sindical». En 1930, en vísperas de la república, Franco pensaba que «la evolución razonada de las ideas y los pueblos, democratizándose dentro de la ley, constituye el verdadero progreso de la patria».[155] Se refería indudablemente a la democracia liberal, pero el trauma de la II República le haría cambiar de opinión.

Contra lo que suele creerse y como ya señalamos, la idea de la democracia orgánica no procedía en España de la derecha, sino de la más bien izquierdista Institución Libre de Enseñanza, del jefe del «contubernio» de Múnich Salvador de Madariaga o del pensador socialista Fernando de los Ríos. Según su crítica, la democracia liberal o «inorgánica» degeneraba sin remedio en una corrupta lucha de partidos por manipular a la opinión pública a fin de hacerse con el poder, sin respeto por el interés nacional.

Una convicción profunda de Franco era el rechazo a los partidos, basada menos en la teoría que en su interpretación de

[155] Carta a su hermano Ramón a raíz del fracasado golpe militar con el que se intentó imponer la república y en el que había participado Ramón. La carta fue descubierta por Ricardo de la Cierva.

los reiterados intentos de soluciones liberales del siglo XIX y la II República, de pésimos resultados, a su juicio. El 1 de mayo de 1959 declaraba al diario mejicano *Excelsior*: «Si la política de partidos llevó a España en un siglo a tres guerras civiles y al estado gravísimo de que la sacamos, es natural que busque soluciones políticas por otros cauces fuera de lo artificioso de los partidos, que nosotros hemos conducido por el camino tradicional de las organizaciones naturales de la Familia, el Municipio y el Sindicato. Con ello hemos superado los años más difíciles (...): hemos liquidado una guerra interna, nos hemos librado de una guerra universal, hemos alcanzado veinte años de paz ininterrumpida. Sin apenas medios hemos hecho resurgir a la nación y creado unas ilusiones y un resurgimiento». Y «si para otros puede constituir el régimen democrático, inorgánico y de partidos, una felicidad o al menos un sistema llevadero, ya se ve lo que para España constituyó». Pese a todo, «no cometeré la injusticia de identificarlo con el que han practicado las pandillas de criminales y salteadores que vienen presidiendo los destinos de la España roja».

Por fin, en cualquier caso, «se equivocan los que creen que nuestro proceso de institucionalización política podría, más tarde o más temprano, conducir a una fragmentación de la unidad social en múltiples partidos políticos. Si en algunos pueblos funciona con eficacia el contraste de pareceres por esas vías, es porque este se ha forjado y disciplinado en una norma unitaria que todos aceptan. Pero este ejemplo de los otros no nos sirve cuando nuestra historia es en este terreno suficientemente elocuente».[156] Ciertamente, si en Usa uno de los dos grandes

[156] Las citas, de *El pensamiento político de Franco, op. cit.*, pp. 12, 15, 92-93.

partidos hubiera obrado como el PSOE, su democracia difícilmente habría sobrevivido.

El sistema funcionaba según la Ley Constitutiva de las Cortes, de 1942, que hacía de estas el órgano superior de participación política popular para elaborar y aprobar leyes, con una sola cámara que combinaba los rasgos de un Congreso sui géneris y un Senado. Existía una especie de cámara aparte, el Consejo General del Movimiento, cuyos miembros también integraban las Cortes. Estas se componían de «procuradores», término deliberadamente arcaizante: cien representantes elegidos por «cabezas de familia y mujeres casadas» (no se elegirían hasta 1967); 150 representantes sindicales; uno municipal por provincia y uno por cada ciudad de más de 300.000 habitantes. Además eran procuradores los miembros del gobierno y otras instituciones, presidentes del Tribunal Supremo, rectores universitarios, representantes de las reales academias y del CSIC, presidentes de institutos y colegios profesionales, y personas que «por su jerarquía eclesiástica, militar o por sus relevantes servicios» designase Franco, en número de 25. Los designados subían en realidad a 65, al incluir a 40 consejeros del Movimiento, llamados «los de Ayete», por el palacio de San Sebastián donde solía veranear el Caudillo. Este, además, podía tomar o vetar iniciativas legislativas.

Como puede verse, las Cortes estaban diseñadas más como un órgano de cooperación con el gobierno que como escenario de «disolventes» disputas de partido. Los representantes de las instituciones culturales, Justicia, etc., supuestamente más cualificados e ilustrados que los representantes populares, debían contrapesar a estos, también más proclives supuestamente a la demagogia. El concepto de fondo resultaba elitista. Un problema de la democracia, señalado por Churchill, radica en que

la mayoría del pueblo, mal conocedor de los complejos problemas políticos y económicos, pueda designar con su voto a quienes han de hacer las leyes y gobernar. La «democracia orgánica» funcionaba mucho más de arriba abajo, desde las élites a las que se suponía más preparadas, que de abajo arriba, a partir de mayorías electorales.

Esto ocurría también en los ayuntamientos, cuyos alcaldes nombraba el gobierno. Procuradores y alcaldes carecían de sueldo y solo cobraban dietas, no muy abultadas, a fin de evitar la «política de codicia y botín sin ninguna idea alta», achacada por Azaña a sus cofrades. Ello podría abonar una corrupción aún mayor, pues no todos los nombrados, ni mucho menos, se conducían por «ideas altas». La corrupción existe en todos los regímenes del mundo, pero, al igual que la demás delincuencia común, los grados de ella difieren mucho de unos a otros. Los antifranquistas han denunciado una corrupción sistemática, pero se trata de generalizaciones un tanto inconcretas, hechas además por políticos que se revelarían a su vez harto corruptos. En tiempos de Felipe González el cardenal Tarancón provocó las iras de los socialistas al declarar qne la corrupción de estos superaba a la del franquismo. Es imposible comparar, porque los numerosos episodios de corrupción del PSOE y del PP son parcialmente conocidos, mientras que de la época anterior tenemos pocos datos, sea porque no abundaran o porque se «taparan». Como fuere, salieron a la luz varios escándalos de gran calibre, como los de Manufacturas Metálicas Madrileñas, Matesa, Sofico o Aceites de Redondela, en uno u otro de los cuales estuvieron complicados en alguna medida altos personajes del régimen y el hermano de Franco, Nicolás.

Franco erró doblemente al asegurar en los años treinta que su régimen nunca daría lugar a un sistema de partidos; y que la

democracia liberal había «fracasado en todas partes», pues no fue así, aunque precisara el apoyo soviético y la intervención useña, y sufriese cambios profundos a resultas de las dos guerras mundiales.

¿Funcionó la democracia orgánica? Casi todas las opiniones, incluidas las de muchos franquistas, coinciden en negarlo. Probablemente así fue, si bien su larga duración obliga a relativizar el aserto. Después de todo no fue una era de estancamiento o retroceso, sino todo lo contrario, lo cual permite pensar que el régimen podría haber sobrevivido al hombre que le dio el nombre.

Otra causa de la relativa longevidad de aquel Estado fue la institución del gobierno. El Movimiento agrupaba teóricamente a todas las fuerzas políticas del régimen, pero en la práctica se reducía a la Falange y contaba con poco presnpuesto. Donde dichas fuerzas se reunían y equilibraban era en el gobierno, que ejercía el poder real muy por encima del Movimiento. Parte de la habilidad política del Caudillo consistió precisamente en su manejo de las diversas influencias, sin prescindir de ninguna pero dándoles mayor o menor peso según los objetivos generales, evitando un equilibrio rígido en que se neutralizasen mutuamente. El sistema funcionó con eficiencia, con raros momentos de choque, como el del escándalo Matesa. Según José Larraz López, que fue ministro de Hacienda en 1939-1941, Franco prefería a los dóciles sobre los eficaces, pero de ningún modo desdeñó la eficacia y siempre procuró que los ministros tuvieran calidad intelectual y moral. Es difícil encontrar entre ellos a personajes de tan poca talla como han sido frecuentes en la república o a partir de la transición.

El impedimento real a la continuidad del régimen fue su penuria doctrinal. La clave de su ideología la expresaba la dedicatoria en los muros de las iglesias a los caídos en la guerra: «Por Dios y por España», es decir, por la cultura cristiana y la unidad nacional. Esos puntos le permitieron concordar mal que bien a sus *familias*, bandearse en las tormentas exteriores y ganar sostén popular. Un ministro de Hacienda, Navarro Rubio, describirá así a Franco: «No era precisamente un intelectual (...). Su doctrina política estaba compuesta de unas pocas ideas, elementales, claras y fecundas». Otro ministro, el intelectual Fernández de la Mora, coincidirá: «No era un dogmático, ni siquiera un doctrinario (...). Se adaptaba con mesura a las cambiantes circunstancias y evolucionaba; pero siempre sin caer en el oportunismo, sin abdicar de sus creencias esenciales, la principal el catolicismo».

Sin embargo, esos principios no bastaban para fundar una teoría suficiente y duradera, más allá de apelaciones a la experiencia histórica. En sus comienzos, el régimen, buscando sobrepasar al liberalismo y al marxismo, trató de elaborar una teoría propia, a cuyo fin organizó el Instituto de Estudios Políticos. Pero los numerosos y a menudo importantes trabajos de ese Instituto no produjeron una doctrina coherente a la altura de las que pretendía sustituir; y así, entre los propios franquistas se dieron corrientes cada vez más caudalosas que se acercaban al marxismo o a la democracia liberal. Una razón de esta deficiencia teórica puede encontrarse en la misma diversidad de las *familias*. Los carlistas pensaban en una monarquía católica e integrista sustentada en un fuerismo medievalizante, y parte de ellos «progresaron» en inesperable sentido marxistoide. Los monárquicos solían entender el franquismo como un mal menor, necesario para superar la crisis revolucionaria de los años trein-

ta, pero destinado a terminar en una monarquía constitucional antes o después: los juanistas, cuanto antes, la mayoría después de Franco. Sus aspiraciones carecían de sustancia teórica algo sólida. La Falange, con su cadena de prensa, sindicatos, organización juvenil y, durante un tiempo, poder en la enseñanza, dio al franquismo el talante jerárquico, elitista y social. Se ha querido ver en ella el núcleo y esencia ideológica de aquel Estado, pero no lo fue ni siquiera en los primeros años cuarenta, cuando solía perder en sus querellas con la Iglesia y se malograba su designio revolucionario. Durante la década final, la Falange, privada del SEU, marginada en la enseñanza superior, burocratizada y dividida internamente, quedó eclipsada por los «tecnócratas». En comparación con las demás *familias* poseía un ideario más refinado y moderno, pero un tanto ecléctico entre catolicismo y populismo y con demasiada afinidad al militarmente derrotado fascismo italiano como para perdurar. Su ideología, esbozada por José Antonio, quedaría estancada y reducida a fórmulas y ritos: la Falange produjo bastante poesía y novela, pero poco pensamiento.

En la mentalidad de Franco —no de la Falange— otro puntal del Estado debía ser la monarquía que, con la religión, había presidido la integridad y valor histórico de España en sus buenas épocas (pero también en las malas). La catastrófica experiencia de las dos repúblicas alejaba de los nacionales, exceptuando partes de la Falange, cualquier veleidad republicana. Franco no restauró, sino que *reinstauró* una monarquía —caso único en el mundo del siglo XX— manteniendo la dinastía borbónica, pero tratando de apartarla del liberalismo y fundarla en los Principios del Movimiento. Desconfiando de una vuelta al pasado, se declaró regente vitalicio y aplazó la vuelta del trono. Según él «las enfermedades de las naciones duran si-

glos y las convalecencias, decenios. España, que con altibajos ha permanecido tres siglos entre la vida y la muerte, empieza ahora a abandonar el lecho y dar cortos paseos por el jardín de la clínica. Los que quieren enviarla ya al gimnasio a dar volteretas o no saben lo que dicen o lo saben demasiado bien». Quería tener garantías que no encontraba en Don Juan y creyó obtenerlas de la educación de Juan Carlos en España. No iba a cosechar de este los frutos esperados.

Por consiguiente, el núcleo ideológico del régimen sería el catolicismo, cuya cobertura ideológica e internacional no podía ser sustituida, ni de lejos, por la corriente falangista, parte de la cual defendía, además, una democratización al estilo de los vecinos europeos. Franco lo explicó reiteradamente: «La religión católica ha sido el crisol de nuestra nacionalidad; en sus misterios y sus dogmas se inspiraron los siglos más gloriosos de nuestra historia (...). La historia de España está íntimamente ligada a su fidelidad a nuestra Santa Iglesia. Cuando España fue fiel a su fe y a su credo, alcanzó las más grandes alturas de su historia (...). Los que durante un siglo trabajaban contra Dios, destruían, con nuestra fe, la unidad de los hombres y los cimientos sobre los que se levantaba la grandeza de nuestra nación»,[157] etc. Habían desarrollado estas ideas el primer Menéndez Pelayo y luego Pemán y Pemartín. Desde luego, en su Siglo de Oro España había sido la gran defensora del catolicismo frente a turcos, protestantes y anglicanos; pero también había sido católica en sus épocas de anquilosamiento.

Además, aunque la religión influya siempre en la política, un rasgo de la cultura occidental ha sido la relativa indepen-

---

[157] *El pensamiento...*, *op. cit.*, pp. 253 y 255.

dencia entre ambas, y el catolicismo no es una doctrina política precisa ni se identifica con ninguna, aunque rechace las totalitarias. Por ello la identificación con el catolicismo terminó volviéndose letal para el régimen cuando el Vaticano repudió la confesionalidad del Estado que antes defendía y pasó a socavarlo. Privadas las *familias* de ese cemento ideológico, y faltas de una doctrina compacta, las tensiones entre ellas se tornaban cada vez menos controlables y la incertidumbre política hacía posible, incluso, un derrumbe al estilo del portugués, al que no faltaban partidarios. No es de extrañar que el Caudillo sintiera el mayor desconcierto en sus últimos años: de pronto se sentaba en el vacío, y no debió de albergar mucha esperanza en la continuidad de su sistema de gobierno.

Una caracterización del franquismo la ha ofrecido el sociólogo Juan Linz al definirlo como autoritario por oposición a totalitario: el totalitarismo centraliza de modo absorbente el poder en un partido, controla férreamente la enseñanza, los medios de comunicación y la misma vida privada, moviliza a las masas en torno a una ideología precisa y su poder no tiene límites. El autoritarismo admite cierta pluralidad de grupos con actividad política que forman una coalición gobernante según un acuerdo básico entre ellos; no procura la movilización de masas, sino más bien despolitizarlas, ni tiene propiamente una ideología, sino más bien una mentalidad general basada en unas pocas ideas; y se marca unos límites en el ejercicio del poder.

La distinción de Linz describe de modo aproximado al franquismo, si bien el apoyo popular al régimen y en especial a la personalidad de Franco fue menos pasivo de lo sugerido. Su descripción le valió duros ataques del historiador stalinista

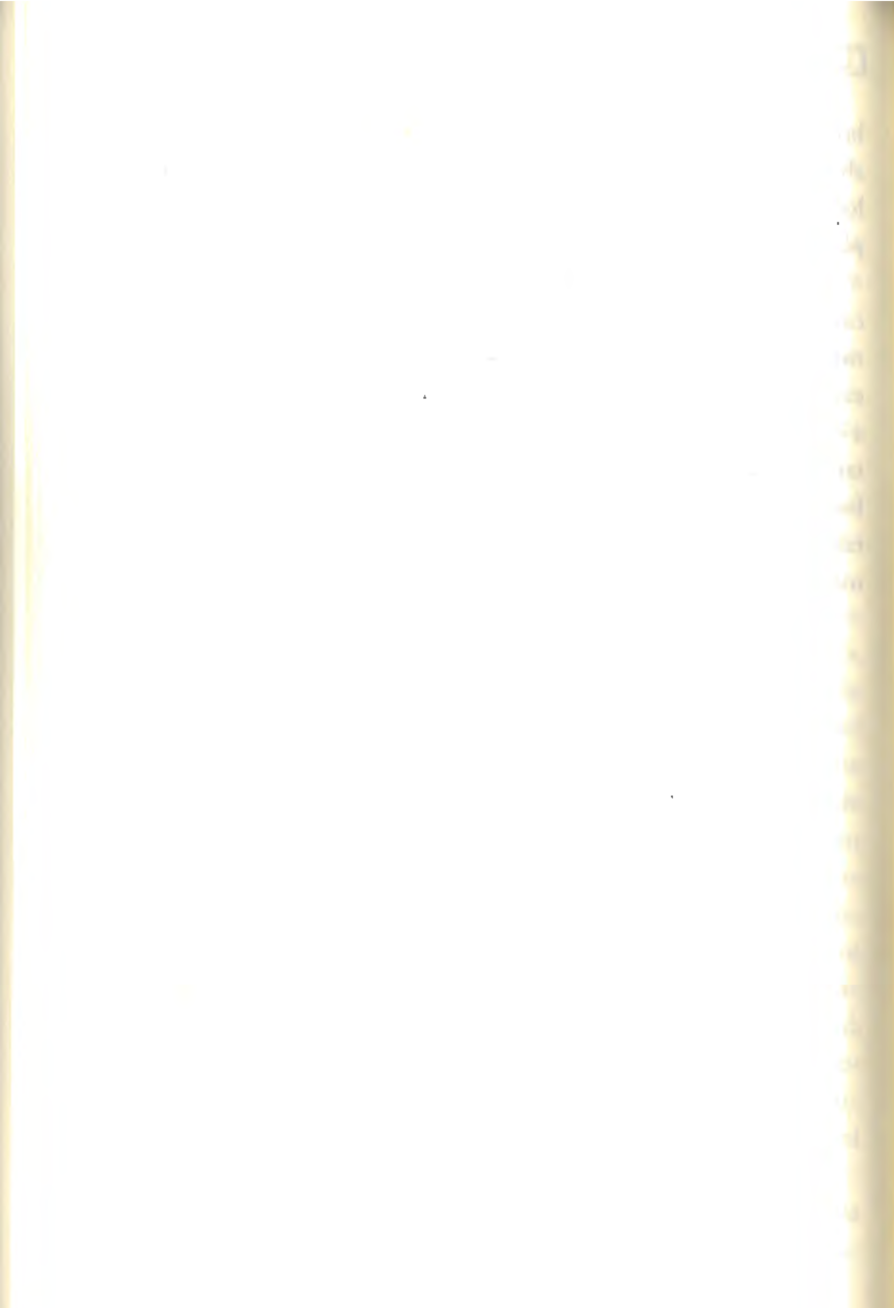
Tuñón de Lara, del sociólogo Ignacio Sotelo y profesores varios que marginaron a Linz en España, pese a su prestigio de profesor en la Universidad useña de Yale. La acusación, muy típica, consistió en tildarle de «franquista», calificativo que la opinión de sus detractores estimaba definitiva y motivo para someterle al ostracismo intelectual.

En 1974 el pensador polaco Leszek Kolakowski, antiguo stalinista, en polémica con unos laboristas ingleses muy beligerantes contra el régimen español, escribió: «Te enorgulleces de no ir de vacaciones a España por razones políticas. Yo, un hombre carente de principios, he estado allí dos veces. Me sabe mal decirlo, pero aquel régimen, sin duda opresor y antidemocrático, ofrece a sus ciudadanos más libertad que cualquier país socialista (tal vez excepto Yugoslavia). Al decirlo, no siento ningún tipo de *Schadenfreude* [alegría del mal ajeno], sino vergüenza, porque aún recuerdo el dramatismo de la guerra civil española. Los españoles tienen las fronteras abiertas (no importa por qué motivo, que en este caso son los treinta millones de turistas que cada año visitan el país), y ningún régimen totalitario puede funcionar con las fronteras abiertas. Los españoles no tienen censura previa, allí la censura interviene después de la publicación del libro (se publicó un libro que a continuación fue confiscado, pero entretanto se habían vendido mil ejemplares; ya nos gustaría tener en Polonia tales limitaciones). En las librerías españolas pueden comprarse las obras de Marx, Trotski, Freud, Marcuse, etc. Igual que nosotros, los españoles no tienen elecciones ni partidos legales, pero, a diferencia de nosotros, disfrutan de muchas organizaciones independientes del Estado y del partido gobernante. Y viven en un país soberano».

Kolakowski se quedaba corto. En España había sin duda mucha más libertad política que en la Yugoslavia de Tito y, so-

bre todo, mucha más libertad personal. Si las fronteras estaban abiertas no se debía al turismo: lo estuvieron siempre, excepto los momentos en que Francia, que no Franco, las cerró. Y el país era, con certeza, más soberano que ahora.

Un régimen autoritario podría definirse como a medio camino entre democracia liberal y totalitarismo, acercándose más o menos a uno u otro. La cuestión de fondo es la ya indicada del papel del Estado: en el totalitarismo, el partido tiende a dominar al Estado, y este a absorber a la sociedad; el autoritarismo está bastante lejos de ello. En su evolución a partir de las duras amenazas de los años cuarenta, el franquismo fue liberalizándose más y más, y creando las condiciones para una democracia, aunque su intención no fuera llegar a ella.



25

FRANCO ENTRE LOS MILITARES Y POLÍTICOS DE SU TIEMPO

Los ochenta y tres años de vida de Franco (1892 -1975) cubren un período de conmociones en España: Restauración hasta 1923, dictadura de Primo de Rivera hasta 1930; un año largo de intermedio hasta la II República, la cual duraría cinco años, hasta las elecciones de febrero del 36; convulsión agravada del Frente Popular, que daría pie a la guerra civil y a los treinta y seis años siguientes de caudillaje. Época de rápidas y a menudo violentas alteraciones económicas, ideológicas y técnicas en todo el mundo, con mayor crudeza en Europa. Franco lo veía así: «Nos ha tocado vivir una época difícil, que tiene caracteres de verdaderos tiempos revolucionarios. En un espacio relativamente corto hemos visto cambiar muchas costumbres, y aun principios morales largo tiempo vigentes han pasado a ser materia de discusión. Este ambiente (...) ha afectado en grado más acusado a los sistemas económicos y sociales y a las fórmulas de convivencia internacional. Las transformaciones de la sociedad contemporánea, unas mejores y otras peores, son en su conjunto síntomas de extraordinaria vitalidad y de una aceleración histórica importantísima en la vida de la

humanidad. Pero no es extraño que tales cambios afecten de forma difícilmente previsible a los pueblos y pongan en peligro muchas veces su paz, su tranquilidad y sus tradiciones. Gracias a Dios nosotros hemos conseguido, sin cerrarnos al signo positivo de la historia, superar los riesgos que este ambiente de cambios comporta, manteniéndonos en una línea firme de paz y progreso, sin perder nunca el sentido de la realidad ni de la fidelidad a unas esencias que constituyen nuestra más interna fortaleza».[158] Tales mudanzas condicionaron a España, aunque esta siguió en general un camino particular.

Hasta los treinta años, la vida de Franco transcurrió en el régimen liberal de la Restauración, en el cual hizo su carrera militar en Marruecos y al que nunca cuestionó. Fueron sus años de formación y de ellos le quedarían algunas actitudes más bien liberales. En Marruecos se convirtió en jefe de la Legión y lugarteniente de Millán Astray, fundador de la unidad en 1920. Caída la Restauración bajo los golpes del terrorismo anarquista, las subversiones socialista y separatista, y la inanidad de los políticos del momento, permaneció ajeno a la política bajo Primo de Rivera, y en Marruecos contribuyó a enmendar el desastre de Annual y derrotar a Abdelkrim. No mostraba inquietudes ideológicas más allá de un talante conservador y anticomunista. Cuando el fallido golpe militar republicano de 1930, escribió a su revolucionario hermano Ramón declarándose partidario de una democratización serena. Por entonces dirigía la Academia Militar de Zaragoza, que clausuró Azaña en 1931, tras tomar el poder los republicanos. El tono izquierdista, anárquico y anticatólico del nuevo régimen le defraudó, pero

[158] *El pensamiento...*, *op. cit.*, p. 612.

no conspiró contra él. Por el contrario, al alzarse izquierdas y separatistas catalanes contra su propia legalidad, en octubre de 1934, defendió la república.

Todo varió desde el triunfo del Frente Popular en las elecciones no democráticas de febrero de 1936. Entonces Franco se sumó a la conspiración de Mola, si bien no resolvió sublevarse hasta el asesinato del líder derechista Calvo-Sotelo. Fue él quien salvó la muy difícil posición inicial de los otros jefes rebeldes Mola y Queipo de Llano, y por ello fue elegido Generalísimo de todos los Ejércitos y Jefe del Gobierno del Estado, encomendándosele «todos los poderes del Estado», que asumió el 1 de octubre de 1936. Se crearon ciertos equívocos y reticencias de algunos generales al no especificarse la duración de esos cargos y Franco mostró entonces, por primera vez, una decisión política radical. Probablemente pensó ya en instaurar un nuevo Estado, pues juzgaba fracasadas la Restauración y la república, y desconfiaba de la capacidad política de sus compañeros de armas. Adoptó el título de «Caudillo», siguiendo viejas tradiciones, y luego su victoria abriría el período convencionalmente conocido como franquismo o «era de Franco», según la calificó el economista largo tiempo militante del PCE Ramón Tamames. La figura del nuevo jefe del Estado debe ser enfocada, por tanto, desde su papel histórico como militar y político.

Las acciones bélicas del Caudillo ocupan diez años en África, una breve intervención en 1934, la guerra civil y los años del maquis. También a otro nivel, las pequeñas guerras de Ifni y el norte del Sahara español. En cuanto militar, Franco ha sido juzgado a menudo desfavorablemente, hasta como una nulidad

incapaz de manejar más que un batallón (Preston, Blanco Escolá y tantos otros). La evidencia de que siempre venció a sus contrarios, caso realmente insólito, pone de relieve la necedad de tal valoración. También se le ha definido como «buen táctico y mal estratega». Opiniones más matizadas y atendibles lo catalogan como «buen profesional» si bien alejado de la brillantez y más aún de la genialidad. Así le han considerado incluso Ramón Salas Larrazábal, o Stanley Payne y Jesús Palacios en su reciente biografía del personaje.

Creo que el juicio solo puede nacer de una apreciación de la guerra civil, pues la de Marruecos y las demás, de rango menor, no permiten evaluar su calidad de estratega. La guerra de España sí entra en las de gran envergadura del siglo XX, la mayor entre las dos guerras mundiales después de la civil rusa. Fue un conflicto largo (casi tres años), de masas (cada bando movilizó a más de un millón de hombres), complejo, con difíciles operaciones de movimiento, batallas campales, intervención del armamento más moderno de la época y actividad naval nada desdeñable. Contienda de arduas alternativas y problemas tácticos y estratégicos, amén de los de reclutamiento y entrenamiento e intendencia, complicados con la reorganización del Estado y del propio Ejército. Esta triple tarea simultánea, que solo algunos líderes revolucionarios como Mao Tse-tung o Ho Chi-Min debieron acometer, ya lo sitúa en un plano particular con respecto a los generales europeos o americanos del siglo XX, por lo común limitados a sus tareas específicas. La misma triple tarea militar, organizativa y política afectó al Frente Popular, que la cumplió con eficacia inferior a la de los nacionales.

Algunas críticas a Franco expresan opiniones arbitrarias sobre cómo debiera haber actuado en tal o cual oportunidad. Lo cierto es que toda operación bélica comporta graves riesgos,

casi siempre lleva aparejados errores y sus jefes han de tomar decisiones disponiendo de menos información que los analistas a posteriori; por ello, el criterio de valoración es justamente la victoria o la derrota: sean los que fueren los errores parciales, el acierto fundamental se manifiesta en el buen resultado, y los aciertos parciales pueden quedar en nada por algún error grave. Se estiman mucho más, lógicamente, las victorias alcanzadas en inferioridad numérica y material, porque en ellas sobresale el espíritu, por así decir: la destreza, el valor y la imaginación.

Muy en síntesis, la guerra de España puede dividirse en tres partes. Los primeros cinco meses hasta la batalla de noviembre-diciembre en Madrid, con perspectiva de guerra corta mediante la acción de pequeñas columnas irregulares en gran parte voluntarias. La inconcluyente batalla de Madrid dio paso a una etapa de guerra larga (casi dos años), que obligó a los dos bandos a esfuerzos extremos, reclutamiento en masa, mayor ayuda extranjera y vastas operaciones (Guadalajara, Jarama, Vizcaya, Santander, Brunete, Belchite, Asturias, Teruel, Alfambra, y otras menores), sin resultado decisivo hasta la batalla del Ebro, terminada en noviembre de 1938. A partir de ahí se abre la etapa de derrumbe del Frente Popular en cuatro meses y medio.

Pues bien, la primera etapa comenzó para los nacionales con una inferioridad de medios abrumadora: el dinero, el número, la industria, el grueso de la aviación, de la marina, de las fuerzas de orden público... casi todos los factores que en principio determinan el curso de un conflicto bélico habían caído del lado del Frente Popular. Semejante panorama habría disuadido de proseguir la lucha a la gran mayoría de los militares de cualquier país. Franco no lo hizo: contaba con las tropas de Marruecos, excelentes, pero escasas y aisladas por el Estrecho de Gibral-

tar, vigilado por la flota enemiga. Hubo de resolver el problema de pasar fuerzas a la península y lo hizo de modo sobresaliente con un arriesgado paso por mar y un puente aéreo, al parecer el primero de la historia, iniciado con los pocos aviones españoles disponibles. También consiguió aviones italianos y alemanes que incrementaron luego el volumen de las tropas transportadas, siempre pequeño. Con sus exiguas columnas de legionarios, regulares y voluntarios, asentó la Andalucía Occidental, derrotó sucesivamente a columnas enemigas superiores en número y artillería, unió la zona nacional, antes dividida en dos, remedió la penuria de municiones de Mola, y en cuatro meses se plantó ante Madrid, cuya conquista habría determinado con toda probabilidad un pronto final de la lucha. Son éxitos realmente extraordinarios, compensando la inferioridad material con visión estratégica y excelente conducciób operativa.

Pero los revolucionarios hicieron un esfuerzo ímprobo por defender la capital, pusieron en pie un nuevo ejército, regular, más centralizado y dotado de material moderno superior al contrario, con fundamental ayuda de Stalin. El sovietizado ejército «popular» fue capaz de vastas ofensivas y contraofensivas, la guerra se hizo entonces irremediablemente larga y fue preciso adaptarse a ella. Franco hubo de abandonar Madrid y atacar la zona izquierdista del norte cantábrico, afrontando el riesgo de perder lo logrado en torno a la capital. Triunfó en una difícil campaña de siete meses, desbaratando de paso los contraataques cerca de Madrid y en Aragón. Su victoria en el norte le dotó por primera vez de superioridad material y numérica, si bien pequeña, y de una importante base industrial, comercial, ganadera y minera. A continuación se volvió de nuevo sobre Madrid, aunque a aquellas alturas la capital ya no tendría el carácter decisivo de 1936; pero el bando rojo movilizó nuevas quintas y

contestó con una contraofensiva por Teruel. Franco cambió de plan, reconquistó Teruel y desde allí avanzó hasta el Mediterráneo por Castellón, cortando en dos la zona contraria. Pareció inminente el derrumbe del Frente Popular, pero este fue aún capaz de una magna ofensiva por el Ebro. Franco decidió destruir allí al adversario en una batalla frontal, la mayor de la guerra. Venció y con ello la guerra quedó por fin solventada.

Sobre estos casi dos años de lucha cabe hacer varias observaciones: Franco fracasó ante Madrid, pero no fue derrotado y retuvo la iniciativa, reaccionó con flexibilidad a cada desafío y convirtió cada ofensiva de sus enemigos en un desastre para ellos. Se le ha acusado de prolongar innecesariamente la lucha, y él mismo habló alguna vez de ello, pero al decirlo hacía de la necesidad virtud. El Ejército Rojo supo rehacerse una y otra vez de sus reveses y organizar peligrosas ofensivas. Imaginar que Franco hubiera podido acortar o alargar la contienda a voluntad supone creer militarmente irrisorio al bando contrario; error típico de estrategia de café, que él nunca cometió.

La batalla del Ebro fue el canto del cisne del Frente Popular. Después, el Ejército Nacional derrumbó con facilidad la resistencia roja en Cataluña. Aún quedaba por conquistar el centro-sureste de la península, casi un tercio del país con buenos puertos, defendido por más de medio millón de soldados y una potente escuadra. Ello hacía posible una resistencia a ultranza durante varios meses, y así lo querían los comunistas y los socialistas de Negrín, esperando enlazar con la anhelada guerra europea. Por el lado contrario, la aplastante superioridad material de que ya disponía Franco le habría permitido aniquilar a sus enemigos, y así lo habría hecho de poseer el carácter sanguinario que le atribuye la leyenda comunista o prestoniana. Pero percibió signos de descomposición entre las izquierdas y

en lugar de lanzarse en tromba contra ellas, esperó a que culminase su desmoralización. Por fin el coronel Casado, el anarquista Cipriano Mera y el socialista Besteiro se alzaron contra Negrín y el PCE, dando lugar a una guerra civil entre ellos. Poco después, los nacionales ocupaban la zona enemiga sin disparar un tiro. No ha solido darse el valor que tiene a esta campaña final de Franco, con máxima economía de fuerzas y, por así decir, elegancia estratégica.

Considerando lo visto, reducir la talla militar de Franco a mera profesionalidad suena inapropiado. Él resolvió con sobriedad y acierto los numerosos y variados problemas tácticos, estratégicos y organizativos que se le presentaron. No perdió casi ninguna batalla, aunque fracasara a veces y, lo que es más esencial, ganó la guerra. Esto no puede decirse de ningún conductor militar europeo o americano del siglo XX. La II Guerra Mundial tuvo una escala mucho más vasta, sobre todo en el frente ruso, pero un carácter semejante en lo esencial. Los generales alemanes (Rundstedt, Manstein, Guderian...) fueron seguramente los mejores por su habilidad para manejar grandes unidades, maniobrar en condiciones difíciles, resistir en inferioridad de condiciones y por su aplicación de la *blitzkrieg* en la primera fase de la contienda. Pero nunca debieron afrontar al mismo tiempo la organización del Ejército y del Estado, ni partir de una inferioridad de medios como la que hubo de remontar Franco. Y sus espectaculares victorias terminaron en terribles derrotas. Los ingleses y useños (Eisenhower, Montgomery...) sí pueden clasificarse como buenos pero no brillantes profesionales, pues gozaban de tal ventaja material que sus éxitos toman un tono gris. Los soviéticos contaron con jefes de gran nivel, siendo Zhúkof, probablemente, el general de cualquier país que acumuló más victorias, pero aun así fracasó o fue derrotado en

varias ofensivas, una de ellas la de Krasni Bor, ante la División Azul. Y la disposición soviética a no ahorrar sangre de sus soldados difiere mucho del cuidado de Franco.

La palabra «genio» es muy subjetiva, difícil de calibrar. Napoleón, a quien nadie niega el título, cosechó tantos reveses como victorias y perdió sus guerras. En cualquier caso, no parece inadecuado ponderar al Caudillo como el militar español más destacado en al menos dos siglos, y uno de los más brillantes entre los europeos del siglo XX.

En su faceta de político también descuella Franco por la magnitud de los obstáculos y enemigos que afrontó y venció, y por el balance de sus acciones. De cualquier modo que se valoren, permanecen hechos evidentes: triunfó en la reconstrucción del país en muy arduas circunstancias, bajo la casi fatal atracción de la guerra mundial, sufriendo luego el maquis y el aislamiento, y siempre con la antipatía euroccidental, los auxilios externos a la subversión comunista y terrorista y, en la última etapa, la defección de la Iglesia. Tales pruebas ni siquiera habría osado arrostrarlas un líder corriente. Salta a la vista su gran superioridad sobre los políticos republicanos: Azaña ha sido encomiado hasta las nubes —con perfecta falta de sentido crítico— como contrafigura del Caudillo, pero realmente fue uno de los principales causantes de la ruina de la democracia o lo que tuvo de democracia la república. Hoy recibe menos incienso.[159] Y siendo el republicano de izquierda más lúcido, sus

[159] Como referencia, mis libros *Los orígenes de la guerra civil* y *Los personajes de la república vistos por ellos mismos* creo que han destruido el mito definitivamente, a juzgar por la ausencia de réplica.

devastadores juicios sobre sus correligionarios clarifican mejor que muchos estudios la realidad de aquella república. De los políticos anteriores solo puede aproximarse a Franco el fundador del régimen de la Restauración, Cánovas, que superó los peores males del siglo XIX y aseguró una estabilidad y progreso modestos pero continuados. En el confuso y violento siglo XIX es difícil encontrar políticos de gran talla, aunque hubiera algunos respetables.

No sobra la comparación con otros estadistas de la Europa de posguerra. Hay bastante consenso en señalar como los más sobresalientes a Konrad Adenauer, Alcide de Gasperi, Clement Attlee y Charles de Gaulle, justamente celebrados por haber reconstruido, traído prosperidad y en varios casos democratizado sus países. Pero estos, pese a sus méritos, poco habrían alcanzado sin el cuantioso auxilio económico y el paraguas atómico de Usa frente al bloque soviético: tutela amistosa pero también humillante para unos países antaño dominadores. Franco, en cambio, sufrió hostigamiento político y medidas de intención brutal contra la economía española y obró con una dosis mayor de soberanía e independencia con respecto a Usa.

Dentro de las condiciones dichas, el laborista Attlee, primer ministro entre 1945 y 1951, impulsó el Estado de bienestar en Reino Unido y aplicó una vasta política de nacionalizaciones (hasta el 20 por ciento de la industria) y racionamiento. Política con algún parecido a la de España por entonces, si bien más exitosa, tanto por partir de un nivel técnico e industrial superior como por haber sido el máximo beneficiario de la ayuda useña. El democristiano Adenauer ensayó desde 1949 una economía mucho más liberal y eficaz que la inglesa, promovida por su ministro Ludwig Erhard. El «milagro alemán» de los años cincuenta convertiría al país en la mayor potencia

económica europea. En menor grado cabe atribuir algo parecido al también democristiano De Gasperi, en Italia. De Gaulle tuvo que abandonar el poder en 1946 para recuperarlo doce años más tarde mediante un semigolpe de Estado bajo amenaza de guerra civil por las disensiones derivadas de la guerra de Argelia. Fundó la V República francesa, que sigue en pie, y trató de sacudirse la protección useña y convertir a Francia en el poder directivo de la CEE, con vistas a hacer de esta una superpotencia independiente, equivalente a Usa y a la URSS. Con tal programa estrechó lazos con Alemania, rechazó la adhesión de Inglaterra, por considerarla el caballo de Troya de Washington, se dotó de armamento nuclear, expulsó las bases useñas y salió del aparato militar de la OTAN. Su gran designio falló parcialmente porque su país carecía de base suficiente para sostenerlo. Francia disfrutó de prosperidad bajo su mandato, lo cual no impidió que cayera al borde del caos y el enfrentamiento civil en la «revolución de mayo del 68». Al año siguiente De Gaulle dimitió, al no sentirse respaldado por una mayoría de compatriotas.

Conflicto mayor para Holanda, Inglaterra, Francia, Bélgica y Portugal durante las dos-tres décadas siguientes a la guerra fue la pérdida de sus imperios coloniales, casi siempre desairada y a veces funesta. Attlee hubo de abandonar la India entre violentos desplazamientos, semejantes en número a los de alemanes al terminar la guerra mundial, con un balance de hasta un millón de muertos; también salió de Palestina bajo los golpes recibidos de los independentistas israelíes; y fracasó en sus programas de desarrollo de las colonias africanas, así como en su intervención en la guerra civil griega. Bastante peor le fue a Francia, vencida en la costosa guerra de Indochina y luego desgarrada internamente por la de Argelia, que llevó al colapso a la IV República.

Luego De Gaulle aceptó la derrota y una retirada sumamente penosa para los colonos franceses y los argelinos colaboradores, masacrados a menudo. Argelia había sido considerada parte de Francia, y no una colonia. Italia fue despojada de sus colonias por los vencedores de la guerra mundial. Holanda salió malparada de Indonesia y Bélgica, del Congo; Portugal retuvo sus colonias más tiempo, pero en ellas se fraguó el golpe militar de 1974. La política descolonizadora española acarreó muchos menos costes y, salvo incidentes menores, transcurrió con bastante más orden que las anteriores.

No suena absurdo, entonces, comparar a Franco con los estadistas más descollantes de su tiempo, incluso por encima de ellos si ponderamos los retos encarados. Cuando falleció, en 1975, el nivel de los gobernantes europeos había descendido. Francia estaba presidida por Giscard d'Estaing, político corrupto y protector de la ETA, que pretendía orientar la transición española (y así lo aceptó en parte Juan Carlos, dándole trato privilegiado en la ceremonia de su coronación). El inglés Harold Wilson, laborista como Attlee, reforzaba las medidas socializantes, mientras el desempleo crecía con rapidez y proseguía la guerra civil larvada en el Ulster. En Alemania el socialdemócrata Helmut Schmidt propulsaba una mayor integración económica y política de la CEE, así como la *Ostpolitik* de Willy Brandt, su predecesor en la cancillería hasta 1974, cuando dimitió por el caso Guillaume, un alto asesor personal suyo que espiaba para Alemania Oriental. La *Ostpolitik* daba por consolidados indefinidamente los sistemas comunistas y, por «realismo», procuraba avenirse con ellos. En la transición española, la socialdemocracia alemana apostaría por revitalizar el PSOE. A Italia, sumida en una honda crisis económica y política, la gobernaba el democristiano Aldo Moro, partidario de vastos acuerdos, incluso de un gobierno «so-

lidario» de concentración con el Partido Comunista. Tres años después lo asesinarían las Brigadas Rojas.

Cuestión aparte en estas comparaciones es la de la democracia. El gobierno de Franco no provino de elecciones, como sí lo fueron los demás; y tampoco pretendió otra cosa, de acuerdo con su crítica al sistema demoliberal. Así, cabría entender el franquismo como un residuo de la crisis de los años veinte y treinta, cuando el liberalismo, incapaz de superar la crisis económica y de contener el auge comunista, dio paso a gobiernos fascistas o autoritarios. Después, solo la intervención militar useña permitió imponer, reponer o salvar, y luego proteger, a las democracias en Europa. Es decir, ni esos países ni sus gobernantes debían sus democracias a sí mismos, sino a un poder exterior, que por otra parte contribuyó a la pérdida harto calamitosa de sus imperios coloniales. En cuanto a España, habiéndose zafado de las convulsiones del resto del continente y no deber nada a Usa, no tenía por qué seguir el mismo camino. Aquí, la república había sido una democracia un tanto deforme y destruida por la subversión izquierdo-separatista, experiencia concluyente en opinión de los nacionales: la democracia liberal, funcionara mejor o peor en otros países, no servía para España.

Franco y muchos más creían preciso, por tanto, ensayar un tipo de convivencia social superadora del liberalismo y el comunismo. Algunos de los suyos, en cambio, entendían el franquismo como una situación anormal y transitoria, necesaria ante una crisis histórica profunda, pero que antes o después debería volver a una «normalidad» democrática. Así venían a pensar los generales y políticos partidarios de Don Juan, por ejemplo. Pero Franco atribuía a aquel tipo de monarquía los males

pasados, cuya vuelta haría estériles los sacrificios de la guerra. El alzamiento de 1936 no se había hecho por la monarquía ni por la democracia, sino por un concepto más amplio y básico de la nación española. Finalmente, habían sido él y los suyos quienes habían derrotado a la revolución y sorteado la guerra mundial, y no estaban dispuestos a que unos «espabilados» serviles a gobiernos ajenos les arrebatasen el fruto de la victoria.

Por lo demás, los nacionales rechazaban enérgicamente el supuesto derecho de cualquier país extranjero a dictar a España su forma de gobierno. Este rechazo podría usarse para justificar una tiranía impuesta por el terror, pero ese no fue ciertamente el caso. Aparte expresiones de descontento comunes a todos los países y sistemas (*piove, ¡porco Governo!*), el sustento popular a Franco se expresó de muchos modos, también en la impotencia contraria para movilizar al pueblo; y no sufrió prisión demócrata alguno. Datos que conviene repetir, por lo reveladores y tan a menudo negados.

Pese a no proceder de elecciones populares, el Caudillo estaba seguro de la legitimidad de su régimen, que, al igual que las democracias, procedía de una guerra. Suele distinguirse entre legitimidad de origen y de ejercicio, y habiendo sido él y los suyos —no los casi inexistentes demócratas ni los muy minoritarios monárquicos— quienes habían salvado a la sociedad de la revolución, la legitimidad de origen parecía clara (a menos que se estimara normal y democrático al Frente Popular, idea demostrativa de la calidad del criterio democrático de quienes la sostienen). Luego, los vencedores habían reconstruido y llevado el país al mayor bienestar material y social en al menos dos siglos, lo que le otorgaba máxima legitimidad de ejercicio. Mas, paradójicamente, sus éxitos iban creando condiciones para una evolución hacia la antes denigrada de-

mocracia liberal, mientras el franquismo se vaciaba ideológicamente.

Esta evolución última debió de ser muy dolorosa para Franco, y es difícil decir si terminó por aceptarla. Testimonios como el de Vernon Walters sugieren que daba por hecha una democratización, al menos parcial, lo que parece corroborado por la nula alusión al Movimiento en su testamento político. No obstante, José Utrera Molina, que fue ministro de la Vivienda y secretario general del Movimiento, le expuso su impresión de que Juan Carlos pensaba romper la continuidad del régimen: «Franco cambió súbitamente de expresión (...) y con notorio enfado exclamó: "Eso no es cierto, y es muy grave lo que usted me dice (...). Sé que cuando yo muera todo será distinto, pero existen juramentos que obligan y principios que han de permanecer (...). España no podrá regresar a la fragmentación y a la discordia".[160]

En cuanto a su personalidad, Franco se autoconsideraba orientado por la providencia y lo que suele llamarse «un esclavo del deber». Sus distracciones eran la caza, la pesca, el golf, el cine y la pintura (sus cuadros suelen estimarse «correctos»), y escribió algunos textos profesionales (*El ABC de la batalla defensiva* o reglamentos de la Legión), el guion de la película *Raza*, en la que trata de expresar la evolución política de España hasta la guerra civil, o el *Diario de una bandera* sobre sus experiencias en Marruecos. Fue muy austero y marido fiel en su vida particular, según todo indica. Con el tiempo se hizo más taciturno. En el apéndice de opiniones sobre él encontraremos los juicios más contrapuestos sobre su figura.

[160] J. Utrera Molina, *Sin cambiar de bandera,* Barcelona, 1990, pp. 208-209.



26

LA TRANSICIÓN: REFORMA CONTRA RUPTURA

La versión más frecuente sobre la transición da a entender su origen en la actividad de la oposición antifranquista por medio de huelgas, protestas y presiones de las democracias. En el extranjero, algo menos en España, suele creerse al PSOE el verdadero promotor y protagonista de la transición. He tratado estas cuestiones en *La transición de cristal* y, como de costumbre, la realidad es muy otra.

A la muerte de Franco la historia planteaba, por decirlo así, un triple problema. ¿Había peligro de una revolución o de un cambio brusco capaz de reproducir los espasmos de la II República? Suponiendo que ese peligro fuese pequeño o se conjurase, ¿podía organizarse una evolución manteniendo el régimen, al estilo de los cambios habidos en los años cuarenta y sesenta? ¿O bien era factible una transición en orden para establecer un régimen distinto, presumiblemente del tipo de los de Europa Occidental? A estos retos debían enfrentarse la sociedad y los políticos.

Una evolución que mantuviese lo esencial del franquismo se hacía inviable por las causas ya vistas, de modo que todo pre-

sionaba en pro de una solución al estilo de las de la Europa Occidental: después de todo, en esos países existían partidos comnnistas, descontento y en varios de ellos un terrorismo alarmante, pero, aparte de episodios como el mayo francés o las oleadas huelguísticas de Italia, no parecían capaces de poner en jaque a sus sistemas políticos, de modo que algo semejante podía ocurrir en una España próspera y políticamente moderada. Y así pensaban, con mayor o menor claridad, muchos políticos franquistas y no franquistas.

Esta solución comportaba un riesgo de desplome y hasta de revolución, estimar el cual exige tomar en cuenta el carácter y apoyo popular de la oposición antifranquista. La guerra había nacido de la radicalización de las izquierdas y los separatismos, algo hoy imposible de negar de modo solvente. Pues bien, ¿cómo habían cambiado esas fuerzas en los treinta y seis años pasados desde su derrota militar? En la oposición real predominaban opciones irreconciliables y que no habían aprendido gran cosa de la experiencia histórica, pero en conjunto calaban poco en la población. Solo el PCE había luchado de modo permanente y echado raíces aquí y allá. Fuera de él pululaban personajes sueltos, grupúsculos variados —también comunistas los más activos—, asociaciones poco formales de socialdemócratas, democristianos, etc.; y terroristas en potencia o en actos menores (la ETA era la excepción, por las razones ya expuestas); por tanto, el peligro de una transición no parecía excesivo. Siempre que no fuera brusca, porque en cambios así, pequeños grupos y personajes radicalizados adquieren un impulso repentino y hasta determinante, según probaban hechos como la llegada de la II República o, mucho más recientemente, la «Revolución de los claveles» portuguesa.

Los políticos del régimen, al menos desde Carrero, trataron de diseñar una evolución suave, sin cortes drásticos, mediante reformas articuladas en torno a Juan Carlos, el rey designado por Franco (a quien la oposición prometía un reinado muy breve). Para ello debía disponerse o crearse una oposición no exaltada, capaz de aprender de la historia y renunciar a viejas conductas. La amenaza mayor se veía en el PCE —pese a su maquillaje democrático de última hora, llamado «eurocomunismo»— y en la ETA. Para neutralizarlos se promovieron iniciativas como un PSOE renovado (el de Felipe González) y el PNV. Estos esfuerzos dieron fruto escaso cuando, a la hora de iniciar el tránsito, la oposición opuso a la reforma la consigna de ruptura, un cambio drástico, de hecho revolucionario, que saltase sobre los cuarenta años anteriores para enlazar ideológica y políticamente con una pretendida legitimidad de la república o del Frente Popular.

Un estímulo al efecto habían sido los sucesos de Portugal el año anterior a la muerte del Caudillo: Marcelo Caetano, sucesor del dictador Oliveira Salazar, había sido derrocado por el golpe militar izquierdista bautizado como «Revolución de los claveles». El golpe había suscitado entusiasmo en las izquierdas europeas y la oposición española lo entendió como un buen augurio para sus aspiraciones. Los golpistas lusos, procedentes de las guerras africanas, estaban ideologizados en plan marxista y tercermundista, y el Partido Comunista Portugués emergió de la clandestinidad con empuje impresionante. La revolución cobró tono ultraizquierdista, y muchos especulaban con su contagio a España. No faltaban síntomas de ello, y en agosto de aquel 1974, el Ejército español dio señales de cuartearse al surgir una Unión Militar Democrática (UMD), golpista de izquierda inspirada en los portugueses.

Semanas antes, en julio, Carrillo fundaba la rupturista Junta Democrática, que incluía al PTE (Partido del Trabajo de España) maoísta predicador de la lucha armada, aunque nunca la hubiera practicado; al PSP (Partido Socialista Popular), rival del PSOE y dirigido por Tierno Galván, que llegaría a alcalde de Madrid tras pasarse a sus rivales; a la ASA (Alianza Socialista de Andalucía), aspirante a «un poder andaluz»; al Partido Carlista de Carlos Hugo de Borbón, revolucionado hacia algo similar al trotskismo; a García-Trevijano y Calvo Serer, este último antiguo «nacional-católico» intransigente y ambos relacionados con el círculo de Don Juan; al intelectual de izquierda y conspirador compulsivo Vidal Beneyto, uno de los padres del «contubernio» de Múnich; y al aristócrata José Luis de Vilallonga, habitual de la prensa rosa. Por fin, tras tantos años de ingrata labor, Carrillo aglutinaba en torno a sí a hombres y grupos de variado pedigrí político ante el esperado y próximo fin de su odiado Franco. La única potencia real en la Junta era el PCE y sus CCOO. Aun así, no era una alianza desdeñable, pues el Pacto de San Sebastián, no menos endeble, había generado la II República.

Por su parte el PSOE, reacio a supeditarse al PCE y resuelto también a aprovechar las circunstancias, saltaba al ruedo después de haberse «renovado» en octubre de 1974, en el congreso de Suresnes, cerca de París, amparado por el SECED de Carrero. Para competir con la Junta, el PSOE creó en junio de 1975 la Plataforma de Convergencia Democrática, de fraseología más radical («contrapoder popular»). La integraban, aparte del PSOE, dos partidos maoístas y partidarios teóricos del terrorismo («lucha armada»): ORT (Organización Revolucionaria de Trabajadores) y MCE (Movimiento Comunista de España, que luego suprimiría la palabra España); el Partido Carlista, que

había dejado la Junta; un Consejo Consultivo Vasco, compuesto por un PNV muy débil y otras siglas, incluyendo anarquistas de «Euskadi»; el Partido Gallego Socialdemócrata, la Unión Socialdemócrata Española, el Reagrupament Socialista y Democràtic de Catalunya, Unió Democràtica del Pais Valencià e Izquierda Democrática, constituida por democristianos como Ruiz-Giménez y el hijo del Gil-Robles histórico.

Junta, Plataforma y organismos parecidos, como la Asamblea de Cataluña, organizada por el PCE-PSUC, tenían el rasgo común de reunir en torno a un núcleo marxista o marxista-leninista a personajes y partidos (en general siglas semivacías) que abarcaban desde los maoístas y algunos terroristas hasta cristianos *progresistas*... bajo las banderas de la ruptura y, por supuesto, de la «democracia» (como el Frente Popular).

La mayoría de los plataformistas existían poco más que de nombre, también su aglutinador, el PSOE. Pero ese dato engañaba, pues el PSOE contaba ya con soportes excepcionales: un pingüe respaldo financiero de la opulenta socialdemocracia alemana y de otros orígenes, protección de la poderosa Internacional Socialista y los servicios secretos españoles; y el favor de la prensa, que dio excelente cobertura a sus líderes Felipe González y Alfonso Guerra. Tales bicocas permitieron al PSOE dotarse en pocos meses de una extensa infraestructura y excepcional capacidad de propaganda. La razón de tales privilegios la explicará Carrillo en sus *Memorias*: en la comisión parlamentaria para investigar el escándalo Flick —empresario alemán que había hecho llegar un millón de marcos al PSOE— preguntó al representante de Flick, llamado Von Brauchitsch: «Tengo entendido que el señor Flick fue condenado por el Tribunal de Núremberg como criminal de guerra nazi. Y creo que usted es hijo del general que fue jefe del estado mayor de Hitler... En-

tonces, ¿cómo se explica que ustedes financien al PSOE?». Von Brauchitsch no vaciló en la respuesta: «Tratábamos de cerrar el paso al comunismo y el partido mejor situado para hacerlo era el PSOE».

En 1976 Junta y Plataforma seguían débiles y sus mensajes confusos, por lo que unieron fuerzas en una Coordinación Democrática o *Platajunta*. Con plena libertad práctica, la Platajunta convocó manifestaciones con la consigna «Libertad, amnistía y estatutos de autonomía», y huelgas (se perdieron ocho veces más jornadas que en 1975, año de máxima conflictividad anterior). Su acción culminó en una huelga general política el 12 de noviembre, en la cual se volcaron los sindicatos CCOO y UGT. Trataban de «conseguir la mayor movilización de masas» para derrotar los planes gubernamentales de reforma que iban a someterse a referéndum un mes después. Pese a tanto empeño, la huelga fracasó. Los convocantes hablaron de dos millones de huelguistas, pero el consumo de electricidad apenas se alteró, prueba de su escasa incidencia. Los obreros seguían renuentes a las huelgas políticas, y la Platajunta comprobó que su rupturismo convencía mucho menos de lo que habría deseado.

Una tercera oposición venía de los terroristas ETA, GRAPO y algunos otros que no se contentaban con menos de aplastar al *fascismo* mediante la insurrección armada. El GRAPO se estrenó oficialmente con numerosas bombas y acciones en diversas ciudades, el 18 de julio, aniversario del levantamiento *fascista* de 1936, para recordar que aquel régimen execrado continuaba y solo podría caer por acciones revolucionarias y no por «rupturas amañadas». De paso el GRAPO, dependiente del PCE(r) reivindicó por primera vez el cuádruple atentado del 1 de octubre anterior. Al revés que los asesinatos de la ETA, la irrupción del GRAPO causó tremenda desazón a los rupturistas, que eran más

o menos conscientes de su debilidad, disfrutaban ya de muchas ventajas democráticas y temían un coletazo de los sectores llamados «ultras» o una intervención del Ejército. Como no tenían otra opción, inventaron el bulo de que el GRAPO estaba infiltrado o manejado por la policía o la ultraderecha. Los infiltrados eran precisamente el PCE, el PSOE y demás.

Mientras tanto, Arias Navarro, sucesor de Carrero, siguió gobernando unos meses tras la muerte de Franco y empezó a aplicar proyectos de reforma. En febrero de 1974 había prometido unas asociaciones como embriones de partidos, pero titubeaba de darles pleno vuelo. Luego se llevaba muy mal con el ya rey Juan Carlos, el cual planeaba deshacerse de él. En su gabinete dos ministros «fuertes» aspiraban a dirigir la transición: Manuel Fraga y José María de Areilza. Este, alto cargo del franquismo durante muchos años y luego consejero de Don Juan, se había pasado a la oposición en 1964 y coqueteado con los «pactos para la libertad» de Carrillo. A su vez, Fraga había diseñado una transición «a la inglesa», ampliando las libertades políticas y las leyes para permitir partidos y elecciones de partido, sin necesidad de Constitución. El diseño pudo haber funcionado, pero disgustaba a Juan Carlos, porque no iría tan ligado a su nombre como al de Fraga. Por tanto buscó otra vía apoyándose en Torcuato Fernández Miranda, su hombre de máxima confianza y dispuesto a obrar como discreta eminencia gris.

Torcuato preparó una peculiar intriga con Adolfo Suárez, también ministro de Arias como secretario general del Movimiento. Suárez se dedicó a obstruir las reformas invocando las esencias franquistas, mientras Torcuato y el rey burlaban a Areilza haciéndole creer que era el favorito para suceder a Arias, e indisponiéndolo con Fraga. El enredo no dejaba de tener tintes cómicos. Mientras, Juan Carlos consiguió forzar la dimisión de

Arias a principios de julio de 1976. Tanto Fraga como Areilza esperaban sustituir al dimitido, pero, para sorpresa general, el rey nombró a Suárez. Todo el mundo quedó perplejo, dado el escaso fuste del elegido y sus actitudes próximas al *búnker,* como llamaban a los escasos sectores del régimen que creían viable mantenerlo tal cual.

Pronto estuvo claro que Suárez había sido el hombre de mano de Torcuato para obstaculizar a Arias y neutralizar a Fraga y Areilza. Desde ese momento se puso en marcha la reforma de Torcuato, el cual permaneció en segundo plano, convencido de que Suárez, un político harto ignorante (se jactaba de no haber terminado un libro en su vida, lo que se decía también de Juan Carlos), seguiría aceptando su tutela. Como primer paso se presentó a las Cortes una Ley para la Reforma Política, presentada como octava Ley Fundamental del Reino, aunque en realidad iba a abolir las siete leyes anteriores para abrir paso a un sistema demoliberal. La ley fue aprobada por gran mayoría el 16 de octubre del 76, con lo que la clase política del franquismo renunciaba voluntariamente a su poder, un hecho histórico sin precedentes. El paso segundo, un referéndum, debía avalar popularmente la ley y darle plena legitimidad.

La renuncia (se le llamó «harakiri») de aquella clase política debe verse en toda su trascendencia. Aunque cabe juzgarla inevitable antes o después, por el desinflamiento ideológico del régimen, habría sido más probable, por el contrario, su aferramiento al poder, máxime cuando la Platajunta no demostraba una fuerza demasiado impresionante y la UMD había quedado en mínimo episodio, permaneciendo las Fuerzas Armadas sólidamente unidas frente a cualquier «Revolución de los claveles». En otro sentido, la renuncia venía a legitimar al franquismo, implicando que no había nacido de la destrucción de una demo-

cracia, pues finalmente la aceptaba: las condiciones creadas en aquellos cuarenta años abrían la esperanza de un sistema de partidos sin los traumas de la república y el Frente Popular. Dato clave: la reforma se planteaba explícitamente como un proceso sin vacío legal, «de la ley a la ley», reconociendo legitimidad al franquismo y no al Frente Popular, como pretendía la Platajunta. Torcuato entendía que la Platajunta solo aceptaría su plan si se la hacía consciente de su debilidad, de su impotencia para provocar alguna quiebra o derrumbe rupturista.

No dejó de presentar batalla la oposición con su mencionada campaña de huelgas y manifestaciones, hasta que el descalabro de su huelga general le hizo ver el poco aprecio del pueblo por aventuras políticas. Pero aún intentó boicotear el segundo paso de la reforma, el referéndum previsto para el 15 de diciembre de aquel año, 1976. Por su parte el GRAPO, a fin de demostrar que solo con la acción armada debía tratarse al *fascismo*, secuestró cuatro días antes a Antonio María de Oriol, exministro de Justicia y cabeza de una de las familias económicamente más poderosas del país. A cambio de su vida exigió la liberación de varios comunistas y terroristas presos. El golpe amenazaba la reforma al sugerir que las izquierdas seguían tan violentas y antidemocráticas como en la república, dando pie a posibles reacciones involucionistas. Los alicaídos rupturistas, ahora unidos en la Plataforma de Organismos Democráticos (en rigor, ninguno de ellos lo era), insistieron con angustia en el bulo de la infiltración y el manejo del GRAPO por la policía o la ultraderecha. El PCE, temiendo seguir siendo ilegal —con lo que el fruto de sus larguísimas fatigas lo cosecharía un PSOE que se había limitado a esperar el óbito de Franco—, ya había aceptado al rey, la bandera nacional y la economía de mercado, que el PSOE aún rechazaba, jugando a radical.

Pese al GRAPO y los rupturistas, el referéndum fue un enorme éxito para Suárez, orientado por Torcuato. Votó un 77,5 por ciento del cuerpo electoral, con un 94 por ciento de síes. Volvía a demostrarse el favor popular a Franco, pues casi todo el mundo veía en Juan Carlos a su sucesor, al tiempo que apoyaba el tránsito a una democracia.

A pesar de ese éxito, el secuestro de Oriol, complicado algo después con el del general Villaescusa, paralizó la reforma. Unos ultraderechistas se vengaron asesinando a varios abogados del PCE, siendo respondidos por una manifestación de comunistas y afines, masiva pero en plan pacífico y silencioso: el PCE, consciente de su incapacidad de cambiar las cosas, ratificaba así su renuncia a la subversión violenta, al menos en la situación, y su anhelo de legalidad. Quizá entonces decidió el gobierno concedérsela. Suárez había prometido a la cúpula militar mantener ilegal al PCE, por lo que creó resentimiento entre los generales cuando por fin hizo lo contrario. Resentimiento debido al engaño, no a una oposición militar a la vía democratizante, como han sostenido muchos estudiosos. El Ejército aceptó con disciplina todos los pasos, con quejas menores, algún momento de crispación debido al terrorismo y muy pocas dimisiones. Al mismo tiempo, un saludable temor de los rupturistas a los militares contribuyó a evitar desvíos a la portuguesa. Y dos meses después del secuestro de Oriol, la policía lograba desbaratar al PCE(r)-GRAPO, aunque no destruirlo; y allanar de nuevo el camino reformista, el cual ya prosiguió con incidentes menos graves.[161]

---

[161] Respecto de este asunto, como de todos los referidos al PCE(r)-GRAPO, debe consultarse *De un tiempo y de un país*, mis memorias de la época.

Tras esta victoria Suárez debió de convencerse de tener talla de estadista. Se sacudió sin remilgos la guía de Torcuato y navegó por su cuenta, procurando olvidar la legitimidad anterior y afanándose en disimular el pasado y su propia biografía, moda que haría furor a derecha e izquierda. Creó la UCD (Unión de Centro Democrático), formada básicamente con la estructura del Movimiento más algunos democristianos y socialdemócratas. No discutió los títulos de demócrata de la oposición y en lugar de hacer patente la debilidad de ella, como había indicado Torcuato, le prodigó dádivas y concesiones. Fraga, disgustado, fundó el partido Alianza Popular (AP) con Fernández de la Mora, Silva Muñoz, López Rodó, Licinio de la Fuente y otros personajes más fieles a la trayectoria del franquismo y que habían desempeñado un papel clave en la prosperidad de los últimos quince años. Pero AP tropezaba con dos grandes estorbos: la gente entendía a Suárez como el hombre del rey, depositario de legitimidad de Franco; y de inmediato sufrió AP el hostigamiento implacable de la izquierda, que la tildaba de «facha», con la complacencia de UCD. Fraga, más maleable de lo aparente, terminó por imitar la línea de Suárez. El concepto de demócrata fue equiparado al de antifranquista, con lo que no habría nadie más demócrata que los comunistas o la ETA.

Con la transición salieron los presos políticos, demostrando su poco calado popular (escasos centenares en un país de 36 millones de habitantes), y su democratismo harto peculiar: prácticamente todos eran comunistas y/o terroristas, como ya indicamos.

La transición tenía mucho de paradójica, porque los reformistas, empezando por Suárez, carecían de trayectoria o pensamiento demoliberal, y mucho menos lo tenían los rupturistas, pese a emplear todos a troche y moche la palabra de-

mocracia. Sin duda constituía ello una flaqueza de entrada; y no menor la adhesión de los rupturistas a una historia mítica, que les imposibilitaba aprender de la historia reciente. A esta mitificación contribuyeron Suárez y luego Fraga con la consigna de olvidar el pasado y «mirar al futuro»: mirada ciega al prescindir de la experiencia. Con ello la izquierda, los separatistas y muchos derechistas anhelosos de apuntarse a los nuevos tiempos se adueñaban de la historia y hacían de ella el cimiento de sus nuevas o no tan nuevas políticas. De este modo, el PSOE pudo presentarse bajo el lema, en verdad asombroso, de «cien años de honradez y firmeza».

Fruto del precario pensamiento democrático de todos ellos fue una Constitución nn tanto profusa, confusa y ambigua, elaborada con maniobras poco ortodoxas y aprobada con muchos menos votos que el referéndum del 76. Julián Marías y otros personajes vislumbraron sus peligros para el futuro, en particular una balcanización del país cuando los separatistas se sintieran fuertes. La UCD y las izquierdas harían lo posible, involuntariamente, debe suponerse, por fortalecer los secesionismos, financiándolos, entregándoles la enseñanza y otras competencias en un vaciamiento del Estado, y permitiéndoles incumplir las leyes en Cataluña y Vascongadas. Por el momento, los separatistas no se presentaban como tales y parecían contentarse con una generosa autonomía, pero un conocimiento mediano del pasado habría servido de aviso y freno a la dadivosidad de UCD. Torcuato rehusó votar la Constitución pese a las abruptas presiones de Suárez y los suyos, y abandonó el partido y la partida. Poco después fallecía, y Suárez no asistió a su funeral.

Enseguida cobró proporciones antes poco imaginables el terrorismo de la ETA, en menor medida el de GRAPO y del separatismo catalán. Y pudo comprobarse que los separatistas

«moderados» y «demócratas» lo explotaban para arrancar más concesiones. Un errático Suárez jugó a rebasar por la izquierda al PSOE, destruyó su partido y tuvo que dimitir entre desprecios casi generales, mientras diversas fuerzas políticas, con el rey, preparaban el golpe, que quedó en esperpento, del 23-F de 1981.[162] Al año siguiente llegó al poder, por mayoría absoluta, el partido de los «cien años de honradez».

La transición ha sido alabada sin tasa y no dejó de tener efectos positivos, como acabar con el mito de que el franquismo solo podría ser derrocado por la violencia o que era incapaz de abrir paso a la democracia. Y sirvió de modelo para transiciones «suaves» en otros países. Pero si fue posible se debió a la herencia recibida. La historia mítica afirma que entonces se reconciliaron los españoles, supuestamente enfrentados desde la guerra civil; pero quienes se reconciliaron fueron, en cualquier caso, los políticos, y no todos. Sin la muy mayoritaria reconciliación popular previa, la transición habría sido impensable, y menos con unos políticos de vuelo más bien corraleño después de Torcuato. Los errores iniciales, disculpables hasta cierto punto en una empresa nueva, no se corregirían, agravándose hasta provocar la profunda crisis actual.

Casi siempre se olvida —y debe señalarse también, porque si no el panorama quedaría muy incompleto— que la transición vino acompañada de un rápido deterioro de la salud social. Sin llegar a críticas como las de G. Morán, para quien los políticos de entonces eran «unos impresentables», ciertamente no se trató de grandes estadistas, por decirlo con suavidad.

[162] Sobre el fondo del golpe del 23-F quedan hoy pocas dudas. Uno de los mejores estudios es el de J. Palacios *23-F, el rey y su secreto*, Libros Libres, Madrid, 2011.

Dada la posición geoestratégica de la península, la transición interesaba en sumo grado en el exterior. España, punto fuerte en la guerra fría, albergaba varias bases militares useñas, y el peligro de un giro revolucionario daba escalofríos en muchas capitales. No solo se temía la grave inestabilidad de Portugal, también la existencia en Italia de grupos terroristas y de un Partido Comunista lo bastante fuerte para competir por la mayoría electoral con la Democracia Cristiana, dato muy azaroso para la OTAN. Si algo parejo llegaba a afectar a la Península Ibérica, quedaba amenazado el flanco suroeste del dispositivo occidental, así como Marruecos, puntal de la influencia useña y francesa. Una España adversa a la OTAN o simplemente neutral habría constituido un golpe estratégico y político de primer orden para Usa y Europa Occidental, y una excelente ganancia para la URSS.

En 1970 el presidente useño Nixon había visitado a Franco y hablado con un pesimista Carrero («los bárbaros esperan fuera de las murallas»). Franco, en cambio, había observado los pies de barro de Moscú, su desmedido gasto en armamentos a costa del consumo popular, señalando que solo la provincia de Madrid contaba con más coches que la URSS. Nixon, inquieto, había enviado al año siguiente a Vernon Walters para conocer cómo estimaba el Caudillo el futuro próximo. Walters, militar y diplomático prestigioso, experto en los servicios secretos, entregó al Caudillo una carta donde Nixon exponía sus graves responsabilidades en el mundo y su preocupación por la evolución del Mediterráneo occidental. «Franco contestó que lo que realmente interesaba a Nixon era lo que pasaría en España después de su muerte. Contesté simplemente: "Sí, general, eso es" (...). Entonces dijo que la sucesión sería ordenada, porque no había alternativa. España marcharía un largo tramo hacia la

democracia propiciada por nosotros junto con los británicos y los franceses, pero no hasta el final, porque España no era Usa, Gran Bretaña o Francia (...). El general Franco se levantó para indicar que la reunión había terminado (...): "Diga al presidente Nixon que tenga confianza en el buen sentido del pueblo español". No habría una segunda guerra civil (...). Él tenía fe en Dios y en el pueblo español». Y afirmó que su verdadero monumento serían las clases medias españolas creadas bajo su gobierno. «Fue la última vez que vi a Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España y Generalísimo de sus Ejércitos. Según volvía a Madrid en coche, me preguntaba cuántos estadistas serían capaces de discutir sobre su propia muerte de modo tan desapasionado como él».[163]

Desde luego existía una clase media en España antes de Franco, pero se había expandido enormemente y constituía una garantía de transición ordenada. Garantía parcial, pues precisamente las provincias más ricas, las Vascongadas, sufrirían los peores disturbios. No obstante, Franco acertaba en lo esencial.

Walters, cuyo respeto por el Caudillo salta a la vista, sería director adjunto de la CIA en los años cruciales de 1972 a 1976. Varios autores han presentado la transición como un plan cocinado por Washington a través de la CIA (a la que achacan también el asesinato de Carrero), actuando los políticos españoles poco más que como títeres, versión frecuente, esta vez, en la derecha. La tesis no se desprende de ningún documento conocido, y atribuye a la CIA una especie de sapiencia y potencia desmesuradas. Pero la CIA distaba mucho de esa perfección fantaseada, y sus fracasos quizá hayan superado a sus éxitos.

[163] V. Walters, *The mighty and the meek*, St. Ermins, 2003, pp. 311-333.

Ortí Bordás expone en sus memorias de la transición el considerable despiste del espionaje useño sobre España, ya visible en sucesos como el «contubernio» de Múnich. Pero, al margen de especulaciones, la preocupación de Usa por evitar convulsiones revolucionarias en la península no tiene ningún secreto. Ortí, falangista partidario de la democratización, narra su entrevista con altos funcionarios del Departamento de Estado: «Sus conocimientos políticos sobre España no eran, por decirlo así, excesivos (...). Una cosa sí tenían perfectamente clara: resultaba preciso evitar a toda costa cualquier conflicto serio en España a la muerte del jefe del Estado. Temían que nuestro país pudiese caer en un proceso de desestabilización que afectase negativamente al resto de Europa y a sus propios intereses estratégicos (...). ¿La posición del Príncipe era lo suficientemente fuerte para hacerse cargo de la jefatura del Estado sin mayor problema? ¿Acaso contaba con suficientes asistencias políticas y populares? ¿Y cuál sería la actitud que adoptasen las Fuerza Armadas? (...). ¿Los franquistas se avendrían a un futuro monárquico o, por el contrario, lo obstaculizarían? ¿Las fuerzas políticas de la oposición, todas ellas antifranquistas y antimonárquicas, asumirían un proceso que, al cabo, suponía el cumplimiento de las previsiones sucesorias establecidas por el propio Franco? ¿Se iban a quedar quietos los comunistas, con su capacidad de movilización y los muchos apoyos exteriores de que disponían? ¿Los grupos terroristas, y fundamentalmente la ETA, no pretenderían dinamitar el intento de una sucesión pacífica del General? Etc.». Ortí procuró hacerles ver que sus temores eran exagerados.[164]

---

[164] J. M. Ortí Bordás, *La transición...*, *op. cit.*, pp. 195-196.

En enero de 1976, el Secretario de Estado useño, Henry Kissinger, aconsejó a Areilza, por entonces estrella emergente de la transición antes de ser burlado por el rey y Torcuato: «No hagan caso de las exigencias de los europeos más qne en aquello que realmente les convenga a ustedes (...). En Europa no fuuciona bien la democracia parlamentaria y hay que ponerle remedio para que se salve al menos la libertad (...). No caigan en la mitomanía de los profesores dogmáticos que lo quieren ensayar todo. Hagan cambios y den libertades. Pero el calendario lo fijan ustedes. Y mantengan la fortaleza y autoridad del Estado por encima de todo. El ejemplo (negativo) portugués supongo que ha de servirles. ¡Vayan despacio!». Indudablemente los consejos de Kissinger iban en la dirección que por lo demás ya seguían los gobernantes españoles.

Como síntesis, la democracia española, con sus más y sus menos, no se debió a una intervención militar useña, como en casi todo el resto de Europa Occidental, y todo indica que provino de una evolución básicamente interna, apoyada mejor o peor por Usa y algunos gobiernos europeos en la puesta a punto de nn PSOE como alternativa al PCE y otros aspectos menores. El cambio tuvo carácter evolutivo y se debió a las condiciones creadas por el régimen anterior, hásicamente prosperidad y reconciliación, manifestada esta en moderación política y rechazo de extremismos.



27

ANTIFRANQUISMO Y DEMOCRACIA

Hemos visto algunas de las versiones más circuladas en estos años sobre el franquismo y el antifranquismo, concretables en estos puntos:

1. El franquismo nació de un golpe militar contra «la democracia republicana».
2. El franquismo tuvo carácter fascista, al menos al principio, y totalitario siempre.
3. Si España se libró de la II Guerra Mundial no se debió a Franco, sino a Hitler, o bien a los sobornos ingleses o a la habilidad de un político useño.
4. La represión franquista tuvo carácter «genocida», sin parangón con otras represiones aplicadas en Europa durante o después de la guerra mundial. Solo cabe emparentarla con el terror nazi y se habla incluso de «holocausto».
5. Los judíos salvados por España lo fueron contra las instrucciones del gobierno, que en realidad colaboró en la persecución del III Reich.

6. La División Azul cometió numerosos crímenes de guerra y se componía de delincuentes o de desharrapados que querían escapar del hambre. O bien fue un expediente de Franco para librarse del sector revolucionario de la Falange.
7. El maquis luchaba por la libertad y la democracia.
8. El Valle de los Caídos fue construido por veinte mil presos «republicanos».
9. Don Juan y sus partidarios representaban una viable solución democrática.
10. El franquismo practicó un genocidio, al menos cultural, contra Cataluña y «Euskadi». Y oprimió de manera especial a «la mujer».
11. Si en algunos casos el régimen se liberalizó o disminuyó su terror, se debió al temor a las presiones del exterior o de la oposición antifranquista.
12. El franquismo salió del aislamiento sin mérito especial, a costa de venderse a Usa y simplemente porque le convino a Usa en la guerra fría.
13. La década de los años cuarenta se caracteriza por el hambre, la tristeza y el terror. Los años cincuenta fueron también una década económica y políticamente «perdida».
14. La prosperidad económica de los años 60-75 fue un simple reflejo de la prosperidad occidental y estuvo basada en «factores exógenos», como el turismo y las remesas de emigrantes.
15. Los aumentos en las rentas, la enseñanza y cualquier cambio social positivo se habrían realizado al margen o contra el franquismo, pese a ser descrito este como una dictadura terrorífica.

16. Culturalmente, el franquismo fue un páramo o erial. Las manifestaciones culturales que se separaban de la línea oficial eran censuradas y sus autores sañudamente perseguidos.
17. El franquismo «utilizó» a la Iglesia (al parecer contra la voluntad de esta).
18. Los que luchaban contra el franquismo (básicamente los comunistas y los separatistas de la ETA) eran demócratas. El PCE luchaba por las libertades y la reconciliación entre los españoles.
19. La tortura fue siempre práctica habitual, y las cárceles del régimen estaban repletas de demócratas sometidos a pésimas condiciones.
20. Franco era un individuo militar y políticamente inepto y sanguinario, e intelectualmente nulo, aunque dotado de «astucia aldeana».
21. La crueldad de Franco se revela también en que murió condenando a muerte a varios «luchadores por la libertad».
22. La transición a la democracia se debe fundamentalmente a la política y las movilizaciones antifranquistas. O bien fue planeada por Usa, siendo sus actores españoles simples ejecutores secundarios y más o menos inconscientes.
23. La reconciliación entre los españoles se alcanzó en la transición.

Otras versiones más particulares atañen al magnicidio de Carrero, la ejecución de Julián Grimau, el Juicio de Burgos, etc. Y dejo aparte los mitos de la propia guerra civil, como el alcance del bombardeo de Guernica, la matanza de Badajoz,

el «salvamento» de los cuadros del Museo del Prado, etc., analizados en otro libro; tampoco menciono mitos recientes forjados por la inventiva de unos u otros, como el de «los niños robados», el asesinato del general Balmes por Franco... Una vez definido el franquismo como un totalitarismo al estilo nazi, y como luchadores por la libertad a sus opositores, la capacidad mitificadora no encuentra más límites que los de la imaginación.

Las enumeradas versiones antifranquistas, todas o en parte, han cundido masiva y tenazmente a través de los medios de comunicación, de numerosos departamentos universitarios, historiadores y escritores muy varios. Han destacado al efecto el grupo PRISA con sus potentes instrumentos *El País* y la SER; el derechista *ABC*, el grupo *El Mundo* y las televisiones públicas y algunas privadas; todos los medios separatistas; películas, novelas y series televisivas tipo *Cuéntame* o *Amar en tiempos revueltos*. Y se han distinguido en la labor figuras como Ansón desde *ABC*, Cebrián, inspirador de PRISA, los historiadores Preston, Gibson, Jackson, Malefakis y la nutrida cohorte de sus imitadores castizos, Juliá, Viñas, Moradiellos, Reig Tapia, y decenas más; políticos, desde Alfonso Guerra hasta Rajoy o Garzón, pasando por Zapatero, así como, por omisión o vacío intelectual, Suárez y Aznar, más, naturalmente, los separatistas. El acuerdo entre tantos e ideológicamente tan dispares medios y personajes inclinaría a creer en la veracidad de tales versiones, pero no ha sido rara en la historia la imposición de tesis absurdas durante un tiempo. Muchas de esas tesis sucumben al primer análisis lógico, y todas sin excepción chocan con los hechos y documentos conocidos, quedando en grandes exageraciones, desenfoques o puras falsedades, como hemos ido viendo.

Ello nos obliga a plantearnos la razón de tales desvirtuaciones y el carácter de sus promotores. La causa más evidente de su extraordinaria propagación radica en la inhibición intelectual e ideológica de la derecha a partir de Suárez, por lo que solo han replicado a ellas Ricardo de la Cierva y algunos otros francotiradores, a menudo condenados al aislamiento intelectual y casi a la muerte civil. En los últimos años el panorama va aclarándose más, y la desenvoltura propagandística con que se trataban antes estas cuestiones ha cedido a un poco de cautela.

Puede entenderse el carácter político e intelectual de los autores o divulgadores de tales versiones a partir de un suceso de contenido altamente simbólico: el homenaje, de muy fuerte repercusión mediática, a Santiago Carrillo, el 16 de marzo de 2005, con motivo de su noventa cumpleaños. Felicitaron al líder comunista hasta cuatrocientos políticos, periodistas y personajes significados. La figura principal y más representativa fue el entonces presidente del Gobierno, Zapatero, que abrazó al homenajeado y lo calificó de «ejemplo». Ibarreche, hombre de nada oculta ambición separatista, dirigente del PNV fundado por el violento racista Sabino Arana, aseveró que él y toda la sociedad vasca apreciaban a Carrillo por su trayectoria política. A su lado, el también separatista Jordi Pujol declaró que Carrillo había «vivido, digerido y entendido la historia», lo cual junto con sus años de lucha «le daba legitimidad». El también separatista vasco Atucha envió un mensaje describiéndole como «el hombre imprescindible del que hablaba Bertolt Brecht». El jefe socialista extremeño Rodríguez Ibarra lo definió como «un patriota que se sacrificó por la democracia». Peces-

Barba, intelectual y político encargado por Zapatero de silenciar a las víctimas del terrorismo a fin de facilitar los acuerdos con la ETA, afirmó que los allí presentes eran «los buenos» y los ausentes «los malos». Peridis, dibujante de *El País*, exhibió un dibujo con el lema: «Gracias, Santiago. Felicidades». El rey designado por Franco hizo transmitir su respeto y amistad «fraguada durante muchos años» al anciano marxista que había declarado: «La condena de muerte a Franco yo la firmaría». Todos insistieron en la reconciliación.

No faltaban entre los presentes Herrero y Rodríguez de Miñón, uno de los «padres de la Constitución» y premio Sabino Arana; ministros de Zapatero encabezados por la vicepresidenta Fernández de la Vega; exministros como J. Barrionuevo, relacionado con el terrorismo gubernamental de Felipe González o el exfalangista Martín Villa. Asimismo Ruiz-Giménez, Montilla, los cantantes Víctor Manuel, Ana Belén o Joaquín Sabina, el sacerdote Martín Patino, Anasagasti, la novelista pornógrafa Almudena Grandes, posteriormente célebre por expresar sus deseos de «fusilar cada mañana» a dos o tres periodistas que «la sacaban de quicio», y por burlarse de las violaciones y asesinatos de monjas por «milicianos sudorosos» que ella encontraba sexualmente excitantes. Y, en fin, muchos más políticos, intelectuales, periodistas y artistas.

Organizaron la fiesta los periodistas María Antonia Iglesias, cristiana-socialista, antigua jefa de Informativos en la televisión pública, e Iñaki Gabilondo, inventor o difusor del bulo de los terroristas islámicos suicidados en los trenes de la matanza del 11-M en Madrid. El festejado recibió un libro de recortes de prensa con el título *Noventa años de historia y vida*. Zapatero comentó: «Esta es una mesa larga y unitaria». Y lo era, a su modo. A su turno, Carrillo rindió un sentido homenaje a «todos los

que dieron su vida por la causa de la libertad», proclamando su «orgullo inmenso» por su trayectoria comunista. Los reconciliadores culminaron obsequiando al homenajeado, en medio de la noche, con la retirada de la estatua de Franco del edificio madrileño de Nuevos Ministerios, donde permanecen las de Prieto y Largo Caballero, principales artífices de la guerra civil de 1934.

El simbolismo del acto radica precisamente en la opción política y sentimental por Carrillo como máximo enemigo de Franco desde el final de la guerra. Claro está, la relevancia histórica del comunista es muy exigua al lado de la del Caudillo, pero de cualquier forma el haber personificado más y mejor que nadie la oposición ya le otorgaba una relevante personalidad en la historia menor.

Para captar el fondo del acto debemos tomar en cuenta los dos tipos de antifranquistas en vida de Franco: los luchadores y los que cabría definir como zascandiles. Los primeros, comunistas y etarras sobre todo, se exponían a la cárcel y, en casos extremos, a la muerte; los segundos se limitaban a secundar iniciativas de los primeros siempre que ofrecieran poco peligro, a publicar ocasionalmente artículos o chistes de crítica indirecta, o maldecir al franquismo en nombre de la libertad, pero sin estimarla lo bastante para arriesgarse por ella, más bien aprovechando la no despreciable del régimen. Su radical antifranquismo no les impedía, desde luego, desenvolverse y prosperar en la tremenda dictadura, a menudo como funcionarios o empleados de esta. Es obvio que sus indignaciones tenían mucho de pose, pues vivían con notable confort y no pensaban renunciar a él por la causa invocada. A esta corriente se apuntó desde la transición una multitud que ni siquiera había pertenecido al antifranquismo zascandil o trataba de borrar un

historial franquista o falangista. Para justificar a muchos intelectuales se diseñó la figura del «exilio interior», que no resiste el menor análisis. Pero, en fin, aquellos fanáticos pasivos de la libertad no podían menos de admirar a los activos comunistas, admiración teñida de alivio cuando pasó el temor a que el PCE ganara las elecciones explotando su más o menos heroica lucha anterior.

De este modo, el homenaje de los antifranquistas zascandiles a Carrillo se entiende y no deja de ser legítimo, pues el PCE (como la ETA) hizo lo que ellos, con su palabrería contra Franco, implicaban... pero no cumplían. Menos legítimo sonaba coronar al alumno de Stalin, pues no otra cosa había sido el festejado, con los laureles de la democracia, las libertades y la reconciliación. Al revés que los otros, Carrillo obró con honradez al resaltar su orgullo de comunista. Él había descrito así a Lenin, no menos demócrata que Stalin: «La figura más grande de la Historia, gigante del pensamiento revolucionario, fundador del primer estado socialista del mundo, jefe y maestro amado del proletariado mundial, gran libertador de pueblos, genio, águila de las montañas, el más grande realizador de la teoría de Marx y Engels...».[165]

Ya hablamos del historial del héroe homenajeado, pero no está de más reiterarlo. Hijo de un jefe socialista, dirigió desde muy pronto las juventudes del PSOE, desde donde instigó un activo terrorismo contra la Falange y la CEDA en los años 1933 y 1934. Pese a su juventud participó en la dirección de la revuelta de octubre del 34, con el objetivo textual de destruir la república *burguesa* mediante una guerra civil e implantar un

[165] F. Claudín, *Santiago Carrillo, crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, p. 73.

sistema a la soviética.[166] Fue a la cárcel, desde donde promovió la «bolchevización del partido», entendiendo por tal la imposición de una disciplina férrea y organización secreta para una nueva insurrección, que esa vez debía triunfar como la de los bolcheviques rusos. Pronto se convirtió en submarino del PCE, del que se hizo miembro secreto y al que con diversas maniobras transfirió las Juventudes Socialistas. Su acción «bélica» más destacada fue, como responsable del «orden público» en Madrid, la mayor matanza de prisioneros de la contienda, en Paracuellos y otros lugares. En sus memorias recuerda que tras la derrota marchó por tren a la URSS a través de Alemania, aprovechando la buena relación entonces entre nazis y soviéticos (esto no lo menciona, y tampoco le provocó ningún problema de conciencia). Describe su arribo a Moscú como «la entrada en el reino de la libertad», donde se sintió «plenamente seguro». En el reino de Stalin.[167]

Algún tiempo después pasó a América como agente de la Internacional Comunista, terminando en Méjico y Cuba. Desde allí organizó, con otros líderes del PCE, acciones clandestinas en España, una y otra vez fracasadas. Su momento de gloria llegó, por paradoja, con la derrota de la invasión guerrillera desde Francia por el Valle de Arán, en octubre de 1944. Carrillo dio la orden de retirada, acusó de diversas herejías al organizador de la empresa, Jesús Monzón, y se aplicó «a desmantelar la red de Monzón en España y crear otra propia».[168] En adelante

---

[166] Sobre el carácter de la insurrección del 34, mi estudio *Los orígenes de la guerra civil* creo que ha dejado la cuestión plenamente resuelta y documentada en los propios archivos del PSOE.

[167] S. Carrillo, *Memorias*, *op. cit.*, pp. 320 y ss. Es interesante la detallada crítica a esas *Memorias* por parte de R. de la Cierva en su libro *Carrillo miente*, Fénix, Madrid, 1994.

[168] G. Morán, *Miseria y grandeza…*, *op. cit.*, p. 98.

será el máximo responsable del maquis, hasta que Stalin decida liquidar la aventura, ocasión de nuevas purgas y asesinatos, «historias de sangre y mierda» como las llamará el excompañero de Carrillo, Jorge Semprún, en su *Autobiografía de Federico Sánchez*. Esta obra, publicada oportunamente en plena transición, demolió el prestigio de «luchador por la libertad» de que intentaba aureolarse Carrillo. Aunque lo recuperaría en parte, como vemos, años después. En el mismo 2005 del homenaje, le proclamó doctor honoris causa la Universidad Autónoma de Madrid, con respaldo de ciento cincuenta claustrales y del rector Ángel Gabilondo, hermano de Iñaki. Ángel llegaría a ministro de Educación con Zapatero y a presidir la Conferencia de Rectores de Universidades Españolas. Cuando el histórico marxista falleció, en 2012, casi todos los medios de masas, oficiales y privados, de derecha y de izquierda, compitieron en ensalzarlo como abanderado de la libertad y la reconciliación.[169]

Al llegar la transición no faltaron personajes como García-Trevijano, convencidos de que con un soplo derrumbarían el franquismo; pero Carrillo, con su larga práctica de lucha real, sabía muy bien que su partido, siendo con mucho el más sólido de la oposición, carecía de fuerza ni de lejos suficiente para tal empeño, aunque algo intentara con su rupturismo. Entonces se comportó de forma bastante moderada, por ello y por temor a permanecer ilegal —cosa que a su rival PSOE no le preocupaba, más bien al contrario—. Y ese temor le indujo a admitir el capitalismo, la unidad nacional, la monarquía, la bandera... que

---

[169] Una necia periodista de una emisora clerical me telefoneó para preguntarme en directo sobre Carrillo. Cuando señalé su adscripción al marxismo, la ideología más totalitaria del siglo XX, me cortó y quedé por unos segundos hablando al vacío. Otra vez me ocurrió lo mismo, hablando del Valle de los Caídos, con una emisora de Barcelona. Libertad de expresión y democracia.

Felipe González jugaba demagógicamente a rechazar. Pero, por cierto, jamás lo hizo porque se identificara con tales causas, sino como quiebro táctico forzado por las circunstancias. Carrillo nunca dejó de comulgar con la doctrina más totalitaria y genocida del siglo XX, al nivel o por encima de la nazi. Al igual que Stalin usaba mucho las palabras libertad y democracia, algo típico también de los comunistas siempre. Y su «reconciliación», ya explicada en otro capítulo de este libro, quedó simbolizada en el levantamiento con nocturnidad de la estatua de Franco.

Lo expuesto hasta aquí es perfectamente conocido y documentado, y muy difícil que, al menos en líneas generales, lo ignorasen los homenajeantes, aun admitiendo la notable ignorancia de la historia entre la mayoría de nuestros políticos, periodistas y cantantes. Entonces, ¿por qué coreaban al responsable de Paracuellos, eterno aspirante a imponer una *libertad* a la soviética, aunque para ello debiera recurrir a desvíos y disfraces? ¿Acaso festejaban la frustración de tales designios? Irónicamente así cabe interpretarlo, pero en sus loas al nonagenario no había la menor ironía. En unos, los procedentes del régimen anterior, pesaba el deseo de pasar por demócratas y modernos; en los demás latía una simpatía de fondo, aun si a veces dubitativa, por la biografía del comunista, mezclada con un odio visceral a nn Franco allí presente en espíritu como contrafigura. Era también el tributo del antifranquismo zascandil al antifranquismo luchador.

Los enemigos de Franco ofrecieron otro excelente autorretrato cuando Solzhenitsin vino a España, pocos meses después de fallecer aquel. El escritor ruso, testigo y sufridor de la barbarie soviética, expuso en televisión: «Sus progresistas llaman dictadura al régimen español. Hace diez días que yo viajo por España y me he quedado asombrado. ¿Saben ustedes lo

que es una dictadura? (...). Los españoles son absolutamente libres para residir en cualquier parte y trasladarse a cualquier lugar de España. Nosotros, los soviéticos, no podemos hacerlo en nuestro país. Estamos amarrados a nuestro lugar de residencia por la *propiska* (registro policial). Las autoridades deciden si tengo derecho a marcharme a tal o cual población (...). Los españoles pueden salir libremente al extranjero (...). En nuestro país estamos como encarcelados. Paseando por Madrid y otras ciudades (...) he podido ver en los kioscos los principales periódicos extranjeros. ¡Me pareció increíble! Si en la Unión Soviética se vendiesen libremente periódicos extranjeros se verían inmediatamente docenas y docenas de manos luchando por procurárselos (...). También he observado que en España uno puede utilizar libremente las fotocopiadoras (...). Ningún ciudadano de la Unión Soviética podría hacer una cosa así en nuestro país (...). En su país —dentro de ciertos límites, es cierto— se toleran las huelgas. En el nuestro, y en los sesenta años de existencia del socialismo, jamás se autorizó una sola huelga. Los que participaron en los movimientos huelguísticos de los primeros años de poder soviético fueron acribillados por ráfagas de ametralladoras, pese a que solo reclamaban mejores condiciones de trabajo. Si nosotros gozásemos de la libertad de que ustedes disfrutan aquí, nos quedaríamos boquiabiertos». Etcétera.

Estas declaraciones despertaron una reacción furibunda de los «demócratas». Los periodistas marxistoides, ya abundantes, pusieron el grito en el cielo, cosa previsible; pero más significativa fue la furia de los simples *progresistas*, que cubrieron al autor ruso con un alud de insultos: «Hombrecillo», «fanático», «mentiroso», «paranoico», «bandido», «espantajo», «chorizo», «multimillonario a costa de los sufrimientos de sus compatriotas» y

similares. El más ofensivo, Juan Benet, escritor medianillo que llegaría a ser un intelectual de bandera de *El País,* escribió: «Yo creo firmemente que, mientras existan personas como Alexandr Solzhenitsin, los campos de concentración subsistirán y deberán subsistir. Tal vez deberían estar mejor guardados, a fin de que personas como Alexandr Solzhenitsin no puedan salir de ellos». No menos revelador, el órgano donde Benet exponía sus profundos pensamientos era *Cuadernos para el diálogo,* revista cristiano-demócrata o cristiano-marxista: diálogo con los constructores del GULAG, precisamente. No es de extrañar que, caído el muro de Berlín, los diálogos se hayan transferido a la ETA. Al coro de desplantes e injurias se sumaron Cela, Jiménez de Parga y otros intelectuales más bien de derecha.[170]

Una faceta del antifranquismo zascandil la expone la editora y escritora *progresista* Esther Tusquets en sus memorias *Confesiones de una vieja dama indigna*: «En la Barcelona de los sesenta todos éramos muy progres y liberales (...). El sexo era uno de los juguetes preferidos, las llamadas "perversiones" un refinamiento exquisito (un ilustre escultor brindaba a sus invitados el deleite de ver defecar a su bellísima compañera, en cuclillas, en mitad de la sala) (...). Una ilustre hispanista, por otra parte muy atractiva, me tenía en su lista (pero) vio que yo no le daba facilidades y se dirigió apresurada a Juan Benet, que estaba sentado en el bar tomándose tranquilamente un café y la llevó encantado

[170] Ver «Un autorretrato del antifranquismo» en *Libertad Digital*: *http://www.libertaddigital.com/opinion/ideas/un-autorretrato-del-antifranquismo-1275320937.html*. Juan Pedro Quiñonero me escribió diciendo que Benet no pensaba lo que dijo y se había arrepentido de ello. Lo cierto es que algún tiempo después reafirmó sus frases diciendo haber sido tímido en ellas.

a su habitación (...). Mi hermano mantuvo charlas escandalosas y divertidas con Luis Berlanga, un tipo inteligente y encantador, en torno a la posibilidad de hacer un libro sobre erotismo. Es curioso hasta qué punto izquierdismo y pornografía, al ser objeto ambos de la represión franquista, iban hermanados en la España de los sesenta. Muchos de nosotros asistíamos a un burdo espectáculo porno en una cutre taberna del puerto de Hamburgo o a un sofisticado *striptease* del Crazy Horse como si participáramos en un acto revolucionario. Y poco faltaba para que, al meterse en el coño la putita portuaria el último objeto que le venía a mano (en una ocasión fueron las gafas de mi padre, lo que a él le enfadó mucho y a nosotros nos provocó un ataque de risa desaforada) o al desprenderse una de las mujeres más bellas del mundo de la última prenda de ropa, nos pusiéramos en pie y entonáramos *La Internacional*».

Claro que no todo eran risas: «Tras una larga sobremesa donde se habló mucho de sexo y todos nos mostramos partidarios del más absoluto libertinaje y de las más audaces experiencias, un ilustre pintor nos propuso a Nuria Serrahima, de excelente familia y uno de los miembros más glamorosos del grupo, y a mí, subir los tres a mi dormitorio. Ambas nos levantamos y le seguimos sin vacilar. Aunque la idea había partido de él, se puso muy nervioso. No podía con las dos, terminó por confesar. Nosotras estuvimos comprensivas y divinas. "Yo me voy. Quédate tú", nos insistimos la una a la otra, como si nos cediésemos el último bocadillo de jabugo. Me quedé yo. Pero, apenas habíamos empezado, se oyeron voces en la sala. La esposa del pintor estaba en pleno ataque de nervios. La velada terminó sentados todos a su alrededor, dándole cucharaditas de manzanilla y palmadas en la espalda». Y explica Tusquets: «Hacer el amor libremente, sin barreras, to-

dos con todos. Podía ser magnífico... de no haber existido una fuerza ancestral, omnipresente, más poderosa que los eslóganes y las ideologías y las modas y los buenos deseos, una fuerza animal que podía con todo y nos sumía en las mayores contradicciones y en el ridículo más espantoso: los celos. El letraherido proustiano perseguía a su esposa con un cuchillo; la ilustre novelista mallorquina comparecía en la sala, llena de invitados, con las venas abiertas; Gabriel aseguraba no ser celoso, pero había un pequeño detalle sin importancia: si su pareja se acostaba con otro, él quedaba impotente; otro de nuestros grandes poetas temía que una noche, mientras dormía, su mujer le cortara el pene con unas tijeras... Y cuando Ramón Eugenio, el ex de Ana María Matute, fue abandonado por Matilde —una de las mozas que llevaba lista de los polvos echados cual si de trofeos se tratara—, que se aparejó con uno de mis amigos más queridos, el escritor Andrés Bosch, amenazó con lanzarse al vacío desde el altillo del restaurante donde todos estábamos cenando...».

Otro caso típico es el de Gil de Biedma, poeta homosexual muy celebrado por los *progresistas*, que en su autobiografía se jacta de haber prostituido a menores y otras hazañas escuchando *La Internacional*. Escribió un célebre poema calificando la historia de España como la más triste de todas las historias «porque termina mal». Quizá no encontraba en ella bastantes facilidades para la pederastia. En los años setenta, muchos progresistas expresaron su aversión a Franco peregrinando a Biarritz y Perpiñán para ver cine pornográfico. No es difícil observar el nido de muchas tendencias hoy extendidas en la sociedad, desde el abortismo hasta las drogas, que entonces circulaban también en esos círculos selectos (a su modo) y muy poco fuera de ellos.

César Alonso de los Ríos, excomunista y redactor de la revista *Triunfo,* escribió en *ABC*, en 2001, un interesante artículo: «Don Julián, hoy», en referencia a Juan Goytisolo, apologista del legendario traidor que trajo a los musulmanes a España, un tic antiespañol frecuente en la izquierda y los separatismos: «La negación del suelo patrio, de las tradiciones, de la moral convencional, incluida la heterosexualidad... Quizá esta última nota fue la menos celebrada: se tomó como un dato puramente personal aun cuando la consigna de Goytisolo era bien clara: la revolución total, la traición total, el entreguismo total pasaba por la reconversión sexual».

Un matiz llamativo del antifranquismo es el peso de hijos de familias del propio régimen, a menudo privilegiados. Sin duda los más relevantes son Cebrián y Ansón, por su enorme influjo sobre la opinión pública a través de los diarios *El País* y *ABC*. Ya nos hemos referido a ellos, pero, como en el caso de Carrillo, no sobra insistir. Cebrián, beneficiado como hijo de un alto cargo de la Falange y director de su órgano de prensa *Arriba*, llegó muy joven a subdirector de *Pueblo*, diario de los sindicatos oficiales, y después de *Informaciones*. En 1974 Arias Navarro le nombró jefe de Informativos de la televisión oficial, cargo de muy especial confianza. También participó en *Cuadernos para el diálogo* y luego dirigió la revista *Gentleman*, concebida para *progresistas* de clase alta con pretensiones de refinamiento y modernidad intelectual. Desde el mismo título, el estilo reflejaba la veneración de su director por todo lo inglés.[171] En *Gentleman*

[171] El PCE(r), ansioso de máquinas modernas para su propaganda, desvalijó de varias de ellas la sede de *Gentleman*, acción en la que participé: ver *De un tiempo y de un*

entrevistó larga y favorablemente a Fraga, quien creyó haber dado con el hombre adecuado para dirigir el periódico *El País* como estrado para su proyecto de reforma posfranquista. Alcanzada la dirección, Cebrián, que nunca se molestó en explicar sus cambios ideológicos y políticos, daría al periódico una orientación pro PSOE, engañando a Fraga.

El juanista Ansón (a Don Juan le llama Juan III) ha sido acérrimo enemigo de Cebrián, a quien acusaba, entre otras cosas, de filtrar a la policía grabaciones de encuentros de comunistas españoles en el exterior, desde su puesto directivo en TVE; y recibía a cambio el epíteto de miembro del «Sindicato del Crimen», con que obsequiaba *El País* a los periodistas que revelaban las corrupciones del PSOE. Aun así, ambos son hermanos gemelos de carrera. Denso anglómano también, el juanista ha quitado la tilde de su apellido para hacerlo más inglés —según Ricardo de la Cierva, en honor al almirante Anson, que se enriqueció pirateando contra España—. Si Cebrián llegó a inspirador de la izquierda de los cien años de honradez, Ansón lo fue de la derecha ansiosa de remozarse denigrando a Franco. Cuando Preston sacó una biografía del Caudillo tan inveraz como pintoresca, Ansón la puso por las nubes, convirtiendo al exfranquista *ABC* en tribuna publicitaria del libro. Si Cebrián participó en el negocio de la prostitución mediante anuncios de ese género en su periódico, pronto le imitó su oponente. Su férreo antifranquismo de principios no impidió a estos Cástor y Pólux del periodismo recibir premios y pros-

---

país. Martín Prieto, subdirector de *El País*, tras romper con Cebrián lo describiría en columnas mordaces y desternillantes como un señorito chulo y malcriado, explotador de méritos ajenos aprovechando su ascendencia franquista (J. L. Gutiérrez, *Días de papel*, Saber y Comunicación, Madrid 2004, p. 130).

perar destacadamente en aquella atroz dictadura: Ansón en *ABC* y *Blanco y Negro*. Al igual que Cebrián, Ansón obtuvo un cargo de gran confianza política: subdirector de la Escuela Oficial donde el régimen trataba de formar a sus periodistas (el director era el falangista Emilio Romero, también director de *Pueblo*). Muerto Franco, la oposición de Ansón y Cebrián a él se volvió audaz en extremo. Uno y otro procuraron hacer de sus respectivos periódicos importantes focos intelectuales, con resultados dudosos a juzgar por el tono general de la cultura española, cada vez menos original, imitación «quiero y no puedo» de la anglosajona. En fin, los dos entraron simultáneamente en la Real Academia Española, en 1996. Vidas ejemplares y paralelas.[172]

Podríamos extendernos indefinidamente, pero lo dicho basta para calibrar la solvencia de la identificación entre democracia y antifranquismo. Por desgracia, la oposición a Franco no aprendió nada de la guerra ni de la paz, se identifica con un Frente Popular de orientación totalitaria y, como hemos podido comprobar, heredaba de ellos los viejos odios y la «constante mentira» o «el Himalaya de falsedades» mencionados por Marañón y Besteiro. Desde la transición, la democracia ha sufrido muy serios ataques: terrorismo y complicidad con el terrorismo; separatismos explotando concesiones descabelladas del poder central; «muerte de Montesquieu», como definió Alfonso Guerra sus propias asechanzas para politizar la justicia, socavando su independencia; oleadas de corrupción; demagogia económica y sindical; medios de masas al servicio de partidos

[172] Entiéndase que estas apreciaciones son políticas. Pero guardo agradecimiento personal a Ansón por permitirme escribir a veces en *ABC* y sin seguir la línea del periódico, en un tiempo difícil para mí.

pero pagados con dinero público; incumplimientos impunes de la ley... Todos estos fenómenos tienen el sello del antifranquismo, y hasta han intentado justificarse por esa supuesta virtud. Obviamente, la postura condenatoria a Franco es en principio tan legítima como la contraria. Pero en la práctica no solo el antifranquismo no trajo la democracia: ha sido el mayor peligro para ella, una especie de corrupción intelectual de la que han manado muchas otras corrupciones y actitudes que recuerdan la política «de amigachos e incompetentes» que el propio Azaña achacaba a los republicanos. Hasta llevar al país a la depresión que hoy padece.

La democracia puede hundirse si no corrige sus numerosos defectos. Uno de ellos, y de fondo, es el antifranquismo. Si hubiéramos de resumir la cuestión, diríamos que la democracia en boca de los antifranquistas es un concepto vacío, ajeno a la realidad y condicionantes históricos, y que por ello sirve para cualquier cosa, desde la colaboración con el totalitarismo marxista, a la dura crítica a Usa por poco democrática. Y, desde luego, para mentir de forma desaforada.



28

EL FRANQUISMO EN EL SIGLO XX Y SU LEGADO

Walther Bernecker ha señalado tres tipos de cambios bajo el franquismo (con criterio aplicable a cualquier estado y gobierno existentes en el mundo):

1. Los planificados y apoyados de modo voluntario por Franco y su gobierno.
2. Los no buscados, pero resultantes colateralmente y aceptados por el régimen.
3. Los no voluntarios ni aceptados, pero que ocurrieron incluso contra la voluntad del régimen.[173]

En cuanto a los cambios buscados deliberadamente, el primero y más obvio fue la paz interna. Vista en perspectiva, la república se convirtió en un hervidero de odios fomentados por los partidos y políticos, que trasladaron o contagiaron sus pa-

[173] Recogido en S. G. Payne y J. Palacios, *Franco*, *op. cit.*, p. 530.

siones a gran parte de la sociedad.[174] Como ya vimos, aquellas aversiones profundas entre partidos, personas y grupos sociales hicieron imposible una convivencia social razonable, propiciaron la destrucción de la república primero y la guerra civil después, para desaparecer en grado sorprendente en la posguerra.

Un autor muy destacado y premiado en el franquismo, autodeclarado anarquista de salón, Fernando Fernán Gómez, afirmó que después de la guerra no había llegado la paz, sino la victoria. La frase ha hecho fortuna pese a su sinsentido algo pueril, pues victoria se opone a derrota, y paz a guerra; pero la realidad es que la victoria de los nacionales trajo la paz de manera indiscutible, mientras que una eventual victoria de los contrarios habría prolongado las luchas, persecuciones y querellas que ni siquiera en plena guerra dejaron de estallar entre ellos mismos. El antifranquismo ha querido bautizar esa paz como «de los cementerios», sugiriendo que se apoyaba en los fusilamientos de posguerra y en un terror permanente. El aserto solo es sostenible sobre las cifras de ejecutados infladas sin medida por la propaganda, perfectamente míticas en el peor sentido de la palabra; y el supuesto terror queda desmentido por las cifras de presos políticos y comunes a lo largo de la mayor parte de aquellos años.[175]

La paz solo fue desafiada por el maquis comunista en los años cuarenta y, en los últimos años del régimen, por el terrorismo, que combinaba el separatismo y el marxismo. Uno y otro, como la oposición antifranquista en general, rehacían las

---

[174] Sobre las destructivas relaciones entre los principales políticos republicanos, un tema relevante y poco estudiado, he escrito el ya citado *Los personajes de la república vistos por ellos mismos*.

[175] Ver capítulo 4 de este libro.

pasiones que habían desgarrado a la república. El maquis fue vencido pese a gozar de muy favorables «condiciones objetivas»; es decir, no logró arraigar en una población harta de aquellos rencores. Y el terrorismo separatista no partió de sentimientos de rabia entre los vascos, sino que trataba precisamente de crearlos. Maquis y terrorismo perturbaron en grado menor la paz general, sin romperla nunca. A menudo leemos también que la ETA fue un producto de la represión franquista, falacia de tosquedad extravagante, por cuanto su terrorismo nació exactamente del antifranquismo, intentó adrede provocar la represión y ha sido en democracia cuando ha multiplicado sus crímenes. Por lo demás, otras democracias europeas han sufrido o vienen sufriendo terrorismos aún más mortíferos, justificados también en una supuesta opresión del sistema. España tuvo asimismo algunos conflictos bélicos menores como producto de la descolonización, pero en absoluto comparables a los que soportaron Francia, Holanda, Inglaterra o Portugal.

Por lo tanto, puede afirmarse que la paz fue un propósito deliberado y conseguido. Esa paz, aun si bastante más asediada por el terrorismo y las complicidades con él, perdura hasta hoy, con lo que España lleva viviendo el período interno y externo más pacífico de su historia en al menos dos siglos. Y también el más prolongado de Europa con solo tres excepciones: Suecia, Suiza e Irlanda. Por otra parte, la paz de las democracias occidentales está asentada en sucesos bastante más sangrientos que los de España en la guerra civil. Así, la paz viene a constituir un legado del franquismo, quizá el más consistente y duradero. Herencia actualmente amenazada, pues observamos desde la transición el propósito de crear o revitalizar los viejos resentimientos de la república. Sin éxito decisivo hasta hoy, aunque agravados peligrosamente en los últimos años, incluso

desde el poder, por normas tan inmorales como la *ley de memoria histórica*.

Un segundo objetivo preciso del franquismo fue la industrialización y una prosperidad extendida a la gran mayoría de la población. Objetivo también alcanzado, pues elevó la renta media a niveles de los países ricos de Europa y del mundo. Sobre ello no puede haber discusión racional, ya que son sobradamente ilustrativas las cifras de todas las producciones industriales y agrarias, consumo de energía, urbanización, expansión del comercio exterior, ampliación de la esperanza de vida al nacer, de la alfabetización, de los servicios, en particular el turismo, etc. A pesar de ello, una caudalosa bibliografía se empeña en retratar un país de miseria y desigualdades, destacando detalles —presentes siempre, también en los países más ricos— y dejando de lado el balance de conjunto. Otra falacia, ya analizada, limita el desarrollo económico a los últimos quince años del régimen, dando por nulas o estancadas las dos décadas anteriores, o adjudicando la mejora a factores externos o ajenos al régimen.

Como síntesis, en 1975 la renta per cápita española subía al 80 por ciento de la media de los nueve países de la CEE de entonces (Francia, Alemania, Italia, Inglaterra, Benelux, Irlanda y Dinamarca). En los años siguientes la convergencia retrocedió de modo ostensible, para ir recuperándose en los noventa, si bien con un elevado desempleo. En 2005 la renta per cápita española igualó prácticamente a la de los países opulentos de Europa, pero se trataba de la economía del endeudamiento y las «burbujas», y la media respecto a los citados nueve países de la CEE-UE (excluyendo a Luxemburgo, el país más creso, junto con Liechtenstein) pronto se desplomaría hasta la actual del 68 por ciento, inferior a la de 1965. Pese a la crisis presente, España

no ha descendido al nivel de un país pobre, por lo que el legado de prosperidad permanece, si bien con notables retrocesos e incertidumbres, y siempre con un desempleo mucho más alto que en el período anterior.

Dentro de la política económica de entonces debe incluirse una legislación muy favorable a los trabajadores, que dificultaba el despido, impedía el desahucio y procuraba otras ventajas, destacadamente la Seguridad Social. Aquella legislación fue tachada más tarde de rémora al crecimiento económico y progresivamente derogada. Sobrevive la Seguridad Social, en medio de una crisis de financiación con malas perspectivas a medio plazo, debidas a la caída de la natalidad, que vuelve problemática la seguridad de las pensiones. Quedó también durante un tiempo, en la democracia, la excelente legislación administrativa debida a López Rodó.

Un tercer gran legado, asimismo buscado deliberadamente, fue la salud social, acaso la mejor de Europa medida por índices de delincuencia y población penal, suicidios, abortos, fracaso matrimonial y familiar, la expansión de la droga y el alcoholismo, enfermedades de transmisión sexual, prostitución, seguridad pública, etc. La historiografía rara vez presta atención a este campo, y tampoco hemos hecho aquí otra cosa que aludirlo, pero tiene interés, ya que refleja algo así como una cuota de felicidad social, aun si a menudo se tratara de una felicidad ramplona; o si se prefiere, de «calidad de vida», expresión usada hoy bárbaramente para describir cantidad y calidad de consumo. Desde entonces ha sido muy notorio el empeoramiento de todos estos índices y la aproximación a las medias europeas, superadas en aspectos como el consumo de cocaína y otras drogas, el alcoholismo juvenil, el fracaso escolar, el consumo de tranquilizantes o la población penal, en los que España ha tre-

pado a una desdichada posición en los puestos de cabeza del continente.

Concretamente, la población penal, que en los años sesenta estaba en 20-24 presos por cada cien mil habitantes, ronda hoy los 170, cifra a la que solo se acerca Inglaterra y es superada por países bálticos y por Rusia (y desde luego por Usa, con la mayor tasa de encarcelados: 756 por cien mil). La delincuencia en general había multiplicado por cinco en 2002 la de 1980, también muy superior a la de 1975. El año 2000 Inglaterra sufría la tasa de delincuencia más alta del continente (cuatro veces superior a la española, aunque menos penada con cárcel), seguida de Holanda, Alemania, Francia e Italia. La tasa de homicidios y asesinatos en España permanecía en la mitad de la media europea, aunque en alza; la tasa de violaciones ha venido siendo también entre 3,5 y 4 veces menor que las de Inglaterra, Francia u Holanda. España los superaba ampliamente, en cambio, en robos con violencia. Dato llamativo: la mayoría de las víctimas de delitos pasó de los varones a las mujeres.

Los abortos superaban los 50.000 anuales en la década de los noventa, cifra muy alta y aun así duplicada desde 2005: el índice de abortos por embarazos está en la media europea, superada solo por Suecia, Francia, Reino Unido (en Usa se había acercado a un aborto por cada tres embarazos en los decenios de más intenso feminismo). En cuanto al suicidio, la evolución global es al alza, por encima de las muertes por homicidios y guerras. En Europa las tasas mayores corresponden a Rusia, Lituania, Finlandia, Suiza, Austria y Francia, permaneciendo España en niveles todavía bajos, pero habiendo saltado entre 1975 y 2010 desde los 0,70 a los 12 por cada cien mil habitantes entre varones (tres veces menos entre mujeres), y situándose en 2009 como primera causa de muerte de adolescentes,

Seguramente el aumento de suicidios entre jóvenes va ligado, de una parte, a la extraordinaria expansión de la droga y el alcoholismo, y de otra al fracaso matrimonial, manifiesto en los divorcios y separaciones, en los cuales España se había situado en 2009 a la cabeza de Europa, partiendo de la situación contraria. El fracaso matrimonial incide en el familiar, manifiesto en violencias físicas y psicológicas entre cónyuges, y entre padres e hijos, cuyos índices aumentan de forma lenta y persistente. También repercute en el embarazo de adolescentes, el fracaso escolar, etc. Así como el legado franquista de paz y prosperidad continúa, aun con pronunciadas oscilaciones, la salud social ha sufrido un menoscabo profundo.

Un cuarto propósito, bastante logrado, fue la creación del clima social patriótico y optimista que permitió desafiar y vencer los acosos exteriores. Tal estado de ánimo sustituyó al anterior de pesimismo e hispanofobia hipercrítica que definía a España como un país históricamente enfermo, desviado, despreciable en suma: de ningún modo fueron hechos casuales la concomitancia de izquierdas y separatismos ya desde principios del siglo XX, hasta plasmarse decididamente en alianza política y militar en la guerra civil; o que durante la república el grito «¡Viva España!» se tornase políticamente incorrecto y sospechoso.

En los últimos tiempos de Franco fueron resucitando los tópicos antiespañoles y separatistas, con poco efecto todavía en los comienzos de la transición. Salvo la ETA y pocos más, los separatistas, conscientes de su debilidad, aparentaban contentarse con autonomías; luego irían robusteciéndose. La oposición, facilitada su obra por la renuncia de la derecha a la batalla de las ideas, elaboró una tesis implícita: defender a España era propio de «fachas», y propio de demócratas desacreditar el pasado his-

pano o dar aliento a los separatismos. Las autonomías crearon intereses y clanes de poder a menudo corruptos y poco afectos a la unidad de España, aun los que no se oponían formalmente a ella. Es paradigmático el caso de Andalucía, donde, sin preconizar abiertamente la secesión como hacían diversos partidos en Vascongadas o Cataluña, abonaban el terreno para ella, exaltando un imaginario pasado feliz en Al Ándalus, definiendo la región como una «nacionalidad histórica» o «realidad nacional», imponiendo una bandera autonómica precisamente islámica o nombrando «padre de la patria andaluza» a Blas Infante, un orate empeñado en arabizar la región y apartarla del resto de España. Tendencias semejantes saltan a la vista en Galicia, Valencia, Baleares, Canarias y otras regiones, incluso en Castilla.

El patriotismo o nacionalismo español no solo ha sufrido agresiones de los separatismos y autonomismos excesivos, sino también de un europeísmo despreciativo de la historia y cultura hispanas, y tan fervoroso como escasamente conocedor de las realidades europeas. Europeísmo un tanto simple, programado para disolver la soberanía y la propia nación española en la burocratizada Unión Europea, identificada arbitrariamente con «Europa». España sufre así una doble tensión descoyuntante, de disgregación o balcanización por abajo y disolución por arriba. Casi todos los partidos actuales presentan ese plan de disolución —sin definirlo así— como una magna promesa de *modernización* y prosperidad, y, en cualquier caso, como un proceso histórico «ineluctable», al que sería inútil oponerse. Pero los resultados no demuestran los beneficios prometidos, y la historia está llena de fenómenos *ineluctables* que no se cumplen o abocan a desastres. Por todo ello el patriotismo y la unidad nacional legados han padecido muy grave deterioro, con pronóstico intranquilizante.

Muy relacionada con la soberanía y el nacionalismo está la política exterior. El mito habla de un régimen «apestado» y «despreciado» por el resto del mundo. Por supuesto, no fue apestado, aunque se intentara durante una década, pues fue reconocido por todos los países excepto Méjico —una dictadura o semidictadura muy corrupta— y aquellos con los que Madrid no quiso tener relación, como la URSS o Israel. Y el desprecio nunca pasó de pose, pues no es posible despreciar a quien ha desafiado todas las medidas (algunas criminales, como el intento de crear hambruna en España) e intimidaciones adoptadas contra él, y ha salido con bien de la prueba.

Pero es cierto que en Europa Occidental persistió una enemistad más o menos encubierta, bien manifiesta en los apoyos a los comunistas y terroristas de la ETA, como en los casos de Cristino García, Julián Grimau, el proceso de Burgos, etc. A los franquistas, esa postura les chocaba como especialmente viciosa. ¿No era el comunismo el enemigo principal? Pues en España había recibido una gran derrota, algo que aquellos países no habían logrado y de la que se beneficiaban en la guerra fría. Y aun otorgando a la democracia liberal virtudes de panacea, ¿era universalmente aplicable? En la Europa Occidental de entreguerras había funcionado bastante mal, y en la posguerra lo había hecho bajo protección useña, sin la cual difícilmente se habría sostenido. Así pues, ¿quiénes eran esas democracias para sentirse moralmente superiores y autorizadas a injerirse en los asuntos españoles?

La política exterior franquista se basó en el acuerdo con Usa contra el comunismo, la solidaridad con Hispanoamérica, la buena relación con el mundo árabe, la recuperación de Gibraltar, y un europeísmo algo nebuloso. Y manteniendo en todo caso la soberanía. De todo ello ha quedado como eje de la

política posterior un europeísmo aspirante a eliminar la soberanía española y en trance de hacerlo, y de satelizar su cultura a la anglosajona. La orientación basada en la idea de Hispanidad no tuvo desarrollo determinante. Los españoles crearon siglos atrás un vasto ámbito cultural que en esencia permanece, pero como una enorme herencia con la que no sabe muy bien qué hacer una España muy venida a menos en todos los terrenos, y sin que haya surgido otra nación de raíces hispanas capaz de tomar el relevo. Después de Franco, la relación con Hispanoamérica y Filipinas, incluso con las excolonias africanas, ha perdido sustancia política y cultural, tomando un tono mediocre y casi exclusivamente económico.

Un quinto objetivo clave fue la recatolización de España después del largo divorcio entre la Iglesia y gran parte de la intelectualidad y la sociedad, pues el catolicismo se valoraba como elemento imprescindible en el deseado resurgir hispano. ¿Hasta qué punto triunfó? Desde luego un grado considerable de éxito sí lo tuvo en los años cuarenta y cincuenta, y los índices de salud social, atribuibles al menos en parte a la moral católica y permanentes a través de los sesenta, deben bastante, con toda probabilidad, a la inercia del trabajo anterior. Los frutos de esta labor fueron averiándose en gran medida despnés del Concilio Vaticano II, cuando los seminarios se despoblaron, miles de clérigos colgaron los hábitos y la práctica religiosa se desplomó. ¿Fue ello secuela del concilio o bien debía ocurrir de cualquier modo, por la evolución social? Es cuestión abierta. La situación previa al concilio, no muy buena para la Iglesia, ciertamente empeoró.

Otra pregunta es la del éxito que pudo haber tenido la recatolización en los años anteriores, de modo específico en el campo cultural. La respuesta de estudiosos como José Manuel

Cuenca Toribio, José Andrés-Gallego, Olegario González de Cardedal o Antonio Martín Puerta no es optimista, señalando todos las limitaciones intelectuales del mundo católico. Aun así, aceptada la crítica, Martín Puerta apunta a la necesidad de una crítica o autocrítica correlativa de la producción cultural de la izquierda española y sus inspiradores como Sartre, Camus, Gide, Beauvoir, Malraux, Russell o Brecht, de lo que concluye: «Es más que dudosa la superioridad cultural del mundo progresista sobre la del mundo conservador, siendo no obstante completa la superioridad mediática de aquel».[176] Sea como fuere, el antiguo y violento anticlericalismo de las izquierdas casi desapareció o mermó mucho, también en la democracia hasta hace poco. En los nltimos años están resurgiendo con fuerza inesperada los tics y tópicos de antaño. La crisis religiosa del Vaticano II puede considerarse el cambio por excelencia que el anterior régimen no deseaba ni aceptaba. En cnalquier caso, el fracaso o semifracaso en la reevangelización no le es achacable, pues puso a disposición de la Iglesia todos los medios para su labor.

Si en todos los terrenos anteriores el franquismo tuvo éxito, duradero o no, en el ámbito cultural su balance fue, ya entonces, más bien de fracaso. No en cuanto a la expansión de los estudios y la alfabetización, ni tampoco porque la creación cultural tuviera ni remotamente el carácter de páramo, pues ahí los logros fueron más que notables. El fracaso se produjo en la ideología: las primeras intenciones de articular un sólido discurso intelectual superador del marxismo y la democracia libe-

---

[176] A. Martín Puerta, *El franquismo y los intelectuales*, Encuentro, Madrid, 2013, p. 342.

ral nunca llegaron a buen fin. Obviamente, no existe ningún impedimento teórico para tal superación, pero en la práctica no se fue más allá del propósito y de algunos esbozos, junto con una retórica a veces muy primaria. El designio quedó, según expone Linz, en la formación de una mentalidad no desarrollada de forma algo sistemática, impedida de competir con sistemas de ideas tan elaborados como aquellos a superar. La crítica franquista a sus adversarios ideológicos nunca supo impugnar de modo convincente el núcleo ideológico mismo de aquellas doctrinas. En general, se limitó a acusarlas por ciertos malos resultados empíricamente evidentes, un argumentario insuficiente, ya que ninguna ideología o mentalidad, incluida desde luego la franquista, se aplica sin serios costes y desajustes. Que suelen ser tanto mayores cuanto más pretensiones utópicas de remedio universal las inspiren.

Tanto el marxismo como el liberalismo democrático son teorías muy potentes e inspiran una producción cultural muy variada y reconocible. De la producción cultural de la «era de Franco», también muy variada, solo una pequeña parte se identifica con el franquismo: el grueso de ella le fue ajeno, y una fracción no desdeñable contraria. Marxismo y democracia liberal tienen aspiración o pretensión universalista: afirman tener soluciones para casi todos los problemas de la humanidad y hasta interpretar adecuadamente su destino. De ahí que sus potencias rectoras, la URSS y Usa, no hayan vacilado en inmiscuirse en los asuntos internos de las demás naciones. El franquismo, en cambio, limitaba su actuación a España, con alguna influencia en Hispanoamérica, y como solución empírica a la grave crisis de los años treinta, aunque esta había afectado al mundo entero. El catolicismo, tan predicado por aquel régimen, también sostiene las aspiraciones universales que su

nombre indica, pero no es propiamente una ideología; en política constituye una guía muy general, compatible con sistemas muy diversos, y no depende de ninguna potencia nacional o imperial, por lo que Roma podía desvincularse políticamente del régimen español si lo encontraba conveniente. Y lo hizo, por cierto.

Estas limitaciones y la deficiencia teorizante ayudan a explicar por qué tantos miembros de las distintas *familias* del régimen terminaron recalando precisamente en el marxismo o en el demoliberalismo. Ya cuando Usa tomó el relevo en la lucha contra el comunismo, y Europa Occidental se rehízo económicamente, su atracción fue paralizando el primigenio y poco tenaz impulso ideológico de primera hora.

Todo ello no prueba, repitamos, la imposibilidad de un desarrollo intelectual superador del marxismo o del liberalismo, pues ninguna ideología puede darse por definitiva, según prueba la historia. Pero en la realidad no ocurrió, porque no surgieron pensadores al nivel de la tarea o por otras causas. De ahí que el franquismo, limitado a una mentalidad, terminara diluyéndose, a pesar de sus indiscutibles éxitos prácticos; o incluso, precisamente, a causa de ellos, al haber creado condiciones para una democracia liberal. Hoy, la crisis económica y europeísta, con repercusiones políticas y sociales muy amplias, ofrece acaso la oportunidad de cumplir de un modo u otro el programa superador deseado por aquel régimen. Sin embargo, no aparecen muchos indicios de ello, y sí más bien de populismos a su vez poco y mal elaborados.

Si el franquismo fracasó en el plano cultural-ideológico, vale la pena hacer unas observaciones a la evolución posterior de las

ideologías que el franquismo calificaba de enemigas suyas —en grados de enemistad muy distintos—. La guerra fría terminó quince años después de la muerte de Franco al desmoronarse la Unión Soviética desde el interior. Durante sus setenta años largos de vida, la aplicación del marxismo había exigido un régimen férreamente totalitario, justificado por esperanzas de liberación y riqueza humanas, tan gigantescas como vagas, suscitadas por la doctrina. Esas esperanzas se demostrarían utópicas pese a sus alardes científicos. Según Marx, la economía determina a grandes rasgos el curso de la historia, y no deja de ser irónico que la aplicación de su teoría haya fallado precisamente por el factor económico. Las promesas de superar el nivel de producción y consumo de los países occidentales no se cumplieron, y la inferioridad relativa de la URSS creció constantemente, eliminando toda disculpa para un asfixiante régimen policíaco. Según la ciencia marxista, las necesidades materiales humanas pueden ser cubiertas planificadamente, superando así «la anarquía del mercado» capitalista, con sus crisis y desorden. La realidad ha acreditado lo contrario, como pronosticaban Friedrich Hayek y otros estudiosos. Países comunistas como China o Vietnam han prosperado solo después de haber atenuado los rasgos totalitarios, arrumbado los dogmas económicos marxistas y expandido el mercado, cosa que no se ha revelado incompatible con gobiernos cerrados y opresivos.

El rápido e inesperado colapso soviético pareció dejar el campo totalmente libre para las ideas y sistemas demoliberales, ya sin rivales ideológicos serios. En su famosa obra *El fin de la Historia y el último hombre* Francis Fukuyama entendió la caída de la URSS como el paso a la sustitución de las ideologías por la economía. Algo similar había pronosticado en 1971 el pensador franquista Gonzalo Fernández de la Mora en su libro *El*

crepúsculo de las ideologías, pero Fukuyama iba más allá, al describir un mundo poco estimulante, sin pasiones, filosofía o arte, con el poder político dedicado a resolver los mil problemas técnicos planteados por las exigencias consumistas de la sociedad. Lo que de otro modo venía a justificar la tesis materialista de Marx sobre el papel determinante de la economía en el transcurso de la historia.

La caída de la URSS motivó grandiosas expectativas en Occidente. Sobre los escombros del sovietismo y la guerra fría debía imponerse un nuevo orden mundial, sin guerras, bajo el imperio de la ley y orientado por una comunidad de intereses y «valores universales» basados en el comercio, con el inglés como lengua de cultura y comunicación general (esto último iba implícito). El fin de las utopías debía dar paso a una comunidad internacional presuntamente racional y pacífica... aunque tal esperanza tenía a su vez, probablemente, mucho de utópica, y las autoalabanzas prodigadas por los adalides del nuevo orden no convenciesen a todo el mundo. En el exterior de Usa y la UE han ido tomando cuerpo nuevas grandes potencias (China y Rusia especialmente) poco dispuestas a seguir las instrucciones, presiones o criterios de la única superpotencia subsistente por ahora. Y en el interior de los países occidentales han crecido movimientos pacifistas, ecologistas, feministas, multiculturalistas, etc., productos en gran medida de la descomposición del marxismo, en parte asimilados, en parte inasimilables por las democracias liberales. Y estas, autoconsideradas garantes de la paz, han desatado subversiones y guerras que de momento han perdido, dejando un panorama caótico y sangriento en Afganistán, Irak, Libia, Siria...

De otro lado, la defunción del imperio soviético y su Pacto de Varsovia debiera haber inducido a suprimir la OTAN, ya

innecesaria en principio. Pero, por el contrario, la OTAN ha crecido, convirtiéndose en instrumento militar para la expansión del nuevo orden. Una doctrina useña ha sustituido la pugna entre capitalismo y comunismo por otra más genérica entre democracia y las llamadas autocracias, causa de intervenciones como las mencionadas y otras por ahora más exitosas en la antigua Yugoslavia u otros puntos. Según los cálculos estratégicos, tales intervenciones, también las catastróficas, darán a la larga el fruto de democracias estables, semejantes a las occidentales, lo cual asentaría definitivamente un mundo de paz, prosperidad y progreso, obviamente bajo la dirección de los vencedores de la guerra fría.[177] Las utopías suelen abocar a lo contrario de sus ilusiones, y no debe descartarse que ello ocurra también con esta.

Como ha ocurrido en Latinoamérica y al revés que en Usa, la democratización de la antigua Unión Soviética ha abonado procesos de desintegración social y política, y vaivenes de la anarquía al autoritarismo —incluso comunismo en el caso cubano—. Así, el modelo demoliberal, tal como se viene practicando, puede no ser tan universalmente exportable como se pretende. En el ámbito musulmán, el fracaso de diversos intentos de occidentalización y política laica bajo dictaduras ha engendrado integrismos que no solo actúan de forma despiadada en sus países, sino, cada vez más, en los occidentales, donde ya existen minorías musulmanas no insignificantes, parte de ellas radicalizadas e indispuestas a asimilarse a los valores y costumbres occidentales.

---

[177] Ver, por ejemplo, R. Kagan, *El retorno de la historia y el fin de los sueños*, Taurus, Madrid, 2008.

En Europa Occidental, el fin de la guerra fría ha acelerado procesos que venían de atrás, en particular una creciente cristianofobia. Los poderes de la UE, arreligiosos o antirreligiosos, promueven sin mayor disimulo la liquidación de las creencias, tradiciones y finalmente de la cultura cristiana, y más aún la católica. Lo hacen en nombre de una tolerancia ejercida para todo lo que lesione al cristianismo, mientras tiende a reprimir las opiniones contrarias a las ideas defendidas por esos poderes, ideas como el abortismo, las ideologías de género, el «matrimonio» homosexual, etc. La ingente movilización de medios y de masas con que varios gobiernos de la UE, entre ellos el español, han respondido a los recientes asesinatos de redactores de la revista *Charlie Hebdo* por terroristas islámicos ha tenido un lema bien elocuente: *Je suis Charlie*. Es decir, no se ha limitado a condenar el atentado, sino que se ha identificado de modo explícito con el carácter de la revista, extremadamente obscena y blasfema, mucho más contra la Iglesia católica que contra el islam. *Charlie* se exhibía realmente como el emblema de los valores de la nueva Europa.

Con ese motivo, los políticos insistieron en definir a los islámicos violentos como una minoría insignificante, preocupándose mucho por el peligro de islamofobia en Europa, cuando la actitud hoy muy preponderante desde el poder es la cristianofobia. Lo cual quizá no tendría mayor importancia si no fuera el cristianismo la raíz más profunda y constitutiva de la cultura europea, difícilmente sustituible por la cultura del relativismo moral y el «becerro de oro», según la interpretan muchos críticos: el culto a la riqueza junto con prédicas de tolerancia, inaplicada y desde luego inaplicable de forma indiscriminada. Por grave que sea hoy la crisis del cristianismo, cor-

tar o difuminar esa raíz entraña los mayores riesgos de disgregación y decadencia.

La UE, que intenta atribuirse, con ilegítima exclusividad, el nombre y los intereses de Europa, marcha hoy, en nombre de la democracia liberal o de una versión de ella, por una senda incierta, y no solo por la razón dicha. Un proceso concomitante al anterior es la progresiva satelización de las culturas nacionales europeas por la cultura anglosajona y el idioma inglés, un fenómeno destacado y acelerado en España. Solo desde unos utopismos arrogantes pueden ser despreciadas las potentes culturas nacionales europeas creadas por la historia para pasar sobre ellas un rodillo uniformador, como intenta una burocracia poco representativa. Probablemente la idea europeísta ha ido mucho más allá de lo aconsejable.

Hoy, y desde hace varios años, las democracias liberales soportan una dura crisis económica de larga duración, en torno a la cual se agudiza la permanente disputa entre liberales «puros» y keynesianos, centrada en el papel económico del Estado. Desde la II Guerra Mundial el Estado se ha expandido enormemente. Según la teoría liberal clásica, ello sería contraproducente y en definitiva inviable, no obstante lo cual, los decenios siguientes a la guerra presenciaron la mayor y más prolongada prosperidad de la historia, con crisis menores. El modelo keynesiano entró en serias dificultades a finales de los setenta, y en la década siguiente se buscó una solución más ortodoxamente liberal, mediante reducción de impuestos, desregulación de mercados, privatización de empresas estatales y mundialización comercial. Esas medidas debieran haber evitado las crisis, al menos las profundas, y asegurado unos índices de crecimiento mayores y más estables, pero el hecho es que han derivado a un endeudamiento formidable adornado de «burbujas», culminado

en la depresión actual. Los keynesianos lo explican como efecto de las medidas de los *neoliberales*, y estos por no haberse aplicado sus recetas mucho más a fondo.

Volviendo al criterio, algo obvio, de Bernecker, los cambios acaecidos en el mundo desde el final de la guerra fría distan notablemente de los planes y previsiones de sus actores, y hoy nos encontramos ante pesadas incertidumbres. En tales condiciones tiene el mayor interés reexaminar críticamente el pasado y los tópicos acerca de él, como hemos intentado hacer en este libro, pues la historia proporciona lecciones valiosas. Un país no puede vivir en y de la mentira o la ignorancia sobre sí mismo, y ese mal hace hoy verdaderos estragos en España. Según la famosa frase de Cicerón, «si ignoras lo que pasó antes de que nacieras, siempre serás un niño». Una sociedad infantilizada constituye el mejor pasto para demagogos de todos los colores, y se trata, precisamente de evitarlo para no repetir lo peor.

APÉNDICES



I

Algunos ministros de la época

El gobierno fue el verdadero órgano de poder en el que confluían todas las familias, incluido el propio Movimiento como un ministerio más, y ni con mucho el de mayor relieve. El franquismo tuvo catorce gobiernos sucesivos, con cerca de doscientos ministros. La talla intelectual y moral de aquellos políticos parece netamente superior a la de los que vendrían después. He aquí unos breves apuntes sobre varios de los más destacados:

Ramón Serrano Suñer

Procedía de la CEDA y se integró en la Falange, como tantos otros, después de librarse, en una huida rocambolesca, de ser asesinado por el Frente Popular. Cuñado de Franco, se incorporó al gobierno nacional en 1938 como ministro del Interior. Brillante jurista y organizador, en su nueva posición trató de desarrollar un vasto designio político superando el «Estado campamental» con que se encontró, para convertirlo en un Estado de Derecho,

es decir, de leyes sin arbitrariedades personales, basado en los principios falangistas, cierta imitación del fascismo italiano y armonización con la doctrina católica —no necesariamente con la influencia política de la jerarquía eclesiástica—. El andamiaje del nuevo estado perduró en gran medida durante el régimen. Como parte de la tarea auspició el Fuero del Trabajo, elaborado por Pedro González Bueno, ministro de Acción Sindical. Esta nueva ley establecía normas laborales mucho más ventajosas para los obreros que cualesquiera anteriores. No se limitó a normativas, sino que impulsó el Instituto de Estudios Políticos, «como institución de primer rango al servicio de un posible y decoroso proyecto de explicación doctrinal del régimen», es decir, una teorización de amplio alcance, proyecto que se diluyó un tanto cuando dejó de ser ministro. Simultáneamente dio gran importancia a la creación de una nueva élite cultural de carácter no exclusivamente falangista o católica, sino pluralista, que recogiese el acervo intelectual español, incluido el de los exiliados (revista *Escorial*, por ejemplo). Otra parte de su muy intensa gestión se dirigió a la reconstrucción de las regiones devastadas por la guerra y a la creación de la ONCE, que sería quizá la organización de ciegos mejor de Europa, junto con la sueca.

Nombrado también ministro de Asuntos Exteriores, destacó por su germanofilia, partidario incluso de combatir al lado de Alemania, aunque pudo haber cambiado de criterio y las opiniones de los estudiosos sobre su verdadera intención difieren. Él mismo fue juzgado por los nazis como un «jesuita», es decir, persona hipócrita y poco fiable. Fue ideador y promotor de la División Azul. Hacia el fin de la guerra mundial se impresionó en exceso, como tantos otros, por la amenaza de Stalin, Roosevelt y Churchill de acabar con el régimen, y sugirió a Franco licenciar a la Falange para aplacar a los «Tres Grandes»,

Intelectualmente destacaba sobre la mayoría de sus colegas, pero sus escasas dotes diplomáticas y el carácter revolucionario de algunos de sus proyectos le ganaron fuertes enemigos en el Ejército, la Iglesia y los elementos más conservadores; y hasta en la Falange, donde algunos puristas lo tachaban de advenedizo, por su adscripción anterior a la CEDA. Uno de sus adversarios más eficaces sería Carrero Blanco, que influyó en su destitución, en 1942, a raíz de un incidente entre carlistas y falangistas en Bilbao.

Franco era consciente de la animadversión creciente generada por Serrano entre las diversas *familias*, que enturbiaba las relaciones dentro del propio gobierno. Esa fue probablemente la causa real de su destitución —junto con la de su enemigo Varela—. Un caso de adulterio pudo haber contribuido a ella. Apartado así de la política, Serrano correspondería al Caudillo con un profundo resentimiento, expreso en sus memorias y diversos escritos y más aún en conversaciones particulares.

José Antonio Girón de Velasco

Abogado y uno de los fundadores del grupo fascista JONS, que se fusionaría con la Falange, luchó como miliciano falangista en la guerra civil y luego como capitán de complemento. En 1941, con veintinueve años, fue nombrado ministro de Trabajo, por su sensibilidad hacia la «cuestión social» y espíritu un tanto populista. Permanecería en el gobierno hasta 1957. Su labor fue, desde luego, muy destacada desarrollando el Fuero del Trabajo, y si hay un nombre al que en España pueda asociarse la Seguridad Social es sin duda el de Girón. No solo promovió las pensiones y una amplia red de asistencia hospitalaria, también

instituciones como el Instituto de Medicina, Higiene y Seguridad en el Trabajo, la cobertura del desempleo, la viudedad y orfandad, vacaciones pagadas, paga extra del 18 de julio, promoción profesional, universidades laborales, etc. Su punto de vista de que convenía beneficiar a «los de abajo» aunque «los de arriba» tuvieran pérdidas chocó con límites naturales en 1956, cuando sus subidas salariales de un 23 por ciento, no correspondidas con la productividad, generaron una alta inflación. En el nuevo gobierno de 1957 quedó al margen, imponiéndose la línea después llamada «tecnocrática».

Girón continuó como procurador en Cortes, pero retirado de la gran política hasta que después del asesinato de Carrero Blanco intentó formar un grupo de presión (llamado «el búnker» por sus enemigos), para oponerse a una evolución que percibía, correctamente, como la liquidación del régimen a plazo no muy largo. Pero su orientación falangista estaba derrotada desde hacía muchos años, habiendo dado su última boqueada con el intento de Arrese, a finales de los años cincuenta, de convertir el nacionalsindicalismo en el verdadero eje del sistema. Ya en la democracia, y con motivo del golpe del 23-F (1981), todavía Girón apareció o le hicieron aparecer como uno de los inductores de una intentona convertida en extraña comedia de enredo y originada en realidad en instituciones y partidos, incluida la realeza, que pretendían remediar el desbarajuste político dejado por Suárez.

Agustín Muñoz Grandes

De familia pobre, hizo carrera militar en África, donde recibió varias heridas y descolló como excelente organizador de las tropas de Regulares (indígenas). Durante la república dirigió la

Guardia de Asalto, nombre peculiar, como tantas cosas de aquel régimen, para el cuerpo oficial de policía. El alzamiento de 1936 le sorprendió en Madrid, donde estuvo a punto de ser asesinado por las turbas. Detenido, logró escapar y unirse al Ejército Nacional y llegó a dirigir un cuerpo de ejército. Uno de los escasos altos militares falangistas, al terminar la guerra civil desempeñó por unos meses la Secretaría General del Movimiento, y en 1941 fue nombrado jefe de la División Azul, puesto en el que sirvió con reconocida brillantez. Muy germanófilo, se le achacaron intrigas para desplazar a Franco, pero probablemente se trata de invenciones o al menos exageraciones. El Caudillo le mostró siempre la mayor confianza. Muy anglófobo, por la presencia de Gibraltar, participó en los planes, con el almirante Canaris —nada favorable en realidad a la entrada de España en guerra— para tomar el Peñón. Planes pronto abortados. Desempeñó los más altos cargos militares. En 1951 volvió al gobierno como ministro del Ejército y tuvo ocasión de negociar acuerdos con Usa. En 1954 se entrevistó con Eisenhower en la Casa Blanca y causó notable sorpresa al presentarse luciendo su medalla de caballero de la Cruz de Hierro, no obstante lo cual, los dos generales aparecen sonrientes en una foto. En 1962 fue nombrado vicepresidente del Gobierno (cargo hasta entonces inexistente). Falleció en 1970.

Muñoz Grandes posee una de las carreras militares más sobresalientes del franquismo. Políticamente mantenía un estilo casi espartano, poco dado a pompas y celebraciones, una de las causas por las que detestaba a Serrano Suñer, mucho más político y en quien veía —indebidamente— un oportunista intrigante.

Juan Antonio Suanzes

Marino e ingeniero naval, había logrado evadirse del Madrid frentepopulista y entrado en el bando contrario, donde, en 1938, en plena contienda, fue nombrado ministro de Industria y Comercio (la zona nacional siempre estuvo bien abastecida); al terminar la contienda, se encargó de recuperar la flota militar llevada por las izquierdas al puerto de Bizerta, en Túnez. Fuera del gobierno en 1939, volvió con el mismo cargo entre 1945 y 1951, en plena época de aislamiento y autarquía. Su labor se orientó a crear una base industrial en los sectores estratégicos y aquellos a los que no llegaba la estrecha iniciativa privada de la época. Su obra mayor fue el INI (Instituto Nacional de Industria), base de gran parte de la industrialización de los años cuarenta, cincuenta y posteriores, desde el aluminio o los fertilizantes hasta las compañías aéreas (Iberia y Aviaco), la industria automotor, etc., en general exitosas y duraderas. Para paliar la escasez de petróleo trató de explotar los yacimientos de pizarras bituminosas de Puertollano, con resultado discutible, y sobre todo la energía hidroeléctrica y el carbón asturiano (caro y de calidad mediocre, en general). También fundó instituciones como la Escuela de Organización Industrial. Todo ello en la perspectiva de convertir a España en país autosuficiente en los productos básicos, plan que a finales de los años cincuenta empezaba a necesitar cambios en profundidad. Suanzes estaba convencido de que la línea autárquica era la correcta y podía continuar indefinidamente, mientras que la liberalización conduciría a una creciente dependencia exterior y crearía serios desequilibrios sociales. Sus desavenencias con la nueva orientación le movieron a presentar la dimisión irrevocable en 1963, en una dura carta a Franco. Este la

aceptó lamentando su «obstinación» e invocando la amistad que siempre les había unido.

Joaquín Ruiz-Giménez

Luchó en Segovia, Teruel y el Maestrazgo como oficial de complemento del Ejército Nacional. En la paz se dedicó a actividades educativas como catedrático de Derecho y en las organizaciones políticas de entonces, y contribuyó a la elaboración del Fuero de los Españoles. En su opinión, «la universidad española ha de ser católica y política», de acuerdo con «la más pura ortodoxia dogmática y el más absoluto sentido nacional sindicalista». Miembro de la ACNP, desempeñó un importante papel en la tramitación del concordato con la Santa Sede. A pesar de su estrecha relación con el Episcopado, se sentía muy próximo al ideario falangista, y cuando fue nombrado ministro de Educación, en 1951, se rodeó de la élite de Falange culturalmente aperturista (Laín Entralgo, Tovar, etc.). En ese puesto sucedía a Ibáñez Martín, también miembro de los propagandistas de Herrera Oria, promotor y director del CSIC. Anteriormente había sido ministro del ramo el monárquico juanista Sainz Rodríguez, que aplicó una estricta depuración en el personal de enseñanza, dentro del cual se habían extendido anteriormente las ideologías ultraizquierdistas; y dejó en herencia un plan de estudios muy valorado por unos y denigrado por otros.

La carrera ministerial de Ruiz-Giménez terminó en 1956, después de los disturbios fomentados en la Universidad de Madrid por las primeras células comunistas. No obstante continuó como alto cargo del régimen y consejero nacional del Movi-

miento. En 1963 se apuntó a las orientaciones del Vaticano II y fundó la revista *Cuadernos para el Diálogo* (diálogo muy benevolente con los marxistas), contraria al concordato que él había patrocinado como embajador en la Santa Sede. Y en 1965 rompió con el régimen, renunciando a sus cargos, uniéndose a una Izquierda Democristiana existente poco más que de nombre. Su aparente pasión por la democracia y los derechos humanos no le impidió colaborar con partidos de tanta tradición liberal como el PCE y el PSOE, o con preclaros demócratas como Santiago Carrillo.

Fernando María Castiella

Originariamente monárquico y próximo a la ACNP, derivaría durante la guerra hacia la Falange, como tantos. Catedrático de Derecho Internacional y miembro del Tribunal de Arbitraje Internacional de La Haya, combatió en la División Azul. En la euforia del previsto Nuevo Orden europeo en los primeros años de la guerra mundial, compuso, junto con Areilza, el libro *Reivindicaciones de España*, tratando de fundamentar una política exterior de tipo imperial equiparable a la de las demás potencias imperialistas europeas. Ministro de Asuntos Exteriores entre 1957 y 1969, le correspondió redondear los esfuerzos de José Félix de Lequerica por derrotar al aislamiento internacional y adaptarse a las circunstancias de la guerra fría, sacando de ellas el máximo provecho para España. Uno de sus puntos principales fue su tenaz empeño por recuperar Gibraltar, derrotando políticamente a Londres en la ONU y promoviendo el cierre de la verja ante el arrogante incumplimiento inglés de las resoluciones de la ONU. De este modo, la colonia se convirtió

en un negocio cada vez más ruinoso, y probablemente Inglaterra la habría devuelto si hubiera notado en los políticos españoles una línea estratégica al respecto. Pero en los últimos tiempos del franquismo se percibían algunos síntomas de flojera en Madrid, y cuando el gobierno del PSOE llegó al poder, una de sus primeras medidas consistió en abrir la verja sin contraprestación alguna, convirtiendo al Peñón en un emporio de negocios ilícitos, una colonia que a su vez coloniza y deprime un amplio entorno español.

Alberto Ullastres y Mariano Navarro Rubio

Como ministros de Comercio y de Hacienda respectivamente, entre 1957 y 1965, fueron los autores técnicos del Plan de Estabilización, la liberalización de la economía, diversas reformas tributarias e institucionales y la más estrecha relación con el Mercado Común e instituciones como el FMI, que acabaron con el anterior modelo autárquico y abrieron paso al llamado desarrollismo de los años que van del 60 hasta el 75. En este período, España llegaría a alcanzar el más rápido desarrollo económico de Europa, como ya vimos.

La biografía política e ideológica de los dos tenía grandes similitudes: habían combatido voluntarios como oficiales de complemento en el bando nacional (Ullastres destacó en su actuación, ganando numerosas condecoraciones), los dos pertenecían al Opus Dei y se habían formado en la escuela de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid. Esta fue la primera facultad universitaria de Economía en España, fundada en 1944: curiosamente la mayoría de las enseñanzas en ella tenían poco que ver con las ideas de la Falange, y más con una tenden-

cia liberal clásica. Los dos fueron brillantes economistas prácticos, aunque no originales (las contribuciones españolas a la teoría económica, en el siglo XX y hasta ahora, han distado de ser relevantes). Ullastres, en particular, dedicó atención al estudio de las ideas económicas españolas de la Escuela de Salamanca (Padre Mariana y otros, ss. XVI-XVII), que han sido aceptadas por diversos teóricos internacionales como una raíz esencial del liberalismo económico. También les unía, quizá por su fuerte catolicismo, cierto entusiasmo no muy crítico por el proyecto del Mercado Común. No por ello pretendían la homologación política, al menos por un largo período, pues fueron siempre inequívocamente políticos del régimen. Su política formaba piña, por así decir, con López Rodó, y gozaron de la protección de Carrero Blanco.

Laureano López Rodó

En la misma línea que los anteriores, y también opusdeísta, López Rodó fue comisario del Plan de Desarrollo desde 1962 y en calidad de ministro desde 1965. Los tres planes de desarrollo sucesivos eran juzgados en cada ocasión como estrepitosos fracasos por la oposición, pero basta ver los resultados de conjunto para convencerse de todo lo contrario. Escribió numerosos textos jurídicos y políticos, y desde finales de los años cincuenta desarrolló una intensa labor de racionalización de la Administración, cuyas medidas persistieron después del franquismo. Carrero Blanco le nombró ministro de Asuntos Exteriores en 1973, pocos meses antes de ser asesinado. Después fue destinado a Viena como embajador.

Al revés que otros opusdeístas, como Calvo Serer, siempre permaneció fiel al Caudillo y fue tachado de inmovilista desde

las zonas evolucionistas de la Falange. Dentro del gobierno soportó una fuerte tirantez con Fraga Iribarne, otra primera figura política e intelectual, miembro relevante del «sector azul». A su más que notable actividad económica y administrativa hay que añadir su tenaz gestión en pro de Juan Carlos como sucesor de Franco a título de rey, en abierta oposición a los escepticismos u oposiciones del Movimiento, sorteando intrigas de poco fuste en favor de algún otro candidato y saltando por encima del políticamente incierto Don Juan. La orientación de Juan Carlos una vez proclamado rey debió de causarle sorpresa no excesivamente agradable. Viéndose desplazado en la transición por el grupo de Suárez, formó partido Fraga con otros personajes destacados de la etapa anterior. El intento fracasó, en parte por la disparidad de aquellos dirigentes y por la decisión de Fraga de imitar la línea de Suárez.

Manuel Fraga Iribarne

Como ministro de Información y Turismo durante siete años a partir de 1962, desarrolló una acción excepcionalmente fructífera, convirtiendo el turismo español en una potencia mundial. En el orden informativo hizo promulgar una ley de prensa que sustituía a la de Serrano Suñer. La nueva ley, justificada en la superación de los tiempos difíciles y en la fortaleza del régimen, suprimía las consignas y la censura previa, suponiendo que la prensa adoptaría espontáneamente, en general, una postura pro régimen. Ello no ocurrió del todo, pues a partir de ese momento se multiplicó la difusión de textos marxistas y cundieron en bastantes medios opiniones a menudo solapadamente comunistas o denigratorias para el gobierno, castigadas a ve-

ces con suspensiones y multas. Sin embargo, el ambiente general solo cambió lentamente, aunque alimentando la radicalización de minorías estudiantiles.

Al revés que su correligionario Arrese, Fraga no pretendía un Estado sindicalista que nunca había tenido lugar y consideraba especialmente anacrónico por aquellas fechas. Era partidario de una política de reformas sucesivas no muy precisadas que, sin alterar lo esencial del régimen, permitiesen una evolución ordenada tras la muerte de Franco. Por ello tildaba de políticamente inmovilistas a los tecnócratas del Opus. Contra ellos maniobró de diversos modos, explotando, para desacreditarlos, el escándalo Matesa, en 1969, al que la prensa azul dio la máxima proyección; o auspiciando una versión libre del *Tartufo* de Molière, en la que, de manera alusiva, un hipócrita López Rodó engañaba a un torpe Carrero. Los grandes carteles anunciadores y canciones como *Ay qué vivos son los ejecutivos* hicieron furor para descrédito de los políticos del Opus e indirectamente del régimen entero. Carrero y López Rodó exigían retirar la obra, pero Fraga la mantuvo con la argucia de que tal medida sería contraproducente, al dar una imagen de censura y falta de libertad de expresión. Un airado Carrero llegó a gritar: «¡O Fraga o yo!». Por estas acciones, Fraga saldría del gobierno a finales de octubre de 1969, aunque mantendría otros cargos importantes, entre ellos el de embajador en Londres.

Para Fraga, la victoria de los tecnócratas en la crisis del 69 «fue un gran desastre nacional», porque habría impedido unos planes de evolución reformista. Para López Rodó, habían ganado los defensores de un «Estado de Derecho frente a quienes propugnaban un Estado totalitario encubiertamente republicano», sin Juan Carlos.

Sus críticos le han acusado de haber firmado la ejecución de Julián Grimau, cosa totalmente falsa, o haber amparado informativamente la muerte del estudiante comunista Enrique Ruano en 1969. Según la versión antifranquista, la policía habría tirado a Ruano por la ventana de un séptimo piso. La acusación es poco fehaciente, porque tales cosas nunca ocurrían, esta habría sido una excepción absoluta, aún más improbable porque la víctima carecía de relevancia política.

Al llegar la transición, Fraga parecía el más adecuado para dirigirla, por sus trabajos previos al respecto; pero se vio postergado por Suárez, favorito de Juan Carlos. Fundó el partido Alianza Popular, perdiendo las elecciones, y estuvo entre los llamados «padres de la Constitución», sintiéndose burlado por las irregularidades en su tramitación. Terminaría su carrera mediocremente, presidiendo la autonomía gallega. Fraga recordaba a su rival López Rodó en su muy abundante producción intelectual en materias de Teoría del Estado y Derecho Político especialmente.

Federico Silva Muñoz y Gonzalo Fernández de la Mora

Durante todo el franquismo la construcción de obras públicas —desde carreteras y ferrocarriles hasta los pantanos que cambiaron la fisonomía agraria y en parte industrial del país— fue excelente en relación con los recursos disponibles, pero alcanzó un grado superior con Federico Silva Mnñoz, ministro entre 1965 y 1970. El rápido desarrollo económico exigía una renovación de las infraestructuras viarias y otras, tarea que acometió con un criterio dividido en cinco puntos:

1. Concentración de recursos, dada su escasez.

2. Selectividad en la rentabilidad de las inversiones.
3. Terminación de todo lo empezado.
4. Armonización de las previsiones a largo plazo con la planificación a corto.
5. Conjugación de los principios de planificación y de ejecución.

Aquellos principios aseguraron una eficiencia y evitación de derroches muy estimable, sobre todo cuando, años más tarde, los despilfarros y obras inútiles se convertirían en parte del panorama político habitual. El resultado fue una renovación de carreteras y ferrocarriles y las primeras autopistas dentro de un vasto plan. Las autopistas serían abandonadas en el posfranquismo a favor de autovías que desdoblaban las carreteras tradicionales.

Silva, miembro destacado de la ACNP, podía considerarse un cristianodemócrata afecto al franquismo, y en sus memorias explica las luchas, ya en los años cincuenta, entre grupos eclesiásticos adversarios y colaboradores del régimen. No identificado con el sector azul ni con el tecnócrata, las luchas entre ambos le causaban desazón. Descartada a finales de los años cincuenta la sindicalización falangista del Estado, la competencia entre el sector evolucionista del Movimiento y los tecnócratas volvió a dar la victoria a estos al salir Fraga del gobierno en 1969. Para Silva, se abrían entonces dos posibilidades: «Continuar sin hacer nada con un gobierno apto para ello o ir de manera controlada al pluralismo político», solución esta última por la que él estaba. En el nuevo gobierno, sin embargo, las divergencias se acentuaban dentro de una extraña inmovilidad, según a él le parecía, y en abril de 1970 dimitió, recomendando como sucesor a Gonzalo Fernández de la Mora.

Ya en los últimos compases del régimen, Fernández de la Mora desempeñó su ministerio con gran eficacia, pese a tener mucho más de intelectual que de político: fue autor de una copiosa obra de pensamiento, examinando las corrientes filosóficas en boga, el pensamiento español del siglo XX, la democracia y la partitocracia, y abordando otras muchas cuestiones de alcance teórico. También dirigió la prestigiosa Escuela Diplomática y fundó la revista de pensamiento *Razón Española*. Por razones de edad, no había participado en la guerra, como tampoco lo había hecho Silva, pero se identificaba de lleno con el franquismo, y dentro de él con la monarquía.

Uno de sus propósitos, quizá el central de su vida, fue la elaboración de un sistema filosófico riguroso («razonalismo») incluyendo en él el pensamiento político. Escribió *El crepúsculo de las ideologías* interpretando los fenómenos sociales y juveniles de los años sesenta como un fracaso del marxismo, por una parte, y de la democracia liberal por otra. Según él, ambas ideologías constituían series de tópicos, raciocinios vacíos o falsos y juicios superficiales sin verdadera base, para uso de demagogos. Su desgaste hacía que, como parecía suceder por entonces, se produjese una convergencia creciente entre ambas, ante la imposibilidad de aplicar en la realidad sus dogmas. Con el desarrollo de las ciencias sociales, la propia evolución del Estado y los difíciles problemas prácticos planteados por la política, las ideologías irían perdiendo su anterior sustancia y suscitando en grandes masas de población apatía o, entre la juventud universitaria, revueltas nihilistas. Los estados actuales se dedicarían muy predominantemente a resolver problemas económicos, en los cuales, y en todos los demás, se necesitaban expertos y no ideólogos. El político ideologizado tradicional iría dando paso al capacitado técnicamente para abordar dichos problemas se-

gún la ciencia. La experiencia ulterior, incluida la del mismo Fernández de la Mora en la transición, demostraría que su análisis, pese a su lógica aparente y a su estudio de los procesos de aquellos años, resultaría insuficiente, y que no es posible reducir la política a una actividad plenamente racional, no digamos científica. Su desencanto con Juan Carlos y la transición fue absoluto, y rechazó la Constitución.

Luis Carrero Blanco

Como dijimos, fue la mayor parte del tiempo una especie de «eminencia gris» del régimen, por su proximidad a Franco y la atención que este le prestaba. Durante la guerra civil mandó un submarino, sin acciones reseñadas o reseñables, y luego pasó a jefe de Estado Mayor del Grupo de Cruceros, desde el *Canarias*. Al igual que el propio Franco, tuvo muy clara la reconstrucción del país como máxima prioridad, y su consejo tuvo gran peso en la decisión de no entrar en la guerra mundial. Su ideología era eminentemente conservadora y monárquica, con una visión tecnocrática. En 1973 fue nombrado presidente del Gobierno, cargo que hasta entonces solo había ostentado Franco personalmente, lo que indica un intento de asegurar una evolución tranquila. Al igual que su protegido López Rodó, volcó toda su influencia en pro de Juan Carlos como sucesor que daría continuidad básica al franquismo, aun si con cambios previsiblemente de fondo. Como católico ferviente, la mayor decepción de su vida fue con seguridad el cambio de actitud de la Iglesia, que en muchos casos practicaba un verdadero sabotaje al régimen.

Más o menos consciente de que las orientaciones de Pablo VI empujaban la política española por derroteros harto insegu-

ros, procuró explorar posibilidades de evolución que no concluyeran en catástrofe. A ese fin fundó en 1972 el SECED (Servicio Central de Documentación), un servicio secreto encargado de conocer a fondo y controlar a los grupos de oposición, golpear a los más violentos y tratar con aquellos más moderados o proclives a aceptar una evolución ordenada (incluidos algunos comunistas). Según todos los indicios, uno de sus aparentes éxitos fue la promoción del nuevo PSOE de Felipe González en ruptura con el PSOE histórico. A la postre, el nuevo partido no resultó tan nuevo como se esperaba, y escapó de las manos de sus auspiciadores, suceso no raro en tales maniobras (el 23-F tiene todas las trazas de haber sido una operación similar y, salvando las distancias, la Revolución bolchevique no habría tenido lugar, probablemente, sin la ayuda del Alto Estado Mayor alemán, que obviamente no deseaba lo después ocurrido).

Sobre el asesinato de Carrero, a los pocos meses de presidir el gobierno, se ha especulado con la mayor arbitrariedad. Ciertamente introdujo un factor de confusión e incertidumbre, enseguida superado.

Torcuato Fernández Miranda

Cuando Carrero fue asesinado, el vicepresidente era Torcuato Fernández Miranda, que oficiaba también como ministro secretario general del Movimiento y había sido rector de la Universidad de Oviedo, entre otros numerosos cargos. En un primer momento pudo producirse una reacción involucionista o descontrolada, pero Torcuato la frenó en seco manteniendo la tranquilidad en todo el país. Él pudo haber sucedido a

Carrero, pues, al igual que este, pensaba en algún tipo de evolución hacia un mayor pluralismo por medio de asociaciones políticas; pero carecía entonces del apoyo de alguna *familia*, ya que su carrera había sido siempre independiente: su cargo al frente del Movimiento no lo identificaba con la Falange (había tomado posesión con camisa blanca, mientras que Suárez lo haría después con camisa azul), y tampoco entraba en los círculos de católicos, carlistas o monárquicos: su caso era atípico. Por otra parte tenía fama de hombre rebuscado o pretendidamente sutil o intrigante, lo que no le ganaba muchas simpatías. De modo que, sorprendentemente, el elegido para suceder a Carrero fue Arias Navarro, ministro de Gobernación que no había sabido impedir el atentado y que prescindió de Torcuato en su gobierno.

Sin embargo, no acabó ahí su carrera política, sino que en cierto modo alcanzó entonces su ápice, al lado de Juan Carlos, como organizador de la primera fase de la transición. Se valió de Adolfo Suárez para obstaculizar los proyectos de Arias en nombre de los principios del Movimiento, y utilizó a Areilza para neutralizar a Fraga y nuevamente a Suárez para dejar a estos dos últimos burlados. Manejando los hilos desde un segundo plano, consiguió el gran éxito sucesivo de comprometer al grueso de la clase política franquista en su plan de cambio «de la ley a la ley» y luego de hacerlo aprobar por gran mayoría popular en referéndum. Torcuato estaba seguro de que Suárez, un político ligero y sin fuste intelectual, le admiraba como a un maestro y estaría contento de seguir sus directrices como hasta entonces; pero a partir del referéndum, Suárez prescindió de su guía, le dio la proverbial patada y orientó la transición en un sentido que Torcuato —como otros— estimó muy peligroso para el porvenir. Con profunda amargura, el maestro rechazó

las presiones para hacerle votar la Constitución y rompió con Suárez. Puede decirse que este acto simbólico y significativo acababa de poner fin, realmente, al franquismo.

Al igual que otros muchos personajes de los aquí reseñados, Torcuato había luchado en la guerra como alférez provisional, distinguiéndose por «su espíritu y valor» en la batalla del Ebro. Nunca dejó la menor duda de su fidelidad a Franco.



II

Opiniones sobre Franco

Como tantos personajes históricos relevantes, Franco ha despertado verdaderas pasiones y ha sido objeto de las opiniones más encontradas, tanto respecto a su personalidad como a su política. He espigado aquí unos cuantos juicios, que a veces revelan más del opinante que del opinado. A modo de curiosidad, los he dividido entre quienes le trataron o al menos conocieron en algún momento, y quienes nunca hablaron con él, pero han tratado de analizarle. Tiene interés, asimismo, comparar muchos juicios con los hechos históricos conocidos para comprobar hasta qué punto suelen errar.

De personas que no trataron a Franco

Stanley Payne (historiador e hispanista useño)

«Durante la mayor parte de su larga carrera Franco fue plenamente consciente del papel que le habían asignado como ogro por excelencia de la Europa Occidental. Resulta instructivo

comparar a este respecto las actitudes hacia Franco y hacia Tito a partir de 1945 (...). El baño de sangre que sufrió Yugoslavia en 1945 fue comparativamente mucho mayor que el ocurrido en España en 1939 y la nueva dictadura mucho más dura y represiva (...) y no consiguió el progreso económico, social y cultural logrado por el régimen español. Tras la muerte de Tito no se produjo una democratización, sino una forma colegiada de dictadura. Sin embargo, Tito es aclamado con frecuencia (...) como un gran reformador e innovador, una especie de hito del logro progresista y, debido a circunstancias internacionales concretas, obtuvo más ayuda occidental y en una época más temprana».

Andrée Bachoud (profesora universitaria en París)

«No tiene amantes ni parece haber sentido jamás el deseo de tenerlas: carece de vicios y de pasiones y su cultura es escasa; ni siquiera le atraen los pequeños placeres: no bebe, no fuma, no parece apreciar la buena mesa ni el placer de la conversación, excepto tal vez en su primera juventud, cuando asiste a las tertulias. Tampoco destaca por sus cualidades».

Antonio Domínguez Ortiz (historiador español)

«Franco carecía de calor humano; helaba a su interlocutor no con la majestad de Felipe II, sino con su frialdad de pescado. No fue buen asceta; con frecuencia abandonaba la mesa de despacho atiborrada de papeles para dedicarse a la caza o a la pesca; su verdadera pasión era el poder, y lo satisfizo más allá de toda expectativa».

Paul Preston (historiador inglés)

«Muchas creencias populares respecto a Franco son falsas. No fue el general más joven de Europa después de Napoleón. No fue

el valiente artífice de la neutralidad española en la II Guerra Mundial. No fue el arquitecto del crecimiento español en los años sesenta. Sus armas fueron una astucia instintiva, una despiadada sangre fría con la cual dirigió las rivalidades entre las diversas fuerzas del régimen y con las que derrotaba todos los retos que pudiera presentarle cualquiera —desde Serrano Suñer hasta Don Juan de Borbón— que fuera superior a él en inteligencia e integridad moral. Las victorias de Franco no fueron las de un gran benefactor nacional, sino las de un hábil manipulador del poder que velaba sobre todo por sus intereses. Era conmovedora, de tan ingenua, su fe en los trucos mágicos».

G. Ashford Hodges (psicóloga freudiana, esposa del anterior)
«Franco fue el producto de una niñez represiva e infeliz. Su padre, pese a sus ideas liberales, era autoritario y represivo; y la madre es muy difícil que fuera una madre perfecta, debió de ser muy religiosa y muy fría. La política de Franco hacia las mujeres, a través de la Sección Femenina, denota una actitud vengativa (...). Franco interiorizó la violencia y el estilo autoritario de su padre y asumió esa dureza en relación con los más débiles que él; por ejemplo, los soldados a los que mandaba. Más tarde, como jefe del Estado, mantuvo una actitud represiva contra todo el pueblo español».

Miguel de Unamuno (después del célebre incidente de Salamanca)
«Tan pronto como se produjo el movimiento salvador del general Franco, me he unido a él (...). El gobierno de Madrid me destituyó de mi cargo de rector, pero el gobierno de Burgos me restableció mi función (...). El salvajismo inaudito de las hordas marxistas sobrepasa toda descripción (...). Si el miserable gobierno de Madrid no ha podido ni ha querido resistir el empuje de

la barbarie marxista, debemos tener la esperanza de que el gobierno de Burgos tendrá el valor de oponerse a aquellos que quieren establecer otro régimen de terror (...). Insisto en el hecho de que el movimiento a cuya cabeza se encuentra el general Franco tiende a salvar la civilización occidental cristiana y la independencia nacional».

Winston Churchill

«Hay que elogiar la decisión española de mantenerse fuera de la guerra (...). Por ello no simpatizo con quienes creen inteligente, incluso gracioso, insultar y ofender al gobierno de España en cualquier ocasión».

Herbert Southworth (polemista useño de extrema izquierda)

«La verdad es que Franco ansiaba vivir en una Europa dominada por Hitler, como vice Führer del Imperio Azul».

Nóvikof (embajador de Stalin en Washington, 1945, citado por Gil-Robles)

«El general Franco será procesado como criminal de guerra. A aquellos que, fuera de España, siguen coqueteando con la idea de una restauración monárquica, les deberá tocar una parte de la responsabilidad moral que pueda nacer de una nueva guerra civil en España».

Carlos Castilla del Pino (psiquiatra, comunista)

«A Franco le he odiado durante cuarenta años (...). Gracias al odio, la humanidad ha progresado (…). Francisco Franco Bahamonde ha sido el personaje más nefasto de la historia de España desde el neolítico».

J. L. Cebrián (periodista, alto cargo en el franquismo y exdirector de *El País*)

«Un hombre mediocre y cutre, pero astuto. Cabreado porque nadie le hacía caso a él, que había cumplido con la misión divina de salvar a España y tenía que soportar a su familia peleándose para repartirse la herencia política y temporal. Los españoles no han sabido nada sobre los horrores de la represión que siguió al final de la guerra hasta que Franco estuvo físicamente muerto (...). Fue un dictador frío, que nunca negó la existencia de la represión porque siempre pensó que hacía bien. La guerra civil duró cuarenta años. No creo que hiciera nada positivo que se le deba agradecer. Yo soy un hijo de aquel régimen casado con la hija de un comunista».

Luis María Ansón (periodista juanista, cargo de confianza en el franquismo)

«Franco estuvo al frente de un Estado totalitario (...). El general Franco persiguió de forma inmisericorde el idioma catalán. Lo prohibió en escuelas, colegios y universidades. Lo erradicó de la vida política y administrativa. Lo suprimió hasta en los rótulos de los comercios».

F. García de Cortázar (historiador jesuita posconciliar)

«Sin dejar de reprimir las libertades democráticas negando los derechos sindicales, unificando la fe y el rito, encarcelando a políticos e intelectuales, liquidando a disidentes de todos los colores, Franco, no obstante, tuvo la satisfacción de recibir el espaldarazo de los grandes del planeta y las bendiciones concordatarias del Vaticano, que lo consagraban como aliado bajo palio y le concedían el derecho a vetar obispos a cambio del monopolio religioso y el control moral».

Arzallus (líder separatista vasco)

«Dieciséis sacerdotes vascos asesinados por Franco».

Ignacio Anasagasti (dirigente separatista vasco)

«Nos parece una vergüenza que treinta y seis años después de fallecido el dictador todavía sigamos con el Valle de los Caídos, cuando en Berlín no existe un monumento a Hitler, cuando en Roma no existe un monumento a Mussolini, como en Lisboa no existe un monumento a Oliveira Salazar. Lo que tenía que hacer el gobierno es proceder de una vez por todas. Ajuriaguerra decía que lo mejor que había que hacer con aquello era volarlo. Porque esa memoria reconciliada con aquel símbolo no se va a producir con el tiempo. Tendrían que pasar cuarenta generaciones para que se olvidara lo que fue aquella iniciativa de un asesino, dictador, cruel y que sobre todo se vengó de gentes que se habían opuesto lógicamente a su iniciativa de subvertir la legalidad republicana».

Santiago Carrillo

«Estoy entre los españoles que piensan que ver morir a Franco en su lecho sería una injusticia histórica. Existen pocos pueblos en Europa que hayan luchado tanto por la libertad como nosotros y no nos merecemos verle morir con la ilusión de que su tiranía sea indestructible. No debe tener esa satisfacción. Debe ver con los ojos abiertos el fin de su tiranía... Yo no he esperado nunca que Franco muriese y he hecho todo lo posible para echarle antes. Todavía cuento con realizarlo antes de que muera... La condena de muerte a Franco, la firmaría».

Paul Johnson (historiador inglés)

«Franco preparó con mucha inteligencia la sucesión, a partir de la creación de una clase media muy sólida. Franco fue un hom-

bre extraordinario. Uno de los hombres más inteligentes del siglo xx. Algún día el pueblo español le colocará en el lugar que merece».

Jordi Pujol (líder separatista catalán)

«El general Franco (...) ha elegido como instrumento de gobierno la corrupción. Sabe que un país podrido es fácil de dominar, que un hombre comprometido por hechos de corrupción económica o administrativa es un hombre servil. Por esta razón el Régimen ha fomentado la inmoralidad en la vida pública y económica. Como sucede en ciertas profesiones indignas, el Régimen procura que todo el mundo se ensucie las manos y esté comprometido (...). Además de un opresor, es un corruptor».

De personas que trataron a Franco

Indalecio Prieto (dirigente del PSOE)

«Le he visto pelear en África, y para mí, el general Franco (...) llega a la fórmula suprema del valor, es hombre sereno en la lucha (...). El general Franco, por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el Ejército, es el hombre que en un momento dado puede acaudillar con el máximo de probabilidades —todas las que se derivan de su prestigio personal— un movimiento».

Diego Hidalgo (intelectual y político republicano, ministro de la Guerra en 1934)

«Capacidad de trabajo (...). Clara inteligencia (...). Comprensión y cultura (...). De sus virtudes, la más alta es la ponderación al examinar, analizar, inquirir y desarrollar los problemas (...). Es

exigente y a la vez comprensivo, tranquilo y decidido (...). Uno de los pocos hombres de cuantos conozco que no divaga jamás (...). Nunca lo vi jubiloso ni deprimido».

Salvador de Madariaga (intelectual y político liberal, contrario al franquismo)

«Me llamó la atención por su inteligencia concreta y exacta más que original y deslumbrante, así como su tendencia natural a pensar en términos de espíritu público, sin ostentación de hacerlo».

Ramón Serrano Suñer (ministro en los primeros años cuarenta, pronazi algún tiempo)

«Franco estuvo evasivo, divagatorio y todavía cauteloso (...). José Antonio quedó muy decepcionado y apenas cerrada la puerta del piso tras la salida de Franco (...) se deshizo en sarcasmos. "Mi padre —comentó José Antonio— con todos sus defectos, con su desorientación política, era otra cosa. Tenía humanidad, decisión, nobleza. Pero esras gentes..."».

Benito Mussolini (según Galeazzo Ciano)

«Apunta en tu diario que hoy, 29 de agosro (de 1938), profetizo la derrota de Franco».

Azorín (escritor destacado de la Generación del 98)

«Franco se domina y domina las cosas. Para él lo sustancial es la persona y lo adventicio, el hecho. Entre lo inextricable y peligroso, el Caudillo se mueve con *increíble facilidad*».

Pedro Sainz Rodríguez (escritor y político, ministro de Instrucción Pública con Franco en 1938-1939, después antifranquista, conspirador monárquico juanista)

«Era desconfiado hasta de sus zapatos. No sé si por eso se mantuvo en el poder. Él se mantuvo en el mando por azar (...). Hay que aceptar que el pueblo español fue un caballo bastante dócil. Pero yo no le echaría la culpa. No ha habido una auténtica oposición política que cuestionara el régimen de Franco. Ha habido, simplemente, fisuras en el mismo ámbito».

«Era un militar, su cultura casi exclusivamente profesional, así como su formación, sus hábitos y sus costumbres».

Samuel Hoare (embajador inglés en Madrid durante la II Guerra Mundial)

«Vi lo suficiente en él (...) para comprender que lo único que nos unía era nuestro común deseo de mantener a España fuera de la guerra».

«Su voz era muy distinta de los incontrolables y desapacibles gritos de Hitler o de los modulados y teatrales bajos de Mussolini. Era la voz de un médico de cabecera con buenos modales (...). Me llevó a pensar cómo pudo llegar a ser el joven y brillante oficial en Marruecos y luego comandante en jefe en una salvaje guerra civil. ¿Había algo más en él que no pudiera ser percibido fácilmente?, o ¿de qué modo este joven oficial de origen judío, de escasa influencia política y de personalidad nada impresionante, pudo llegar a la más alta magistratura?».

«Mis palabras (...) no causaron el menor efecto en el vanidoso jefe del Estado (...). Me fui (de España) con la sensación de que (...) la influencia que yo había ejercido sobre la psicología del Caudillo (...) era insignificante».

Adolph Hitler

«Antes de repetir la entrevista con Franco, preferiría que me sacaran tres o cuatro muelas» (dirigiéndose a Mussolini).

«El Führer no tiene una buena opinión de España ni de Franco. Mucho ruido y pocas nueces. Nada sólido» (según los diarios de Goebbels).

José Larraz (ministro de Hacienda en el segundo gobierno de Franco)

«Franco poseía intuición para lo sencillo, era naturalmente astuto, pero carecía de talento profundo para lo complejo. No tenía fibra cordial alguna; tampoco tenía nervios, mas gozaba de mucho tesón y podía aguantar los más grandes temporales. Obrando, era un gallego recriado entre moros, que quizá había leído *El Príncipe*. Su cultura respiraba medianía. La vida privada de Franco no tenía tacha (...). Sus deseos respecto de España eran de bondad indiscutible; para las clases menesterosas del país abrigaba excelentes propósitos (...). Sabía navegar con buen instinto por el mar de los asuntos internacionales (...). Carecía de finura política y comportaba en su personalidad una faceta rayana en lo ridículo: la propensión a entender y tratar de cuestiones económicas (...). Tenía de sí mismo una idea excesiva».

Marcelo González Martín (cardenal primado de España)

«Brille la luz del agradecimiento por el inmenso legado de realizaciones positivas que nos deja este hombre excepcional, esa gratitud que le está expresando el pueblo y que le debemos todos, la sociedad civil, la Iglesia, la juventud y los adultos, la justicia social y la cultura extendida a todos los sectores. Recordar y agradecer no será nunca inmovilismo rechazable, sino fidelidad estimulante».

Carlton Hayes (embajador useño en España entre 1942 y 1944)

«No deseaba una victoria del Eje, aunque ansiaba una derrota de Rusia. Pronto me di cuenta de que ningún parecido guardaba el general con las caricaturas que de él corrían en la prensa izquierdista de los Estados Unidos (...). Me pareció no tener nada de torpe ni ser tan poseído de su persona, antes se me reveló como dotado de una inteligencia clara y despierta y de un notable poder de decisión y cautela, así como de un vivo y espontáneo sentido del humor. Rio fácil y naturalmente, como no puedo imaginarme que lo hiciesen Hitler o Mussolini más que en la intimidad».

Gonzalo Fernández de la Mora (pensador y ministro de Obras Públicas de Franco)

«No amaba el poder, despreciaba profundamente la politiquería y solo hacía uso de su autoridad cuando era absolutamente necesario. Resolvía después de escuchar diferentes opiniones y de sopesarlas. Era pragmático, objetivo y más bien lento en la toma de decisiones, pero muy seguro (...). Su psicología era muy compleja; pero básicamente me pareció un sentimental, más bien tímido, pero regido por una voluntad de hierro, una razón muy respetuosa con los datos y un coraje sobrehumano. Cuando estaba relajado, que era casi siempre, gustaba de la chanza y la ironía, características de su tierra galaica (...). Aunque ello haya sido muy malo para España, tuvo la fortuna coyuntural de estar emparedado entre Negrín y Suárez, lo cual ha contribuido, si cabe, a agigantar, por contraste su alta talla histórica».

Laureano López Rodó (director de los Planes de Desarrollo Económico y Social de los años sesenta, miembro del Opus Dei)

«Es una figura excepcional por sns cualidades, por su biografía y por su obra. Creo que es uno de los estadistas más importantes

que España ha tenido a lo largo de su historia. Era un hombre sagaz y cauteloso, idealista y pragmático, con gran dominio de sí mismo e inagotable paciencia y gran respeto al Derecho. Era un arquetipo de soldado (...). Ha sido un gran honor para mí colaborar modestamente en su obra de reconstruir material y culturalmente a España».

Francisco Franco Salgado-Araujo (teniente general, primo carnal y ayudante personal de Caudillo)

«Nunca me hice ilusiones de que jamás el Caudillo me agradeciese los servicios que le he prestado con absoluta lealtad y entrega; es demasiado frío y egoísta para ello, y yo le conozco bien».

Vernon Walters (embajador especial y consejero de los presidentes de Estados Unidos D. Eisenhower y R. Nixon)

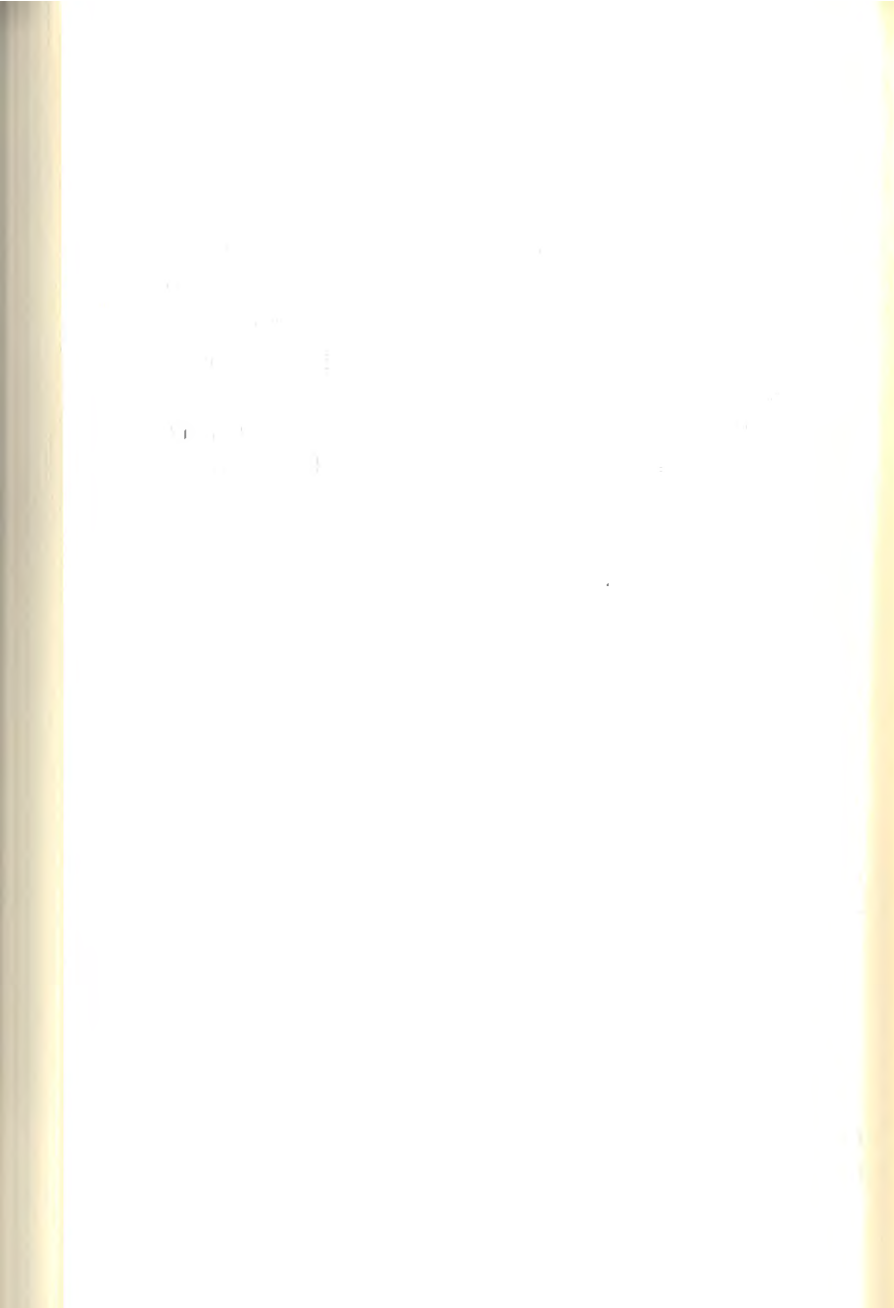
«El general Franco se levantó para indicar que la reunión había terminado (...). Me aseguró que no habría una segunda guerra civil (...). Al irme me estrechó la mano y me dijo, casi en un susurro: "Mi verdadero monumento no será la cruz del Guadarrama. Mi verdadero monumento será lo que no encontré cuando me encargué del gobierno de España, la clase media española" (...). Su carácter no correspondía al del español excitable y gárrulo imaginado por tantos noreuropeos y norteamericanos».

Ricardo de la Cierva (historiador y ministro de UCD)

«Quienes estaban más obligados a defender la memoria de Franco no lo han hecho; o, peor aún, han emprendido para ello caminos equivocados en política y en acción cultural, que han perjudicado la figura de Franco tanto o más que las actuaciones y tergiversaciones enemigas».

Mariano Navarro Rubio (economista, ministro de Hacienda con Franco y uno de los impulsores del desarrollismo)

> «Es verdaderamente lamentable que la figura de Franco haya sufrido en los últimos tiempos una serie de ataques por parte de quienes no supieron o no quisieron comprender toda su grandeza (...). No dudaré en poner en evidencia cuantas limitaciones y errores hayan podido existir y cometerse, pero situándolas siempre en el plano de grandeza que sin duda conviene a esta figura histórica (...). Como persona era bueno, sencillo, humilde. Se pueden contar anécdotas a centenares que dejarían atónitos a los que tienen formado de él un juicio congruente con su aspecto político (...). No era precisamente un intelectual. Jamás presumió de serlo ni de procurarlo. Su doctrina política estaba compuesta de unas pocas ideas, elementales, claras y fecundas».



III

Frases de Franco

Parte de estas frases son bien conocidas, y otras las he extraído de Mis conversaciones privadas con Franco, *de Francisco Franco Salgado-Araujo, citado más arriba. En el libro, su autor manifiesta un moralismo estrecho y un tanto doméstico, y cierto resentimiento hacia el Caudillo, pero, al margen de sus juicios, las citas son seguramente fidedignas. En conjunto, retratan bastante bien las convicciones de Franco.*

«La evolución razonada de las ideas y los pueblos, democratizándose dentro de la Ley, constituye el verdadero progreso de la Patria, y toda revolución extremista y violenta la arrastrará a la más odiosa de las tiranías» (en 1930, poco antes de la II República).

«Ahora se habla de democracia. Nosotros, los españoles, ya la hemos conocido. Y no nos dio resultado».

«Es verdad, ellos lo tienen todo. Todo menos la razón» (respondiendo a un discurso de Prieto en que se jactaba de que el Frente Popular disponía de todos los recursos para ganar la guerra).

«A Sanjurjo no le había gustado el comportamiento del rey con Primo de Rivera y a mí tampoco, pero yo lo asumía disciplinadamente y Sanjurjo era muy suyo».

«Crearemos un Estado para el pueblo, no un pueblo para el Estado».

«La masonería es muy buena en Inglaterra y para Inglaterra. Lo malo es qne en España sigue siendo muy buena para Inglaterra».

«Usted haga como yo, no se meta en política».

«Al cardenal Segura lo he aguantado como una cruz que Dios me mandaba y la llevaba con la máxima paciencia».

«En España pudo consolidarse la república, que no tenía enemigos, y sobre todo nadie pensó al principio en luchar contra ella. Fueron los propios gobiernos socialistas y marxistas los que hicieron más daño a este régimen, que se convirtió en una amenaza para la existencia de España».

«No venimos a hacer al pueblo (promesas) irrealizables, sino a enfrentarnos juntos a los problemas».

«Hice lo posible por convencer a Hitler de que la guerra no estaba ganada ni mucho menos, pues al continuarla Inglaterra

hacía suponer que esta nación tenía la seguridad de que los Estados Unidos entrarían en la contienda. El Führer, como si fuera un iluminado, afirmaba constantemente que la guerra estaba ganada».

«Fui amigo de Mussolini y de Hitler porque nos ayudaron a combatir al comunismo. Pero nunca me sometí a ellos ni a su política».

«Siempre le agradecí (a Hitler) la ayuda que nos prestó; pero nunca me consideré obligado a pagarle con la sangre del pueblo español jugándome la independencia de mi patria».

«Mussolini era una persona muy ponderada y de gran patriotismo. Se diferenciaba de la exaltación e irreflexión del Führer. El error del Duce fue creer que la guerra estaba ganada cuando Alemania se apoderó de Francia en 1940. Temió llegar tarde al disfrute de la victoria».

«Una cosa es que los españoles sean entusiastas con Alemania y otra tomar posturas de mal gusto con los vencidos».

«Estando pescando en el Estrecho de Gibraltar en el *Azor*, pasaron dos barcos pequeños rusos, con tripulación correctamente vestida y formada, bajando varias veces la bandera en señal de saludo. Qué ajenos estaban a que me saludaban a mí».

«Sin la aniquilación de las hordas rojas, España sovietizada hubiese supuesto una cuña entre las naciones del arco latino, Rusia y el resto de Europa, una plataforma para el marxismo en África y la total asimilación de la América Hispana».

«A mí la prensa siempre me ha tratado bien».

«La sociedad de Zaragoza es muy buena y tiene la ventaja de que allí no hay aristocracia que intrigue».

«Existe una aristocracia militar de mayor importancia que la de sangre, y lo mismo la aristocracia de la ciencia, de las letras, de la industria, de la banca, etc.».

«La futura monarquía ha de ser eminentemente social o dejará de existir para siempre».

«Ortega era un hombre sin convicciones religiosas; pero no era persona de odios ni de grandes pasiones».

«No creo que España tarde en pertenecer a la ONU, y no creo que Rusia ponga el veto. Lo único que hará será pedir compensaciones para sus satélites» (en agosto de 1955, cuatro meses antes de la entrada).

«La hábil política de Rusia me hace perder el sueño y me preocupa muchísimo» (noviembre de 1957).

«Hay que reconocer que la Rusia de hoy no es como la de antes. Hay que reconocer que se ha transformado muchísimo, y su cultura es grande» (en 1963).

«Hay que procurar orientar la juventud para el estudio de las ciencias físico-químicas, especialmente las ciencias nucleares, como están haciendo en Rusia».

«Aún han de pasar algunos años para que nuestra industria esté más adelantada y pueda competir con la de las naciones del Mercado Común» (en enero de 1963).

«El autor tiene razón cuando habla del obrero del campo y de la vida que lleva, que no puede ser más dura» (sobre la novela de Emilio Romero *La paz empieza nunca*).

«Estoy seguro de que De Gaulle defraudará a los que hoy le han votado. Cuando gobernó la otra vez, los ingleses tenían instalado un aparato en el despacho de De Gaulle, que registraba todo lo que él hablaba, y luego lo copiaba un agente del servicio secreto inglés. A nosotros nos informaba Londres».

«Kennedy está rodeado de bastantes izquierdistas y enemigos del régimen español».

«Eisenhower es muy leal a la amistad española y ha resuelto favorablemente las dificultades que se han ido presentando. Los republicanos nos comprenden mejor. Entre los demócratas hay bastantes enemigos del régimen».

«Es de elogiar el civismo inglés y su elevado patriotismo».

«El Cid es el espíritu de España, y suele ser en la estrechez y no en la opulencia cuando surgen estas grandes figuras».

«No estoy conforme con la poca energía que tienen nuestras autoridades para enfrentarse con los ingleses» (en Gibraltar).

«Me ha extrañado que el señor Piniés no haya hecho alusión a la promesa de Mr. Churchill de devolvernos el Peñón si España permanecía neutral. Nosotros no entramos en guerra, pero el gobierno inglés olvidó cumplir su promesa».

«No hay que olvidar la política de Truman, que no queriendo levantar las sanciones contra España que había impuesto la ONU, tuvo que rendirse a la realidad aunque fuese a regañadientes».

«¿Es que ha visto usted algún censor que no sea tonto?».

«Hay mucho militar que cree que en la guerra no hay que dejar nada al azar y está equivocado, pues siempre hay que arriesgar algo».

«Es tonto que alguien crea que soy capaz de faltar a mi deber y de hacer traición a la Cruzada y a los que han dado en ella la vida».

«Desconfío mucho de esos elementos izquierdistas que quieren imitar a los comunistas para apaciguarlos, pero cuando estos consiguen gobernar, como pasa en Cuba, son peores y más autoritarios».

«El Movimiento Nacional se sucederá a sí mismo, sin mistificaciones» (en enero de 1955).

«Halagan al pueblo diciéndole que hay que trabajar menos y subir los salarios; pero no le dicen que con ello sube la vida y se derrumba la economía de una nación».

«Don Juan es débil y se deja mangonear por el último que llega».

«Una nación pobre como España no puede sostener grandes unidades (portaaviones) que costarían inmensas cantidades».

«Desde luego, se es más feliz siendo austero».

«Viven en un ambiente de frivolidad y cuanto más dinero tienen llevan una vida más vacía» (en relación con los marqueses de Villaverde y otros jóvenes).

«Para nosotros la familia constituye la piedra básica de la Nación. En los umbrales del hogar quedan las aficiones y las hipocresías del mundo, para entrar en el templo de la verdad y de la sinceridad».

«Muchos ignoran lo que los gobiernos del régimen han tenido que luchar para tratar de vencer tantas adversidades económicas y evitar que el pueblo español se muriera de hambre».

«Es natural que la gente se canse de los gobiernos, pero a veces la crítica es olvidadiza e injusta».



IV

El testamento político de Franco

Españoles: al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio, pido a Dios que me acoja benigno a su presencia, pues quise vivir y morir como católico. En el nombre de Cristo me honro, y ha sido mi voluntad constante, ser hijo fiel de la Iglesia, en cuyo seno voy a morir.

Pido perdón a todos de todo corazón, perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo los tuviera como tales. Creo y deseo no haber tenido otros que aquellos que lo fueron de España, a la que amo hasta el último momento y a la que prometí servir hasta el último aliento de mi vida que ya sé próximo.

Quiero agradecer a cuantos han colaborado con entusiasmo, entrega y abnegación en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre. Por el amor que siento por nuestra Patria, os pido que perseveréis en la unidad y en la paz y que rodeéis al futuro Rey de España, Don Juan Carlos de Borbón, del mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado y le

prestéis, en todo momento, el mismo apoyo de colaboración que de vosotros he tenido.

No olvidéis qne los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta. Velad también vosotros y deponed, frente a los supremos intereses de la Patria y del pueblo español, toda mira personal. No cejéis en alcanzar la justicia social y la cultura para todos los hombres de España y haced de ello vuestro primordial objetivo. Mantened la unidad de las tierras de España exaltando la rica multiplicidad de las regiones como fuente de fortaleza en la unidad de la Patria.

Quisiera, en mi último momento, unir los nombres de Dios y de España y abrazaros a todos para gritar juntos, por última vez, en los umbrales de mi muerte: ¡Arriba España! ¡Viva España!

V

¿Qué es un historiador?

Si lo expuesto en este trabajo es básicamente veraz, está clara la inveracidad de la mayoría de lo publicado desde hace decenios sobre el franquismo. Ciertamente la verdad absoluta es inalcanzable, pero hay grados de aproximación a ella, por lo que sería muy útil algún debate intelectualmente honesto sobre estas cuestiones. Sin embargo, una amplia experiencia indica que el debate no tendrá lugar. Desde que inicié mis estudios sobre cuestiones de historia, empezando por *Los orígenes de la guerra civil*, he tropezado con lo que Stanley Payne ha descrito como «una hostilidad gélida y furibunda», incapaz de «un esfuerzo intelectualmente serio por refutar cualquiera de sus interpretaciones. Quienes discrepen de Moa necesitan enfrentarse a su obra seriamente y demostrar su desacuerdo en términos de una investigación histórica y un análisis que retome los temas cruciales en vez de intentar eliminar su obra por medio de censura de silencio o de diatribas denunciatorias».

Una de las manifestaciones más patéticas de esa actitud es la pretensión de algunos de negarme la calidad de historiador, título que se autorreservan aunque hayan demostrado una total ineptitud para rebatir mis tesis. Extravagancia reveladora de una pavorosa deshonestidad intelectual y un espíritu burocrático-corporativista, que taran la universidad española desde hace tiempo, y no son exclusivos de la izquierda «progre», pues se extienden a bastantes de derechas, tipo Javier Tusell. Uno de esos escritores, llamado Reig Tapia, varias de cuyas confusiones puse de relieve en *Los mitos de la guerra civil*, llegó a publicar un disparatado trabajo, *El Anti Moa*, para convencer a sus pacientes lectores, a lo largo de quinientas páginas, de lo innecesario de leer una sola página mía; pero, como siempre, sin desmentir una sola de mis tesis. Lo grave del caso es que no se trataba de una chifladura particular, pues el libro venía avalado por historiadores de su cuerda «progresista», como Bernecker, Preston, Viñas, Aróstegui, Elorza, Moradiellos, Gibson, Moreno Gómez y bastantes más. Ante tan ilustre conjunto me sentí obligado, solo fuera por cortesía, a replicar en una serie de quince artículos publicados en *Libertad Digital* entre el 30 de octubre de 2006 y enero de 2007. Como precisamente Reig y sus amigos incidían especialmente en su manía de excluir del imaginario gremio de los historiadores a quienes no les siguen la corriente, dediqué el segundo artículo al tema, en tono inevitablemente algo sarcástico, con el título «¿Qué es un historiador?»:

> El mundillo progre anda un poco revuelto desde hace tiempo con el arduo problema de las esencias de la historiografía: ¿qué es un historiador, qué puede ser eso? Se trata, básicamente, de dar con alguna definición que nos deje a algunos fuera del co-

tarro, y quieren fundamentar tan sesudo acuerdo de modo convincente para los ajenos al gremio. Tras mucho cavilar, unos han llegado a la conclusión de que un historiador ha de recibir el título en la universidad y de sus autorizadas manos; sostienen otros que un historiador solvente ha de dar clases de la materia, también en la universidad o, al menos, en la enseñanza media. Exigencias peligrosas, porque también dejarían fuera de juego a gremialistas como Juliá, Gibson o el propio Reig, que no son licenciados o no dan clases del asunto, sino de materias más o menos conexas. Además, ¿cabría llamar historiadores a los cientos que pasan por tales en todo el mundo, desde Tucídides, sin haber recibido las brillantísimas enseñanzas y grados de tales maestros?

Por ello, supongo, el señor Reig prefiere una definición más, digamos, sofisticada: serían historiadores «aquellos estudiosos e investigadores debidamente reconocidos por sus títulos académicos o, lo que es mucho más importante, por sus aportaciones historiográficas así consideradas por quienes han sido acreditados por su propia obra y así les es reconocida por sus pares». En menos palabras, sería historiador aquel a quien reconocieran por tal «sus pares», los de Reig, se entiende. Y concreta en una entrevista: «Estos publicistas, que califico de *neofranquistas* o *propagandistas* o *historietógrafos*, no pueden tener la pretensión de, sin títulos académicos y sin reconocimiento de sus pares, es decir del gremio de profesionales de la historia, ser reconocidos como tales y adjudicarse alegremente el título de historiador». Así pues, el amigo Reig y sus gremialistas no nos conceden el título a unos cuantos. En lo que me atañe, no hallo palabras adecuadas para expresar mi desolación.

Mas, para empezar, ¿existe algo parecido a un gremio o comunidad de historiadores dedicado, entre otras cosas, a adjudi-

car tales títulos? Tal vez lo haya en un país comunista o fascista, pero no en una democracia. Ello aparte, el aludido gremio no abarca, en la idea de Reig, a la comunidad de los historiadores, sino a los «pares» del propio Reig, como ya indiqué, pues fuera de él encontramos a gran número de profesionales y profesores que sí me reconocen como historiador, por poner mi caso. Citando solo de memoria, me vienen ahora mismo a la cabeza Payne, Seco Serrano, Andrés-Gallego, Ricardo de la Cierva, Cuenca Toribio, Bullón de Mendoza, Robert Stradling, José Luis Orella, Martín Rubio, Alonso Baquer, Luis García Moreno, Tom Burns, Manuel Tardío, Jesús Salas Larrazábal, Martínez Bande (poco antes de fallecer)... ¿O habría que quitarles también a ellos el título por cometer tal herejía? Me gustaría hacer notar al señor Reig el infantilismo de su pretensión. Infantilismo, ya se entiende, capaz de transformarse en pesadilla en una sociedad no democrática, como van camino de serlo algunas regiones de España.

Contra lo que dan a entender los gremialistas, no existe el título de historiador, como no existe el de filósofo, novelista, poeta, etc. El licenciado, doctor o profesor de historia, sin más, difiere tanto del historiador como el licenciado o doctor en filosofía difiere del filósofo, o el licenciado en filología del novelista o del poeta. En fin, para aliviar de sus pesadas lucubraciones al señor Reig y sus pares, les propongo una definición más sencilla y realista, a mi juicio: es historiador quien escribe libros de historia. A partir de ahí, el historiador, como el novelista, puede ser bueno, malo o regular, lo cual no depende de sus títulos, sino del valor de sus trabajos. Y para juzgar ese valor precisamos analizar dichos trabajos de forma concreta, como sugería Payne —y perdonen la reiteración de la obviedad—, y olvidar pretendidas condenas de gremio, o más propiamente de pandilla. ¿Entenderán estos señores algo tan simple?

Y aquí arribados, me veo en el penoso deber de informar al señor Reig y sus pares de que ellos pueden llamarse historiadores, ciertamente, pero no buenos historiadores. Incluso me permitiría calificarlos de francamente malos, y trataré de explicarle por qué. Un profesional puede ser mediocre o malo por falta de esfuerzo o por falta de talento; esto es casi una perogrullada. Pero también pueden serlo por trabajar con un criterio falso, que les empuja a mutilar o malinterpretar los hechos históricos, echando a perder su esfuerzo o su talento. Como nadie ignora, un libro de historia no consiste en una simple acumulación de datos, sino en un ordenamiento de los mismos conforme a un enfoque o teoría general. Una teoría buena permite exponer la lógica interna de los datos y sucesos, sin forzarlos ni mutilarlos; con una mala ocurre lo contrario. La investigación sobre los datos desafía de modo constante a las teorías, las cuales quedan confirmadas o bien han de modificarse o desecharse.

Sin embargo, nuestra necesidad psicológica de orden y comprensión nos hace aferrarnos muchas veces a teorías aparentemente omniexplicativas, pese a su ineptitud para integrar los datos: se prefiere mutilar estos o prescindir de ellos antes que renunciar al orden aparente ofrecido por la teoría. Así ha pasado, y sigue pasando de modo muy destacado con el marxismo. Muchos intelectuales persisten en aplicar las categorías y métodos de Marx, Engels y sus sucesores, de forma explícita o —más frecuentemente hoy día— implícita, incluso disimulada. Reig y sus pares, ya lo veremos con más detenimiento en el próximo artículo, entran de lleno en el redil marxista o marxistoide.

Las concepciones de Marx han calado de tal modo que no pocos estudiosos ajenos o contrarios a esa doctrina han sucumbido a sus encantos, y no me refiero solo a Tusell y sus seguidores progres de derecha. Hace tiempo discutí en un programa de

televisión con uno de esos eclécticos derechistas, defensores de las «aportaciones» y del presunto valor explicativo del marxismo, aunque no admitiera la doctrina en bloque ni como única a emplear en la historiografía. Le contesté que el marxismo esteriliza necesariamente el estudio de la historia y de cualquier otra cosa, y que su gigantesca producción intelectual solo tiene utilidad, al final, como material de derribo. Él me acusaba de extremismo como único argumento.

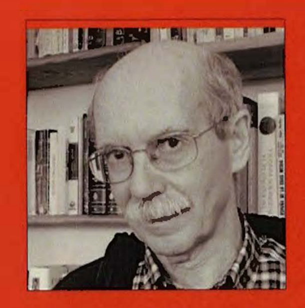
El marxismo es una teoría omnicomprensiva con pretensiones científicas, aplicable lo mismo a las ciencias naturales que a las sociales. En las primeras, el materialismo dialéctico, la dialéctica de la Naturaleza, ha sido abandonado hace ya mucho tiempo. Nunca sirvió de nada o, peor todavía, sirvió para imponer aberraciones como las de Lisenko en biología. En cambio, en las ciencias sociales el materialismo histórico ha conocido un esplendor increíble, década tras década, manteniéndose incluso después de la caída del muro de Berlín. Sigue enquistado en nuestras facultades universitarias, y no solo en las españolas ni mucho menos, produciendo incansablemente falsedad y cháchara irrelevante; también ese clima burocrático-inquisitorial tan característico. Produciendo, en suma, lisenkos y lisenkadas en serie.

A Reig y a sus queridos pares ni los sucesivos fracasos comunistas ni la caída del muro por excelencia les han enseñado nada. Por esa razón no son ni pueden ser buenos historiadores. Y ello, repito, al margen de su espíritu de trabajo, a veces muy notable, o de su talento, que no voy a cuestionar aquí.

Acerca del autor

Pío Moa, que actualmente dirige el programa *Cita con la Historia,* de Radio Inter, ha renovado los estudios sobre el siglo XX, la República y la Guerra Civil en su célebre trilogía *(Los personajes de la República, los orígenes de la Guerra Civil* y *El derrumbe de la República),* así como en *Los mitos de la Guerra Civil, Los crímenes de la Guerra Civil, Años de hierro, Franco para antifranquistas* y *La Transición de cristal,* que marcan, en opinión extendida, un antes y un después en el tratamiento de estas cuestiones históricas. También ha publicado un ambicioso estudio general, *Nueva historia de España,* en el que enfoca con nuevas perspectivas las principales cuestiones que plantea nuestro pasado o han planteado los historiadores sobre él. Asimismo ha criticado diversas corrientes historiográficas en *La quiebra de la historia «progresista».*

Otras obras suyas son *De un tiempo y de un país,* memorias sobre su militancia en la extrema izquierda durante el franquismo, un literario *Viaje por la Vía de la Plata,* la novela histórica *Sonaron gritos y golpes a la puerta* y, se le atribuye, *El erótico crimen del Ateneo,* una novela negra «como la vida misma».



En este libro, Pío Moa —como ya hiciera en *Los mitos de la guerra civil*, del que se han vendido más de 250.000 ejemplares— aborda una etapa crucial de la historia de España, la del franquismo, para desmontar los tópicos falsos, consagrados a lo largo de los años como si fueran verdades. Porque pocas historias han sido tan mitificadas en pro o en contra como la del franquismo, y sustituir la historia real por mitos perturba el presente y el porvenir. De hecho, entender aquella época es indispensable para comprender la actual ya que hoy permanecen numerosas consecuencias de su régimen y cuestiones no resueltas. En palabras de Cicerón: «Si ignoras lo que pasó antes de que nacieras, siempre serás un niño». Y una sociedad infantilizada se incapacita para afrontar los retos de la historia.

la esfera de los libros
www.esferalibros.com